

LA FUERZA DE LA PASIÓN

Nora Roberts

Traducción de
Kira Bermúdez.

Título original: Carnal Innocence.

Al coronel y su Yankee.

PREFACIO

Aquella mañana de febrero en que Bobby Lee Fuller encontró el primer cadáver soplaban un viento desapacible. Luego dirían que lo había encontrado, cuando en realidad tropezó accidentalmente con lo que quedaba de Arnette Gantrey. En cualquier caso, el desenlace fue el mismo, y Bobby Lee viviría por mucho tiempo con aquel rostro blanco y ancho flotando en sus sueños.

Si no se hubiese peleado una vez más con Marvella Truesdale la noche anterior, habría estado acodado en su pupitre durante la clase de literatura inglesa, devanándose los sesos en su lucha por entender el *Macbeth* de Shakespeare, en lugar de ir a pescar a Gooseneck Creek. Pero como había quedado tan agotado después de la última pelea de su agitado noviazgo con Marvella —el cual duraba ya dieciocho largos meses— había decidido tomarse el día libre para descansar y reflexionar, y para enseñar a la deslenguada de Marvella que él no era un calzonazos, sino todo un hombre.

Los hombres de su familia siempre habían mandado en el gallinero, o eso habían intentado aparentar, y él no estaba dispuesto a romper aquella tradición.

A sus diecinueve años, Bobby Lee había dejado ya de crecer. Medía un metro ochenta y se movía con torpeza, pues aún le faltaba robustecer el cuerpo. Tenía grandes manos de trabajador, como su padre, pero sus brazos eran largos y flacos. De su madre había heredado el negro y espeso cabello y las pobladas pestañas. Le gustaba peinarse hacia atrás, con brillantina, como su ídolo James Deán.

Bobby Lee consideraba que Deán era un hombre de los pies a la cabeza, y estaba seguro de que tampoco él habría tolerado que lo obligaran a estudiar. Si por Bobby hubiese sido, se habría puesto a trabajar todo el día en la Estación de Servicio Mobile, que regentaba Sonny Talbot, en lugar de vérselas con el último curso del instituto. Pero su madre tenía otros planes, y nadie en Innocence, Misisipí, se cruzaba en el camino de Happy Fuller si podía evitarlo.

Happy¹ —un apodo de niña que le iba como anillo al dedo, ya que era capaz de sonreírle a uno de oreja a oreja mientras lo abría en canal— aún no había perdonado al mayor de sus hijos que repitiera dos veces el mismo curso. Si no hubiese sido por lo deprimido que se sentía, Bobby Lee no se habría atrevido a hacer novillos aquel día, y mucho menos con las notas tan pésimas que llevaba. Pero Marvella era la clase de chica que empujaba a un hombre —un hombre de los pies a la cabeza como él— a cometer actos temerarios.

Así pues, Bobby Lee lanzó el sedal a las turbias y fangosas aguas del río Gooseneck y, encorvándose, se ciñó la vieja cazadora tejana para protegerse del aire frío. Su padre sostenía siempre que cuando un hombre se hallaba abrumado por asuntos importantes, la mejor solución estaba en bajar al río a ver si picaban.

¹ Feliz. (*N. de la T.*)

Daba igual pescar o no; lo importante era estar allí.

—¡Malditas mujeres! —Masculló Bobby Lee, y esbozó una mueca despectiva que había ensayado por largas horas delante del espejo del baño— ¡Malditas sean todas ellas! ¡Así se pudran en el infierno!

Ninguna falta le hacía aquellos embrollos que Marvella tejía con sus lindas manos. Desde que lo habían hecho en el asiento trasero de su Cutlass, ella se había dedicado a despedazarlo poco a poco para luego recomponerlo a su gusto.

Pero eso no encajaba con Bobby Lee Fuller, no señor. Ni siquiera cuando ella hacía que la deseara, las veces que no estaban peleados. Ni siquiera cuando se cruzaban en los pasillos abarrotados del instituto Jefferson Davis y ella lo miraba con unos ojazos azules que parecían susurrarle los secretos más íntimos. Y ni siquiera cuando la desnudaba y jodian hasta casi desfallecer. Tal vez él la amaba, y quizá ella fuese más lista que él; pero prefería ser colgado a permitir que ella lo llevara a rastras como un cerdo atado con una cuerda.

Bobby Lee se acomodó entre los juncos que bordeaban el riachuelo alimentado por el gran río Misisipí. Oyó el solitario silbato del tren que avanzaba hacia Greenville y el susurro de la húmeda brisa de invierno entre los cimbreados juncos. El sedal se mecía lánguido en el agua.

Lo único que picaba esa mañana era su mal humor.

Quizá se largara a Jackson. Se sacudiría de los zapatos el polvo de Innocence y probaría suerte en la ciudad. Era un buen mecánico, de los mejores, y pensó que encontraría trabajo aunque no hubiese terminado los estudios. ¡Mierda! Para arreglar un maldito carburador, nada necesitaba saber de un maricón llamado Macbeth, ni de los triángulos obtusángulos, ni de cosas por el estilo. En Jackson conseguiría trabajo en algún taller, y con el tiempo llegaría a ser jefe del mismo. ¡Demonios, se haría dueño del chiringuito en un decir amén!

Y mientras tanto, la cursi de Marvella Ya-te-lo-decía-yo Truesdale seguiría en Innocence, con sus grandes ojos azules enrojecidos de tanto llorar.

Y después él volvería. Su rudo y apuesto rostro se iluminó con una sonrisa, y en sus ojos color chocolate apareció aquella mirada tierna que hacía temblar el corazón de Marvella. Sí, volvería, con los bolsillos repletos de billetes de veinte dólares. Entraría en el pueblo al volante de su Cadillac del 62 —uno de los muchos que formarían su colección de coches—, embutido en un elegante traje de corte italiano, y más rico que la familia Longstreet.

Y allí encontraría a Marvella, delgada, pálida y consumida de tanto suspirar por su ausencia. Estaría en la esquina delante de la mercería de Larsson, las manos entrelazadas entre sus senos, blandos como almohadas, y las lágrimas correrían por sus mejillas nada más verlo.

Y cuando cayera de rodillas a sus pies, ahogada por los sollozos, pidiéndole perdón por haberse portado como una mala puta con él al despreciarle, quizá —y sólo quizá— la perdonaría.

Aquella fantasía lo apaciguó un poco. El sol, que brillaba con más intensidad que antes, caldeaba el frío aire mientras reflejaba destellos en la turbia agua del riachuelo. Más relajado, Bobby se recreó en los aspectos

físicos de su reencuentro.

La llevaría a Sweetwater, pues habría comprado la hermosa y antigua plantación de los Longstreet aprovechando los apuros económicos de la poderosa familia. Marvella, muy excitada, se quedaría sin aliento ante su buena fortuna. Como un verdadero caballero que era —y romántico además—, la cogería en sus brazos y ascendería con ella por la larga escalera de caracol.

Como Bobby Lee nunca había pasado de la planta baja en Sweetwater, su imaginación se desbocó. El dormitorio en que entró a la temblorosa Marvella se parecía mucho a una suite del hotel de Las Vegas —algo que para él, por aquel entonces, era una habitación con clase—, con pesados cortinajes rojos, una cama en forma de corazón, tan grande como un lago, y una espesa alfombra que tendría que cruzar vadeándola. Sonaba música. Algo clásico, pensó. Bruce Springsteen o Phil Collins. Sí, Marvella se ponía muy tierna cuando oía a Phil Collins.

Entonces la depositaría sobre la cama. Ella, que tendría los ojos húmedos mientras él la besaba, le repetiría, una y otra vez, lo estúpida que había sido, lo mucho que lo amaba y que dedicaría el resto de su vida a hacerle feliz, prometiéndole después que lo trataría como a un rey.

Con una ligera presión, como a ella le gustaba, él deslizaría las manos sobre aquellos increíbles senos blancos de rosadas crestas, y sus suaves muslos se abrirían para él, le clavaría los dedos en los hombros mientras emitía aquel gemido que le brotaba del fondo de la garganta, y...

La caña dio un tirón. Él pestañeó y se incorporó de un salto, estremeciéndose un poco cuando los téjanos presionaron el bulto de su entrepierna. Aunque la erección lo distraía, con un golpe de muñeca consiguió sacar el pez fuera del agua; el animal se retorció bajo la dorada luz del sol. Con las manos torpes y resbaladizas por la excitación, lanzó su presa a la orilla.

Por imaginar que estaba a punto de penetrar a Marvella, el sedal se le había enredado entre los juncos. Se levantó con esfuerzo, maldiciéndose por su torpeza: un buen sedal de pesca era tan valioso como el pez atrapado; así pues, Bobby Lee se metió entre los juncos para desengancharlo.

Oyendo los ahogados esfuerzos de la perca, que seguía retorciéndose, Bobby Lee sonreía mientras tiraba del sedal con un gesto rápido. Pero al encontrar resistencia, masculló una imprecación.

Dio un puntapié a una lata de cerveza oxidada y se abrió camino entre la hierba, alta y fresca. De repente pisó algo mojado y resbaló. Bobby Lee Fuller cayó de rodillas. Y se encontró cara a cara con Arnette Gantrey.

La atónita mirada de ella era un reflejo de la suya; ojos desorbitados, boca abierta, mejillas blancas, blanquísimas... Junto a sus desnudos y mutilados senos la perca temblaba dando sus últimas boqueadas.

Vio que la muchacha estaba muerta, rígida como una piedra, y eso le habría bastado. Pero la sangre —que había formado charcos de roja escarcha que la tierra húmeda absorbía, formando una costra oscura con su marchito y oxigenado cabello, secándose espantosamente donde había brotado de la infinidad de toscos agujeros practicados en la piel, rodeándole el cuello como un collar allí donde se abría un corte largo como una trágica sonrisa— fue lo que hizo brotar de su garganta aquellos ásperos ruidos de animal mientras

intentaba retroceder a gatas para abandonar aquel lugar como fuera, y lo más rápido posible. No se dio cuenta de que aquellos sonidos los emitía él. Pero sí observó que estaba arrodillado en la sangre de Arnette Gantrey.

Bobby Lee consiguió ponerse de pie justo a tiempo para vomitar su desayuno de cereales sobre el coche que acababan de regalarle, un Converse Chucks negro.

Dejó la perca, la caña —y una buena parte de su juventud— entre los ensangrentados juncos, y echó a correr en dirección a Innocence.

1

El verano, aquel hijo de puta cruel, flexionaba sus sudorosos músculos y se ensañaba con Innocence, Misisipí. No resultaba tarea difícil. Incluso antes de la guerra de Secesión, Innocence no había sido más que una mancha polvorienta en el mapa. Aunque con una buena tierra para el cultivo —suponiendo que un hombre fuera capaz de soportar el calor húmedo, las inundaciones y las caprichosas sequías—, el pueblo de Innocence no estaba destinado a la prosperidad.

Cuando construyeron el ferrocarril, sus vías se prolongaron hacia el norte y el oeste, pero sólo lo justo para burlarse del pueblo con aquellos largos pitidos que lanzaban un mensaje de velocidad y progreso, sin que Innocence recibiera nada de ello. La autopista interestatal que abrieron por el delta, casi un siglo después de la llegada del ferrocarril, se desviaba para unir Memphis con Jackson, dejando a Innocence enterrado en el polvo.

No había campos de batalla ni fenómenos naturales que atrajeran a los turistas cargados con sus cámaras y su dinero. Por no tener, ni siquiera contaba con un hotel que los albergara, tan sólo había una pequeña pensión, muy limpia, regentada por los Koons. La única plantación que había sobrevivido a la guerra civil, Sweetwater, era propiedad privada de los Longstreet desde hacía doscientos años, y no se hallaba abierta al público, suponiendo que alguien se hubiera interesado por ella.

En una ocasión, la revista *Southern Homes* publicó un reportaje sobre Sweetwater. Pero eso fue en los años ochenta, cuando Madeline Longstreet vivía aún. Ahora que habían fallecido ella y su marido, un hombre borracho y tacaño como pocos, la casa pertenecía a los tres hijos del matrimonio, que convivían en ella. Entre los tres poseían casi todo el pueblo, aunque hacían bien poco por él.

Se podría decir —y sin faltar a la verdad— que los tres hermanos Longstreet habían heredado la salvaje belleza de la familia pero nada de su ambición. Era inútil reprochárselo, si alguien en aquel aletargado pueblo del delta hubiese tenido energía suficiente para hacerlo. Además del cabello oscuro, los ojos dorados y la buena planta, los Longstreet tenían la capacidad de seducir a cualquiera con la astucia de un zorro.

Nadie culpaba demasiado a Dwayne por ser un alcohólico como su padre. Y si en alguna ocasión se veía involucrado en un accidente de coche o si destrozaba unas mesas en la taberna de McGreedy, siempre compensaba sobradamente los daños cuando no estaba bebido. Aunque con los años, cada vez se le veía menos sobrio. La gente decía que quizá todo habría resultado de otra manera si no hubiese sido expulsado de la selectiva escuela privada donde sus padres lo habían enviado. O si, además del gusto por la bebida, hubiese heredado la extraordinaria mano de su padre con la tierra.

Otros, menos amables, afirmaban que el dinero le permitía mantener aquella elegante casa y sus lujosos coches, pero que nunca le compraría sentido común.

Cuando en el año ochenta y cuatro Sissy Koons se vio en un grave

aprieto por culpa suya, Dwayne se casó con ella sin chistar. Y cuando después de dos hijos e infinidad de botellas de malta, Sissy le pidió el divorcio, él terminó su matrimonio con la misma actitud amable. Y no le guardó rencor; en realidad no manifestó ningún otro sentimiento cuando Sissy huyó con los niños a Nashville, a vivir con un vendedor de zapatos que aspiraba a ser el siguiente Waylon Jennings.

Josie Longstreet, la menor y la única mujer de los tres hermanos, se había casado dos veces en sus treinta y un años de vida. Ambas uniones fueron breves, pero sirvieron para que los ávidos chismosos de Innocence hablaran a sus anchas. Ella se lamentaba de ambas experiencias del mismo modo que haría una mujer al descubrir sus primeras canas, sintiendo un asomo de rabia, algo de amargura y un poco de temor. Luego, todo quedó tapado. «Ojos que no ven, corazón que no siente», decían.

Ninguna mujer deseaba que le salieran canas más de lo que deseaba divorciarse después de haber pronunciado el consabido «hasta que la muerte nos separe». Pero así eran las cosas. Cuando Josie Longstreet hablaba con Crystal, su amiga del alma, y dueña del salón de belleza Style Rite Beauty Emporium, empleaba cierto aire filosófico al decirle que, en compensación por aquellos dos errores de juicio, cató a todos los hombres que había desde Innocence hasta la frontera con Tennessee.

Sabía que algún viejo reprimido aseguraba entre dientes que Josie Longstreet no era mejor de cuanto cabía esperar de ella. Pero había hombres que sonreían para sus adentros porque sabían que ella era condenadamente mejor que eso.

Tucker Longstreet se lo pasaba bien con las mujeres; quizá no llegaba al abandono con que su hermanita disfrutaba de los hombres, pero tenía una buena colección de ellas en su haber. También era conocida su afición a la bebida, aunque sin la insaciable sed de su hermano mayor.

Para Tucker, la vida era un largo y aburrido camino. Y no le importaba recorrerlo, siempre y cuando lo anduviera a su propio ritmo. Se prestaba amablemente a los desvíos, pero a condición de negociar la llegada al destino elegido por él. De momento había conseguido evitar el altar —las experiencias de sus hermanos habían hecho que lo odiara—, y prefería andar el camino sin nadie que lo estorbara.

Era un hombre tranquilo y bastante estimado por la mayoría de la gente. El hecho de que hubiese nacido rico molestaba a más de uno, aunque él no alardeaba de ello. Y su generosidad sin límites le granjeaba la simpatía de los demás. Si alguien necesitaba un préstamo, sabía que contaba con el bueno de Tuck para ello, y que obtendría el dinero sin aquella actitud de suficiencia que hacía incómodo aceptarlo. Por supuesto, siempre había quienes murmuraban que para un hombre era fácil prestar dinero cuando lo tenía a espuestas. Pero eso no cambiaba el color de los billetes.

Tucker, a diferencia de su padre, Beau, no calculaba cada día el interés compuesto de sus préstamos, ni encerraba bajo llave en el cajón de su escritorio un librito de cuero con la relación de las personas que le debían dinero, y que seguían debiéndoselo hasta que los enterraban bajo las tierras de Beau. Tucker, sin embargo, fijaba el interés en un razonable diez por ciento. Guardaba nombres y cifras en su inteligente y, a menudo, infravalorada cabeza.

En todo caso, no era por el dinero —rara vez hacía algo por cuestiones económicas—; se comportaba así porque no le exigía realizar esfuerzo alguno, y también porque en su cuerpo alto, delgado y perezoso latía un corazón generoso, que en ocasiones se sentía culpable.

Como nada había hecho para ganarse su fortuna, dilapidarla era lo más sencillo del mundo para él. Los sentimientos de Tucker en ese asunto pasaban de una aceptación indolente a algún repentino arrebató de conciencia social.

Cuando esta última se hacía demasiado fuerte, se tumbaba en la hamaca de cuerda bajo la sombra del gran roble, se cubría los ojos con el sombrero y tomaba algo fresco hasta que la molestia desaparecía.

Y eso precisamente estaba haciendo cuando Della Duncan, ama de llaves de la familia Longstreet desde hacía más de treinta años, sacó la cabeza por una de las ventanas de la segunda planta.

—¡Tucker Longstreet!

Decidido a probar suerte, Tucker permaneció con los ojos cerrados, mecido por la hamaca. Una botella de cerveza se mantenía en equilibrio sobre su vientre, plano y desnudo, mientras sostenía el vaso en una mano con gesto descuidado.

—¡Tucker Longstreet! —La retumbante voz de Della espantó a los pájaros que había entre las ramas del árbol. Tucker pensó que era una lástima, pues le gustaba abandonarse a sus ensoñaciones acompañado del agudo canto de las aves y el monótono contrapunto del zumbido de las abejas seduciendo a las gardenias.

—Hablo contigo, muchacho.

Con un suspiro, Tucker abrió los ojos. Los brillantes y ardientes rayos del sol se deslizaban por el trenzado de su sombrero de paja. Por supuesto, él pagaba el sueldo de Della, pero cuando una mujer te había puesto los pañales y propinado azotes en el culo, era imposible ejercer ninguna clase de autoridad sobre ella. De mala gana, Tucker apartó el sombrero y, con los ojos entornados, miró en dirección a la voz.

Allí estaba inclinada sobre el alféizar, el fogoso cabello rojizo asomando bajo el pañuelo que llevaba anudado a la cabeza. Su ancho rostro, maquillado en exceso, mostraba las arrugas que Tucker había aprendido a respetar. Tres collares de cuentas de vivos colores resonaron contra el alféizar.

Tucker esbozó la inocente y astuta sonrisa de un niño que ha sido sorprendido metiendo la mano en el tarro de las galletas.

—¿Sí, señora? —murmuró.

—Dijiste que bajarías al pueblo y me traerías un saco de arroz y una caja de coca-colas.

—Sí, es que... —Tucker se frotó el pecho con la botella aún fresca antes de llevársela a los labios para echar un trago largo—. Bien... supongo que lo dije, Della. Pensaba ir cuando refrescara un poco.

—Vamos, mueve ese perezoso culo y date prisa. Si no, esta noche te encontrarás delante de un plato vacío en la mesa para cenar.

—Hace demasiado calor para comer —murmuró él, pero Della tenía el oído de una liebre.

—¿Qué has dicho, muchacho?

—Que ya voy. —Con el grácil gesto de un bailarín se deslizó fuera de la hamaca mientras se acababa la cerveza. Cuando levantó la mirada hacia ella, sonriendo, con el sombrero echado a un lado sobre los sudados rizos y la luz del diablo en sus dorados ojos, Della se enterneció. Tuvo que esforzarse para mantener los labios apretados en un gesto de severidad.

—Un día de éstos echarás raíces en esa hamaca. Ya lo verás. Cualquiera pensaría que te encuentras mal al ver cómo te gusta estar tumbado en lugar de tener los pies en el suelo.

—Un hombre puede hacer muchas más cosas que encontrarse mal cuando está tumbado, Della.

Ella se delató con una carcajada vigorosa y sonora.

—Tú ándate con cuidado, no hagas tantas cosas que acabes ante el altar de la mano de una cualquiera, como la zorra de Sissy, que atrapó a mi Dwayne.

Tucker sonrió de nuevo.

—No, señora.

—Y tráeme un frasco de mi colonia preferida. Está de oferta en la tienda de Larsson.

—De acuerdo. Échame la cartera y las llaves.

La cabeza de Della desapareció para reaparecer al cabo de un instante, lanzándole ambas cosas. Tucker las atrapó en el aire con un hábil golpe de muñeca, y Della recordó que el muchacho no era tan flojo como pretendía aparentar.

—Ponte la camisa, y métela en los pantalones —le ordenó Della, como hacía cuando Tucker tenía diez años.

Él recogió la camisa de la hamaca y se la fue poniendo con gesto cansino mientras rodeaba la casa hacia la parte delantera de la mansión donde doce columnas dóricas se alzaban desde el porche cubierto hasta la intrincada balaustrada de hierro forjado de la terraza en la segunda planta. Antes de llegar al coche ya tenía la camisa de algodón pegada al cuerpo.

Se inclinó para meterse en el Porsche que se había comprado seis meses antes respondiendo a un capricho, y del cual todavía no se había cansado. Dudó entre la comodidad del aire acondicionado o la emoción del viento azotándole el rostro, y optó por dejar la capota bajada.

Una de las pocas cosas que Tucker hacía rápido era conducir. La gravilla salió disparada bajo los neumáticos cuando pisó a fondo el acelerador, enfiló como un rayo el largo y serpenteante camino y cogió a toda velocidad la curva del círculo donde su madre había plantado peonías, hibiscos y geranios de color rojo vivo. Las viejas magnolias bordeaban el camino y su fragancia era densa y agradable. Pasó volando junto a la losa de granito blanco, que señalaba el lugar donde su tío tatarabuelo Tyrone, de dieciséis años de edad, había sido lanzado al suelo por un caballo malhumorado rompiéndose el cuello al caer.

Los acongojados padres de Tyrone ordenaron poner la losa en señal de duelo por el fallecimiento del muchacho. Pero también era el recordatorio de

que si Tyrone no se hubiese empeñado en medirse con aquella yegua de mal genio, no se habría roto el cuello por terco, y su hermano menor, el tatarabuelo de Tucker, nunca habría heredado Sweetwater ni lo hubiera legado a sus descendientes.

Y Tucker viviría en un piso alquilado de Jackson.

Cuando pasaba junto a aquel triste pedazo de piedra vieja, nunca estaba seguro de si debía lamentarse por ello o sentirse agradecido.

Al salir por la alta y ancha verja para coger la carretera, una mezcla de olores lo envolvió: el del pavimento derritiéndose al sol, el del agua estancada de los pantanos detrás de los árboles y el del bosque, el cual con su exuberante aroma de hojas verdes, le decía que aunque el calendario afirmara que aún faltaba una semana para el verano, el delta lo sabía mucho mejor.

Primero se puso las gafas de sol, luego eligió una cinta al azar y la metió en el casete. Tucker era un gran amante de la música de los años cincuenta, así pues, ninguna de las grabaciones que llevaba en el coche era posterior a 1962. Jerry Lee Lewis sonó con un estruendo, y la voz del *Killer*, empapada de whisky, y el desesperado piano celebraron el hecho de que los deseos de bailar fueran apoderándose de todo el mundo.

El cuentakilómetros subió a ciento veinte, mientras Tucker tomaba parte en el concierto con su excelente voz de tenor, y tamborileaba con los dedos en el volante como si tocase las teclas de un piano.

Cogió una subida a tal velocidad que, cuando llegó a la cima, tuvo que abrirse hacia la izquierda para no empotrarse contra la parte trasera de un lujoso BMW. Hizo sonar el claxon, no como advertencia sino como saludo, al esquivar el elegante parachoques granate.

Aunque no disminuyó la velocidad, un vistazo por el espejo retrovisor le indicó que el coche estaba parado, a punto de entrar en el camino que conducía a la casa de Edith McNair.

Mientras Jerry Lee cambiaba de tema y se entregaba a su ronca versión de *Breathless*, Tucker pensó en el coche y su conductor. La señorita Edith había fallecido unos dos meses antes, más o menos cuando un segundo cuerpo mutilado había sido descubierto flotando en el agua, cerca de Spook Hollow.

Ocurrió en el mes de abril, cuando organizaron un equipo de rescate para buscar a Francie Alice Logan, que llevaba dos días desaparecida. Tucker apretó las mandíbulas al recordar cómo tuvo que abrirse camino por los pantanos, cargado con un Ruger Red Label y rezando al infierno para que no se le disparara a un pie, y también para que no la encontraran.

Pero la hallaron, y él tuvo la mala suerte de estar con Burke Truesdale cuando tropezó con ella.

No era agradable recordar lo que el agua y los peces habían hecho con la pobre Francie; una bonita pelirroja, muy descarada, con la cual él había salido un par de veces, e incluso había pensado en llevársela a la cama.

Sintió un nudo en el estómago y subió el volumen del casete para no recordar a Francie. No podía. Entonces pensó en la señorita Edith, una mujer de noventa años que había muerto tranquilamente mientras dormía, y se sintió mejor.

Tucker recordó que la anciana había legado su casa, una pulcra vivienda de dos plantas construida durante la Reconstrucción, a un familiar del norte, un yanqui.

Hasta donde Tucker sabía, nadie, en ochenta kilómetros a la redonda de Innocence, tenía un BMW; así pues dedujo que el yanqui había decidido acercarse por allí para echar un vistazo a su herencia.

Apartó de su mente aquella invasión del norte, sacó un cigarrillo y, después de quitarle un minúsculo pedazo de la punta, lo encendió.

Un kilómetro más atrás, Caroline Waverly seguía aferrada al volante del BMW, esperando que el corazón, que se le había subido a la garganta, volviera a su sitio.

«¡Idiota! ¡Loco hijo de puta! ¡Imbécil imprudente!»

Se esforzó en levantar el tembloroso pie del freno y apretar poco a poco el acelerador hasta meter el coche en el estrecho camino abandonado de la propiedad.

«¡Centímetros! —pensó—. ¡No me ha dado por un par de centímetros! Y luego ha tenido la cara dura de tocar el claxon. Ojala ese cabrón homicida se hubiese parado, así yo le habría dicho qué pienso de él.»

Estaba tan indignada que aquello de desahogarse un poco le habría sentado bien. Cada vez le iba mejor esa clase de terapia, desde que el doctor Palamo le había dicho que la úlcera y los dolores de cabeza eran el resultado directo de los sentimientos que reprimía. A lo cual había que añadir su crónica adicción al trabajo.

Pues bien, ahora se proponía curarse de ambas cosas. Caroline apartó las sudadas manos del volante y se las secó en los pantalones. Había decidido tomarse un descanso, largo y tranquilo, allí, en el quinto pino de Misisipí. Al cabo de unos meses —si no había muerto aplastada por aquel sañudo calor— estaría preparada para la gira de primavera.

En cuanto a eso de reprimir sus sentimientos, se había acabado. El violento enfrentamiento final con Luís había sido tan liberador, tan maravillosamente desinhibidor, que casi deseaba volver a Baltimore y repetirlo.

Casi.

El pasado —y Luís, de lengua afilada, talento brillante y carácter mujeriego, pertenecía ya al pasado— había quedado atrás. El futuro, al menos hasta que se pusiera bien de los nervios y recuperara la salud, no le ofrecía grandes alicientes. Por primera vez en su vida, Caroline Waverly, niña prodigio, consagrada violinista de gran dedicación y tonta sentimental, viviría sólo para el dulce presente.

Y allí, por fin, construiría su hogar. A su manera. Ya no retrocedería ante los problemas; no se sometería, cobarde, a los deseos y las exigencias de su madre. No lucharía más por ser el reflejo de las ideas de todo el mundo.

Ella había dado el paso; y ella tomaría las riendas. Quería saber, antes del final del verano, quién era Caroline Waverly.

Empezó a sentirse mejor. Puso de nuevo las manos en el volante y dejó que el coche se deslizara por el camino. Tenía el vago recuerdo de haber corrido por aquel sendero en alguna ocasión, durante una lejana visita a sus abuelos. Fue un viaje breve, por supuesto, ya que la madre de Caroline hacía todo lo posible por cortar con sus propias raíces rurales. Pero Caroline se acordaba de su abuelo, un hombre grande, con el rostro enrojecido, que una apacible mañana de verano la había llevado a pescar; y su cursi reticencia a poner el cebo en el anzuelo hasta que su abuelo le dijo que el gusano estaba ansioso por pescar un pez gordo y grande.

Había temblado de emoción al sentir el tirón en el sedal, y aquella sensación de asombro y triunfo la acompañó hasta la casa cuando volvieron con tres vigorosos bagres en la cesta.

Su abuela, una mujer muy delgada con el cabello canoso color de acero, puso a freír el pescado en una sartén negra y pesada. Aunque la madre de Caroline se negó a probar bocado, ella comió con hambre. A sus seis años, era una niña rubia, de aspecto frágil, largos dedos finos y grandes ojos verdes.

Cuando la casa apareció ante ella, sonrió. Apenas había cambiado. La pintura se desprendía de las maderitas de las contraventanas y la hierba llegaba a la altura de los tobillos; pero seguía siendo un bonito edificio de dos plantas con un porche cubierto donde sentarse y una gran chimenea de piedra que se inclinaba sólo un poco hacia la izquierda sobre el tejado.

Los ojos le escocían y pestañeó al sentir las lágrimas. ¡Qué tontería ponerse triste! Sus abuelos habían llevado una vida larga y tranquila. Entonces, ¿por qué sentirse culpable? Cuando su abuelo murió, dos años antes, Caroline se encontraba en Madrid, dando una serie de conciertos, y no pudo asistir al entierro, abrumada por sus obligaciones.

Después intentó, ¡y de qué manera!, convencer a su abuela de que se mudara a la ciudad; donde Caroline llegaría fácilmente en avión y podría visitarla entre concierto y concierto.

Pero Edith no aceptó. Se echó a reír ante la sola idea de abandonar la casa donde había llegado, recién casada, setenta años atrás; la casa que había visto nacer y crecer a sus hijos; la casa en que había permanecido toda su vida.

Cuando su abuela murió, Caroline estaba ingresada en un hospital de Toronto, recuperándose de la fatiga, y no se enteró de su fallecimiento hasta una semana después del entierro.

Así pues, era una tontería sentirse culpable.

Pero en ese momento, sentada en el coche, con el aire acondicionado dándole suavemente en el rostro, se encontró abrumada por las emociones.

—Lo siento —dijo en voz alta a sus fantasmas—. Siento mucho no haber estado allí. No haber estado nunca.

Dio un suspiro y se pasó una mano por el lacio cabello, claro como la miel. De nada serviría quedarse en el coche, entregada a sus obsesiones. Había cosas que hacer: entrar el equipaje, explorar la casa e instalarse. Todo aquello era suyo, y tenía intención de conservarlo.

Cuando abrió la portezuela, el calor le robó el oxígeno de los pulmones. Respirando con dificultad, del asiento trasero cogió el estuche con el violín.

Con éste bajo el brazo, y una pesada caja de partituras en las manos, alcanzó el porche, extenuada.

Necesitó volver tres veces más al coche porque tenía en él las maletas, dos bolsas de comida que había comprado en un pequeño supermercado cincuenta kilómetros más al norte y la grabadora.

Una vez todas sus posesiones dispuestas en fila sacó el llavero. De cada una de las llaves colgaba una etiqueta: *puerta de entrada, puerta trasera, sótano, caja fuerte, camioneta Ford*. Y sonaron como notas musicales al chocar entre ellas cuando Caroline las movió buscando la llave de la entrada.

La puerta crujió, como correspondía a las puertas viejas, y al abrirse iluminó el tenue polvo del abandono.

Caroline cogió primero el violín, que era, sin duda, más importante que cualquiera de las compras que había hecho en el supermercado.

Un poco perdida entró en la casa y, por primera vez, sintió que estaba sola.

El vestíbulo conducía directamente hacia donde ella sabía que se hallaba la cocina. A la izquierda estaba la escalera, con un rellano que formaba un ángulo recto después del tercer escalón. Una fina capa de polvo cubría el pasamano, de oscuro roble recio.

Debajo de la escalera había una mesa con un gran teléfono negro de disco junto a un jarrón vacío. Caroline dejó el violín en ella y puso manos a la obra.

Cuando llevó las compras a la cocina, con sus paredes pintadas de amarillo y los blancos armarios con vidriera, hacía tanto calor dentro de la casa que aquello parecía un horno. Pensó en guardar primero la comida, y se sintió aliviada al ver que la nevera estaba impecable. Le habían dicho que una vecina limpió la casa después del entierro. Caroline comprobó en ese momento que la famosa cortesía del campo era cierta. Bajo el polvo de dos meses, y detrás de las delicadas telarañas tejidas en los rincones por los laboriosos arácnidos, flotaba aún un ligero olor a detergente.

Volvió con paso lento al vestíbulo, perseguida por el duro eco de sus tacones contra el suelo de madera. Entró en la sala de estar, con sus cojines bordados y un televisor RCA grande que parecía una antigüedad; allí, el papel de las paredes lucía unas diminutas rosas desteñidas y los muebles yacían, fantasmales, bajo las sábanas que los protegían del polvo. En el estudio de su abuelo, donde entró después, vio el armario, con los rifles de caza y las pistolas de tiro, el escritorio y el enorme sillón, con los brazos deshilachados.

Cogió las maletas y se dirigió hacia la escalera para elegir un dormitorio.

Por motivos sentimentales, y también prácticos, escogió el de sus abuelos. La gran cama de columnas y el edredón nupcial le dieron sensación de comodidad. Quizá el arcón de cedro al pie del lecho albergara algún secreto, y las diminutas violetas y rosas que se entrelazaban por las paredes parecieron ofrecerle tranquilidad. Caroline dejó las maletas a un lado y se acercó a la estrecha puertaventana que daba a la terraza. Desde allí vio las rosas y las plantas vivaces de su abuela debatiéndose contra las malas hierbas. También oyó el chapoteo del agua contra las rocas —o un tronco caído— detrás de la maraña de robles y lianas. Y en la distancia, a través de

la bruma del calor, divisó la oscura cinta de agua que era el potente río Misisipí.

Una sinfonía de voces atravesaba el aire caliente. Eran arrendajos y gorriones, cuervos y alondras y quizá la gorgoteante llamada de los pavos salvajes.

Aquella mujer de cuerpo delicado, un poco demasiado delgada, con manos exquisitas y ojos hundidos en sombras, permaneció allí por un rato, entregada a sus ensoñaciones. La vista, las fragancias, los sonidos..., todo se desvaneció. Se encontraba en la sala de estar de su madre; el suave tictac del reloj de bronce dorado y el aroma a Chanel llenaban la habitación. Pronto saldrían para su primer recital.

—Esperamos lo mejor de ti, Caroline. —La voz de su madre sonó tranquila y lenta, sin que diera lugar a comentario alguno—. Esperamos que seas la mejor. Aspirar a otra cosa no merece la pena. ¿Comprendes?

Caroline encogió los dedos de los pies en sus zapatitos de charol. Sólo tenía cinco años.

—Sí señora —murmuró.

Los recuerdos se amontonaban en su mente. Estaba en el saloncito, con los brazos doloridos —llevaba ensayando un par de horas—, y afuera el sol brillaba con una luz dorada e intensa. Un petirrojo, posado en el árbol, hizo que se echara a reír y dejara de tocar.

—¡Caroline! —La voz de su madre flotó escaleras abajo—. Todavía te queda una hora de ensayo. ¿Cómo esperas prepararte bien para esta gira si no tienes disciplina? Venga, empieza otra vez.

—Lo siento. —Con un suspiro, Caroline se llevó el violín al hombro. Tenía dieciséis años y sentía el instrumento como un peso de plomo.

Estaba entre bastidores, luchando contra los nervios y las náuseas de la noche del estreno, y cansada de los interminables ensayos, preparativos, viajes. ¿Cuánto tiempo llevaba con ese tráfico? ¿Tenía dieciocho años, veinte?

—Caroline, por todos los santos, ponte un poco más de maquillaje. Pareces una muerta. —Aquella voz impaciente, machacona, y aquellos dedos rígidos alzándole el mentón—. ¿Por qué no muestras un poco de entusiasmo al menos? ¿Tienes idea de cuánto hemos trabajado tu padre y yo para que llegaras al lugar que ocupas? ¿Sabes lo mucho que nos hemos sacrificado? Y aquí estás, diez minutos antes de que se abra el telón, lamentándote ante el espejo.

—Lo siento.

Siempre se disculpaba.

Tendida en la cama de un hospital de Toronto, enferma, agotada, y llena de vergüenza.

—¿Qué quieres decir con que has cancelado el resto de la gira? —El rostro tenso y furioso de su madre se inclinaba, imponente, sobre el suyo.

—Me veo incapaz de terminarla. Lo siento.

—¡Lo sientes! ¿De qué sirve sentirlo? Estás arruinando tu carrera, y has causado molestias imperdonables a Luís. No me sorprendería que rompiera

vuestro compromiso y te pusiera en la lista negra de la profesión.

—Estaba con otra —repuso Caroline con voz débil—. Justo antes de que subiera el telón lo vi en el camerino. Estaba con otra.

—¡Qué tontería! Y de ser así, nadie más que tú tiene la culpa. Con esa forma tuya de actuar últimamente: te paseas como un fantasma, cancelas entrevistas, te niegas a asistir a fiestas... Después de lo mucho que he hecho por ti, me compensas así todo lo que me debes. ¿Cómo crees que voy a lidiar con la prensa, las especulaciones...? ¡En menudo aprieto me has metido!

—No lo sé. —Le aliviaba cerrar los ojos, cerrarlos y olvidarse de todo—. Lo siento. Pero ya no puedo más.

«No», pensó Caroline, abriendo los ojos. Nunca más haría las cosas así. No sería lo que todo el mundo quería que fuera. Ya no. Jamás. ¿Era egoísta, desagradecida, mimada..., todos aquellos odiosos adjetivos que su madre le dedicaba? Ya no le importaba. Lo único que contaba para ella era estar allí.

A quince kilómetros de distancia, Tucker Longstreet entró como una bala en el corazón de Innocence, levantando una nube de polvo y dando un susto de muerte a *Pelmazo*, el gordo sabueso de Jed Larsson, que descansaba sus viejos huesos bajo el rayado toldo de la tienda.

Caroline Waverly habría entendido el sobresalto del perro cuando abrió un ojo y vio que el flamante coche rojo se abalanzaba sobre él. Tucker frenó en seco a sólo medio metro del escalón donde el animal se hallaba tumbado.

Con un ladrido, el perro se levantó y echó a correr hacia un rincón más seguro.

Tucker soltó una carcajada y lo llamó con un silbido, pero el perro no se detuvo. *Pelmazo* odiaba de tal manera a aquel coche rojo que jamás se acercaba a él, ni siquiera para mearse en los neumáticos.

Tucker se guardó las llaves en el bolsillo. Compraría lo que Della le había encargado —el arroz, la coca cola y la colonia—, y volvería directamente a casa para tumbarse de nuevo en la hamaca. En su opinión, allí era donde un hombre inteligente debía pasar una tarde calurosa como aquélla, sin siquiera la mínima brisa. Pero en ese momento vio el coche de su hermana delante del Chat 'N Chew, ocupando, sin la menor consideración, dos espacios de aparcamiento.

Cayó en la cuenta de que la conducción le había dado sed, y que le apetecía tomarse un gran vaso de limonada. Y quizá un pedazo de tarta de arándanos fría.

Luego se arrepentiría por mucho tiempo de aquel pequeño desvío.

Los Longstreet eran los propietarios del restaurante Chat 'N Chew; de la lavandería Wash and Dry; de la pensión Innocence Boarding House; del almacén Feed and Grain, donde se vendía pienso y grano; de la Hunter's Friend Gun Shop, en que se podía comprar toda clase de armas de caza, y también de una docena de propiedades en alquiler. Los Longstreet eran lo

bastante listos —o quizá perezosos— como para tener sus negocios en manos de encargados. Dwayne se ocupaba algo del tema de las casas alquiladas, y todos los primeros de mes hacía la ronda para recoger los cheques —o escuchar las excusas— y tomar nota de las reparaciones que era necesario hacer.

Pero quien se ocupaba de las cuentas era Tucker, aunque no le gustaba demasiado. En una ocasión se quejó tanto de ello que Josie se hizo cargo del asunto. Pero ella se lió de tal manera con las cifras, que Tucker tardó varios días en cuadrar todo de nuevo.

Lo cierto era que no le suponía un incordio llevar la contabilidad. Lo hacía al atardecer, cuando refrescaba, con un trago frío al lado. Para él, gracias a su facilidad con los números, resultaba una tarea más molesta que difícil.

El Chat 'N Chew era uno de los lugares preferidos de Tucker. El restaurante tenía un gran ventanal que siempre estaba lleno de carteles anunciando liquidaciones, obras de teatro escolares y subastas.

Dentro, el suelo era de linóleo, amarillento por el uso y salpicado de pequeñas manchas marrones que parecían moscas aplastadas. Mesas y asientos corridos estaban dispuestos en toscas cabinas tapizadas de vinilo rojo, una mejora respecto de la maltrecha y deshilachada tapicería marrón que Tucker había hecho sólo seis meses atrás. El color rojo empezaba a volverse anaranjado.

Con los años, la gente había ido grabando mensajes en el laminado de las mesas; una especie de tradición en el Chat 'N Chew. Lo típico eran las iniciales, además de corazones y dibujos; pero, de vez en cuando, alguien se inspiraba y grababa alguna palabra como *¡Hola!* o *¡A tu salud!* O, si se trataba de un individuo malhumorado, *Come mierda y muérete*.

Earleen Renfrew, la administradora del local, se había sentido tan molesta por aquella sugerencia escrita que Tucker pidió prestada una lija mecánica en la ferretería para borrar el ofensivo mensaje.

Las cabinas tenían sendas gramolas pequeñas, con un mando que permitía seleccionar las canciones (tres por veinticinco centavos, como siempre). Earleen prefería la música country, y eso se reflejaba en las gramolas, aunque Tucker había «colado» algunos rocks y temas clásicos de los años cincuenta.

Frente al gran mostrador había una docena de taburetes, tapizados con el mismo vinilo rojo descolorido. Un expositor inmaculado en forma de cúpula exhibía la repostería del día. Tucker se entusiasmó cuando vio la tarta de arándanos.

Se abrió paso por aquel ambiente impregnado de grasa y humo, intercambiando saludos y guiños con un puñado de clientes, y se dirigió hacia la parte del mostrador donde su hermana, encaramada sobre un taburete, se encontraba charlando, absorta, con Earleen. Josie, sin dejar de hablar, lo recibió con una palmadita distraída en el hombro.

—Y entonces le dije: «Justine, si piensas casarte con un hombre como Will Shiver, lo único que debes hacer para ser feliz es ponerle un candado en la bragueta y guardarte la llave. Quizá de vez en cuando se moje los pantalones, pero será lo único que haga.»

Earleen soltó una risita de admiración mientras pasaba el trapo por el mostrador.

—No entiendo por qué querría casarse con un inútil como Will.

—Cariño, es un tigre en la cama. —Josie rió con un guiño astuto—. O eso dicen, al menos. Hola, Tucker. —Se volvió para dar un beso sonoro a su hermano antes de agitar las manos delante de él—. Vengo de arreglarme las uñas. Rojo Salvaje. ¿Qué te parece?

Tucker, con ademán obediente, le miró las largas uñas pintadas de escarlata.

—Como si acabases de sacar los ojos a alguien. Earleen, ponme una limonada y un pedazo de esa tarta de arándanos, con helado de vainilla encima.

Satisfecha con la descripción que Tucker había hecho de sus uñas, Josie se ahuecó la negra melena, que llevaba peinada en una artística maraña.

—A Justine le habría gustado sacármelos a mí. —Cogió la coca-cola *light* que tenía delante y sorbió de ella con una pajita—. Estaba en el salón de belleza, para que le tiñeran las raíces, y enseñaba a todo el mundo, agitando la mano, un ridículo puntito de vidrio que ella afirma que es un diamante. Seguro que Will lo ganó en una feria, en alguna caseta de tiro al blanco.

—¿Celosa, Josie? —Tucker rió, con un brillo malicioso en sus dorados ojos.

Su hermana se puso tensa y sacó el labio inferior, fingiendo un puchero. De pronto, su expresión cambió, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Si yo quisiese, ya sería mío. Pero es tan aburrido fuera de la cama que me vuelve loca. —Agitó lo que quedaba de su refresco con la pajita mientras lanzaba una mirada coqueta por encima del hombro a dos adolescentes repantigados en una de las cabinas. Ambos se incorporaron con gesto vanidoso, esforzándose en meter la barriga, hinchada de cerveza—. ¡Qué cruz la nuestra, Tucker! Tú y yo somos casi irresistibles para el sexo opuesto.

Tucker miró a Earleen con una sonrisa, y clavó el tenedor en la tarta.

—Sí, ése es nuestro sufrimiento.

Josie tamborileó con las uñas recién pintadas en el mostrador por el gusto de oír el ruido que producían. Llevaba varias semanas sintiendo el mismo desasosiego que le había impulsado a casarse y divorciarse dos veces en cinco años. «Ya va siendo hora de pasar a otra cosa», pensó. Hacía unos meses de su vuelta a Innocence y ya ansiaba la emoción de cualquier otro lugar. Sin embargo, tras una temporada —y no muy prolongada— en cualquier otro lugar, anhelaba la tranquila existencia, sin rumbo fijo, de su pueblo natal.

Alguien metió una moneda en la gramola y sonó la melosa voz de Randy Travis, que desgranaba las miserias del amor. Josie seguía el ritmo de la música, tamborileando con los dedos en el mostrador. Miraba a Tucker con expresión de asco mientras su hermano engullía tarta de arándanos mezclada con helado.

—No entiendo cómo puedes comer así a estas horas del día.

Tucker cogió otro pedazo de tarta.

—Es muy fácil: abro la boca y trago.

—Y no engordas ni un gramo. Si yo no vigilase lo que como, se me pondrían las caderas tan grandes como las de Mamie Gantry. —Metió un dedo en el helado de Tucker y se llevó un poco a la boca—. ¿Qué haces en el pueblo, aparte de atiborrarte?

—Unos recados para Della. Cuando venía para acá, he adelantado a un coche que se metía en el camino de los McNair.

—Ah. —Josie habría prestado mayor atención a esa información si en ese momento no hubiese entrado Burke Truesdale en el local. La joven se incorporó en su asiento, cruzó las largas y suaves piernas y le dedicó una melosa sonrisa—. Hola, Burke.

—Josie. —Se acercó a Tucker para darle una palmada en la espalda—. Tuck. ¿Qué hacéis por aquí?

—Pasando el rato —respondió Josie observando aquel metro ochenta de puro músculo y los hombros de jugador de rugby. Burke los miraba con unos ojos de cachorro que daban expresión de bondad a su cuadrado rostro. Aunque de la misma edad que Dwayne, tenía mucha más amistad con Tucker. Él era uno de los pocos hombres que Josie deseaba y que no había podido atrapar.

Cuando Burke apoyó la cadera contra un taburete, el manajo de llaves que le colgaba de una anilla tintineó. La estrella de *sheriff* sobre su camisa parpadeó con un brillo mate a la luz del sol.

—Hace demasiado calor para otra cosa. —Dio las gracias a Earleen cuando ésta le sirvió un té helado, y se lo bebió sin respirar.

Josie se pasó la punta de la lengua por los labios al ver cómo se le movía la nuez al tragar.

—Algún familiar de la señorita Edith se ha mudado a la casa —anunció Burke, dejando el vaso a un lado—. La señorita Caroline Waverly, una concertista famosa de Filadelfia. —Earleen le había llenado el vaso de nuevo, y Burke dio un pequeño sorbo—. Ha avisado en el pueblo para que le conecten el teléfono y la luz.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse? —Earleen tenía siempre los ojos y los oídos abiertos a toda clase de información. Como administradora del Chat 'N Chew, era su derecho y su deber.

—No lo dijo. Aunque la señorita Edith no era de esas que hablan mucho de su familia, recuerdo que comentó algo acerca de una nieta que viajaba con una orquesta o algo así.

—Debe de ganarse bien la vida —musitó Tucker—. La he visto hace quince minutos, cuando entraba con el coche en el camino de la casa. Conducía un BMW nuevo. Burke esperó a que Earleen se apartara un momento.

—Tuck, tengo que hablarte de Dwayne.

El rostro de Tucker permaneció impassible y amistoso, pero por dentro se preparó para lo peor.

—¿Qué ocurre?

—Anoche cogió otra cogorza, y tuvo una pelea en el bar. de McGreedy. Lo metí en una celda para que pasara allí la noche.

El cambio en la expresión de Tucker fue evidente. Sus ojos se ensombrecieron y su boca esbozó una mueca severa.

—¿Lo has acusado de algo?

—Venga, Tuck. —Más dolido que ofendido, Burke, incómodo, cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro—. Montó un jaleo de mil demonios; además, estaba demasiado borracho para conducir, y supuse que agradecería tener un lugar donde dormir la mona. La última vez que lo acompañé a vuestra casa de madrugada, la señorita Della se puso hecha una furia.

—Sí. —Tucker se relajó. Tenía amigos, tenía familia, y tenía a Burke, que era una combinación de las dos cosas—. Y ¿dónde está ahora?

—En la cárcel, recuperándose de la resaca. Mira, ya que estás aquí, podrías llevártelo a casa. Luego le mandaré el coche con un agente.

—Te lo agradezco. —Sus tranquilas palabras ocultaron la decepción que le roía por dentro. Dwayne había aguantado casi dos semanas sin beber. Pero había caído de nuevo, y Tucker sabía que la recuperación sería larga y dolorosa. Se había bajado del taburete y sacaba la billetera cuando, de repente, la puerta se abrió con tal estruendo que los vasos vibraron en los estantes detrás de la barra. Tucker se volvió y al ver a Edda Lou Hatinger esperó lo peor.

—¡Hijo de puta! —escupió ella, abalanzándose contra él. Burke, que aún conservaba los reflejos de cuando era una estrella del rugby en el instituto, reaccionó de inmediato e impidió que Edda golpeará a su amigo.

—Oye, oye. —Burke se interpuso, perplejo, entre los dos y ella empezó a forcejear con él como un tigre furioso.

—¿Crees que puedes dejarme tirada, sin más?

—Edda Lou —dijo Tucker con tono sereno, sabiendo por experiencia que era lo mejor—. Respira hondo. Acabarás haciéndote daño.

Edda Lou mostró sus pequeños dientes y emitió un rugido.

—¡A quien voy a hacer daño es a ti, jodida comadreja!

De mala gana, Burke adoptó la compostura de sheriff.

—Tranquilízate, muchacha, o me veré obligado a encerrarte. Y no creo que a tu papá le gustara mucho eso.

Ella dejó escapar un sonido sibilante entre los dientes.

—No pienso poner una mano sobre este hijo de puta.

Entonces, Burke aflojó la presión de la mano con que la sujetaba y ella se soltó, haciendo como si se sacudiera el polvo.

—Si quieres que hablemos... —empezó Tucker.

—Ya lo creo que vamos a hablar —lo interrumpió Edda Lou—. Aquí y ahora. —Dio media vuelta y se quedó mirando a los clientes, algunos de los cuales la observaban asombrados y otros fingían no hacerlo. En los brazos de la chica resonaron sus pulseras de plástico de colores vivos. Tenía el rostro y el cuello bañados en sudor—. ¿Estáis escuchándome todos? Tengo algo que decir al señor Chuloputas Longstreet.

—Edda Lou... —Tucker probó suerte y le tocó el brazo. Entonces ella le propinó una bofetada con el dorso de la mano que le cerró la boca de golpe.

—No —farfulló Tucker, llevándose la mano a los labios mientras hacía un gesto a Burke para que se apartara—. Deja que se desahogue.

—¡Por supuesto que lo haré! Me dijiste que me amabas.

—Jamás te he dicho algo así. —Tucker estaba seguro de ello. Incluso en los arrebatos de pasión era muy cuidadoso con las palabras; en esos momentos sobre todo.

—¡Me hiciste creer que sí! —le chilló Edda Lou. El fuerte desodorante que ella se ponía se mezcló con el sudor producido por la rabia y ambos olores formaron un nauseabundo y dulzón aroma que recordó a Tucker algo recién muerto. Ella continuó gritando—: Me enredaste para que me acostara contigo. Me aseguraste que yo era la mujer que habías estado esperando. Me dijiste... —Sus lágrimas se fundieron con el sudor que le bañaba el rostro, y la pintura de los ojos se convirtió en negros chorretones que se deslizaban por sus mejillas—. Me dijiste que íbamos a casarnos.

—¡Oye, de eso ni hablar! —Tucker dejó asomar su fuerte temperamento, a pesar de que no le gustaba perder los estribos—. Esa idea te la formaste tú, querida; a pesar de que intenté por todos los medios convencerte de que no sería así.

—¿Y qué quieres que piense una chica cuando la llamas con un silbido, le regalas flores y le compras buen vino? Me dijiste que yo te interesaba más que nadie.

—Claro que sí. —Y era verdad. Siempre lo era.

—A ti, nada ni nadie te interesa, excepto Tucker Longstreet —le espetó tan cerca del rostro que le salpicó de saliva.

Viéndola así, desprovista de toda su dulzura y coqueteos, Tucker se preguntó por qué se habría interesado siquiera un poco por ella. Y que los chicos que estaban tomando allí un refresco se dieran codazos en las costillas y se rieran aumentó su furia.

—Entonces estás mejor sin mí, ¿no crees? —Tucker dejó dos billetes en el mostrador.

—¿Crees que vas a salirte con la tuya tan fácilmente? —Su mano se cerró como un cepo de hierro en torno al brazo de Tucker, y éste sintió cómo le temblaba—. ¿Crees que puedes dejarme tirada como has hecho con las demás? —Estaba perdida si Tucker hacía eso, sobre todo porque ya había insinuado a sus amigas que iban a casarse. Y porque había ido hasta Greenville a ver escaparates y embobarse con los trajes de novia. Edda Lou sabía...Tenía el pleno convencimiento de que medio pueblo ya estaría mofándose de ella—. Tienes una obligación conmigo. Me hiciste promesas...

—¡Dime una! —gruñó Tucker, montando en cólera, y soltándose con rudeza de la mano que lo agarraba.

—Estoy embarazada. —Le salió sin pensar, como un torrente de desesperación. El murmullo que le llegó de las cabinas y ver palidecer a Tucker la llenaron de satisfacción.

—¿Qué has dicho?

Edda Lou torció los labios en una sonrisa, fría y despiadada.

—Lo que has oído, Tuck. Ahora será mejor que decidas qué vas a hacer al respecto. —Echó la cabeza hacia atrás, dio media vuelta y salió del local como un huracán. Tucker esperó a que se le calmara el estómago.

—Vaya —suspiró Josie dedicando una sonrisa de oreja a oreja a los clientes que miraban hacia ellos con ojos llenos de asombro. Bajó la mano para coger la de su hermano—. Te apuesto diez pavos a que miente.

Tucker la miró fijamente, sintiendo que todo le daba vueltas.

—¿Qué? —preguntó.

—Digo que ésa está tan preñada como tú. Un viejo truco femenino, Tucker. Y ten cuidado, no se te vaya a enredar la polla en este asunto.

Tucker necesitaba pensar, y quería estar a solas para hacerlo.

—Ve a buscar a Dwayne a la cárcel, ¿vale? Haz los encargos de Della.

—¿Por qué no vamos...?

Pero él ya salía del local. Josie lanzó un suspiro, pensando que las cosas se estaban poniendo feas. Tucker no le había dicho qué quería Della.

2

Dwayne Longstreet, sentado en el duro camastro de una de las dos celdas en la cárcel del pueblo, gimoteaba como un perro herido. Las tres aspirinas que había tomado no le habían hecho efecto, todavía, y dentro de su cabeza un ejército de sierras mecánicas chirriaba acercándose cada vez más a su cerebro.

Separó las manos de la cabeza lo justo para sorber un poco más del café que Burke le había dado, pero de inmediato se la cogió de nuevo con fuerza, temeroso de que se le cayera y casi esperando que eso ocurriera.

Como siempre le sucedía, Dwayne se despreciaba durante la primera hora después de despertar de una borrachera. Detestaba saber que había vuelto a caer, sonriente, en la odiosa trampa de siempre.

No era el alcohol. No, a Dwayne le gustaba beber. Le agradaba ese primer ardor del whisky mordiéndole la lengua para luego deslizarse por la garganta hasta hundirse en su estómago, como el beso largo y lento de una mujer hermosa. Le gustaba aquel amable calor repentino que se apoderaba de su cabeza después de la segunda copa.

Joder, cómo le gustaba.

Incluso no le molestaba emborracharse; había algo especial en aquella sensación de flotar después del quinto o sexto trago. Cuando todo le parecía gracioso y agradable, porque con ello olvidaba que le habían amargado la vida; que había perdido esposa e hijos —aunque nunca los quiso demasiado de todas formas—, arrebatados por un jodido vendedor de zapatos, y que estaba atrapado en un polvoriento pueblo de mierda sin tener otro lugar a donde ir.

Sí, le gustaba mucho sentirse en aquel estado, brumoso y olvidadizo.

Sin embargo no le hacía gracia lo que ocurría después. Cuando la mano no cesaba de tenderse hacia la botella sin avisarle de lo que le esperaba. Cuando la bebida había perdido ya el sabor, pero él seguía tragando, sólo porque el whisky estaba allí, y él también.

No le gustaba el hecho de que, a veces, el alcohol lo pusiera de mal humor y tuviera ganas de enzarzarse en una pelea, no importaba en cuál. Dios sabía que él no era un hombre violento. Su padre sí lo había sido. Pero en algunas ocasiones, sólo en algunas, el whisky lo convertía en Beau, y Dwayne lo lamentaba siempre.

Le asustaba no recordar bien a veces si se había metido en una pelea o si lo que había tomado lo había dejado fuera de combate. Cuando eso sucedía, acababa despertándose en una celda con una resaca de mil demonios.

Se puso de pie con sumo cuidado, temiendo que, si hacía un movimiento brusco, los leñadores que trajinaban en su cabeza se convirtieran en un enjambre de abejas irritadas. El sol, que penetraba en la celda a través de los barrotes de la ventana, estuvo a punto de cegarlo. Resguardándose los ojos con la mano, Dwayne salió de la celda. Burke nunca lo encerraba.

Apoyándose contra las paredes se dirigió hacia el lavabo y, una vez en

él, orinó lo que le parecieron litros del Wild Turkey que sus riñones habían filtrado. Deseando encontrarse en su propia cama, se lavó el rostro con agua fría hasta que los ojos dejaron de escocerle.

Suspiró entre dientes cuando la puerta del despacho contiguo sonó al abrirse, y emitió un leve gemido al oír la voz de Josie, que lo llamaba en tono alegre.

—¿Dwayne? ¿Estás ahí? Soy tu dulce hermanita, y vengo a sacarte.

Dwayne apareció en la puerta, apoyándose contra el marco. Al verlo, Josie arqueó las cejas, cuidadosamente depiladas.

—¡Madre mía, qué pinta tienes! Estás como si te hubieses peleado con una manada de gatos. —Josie se le acercó, tocándose el labio inferior con una uña pintada de rojo vivo—. Cariño, ¿cómo puedes ver con esos ojos tan inyectados en sangre?

—Oye, ¿me he...? —Dwayne tosió para aclararse la carraspera—. ¿Me he cargado el coche?

—Que yo sepa, no. Ahora ven con tu Josie. —Se acercó más a él para cogerle del brazo. Cuando su hermano volvió la cabeza hacia ella, Josie dio un respingo—. ¡Cielos! ¿A cuántos hombres has matado con ese aliento? —Con un chasquido de labios, hurgó en su bolso y sacó una caja de caramelillos—. Tómame un par de éstos—. Ella misma se los metió en la boca—. Si no, seguro que me desmayo cuando me hables.

—Della se pondrá furiosa —murmuró Dwayne, dejándose llevar hacia la salida.

—Me imagino que sí, pero en cuanto se entere de lo de Tucker, se olvidará de ti.

—¿Tucker? ¡Ay, mierda! —Dwayne se echó hacia atrás cuando el sol le dio de lleno en los ojos.

Moviendo la cabeza, Josie sacó sus gafas de sol, adornadas con piedrecillas brillantes en la montura, y se las dio a Dwayne.

—Tucker está en un apuro: Edda Lou asegura que él la ha dejado embarazada. Ya veremos.

—Joder —susurró Dwayne. Por un instante, sus propios problemas desaparecieron—. ¿Le ha hecho un bombo?

Josie abrió la portezuela del coche y Dwayne se dejó caer en el asiento.

—Le ha montado un escándalo en el Chat 'N Chew; así pues, todos en el pueblo estarán pendientes de si se le hincha la barriga.

—Joder —repitió Dwayne.

—Te diré una cosa —masculó Josie mientras arrancaba el coche y, en un gesto de delicadeza, apagaba la radio—: me importa un rábano si está embarazada o no, pero será mejor que Tucker lo medite muy bien antes de llevarse a esa puta histérica a casa.

Dwayne se habría mostrado profundamente de acuerdo, mas estaba demasiado ocupado sosteniéndose la cabeza.

Tucker sabía que no debía volver a casa. Della no tardaría ni un minuto en echársele encima con toda la caballería. Necesitaba estar solo, y no lo conseguiría si cruzaba la verja de Sweetwater.

Un impulso lo llevó hacia el arcén de la carretera, dejando un rastro de goma en el pavimento caliente al frenar de repente. Faltaba más de un kilómetro para llegar a su casa, pero dejó el coche sobre la hierba y se dirigió hacia los árboles.

El paralizante calor disminuyó apenas un par de grados cuando se encontró debajo del manto protector de las hojas y lianas de los árboles. Pero no buscaba refrescar la piel, sino aliviar su tensión.

Por un momento, en el restaurante, por un solo momento confuso y abrasador, hubiese agarrado a Edda Lou por el cuello y estrujado hasta sacarle el último aliento acusador de su cuerpo.

No le gustaba aquel impulso salvaje, ni el hecho de que esa imagen lo hubiera llenado de placer. La mitad de cuanto Edda Lou había dicho era mentira; lo cual significaba que la otra mitad era verdad.

Tucker apartó una rama baja, se agachó y luego continuó su camino a través de la densa vegetación estival hasta llegar junto al agua. Una garza, sobresaltada por la intrusión, plegó sus largas y gráciles patas y planeó hacia lo más profundo del pantano. Antes de acomodarse sobre un tronco caído, Tucker comprobó que no hubiera serpientes.

Con movimientos pausados sacó un cigarrillo, arrancó apenas un pedacito de la punta, y lo encendió.

Siempre le había gustado el agua, y aunque el empuje y la fuerza del océano le agradaban, le atraían más la silenciosa oscuridad de los estanques sombreados, el murmullo de los riachuelos y el constante ritmo del río. Incluso cuando era pequeño se sentía atraído por ella; entonces ponía la excusa de que iba de pesca para sentarse en la orilla del agua a pensar o para adormecerse escuchando el plaf producido por las ranas al zambullirse y el monótono canto de las cigarras.

En aquella época sólo le preocupaban problemas infantiles: si recibiría una paliza por una mala nota en geografía, cómo enredaría a sus padres para que le regalaran una bici nueva en Navidad o a quién invitaría —a Arnette o a Carolanne— al baile del día de San Valentín.¹

A medida que se fue haciendo mayor, los problemas adquirieron más importancia. Nunca olvidaría cómo lloró la muerte de su padre cuando éste se mató en su Cessna durante un viaje a Jackson. Pero nada supuso eso, nada en absoluto, si lo comparaba con la profunda y sobrecogedora desolación que sintió cuando encontró a su madre desplomada en el jardín, demasiado cerca de la muerte ya para que un médico pudiera hacer algo por su corazón, que acababa de sufrir un infarto.

Por aquella época iba allí a menudo, en un intento de sobreponerse a su enorme tristeza. Y con el tiempo, como todo, también aquello se desvaneció. Salvo en los extraños momentos en que miraba por una ventana y casi esperaba verla, el rostro en sombras bajo su gran sombrero de paja y el

¹ Día de los Enamorados. (*N. de la T.*)

pañuelo de gasa flotando a su espalda mientras cortaba rosas demasiado crecidas.

Madeline Longstreet no habría dado su aprobación a Edda Lou. Sin duda, la habría encontrado vulgar, chabacana, pretenciosa... Y, pensó Tucker aspirando y soltando el humo despacio, habría expresado su desagrado con aquella atroz cortesía que la verdadera dama sureña guardaba tan afilada como el arma más punzante.

Su madre había sido una auténtica dama sureña.

Edda Lou, en cambio, parecía una obra de artesanía, físicamente hablando: senos grandes, caderas anchas, el rostro siempre húmedo a causa de la vaselina para el cuidado intensivo de la piel con que se embadurnaba mañana y noche sin dejar una, boca ansiosa, entusiasta, y manos obsequiosas; desde luego, había disfrutado con ella.

Nunca la había amado, ni jamás le había dicho que así fuera. Tucker consideraba que las promesas de amor eran una treta vulgar para llevarse a una mujer a la cama. Él había hecho que pasara buenos ratos, en la cama y fuera de ella. No era de aquellos que interrumpían el romance cuando una mujer ya se le había abierto de piernas.

Pero Edda Lou empezó a insinuarle el matrimonio, y él dio un gran paso atrás. Primero le dio un tiempo a ver qué ocurría, después salió con ella un par de veces más a lo largo de dos semanas y luego cortó con el sexo.

Le había explicado con pelos y señales que no tenía intención de casarse. Pero advirtió en su mirada de suficiencia que no lo creía. Entonces rompió con todo. Ella estuvo llorosa pero civilizada. Tucker se dio cuenta de que ella se había creído capaz de arrastrarlo de vuelta.

Además, ya no le cabía duda de que se había enterado que andaba con otra.

Todo era importante. Y nada lo era. Si Edda Lou esperaba un hijo, estaba casi seguro de que, a pesar de las precauciones, era suyo. Ahora tenía que averiguar cómo resolver el problema.

Le extrañaba que Austin Hatinger no se hubiera presentado todavía con la escopeta cargada, buscándole. Austin no era el más comprensivo de los hombres y nunca había sentido simpatía por los Longstreet. En realidad los odiaba desde que Madeline LaRue eligió a Beau Longstreet, acabando así para siempre con el ciego sueño de Austin de casarse con ella.

A partir de entonces, Austin se convirtió en un hijo de puta, canalla y amargado. Era del dominio público que golpeaba a su mujer cuando le venía en gana. Y que usaba la misma disciplina a puñetazos con cada uno de sus cinco hijos, el mayor de los cuales, A. J., cumplía condena en Jackson por el robo de un coche.

El mismo Austin había pasado algunas noches entre rejas. Por amenazas, maltrato de palabra y obra, escándalo público..., normalmente acompañados de fervorosas citas bíblicas o invocaciones a Dios. Tucker pensó que era sólo cuestión de tiempo que Austin lo persiguiera con la escopeta o con aquellos puños, grandes como jamones.

Tendría que hacer frente al problema.

Igual que tendría que enfrentarse a su... responsabilidad con Edda Lou.

Responsabilidad, eso era, en efecto; y, por todos los santos, que no pensaba casarse por responsabilidad. Tal vez ella fuese hábil en la cama, pero era incapaz de mantener una conversación hasta el final. Además, Tucker había descubierto que tenía el cerebro pequeño y astuto de un zorro. No estaba dispuesto a desayunar en compañía de eso cada mañana por el resto de su vida.

Haría lo que pudiera, y lo que debiera. Tenía dinero, y tiempo. Era cuanto podía dar. Y quizá cuando se le hubiese pasado lo peor de la rabia, sintiera afecto por el niño al menos, ya que no por la madre.

Deseó sentir ese afecto en lugar de la sensación de asco que le atenazaba el estómago.

Tucker se cubrió el rostro con las manos y deseó que Edda Lou desapareciera. Que pagara por aquella horrible escena que había montado en el restaurante pintándolo peor de lo que era. Si se le ocurriera alguna manera, él...

Oyó un susurro de hojas y se volvió a mirar. Si Edda Lou lo había seguido hasta allí, lo encontraría dispuesto a la pelea.

Cuando Caroline salió al claro, reprimió un grito. Allí, en el rincón sombreado donde una vez pescó con su abuelo, había un hombre; ojos dorados, duros como la ágata; puños apretados, y la boca torcida en una peligrosa mueca entre iracunda y socarrona.

Desesperada, miró a su alrededor en busca de un arma, y se dio cuenta de que tendría que defenderse sola.

—¿Qué hace usted aquí?

Tucker se desprendió de su máscara de dureza con la misma rapidez que habría empleado para quitarse la camisa.

—Mirando el agua. —Tucker le lanzó una rápida sonrisa llena de modestia para demostrarle que era inofensivo—. No esperaba encontrarme con nadie.

La actitud tensa y alerta de Tucker se había convertido en relajada despreocupación. Pero Caroline no estaba convencida de que fuera inofensivo. Su voz sonaba demasiado suave, con aquella habla lenta y perezosa que bien podía ser de burla. Aunque sus ojos la miraban sonrientes, había tanta sensualidad en ellos que Caroline decidió echar a correr en cuanto él se atreviera siquiera a dar un paso hacia ella.

—¿Quién es usted?

—Tucker Longstreet, señorita. Vivo carretera abajo. Soy un intruso. —De nuevo aquella sonrisa de «no te preocupes por nada»—. Perdóneme si la he asustado. Como a la señora Edith no le importaba que viniera por aquí a sentarme un rato, no se me ha ocurrido detenerme en la casa para consultarlo. Usted es Caroline Waverly, ¿verdad?

—Sí. —Encontró que su respuesta, demasiado seca, sonaba a grosería en comparación con el trato familiar de él. Para suavizarla, esbozó una sonrisa ligera, pero no perdió aquella compostura reservada, tensa—. Me ha

sobresaltado, señor Longstreet.

—Llámeme sólo Tucker. —Sonriendo, la miró de arriba abajo. Una pizca demasiado delgada, pensó, pero tenía el rostro pálido y elegante, como el camafeo que su madre llevaba colgando de una cinta de terciopelo negra. Aunque él prefería las mujeres con el cabello largo, el corte que ella lucía favorecía su grácil cuello y sus enormes ojos. Se metió los pulgares en los bolsillos—. Al fin y al cabo, somos vecinos. Y los de Innocence nos consideramos personas amables.

«Éste —pensó ella— seduciría a cualquiera que se le pusiera delante.» Había conocido a otro como él. Y las palabras, pronunciadas con el habla lenta de los sureños o con acento español, eran igual de mortíferas.

Caroline hizo un gesto de asentimiento... majestuoso, pensó él.

—Estaba echando un vistazo por la finca —prosiguió ella—, y no esperaba encontrarme con gente por aquí.

—Es un rincón muy agradable. ¿Va bien la mudanza? Si necesita cualquier cosa, sólo tiene que dar un grito.

—Se lo agradezco, pero creo que me las arreglaré bien. Hace una hora o así que he llegado.

—Ya lo sé. Me dirigía hacia el pueblo y he pasado con mi coche cerca del suyo.

Ella iba a darle otra de sus respuestas comedidas, cuando, de repente, aguzó la mirada.

—¿Un Porsche rojo?

La sonrisa de Tucker fue lenta y amplia y devastadora.

—Es una belleza, ¿verdad?

Caroline dio un paso adelante, echando chispas por los ojos.

—Y usted un idiota irresponsable, conduciendo a ciento cincuenta.

De frágil y bonita había pasado a ser sobrecogedoramente hermosa, con aquel encendido rubor en las mejillas. Tucker la miró, los pulgares metidos aún en los bolsillos. Siempre había pensado que si no podía evitar el mal genio de una mujer, debía disfrutarlo.

—Se equivoca. Que yo recuerde, iba justo a ciento treinta. Pero ese coche coge los doscientos en una buena recta, y...

—Ha estado a punto de chocar contra el mío.

Él pareció estudiar esa posibilidad, y luego sacudió la cabeza.

—No, yo tenía tiempo de sobra para esquivarla, aunque desde donde usted estaba le pareciera que pasaba más cerca. De verdad, siento haberla asustado dos veces en un mismo día. —Pero el brillo de sus ojos no reflejaba para nada una disculpa—. Por lo general intento causar una impresión diferente en las mujeres bonitas.

Su madre le había inculcado machaconamente una cosa en la vida: la dignidad. Caroline recobró la compostura a tiempo para que sus palabras no fueran un simple balbuceo.

—Usted no tendría que conducir. Y yo debería denunciarlo a la policía.

Le divertía su indignación, tan típica de los auténticos yanquis.

—Por supuesto que puede hacerlo, señorita. Llame al pueblo y pregunte por Burke. Burke Truesdale se llama. Es el sheriff.

—Y primo suyo, sin duda —repuso ella entre dientes.

—No, señorita, aunque la verdad es que su hermana pequeña está casada con un primo segundo mío. —Si ella lo creía un paludo sureño, ¿por qué decepcionarla?—. Se mudaron del otro lado del río, a Arkansas. ¿Mi primo? Billy Earl LaRue se llama. Somos familia por parte de mi madre. El y Meggie (la hermanita de Burke) tienen un negocio de guardamuebles. Ya sabe, donde la gente almacena por meses toda clase de objetos, como muebles, coches o lo que sea. Les va muy bien, por cierto.

—Me alegro mucho.

—Qué vecina tan amable es usted. —La sonrisa de Tucker fue serena y tranquila como el agua que se deslizaba a su espalda—. No olvide saludar a Burke de mi parte cuando hable con él.

A pesar de que Tucker era unos centímetros más alto que ella, Caroline consiguió mirarlo por encima del hombro.

—Creo que ambos sabemos que no serviría de mucho que yo hablara con él. Así pues, le agradecería que saliera de mi propiedad, señor Longstreet. Y si quiere sentarse y mirar el agua, busque otro sitio donde hacerlo.

Giró sobre sus talones y no había dado dos pasos cuando Tucker la llamó, y qué burlona sonaba su voz.

—Señorita Waverly, bienvenida a Innocence. Que tenga usted un buen día, ¿me oye?

Caroline siguió andando. Y Tucker, que era un hombre prudente, esperó a que ella no le oyera antes de echarse a reír.

Si no fuese porque estaba con el agua hasta el cuello, se lo pasaría bien provocando a la bonita yanqui. A pesar de todo, ella había hecho que se sintiera mucho mejor.

Edda Lou se encontraba alegre y preparada. Estaba preocupada por si había estropeado las cosas con el escándalo que había montado cuando supo que Tucker había ido a Greenville, a cenar y al cine, con aquella puta de Chrissy Fuller. Pero parecía que, por una vez, su mal genio había trabajado en su favor. Aquella escena en el restaurante, y la pública humillación de Tucker, le había devuelto al hombre como si lo hubiese arrastrado tras de sí cogiéndole por la nariz con una anilla.

Quizá él intentaría engatusarla para que lo dejara en paz —Tucker Longstreet tenía la mejor labia de todo el condado de Bolívar—, pero en esa ocasión no le serviría para salirse con la suya. En un abrir y cerrar de ojos, ella tendría una alianza puesta en el dedo y un certificado de matrimonio en la mano. Y aquella mirada de suficiencia desaparecería de todos los rostros de Innocence en cuanto ella se mudara a la casa grande.

Y Edda Lou Hatinger, que se había criado en una sucia granja, con polvorientos pollos cacareando en el patio y un eterno olor a grasa de cerdo en la cocina, vestiría ropas elegantes, dormiría en una cama blanda y bebería

champaña francesa en el desayuno.

Tenía cariño a Tucker, ésa era la verdad; pero en su corazón sediento guardaba un rincón más grande para la casa, el apellido y la cuenta bancaria del joven Longstreet. Y cuando ella entrase en Innocence, lo haría en un largo Cadillac rosa. Ya no trabajaría más como cajera en la tienda de Larsson, ni necesitaría escatimar los centavos para pagar su habitación en la pensión, y así no vivir en el hogar familiar donde su padre tan pronto la abofeteaba como la miraba de reojo.

Ella sería una Longstreet.

Tejiendo sus fantasías, Edda Lou detuvo su maltrecho Impala del año 75 en el arcén de la carretera. No le había extrañado que Tucker le pidiera en su nota que se encontraran en la laguna. Le pareció una idea muy dulce. Edda Lou estaba enamorada —tanto como su avaricioso corazón le permitía— porque Tucker era tremendamente romántico. No la manoseaba como esos que se le acercaban a hurtadillas en el bar. de McGreedy. Y, además, no quería meterse entre sus piernas a las primeras de cambio, como casi todos los hombres con quienes salía.

No, a Tucker le gustaba hablar. Y aunque la mitad de las veces ella no tenía ni idea de qué decía, también sabía apreciar su cortesía.

Y era generoso con los regalos: perfumes, flores... Una vez, después de una pelea, ella había fingido que lloraba a mares. Con eso consiguió un camisón de seda auténtica.

En cuanto se casaran, tendría los cajones llenos de aquellas cosas que más le gustaran. Y una de esas tarjetas de crédito de la American Express para comprar cuanto le viniera en gana.

Como había luna llena, no se molestó en encender la linterna. No quería echar a perder el ambiente. Se arregló el largo cabello rubio y se estiró el escueto jersey hacia abajo, hasta que sus maduros senos casi salieron por encima del escote. El corto pantalón, de un rosa chillón, se le metía un poco entre las nalgas, pero pensó que el efecto bien valía la pena aquella molestia.

Si jugaba bien sus cartas, Tucker se los quitaría en un abrir y cerrar de ojos. Sólo de pensarlo se sintió mojada. Nadie lo hacía como Tucker. Y lo sabía porque, a veces, cuando la tocaba, incluso olvidaba lo de su dinero. Esa noche quería tenerlo dentro por dos motivos: la emoción de hacerlo al aire libre y, sobre todo, porque era el momento justo. Con suerte, su cuento de que estaba embarazada se habría hecho realidad antes del amanecer.

Se abrió paso a través de las espesas hojas y las enredaderas, entre los embriagadores olores del agua, las madreselvas y su propio perfume. La luz de la luna formaba en el suelo dibujos cambiantes. Como era una mujer nacida y criada en el campo, los ruidos de la noche no la sobresaltaban. Las zambullidas y el croar de las ranas, el susurro de las hierbas del pantano, el agudo chirrido de los grillos o el brusco ulular de las lechuzas. Advirtió el destello de unos ojos amarillentos que pertenecerían a un mapache o a un zorro, quizá. Pero aquel brillo desapareció cuando ella avanzó un par de pasos. Alguna víctima pequeña chilló entre las hierbas. Edda Lou no prestó mayor atención al sonido de la muerte del animal de la que pondría un neoyorquino al escuchar el familiar lamento de una sirena policial.

Ése territorio pertenecía al cazador nocturno, la lechuza y el zorro. Y

ella era una mujer demasiado pragmática para considerarse una presa.

Sus pies avanzaban en silencio sobre la tierra blanda y las hierbas del pantano. La luz de la luna se deslizaba sobre ella, y su piel, que mimaba con tanta religiosidad, brilló con la elegancia del mármol. Y su sonrisa, segura de la victoria, prestaba cierta belleza ardiente a su rostro.

—¿Tucker? —Llamó, con aquella vocecita de niña pequeña que empleaba siempre que deseaba algo—. Siento llegar tarde, cariño.

Se detuvo junto al agua, y aunque su visión nocturna era aguda como la de un gato, sólo vio agua, rocas y vegetación. Apretó los labios, y su belleza desapareció. Había llegado tarde adrede, pues quería que Tucker sudara la espera unos diez o quince minutos.

Refunfuñando, se sentó en el tronco donde, unas horas antes, Tucker había estado sentado. Pero no sintió su presencia. Sólo la irritación por haber corrido hacia allí en cuanto él la había llamado. Y ni siquiera se lo había dicho en persona, sino con una notita de lo más escueta.

*Ven a verme a la laguna de McNair a medianoche.
Arreglaremos las cosas. Sólo quiero estar un rato
contigo a solas.*

Qué típico de él, pensó Edda Lou. La ablandaba, diciéndole que deseaba estar a solas con ella, y luego hacía que se enfadara llegando tarde.

Cinco minutos, decidió ella. Era cuanto le concedería. Luego conduciría el coche hasta el camino de Sweetwater, cruzaría las elegantes verjas y no se detendría hasta encontrarse delante de la casa grande. Haría que Tucker Longstreet se enterase de que no podía jugar con los sentimientos de Edda Lou.

Al escuchar un susurro a su espalda, volvió la cabeza, preparada para saludarlo con un aleteo de sus pestañas. El golpe en la base del cráneo la dejó tendida boca abajo en el suelo.

Su gemido sonó apagado. Edda Lou lo oyó dentro del cráneo, sintiendo como si se lo hubiesen partido por la mitad con una roca. Intentó levantar la cabeza. ¡Ay, qué dolor tan intenso! Cuando quiso llevarse las manos a la herida, se encontró con que las tenía atadas a la espalda.

El primer estremecimiento de terror penetró a través del dolor. Abrió los ojos de par en par e intentó chillar. Pero estaba amordazada. Sintió el sabor de la tela así como el de la colonia que la impregnaba. Con los ojos en blanco, forcejeó para soltarse las manos.

Estaba desnuda, y se rasguñó la espalda y las nalgas al retorcerse contra la corteza del árbol. Había sido atada de manos y pies a un roble. Un experto nudo mantenía sus piernas abiertas en una vulnerable V. Aterradoras imágenes de una violación cruzaron por su mente.

—Edda Lou, Edda Lou. —La voz era grave y áspera, como el chirrido de metal contra una roca. Los aterrados ojos de Edda Lou giraban enloquecidos,

esforzándose por localizar la procedencia de aquella voz. Pero lo único que veía era el agua y la espesa negrura de las grandes hojas. Intentó gritar y se atragantó con la mordaza.

—He estado vigilándote. Me preguntaba cuánto tardaría en verte como ahora, tan romántica, ¿verdad?, así, desnuda a la luz de la luna. Y estamos a solas, tú y yo. A solas. ¿Qué tal un poco de sexo?

Paralizada por el terror, vio la figura que surgía de entre las sombras. Vio la luz de la luna posarse sobre la piel desnuda. Y la vio brillar también, por un horrible instante, contra la larga hoja del cuchillo.

Y de pronto, una oleada de pánico y repugnancia la inundó al reconocer lo que se le acercaba. Su estómago se cerró con una arcada, y el sabor de la náusea le subió a la boca. La figura avanzó hacia ella, bañada en un fino lustre dorado de sudor y un aroma de locura.

La mordaza ahogaba sus súplicas y oraciones. Unos delgados hilos de sangre le corrían por la espalda y las piernas mientras se retorció, desesperada, contra el árbol. Sintió aquellas manos sobre su piel, pellizcándola, acariciándola. Y la boca. Lágrimas ardientes se deslizaron por sus mejillas cuando la boca se cerró, hambrienta, sobre sus indefensos senos.

Resbaladizo de sudor, aquel cuerpo se restregaba contra el suyo haciéndole cosas que no quería creer que alguien pudiera hacerle jamás. Sollozos de enajenación la sacudían mientras su cuerpo se estremecía a cada roce de la húmeda boca, de los dedos intrusos, de la suave hoja del cuchillo de caza.

Recordó lo sucedido a Arnette y a Francie, y supo que ellas habían sentido ese mismo terror helado, esa misma náusea repugnante en los últimos momentos de su vida.

—Tú lo deseas. Tú lo deseas. —El monótono canto golpeaba entre jadeos el entumecido cerebro de Edda Lou—. Puta. —El cuchillo se puso de lado lentamente y cortó con delicadeza, casi sin producir dolor, el brazo de Edda Lou hacia abajo. La boca se cerró ansiosa sobre la herida, y Edda Lou sintió que se hundía en las sombras de la inconsciencia.

—Ah, no, ni hablar de eso. —Una mano la abofeteó, juguetona, para reanimarla—. No existe el descanso en medio del trabajo para las putas. —Se oyó una risa rápida, casi una carcajada. La sangre manchaba los sonrientes labios. Los vidriosos ojos de Edda Lou se abrieron y se quedaron fijos—. Eso está mejor. Quiero que me mires. ¿Preparada?

«Por favor, por favor, por favor —gritaba su mente—. No me mates. No diré nada, no diré nada, no diré nada.»

—¡No! —La voz sonó espesa y excitada, y Edda Lou olió su propio miedo, su propia sangre, cuando aquel rostro se inclinó hacia el suyo con la locura brillando en unos ojos que ella conocía tan bien—. No te mereces ni que te folie siquiera.

Una mano le arrancó la mordaza. Parte del placer, de la necesidad, era oír ese único grito agudo, que se cortó en seco cuando el cuchillo degolló a Edda Lou.

Caroline dio un salto en la cama, con el corazón golpeándole alocado con un ritmo desbocado. Se agarró el pecho con ambas manos, casi rasgándose la delgada camiseta de dormir en el arrebató.

Un grito, pensó aterrada, mientras escuchaba el eco de sus jadeos en la habitación. ¿Quién gritaba?

Estaba a punto de bajarse de la cama para buscar a tientas la luz, cuando se acordó de dónde se encontraba. Entonces se dejó caer de nuevo sobre la almohada. No estaba en Filadelfia, ni en Baltimore, ni en Nueva York, ni en París, sino en el campo, en Misisipí. Estaba acostada en la cama en que sus abuelos habían dormido.

Parecía que los ruidos de la noche llenaban la habitación: ranas, grillos, cigarras... Y lechuzas. Oyó otro grito. Como el de una mujer, pensó estremecida. Chillidos de lechuzas, recordó entonces. Su abuela la tranquilizó una noche, durante aquella visita tan lejana, cuando el mismo grito áspero la despertó.

«Es sólo una vieja lechuza, mi niña. No te preocupes. Aquí estás a salvo, como un conejo en su madriguera.»

Caroline cerró los ojos y escuchó el largo ulular de otra lechuza, más educada que la anterior. «Son los ruidos del campo», se dijo para calmarse, e intentó ignorar los crujidos de la vieja casa. Pronto le parecerían tan naturales como el zumbido del tráfico o el ulular de las distintas sirenas.

Era como su abuela le había dicho. En aquella casa estaría a salvo.

3

Tucker estaba sentado en el lado de la terraza donde la clemátide violeta se enroscaba en el enrejado de mimbre blanco. Un colibrí revoloteó a su espalda, las iridiscentes alas moviéndose como una mancha borrosa en el aire mientras bebía hondo de uno de los brotes abiertos y tiernos. En la casa, la batidora de Della ronroneaba sin cesar. El ruido salía a través de la mosquitera de las ventanas para mezclarse con el zumbido de las abejas.

Bajo la mesa de cristal se repantigaba el viejo sabueso de la familia, *Buster*, un amasijo de piel suelta y huesos vencidos. De vez en cuando reunía la fuerza suficiente para menear la cola mientras, esperanzado, miraba a través del cristal el desayuno de su amo.

Tucker no prestaba atención a los ruidos y aromas matinales. Los absorbía con el mismo aire distraído con que tomaba el zumo fresco, el café y las tostadas.

Estaba enfrascado en uno de sus rituales cotidianos favoritos: leer el correo.

Como siempre, había una pila de catálogos y revistas de modas para Josie. A medida que los cogía iba echándolos en el cojín de la silla de al lado. Y cada vez que una revista caía, *Buster* entornaba los viejos ojos legañosos con una mirada esperanzada, para luego gruñir con auténtico disgusto canino.

Había una carta para Dwayne, de Nashville, con la dirección escrita por Sissy con su cuidada letra de niña pequeña. Tucker frunció el ceño, levantó el sobre para mirarlo al trasluz, y lo dejó a un lado. Sabía que ella no pedía a su hermano la pensión para los niños. Como el contable de la familia era él, se ocupaba de los talones mensuales, y el último lo había enviado hacía sólo dos semanas.

Siguiendo con su sistema de archivo, dejó las facturas en otra silla, la correspondencia personal apoyada en la cafetera, y las cartas de alguna organización benéfica pidiendo dinero con cualquier excusa se perdían en una bolsa de papel que tenía a los pies.

Para ocuparse de estas últimas, Tucker metía la mano en la bolsa una vez al mes, y elegía dos sobres al azar. Sus remitentes recibían generosas contribuciones, con independencia de que fueran del Fondo Mundial para la Protección de la Naturaleza, de la Cruz Roja Americana o de la Sociedad para la Prevención de las Verrugas. Tucker pensaba que, de ese modo, los Longstreet cumplían con sus obligaciones benéficas. Y si en alguna organización se preocupaban cuando un mes recibían un talón de varios miles de dólares, y luego nada por varios años, era problema suyo.

Él tenía sus propios problemas. Y la sencilla rutina de distribuir el correo le ayudaba a olvidarse un poco de ellos, al menos de momento. El hecho era que no sabía cuál sería su siguiente movimiento, ya que Edda Lou ni siquiera había hablado con él. Ella había tenido dos días para actuar después de su estrepitoso anuncio público, pero parecía decidida a jugar al escondite. No sólo no se había puesto en contacto con él, tampoco contestaba al teléfono.

Tucker estaba preocupado, sobre todo porque ya había probado el

latigazo de su mal genio y sabía que Ella lo atacaría con el sigilo y la astucia de una culebrilla de agua. Y esperar la picadura le ponía nervioso.

Fue amontonando los sobres de ¡TÚ ERES EL GANADOR! que Dwayne guardaba para enviar a sus hijos, y encontró uno color lila con aroma a lilas que sólo una persona en el mundo enviaría.

—La prima Lulú. —Sonrió de oreja a oreja, y sus preocupaciones desaparecieron.

Lulú Longstreet Boyston, de la rama de los Longstreet de Georgia, era prima del abuelo de Tucker. Las especulaciones situaban su edad en algunos años más de setenta, aunque hacía mucho que ella se aferraba, tozuda, a los sesenta y cinco. Con dinero para dar y tomar, medía un primoroso metro cincuenta, con los zapatos ortopédicos puestos, y estaba más loca que una cabra.

Tucker la adoraba. A pesar de que la carta iba dirigida A Mis PRIMOS LONGSTREET, decidió abrirla. No tenía ganas de esperar a que Dwayne y Josie volvieran de dondequiera que hubieran ido.

Leyó el primer párrafo, escrito con rotulador de color rosa chillón, y soltó una carcajada.

La prima Lulú pensaba visitarlos.

Siempre se expresaba así, para que no supieran si iría a cenar o se instalaría un mes en la casa. Tucker deseó, con toda sinceridad, que fuera lo segundo. Necesitaba una distracción.

La última vez que la prima Lulú estuvo con ellos, se presentó con una caja de pasteles de nata helados empaquetados en hielo seco, y llevando un gorrito de papel con una pluma de avestruz en la punta. No se quitó el maldito sombrero en toda la semana, estuviera despierta o dormida, alegando que celebraba el cumpleaños..., de quien fuera.

Tucker se chupó la mermelada de fresas que tenía en los dedos, y echó el resto de su tostada a *Buster*. Dejando el correo sobrante para después, se dirigió hacia la casa. Quería decir a Della que tuviera dispuesto el dormitorio de la prima Lulú para cuando ésta llegara.

No había acabado de abrir la puerta cuando oyó el bronquítico jadeo de la camioneta de Austin Hatinger. Sólo un vehículo en todo Innocence producía aquel sonido tan particular de gruñido-jadeo-eructo. Por un momento pensó meterse en la casa y atrancar las puertas; pero se volvió, preparándose para dar la cara.

No sólo oyó que Austin llegaba, también vio la nube de humo negro que se elevaba entre las magnolias. Con un suspiro de resignación, Tucker esperó la llegada de la camioneta. Sacó un cigarrillo y le cortó un trocito de la punta.

Empezaba a disfrutar de la primera bocanada de humo cuando se detuvo la camioneta frente a él y Austin Hatinger bajó de ella.

Tenía el aspecto ajado y voluminoso del viejo Ford, pero a él lo sostenían tendones y músculos en lugar de cuerdas y alambres. Bajo su sombrero de granjero manchado de grasa, el rostro de Hatinger parecía haber sido tallado de la corteza de un árbol. Partiendo de sus ojos castaños, arrugas profundas surcaban sus mejillas, quemadas por el viento, hasta enmarcar una boca dura y hosca. Ni un mechón le asomaba por debajo del sombrero. Y no

es que Austin fuera calvo, sino que todos los meses se dejaba caer por el barbero para que le cortara al cero el entrecano cabello. Tucker pensaba a veces que quizá fuese un homenaje a los cuatro años que había servido en el cuerpo de Marines. *Semper Fi*. Ésa era una de las frases que llevaba tatuada en sus brazos de acero. Junto a ella, sobre el músculo, ondeaba la bandera estadounidense.

Austin —que era el primero en decir que se consideraba un cristiano temeroso de Dios— nunca se había dejado seducir por frivolidades como las chicas de cabaret.

Austin lanzó un salivazo del tabaco de mascar a la gravilla, dejando un repugnante charco amarillento en ella. Bajo el polvoriento mono y la sudada camisa de trabajo, que llevaba abrochada hasta el cuello a pesar del calor, se insinuaba el torso con la fortaleza de un toro.

Tucker se fijó en que no había cogido ninguno de los rifles que llevaba en el estante sobre la ventanilla trasera de la cabina. Confió en que esa cortesía fuera un buen augurio.

—Austin —saludó Tucker, bajando un peldaño en señal de discreta amabilidad.

—Longstreet. —Tenía la voz como el chirrido de un clavo oxidado sobre cemento—. ¿Dónde diablos está mi muchacha?

Como ésa era la última pregunta que Tucker hubiera esperado, se lo quedó mirando con un pestaño.

—¿Perdón?

—Hijo de puta, fornicador, hereje. ¿Dónde coño está mi Edda Lou?

La descripción estaba en la línea de lo esperado por Tucker.

—No he visto a Edda Lou desde anteayer, cuando se me echó encima en el restaurante. —Alzó una mano antes de que Austin pudiera hablar. Todavía servía de algo formar parte de la familia más poderosa del condado—. Cabréate cuanto quieras, Austin, y me imagino que no será poco, pero el hecho es que me he acostado con tu hija. —Aspiró una larga y lenta bocanada de humo del cigarrillo, y añadió—: Seguramente tenías una idea bastante clara de lo que yo hacía, y me imagino que no te habrá hecho gracia. Además, no pienses que no te entiendo.

Los labios de Austin esbozaron una mueca de dientes amarillentos e irregulares. Nadie lo habría confundido con una sonrisa.

—Tendría que haberte despellejado tu asqueroso culo la primera vez que llegaste olisqueándole las faldas. —Es posible, pero como Edda Lou cumplió los veintiuno hace dos o tres años, ella elige sus compañías. —Tucker volvió a fumar del cigarrillo, miró la ceniza en la punta, y lo lanzó a un lado—. La cuestión, Austin, es que lo hecho, hecho está.

—Para ti es fácil decir eso cuando has plantado un bastardo en la barriga de mi hija.

—Con su plena colaboración —añadió Tucker, metiéndose las manos en los bolsillos—. Yo me ocuparé de que tenga cuanto necesite mientras esté embarazada, y no escatimaré nada para la pensión del bebé.

—Fanfarronadas. —Austin escupió de nuevo—. Mucha labia. Siempre se

te ha dado muy bien mover la lengua para escabullirte de los problemas, Tucker. Ahora escúchame tú un poco. Yo cuido de mi gente, y quiero que me devuelvas a mi muchacha ahora mismo.

Tucker se limitó a enarcar una ceja.

—¿Acaso crees que Edda Lou está aquí? Pues te equivocas.

—¡Mentiroso! ¡Fornicador! —Su rasposa voz subía y bajaba, como la de un predicador con anginas—. Tu alma está negra de pecado.

—Eso no te lo discuto —repuso Tucker, en el tono de voz más alegre que pudo—, pero Edda Lou no está aquí. No tengo necesidad de mentirte sobre ello. Echa un vistazo si quieres, pero te digo que no la he visto ni he sabido nada de ella desde que hizo pública su gran noticia.

Austin consideró la posibilidad de irrumpir en la casa, y también el hecho de que podía quedar como un imbécil si lo hacía. No daría el gustazo a un Longstreet de que lo avergonzara.

—No está aquí, tampoco en el pueblo. Te diré lo que pienso, hijo de puta: creo que la convenciste para que fuera a una de esas clínicas asesinas y se librara del niño.

—Edda Lou y yo no hemos hablado sobre eso. Si lo ha hecho, habrá sido decisión suya exclusivamente.

Tucker había olvidado la rapidez con que aquel hombre grandullón era capaz de moverse. Antes de que hubiera pronunciado la última palabra, Austin dio un salto hacia adelante y lo agarró por la camisa, alzándolo después por encima de los escalones.

—¡No hables así de mi hija! Edda Lou era una chica cristiana y temerosa de Dios antes de liarse contigo. Mírate, eres un vago, un asqueroso cerdo en celo que vive en esta elegante casa grande con el borracho de su hermano y la puta de su hermana. —La saliva salpicaba el rostro de Tucker mientras la furia cubría de manchas rojas la piel de Austin—. Os pudriréis en el infierno, todos vosotros sin excepción, como el pecador de tu padre, borracho donde los haya.

Para Tucker era una cuestión de principios hablar, seducir, o huir para evitar los enfrentamientos. Pero siempre había un punto, por mucho que intentara evitarlo, en que su orgullo y su mal genio se disparaban.

Asestó un puñetazo al estómago de Austin y sorprendió al viejo lo bastante como para que aflojara un poco la mano con que le agarraba la camisa.

—Escúchame, santurrón hijo de puta, ten en cuenta que estás tratando conmigo, no con mi familia. Sólo conmigo. Ya te he dicho que cumpliré con Edda Lou, y no te lo diré más veces. Si crees que yo he sido el primero que se la ha picado, estás más loco de lo que yo pensaba. —Su furia aumentaba por momentos, a pesar de que sabía que era un error. Pero la humillación, la rabia y el insulto superaban cualquier precaución—. Y no creas que ser vago significa ser imbécil. Sé muy bien qué pretende Edda Lou. Si vosotros dos pensáis que los gritos y las amenazas conseguirán llevarme ante el altar, os equivocáis.

Los músculos en la mandíbula de Austin temblaron.

—Así pues, Edda Lou es lo bastante buena para joder con ella pero no

para que se case contigo.

—Yo no lo habría dicho con tanta claridad.

Aunque Tucker reaccionó a tiempo para esquivar el primer puñetazo, no lo consiguió con el segundo. El puño de Austin, del tamaño de un jamón, se hundió en su estómago, robándole el aliento y doblándolo por la cintura. Recibió una lluvia de golpes en el rostro y el cuello antes de que recuperase el aliento y pudiera defenderse.

Sintió el gusto y el olor de la sangre. El hecho de que fuera suya le llenó de una furia desbocada y estremecedora. No sintió el dolor cuando sus nudillos golpearon el mentón de Austin, pero la fuerza del puñetazo le reverberó en todo el brazo.

Qué bien se sintió. Condenadamente bien.

Una parte de él seguía pensando con claridad. Tenía que mantenerse en pie. Nunca podría competir con Austin, en tamaño o fuerza, así pues, Tucker dependía de su agilidad y rapidez. Si el viejo lo tumbaba, y él conseguía levantarse de nuevo, lo haría con los huesos rotos y el rostro convertido en una pulpa sanguinolenta.

Recibió un puñetazo justo debajo de la oreja, y oyó el canto de los ángeles.

Puños contra hueso. Sangre y sudor salpicando de manera repugnante. Mientras forcejeaban, con los rostros desencajados y gruñidos animales, Tucker cayó en la cuenta de que no sólo defendía su orgullo, sino también su vida. La expresión de locura que había en los ojos de Austin era más elocuente que los ásperos gruñidos o las maldiciones socarronas. Su sola visión hizo que el pánico se enroscara como una serpiente en las entrañas de Tucker.

Sus peores temores se cumplieron cuando Austin arremetió contra él, la cabeza gacha y el cuerpo de apisonadora detrás. Lanzó un largo grito triunfal cuando vio que Tucker resbalaba en la gravilla y caía volando hacia atrás en medio de las peonías.

Tucker se quedó sin resuello. Aunque oía el patético silbido de su respiración abriéndose paso por su garganta hacia los pulmones, seguía furioso, y con miedo. Cuando hizo ademán de incorporarse, Austin se le echó encima, le agarró del cuello con la mano izquierda y empezó a golpearle los riñones con la derecha.

Tucker metió una mano bajo la barbilla de Austin, en un intento desesperado por echarle la cabeza hacia atrás; entonces se le nubló la vista. Sólo veía sus ojos, resplandecientes ante el placer de matar, desorbitados de locura.

—Con Satanás te irás —canturreó Austin—. Con Satanás te irás. Tendría que haber acabado contigo antes, Beau. Tendría que haberlo hecho.

Tucker, sintiendo que se le iba la vida, le apuntó los dedos a los ojos.

Austin echó la cabeza hacia atrás y aulló como un perro herido. Cuando dejó caer la mano que asfixiaba a Tucker, éste aspiró aire en grandes bocanadas que le ardían por dentro y lo reanimaban.

—¡Loco hijo de puta, yo no soy mi padre! —farfulló Tucker atragantándose. Sintió náuseas, y consiguió ponerse a gatas. Le aterraba

vomitara el desayuno sobre las peonías aplastadas—. ¡Lárgate de mi tierra, maldita sea! —masculló.

Volvió la cabeza y sintió una breve emoción al ver el ensangrentado rostro de Austin. Le había dado tan fuerte como había recibido, no se podía pedir más. A menos que fuese una ducha fría, una bolsa de hielo y un tubo de aspirinas. Hizo ademán de quedarse sentado sobre los talones. Veloz como una serpiente, la mano de Austin se cerró sobre una de las grandes piedras que rodeaban las peonías. —¡Cielo santo! —fue cuanto Tucker pudo decir mientras Austin levantaba la piedra sobre su cabeza.

El estallido de la escopeta sobresaltó a ambos. Los perdigones pasaron rozando las flores.

—¡El otro cañón está dispuesto, hijo de puta! —Gritó Della desde el porche—, y apuntando directamente a tu inservible polla. Deja la piedra donde estaba, y hazlo rápido, porque tengo el dedo mojado de sudor.

La locura empezó a apagarse. Tucker vio cómo desaparecía de los ojos de Austin, siendo sustituida al instante por una cólera que, aunque violenta, era más cabal.

—Seguramente no te mataría —prosiguió Della. Permanecía al borde del porche, con la escopeta acomodada contra el hombro, la vista en el punto de mira y una áspera sonrisa en los labios—, pero te dejaría unos veinte años meando en una bolsa de plástico.

Austin soltó la piedra. Ésta se hundió en la tierra con un sordo y repugnante golpe que disparó las náuseas en el revuelto estómago de Tucker.

—«A sentar justicia he venido» —citó Austin—. Pagaré por lo que ha hecho a mi hija.

—Descuida, que pagará —dijo Della—. Si lo que esa chica lleva en el vientre es suyo, Tucker se ocupará de todo. Pero yo no soy tan ingenua como él, Austin, y veremos qué se cuece antes de que firme papeles y cheques.

Con los puños apretados caídos a lo largo del cuerpo, el viejo se irguió.

—¿Insinúas que mi hija miente?

Della mantuvo la escopeta apuntada a la barriga de Austin.

—Digo que Edda Lou nunca ha estado mejor de lo que se merecía, y no le echo a ella la culpa. Ahora, lárgate de estas tierras, y, si eres listo, acompaña a la chica al doctor Shays para que la reconozca a fondo y vea si está embarazada. Esto lo solucionaremos hablando, como personas civilizadas. Si no estás de acuerdo, da un paso al frente y deja que te vuele en mil pedazos.

Los impotentes puños de Austin se abrían y cerraban con rabia. No hacía caso de la sangre que se deslizaba como lágrimas por sus mejillas.

—Esto no quedará así —masculló. Escupió de nuevo antes de volverse hacia Tucker—. Y la próxima vez, no habrá una mujer rondando por ahí para protegerte.

Se dirigió a grandes zancadas hacia la camioneta; una vez en ella, rodeó las petunias derrapando con la gravilla, y se alejó traqueteando por el camino. En su estela eructaba el humo negro.

Tucker se dejó caer sentado en medio de las flores aplastadas y hundió

la cabeza entre las rodillas. No quería levantarse, no, aún no. Quería quedarse sentado un rato entre las maltrechas petunias.

Lanzando un suspiro largo, Della apartó la escopeta y la apoyó con cuidado contra la baranda. Después descendió los escalones, pasó por encima de las piedras que rodeaban el parterre y se acercó a Tucker. Él levantó la cabeza, a punto de darle las gracias, cuando ella le propinó tal tortazo en un lado de la cabeza que Tucker oyó campanas.

—Joder, Della!

—Éste por pensar con la polla —dijo ella, dándole de nuevo—. Éste por traerme ese maníaco santurrón cerca de la casa. —Y un tortazo más en la coronilla—. Y éste por estropear las flores de tu madre. —Con un satisfecho movimiento de la cabeza, Della cruzó los brazos sobre el pecho—. Ahora, si consigues que las piernas te respondan, entra en la cocina para que te limpie un poco.

Tucker se pasó el dorso de la mano por la boca y con aire ausente miró la mancha de sangre.

—Sí, señora.

Cuando Della sintió que sus manos casi no temblaban ya, puso un dedo bajo la barbilla de Tucker y le hizo alzar la cabeza.

—Tendrás un buen morado —predijo—. Pero me ha parecido observar que a él le saldrán dos. No has estado demasiado mal.

—Eso creo. —Se puso de rodillas con tiento y luego, entre rápidos jadeos, se estiró despacio hasta levantarse. Se sentía como si una manada de caballos salvajes acabara de arrollarlo—. Más tarde haré lo que pueda con las flores.

—Será mejor. —Della le pasó un brazo alrededor de la cintura, y, cargando con su peso, lo ayudó a entrar en la casa.

Aunque no quería ponerse nervioso a causa de Edda Lou, Tucker no conseguía sacudirse la inquietante sensación que tenía en el estómago. Se repetía, una y otra vez, que debería dejar que el loco de Austin se ocupara de su loca hija, quien seguramente había decidido esconderse por unos días de su colérico padre, además, así remover un poco las culpas de Tucker. Pero éste no lograba olvidar cómo se había sentido cuando encontró a la dulce Francie flotando en el agua, con aquellas heridas sin sangre, blanca como un pescado muerto.

Así pues, se puso las gafas de sol para ocultar lo peor de la magulladura que le supuraba en el ojo izquierdo, y, tras engullir dos de aquellos analgésicos que Josie tomaba para los dolores menstruales, bajó al pueblo.

El sol ardía sin piedad, haciendo que deseara meterse en la cama con una bolsa de hielo en la cabeza y un whisky largo al lado. Y así haría, en cuanto hubiese hablado con Burke.

Con un poco de suerte, Edda Lou estaría detrás del mostrador de Larsson, vendiendo tabaco, polos y bolsas de carbón para barbacoa.

Pero cuando pasó por delante del escaparate, vio junto al mostrador al

joven y patoso Kirk Larsson, no a Edda Lou.

Tucker aparcó el coche delante de la oficina del sheriff. Si hubiese estado solo, se habría apeado despacio, entre gemidos, sufriendo con cada movimiento del cuerpo. Pero los tres viejos paz guatos que se sentaban siempre en la entrada, a mascar tabaco, maldecir el tiempo y husmear chismes, ocupaban sus posiciones: sombreros de paja cubriendo entrecanas cabezas, mejillas hinchadas de rapé quemadas por el viento y desteñidas camisas de algodón que colgaban de sus cuerpos, pesadas de sudor.

—Hola, Tucker.

—Señor Bonny... —Hizo un gesto de saludo al hombre que tenía más cerca, como era la costumbre, puesto que Claude Bonny era el mayor del grupo. Los tres, que llevaban más de una década viviendo a costa de la seguridad social, habían marcado el territorio de la acera (con su sombra entoldada frente a la pensión) como el paraíso de su jubilación—. Señor Koons... Señor O'Hara.

Peter Koons, desdentado desde los cuarenta años, y poco amante de la dentadura postiza, lanzó un salivazo entre las encías al cubo de latón provisto por su sobrina nieta.

—Oye, chico, ¿te has topado con una mala mujer o con un marido celoso?

Tucker esbozó una sonrisa. Había muy pocos secretos en aquel pueblo, y un hombre listo elegía los suyos con tino.

—No. Sólo un padre cabreado.

Charlie O'Hara soltó una risilla bronquítica. Como su enfisema no mejoraba, y él suponía que acabaría por matarlo antes del verano siguiente, apreciaba las pequeñas gracias de la vida.

—¿Te refieres a Austin Hatinger? —Cuando Tucker hizo un brusco gesto de asentimiento, los pulmones de O'Hara volvieron a silbar—. Es un pájaro de mal agüero. Una vez vi cómo arremetía contra Toby March; claro que como Toby era un muchacho negro, nadie le hizo demasiado caso. Debió de ocurrir en el sesenta y nueve. Le partió varias costillas y le dejó una cicatriz en la mejilla.

—Fue en el sesenta y ocho —corrigió Bonny a su colega, porque la precisión era importante en esas cuestiones—. Aquel verano compramos el tractor nuevo, por eso me acuerdo. Austin acusaba a Toby de haberle robado un pedazo de cuerda de su cobertizo. Pero aquello era absurdo. Toby era buen chico, y nunca tocó algo que no fuera suyo. Cuando le sanaron las costillas, vino a trabajar conmigo en la granja. Y no me dio problemas.

—Austin es un tipo violento —masculló Koons, que volvió a escupir, ya fuera por necesidad o por dar importancia a sus palabras—. Se marchó a Corea hecho un tipo violento y regresó más violento aún. Nunca perdonó a tu mamá que se casara con otro mientras él luchaba contra los amarillos. Estaba colado por la señorita Madeline, aunque Dios sabe que ella nunca lo miró dos veces cuando lo tenía delante. —Los labios se le abrieron en una sonrisa desdentada—. Qué, ¿piensas adoptarlo como suegro, Tuck?

—En toda mi vida. En fin, no trabajen demasiado, ¿eh?

Los viejos rieron entre dientes y jadearon asmáticos mientras él doblaba

la esquina y empujaba la puerta de Burke.

La oficina del sheriff parecía una sauna, con un escritorio metálico desechado por el ejército, dos sillas giratorias, una desvencijada mecedora de madera, un armario para las armas, cuya llave Burke llevaba siempre colgando de la pesada cadena del cinturón, y una flamante cafetera nueva, regalo navideño de la esposa de Burke. La madera del suelo estaba salpicada de pequeños puntos blancos de la última vez que habían pintado las paredes.

Detrás del despacho había un lavabo tan pequeño como un armario, y al otro lado, el estrecho almacén, con estantes metálicos y un camastro plegable. En él se quedaba Burke, o su ayudante, si necesitaba pasar allí la noche vigilando a un detenido. Aunque solían usarlo cuando alguno de ellos había caído en desgracia en el hogar y necesitaba dar una noche de soledad a la esposa para bajarle los humos.

Tucker nunca había entendido cómo Burke, hijo de un granjero próspero en sus tiempos, era feliz en aquel lugar tramitando multas de tráfico, interrumpiendo alguna pelea ocasional y vigilando a los borrachos.

Pero Burke parecía satisfecho, igual que lo parecía de llevar casado casi diecisiete años con la chica que había dejado embarazada cuando aún estaban en el instituto. Llevaba la estrella de sheriff con discreción, y era lo bastante afable como para ser una persona querida en Innocence, cuyos habitantes no querían que les dijeran lo que no podían hacer.

Tucker lo encontró inclinado sobre el escritorio, frunciendo el ceño entre archivos mientras el ventilador del techo removía el aire caliente y viciado de humo por encima de su cabeza.

—Burke.

—Hola, Tuck. ¿Qué haces...? —Sus palabras quedaron en el aire cuando alzó la vista y vio el hinchado rostro de Tucker—. Joder, chico, ¿con qué te has tropezado?

Aunque Tucker hizo una ligera mueca, ese gesto le costó no poco sufrimiento.

—Con los puños de Austin.

Burke sonrió de oreja a oreja.

—Y él, ¿qué pinta tenía?

—Della dice que peor que la mía. Yo estaba demasiado ocupado sujetándome el estómago para darme cuenta.

—Tal vez no quería ofenderte.

Sabiendo que era verdad, Tucker se acomodó despacio en el deshilachado asiento de una de las sillas giratorias.

—Es probable. Pero no creo que toda la sangre que había en mi camisa fuese sólo mía. Espero que no.

—¿Edda Lou?

—Sí. —Tucker metió un dedo con tiento por debajo de las gafas para acariciarse el ojo magullado—. Según él, he desflorado una virgencita, pura como una azucena, que en su vida había visto una polla.

—Y una mierda.

—Lo mismo digo. —Tucker se detuvo a tiempo, antes de cometer el error de encogerse de hombros—. Además, Edda tiene veinticinco años, y me he acostado con ella, no con su viejo.

—Me alegra saberlo.

La rápida sonrisa de Tucker le estiró el labio hinchado.

—La madre de Edda Lou debe de cerrar los ojos y rezar a todos los santos cada vez que él le echa un polvo. —De pronto se puso serio al imaginarse a un desbocado Austin sobre el frágil cuerpo de su esposa mientras ella lo miraba con ojos de cordero degollado—. La cuestión es, Burke, que quiero hacer lo que debo. —Mientras soltaba el aire se dio cuenta de que había tenido más de una razón para bajar al pueblo—. Las cosas os salieron bien, a ti y a Susie.

—Sí. —Burke sacó una cajetilla, cogió un cigarrillo, y lanzó el paquete por encima de la mesa hacia Tucker—. Éramos demasiado jóvenes y estúpidos para pensar que no funcionaría. —Contempló a Tucker, que le quitaba un trocito a la punta del cigarrillo—. Y yo la amaba. Estaba locamente enamorado de ella en aquella época. Y sigo igual. —Echó las cerillas a Tucker—. No ha sido fácil (con el nacimiento de Marvella justo antes de graduarme) vivir con mi familia por dos años antes de que pudiéramos pagar nuestra propia casa. Y luego Susie se quedó embarazada de Tommy. —Exhaló el humo poco a poco, sacudiendo la cabeza—. Tres hijos en cinco años.

—Si te hubieses precintado la cremallera...

Burke sonrió.

—¿Y qué me dices de ti?

—Ya. —Tucker echó el humo entre los dientes—. Bueno, se trata de lo siguiente: no estoy enamorado de Edda Lou, así de claro. Y sé que tengo una responsabilidad. No puedo casarme con ella, Burke. No puedo.

Burke sacudió el cigarrillo en el cenicero de latón que en su tiempo fue azul y se había vuelto gris.

—He de reconocer que serías un loco si lo hicieras. —Carraspeó antes de aventurarse en terreno pantanoso, y prosiguió—: Susie me ha dicho que Edda lleva varias semanas presumiendo acerca de que irá a vivir a la casa grande donde tendrá criados que la sirvan. Susie asegura que ella nunca le ha prestado mucha atención, pero que las otras mujeres, sí lo han hecho. Me parece que esa chica se ha empeñado en mudarse a Sweetwater.

Aquello supuso un golpe para su orgullo masculino a la vez que un gran alivio. Así que nunca había sido por él, pensó Tucker, sino por el apellido Longstreet. Pero ella habría debido imaginarse que, tarde o temprano, él se enteraría.

—He venido a decirte que no he tenido noticias tuyas desde aquel día en el restaurante. Austin me ha sacudido porque suponía que yo la tenía escondida en mi casa. ¿La has visto por el pueblo?

Lentamente, Burke aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Creo que no la he visto desde hace un par de días.

—Es probable que esté con alguna amiga. —Esa idea lo tranquilizó—. Lo que ocurre es que desde que encontramos el cadáver de Francie...

—Ya. —Burke sintió un nudo en el estómago.

—¿Has averiguado algo de ella... o de Arnette?

—Nada. —El fracaso lo golpeó con un ardor en la nuca—. El sheriff del condado se encarga del caso. He trabajado con el forense, y los chicos del estado han echado una mano, pero no tenemos nada sólido. Una mujer fue apuñalada en Nashville el mes pasado. Si se establece alguna conexión, tendremos que avisar al FBI.

—¡No me jodas!

Burke se limitó a asentir con la cabeza. No le gustaba la idea de tener a los federales en su pueblo; le robarían el trabajo y lo mirarían por el rabillo de sus ojos urbanos, mientras pensaban que sólo era un paludo, incapaz de encerrar a un borracho tirado en la calle.

—Cuando me he acordado de Francie, me he puesto nervioso —prosiguió Tucker.

—Preguntaré por ahí. —Burke se levantó con ganas de ponerse a ello enseguida—. Como bien has dicho, es probable que esté pasando unos días en casa de una amiga, pensando que así te hará sudar y le propondrás que os caséis.

—Sí. —Aliviado de haber pasado la carga de sus preocupaciones a Burke, Tucker se levantó y fue hacia la puerta, cojeando—. Ya te pondrás en contacto conmigo.

—En cuanto sepa algo. —Burke, que había salido con él, miró alrededor. Aquél era el pueblo en que había nacido y se había criado; las calles donde corrían sus hijos y su mujer compraba. El lugar en que podía levantar una mano para saludar a cualquiera y ser reconocido y respetado.

—Mira eso. —Tucker lanzó un hondo suspiro al contemplar cómo Caroline Waverly se apeaba de su BMW y luego se dirigía hacia la tienda de Larsson—. Un largo trago de agua fresca. Hace que un hombre sienta sed con sólo verla.

—¿La nieta de Edith McNair?

—Sí. Me topé con ella el otro día. Habla como una duquesa y tiene los ojos verdes más grandes que has visto en tu vida.

Burke, reconociendo los síntomas, soltó una carcajada.

—Te sobran los problemas, amigo mío.

—Es una debilidad. —Renqueando, Tucker fue hacia su coche, pero cambió de idea y se desvió para cruzar la calle—. Voy a comprar cigarrillos.

La sonrisa de Burke se desvaneció en cuanto se volvió hacia la pensión. Él también se había acordado de Francie. Seguramente, Edda Lou se habría mantenido cerca, para empujar a Tucker al matrimonio. El hecho de que ella no lo hubiera hecho así le dejaba un sabor amargo en la boca.

Empezaba a sentirse a gusto allí, pensó Caroline mientras cruzaba el césped quemado por el sol en dirección a los árboles. Las señoras que había conocido en la tienda de Larsson esa misma tarde habían mostrado más

curiosidad de lo que ella estaba acostumbrada, pero también la habían tratado con calor y amabilidad. Era agradable saber que si alguna vez se sentía sola, podía bajar en el coche al pueblo en busca de compañía.

Le había caído particularmente bien Susie Truesdale. Había entrado a comprar una tarjeta de cumpleaños para su hermana, que vivía en Natchez, quedándose después unos veinte minutos.

Claro que también había entrado aquel tipo, Longstreet, a coquetear con las mujeres y desplegar sus recalcitrantes encantos sureños. Las gafas de sol no disimulaban el hecho de que se había peleado. Cuando le preguntaron al respecto, él recibió las simpatías de las mujeres que había en la tienda.

Caroline pensó que siempre ocurría así con aquella clase de hombres. Si a Luís le salía un padastro en un dedo, las mujeres se apresuraban a donar sangre.

Menos mal que había acabado con él, con los hombres y con cuanto tuviera que ver con ellos. Había resultado patéticamente fácil para ella rechazar el suave encanto de Tucker.

«Señorita Caroline», la había saludado con su acento sureño. Al recordarlo, Caroline sonrió con los labios apretados. Estaba casi segura de que sus ojos reían detrás de aquellas gafas oscuras.

Una lástima lo de las manos, sin embargo, pensó ella mientras esquivaba las lianas que colgaban de los árboles. Las tenía hermosas, dedos largos, palmas anchas. Era una pena verle los nudillos, magullados y despellejados.

Irritada, se sacudió aquellos sentimientos compasivos. En cuanto Tucker hubo abandonado la tienda —cojeando un poco al andar—, las mujeres habían empezado a cotillear sobre él y alguien llamada Edda Lou. Caroline aspiró hondo el exuberante olor del calor y la vegetación, y sonrió.

Al parecer, el flamante señor Longstreet se había metido en un buen lío. Su novia, que estaba embarazada, pedía el matrimonio a gritos. Y, según los chismes locales, el padre de ella era un hombre que cargaba la escopeta sin pensárselo dos veces.

Pasó un dedo por una rama, oliendo por primera vez la fragancia del agua. ¡Qué lejos estaba de Filadelfia! Nunca habría imaginado que sería tan agradable y entretenido escuchar las habladurías sobre el donjuán del pueblo.

La media hora que había pasado en el pueblo se había distraído mucho oyendo el parloteo de las mujeres acerca de niños, recetas de cocina, hombres... Y sexo. Soltó una risita. Por lo visto, Norte o Sur, cuando las mujeres se reunían, el sexo era uno de los temas preferidos. Pero allí hablaban con entera libertad. Quién se acostaba con quién, y quién no.

«Debe de ser el calor», pensó mientras se sentaba en un tronco a mirar el agua y escuchar la música del atardecer.

Se alegraba de haberse mudado a Innocence. Cada día se sentía más recuperada. El silencio, aquel sol brutal que le chupaba toda la energía, la sencilla belleza del agua bajo las sombras de los árboles cubiertos de lianas... Incluso empezaba a acostumbrarse a los ruidos nocturnos y a la oscuridad del campo.

La noche anterior había dormido ocho horas seguidas, por primera vez

en muchas semanas. Y se había despertado sin aquel persistente dolor de cabeza. La soledad y la serenidad de los rituales de un pueblo pequeño empezaban a funcionar.

Las raíces que nunca le había sido permitido plantar, aquellas raíces que su madre habría negado furibunda que existieran, comenzaban a arraigar. Y nada ni nadie volvería a arrancarlas.

Tal vez probaría incluso con la pesca. La ocurrencia hizo que se echara a reír y se preguntara si aún le gustaría el sabor del bagre. Se agachó para coger una piedrecilla que luego lanzó al agua. El sonido que produjo le pareció tan agradable que lanzó otra, y otra más, contemplando los anillos que se formaban en el agua. Vio una piedra plana en la orilla y se levantó para sacarla del barro. Pensó que sería divertido intentar que saltara sobre el agua. Esa también era una vieja imagen casi olvidada. Su abuelo de pie, en aquel mismo lugar enseñándole el modo de lanzar las piedras sobre el agua para que fueran saltando.

Alegre con ese recuerdo, se inclinó y curvó los dedos en torno a la piedra. De pronto tuvo la ridícula sensación de que alguien la miraba. Observándola fijamente. Cuando el primer estremecimiento le recorría la espalda, vio algo blanco por el rabillo del ojo.

Se volvió para mirar y se quedó petrificada. Incluso el grito se heló en su garganta.

Alguien estaba observándola fijamente, aunque con ojos que nada veían. Sólo había un rostro que se bamboleaba en la movediza y oscura superficie del agua, con la espantosa melena rubia enredada y enganchada en las raíces de un árbol viejo.

Su aliento se quebró, atrapado en la garganta, y luego se deslizó penosamente hacia sus labios en pequeños gemidos de horror mientras se tambaleaba hacia atrás. Pero era incapaz de apartar los ojos de aquel rostro, del agua que le lamía el mentón, del rayo de sol que reverberaba sobre aquellos ojos, planos e inertes.

Hasta que consiguió taparse el rostro con las manos para bloquear la imagen, no pudo aspirar el aire para gritar. El sonido se propagó por el pantano a causa del eco, rebotando contra la oscura agua y espantando a los pájaros de los árboles.

4

Lo peor de la náusea había pasado. Caroline tenía aún el estómago revuelto por las arcadas, pero si hacía un esfuerzo para respirar poco a poco, conseguía retener un poco de agua. Bebió otro sorbo, respiró hondo y esperó a que Burke Truesdale saliera de entre los árboles.

El sheriff no le había pedido que lo acompañara. Con una simple ojeada a su rostro, entendió que ella sería incapaz de acercarse ni a tres metros. Incluso en ese mismo instante, sentada en el primer escalón del porche, con las manos casi firmes de nuevo, no lograba recordar cómo había regresado desde la laguna a su casa.

Distraída, observó que había perdido un zapato. Uno de aquellos bonitos zapatos planos azul marino y blanco que había comprado en París unos meses atrás. Con ojos vidriosos, se miró el pie desnudo, salpicado de tierra y hierbas. Frunció el entrecejo, absorta, y dio una ligera patada para quitarse el otro zapato. Sin saber el porqué, le parecía importante que ambos pies estuvieran descalzos. Después de todo, alguien podía pensar que estaba loca, sentada en el porche, con un solo zapato puesto. Y con un cuerpo flotando en la laguna.

Cuando sintió que el estómago le daba un vuelco, y que estaba a punto de echar hasta la primera papilla, metió la cabeza entre las rodillas. Odiaba vomitar; lo detestaba con una pasión que sólo alguien que acaba de recuperarse de una larga enfermedad sentiría. La debilidad, la aterradora pérdida de control...

Caroline cerró los puños, y usó toda su concentración para salir del abismo que amenazaba engullirla. ¿Con qué derecho sentía náuseas, miedo, mareo? Estaba viva, ¿verdad? Viva, sana y a salvo. No como aquella pobre muchacha.

Pero se quedó allí, con la cabeza gacha, hasta que el estómago se le calmó y el monótono zumbido de sus oídos desapareció.

La alzó de nuevo cuando oyó el traqueteo de un coche por el camino vecinal. Caroline se llevó una mano al rostro con gesto cansino mientras observaba cómo la polvorienta camioneta se abría paso entre la vegetación.

«Hay que cortar esa maraña», pensó. Se oía el roce de las enredaderas contra la rayada pintura del vehículo. En el cobertizo debería de haber unas tijeras de podar. Lo haría por la mañana, antes de que el calor agobiara demasiado.

Con la mente aún aturdida, vio que la camioneta se detenía junto al coche patrulla. Un hombre delgado y fibroso, con una corbata roja, anudada a un cuello de pavo, se apeó del vehículo. Llevaba una camisa de manga corta blanca y un sombrero también blanco calado cubriendo una buena mata de cabello teñido de un color tan negro como el carbón y peinado con brillantina a lo *Pompadour* actualizado. Bolsas de piel le colgaban de ojos y barbilla, como si la carne hubiese estado en algún momento llena de grasa o de líquido y se hubiera ido estirando por el peso.

Llevaba pantalón negro, que sujetaba con unos vistosos tirantes rojos, y

calzaba esos zapatos negros de cordones que Caroline asociaba con el ejército. Pero el raído maletín de cuero viejo que acarreaba denunciaba su profesión.

—Usted debe de ser la señorita Caroline. —Aquella voz aguda y el fuerte acento sureño habrían hecho sonreír a la joven en cualquier otro momento. Se parecía mucho a la voz de un vendedor de coches usados que había visto en televisión la noche anterior—. Soy el doctor Shays —prosiguió él apoyando un pie en el primer escalón—. Fui el médico de tus abuelos cerca de veinticinco años.

Caroline hizo un prudente gesto de asentimiento.

—¿Cómo está usted?

—Requetebién. —Sus perspicaces ojos de médico observaron el rostro de la mujer y reconocieron la expresión de *shock*—. Burke me ha llamado. Me ha dicho que él venía hacia aquí. —Shays sacó un enorme pañuelo blanco para enjugarse el cuello y el rostro. A pesar de que se movía con rapidez cuando era necesario su ritmo lento y tranquilo revelaba algo más que la serenidad de un profesional. Él prefería hacer las cosas así—. Hace un calor endiablado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué no entramos? Quizá dentro se esté más fresco.

—No, creo que... —Caroline miró, desamparada, hacia la cortina de árboles—. Debería esperar. Él ha ido a ver... Yo estaba tirando piedras al agua... Sólo pude... Su rostro...

El médico se sentó junto a ella y le cogió una mano. Con dedos todavía ágiles después de cuarenta años de medicina, le tomó el pulso.

—¿El rostro de quién, cariño? —preguntó.

—No lo sé. —Al ver que el médico se inclinaba para abrir el maletín, se puso rígida. Después de tantos meses de doctores vigilantes, con sus agujas finas y brillantes, se sentía nerviosa—. Nada necesito. Y nada quiero.

—Se puso en pie de un salto y, aunque lo intentó, no consiguió controlar la voz para que no sonara demasiado aguda—. Estoy bien. Deberían ayudarla a ella. Algo habrá que usted pueda hacer por ella.

—Cada cosa a su tiempo, cariño. —Como muestra de su buena voluntad, cerró el maletín—. ¿Por qué no te sientas aquí y me cuentas lo ocurrido? Tranquila y con calma. Después veremos qué podemos hacer.

Caroline no se sentó; pero sí se controló un poco, y respiró hondo varias veces. No quería acabar otra vez en el hospital. No podía.

—Lo siento. Supongo que mis palabras no tenían demasiado sentido.

—No te preocupes por ello. Mucha gente que conozco se pasa media vida diciendo cosas sin sentido, y la otra mitad se limita a ejercitar la mandíbula. Cuéntamelo como mejor sepas, y nada más.

—Pienso que ella tiene que haberse ahogado —dijo Caroline con voz serena y cautelosa—. En la laguna. Sólo le he visto el rostro... —Su voz iba apagándose mientras se esforzaba en desprenderse de la imagen antes de que la histeria la acosara de nuevo—. Me temo que estaba muerta.

Cuando Shays se disponía a seguir con sus preguntas el ayudante del

sheriff, Carl Johnson, apareció entre los árboles. Su uniforme, siempre inmaculado, estaba mojado y sucio de barro. Cruzó el césped, quemado por el sol, con preciso paso militar. Una figura imponente; un metro noventa y cinco de músculo prieto. Su lustrosa piel tenía el color de los castaños.

Era un hombre que disfrutaba de su autoridad y se enorgullecía de su calma. Y en ese momento luchaba por conservar ambas cosas, cuando lo que hubiese querido era un rincón apartado para vomitar el almuerzo.

—Doctor.

—Carl.

Los dos hombres no necesitaron más palabras para intercambiar información. Shays maldijo entre dientes y se enjugó el rostro de nuevo.

—Señorita Waverly, le agradecería que me dejara usar su teléfono.

—Sí, claro. ¿Me puede decir lo que...? —De nuevo, la mirada se le fue hacia los árboles; la mente, hacia lo que yacía más allá—. ¿Está muerta?

Carl vaciló un instante. Se quitó la gorra, dejando a la vista una cabeza de apretados rizos negros, cortados con tanto esmero como un césped recién arreglado.

—Sí, señorita —musitó al fin—. El sheriff hablará con usted en cuanto le sea posible. ¿Doctor?

Shays asintió con gesto cansino, y se incorporó.

—El teléfono está en el vestíbulo —empezó a decir Caroline, subiendo por la escalera—. Agente...

—Johnson, señorita. Carl Johnson.

—Agente Johnson, ¿se ha ahogado la joven?

El ayudante del sheriff clavó una rápida mirada en ella mientras le sostenía abierta la puerta.

—No, señorita. No se ha ahogado.

Burke estaba sentado en un tronco, de espaldas al cadáver. Una cámara Polaroid yacía a su lado. Necesitaba un momento, antes de embutirse de nuevo el uniforme de la autoridad y el orden. Un momento para que se le despejara la cabeza y se le calmara el estómago.

No era la primera vez que veía la muerte, conocía su aspecto y su olor desde la niñez, cuando cazaba con su padre. Al principio salían por el puro placer de la caza. Después, cuando las cosechas y las inversiones fallaron, tuvieron que hacerlo para que hubiera un pedazo de carne en la mesa.

También había visto la muerte entre su propia gente. Empezando por el suicidio de su padre al perder la granja. ¿Acaso aquella muerte no lo había conducido a ésta? Sin la granja, con una mujer y dos hijos que mantener, había aceptado el puesto de ayudante del sheriff, y ya era el titular. Él, hijo de un hombre rico, que detestaba la futilidad de la muerte de su padre y la crueldad de las tierras que la provocaron, había decidido canalizar sus capacidades de entonces hacia la ley y el orden.

Y a pesar de haber encontrado a su padre ahorcado en el establo,

oyendo el quedo crujido de la cuerda al rozar contra la viga maestra, no estaba preparado para lo que acababa de ver en la laguna de McNair.

La imagen de haberse visto obligado a forcejear con el cadáver para sacarlo del agua y arrastrarlo a tierra firme estaba demasiado vivida en su mente.

Y era raro, pensó aspirando el cigarrillo con fuerza, porque nunca le había gustado Edda Lou. Aquel aire tosco y la expresión huidiza de su mirada habían impedido que sintiera por ella ni siquiera un atisbo de compasión ante su desgraciado destino como hija de Austin Hatinger.

Pero en ese preciso instante recordó cómo la había visto una Navidad, bastantes años atrás, cuando él y Susie se cruzaron con ella en el pueblo. Edda Lou no tendría más de diez años entonces: la melena castaña (cayéndole enmarañada por la espalda y el vestido a parches, con el dobladillo demasiado subido por un lado, y más largo por delante que por detrás). Allí estaba, con la nariz aplastada contra el escaparate de la tienda de Larsson, mirando sin pestañear a una muñeca vestida con capa azul y diadema de bisutería.

En aquella época era sólo una niña deseosa de recibir la visita de Papá Noel. Aunque de antemano sabía que no iría a su casa.

Cuando oyó un crujido de ramas volvió la cabeza.

—Doctor. —Una bocanada de humo salió con aquella palabra—. Cielo santo.

Shays le puso una mano firme sobre el hombro, le dio un apretón y luego se acercó al cuerpo. Aunque la muerte no le era extraña —había aceptado que no sólo afectaba a los viejos, sino que también los jóvenes morían, ya fuera por enfermedad o a causa de un accidente—, aquella mutilación, la destrucción tan salvaje de un ser humano, superaba cualquier aceptación posible.

Con delicadeza cogió una de las inertes manos y observó la muñeca, en carne viva. La misma señal reveladora rodeaba los tobillos como una pulsera. Por algún motivo, esa anilla de piel rasgada y la vulnerabilidad que representaba le dolieron más que las crueles puñaladas en el torso.

—Fue uno de los primeros bebés que ayudé a venir al mundo cuando volví a instalarme en Innocence. —Con un suspiro hizo lo que Burke había sido incapaz de hacer: cerró los ojos de Edda Lou—. Resulta duro para los padres enterrar a sus hijos. Pero por Dios que también nos duele a los médicos.

—La ha destrozado —consiguió decir Burke—. Igual que a las demás.

Cogió la cámara. Precisarían más fotos, y sabía que él necesitaba ocuparse en algo hasta que el juez de primera instancia llegara. Tragó un nudo de rabia que le atenazaba la garganta.

—Estuvo atada a ese árbol de ahí. Hay sangre seca en el tronco. Por los rasguños de su espalda se ve dónde le rozaba. Usó una cuerda de tender la ropa. Aún queda algún pedazo. —Bajó la cámara, los ojos encendidos de rabia—. ¿Qué diablos hacía ella aquí? Tiene el coche en el pueblo.

—No lo sé, Burke. No puedo decirte gran cosa de momento. Recibió un golpe en la parte posterior de la cabeza. —Shays la tocaba con suavidad, como habría hecho si su paciente estuviese viva para sentirlo—. Tal vez la arrastró hasta aquí. O quizá Edda Lou llegó por sus propios medios y lo sacó

de quicio por algún motivo.

Haciendo un esfuerzo por controlar los nervios, Burke asintió. Él sabía, igual que todo el pueblo, a quién había sacado de quicio Edda Lou.

Caroline se paseaba de un lado a otro por el porche. Si consiguiese armarse de valor, se adentraría en el bosque y exigiría ser informada. No estaba segura de que fuera capaz de soportar esa espera por mucho tiempo. Pero no se atrevería a cruzar la primera línea de árboles, sobre todo sabiendo qué había detrás.

Vio un sedán oscuro que avanzaba lentamente por el camino, detrás iba una furgoneta blanca. Pensó que se trataría del juez de primera instancia. Cuando los hombres salieron de la furgoneta y vio que llevaban una camilla y una gran bolsa negra, apartó la mirada. Aquella bolsa, larga y negra, que apenas se diferenciaba en forma y tamaño de la clase que la gente utilizaba para deshacerse de cosas que ya no quería, le recordó que aquello que había en la laguna no era una mujer, sino tan sólo un cuerpo que no sufriría por la indignidad de que se lo llevaran envuelto en un gran pedazo de plástico.

Quienes sufrían eran los vivos, y Caroline pensó en las personas que aquella mujer había dejado atrás, en quiénes la llorarían, la compadecerían o la cuestionarían.

Le dolía el corazón por hacer música; una música tan apasionada que apartara cualquier otro tema de su mente. Gracias a Dios, aún podía hacerlo. Todavía era capaz de escapar hacia el mundo de la música cuando ya no le quedaba dónde refugiarse.

Apoyada contra el poste, cerró los ojos e interpretó la melodía en su mente; se llenó de una composición musical tan exuberante que no oyó el ruido que otro coche producía por el camino de acceso a su casa.

—Hola. —Josie cerró la portezuela de golpe y se dirigió hacia el porche, acabándose de un mordisco lo que le quedaba de un polo de cereza—. Hola —repitió.

Cuando Caroline levantó la cabeza, Josie la miró con una sonrisa amable y curiosa.

—Qué revuelo tienes montado aquí. —Lamió el palo del helado—. Mientras me dirigía a casa he visto que entraban todos esos coches y he pensado echar un vistazo a ver qué ocurre.

Caroline la observó con mirada inexpresiva. Resultaba extraño, casi obsceno, que alguien se mostrara tan dicharachera y llena de vida cuando la muerte estaba presente allí.

—Discúlpame.

—No hace falta, cariño. —Josie no dejó de sonreír mientras subía por los escalones del porche—. Pero es que soy muy curiosa, sólo eso. No soporto que esté sucediendo algo y yo no sepa de qué se trata. Josie Longstreet. —Le tendió una mano, aún pegajosa del polo derretido.

—Caroline. Caroline Waverly. —Después de estrecharle la mano, Caroline pensó en el carácter casi innato de los modales; en lo absurdamente

automáticos que eran.

—¿Tienes algún problema aquí, Caroline? —Josie dejó el palo del helado en la baranda del porche—. He visto el coche de Burke. Guapísimo, ¿verdad? Y no ha engañado a su esposa ni una sola vez en diecisiete años. Nadie se toma tan en serio eso del matrimonio. Pero ahí lo tienes. Y el doctor Shays también está aquí. —Miró hacia el camino, atestado de coches—. Él sí que es todo un personaje. Con ese cabello negro como el betún, y el tupé hinchado y peinado hacia atrás con brillantina, igual que un cantante de rock de los años cincuenta. Se parece un poco al ratón Mickey, ¿no crees?

Caroline casi sonrió.

—Sí. OH, lo siento, ¿quieres sentarte?

—No te preocupes por mí. —Josie sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió con un mechero de oro—. Tienes un montón de invitados, pero no veo bicho viviente por aquí.

—Están... —Miró hacia los árboles. Tragó con dificultad—. Ahí viene el sheriff.

Josie cambió de posición con un movimiento delicado, girando el cuerpo ligeramente y levantando los hombros. La sonrisa atrevida que lanzó a Burke se borró de sus labios en cuanto vio su expresión. A pesar de eso, su voz fue risueña.

—Vaya, Burke, estoy celosa. Casi nunca vas a hacernos una visita a Sweetwater, pero has venido aquí.

—Asuntos de trabajo, Josie.

—Vaya, vaya.

—Señorita Waverly, necesito hablar con usted. ¿Le importa que entremos?

—Adelante.

Cuando Burke hizo el gesto de pasar junto a ella para entrar, Josie lo cogió del brazo. Todo rastro de coquetería había desaparecido de su rostro.

—¿Burke?

—Ahora no puedo atenderte. —Sabía que lo mejor era decirle que se marchara, pero pensó que tal vez Caroline necesitara tener cerca una mujer cuando acabara de hablar con ella—. ¿Por qué no esperas un momento? Quizá debieras quedarte con ella un rato.

La mano apoyada en su brazo tembló.

—¿Tan malo es?

—Peor de cuanto imaginas. ¿Por qué no vas a la cocina y nos preparas algo frío? Te agradecería que te quedaras allí hasta que te avise.

Caroline lo invitó a sentarse en el salón junto a la entrada, en el diván a rayas. El pequeño reloj de cuco, al que daba cuerda todos los días desde su llegada a la mansión, sonaba con un alegre tictac. Sintió el olor del pulimento que había dado esa misma mañana a la mesa del café, así como el de su propio sudor.

—Señorita Waverly, siento mucho tener que hacerle estas preguntas ahora, cuando aún se siente tan trastornada. Pero es preferible pasar este

trago lo antes posible.

—Lo entiendo. —Cómo iba a entender nada, se dijo, desesperada, si nunca se había topado con un cadáver—. ¿Sabe... sabe usted quién es?

—Sí, señorita.

—Su ayudante... ¿Johnson? —Se pasaba la mano por la garganta, de arriba abajo, como si de ese modo le fuese dado liberar las palabras—, dice que no se ha ahogado.

—No, señorita. —Del bolsillo, Burke sacó un bloc de notas y un lápiz—. Lo siento. Ha sido asesinada.

Caroline hizo un gesto de asentimiento. No estaba sorprendida. Ella lo supo desde el momento en que hundió la mirada en aquellos grandes ojos ciegos.

—¿Qué quiere de mí?

—Que me diga cualquier cosa que haya visto; algo que quizá haya oído en las últimas cuarenta y ocho horas.

—Pero es que no hay nada, la verdad. Hace poco que he llegado al pueblo, y he estado ocupada instalándome, poniendo las cosas en orden.

—Lo entiendo. —Se echó el sombrero hacia atrás y se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo—. Piense un poco... Intente recordar. Tal vez haya oído algún coche adentrándose de noche por su camino, o cualquier sonido que le resultara un poco extraño.

—No... La verdad es que estoy acostumbrada a los ruidos de la ciudad, por ello todo me suena un poco extraño. —Se atusó con mano temblorosa. Todo saldría bien, se dijo, ahora que estaban ocupados con preguntas y respuestas, y con la mecánica de la ley y el orden.

—El silencio me resulta ruidoso —prosiguió—, no sé si me entiende usted. Los pájaros, los insectos. Los búhos... —Entonces se interrumpió, y el poco color que le quedaba en el rostro se desvaneció—. La otra noche, la primera que pasé aquí... ¡Cielo santo!

—Tómese el tiempo que necesite, señorita.

—Me pareció oír el grito de una mujer. Me había quedado dormida, y aquello me despertó. Sentí un gran sobresalto. Entonces recordé dónde estaba, y a los búhos. O las lechuzas. —Cerró los ojos cuando un sentimiento de culpa empezó a apoderarse de ella—. Me dormí de nuevo. Tal vez fuese ella, pidiendo ayuda. Pero yo me dormí, sin más.

—O quizá se trataba de un búho. Aunque hubiese sido ella, señorita Waverly, usted no habría podido ayudarla. ¿A qué hora se despertó?

—No tengo ni idea. Lo siento. No me fijé.

—¿Suele usted pasear mucho por aquella zona?

—Lo he hecho un par de veces. Mi abuelo me llevó a pescar por allí en una ocasión que vine de visita.

—Yo mismo he cogido unas buenas piezas en aquel rincón —dijo Burke con tono amistoso—. ¿Fuma?

—No. —Ahí estaban de nuevo los modales, y ella miró alrededor en busca de un cenicero—. Pero, por favor, hágalo usted.

Cuando Burke sacó un cigarrillo, pensó en la colilla que había encontrado cerca del tronco. Edda Lou tampoco fumaba.

—¿Ha visto alguien merodeando por aquí? ¿Nadie ha venido a visitarla?

—Como ya le he dicho, hace poco tiempo que vivo aquí. Pero..., sí, me topé con alguien el primer día. Me dijo que mi abuela dejaba que viniera a mirar el agua.

El rostro de Burke se mantuvo impasible, aunque se le encogió el corazón.

—¿Sabe usted quién era?

—Se llamaba Longstreet. Tucker Longstreet.

Tucker descansaba en la hamaca con una botella de cerveza fría apoyada contra el ojo hinchado. Ya no se sentía como si hubiese sido pateado por una manada de caballos, sino como si antes de eso lo hubiesen arrastrado unos kilómetros. Verdaderamente estaba bien arrepentido de haberse enfrentado con Austin. Más le habría valido escapar a Greenville, o incluso a Vicksburg, unos días. ¿Qué demonios le había hecho pensar que el orgullo y la honradez merecían un puñetazo en un ojo?

Y lo peor era que Edda Lou andaría por alguna parte, riéndose satisfecha del revuelo que había provocado. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba que Austin lo había apaleado sin motivo. Edda Lou no se encontraba a punto de tener un aborto. Y no por razones morales o maternas, sino porque carecería de motivos para retenerlo si no estaba embarazada.

Se vería atrapado, pensó con tristeza, el resto de su vida.

Y nada ataba tanto como la familia, pensó. Su sangre se mezclaría con la de Edda Lou en el bebé que llevaba en su seno. Lo bueno y lo malo de ambos se unirían en él, y Dios —o el destino o quizá el tiempo—determinaría los rasgos que perdurarían.

Tomó un trago largo de cerveza y se apoyó de nuevo la botella contra el ojo. De nada le servía pensar en algo que sucedería pasados unos meses. Más valía que se preocupara de su espantoso presente.

Le dolía todo el cuerpo, y si no se hubiese sentido tan estúpido por aquel desastroso enfrentamiento, habría avisado al doctor Shays.

En un intento de calmarse, dejó vagar su mente hacia temas más placenteros.

Caroline Waverly. Era tan bonita como uno de esos lustrosos helados grandes que tanto le gustaban; los que, además de refrescarle, despertaban en él las ganas de comer más. Sonrió al recordar la mirada de superioridad que ella le había lanzado esa misma tarde en la tienda de Larsson.

Una mirada de reina a vasallo. Cielos, cómo le hubiera gustado cogerla entre sus brazos allí mismo.

No planeaba hacerlo, por supuesto. Había decidido alejarse de las mujeres por algún tiempo. Y no sólo a causa de su dolorido cuerpo; también tenía la impresión de que su suerte había cambiado en ese aspecto. Pero, a

pesar de todo, resultaba agradable pensar en ello. Le había gustado el sonido de su voz, suave y lánguida, tan distinta de la fría mirada de no-me-pongass-las-manos-encima que le dirigió.

Pensó en cómo la convencería de que le dejara ponerle las manos encima. Tucker se quedó dormido con una sonrisa en el rostro.

—Tuck.

Murmuró algo e intentó zafarse de la mano que le sacudía el hombro. Su brusco movimiento despertó el dolor. Con una imprecación abrió los ojos.

—Joder, ¿acaso no hay manera de que un hombre esté tranquilo un rato? —Después de un parpadeo vio a Burke. Las sombras del atardecer comenzaban a alargarse, y su primer pensamiento fue que Della no lo había llamado para cenar. El segundo, cuando dio una vuelta para sentarse, fue que le daba lo mismo por lo mucho que le dolía el estómago—. ¿Te acuerdas cuando los hermanos Bonny y el loco de su primo se metieron con nosotros en Spook Hollow?

Burke permaneció con las manos hundidas en los bolsillos.

—Sí.

—Éramos más jóvenes entonces. —Tucker flexionó los hinchados nudillos—. Maldita sea, no recuerdo que me doliera tanto una paliza en aquella época. ¿Por qué no entras y nos tomamos un par de cervezas?

—Estoy de servicio, Tucker. Es preciso que hablemos.

—Charlaremos mejor delante de una cerveza. —Pero cuando miró a Burke y vio su expresión, la sonrisa desapareció de su rostro—. ¿Qué ocurre?

—Algo grave. Muy grave.

Y él lo supo, como si Burke se lo hubiese dicho.

—Se trata de Edda Lou, ¿verdad? —Antes de que Burke tuviera tiempo de responder, Tucker se había puesto de pie y se paseaba de un lado a otro mientras se llevaba las manos a la cabeza una y otra vez—. ¡Joder! ¡Cielo santo!

—Tuck...

—Un momento, un momento... ¡Maldición! —Enfermo de furia, aplastó un puño contra el árbol—. ¿Estás seguro?

—Sí. Igual que Arnette, y Francie.

—¡Por todos los santos! —Apoyó la frente contra la rugosa corteza, luchando por apartar aquella imagen de su mente. Nunca la había amado, había llegado a un punto en que ni siquiera le gustaba, pero la había tocado, y besado, y estado dentro de ella. Sintió que una sobrecogedora ola de tristeza lo invadía, no sólo por ella, sino por el niño que él no había deseado.

—Ven aquí y siéntate.

—No. —Desde el árbol, Tucker se volvió hacia Burke. Su expresión había cambiado. En sus ojos brillaba aquella mirada dura, peligrosa, que dejaba ver a tan poca gente—. ¿Dónde la has encontrado?

—En la laguna de McNair, hace un par de horas.

—Eso está a un poco más de un kilómetro de aquí. —Primero pensó en su hermana, en Della, en protegerlas. Luego, en Caroline—. Ella... Caroline...

no debería estar allí sola.

—Ahora la acompaña Josie, y también Carl. —Burke se frotó el rostro con una mano—. Josie la ha convencido al final para que tomara un poco del aguardiente de manzana que hacía la señorita Edith. Ella..., Caroline..., encontró el cadáver.

—Joder. —Se sentó en la hamaca de nuevo y hundió la cabeza entre las manos—. ¿Qué demonios vamos a hacer, Burke? ¿Qué coño está ocurriendo aquí?

—Necesito hacerte unas preguntas, Tuck, pero antes quiero decirte que he ido a ver a Austin. He tenido que contárselo. —Le ofreció tabaco—. Guárdate las espaldas, chico.

Tucker cogió el cigarrillo.

—Es imposible que me crea capaz de hacer daño a Edda Lou. ¡Por todos los diablos! —Encendió una cerilla, y se la quedó mirando fijamente hasta que casi le quemó los dedos—. Tú no creerás... —Tiró la cerilla y se levantó de un salto—. Maldita sea, Burke, tú me conoces.

Burke deseó haber aceptado la cerveza, o cualquier otra cosa que le quitara aquel desagradable sabor de boca. Tucker, su amigo, lo más parecido a un hermano, era su principal sospechoso.

—Que yo te conozca nada tiene que ver con esto.

Tucker sintió un golpe de pánico, peor que un puñetazo en el estómago.

—¡Vete al diablo!

—Es mi trabajo, Tucker. He de cumplir con mi deber. —Con el corazón encogido, Burke sacó su bloc de notas—. Tú y Edda Lou tuvisteis una discusión en público hace sólo dos días. Y ella ha estado desaparecida casi desde ese momento.

Tucker rascó otra cerilla. Esa vez encendió el cigarrillo, aspiró y expelió el humo.

—¿Vas a leerme mis derechos? ¿Me pondrás las esposas? ¿Qué piensas hacer?

Los puños de Burke se cerraron con fuerza a lo largo del cuerpo.

—Maldita sea, Tucker, me he pasado dos horas mirando lo que alguien ha hecho a esa chica. Éste no es un buen momento para provocarme.

Tucker tendió una mano con la palma hacia arriba, pero había demasiado sarcasmo en el gesto para ser tomado como una señal de paz.

—Vamos, Burke, haz tu maldito trabajo.

—Quiero saber si viste a Edda, o si hablaste con ella, después de abandonar el restaurante.

—¿Acaso cuando he estado esta tarde en tu despacho no te he dicho que no?

—¿Adonde fuiste cuando saliste del restaurante?

—Fui... —Se interrumpió, y su rostro palideció—. ¡Cielo santo, fui a la laguna de McNair! —Hizo ademán de llevarse el cigarrillo a la boca, pero detuvo la acción. Sus ojos ámbar chispearon—. Aunque ya lo sabías, ¿verdad?

—Sí. Pero es mejor que me lo hayas dicho tú mismo.

—¡Que te jodan!

Burke lo agarró por la pechera de la camisa.

—Escúchame. No me gusta lo que tengo que hacer. Pero esto no es nada, *nada*, comparado con lo que harán los del FBI en cuanto lleguen. Tenemos tres mujeres muertas, abiertas en canal como una res. Edda Lou te amenaza en público, y dos días más tarde es encontrada muerta. Hay un testigo que te sitúa en la escena del crimen un día, tal vez unas horas, antes del asesinato.

El primer lametazo de miedo se unió a su tensión interior.

—Sabes que he estado cientos de veces en la laguna de McNair. Y tú también. —Apartó las manos de Burke de su camisa con un gesto brusco—. Y que yo esté cabreado con Edda Lou no me convierte en asesino. Además, ¿que me dices de Arnette y Francie.

Burke apretó las mandíbulas.

—Fueron novias tuyas... Las tres lo han sido.

Ya no sintió furia, sólo consternación.

—Cielos, Burke. —Tuvo que sentarse de nuevo, y lo hizo poco a poco, tanteando—. Es imposible que tú creas eso. No puede ser.

—Lo que yo crea nada tiene que ver con las preguntas que he de hacerte. Necesito saber dónde estuviste anteanoche.

—¿Por qué? Estaba perdiendo hasta la camisa conmigo, jugando a las cartas. —Josie se acercó a ellos con paso tranquilo. Estaba muy pálida, pero había un brillo de dureza en sus ojos—. Burke, ¿cómo interrogas a mi hermano? Me sorprendes. —Se metió entre ellos y puso una mano en el hombro de Tucker.

—Tengo que hacer mi trabajo, Josie.

—Entonces será mejor que te pongas a ello. ¿Por qué no andas por ahí buscando a alguien que odia a las mujeres, en lugar de meterte con alguien como Tucker, que les tiene tanto afecto?

Tucker puso una mano sobre la de su hermana.

—Creía que hacías compañía a Caroline.

—Susie y Marvella se han presentado allí para quedarse con ella. —Se encogió de hombros—. Demasiadas mujeres en un mismo lugar; además, ahora se encuentra mucho más tranquila, Burke, quizá deberías volver a tu casa, no sea que tus chicos estén destrozándola.

Él ignoró la sugerencia, así como la ira que brillaba en los ojos de Josie.

—Tú y Tucker estabais jugando a las cartas.

—Eso no es un crimen ni un pecado en este país, ¿verdad? —Cogió el cigarrillo a Tucker de entre los dedos y se puso a fumar—. Estuvimos jugando hasta las dos o las dos y media. Tucker se emborrachó un poco, y yo le gané treinta y ocho dólares.

—Muy bien. —La voz de Burke sonó aliviada—. Lamento haberlo preguntado, pero cuando los chicos del FBI lleguen, tendrás que contárselo a ellos. Supuse que te resultaría más fácil si primero hablabas conmigo.

—Pues no ha sido así. —Tucker se puso de pie otra vez—. ¿Qué harán

con ella?

—La han llevado a la funeraria Palmer. La tendrán allí, al menos por esta noche, hasta que lleguen los del FBI. —Se guardó el bloc de notas en el bolsillo, y movió los pies, incómodo—. Aléjate de Austin, tanto como te sea posible.

Esbozando una sonrisa amarga, Tucker se frotó las costillas magulladas con gesto ausente.

—No te preocupes por eso.

Burke se sintió incómodo, desdichado, y apartó la mirada para fijarla en un grupo de rododendros.

—Me voy entonces. Tal vez quede mejor si te presentas tú mismo mañana y hablas con los del FBI.

—De acuerdo. —Y lanzó un hondo suspiro al alejarse Burke—. Oye. — Cuando Burke se volvió a mirarle, Tucker le dedicó una media sonrisa—. Aún tengo esa cerveza, si la quieres.

La tensión desapareció de los hombros de Burke.

—Te lo agradezco, pero será mejor que vaya a echar un vistazo a mis hijos. Gracias.

—Voy a caer enferma de los nervios, Tucker —dijo Josie con un suspiro—. Estoy cabreada a más no poder con ese hombre; pero, a pesar de todo, me gustaría quitarle los pantalones.

Tucker dejó escapar una risa desganada y apoyó la mejilla en la cabeza de su hermana.

—Sólo es un reflejo, dulzura. El reflejo Longstreet. —Le rodeó la cintura con un brazo y se encaminaron juntos hacia la casa—. Josie, no estoy en la mejor situación para cuestionar tu veracidad, pero hace semanas que no jugamos a las cartas.

—¿Seguro? —Chasqueó la lengua—. Vaya por Dios, qué rápido pasa el tiempo, ¿verdad? —Se apartó de él un momento y lo miró detenidamente—. Me ha parecido mejor así. Más sencillo.

—Quizá. —Suave, cogió el rostro de su hermana entre las manos. Sabía cómo investigar a una persona cuando tenía necesidad de ello, y en ese momento precisaba ver en el interior de Josie—. Tú no crees que yo la matara. —Fue una certeza que implicaba una duda.

—¡Vamos, chico dulce! He vivido contigo casi toda mi vida, y sé que los remordimientos casi no te dejan vivir si has aplastado a una cucaracha. Tienes demasiado corazón, incluso cuando estás de mal humor. —Lo besó en ambas mejillas—. Sé que no has matado a nadie. Y si con ello se acaba antes el problema, ¿qué mal hay en decir que esa noche estuvimos jugando a las cartas? Hemos pasado muchas noches haciendo lo mismo.

Él vaciló. No le parecía bien aquello. Se encogió de hombros. Estuviera bien o mal, resultaba más creíble que la verdad: que se había quedado dormido leyendo a Keats.

¿Qué diablos dirían los chicos del Chat 'N Chew si se enteraban de que la poesía le gustaba?

¿Y quién iba a creerle?

5

La noticia del asesinato de Edda Lou Hatinger se propagó como un reguero de pólvora. Desde los pantanos hasta los diques, desde la plaza del pueblo hasta las granjas, todo el camino que había desde Market Street hasta Hog Maw Road, donde Happy Fuller comentaba la noticia con su querida amiga y compañera de bingo, Birdie Shays.

—Henry no quería hablar de ello —dijo Birdie, mientras se refrescaba el rostro con un abanico de papel de la Iglesia de la Redención—. Sobre las dos de la tarde, Burke Truesdale lo ha llamado para que bajara a casa de McNair, y no ha vuelto hasta las cinco. —El Jesús de mirada fiera pintado en el abanico se desdibujaba al agitarlo—. Ha llegado a casa, pálido y sudoroso, diciéndome que Edda Lou Hatinger estaba muerta y que le cancelara todas las citas de esta tarde. Al parecer la han asesinado igual que a Arnette y a Francie, y ya no ha querido decir una palabra más.

—¡Dios tenga piedad de nosotros! —Happy dejó vagar la mirada por su primoroso patio trasero, agradeciendo el airecito del abanico de Birdie—. ¿Adonde iremos a parar en este mundo? Una mujer no está ya segura andando por la calle.

—He pasado por el restaurante antes de venir. —Birdie hizo un gesto de malicia con la cabeza. Su laqueado cabello, que Earleen Renfrew le teñía de color beige cada seis semanas, permanecía inmóvil y tieso como un casco, con dos rizos rígidos como interrogantes a ambos lados de la frente—. He sabido que Burke ha avisado al FBI, y quizá a la Guardia Nacional.

Happy emitió un sonido entre bufido y gruñido. Sentía afecto por Birdie, mucho afecto, pero eso no le impedía ver sus fallos. Birdie tenía tendencia a ser demasiado crédula; algo que, en opinión de Happy, quedaba justo por debajo de la holgazanería en la lista de los diez principales pecados.

—Aquí tenemos un loco homicida, Birdie, no disturbios callejeros. No veremos soldados marchando por Market Street. Pero el FBI..., quizá sí, y me imagino que hablarán con mi muchacho, ya que él encontró a la pobre Arnette en febrero.

Su agraciado rostro se tensó pensativo. Todavía no había perdonado del todo a Bobby Lee que hubiese hecho «novillos» aquel día, y que casi lo hubiesen expulsado del colegio de tanto suspender; pero era difícil resistirse al prestigio de ser la madre de quien había encontrado el primer cadáver.

—Desde entonces, Bobby Lee no ha podido quitarse esa tristeza de encima —intervino Birdie—. Se le ve en los ojos. Esta mañana misma, mientras me llenaba el depósito en la gasolinera de Sonny, he pensado que nunca volverá a ser el mismo de antes.

—Estuvo vanas semanas con pesadillas —dijo Happy con apenas un atisbo de orgullo.

—Es normal. Sé que Henry tiene el corazón casi destrozado. Y te diré algo, Happy: esto empieza a preocuparme. ¿Y si hubiese sido mi preciosa Carolanne? Aunque ella no estaría vagando sola por ahí cuando tiene que ocuparse de su marido y los dos niños. Pero me preocupa. Y está tu propia

hija, Darleen, siendo la mejor amiga de Edda. Te aseguro que me cuesta pensar en ello.

—Supongo que debería llamar por teléfono a Darleen, para ver cómo lleva este asunto. —Happy suspiró. Había sentido un alivio tan grande cuando Darleen se casó con Junior Talbot y se instaló en el pueblo, con su marido y su bebé recién nacido... Pero sabía que Darleen se había entregado de nuevo a sus alocadas costumbres—. Tendremos que reunir a las mujeres, Birdie, para que algunas vayan a dar el pésame a Mavis Hatinger.

Birdie comenzaba a inventarse una excusa cuando el Jesús de papel la miró fijamente.

—Es algo que debemos hacer como cristianas que somos. ¿Crees que encontraremos a Austin en su casa?

—No te preocupes por Austin. —Happy apretó las mandíbulas—. El poder de la maternidad está de nuestro lado.

Esa noche, las puertas en Innocence fueron cerradas con llave, las escopetas cargadas, y el sueño tardó en llegar.

A la mañana siguiente, Edda Lou fue el primer pensamiento de muchas personas.

Para Darleen Fuller Talbot, la tercera hija de Happy —y su primera gran desilusión—, la tristeza se mezclaba con cierto letargo. A lo largo de sus años de adolescente, Darleen había seguido a Edda Lou, emocionada con los riesgos que corrían juntas. Autostop hasta Greenville, cosméticos robados del mostrador en la tienda de Larsson, «novillos» en el instituto con los hermanos Bonny para darse unos revolcones en Spook Hollow...

Se habían preocupado juntas cada vez que no les llegaba la regla, hablaban con franqueza acerca de sus relaciones sexuales, habían ido a pasar el rato con sus novios en el cine al aire libre más veces de las que podía contar. Darleen tuvo a Edda Lou como dama de honor en su boda con Junior, y Darleen le devolvería el favor cuando Edda Lou echara por fin el guante a Tucker Longstreet.

Y estaba muerta. Darleen tenía los ojos enrojecidos e hinchados de tanto llorar. Apenas si le quedaban energías para poner al pequeño Scooter en el parque, despedir a su marido en la puerta principal y arrastrarse hasta la cocina para recibir a su amante, Billy T. Boony, en la puerta trasera.

—Venga, cariño. —Billy T., sudando con su camiseta de deporte y los téjanos rotos, rodeó con los tatuados brazos a Darleen, que lo miraba con ojos enrojecidos—. No te desespere de esta manera, corazón. Odio verte llorar.

—No puedo creer que ya no esté aquí. —Darleen, sorbiendo por las narices, apoyó la cabeza en el hombro de Billy T., y le apretó el culo con ambas manos para consolarse—. Era mi amiga más querida, la más íntima, Billy T.

—Lo sé. —Deslizó la carnosa boca anhelante hacia la de ella, y le introdujo la lengua en un gesto compasivo—. Era una tía genial, y todos la echaremos de menos.

—Para mí era como una hermana. —Darleen se apartó un poco para que él metiera las manos bajo su camisón de nailon y le tocara los senos—. Más hermana de lo que Belle y Starita han sido nunca.

—Te tienen envidia porque eres la más bonita. —Le pellizcó los endurecidos pezones mientras la empujaba hacia atrás contra la mesa.

—Habría preferido que fuese una de ellas en lugar de Edda Lou. —Las lágrimas brillaron en sus ojos mientras le bajaba la cremallera del pantalón—. No me importa que sean de mi sangre, yo podía hablar siempre con Edda Lou, ¿sabes? De cualquier cosa. Incluso de lo nuestro. —Lanzó un suspiro cuando él le bajó el escote del camisón lo justo para mordisquearle los pezones—. Ella se alegraba por mí. Se puso un poco celosa cuando me casé con Junior y tuve a Scooter, pero eso era normal, ¿no te parece?

—Ya.

—Yo iba a ser su dama de honor cuando se casara con Tucker Longstreet. —Tironeó de los calzoncillos para bajárselos—. Me horroriza pensar en cómo la mataron.

—Olvídate de ello, cariño. —El aliento le salía rápido y fuerte—. Deja que Billy T. te ayude a no pensar en eso. —Deslizó las manos hacia abajo y le separó los muslos—. Edda Lou lo habría querido así.

—Sí. —Darleen suspiró y se restregó contra la mano de Billy T. Con un estremecimiento, apartó un bol. de cereales para cogerse con fuerza al borde de la mesa—. Siempre la llevaré en mi corazón. —Cuando le rodeó el miembro con los dedos, abrió los ojos con un destello de amor. Él se había puesto ya el condón—. Eres tan bueno conmigo, cariño... —Lo guió para que la penetrara y él se entregó a su labor—. Y mucho más divertido que Junior. ¿Sabes que desde que nos casamos sólo lo hacemos en la cama?

Muy halagado, Billy T. se encajó bien entre las caderas de Darleen, hasta hacerle vibrar la cabeza contra la mesa. Pero ya le estaba llegando el orgasmo y Darleen ni siquiera se dio cuenta.

Caroline estaba sorprendida de lo bien que había dormido. Quizá porque ésa fuese la manera de escapar de todo, o por sentirse protegida con Susie Truesdale y su hija durmiendo en la habitación de al lado. O tal vez porque se sabía a salvo en la cama de sus abuelos. Con independencia del porqué, despertó con la luz del sol en pleno rostro y el aroma de café y beicon recién hechos.

Su primera reacción fue de vergüenza por haber dormido mientras sus invitadas preparaban el desayuno. Sin embargo, esa reacción le pareció tan ridícula después del horror del día anterior, que estuvo tentada de darse media vuelta en la cama y seguir durmiendo.

Pero no lo hizo. Se dio una larga ducha de agua fría y se vistió.

Cuando bajó, encontró a Susie y Marvella sentadas a la mesa. Hablaban en voz baja mientras desayunaban huevos revueltos y café.

Madre e hija se parecían tanto que Caroline estuvo a punto de sonreír. Allí estaban, dos mujeres bonitas, de cabello claro y grandes ojos azules, cuchicheando como niñas en el último banco de la iglesia durante la misa.

Ambas tenían la boca en forma de arco, como muñecas regordetas. Al verla, sus labios se curvaron al unísono en una sonrisa compasiva.

Entre ellas existía intimidad, entendimiento y respeto, algo que Caroline jamás había conocido con su propia madre. Al verlas y oírlas, una sensación de envidia inesperada y sobrecogedora se apoderó de ella.

—Esperábamos que durmieras un poco más. —Susie ya estaba de pie, sirviendo otra taza de café.

—Me siento como si hubiese dormido una semana. Gracias. —Cogió la taza que Susie le tendía—. Habéis sido tan amables, quedándoos conmigo, yo...

—Para eso están los vecinos, Marvella, prepara un plato para Caroline.

—En realidad, yo...

—Debes comer. —Susie le dio un ligero empujoncito para que tomara asiento—. Cuando uno pasa un susto como ése, necesita combustible.

—Mamá cocina los mejores huevos del mundo —afirmó Marvella.

Sirvió el desayuno a Caroline, intentando no mirarla para disimular su curiosidad. Tenía ganas de preguntarle dónde le habían arreglado el cabello, aunque Bobby Lee pondría el grito en el cielo si ella se cortase los rizos, que le llegaban ya hasta los hombros.

—Siempre se siente una mejor después de haber comido. La última vez que me peleé con Bobby Lee, mamá y yo engullimos una montaña de helado de chocolate.

—Resulta más difícil sentirse triste cuando se está llena de chocolate. —Susie sonrió y le ofreció un plato con tostadas—. En el armario he encontrado un poco de mermelada de frambuesa de tu abuela y la he usado para las tostadas. Espero que no te importe.

—En absoluto. —Caroline cogió el tarro de mermelada y vio la etiqueta, escrita a mano. Estaba fascinada—. De hecho, no sabía que hubiera de esto.

—La señorita Edith hacía todos los años. Nadie tenía una mano como la suya para las mermeladas y confituras. Los últimos seis años se llevó el premio de la feria. —Susie se agachó, abrió un armario e indicó la hilera de frascos—. Aquí tienes provisiones para todo el año.

—No lo sabía —repitió Caroline. Todos aquellos frascos, de unos colores vivos tan bonitos, con delicadas etiquetas, y dispuestos con tanto cariño... La sensación de pérdida y vergüenza le cerró la garganta—. En realidad, yo no venía a visitarla muy a menudo.

—Ella estaba muy orgullosa de ti. A menudo hablaba de su pequeña Caro, de cómo viajaba por todo el mundo, y que tocaba el violín para reyes y presidentes y cosas así. Nos enseñaba todas las postales que le enviabas...

—Había una de París, Francia —la interrumpió Marvella—. Con la torre Eiffel al fondo. La señorita Edith me la prestó para un trabajo de clase.

—Marvella hizo dos años de francés. —Susie miró a su hija con expresión satisfecha. Ella, que tuvo que dejar el instituto cuatro meses antes de acabar porque ya se le notaba un poco el embarazo, se emocionaba siempre de que su hija tuviera el certificado de estudios. Miró su reloj—. Cariño, ¿no tienes que irte ya a trabajar?

—¡Santo cielo! —Exclamó Marvella, saltando de la silla—. ¡Mira qué hora es!

—Marvella trabaja en Rosedale. Es secretaria en un bufete de abogados. Ayer le dijeron que hoy podía llegar algo más tarde, considerando las circunstancias. —Echó un vistazo a Marvella, que se ponía un poco más de carmín en los labios mirándose en el acero inoxidable del tostador—. Anda, coge mi coche, cariño. Llamaré a tu padre para que pase a buscarme. —Se puso de pie y apoyó las manos en los hombros de Marvella—. No se te ocurra detenerte para coger a alguien, aunque lo conozcas.

—Mamá, que no soy tonta.

Susie le pellizcó, cariñosa, la barbilla.

—Ya lo sé, pero eres mi única hija. Quiero que me llames si vas a llegar después de las cinco y media.

—Lo haré.

—Y di a Bobby Lee que ya no iréis más con el coche a Dog Street Road. Si queréis poneros románticos, hacedlo en el salón de casa.

—Mamá... —protestó Marvella mientras un rubor lento le subía desde el cuello hasta las mejillas.

—Díselo, o lo haré yo. —Le dio un beso en los labios, que su hija fruncía—. Anda, date prisa.

—Sí, señora. —Sonrió a Caroline—. No se deje avasallar por ella, señorita Waverly. Cuando empieza, no hay quien la pare.

—Será insolente. —Susie se echó a reír cuando oyó cerrarse la puerta de la calle—. Me cuesta creer que ya sea una mujercita.

—Tienes una hija maravillosa.

—Sí, eso es verdad. Pero muy tozuda, y sabiendo bien lo que quiere. Lleva enamorada de Bobby Lee Fuller casi dos años, y supongo que acabará por echarle el guante. —Esbozó una sonrisa melancólica y bebió un poco de café, que empezaba a enfriarse—. En cuanto puse la vista encima a Burke, ya no tuvo escapatoria. Ella es igual. Pero una se preocupa, porque siempre parecen más jóvenes que una, cuando tenía la misma edad. —Frunció el entrecejo al fijarse en el plato de Caroline—. Apenas has comido.

—Lo siento. —Caroline hizo un esfuerzo y tomó otro bocado—. Se me hace todo tan extraño... Aunque yo no conocía a esa chica, me resulta espantoso pensar en ella. —Apartó el plato, resignada—. Susie, no he querido hacerte demasiadas preguntas con Marvella aquí, pero no sé si lo he entendido bien. ¿Esa chica es la tercera que han asesinado?

—Desde febrero —dijo Susie, asintiendo con la cabeza—. Las tres fueron apuñaladas.

—¡Cielo santo!

—Burke no quiere hablar mucho de ello, pero sé que es grave, muy grave. Han sufrido alguna clase de mutilaciones. —Se levantó para recoger la mesa—. Como madre..., como mujer..., tengo miedo. Y, además, me preocupa Burke. Él está cargando solo con todo, como si tuviese la culpa. Dios sabe que nadie de por aquí estaba preparado para algo así, pero Burke cree que él debería haber sido capaz de impedirlo.

De la misma manera, recordó Susie, que él pensaba que debería haber sido capaz de impedir que su propio padre se pusiera una cuerda alrededor del cuello.

Caroline llenó la pila de agua y echó detergente.

—¿No hay sospechosos?

—Si los hay, nada ha dicho al respecto. Con Arnette, parecía que había sido alguien de paso por aquí, algún forastero. Quiero decir que en un pueblo de ochocientas, novecientas personas, llega un punto en que conoces a casi todo el mundo. Y eso hacía que no creyéramos posible que fuese uno de los nuestros. Luego, cuando mataron a Francie de la misma manera, todos empezaron a mirarse entre sí con un poco de recelo. Pero, a pesar de eso, nadie quería creer que hubiese sido un vecino, o un amigo. Pero ahora...

—Ahora tenéis que buscar entre vuestra gente.

—Así es. —Cogió un paño de cocina mientras Caroline empezaba a fregar los platos del desayuno—. Aunque yo creo que se trata de un loco que vive escondido en el pantano.

Caroline miró por la ventana hacia los árboles. Unos árboles que le parecieron más próximos a la casa que antes.

—Es un consuelo.

—No pretendo asustarte, pero viviendo aquí sola, habrás de tener mucho cuidado.

Caroline apretó los labios.

—He oído decir que Tucker Longstreet y Edda Lou se habían peleado. Que ella lo presionaba para que se casaran.

—Lo intentaba, más bien. —Susie secó un plato, y soltó una carcajada—. Desde luego, no conoces a Tucker, porque si lo conocieses no pondrías esa cara. La idea de que él fuera capaz de matar a alguien es de risa. En primer lugar, eso le exigiría demasiado esfuerzo y emoción. Y Tucker suele estar bastante falto de ambos.

Caroline recordó la expresión que había visto en el rostro de Tucker cuando se topó con él cerca de la laguna. En aquel momento revelaba una buena dosis de emoción. Emoción peligrosa.

—Pero...

—Supongo que Burke tendrá que hablar con él —dijo Susie—. Y eso le resultará muy duro. Son casi como hermanos. Fuimos todos juntos al colegio —prosiguió, mientras secaba y apilaba los platos—. Tucker, su hermano Dwayne, Burke y yo. Todos hijos de granjeros; aun que como la granja de los Truesdale empezaba a fallar por aquel entonces, Burke no tuvo la posibilidad de asistir a un colegio privado. A Dwayne lo enviaron a un internado de categoría, por aquello de que era el primogénito; pero como no paraba de meterse en líos, el colegio lo envió de vuelta a casa. Estaba previsto que Tucker fuera también, mas el viejo Beau se cabreó tanto con lo de Dwayne, que dejó a Tuck en casa. —Sonrió mientras examinaba una copa para ver si tenía manchas—. Tuck siempre ha asegurado que siente mucha gratitud hacia Dwayne por aquello. Supongo que por eso ahora cuida de él. Es un hombre bueno. Y si conocieses a Tuck tan bien como yo, sabrías que es tan capaz de matar a alguien como de volar. No digo que no tenga fallos, Dios sabe que sí,

pero ¿acercarse a una mujer con un cuchillo? —La idea hizo que se echara a reír pese al horror de la imagen—. En realidad, estaría demasiado ocupado intentando metérsele bajo las faldas para pensar en otra cosa.

Caroline apretó los labios.

—Conozco esa clase de hombres.

—Créeme, cariño, nunca has conocido a alguien como Tuck. Si yo no fuese una mujer felizmente casada y con cuatro hijos, le habría echado el guante. Tuck tiene una forma de ser muy especial. —Miró a Caroline de soslayo—. Y no me extrañaría que viniese a husmear por aquí.

—Pues se encontrará con la puerta en las narices.

Susie soltó una estruendosa carcajada.

—Cómo me gustaría estar aquí para verlo. Bien. —Dejó a un lado el último plato y añadió—: Tú y yo tenemos trabajo que hacer.

—¿Trabajo?

—No me sentiré tranquila dejándote aquí sola hasta que sepa que estás protegida. —Después de secarse las manos con el floreado paño de la cocina fue a coger su bolso de paja. Lo abrió y sacó un revólver calibre 38 de aspecto mortífero.

—¡Santo cielo! —fue lo único que Caroline pudo decir.

—Es un Smith & Wesson de doble acción. Me gusta el revólver mucho más que las automáticas.

—¿Está... eso... cargado?

—Por supuesto que sí, cariño. —Sus grandes ojos azules pestañearon—. ¿De qué demonios serviría si estuviese descargado? Llevo tres años seguidos ganando el concurso de tiro al blanco en la fiesta del Cuatro de Julio. Burke no sabe si sentirse orgulloso o avergonzado de que yo tenga mejor puntería que él.

—¡En el bolso! —exclamó Caroline con voz temblorosa—. ¡Lo llevas en el bolso!

—Así es, desde el mes de febrero para ser más exacta. ¿Has disparado un arma alguna vez?

—No. —Con un gesto instintivo, Caroline entrelazó las manos a la espalda—. No —repitió.

—Y no te crees capaz de hacerlo —afirmó Susie, enérgica—. Bien, deja que te diga algo, cariño, si alguien fuese por ti, o por los tuyos, dispararías sin la menor contemplación. Oye, sé que tu abuelo tenía una buena colección de armas. Vamos a escoger una.

Susie dejó el revólver sobre la mesa de la cocina y salió.

—Susie. —Aturdida, Caroline se apresuró a seguirla—. No puedo elegir un arma como haría con un vestido nuevo.

—Pues resulta igual de interesante. —Cuando entró en el estudio, Susie se llevó un dedo a los labios, cavilando las posibilidades—. Veamos..., empezarás con una pistola, pero quiero que practiques cargando esa escopeta. Es una buena declaración de intenciones.

—No lo dudo.

Con ojos brillantes, cogió a Caroline de un brazo.

—Escúchame bien, si alguien viene a molestarte sal con esta escopeta de perdigones apoyada contra el hombro, apúntale al estómago y di al hijo de puta en cuestión que no tienes ni idea de cómo se maneja. Si no sale corriendo a toda velocidad, merece que le sueltes una buena perdigonada.

Sonriendo a medias, Caroline se sentó en el brazo del sillón.

—Hablas en serio.

—Por aquí sabemos cuidarnos solas. Mira, ésta es una vieja maravilla. —Susie abrió la caja y sacó el arma—. Un revólver del calibre cuarenta y cinco, el colt reglamentario del ejército. Te apuesto lo que quieras a que tu abuelo lo usó en la guerra—. Abrió el arma con una finura que Caroline tuvo que admirar, e hizo rodar el vacío tambor—. Y está limpio como una patena. —Encajó el cañón con un chasquido, apuntó hacia la pared y apretó el gatillo—. Bien. —Chasqueó la lengua satisfecha cuando abrió el cajón y vio las balas. Se embutió una caja en el bolsillo trasero del pantalón y miró a Caroline con una sonrisa. Vamos a matar unas cuantas latas.

El agente especial Matthew Burns no se había puesto a dar volteretas de alegría ante la perspectiva de trabajar en un pequeño pueblo polvoriento del delta. Burns era un hombre urbano; nacido y criado en la ciudad, que gozaba con una noche en la ópera, un fino Châteauneuf o con una tarde tranquila contemplando cuadros en la National Gallery.

Había visto muchas cosas feas en diez años trabajando para el FBI y prefería calmar su paladar emocional con un sabor a Mozart o a Bach. Había esperado ansioso el fin de semana, que incluiría entradas para el ballet, una cena civilizada en el Jean-Louis del Watergate, y quizá un sabroso y romántico descanso con su compañera actual.

En cambio, se encontraba conduciendo hacia Innocence, con el maletín de trabajo y la bolsa con su ropa en el maletero de un coche de alquiler que tenía estropeada la bomba del aire acondicionado.

Burns sabía que el caso haría que los medios de comunicación pusieran el grito en el cielo; y él era, sin duda, el hombre perfecto para llevar a cabo ese trabajo. Estaba especializado en los asesinatos en serie. Y, con la debida modestia, debía reconocer que se contaba entre los mejores.

Pero le fastidiaba que le hubieran arruinado el fin de semana. Además, su sentido del orden había sufrido un revés, ya que el forense del FBI asignado al caso había sufrido un retraso a causa de una tormenta en Atlanta. No confiaba en que un atrasado juez de primera instancia realizara una autopsia como era debido.

Su irritación fue en aumento en cuanto entró en el pueblo con el coche casi desprovisto de aire. Aquello era justo como había sospechado: unos pocos peatones sudorosos, un par de perros sueltos, un apretado conjunto de polvorientos escaparates... Ni siquiera había un cine. Sintió un leve estremecimiento ante el cartel escrito a mano, con las letras descoloridas, que decía CHAT 'N CHEW; aquél era el único restaurante a la vista. Menos mal que llevaba consigo su cafetera Krups.

El trabajo es el trabajo, se dijo al detenerse delante de la oficina del sheriff. A veces, uno tenía que sufrir en defensa de la justicia. Cogió el maletín y, tratando de no ahogarse con el calor, cerró el coche con llave.

Cuando el perro de Jed Larsson, *Pelmazo*, se acercó al vehículo y levantó una pata junto a la rueda delantera del coche, Burns se limitó a mover la cabeza. No dudaba de que encontraría los modales de los residentes de dos patas tan ordinarios como aquél.

—Bonito coche —dijo Claude Bonny desde su rincón, enfrente de la pensión. Y escupió.

Burns levantó una ceja oscura.

—Sirve.

—¿Vendes algo, hijo?

—No.

Bonny intercambió sendas miradas con Charlie O'Hara y Pete Koons. O'Hara jadeó un par de veces y aguzó los ojos.

—Entonces debes de ser ese señor del FBI que viene del norte.

—Sí. —Burns sintió que el sudor se deslizaba por su espalda, y rezó para que el pueblo dispusiera de una lavandería adecuada.

—Yo veía todas las semanas esa serie donde salía Efrem Zimbalist.— Koons tomó un sorbo de su limonada—. Una serie muy buena.

—*Dragnet* era mejor —intervino Bonny—. No entiendo por qué la quitaron. Ya no hacen series como ésas.

—Si me disculpan... —dijo Burns.

—Adelante, hijo. —Burns agitó la mano, indicándole que entrara—. El sheriff está dentro. Se ha pasado ahí toda la mañana. Usted atrape al psicópata que se dedica a matar a nuestras chicas, y nosotros lo colgamos de una cuerda para usted.

—La verdad, no creo que...

—¿No fue el tipo de *Dragnet* el que pasó a hacer de médico en la serie *MASH*? —preguntó O'Hara—. Me parece recordar que sí.

—Jack Webb nunca haría de médico —repuso Bonny, tomándoselo como una afrenta personal.

—No, el otro. El bajito. Mi mujer se parte de risa con esa serie.

—Cielo santo —murmuró Burns, empujando la puerta.

Burke estaba sentado ante su escritorio con el auricular del teléfono entre el mentón y el hombro mientras garabateaba algo en un bloc de notas.

—Sí, señor, en cuanto llegue. Yo... —Levantó la mirada e identificó a Burns con la misma rapidez con que habría distinguido una gallina de un faisán—. Un momento. ¿Es usted el agente especial Burns?

—Sí. —Cumpliendo con las formalidades, Burns sacó su identificación y se la mostró con un gesto fugaz.

—Acaba de llegar —dijo Burke en el auricular, y se lo pasó a Burns—. Su jefe.

Burns dejó el maletín a un lado y cogió el aparato.

—¿Jefe Hadley? Sí, señor, he llegado un poco más tarde de la hora estimada. He tenido un problema con el coche en Greenville. Sí, señor. Está previsto que el doctor Rubinstein se encuentre aquí antes de las tres. Eso haré, sin falta. De entrada, necesitaremos otro teléfono, me parece que éste tiene una sola línea. Y... —Tapó el auricular con una mano—. ¿Hay fax?

Burke se pasó la lengua por los dientes.

—No, señor.

—Y un fax —prosiguió Burns dirigiéndose al auricular—. Llamaré tan pronto como me haya ocupado de los preliminares..., y me haya instalado. Sí, señor. —Devolvió el aparato a Burke y comprobó el asiento de la silla giratoria antes de sentarse—. Así pues, usted debe de ser el sheriff...

—Truesdale, Burke Truesdale. —El apretón de manos fue breve y formal. Burke olió perfume de talco para bebés—. Tenemos un buen lío aquí, agente Burns.

—Eso me han dicho. Tres mutilaciones en cuatro meses y medio. Y no hay sospechosos.

—Ninguno. —Burke estuvo a punto de disculparse, pero calló—. Habíamos pensado en algún vagabundo, pero con la última... Y luego está la de Nashville.

Burns juntó las manos.

—Supongo que tendrá informes.

—Sí. —Burke hizo ademán de levantarse.

—Todavía no. Puede darme los detalles mientras vamos haciendo. Quisiera ver el cadáver.

—Lo tenemos en la funeraria.

—Muy apropiado —observó Burns con sequedad—. Le echaremos un vistazo, luego iremos al lugar del crimen. ¿Lo ha acordonado?

Burke sintió que montaba en cólera.

—Resulta un poco difícil acordonar una ciénaga, ¿no cree?

Burns lanzó un suspiro al levantarse.

—Me fío de su palabra.

En el jardín trasero, Caroline aspiró con fuerza, rechinó los dientes, y apretó el gatillo. La sacudida le recorrió el brazo e hizo que le zumbaran los oídos. Una lata cayó, aunque no era la elegida.

—Ahora empiezas a dar en algo —dijo Susie—. Pero has de mantener los ojos abiertos hasta el final. —Hizo una demostración, tirando tres latas del tronco, una tras otra.

—¿Y no puedo lanzarles piedras? —gritó Caroline cuando Susie fue a colocar de nuevo las latas.

—¿Tocaste una sinfonía la primera vez que cogiste el violín?

Caroline suspiró e hizo girar el hombro.

—¿Es así como intimidas a tus hijos para que hagan lo que les pides?

—Has dado en el clavo. —Susie volvió a su lado—. Ahora relájate, tómatelo con calma. ¿Cómo sientes la pistola en la mano?

—La verdad es que la siento... —Soltó una risilla y fijó la vista en el arma.

—Sexual, ¿verdad? —Susie le dio una palmada en la espalda—. Tranquila. Somos amigas. La cuestión es que el poder, el control y la responsabilidad son tuyos. Igual que cuando tienes una relación sexual. —Le sonrió—. Esto no se lo digo a mis hijos. Bien, sigamos. Apunta a la lata de la izquierda. Ponle un rostro. ¿Tienes un ex marido?

—No, gracias.

Susie lanzó un pequeño aullido. —¿Un antiguo novio? Alguien que te cabreara de verdad.

—Luís —masculló Caroline entre dientes. —Vaya, ¿era español o algo por el estilo? —Algo por el estilo. —Caroline apretó los dientes—. Un mejicano cabrón, grande y chulo. —Caroline tiró del gatillo. Se quedó boquiabierta cuando la lata saltó—. ¡Le he dado!

—Sólo necesitabas un incentivo. Prueba con la siguiente.

—¿No sería mejor que las damas se dedicaran a bordar? —vociferó Burke.

Susie bajó el revólver y sonrió. —Cariño, hay más competencia para el Cuatro de Julio. —Miró a Burns de arriba abajo antes de ponerse de puntillas para besar a su marido—. Pareces cansado.

—Estoy cansado. —Le dio un apretón en la mano—. Agente Burns, ésta es mi mujer, Susie, y Caroline Waverly. La señorita Waverly encontró el cadáver ayer. —Caroline Waverly. —Burns pronunció el nombre en tono reverente—. No me lo puedo creer. —Le cogió la mano que tenía libre y se la llevó a los labios mientras Susie ponía los ojos en blanco a Burke, detrás del agente—. La escuché en un concierto hace unos meses, en Nueva York. Y el año pasado en el Kennedy Center. Tengo varias grabaciones tuyas.

Por un momento, Caroline no pudo más que pestañear. Todo aquello le parecía tan lejano que por un momento pensó que la confundía con otra persona. —Gracias.

—No, no, gracias a *usted*. —Burns pensó que, después de todo, quizá el caso albergara algunos beneficios—. No sabe cuántas veces me ha salvado usted de la locura permitiéndome oír cómo toca. —Sus suaves mejillas estaban rojas por la emoción, y su mano seguía aferrada a la de ella—. Esto es maravilloso, pese a las circunstancias. Debo decir que es el último lugar donde hubiera esperado encontrar a la princesa de las salas de conciertos.

Un pequeño nudo de angustia empezó a formarse en el estómago de Caroline.

—Ésta era la casa de mi abuela, agente Burns. Sólo llevo aquí unos días.

Los pálidos ojos azules del agente se nublaron de preocupación.

—Esto debe de ser algo terrible, angustiante, para usted. Tenga la seguridad de que haré cuanto esté en mi mano para resolver el asunto rápidamente.

Caroline evitó los ojos de Susie y esbozó una ligera sonrisa.

—Eso me tranquiliza.

—Cualquier cosa, cualquier cosa que yo pueda hacer. Cualquier cosa. —Cogió el maletín que había dejado a sus pies—. Ahora, sheriff, echaré un vistazo al lugar del crimen.

Burke asintió y, después de fijarse un instante en los lustrados mocasines italianos de Burns, guiñó un ojo a su mujer.

—Guapetón —decidió Susie mientras los hombres se alejaban hacia los árboles—. Si te van los tipos de traje y corbata.

—Por fortuna, en este momento no me van los tipos, de la clase que sean.

—Nunca se sabe. —Susie se agitó la blusa para que le entrara un poco de aire—. ¿Por qué no te enseño a limpiar el arma y luego preparamos algo fresco para los muchachos? —Miró a Caroline con curiosidad—. Yo no sabía que lo de tu fama era cierto. Siempre había creído que la señorita Edith presumía de ti.

—Todo eso de la fama depende del lugar en que te encuentres, ¿no te parece?

—Supongo que sí. —Susie se volvió hacia la casa. Empezaba a sentir afecto por Caroline, y como parecía que necesitaba sonreír un poco, le rodeó el hombro con un brazo—. ¿Sabes tocar aquella de *Orange Blossom Special*?

Caroline se echó a reír con ganas por primera vez en muchos días.

—No lo dudes.

6

Tucker estiró las piernas, descansó los pies sobre el escritorio de Burke y cruzó los tobillos. No le importaba esperar. En realidad, ésa era una de las cosas que mejor hacía. Lo que a menudo todos solían interpretar como pereza del alma, incluido el mismo Tucker, era una innata e ilimitada paciencia, una mente clara y sin problemas. Aunque en ese momento no la tenía tan tranquila como le habría gustado.

De hecho, no había dormido bien la noche anterior. Una pequeña siesta mientras esperaba a Burke le pareció la manera perfecta de pasar el rato.

La noticia de la llegada del FBI al pueblo no había tardado en saberse en Sweetwater. Tucker se había enterado ya de que el agente especial Burns vestía como un empresario de pompas fúnebres, que conducía un Mercury canela, y que se encontraba en la laguna de McNair haciendo lo que los tipos del FBI hacían en el lugar donde se ha cometido un asesinato.

Asesinato. Con un gruñido, Tucker cerró los ojos para relajarse mejor. Allí sentado, oyendo el crujido que producía el ventilador de techo y el chirrido del aire acondicionado en la ventana, parecía imposible que Edda Lou Hatinger estuviera tendida sobre una losa, en la Funeraria Palmer, a unas manzanas de distancia.

Dejó escapar un gemido, intentando sobreponerse al malestar y el escalofriante pavor que sentía al recordar que había estado a punto de tener un enfrentamiento con ella. Peor aún, había ansiado que llegara la batalla, para oír sus gimoteos cuando al fin entrara en su retorcido cerebro el hecho de que nunca sería la nueva señora de Sweetwater.

Pero ya no tendría que aclararle las cosas. Ni salvaguardar una parte de su orgullo machacando el de ella.

Había cometido el error de encontrar algo sexual en la manera en que Edda Lou pulsaba las teclas de la caja registradora en la tienda de Larsson; también se había dado el gusto de acostarse con ella y mordisquearle la suave piel. Por ello tendría que fabricarse una coartada que lo librase de la sospecha de asesinato.

Había sido acusado de muchas cosas en la vida. De perezoso, y eso Tucker no lo consideraba pecado. De manirroto con el dinero, algo que él reconocía sin ambages. De adúltero, y a eso sí que le ponía reparos. (Nunca se había acostado con una mujer casada, salvo con Sally Guilford varios años atrás, cuando ella estaba legalmente separada.) Incluso de cobarde, aunque Tucker prefería definirse como discreto.

Pero de asesino... Caramba, sería para echarse a reír si no fuese tan aterrador. Si su padre estuviese vivo, se habría partido el pecho riendo. Él —el único hombre a quien Tucker temía— no había conseguido intimidar ni humillar a su hijo para que disparara contra algo que no fuera el aire en todas sus excursiones de caza obligadas.

Claro que a Edda Lou no le habían pegado un tiro, si había sido asesinada del mismo modo que las demás. Era demasiado fácil solapar su rostro sobre la imagen de Francie, para saber qué habían hecho a su piel,

blanca y suave. Hurgó en el bolsillo buscando un cigarrillo. Sacó uno y le cortó la punta —ya le quitaba medio centímetro—, y estaba encendiéndolo cuando Burke entró acompañado de un hombre que sudaba copiosamente embutido en un traje oscuro y con expresión de malas pulgas.

Burke, que había pasado casi todo el día con el agente del FBI, tampoco se encontraba de muy buen humor. Frunció el entrecejo al ver los pies de Tucker sobre el escritorio, mientras lanzaba el sombrero hacia el perchero junto a la puerta.

—Ponte cómodo, chico, como en tu casa.

—Eso intentaba hacer. —Tucker lanzó una bocanada de humo. Tenía un nudo en el estómago, pero miró a Burke con una sonrisa perezosa—. A ver si consigues revistas nuevas, Burke. Un hombre necesita entretener la mente con algo más que publicaciones de caza y pesca y de armas.

—Veré si podemos traer algunos ejemplares de revistas para hombres.

—Te lo agradecería. —Tucker se llevó el cigarrillo a los labios mientras escudriñaba al acompañante de Burke. El oscuro traje se veía deslucido por el calor, pero el hombre no había tenido la sensatez de quitarse la corbata. Aunque no habría podido explicar el porqué, ese simple detalle hizo que Tucker sintiera una antipatía instantánea hacia Burns—. Pensé que sería buena idea pasarme por aquí para hablar con vosotros.

Burke asintió con la cabeza, y para mostrar cierta autoridad, se puso detrás de su escritorio.

—Tucker Longstreet, el agente especial Burns.

—Bienvenido a Innocence. —Tucker no se levantó, pero le tendió la mano. Le hizo gracia que la de Burns fuera blanda y estuviera un poco pegajosa por el sudor—. ¿Qué tiene usted de especial, agente Burns?

—Es mi rango. —Burns se fijó en los gastados zapatos de deporte de Tucker, en los pantalones de algodón, caros pero informales, y en la presuntuosa sonrisa. La antipatía fue recíproca—. ¿De qué quería hablar con nosotros, señor Longstreet?

—Bien..., podríamos empezar por el tiempo. —Tucker ignoró la mirada de advertencia de Burke—. Parece que se aproxima una tormenta. Quizá eso refresque un poco el ambiente... O podríamos hablar de béisbol. Los Orioles juegan contra los Yankees esta noche. Es un buen grupo de lanzadores el que han conseguido reunir los Orioles este año. Quizá ganen y todo. —Tucker aspiró el humo—. ¿Le gusta apostar, agente especial?

—Me temo que no me intereso demasiado por los deportes.

—Bueno, eso carece de importancia. —La voz de Tucker sonó como un bostezo mientras empujaba la silla hacia atrás—. Yo no me intereso demasiado por casi nada. El interés exige un esfuerzo excesivo.

—Ve al grano, Tuck. —Viendo que su mirada no había surtido efecto, Burke probó con su tono tranquilo de corta-el-rollo—. Tucker conocía a la víctima. Edda Lou...

—La palabra que buscas es *íntimamente* —sugirió Tucker. Los músculos del estómago se le tensaron de nuevo, así pues, se incorporó con el pretexto de aplastar el cigarrillo en el cenicero.

Burns ocupó la tercera silla. Con su aire de meticulosa eficacia, sacó del bolsillo una mini grabadora y un bloc.

—Usted quería hacer una declaración.

—¿Como «Lo único que hay que temer es el temor mismo»? —Tucker estiró la espalda—. No en particular. Pero Burke pensaba que quizá usted quisiera hacerme algunas preguntas. Y como soy un tipo colaborador, aquí me tiene para contestarlas.

Sin inmutarse, Burns puso en marcha la grabadora.

—Me han informado que usted y la fallecida tuvieron una relación...

—Lo único que tuvimos fue sexo.

—Por favor, Tuck.

Tucker lanzó una mirada a Burke.

—Así de franco pienso mostrarme, amigo. Edda Lou y yo salimos unas cuantas veces; hubo buenos ratos y unos revolcones en la cama. —Endureció la mirada, y tuvo que hacer un esfuerzo para no sacar otro cigarrillo—. Corté con ella hace un par de semanas porque empezó a hablar de matrimonio.

—¿Fue amistosa la ruptura? —preguntó Burns.

—Yo no diría tanto. Me imagino que ya se habrá enterado del jaleo que se formó en el restaurante hace unos días. Sería justo reconocer que Edda Lou estaba algo cabreada.

—Eso supone usted, señor Longstreet. Aquí —dio un golpecito con el lápiz en el bloc— dice que estaba enfadada y agitada.

—Si esas dos palabras se las atribuye a Edda Lou, significa que estaba cabreada.

—Ella aseguraba que usted le hizo cierta promesa.

Con gesto perezoso, Tucker bajó las piernas. La silla chirrió mientras él se mecía.

—Agente Burns, yo soy de aquellos que nunca hacen promesas, porque es improbable que las cumpla.

—Y ella anunció en público que estaba embarazada.

—Sí. Eso hizo.

—Después de lo cual, usted se marchó del... ¿Chat 'N Chew, se llama? Se marchó sin más explicaciones. —Esbozó apenas una sonrisa—. ¿Sería correcto decir, señor Longstreet, que salió de allí... cabreado?

—¿Cuando ella la tomó conmigo en el restaurante, me dijo (por primera vez y delante de unas diez personas) que estaba embarazada y me amenazó con que me haría pagar por ello? Sí. —Asintió con un gesto lento y pensativo—. Sería correcto decir eso.

—Y usted no tenía intención de casarse con ella.

—En absoluto.

—Y enfurecido, humillado y atrapado, usted tenía un motivo para matarla.

Tucker se pasó la lengua por los dientes. —No, mientras disponga de un talonario de cheques, no. —Se inclinó. La expresión de su rostro era dura,

pero su voz fluía suave como la miel al echarla en el pan—. Deje que le pinte un cuadro claro de todo esto, amigo, Edda Lou era egoísta, ambiciosa y astuta. Quizá una parte de ella pensaba que me intimidaría para que accediera al matrimonio, con boda y todo incluido, pero su otra parte se habría dado por satisfecha con un cheque que llevara bastantes ceros.

Se levantó, se obligó a respirar hondo y se sentó en el borde de la mesa.

—Edda Lou me gustaba —prosiguió con calma—. Quizá no tanto como al principio, pero aún me gustaba. No te acuestas con una mujer una semana y la haces pedazos con un cuchillo a la siguiente.

—Hay casos.

Algo oscuro cobró vida en los ojos de Tucker.

—No es el mío.

Burns movió la grabadora un centímetro hacia la derecha.

—Usted conocía también a Arnette Gantrey y a Francés Alice Logan.

—Yo, y casi toda la gente de Innocence.

—¿Mantuvieron relaciones con usted?

—Salí con ellas un tiempo. No me acosté con ninguna de las dos. —Sus labios se curvaron con el recuerdo—. Aunque con Arnette, no fue por falta de ganas.

—¿Ella lo rechazó?

—Diablos. —Disgustado, Tucker sacó otro cigarrillo. Por lo visto, había elegido el peor momento para dejar de fumar—. Éramos amigos y ella no quería saber nada de cama. La verdad es que tenía el ojo puesto en Dwayne, mi hermano, pero él no se daba por enterado. Francie y yo nos quedamos en la fase del coqueteo y las risitas. —Cortó un pedazo del cigarrillo y lo tiró a un lado—. Era muy cariñosa. —Cerró los ojos—. No quiero hablar de Francie.

—¿No?

De pronto, la rabia se apoderó de él.

—Mire, yo acompañaba a Burke cuando la encontró. Tal vez usted esté acostumbrado a ver esta clase de cosas, pero yo no. Sobre todo cuando se trata de alguien a quien se tiene afecto.

—Es interesante que sintiera afecto por las tres mujeres —dijo Burns en tono seco—. Y la señorita Logan fue hallada en Spook Hollow. —Soltó un breve bufido ante aquel nombre—.¹ A sólo tres kilómetros de donde usted vive. Y la señorita Hatinger fue hallada en la laguna de McNair. A poco más de un kilómetro de su casa. Usted estuvo en aquel lugar el mismo día que discutí con la señorita Hatinger.

—Así es. Y también otras veces; muchas en realidad.

—Según la señorita Waverly, usted parecía tenso y afligido cuando ella se topó con usted.

—¿No habíamos acordado que estaba cabreado? Sí, es cierto. Por eso me detuve allí. Es un lugar muy tranquilo.

¹ Spook Hollow: Hondonada Espectral. (*N. de la T.*)

—Y aislado. ¿Puede decirme qué hizo el resto de la noche, señor Longstreet?

No iba a contar la verdad.

—Estuve jugando a las cartas con Josie, mi hermana —mintió Tucker sin un parpadeo—. Como me sentía un poco distraído, me ganó treinta o cuarenta dólares. Luego tomamos un trago y me fui a la cama.

—¿A qué hora dejó a su hermana?

—Debían de ser las dos o dos y media.

—Agente Burns —intervino Burke—, he de comunicarle que la misma tarde que fue hallado el cadáver de Edda Lou, Tuck vino a verme. Estaba preocupado porque no había sabido nada de la joven y tampoco contestaba al teléfono.

Burns enarcó una ceja.

—Tomo nota de ello, sheriff. ¿Cómo es que tiene un ojo morado, señor Longstreet?

—El padre de Edda Lou me lo puso así. Entonces fue cuando me di cuenta de que había desaparecido. Acudió a mi casa, creyendo que yo la tenía escondida. Al ver que no era así, se le metió en la cabeza que yo la había convencido para que fuera a algún lugar a abortar.

—¿Habló de ese tema con la fallecida?

—Había muerto antes de que yo tuviera la oportunidad de hablar de algo con ella. —Se apartó de la mesa con brusquedad—. Es cuanto tengo que decir. Si hay más preguntas, acérquese a Sweetwater y me las hace allí. Ya nos veremos, Burke.

Este esperó a que Tucker saliera dando un portazo. —Agente Burns, conozco a Tucker de toda la vida. Puedo decirle que por muy enfadado que estuviese con Edda Lou, sería incapaz de matarla.

Burns se limitó a apagar la grabadora. —¿No es una suerte que yo sea objetivo en este caso? Creo que ya es hora de que nos pasemos por la funeraria. El forense ha debido de llegar ya.

Tucker estaba hasta las narices. No había hecho otra cosa que ocuparse de sus propios asuntos, vivir su propia vida, y ¿qué había obtenido a cambio? Unas costillas magulladas, un ojo morado y la novedad de ser sospechoso de asesinato.

Salió como un cohete de Innocence y puso el coche a ciento treinta.

Tal como Tucker lo veía las mujeres tenían la culpa de todo. Si Edda Lou no se hubiese refregado contra él de la manera que lo hacía cada vez que entraba en la tienda de Larsson, él nunca hubiera pensado en salir con ella. Si Della no lo hubiese apremiado aquel día, no habría estado en el pueblo y Edda Lou no se habría metido con él. Si esa Waverly no hubiese salido a pasear por los pantanos, no lo habría visto sentado junto a la laguna, con expresión de estar «tenso y afligido».

¡Joder!, tenía todo el derecho de llevar aquella expresión.

Se ponía enfermo pensando en Edda Lou, enfermo hasta la náusea. Por muy embustera que hubiese sido, no se merecía estar muerta. Pero, maldita sea, ¿por qué tenía que sufrir él por eso? Verse obligado a aguantar el interrogatorio de aquel hijo de puta yanqui, más estirado que un palo, acosándolo a preguntas y con aquellas miradas de perro policía.

Y peor que eso, pensó mientras se ceñía a una curva, había sido aquel aire despectivo de chulo urbano mirando al muchachote bonachón y lerdo del campo. Eso le quemaba por dentro.

Caroline Waverly lo había mirado de la misma manera. Seguro que había ido sin demora a contar al del FBI que se había cruzado con un sucio sureño que tramaba un asesinato en la ciénaga.

Pasado un metro del camino de McNair, Tucker pisó el freno de repente. Los neumáticos chirriaron sobre la calzada cuando giró el volante para dar media vuelta. Quería tener el placer de charlar con la duquesa.

La gravilla saltaba bajo las ruedas, y él no se fijó en la camioneta que traqueteaba por la carretera. Los magullados ojos de Agustín se entornaron cuando vio el relámpago rojo que desaparecía entre la vegetación. Sus labios se abrieron en una sonrisa mientras detenía el vehículo en el arcén.

Apagó el motor, se metió las llaves en un bolsillo y cogió el betún negro. Mirándose en el retrovisor, dibujó unas líneas negras bajo los ojos; después se puso el sombrero de camuflaje. De la rejilla sobre la ventanilla trasera de la cabina cogió el arma —una Remington Woodsmaster—, y comprobó que estaba cargada. Todavía sonreía cuando se apeó de la camioneta, vestido de camuflaje de pies a cabeza, con el cuchillo de caza bien afilado metido en la cartuchera.

Iba de caza. Para mayor gloria del Señor.

A Caroline no le importaba estar sola. Había disfrutado con la compañía de Susie, pero su energía la había dejado exhausta. Además nadie se acercaría hasta su casa con la intención de asesinarla mientras dormía. Al fin y al cabo, era forastera, y allí no la conocían lo bastante como para desear hacerle daño. Había guardado la pistola, con la intención de no cogerla de nuevo.

Sintió deseos de tocar el violín. Apenas había tenido tiempo de afinarlo desde su llegada. Acarició la suave madera lustrosa, rozó las cuerdas. Eso no era un ensayo, pensó, mientras frotaba el arco con colofonia; tampoco se trataba de una actuación, sólo era el impulso que a menudo no atendía por estar demasiado ocupada. El impulso de hacer música para sí misma.

Con los ojos cerrados, apoyó el violín contra su hombro; la cabeza y el cuerpo adoptaron automáticamente la posición correcta, como una mujer que recibe a su amante.

Eligió Chopin por su belleza, su serenidad, y aquella sombra de tristeza que no conseguía disipar. Como siempre, la música llenó todos los vacíos.

Ya no pensaba en la muerte, ni en el miedo; tampoco en Luís y su infidelidad, ni en la familia que había perdido o de la que había prescindido. Ni tan siquiera pensaba en la música, sólo la sentía.

Sonaba como un sollozo. Eso pensó Tucker mientras caminaba desde su automóvil hasta el porche. Pero no como un sollozo ardiente y apasionado, sino de lágrimas lentas, dolientes. De aquellas que sangran del alma.

Aunque nadie lo había oído, Tucker se avergonzó de sus pensamientos, sólo era música de violín para intelectuales, y ni siquiera daban ganas de seguir el ritmo con el pie. Pero sonaba tan desgarradora, filtrándose por las ventanas abiertas. Habría jurado que la sentía, que notaba cómo las notas le recorrían la piel en un estremecimiento.

Llamó a la puerta, pero lo hizo con tal suavidad que él mismo apenas oyó el golpeteo de sus nudillos. Entonces giró el pomo y entró en la casa. Avanzó en silencio, siguiendo aquellas notas embriagadoras hasta el salón.

Ella se encontraba de pie, en el centro de la habitación, de cara a las ventanas de modo que él veía su perfil, la cabeza algo inclinada hacia el instrumento. Tenía los ojos cerrados, y la sonrisa que se dibujaba en sus labios era tan melancólica y hermosa como la música que interpretaba.

Aunque no habría podido explicar el porqué, sabía que aquella catarata de notas fluía directamente del corazón de Caroline. Y, como una pregunta susurrada, quedaba suspendida en el aire.

Tucker se metió las manos en los bolsillos, apoyó un hombro contra la jamba de la puerta, y se dejó llevar por la música. Resultaba muy extraño, y para él algo sin duda desconocido, encontrar una mujer tan sosegada, tan atractiva en su tranquilidad, tan profundamente excitante, cuando aquello nada tenía que ver con el sexo.

Caroline se detuvo, y la música se desvaneció en el silencio. Tucker sintió una desilusión aguda, casi física. Si hubiese sido más astuto, hubiera salido de puntillas, mientras ella seguía en las nubes, y habría llamado de nuevo a la puerta. Pero se dejó llevar por su instinto y aplaudió.

Ella dio un respingo, el cuerpo tenso, los ojos llenos de miedo; un miedo que, al verle, se convirtió en ira.

—¿Qué demonios hace aquí?

—He llamado a la puerta —dijo, con la misma sonrisa que le había lanzado junto a la laguna—. Supongo que estabas demasiado ensimismada para oírme.

Caroline bajó el violín, pero mantuvo el arco en alto, como una esgrimista con la espada. —O quizá no quería ser molestada. —La verdad es que no se me ha ocurrido pensar en eso. Me gusta la música. A mí me va el rhythm n' blues, un poco de jazz, pero esto ha sido algo superior. No me extraña que te ganes la vida así.

Caroline no apartó los ojos de él mientras dejaba a un lado el violín.

—Es un halago fascinante.

—Sólo una observación sincera. Me has hecho recordar una joya que tenía mi madre: una perla atrapada en un gran trozo de ámbar. Era un objeto precioso, pero también muy triste. La perla estaba encerrada allí, sola, y no podía salir. Y he tenido la misma sensación contigo mientras tocabas. ¿Siempre interpretas melodías tristes?

—Toco lo que me apetece. —Las magulladuras de Tucker eran más visibles que el día anterior. Le daban el aspecto de un rufián algo peligroso,

con aquel aire de niño desamparado que despertaba en una mujer el deseo de ponerle algo fresco (sus labios quizá) en el hinchado rostro—. ¿Tiene alguna razón para entrar en mi casa sin ser invitado, señor Longstreet?

—Puedes llamarme Tucker. Yo te llamaré Caroline. O Caro. —Sus dientes brillaron al sonreír—. Ése era el nombre que te daba la señorita Edith. Me gusta.

—Eso no responde a mi pregunta.

Tucker se apartó de la jamba.

—Por aquí solemos dejarnos caer de forma espontánea por casa de los vecinos; pero da la casualidad de que tengo un motivo. ¿No me pides que me sienta?

Ella ladeó la cabeza.

—No.

—Maldita sea. Cuanto más dura te pones, más me gustas. Soy un masoquista con estas cosas.

—¿Y con otras?

Tucker soltó una risita y se sentó en el brazo del sofá.

—Primero tendremos que conocernos mejor. Tal vez hayas oído por ahí que soy un tipo fácil, Caroline, pero la verdad es que tengo mis principios.

—Qué alivio —repuso ella, dando unos golpecitos con el arco contra la mano abierta—. ¿En cuanto a tu motivo?

El cruzó las piernas y apoyó un pie en la rodilla. Se sentía tan cómodo y a gusto como un perro en verano echando una siesta a la sombra.

—Cielos, cuánto me gusta tu manera de hablar. Tan fina y refrescante como un buen helado de melocotón. Soy muy aficionado al helado de melocotón.

Caroline sintió un ligero temblor iniciador de la risa en los labios, y los frunció en un acto defensivo.

—En este momento no me interesan tus aficiones, ni estoy de humor para hacerte compañía. He tenido dos días muy difíciles.

El ligero humor se desvaneció.

—Ha sido duro para ti encontrar a Edda Lou de esa manera.

—Yo diría que ha sido más duro para ella.

Tucker se levantó y buscó en sus bolsillos un cigarrillo mientras paseaba de un lado a otro.

—Como ya hace unos días que estás aquí, sabrás qué se comenta por ahí.

Aunque hizo un esfuerzo, Caroline no pudo evitar un amago de simpatía. No era fácil tener una vida privada, ni evitar que tus errores privados fueran el tema de ávidas especulaciones. Ella lo sabía muy bien.

—Si quieres decir que en este pueblo se chismorrea que da gusto, no te lo discuto.

—No puedo impedir que pienses lo que quieras, pero al menos déjame tener voz en el asunto.

Ella enarcó una ceja.

—¿Por qué te importa tanto lo que yo piense acerca de ti?

—Pues has tardado muy poco en decírselo a ese yanqui de los zapatos lustrosos.

Ella esperó. Por su manera de pasearse, él tenía el ánimo más frustrado que violento. Se relajó lo bastante para dejar el arco a un lado.

—Si te refieres al agente Burns, le he contado lo que vi. Te encontré junto a la laguna.

Tucker volvió la cabeza rápidamente.

—Claro que me encontraste allí, maldita sea. ¿Parecía que estaba planeando asesinar a alguien?

—Parecías enfadado —repuso ella—. No tengo ni idea de qué planeabas.

Él se detuvo, se volvió y dio un paso hacia ella.

—Si crees que yo asesiné a Edda Lou, ¿qué diablos haces aquí hablando conmigo en lugar de echar a correr para salvar la vida?

Caroline alzó el mentón.

—Sé cuidarme. He contado a la policía cuanto sé, que es prácticamente nada, así pues, no hay razón para que me hagas daño.

Tucker apretó los puños a los lados del cuerpo.

—Señoritinga, tú sigue mirándome como si yo fuese algo que acabas de limpiarte del zapato, y quizá se me ocurran un par de razones.

—No me amenaces —le advirtió Caroline. La adrenalina empezó a fluir por su cuerpo y la impulsó hacia adelante, hasta que su rostro quedó casi rozando el de Tucker—. Conozco a los hombres que son como tú. Te molesta que no haga piruetas para conseguir que te fijes en mí, tu orgullo masculino se siente herido cuando una mujer no está interesada por ti. Pero cuando se interesa, como esa Edda Lou, no paras hasta deshacerte de ella. De una forma u otra.

Se había acercado tanto a la verdad que le escoció.

—Cariño, las mujeres van y vienen. Me importan un rábano. No suspiro por ellas, y te aseguro, maldita sea, que no me dedico a matarlas. En cuanto a eso de las piruetas... ¡Joder!

Caroline logró emitir un solo grito cuando Tucker se le abalanzó y la arrojó al suelo. Se le cortó el aliento de golpe al aterrizar Tucker sobre ella. Oyó un estallido y, por un instante, creyó que había sido el impacto de su cabeza contra la madera del suelo.

—¿Qué diablos crees que...?

—No te muevas. ¡Me cago en ese puñetero de mierda!

Tucker tenía el rostro a sólo unos centímetros del suyo, y Caroline vio algo en sus ojos que podría haber sido miedo, o astucia.

—Si no te quitas de encima ahora mismo... —Lo que había pensado hacer se le olvidó en cuanto oyó el siguiente disparo y un agujero apareció de repente en el cojín del sofá que tenía justo encima de la cabeza—. ¡Santo cielo! —Sus dedos se hundieron en los brazos de Tucker—. Alguien está disparando contra nosotros.

—¿Ahora te das cuenta, muñeca?

—¿Qué vamos a hacer?

—Podríamos quedarnos así, y esperar que se vaya. Pero no lo hará. — Con un suspiro, acercó su rostro al de ella en un gesto extrañamente íntimo—. ¡Mierda! Está tan loco que es capaz de matarme, y a ti también, y encima pensar que ha sido la voluntad de Dios.

—¿Quién es? —le exigió, golpeándole en la espalda—. ¿Quién es?

—El padre de Edda Lou. —Tucker levantó apenas la cabeza. Dadas las circunstancias, no se dejaría llevar por el hecho de que la boca de Caroline fuera carnosa y jugosa y la tuviera muy cerca. Se dio cuenta..., pero no se dejó llevar por ello.

—¿La mujer que han asesinado? ¿Su padre está ahí fuera, disparándonos? :

—A mí, sobre todo. Pero no le preocuparía mucho darte a ti de paso. Lo he visto por la ventana, apuntándome entre las cejas.

—Es una locura. Un hombre no puede ir por ahí, disparando al interior de las casas.

—Me acordaré de mencionárselo si tengo la oportunidad. —Sólo había una cosa que hacer, y detestaba hasta pensar en ella—. ¿Tienes alguna arma por aquí?

—Sí. Las armas de mi abuelo. Están en el estudio, al otro lado del vestíbulo.

—Quiero que hagas lo siguiente: quédate donde estás y no te muevas para nada. Ella asintió con la cabeza.

—Lo haré.

Él se deslizó hacia abajo por encima del cuerpo de Caroline, que lo agarró por la camisa.

—¿Vas a dispararle?

—Cielos, espero que no. —Se arrastró hacia atrás, usando el sofá como escudo; luego respiró hondo y salió al descubierto. Cuando llegó al umbral de la puerta, pensó que ya estaba lo bastante lejos como para que alguna bala perdida no alcanzara a Caroline.

—Agustín, hijo de puta, hay una mujer aquí.

—Mi hija era una mujer. —Otra bala calibre 44 entró por la ventana en la habitación, sembrándola de cristales rotos—. Voy a matarte, Longstreet. *Porque ha llegado el tiempo de la venganza del Señor.* Voy a matarte. Y luego te cortaré en pedazos, igual que tú hiciste a Edda Lou.

Tucker se apretó las palmas de las manos contra los ojos y se esforzó en pensar.

—No quieres hacerle daño a la señora.

—No sé si es una señora. Puede que se trate de una de tus putas. El Señor guía mi mano. Esto que hago es ojo por ojo. *Porque el Señor vuestro Dios es un fuego que se consume. El precio del pecado es la muerte.*

Mientras Agustín citaba la Biblia, Tucker cruzó el vestíbulo arrastrándose sobre el vientre. En cuanto estuvo en el estudio, se movió con

rapidez. Cogió un Remington y, con las manos sudorosas y el estómago revuelto sabiendo que quizá tendría que usarlo, lo cargó. Fue hacia la ventana, apartó la cortina con sigilo y saltó al exterior.

El siguiente disparo hizo que Tucker farfullara una oración mientras se agachaba y echaba a correr hacia los matorrales.

Agustín había elegido su puesto: a unos dos metros de la casa, apoyado contra un arce solitario. El sudor le resbalaba por el rostro y humedecía la espalda de su camisa de camuflaje. Invocaba el nombre de Jesús, aliñando sus rezos y amenazas con los disparos del rifle. Todas las ventanas de la fachada estaban destrozadas.

Podría haber asaltado la casa y acabado de una vez. Pero él quería —lo necesitaba— saber que Tucker estaba sufriendo. Llevaba más de treinta años esperando la forma de vengarse de un Longstreet. Y ya la había encontrado.

—Voy a reventarte los huevos, Tucker. Te volaré esa polla de la que estás tan orgulloso. Es la justicia para un fornicador. Irás al infierno sin polla. Ésa es la voluntad de Dios. ¿Me oyes, pecador canalla? ¿Oyes lo que te digo?

Sin sentir reparos, Tucker puso el cañón del rifle contra la oreja izquierda de Agustín.

—Ya te oigo, no hace falta que grites. —Rogó para que Agustín no se diera cuenta de que el arma se movía en sus temblorosas manos—. Deja esa arma, Agustín, o me veré obligado a descerrajarte una bala en el cerebro. Me dará pena, créeme. Tú estarás muerto, pero yo tendré que tirar la camisa que llevo puesta. Y está casi nueva.

—Te mataré. —Agustín intentó volver la cabeza, pero Tucker hizo más presión con el rifle.

—Pero hoy no me toca. Ahora tira ese rifle a un lado y desabróchate la cartuchera. Poco a poco y con tranquilidad. —Al ver que Agustín vacilaba, Tucker dio otro empujón al rifle. En ese momento, por su mente pasó la ridícula imagen del cañón deslizándose por dentro de la cabeza de Agustín hasta salir por la otra oreja—. Sé que no soy un buen tirador, pero ni siquiera yo fallaría con el cañón apoyado contra tu oreja.

Respiró un poco más tranquilo cuando Agustín lanzó la escopeta a un lado.

—¡Caroline! —gritó—. Llama a Burke y dile que venga a toda velocidad. Luego tráeme una cuerda. —Cuando la cartuchera cayó al suelo, Tucker la apartó de un puntapié—. Bueno, ¿qué era eso que decías acerca de mi polla, Agustín?

Al cabo de dos minutos, Caroline salió de la casa como un rayo con una cuerda de tender en la mano.

—Burke está de camino para acá. Acabo de... —Se interrumpió y miró fijamente al hombre espatarrado en la hierba. Tenía el rostro magullado y sucio de sudor y manchas negras. Su traje de camuflaje cubría un torso que parecía un tanque y unas piernas como vigas de acero. Pese a que Tucker lo miraba desde su imponente altura, apuntándole el arma contra la nuca, al lado del otro se veía delgado como un palillo, y muy vulnerable.

—Aquí está la cuerda —dijo ella, tragando con fuerza cuando su voz sonó demasiado aguda.

—Muy bien. ¿Quieres ponerte detrás de él, cariño?

Caroline se humedeció los labios y rodeó a Agustín guardando una prudente distancia.

—¿Cómo has podido...? Quiero decir, siendo un hombre tan grande...

—Y tan bocazas. —No pudo evitarlo y le propinó un empujón con el pie—. Estaba tan ocupado gritando sus condenas celestiales que no oyó al pecador que se le acercaba por detrás. ¿Sabes disparar este chisme?

—Sí. —Clavó la mirada en el rifle—. Más o menos.

—Más o menos bastará, ¿verdad, Agustín? Ella es capaz de volarte algo vital si se te ocurre moverte. Nada hay más peligroso que una mujer con un arma cargada. Sobre todo si es una yanqui. Caroline, no dejes de apuntarle a la cabeza mientras lo ato. —Le puso el arma en las manos. Sus miradas se encontraron con una mutua expresión de alivio y nerviosismo. Por un instante fueron amigos.

—Así se hace, muñeca. Sólo que no apuntes hacia mí. Si se mueve, aprieta el gatillo, y cierra los ojos, porque le volarás la cabeza. No quisiera que vieras algo tan desagradable.

Le guiñó un ojo para que entendiera que la advertencia iba dirigida a Agustín.

—De acuerdo —repuso ella—. Pero me tiemblan un poco las manos. Ojala no apriete el gatillo sin querer.

Tucker sonrió mientras se agachaba para atar las manos a Agustín.

—Haz lo que te sea posible, Caro. Nadie puede pedirte más. Voy a atarte como a un cerdo, Agustín. Como te corresponde. —Le pasó la cuerda alrededor de las corpulentas piernas y estiró, dejándoselas dobladas—. No me parece bien que hayas destrozado todas las ventanas a la señora. Además, te has cargado su sofá. Si no recuerdo mal, la señorita Edith tenía mucho cariño a ese sofá.

Retrocedió un paso para coger el rifle de manos de Caroline.

—Cariño, ¿querrías traerme una cerveza? Tanto esfuerzo me ha despertado la sed.

Caroline tuvo el loco deseo de echarse a reír. —No hay... cerveza, quiero decir. Tengo un poco de vino. Chardonnay —farfulló.

—Eso también me sentaría bastante bien. —De acuerdo. Yo... Claro. —Subió por los escalones, luego se volvió y vio que Tucker sacaba un cigarrillo. Se llevó una mano a la cabeza, aún aturdida, observando a Tucker mientras le quitaba un trocito—. ¿Por qué haces eso?

—¿Qué? —Bizqueó al prenderlo con una cerilla. —Cortarle un trozo.

—Ah. —Aspiró el humo con evidente placer—. Estoy intentando dejarlo. Y me parece una forma sensata de hacerlo. Según mis cálculos, dentro de un par de semanas habré llegado a media calada por cigarrillo. —Él sonrió al verla tan atractiva y salvaje, aunque pálida como una muerta—. Ponme ese chardonnay en una copa bien grande, ¿de acuerdo?

—Sí. —Caroline dejó escapar un suspiro tembloroso cuando oyó la sirena policial. Tucker estaba aún bastante cerca y ella escuchó el mismo suspiro aliviado de sus labios—. Ahora mismo. —La puerta mosquitera se cerró ruidosamente a su espalda.

7

Los truenos retumbaron hacia el este. Una brisa, la primera que sentía desde que entró en el estado de Misisipí, mecía las hojas del arce donde, apenas treinta minutos antes, se había apostado un hombre con un rifle cargado.

No parecía razonable, ni siquiera posible, pero allí estaba, sentada en los escalones del porche bebiendo chardonnay en un vaso de agua, con la botella casi vacía encajada entre su cadera y la de Tucker.

Desde luego, decidió mientras bebía otro largo trago, su vida había tenido giros bastante interesantes.

—Qué bueno está esto —dijo Tucker, meciendo el vino en el vaso. Volvía a sentirse ligero, y aquello le gustaba.

—Es uno de mis vinos preferidos.

—Y mío también, a partir de ahora. —Volvió la cabeza y le sonrió—. Qué brisa tan agradable.

—Muy agradable.

—Nos hace falta la lluvia.

—Sí, supongo que sí.

Tucker se recostó hasta apoyarse en los codos, alzando el rostro para recibir de lleno el aire fresco.

—A juzgar hacia donde sopla el viento, no creo que te entre agua en el salón.

Caroline se volvió y miró las ventanas rotas con expresión distraída.

—Pues es una buena noticia. No me gustaría que el sofá se empapara. Al fin y al cabo, sólo tiene un agujero de bala.

Tucker le dio una palmada amistosa en la espalda.

—Qué bien te lo has tomado, Caro. Estoy seguro de que muchas mujeres se habrían puesto a llorar o a gritar, o se habrían desmayado, pero tú has permanecido muy serena.

—Bueno. —Como su vaso estaba casi vacío, lo llenó de nuevo—. Escucha, ¿puedo hacerte una pregunta relacionada con este lugar?

Tucker le tendió el vaso, disfrutando con la música producida por el buen vino al caer para mezclarse con el que aún le quedaba mientras ella le servía.

—En este momento, querida mía, puedes preguntarme casi cualquier cosa.

—Siento curiosidad por saber si son frecuentes los asesinatos y los tiroteos en esta parte del estado, o se trata sólo de una mala racha.

—Pues bien, —Contempló el vino en el vaso antes de beber—. Puedo hablarte de Innocence porque mi familia ha estado aquí desde antes de la guerra..., me refiero a la guerra de Secesión.

—Por supuesto.

—Tengo confianza en mi opinión sobre el tema. Debo decir que la clase de asesinato en que estás pensando nos resulta del todo desconocida aquí. Verás, Whiteford Talbot abrió un agujero de gran tamaño en la espalda de Beauford cuando yo era niño. La razón para que hiciera eso: Whiteford acababa de sorprender al viejo Cal deslizándose por el tubo de desagüe que pasaba junto a la ventana de su dormitorio. Y en ese preciso instante, la esposa de Whiteford (que era Ruby Talbot) estaba tendida en la cama con el culo al aire.

—Un asunto totalmente distinto —concluyó Caroline.

—En efecto. Y hace apenas cinco años, los hermanos Bonny y los Shivers se liaron a perdigonazos entre ellos. Y todo ocurrió a causa de un cerdo. Pero como son primos, y además están locos, nadie les prestó mayor atención.

—Entiendo.

Cómo le gustaba Caroline, pensó Tucker; le gustaba incluso como amiga, y ese sentimiento amistoso se mezclaba con la atracción física haciéndolo más agradable.

—Pero Innocence, en general, es bastante tranquilo.

Ella lo miró por encima del vaso y frunció el entrecejo.

—¿Finges?

—¿Cómo?

—Que si finges a menudo ese numerito del muchacho bueno un poco tontorrón.

Tucker sonrió y bebió.

—Sólo cuando me conviene.

Ella suspiró y desvió la mirada. El cielo se oscurecía por momentos y el retumbar de los truenos se acercaba cada vez más, al igual que los fugaces y rotundos relámpagos. Pero se sentía bien, demasiado bien, allí sentada.

—¿Estás preocupado? Cuando el sheriff se ha llevado a ese hombre, él juraba y perjuraba que te mataría.

—No hay que tomárselo demasiado en serio. —Pero la inquietud que traslucía la voz de Caroline le alteró el pulso. Con gesto suave, le pasó un brazo por encima de los hombros—. No te preocupes, cariño. No quisiera que te inquietaras por mí.

Ella volvió la cabeza para mirarle. Su rostro se encontraba a pocos centímetros del de Tucker.

—Esto resulta un poco morboso, ¿no crees? Que hayas escapado de la muerte y te sirvas de ello para seducir a alguien...

—Uff. —Él tenía el buen humor necesario para echarse a reír, y la experiencia suficiente para dejar el brazo donde lo había puesto—. ¿Siempre te muestras tan suspicaz con los hombres?

—Con cierta clase de hombres —repuso ella mientras levantaba una mano y se quitaba el brazo de Tucker de encima de los hombros.

—Qué frialdad, Caro, después de todo lo que hemos compartido. —Con

un suspiro de decepción rozó su vaso con el de ella—. Supongo que no me invitarás a cenar, ¿verdad?

—Supones bien —dijo Caroline, esbozando apenas una sonrisa.

—¿Y no tocarías otra melodía, para mí?

Caroline no sonrió, sólo sacudió la cabeza.

—He decidido descansar y no tocar para nadie durante un tiempo.

—Vaya, eso es una lástima. ¿Sabes una cosa? Yo tocaré para ti.

Ella enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Tocas el violín?

—¡Diablos, no! Pero toco la radio. —Cuando se levantó, Tucker se dio cuenta de que el vino se le había subido a la cabeza. Era una sensación que no le disgustaba. Fue hacia el coche a paso lento, hurgó entre sus cintas y eligió una. Giró la llave en el contacto y metió la cinta en el casete.

—Fats Domino —dijo en tono respetuoso cuando en el aire sonaron los primeros compases de *Blueberry Hill*. Volvió hacia donde estaba Caroline y le tendió una mano—. Vamos. —Antes de que ella pudiera negarse, él había hecho que se pusiera de pie y la tenía entre sus brazos—. Soy incapaz de escuchar esta canción sin que me entren ganas de bailar con una mujer bonita.

Ella podría haber protestado o intentado soltarse. Pero su proposición era inofensiva. Y después de aquellas últimas veinticuatro horas, necesitaba un poco de diversión. Así pues, se acomodó contra él, disfrutando de sus movimientos ligeros cuando la guiaba bailando desde el camino hasta el césped, y riendo un poco al inclinarse él hacia atrás en un arco, entregándose al modo en que el vino hacía dar vueltas a su cabeza.

—¿Te sientes bien? —susurró él.

—Eres muy suave, Tucker, demasiado suave quizá. Pero esto es preferible a que te disparen.

—Estaba pensando lo mismo. —Hundió la mejilla en su cabello, que sintió suave como la seda contra su piel. Siempre había tenido debilidad por las texturas, así pues, no contuvo su deseo de notar el tierno contraste de la mejilla de Caroline contra la suya, o la manera en que la blusa se movía bajo su mano al guiarla en el baile. Qué largos y esbeltos eran sus muslos, que rozaban y topaban los suyos.

El impulso sexual no le sorprendió. Era tan natural en él como respirar. Pero sí le sorprendió el irresistible deseo de echársela al hombro y entrarla en la casa, al piso de arriba. Siempre había preferido ir lento y tranquilo con las mujeres, saboreando la caza, manteniendo el control. Pero bailando con ella, mientras el aire se impregnaba de la luz queda y perlina que precede a la tormenta, se sintió exaltado.

Tucker lo atribuyó a que se encontraba algo bebido.

—Está lloviendo —susurró Caroline. Tenía los ojos cerrados y su cuerpo se mecía con el de Tucker.

—Sí. —Oía la lluvia en su cabello, en su piel. Y eso le volvía loco.

Ella sonrió, disfrutando de las gotas, lentas y gruesas, que le

empapaban la ropa. Jamás había habido disparos de rifle en su vida, pensó. Pero tampoco había bailado bajo la tormenta.

—Es fresca, la lluvia. Maravillosamente fresca.

Notando cómo se sentía, a Tucker le sorprendió que la lluvia no hirviera al caerle sobre la piel. Se encontró con la boca junto a la oreja de Caroline, y el rápido y sorprendido estremecimiento de ella cuando le hincó dulcemente los dientes en el lóbulo le atravesó como un rayo.

Caroline abrió los ojos de par en par, con la mirada aún perdida, mientras él avanzaba por su mandíbula dándole ligeros mordiscos. Algo caliente y delicioso se removió en su interior antes de que consiguiera cortar en seco su avance. En el instante que Tucker iba a apoderarse de su boca, ella le dio un manotazo en el pecho y se echó hacia atrás.

—¿Qué crees que haces?

Él parpadeó.

—¿Besarte?

—No.

La miró fijamente por un momento, bajo la lluvia que le corría por el cabello, con aquellos ojos que revelaban apasionamiento y decisión. Su primer impulso fue ignorar la mano que lo rechazaba y tomar lo que deseaba. Pero supo que no podría y eso le hizo mascullar una imprecación.

—Caroline, eres una mujer muy dura.

La alarma que sonaba en la cabeza de ella se apagó. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa. Tucker no intentaría forzarla.

—Eso dicen.

—Podría quedarme un rato y convencerte para que cambies de idea.

—No lo creo.

Los ojos de Tucker chispearon, alegres. Deslizó la mano por la espalda de Caroline antes de soltarla.

—Vaya, es todo un desafío. Sin embargo, como supongo que has tenido un día difícil, esperaré.

—Te lo agradezco.

—Maldita sea, más te vale. —Le cogió la mano y le acarició los nudillos con el pulgar. Ella lo maldijo en silencio al sentir un estremecimiento que le bajaba hasta la punta de los pies—. Pensarás en mí, Caroline; cuando te acurruques en la cama esta noche, pensarás en mí.

—Sólo pensaré en que es preciso arreglar esas ventanas.

Tucker apartó la mirada de ella y se fijó en las astillas de cristal que sobresalían, amenazadoras, del viejo marco de madera.

—Estoy en deuda contigo —dijo él. Y la seriedad que había en sus ojos recordó a Caroline la razón de que se encontraran bajo la lluvia cogidos de la mano.

—Creo que es Austin Hatinger quien tiene una deuda conmigo —dijo ella en tono alegre—, pero eso no arreglará mis ventanas, seguro.

—Yo me ocuparé de ellas —afirmó Tucker, mirándola de nuevo—. Qué

bonita estás así, toda mojada. Si me quedo más rato, otra vez intentaré besarte.

—Entonces será mejor que te vayas —sonrió ella, haciendo ademán de apartar la mano. De repente miró hacia el coche de Tucker y se echó a reír—. ¿Sabes que tienes la capota bajada?

—¡Mierda! —Se volvió hacia su automóvil. La lluvia rebotaba contra el tapizado de cuero blanco—. Eso es lo que ocurre con las mujeres. Te distraen. —Antes de que ella liberase su mano, Tucker se la llevó a los labios, puso un largo beso en ella y acabó con una levísima rascada de los dientes—. Volveré, Caroline.

Ella sonrió y retrocedió un paso.

—Entonces trae cristales para las ventanas, y un martillo.

Tucker se metió en el coche sin molestarse en subir la capota. Arrancó el motor, lanzó un beso al aire y enfiló el camino de salida. Mientras se alejaba, la contempló por el espejo retrovisor; ella permanecía de pie bajo la lluvia, con el cabello como trigo mojado y la ropa pegada al cuerpo. Fats Domino vociferaba *Ain't That a Shame*. Tucker estuvo de acuerdo con él, aquello era una verdadera lástima.

Caroline esperó a que el coche desapareciera de su vista antes de regresar al porche. Se sentó en los escalones y engulló el último trago de vino diluido con lluvia. Susie llevaba razón, pensó. Tucker Longstreet no era más asesino que ella misma. Y era cierto que tenía una forma de ser muy especial. Se puso en la mejilla la mano que le había besado, y lanzó un largo y tembloroso suspiro.

Era una suerte que no estuviera interesada por él. Con los ojos cerrados, Caroline alzó el rostro hacia la lluvia. Una verdadera suerte.

A la mañana siguiente se despertó con un humor de perros. Había dormido fatal, maldita sea, por pensar en él. Entre eso y el ruido que producía la lluvia contra el tejado de cinc, se había pasado parte de la noche dando vueltas en la cama. Había estado a punto de ceder y tomarse una de las pastillas para dormir que le sobraron de la última receta del doctor Palamo.

Pero había resistido, queriendo demostrarse algo a sí misma. Sintió el escozor de la falta de sueño en los ojos cuando los abrió y el sol le dio de lleno en el rostro. Además, las sienes le martilleaban por culpa del vino.

Tomó una aspirina y se metió bajo la ducha; ella sabía con toda exactitud dónde estaba la culpa. Si no hubiese sido por Tucker, no habría bebido tanto vino. Si no hubiese sido por Tucker, no habría permanecido despierta parte de la noche, atormentada por un ansia sexual no deseada. Y si no hubiese sido por Tucker, su casa no estaría llena de agujeros, ni tendría que ocuparse de ellos antes de que las moscas, los mosquitos y quién sabe qué otras bestias decidieran entrar e instalarse en ella.

Paz y tranquilidad, pensó al salir de la ducha para secarse. Menudo descanso durante un período de recuperación. Desde que había tenido la desgracia de toparse con Tucker, su vida era un caos. Mujeres muertas, locos con rifles. ¿Por qué diablos no se había ido al sur de Francia, a tostarse bajo el

sol en una bonita playa llena de gente?

Porque quería volver a su hogar, pensó con un suspiro. A pesar de que había pasado sólo unos cuantos días maravillosos de su infancia en aquella casa, era lo más parecido a un hogar que tenía.

Nada ni nadie se lo estropearía. Caroline bajó por las escaleras con paso resuelto, sosteniéndose la ronroneante cabeza con una mano. Pensaba darse el lujo de descansar tranquila. Se sentaría en el porche y vería la puesta del sol, arreglaría las flores, pondría música... Pasaría un día tan plácido y solitario como le apeteciera. A partir de ese mismo instante.

Alzó la barbilla y abrió de un tirón la puerta principal. Un grito desgarrador brotó de su garganta.

Un hombre negro, con una cicatriz en la mejilla y hombros como un toro, estaba de pie junto a una ventana rota. Caroline alcanzó a ver el destello de algo metálico en su mano. Los pensamientos se atropellaron en su mente. Echar a correr hacia el teléfono e intentar una llamada. Lanzarse a la carrera hacia el coche con la esperanza de que las llaves estuvieran puestas. Quedarse ahí y gritar.

—Señorita Waverly, ¿señora?

Después de una búsqueda desesperada, encontró su voz.

—He llamado al sheriff —mintió.

—Sí, señora. Tuck me dijo que usted había tenido un problema aquí.

—Yo... ¿Perdón?

—Hatinger le ha volado las ventanas. El sheriff lo ha metido ya en la cárcel. Yo me ocuparé de esto en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Se ocupará?

Cuando Caroline le vio mover la mano, aspiró hondo para gritar. Soltó el aire al ver que el objeto metálico que el hombre tenía era un metro de carpintero. Hizo un esfuerzo para disminuir el alocado latir de su corazón mientras él estiraba el metro sobre el espacio vacío donde había estado el cristal.

—¿Va a arreglarme las ventanas?

—Sí, señora. Tuck me lo encargó anoche. Me dijo que él la avisaría para que supiera que yo vendría esta mañana a tomar medidas para poner cristales nuevos. —Sus ojos castaños parpadearon y se llenaron de una expresión alegre y serena—. Me imagino que no lo ha hecho.

—No. —Caroline sintió que el alivio y la irritación la inundaban a un tiempo, y se llevó una mano al pecho donde el corazón le latía, aún desbocado—. Nada me ha dicho.

—Desde luego, Tuck no es una persona demasiado formal.

—Empiezo a darme cuenta.

Con un gesto de la cabeza, el hombre anotó unas cifras en un bloc.

—Imagino que le he dado un buen susto.

—Estoy bien —afirmó Caroline, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Creo que me voy acostumbrando. —Ya más tranquila, se atusó el cabello, todavía húmedo, con los dedos. No me ha dicho su nombre.

—Soy Toby March. —A modo de saludo, dio un leve tirón a la visera de su maltrecha gorra de béisbol—. Hago toda clase de trabajos de carpintería en las casas.

—Me alegro de conocerle, señor March.

Tras un instante de vacilación, estrechó la mano que ella le tendía.

—Llámeme Toby, señora. Todos me llaman así.

—Pues bien, Toby, le agradezco mucho que se haya puesto con esto tan pronto.

—Y yo le estoy muy agradecido por el trabajo. Si me da una escoba, recogeré los cristales rotos.

—De acuerdo. ¿Le apetece un café?

—No se moleste.

—No es molestia. Estaba a punto de poner la cafetera.

—Entonces, sí; se lo agradezco. Lo tomaré sólo, con tres terrones de azúcar, si no le importa.

—Enseguida se lo traigo y... El timbre del teléfono la interrumpió—. Perdone.

Llevándose una mano a la frente, Caroline cruzó deprisa el vestíbulo.

—¿Sí? —dijo cuando cogió el auricular.

—Hola, cariño. Desde luego llevas una vida de lo más emocionante.

—Susie. —Caroline apoyó la espalda contra la baranda—. ¿Quién ha dicho que en los pueblos pequeños nunca pasa nada?

—Nadie que haya vivido en uno. Burke me ha dicho que estás bien. Me habría pasado por ahí a verte, pero los niños hicieron una fiesta ayer e invitaron a unos amigos a pasar la noche en casa. Aunque no les he quitado el ojo de encima, esto parece un campo de batalla.

—Estoy bien, de verdad. —Salvo por la resaca y los nervios destrozados, además de una desagradable dosis de frustración sexual—. Sólo me encuentro un poco agotada.

—No me extraña. Oye, ¿sabes una cosa? Mañana haremos una barbacoa. Quiero que vengas, te sientes a la sombra, comas hasta que no puedas dar un paso, y olvides todos tus problemas.

—Me parece una idea fantástica.

—A las cinco. Cuando llegues al pueblo, sigue hasta el final de Market Street y luego gira a la izquierda. Ésa es Magnolia Street, y la tercera casa de la derecha es la nuestra; una amarilla con ventanales blancos. Si te cuesta encontrarla, sigue el olor de las costillas carbonizadas.

—Ahí estaré. Gracias, Susie.

Caroline colgó el auricular y fue hacia la cocina. Puso la cafetera al fuego, metió unas rebanadas de pan en la tostadora y sacó un tarro de mermelada de frambuesa. Los rayos del ardiente sol caían a plomo sobre la hierba húmeda del jardín, y el caliente y salvaje olor que ésa desprendía resultaba tan grato como el aroma del café. Un pájaro carpintero se posó en un árbol, y comenzó a picotearlo en busca del almuerzo.

Del porche le llegó el canto de Toby, una sonora voz de barítono rica en matices. Entonaba la conmovedora melodía de un espiritual negro sobre el anhelo de paz.

Caroline cayó en la cuenta de que su dolor de cabeza había desaparecido, y que los ojos no le escocían ya.

Considerándolo todo, era estupendo estar en casa.

No muy lejos de allí, alguien yacía enredado en sábanas sudadas, gimiendo entre sueños que fluían como ríos oscuros y serpenteantes. Sueños de sexo, de sangre, de poder. No siempre recordaba aquellos sueños a la luz del día. A veces revoloteaban en los momentos de vigilia, como mariposas de alas cortantes que desgarraban la mente y dejaban heridas que, aunque poco profundas, escocían.

Mujeres, siempre había mujeres en ellos. Esas putas, crueles y burlonas. La necesidad de tenerlas —la piel suave, el olor dulce, los sabores calientes...— le resultaba odiosa. En ocasiones, había largas temporadas en que se dominaba, pasaba días enteros, semanas, incluso meses, en que había amabilidad, calor, incluso respeto. Y entonces..., entonces una de ellas hacía algo. Y ese algo exigía un castigo.

El dolor empezaba, el hambre crecía. Y nada los saciaba, salvo la sangre. Pero incluso con el dolor, incluso con el hambre, había astucia. Estaba la salvaje satisfacción de saber que por mucho que mirasen, por mucho que se esforzasen, nadie encontraría pruebas.

La locura vivía en Innocence, pero se había disfrazado muy bien. A medida que avanzaba el verano, se encontraría más y más en el interior de su poco dispuesto anfitrión. Y sonreiría.

El doctor Theodore Rubenstein, Teddy para los amigos, se acabó su segunda porción de tarta de cereza. Para pasarla bien, bebió un trago de Pepsi tibia directamente de la botella. Nunca le había gustado el café. Aunque Teddy acababa de cumplir cuarenta años, había empezado a peinarse el espeso cabello castaño con Fórmula 44. No padecía de calvicie —gracias a Dios—, pero no le gustaba el aspecto de profesor universitario que le daban las canas.

Teddy se consideraba un tipo amante de la diversión. El sabía que con sus pequeños ojos oscuros, su mentón ligeramente hundido y su tez cetrina nunca llamaría la atención por su atractivo. Así pues, empleaba el humor para atraer a las damas.

La personalidad, le gustaba decirse, pescaba tantos coños como un perfil perfecto.

Canturreando para sí en la sala de embalsamamiento de la funeraria Palmer, Teddy se frotaba las manos en la pila que quedaba justo debajo de la foto trucada de Jesús. Para divertirse, Teddy se balanceaba de un lado para otro. Cuando se movía hacia la izquierda, Jesús, mirando con expresión bondadosa aparecía con una túnica roja, y la mano alzada con elegancia sobre el corazón pintado en el pecho. Cuando se movía hacia la derecha, el rostro

temblaba por un instante y mostraba una expresión de tristeza y dolor. Era comprensible, ya que una corona de espinas se enredaba en su oscuro cabello, y delgados hilos de sangre manchaban su frente de intelectual.

Al tiempo que se aplicaba un líquido contra la caries, Teddy se preguntó cuál de las dos imágenes preferiría Palmer. Mientras se secaba las manos, se entregó a la experimentación, intentando encontrar el punto preciso en que ambas imágenes se fundían en una. A su espalda se encontraba Edda Lou Hatinger, desnuda sobre una antigua mesa de porcelana de embalsamar, acanalada a los lados para los fluidos. Su piel se veía espantosa bajo las despiadadas luces de los fluorescentes.

Esa clase de cosas no se interponían entre el bueno de Teddy y su tarta de cereza. Había elegido la patología porque en su casa esperaban que hiciera la carrera de medicina. Él sería la cuarta generación de Rubenstein que llevaría la palabra doctor delante del apellido. Pero mucho antes de que acabara su primer año de residencia, descubrió que sentía una aversión casi obsesiva hacia las personas enfermas.

Los muertos eran otra cosa.

Nunca le había molestado trabajar con cadáveres. Las rondas hospitalarias, con los gemidos y el resuello asmático de los pacientes, lo abrumaban. Pero la primera vez que tuvo que asistir a una disección, supo que había encontrado su especialidad.

Los muertos no se quejaban, no necesitaban ser salvados por alguien y, por supuesto, nunca lo demandarían ante un tribunal por negligencia.

Un cadáver era casi como un rompecabezas para él.

Lo desmontaba, buscaba qué había fuera de lo normal en él, y luego elaboraba el informe.

Era bueno para los rompecabezas, y sabía que se le daban mucho mejor los muertos que los vivos. Sus dos ex esposas se habrían mostrado más que dispuestas a señalar su falta de sensibilidad, su egoísmo y su macabro sentido del humor. A pesar de eso, Teddy se creía un tipo bastante gracioso.

Poner un consolador a pilas en la mano de un cadáver era una manera infalible de animar una autopsia aburrida.

Burns no pensaría lo mismo, pero a Teddy le encantaba irritar a Burns. Sonriendo para sí, se calzó los guantes quirúrgicos. Llevaba semanas ensayando un truco, esperando la oportunidad de probarlo con alguien tan estirado y remilgado como Matt Burns. Todo lo que necesitaba para ponerlo en práctica era una víctima convenientemente destrozada.

Teddy lanzó un beso de agradecimiento a Edda Lou y puso en marcha la grabadora.

—Aquí tenemos —empezó, impostando un fuerte acento sureño a su voz—, una mujer, blanca, de veinte pocos años. Ha sido identificada como Edda Lou Hatinger. Mide un metro sesenta y dos; pesa cincuenta y siete kilos. Y, chicas y chicos, tiene un cuerpo para chuparse los dedos.

Eso, pensó Teddy, haría las delicias de Burns.

—Nuestra invitada de hoy ha sufrido múltiples heridas de arma blanca. Discúlpame, Edda Lou —dijo mientras contaba—. Veintidós puñaladas. Centradas en las regiones de senos, torso y genitales. Se empleó un

instrumento muy afilado y liso para cercenarle la yugular, la tráquea y la laringe con un corte horizontal. Por el ángulo y la profundidad, yo diría que de izquierda a derecha, lo que indica un asaltante diestro, y descarta a un zurdo. En lenguaje profano para que me entiendan, damas y caballeros, le rajaron el cuello de oreja a oreja, probablemente con un cuchillo, cuyo filo medía... — Lanzó un silbido mientras hacía el cálculo—, unos quince centímetros. ¿Alguno de ustedes ha visto *Cocodrilo Dundee*? —Empleó un fuerte acento australiano—. ¡Esto es un cuchillo! Tras el análisis de los demás traumatismos, diré que esta herida en la garganta fue la probable causa de su muerte. Con eso habría bastado, créanme. Soy médico.

Se puso a silbar el tema principal de *A Summer Place* mientras se disponía a proseguir con la autopsia.

—Un golpe en la base del cráneo con un instrumento pesado de textura rugosa. —Usando las pinzas con gestos delicados extrajo unos fragmentos—. En una bolsa guardo para sus análisis varios fragmentos que tienen apariencia de madera o de corteza de árbol. Creo que convendremos en que la víctima fue golpeada con una rama de árbol. El golpe fue asestado con anterioridad a la muerte. Si aquellos que os las dais de detectives llegáis a la conclusión de que el golpe dejó inconsciente a la víctima, habréis ganado un viaje gratis para dos personas a las islas Barbados y un juego completo de maletas.

Levantó la vista al abrirse la puerta. Burns lo saludó con un movimiento de cabeza. Teddy sonrió.

—Para que quede registrado, diré que el agente Matthew Burns acaba de llegar para observar el trabajo del maestro. ¿Cómo va todo, Burnsie?

—¿Hay progresos?

—Bueno, Edda Lou y yo estamos entablando conocimiento. He pensado que, más tarde, podríamos salir a bailar.

Burns apretó la mandíbula hasta que le rechinaron los dientes.

—Como siempre, Rubenstein, tu sentido del humor resulta repugnante y patético.

—A Edda Lou le gusta, ¿no es verdad, querida? —Le dio una palmada en la mano—. Magulladuras y piel rasgada en las muñecas y tobillos. —Usando sus instrumentos, localizó y extirpó unas minúsculas fibras blancas, las guardó en una bolsa, mientras continuaba detallando, alegre, sus hallazgos.

Burns aguantó otros quince minutos más.

—¿Fue agredida sexualmente?

—Es difícil decirlo —respondió Teddy con los dientes apretados—. Tomaré unas muestras de tejido vaginal. —Burns desvió la mirada—. La he dejado en el agua entre doce y quince horas. Haciendo un cálculo aproximativo antes de que lleve a cabo los análisis, yo situaría la hora de su muerte entre las once de la noche y las tres de la madrugada del dieciséis de junio.

—Quiero esos resultados a la mayor brevedad posible.

Teddy siguió adelante, raspando tejido para sus muestras.

—Cielos, me encanta cuando hablas así.

Burns lo ignoró.

—Quiero un informe exhaustivo acerca de ella. Qué comió y cuándo lo comió. Si estaba drogada o había tomado alcohol. Si tuvo relaciones sexuales. Se supone que estaba embarazada. Quiero saber de cuántas semanas.

—Echaré un vistazo. —Teddy se volvió, aparentando que cambiaba de instrumento—. Tal vez quieras mirarle esta muela izquierda. He encontrado algo muy interesante.

—¿En los dientes?

—Así es. Nunca había visto nada igual.

Intrigado, Burns se inclinó sobre Edda Lou. Le abrió la boca y aguzó la vista.

—Bésame, tonto —le ordenó ella. Burns dio un grito y se tambaleó hacia atrás.

—¡Joder! ¡Cielo santo!

Teddy se echó a reír con tanta fuerza que tuvo que sentarse para no caer al suelo. Llevaba meses estudiando ventriloquia para aquel breve instante. Pero había merecido la pena el sacrificio por ver el pánico reflejado en el rostro de Burns y sus ojos desorbitados.

—Qué estilazo tienes, Burnsie. Incluso las mujeres muertas se rinden a tus pies.

Luchando por controlarse, Burns apretó los puños. Si sacudía un puñetazo a Rubenstein, tendría que incluirlo después en su informe.

—Estás como una jodida cabra.

Teddy se limitó a señalar el rostro, pálido como la cera, de Burns, luego el rostro gris de Edda Lou, y estalló de nuevo en carcajadas.

De nada servirían las amenazas, Burns lo sabía. Si presentaba una queja oficial, tomarían nota de ella, y luego la ignorarían. Rubenstein era el mejor. Famoso por sus locuras, pero el mejor.

—Quiero los resultados de las pruebas al final del día, Rubenstein. Quizá todo esto te resulte de lo más divertido, pero yo tengo un psicópata a quien debo detener.

La risa no dejaba hablar a Teddy; así pues asintió con la cabeza, llevándose las manos a los costados, doloridos de tanto reír.

Cuando Burns hubo salido, Teddy se enjugó las lágrimas y se puso de pie.

—Edda Lou, querida mía —dijo con la voz entrecortada aún por las risas—. Nunca te agradeceré bastante tu colaboración. Créeme, entrarás en los anales de la historia por esto. A los chicos de Washington les va a encantar.

Silbando de nuevo, cogió el escalpelo y reanudó su trabajo.

8

Hasta Darleen Fuller Talbot llegaban los ruidos de la barbacoa de los Truesdale a través de la ventana de su dormitorio. Pensó que era una maldita lástima que la esnob de Susie Truesdale no hubiera invitado a su vecina a la fiesta.

A Darleen le habría gustado asistir a una fiesta para distraerse de sus problemas.

Claro que Darleen no pertenecía al mismo círculo social que Susie. Ésta prefería a los Longstreet, los Shays o los arrogantes Cunningham, del otro lado de la calle. ¿Y acaso ella no sabía con certeza que el chulo de John Cunningham había puesto los cuernos a la cursi de su mujer con Josie Longstreet?

Al parecer, Susie olvidaba que se había visto obligada a casarse y que había servido las mesas en el Chat 'N Chew cuando tenía la barriga hecha un bombo. Quizá su marido fuera de familia rica, pero no había acabado como tal. Todo el mundo sabía que el padre de Burke se había ahorcado porque lo único que tenía ya era un montón de deudas.

Los Truesdale no eran mejores que ella, y tampoco los Longstreet. Tal vez su padre se ganara el pan trabajando como asalariado en una fábrica de algodón en lugar de ser el dueño; pero, desde luego, no era un borracho. Y no estaba muerto.

Darleen pensó que había sido un gesto de lo más desagradable que Susie diera una fiesta allí mismo, en el jardín de su casa, donde el olor de la carne asada y de la salsa picante hacían que sintiera aún más la soledad. Hasta su propio hermano estaba en la fiesta, pero Bobby Lee jamás pensaba ni por un momento en los sentimientos de su hermana.

A la mierda con él, con los remilgados Truesdale, y con todos los demás. De cualquier forma, no tenía ganas de ir a ninguna maldita fiesta. Aunque Junior estuviera trabajando en la gasolinera desde las cuatro de la tarde hasta la medianoche. ¿Cómo podría reír y chuparse la salsa de barbacoa de los dedos cuando su mejor amiga sería enterrada el siguiente martes?

Lanzó un hondo suspiro, y Billy T., que le estaba mamando con toda el alma los rosados senos, lo interpretó como una señal de que Darleen, por fin, iba a poner algo de su parte en el asunto.

Billy T. se movió para meterle la lengua en la oreja. —Vamos, nena, ponte encima. —Vale. —Eso despertó su interés. A Junior, no sólo le gustaba hacerlo en la cama únicamente, también tenía que ser siempre en la misma posición.

Cuando acabaron, Billy T. se tumbó boca arriba, satisfecho, y encendió un Marlboro. Darleen se quedó mirando el techo, oyendo la música que sonaba en casa de los Truesdale.

—Billy T. —dijo ella, casi haciendo pucheros—. ¿No te parece que es de mala educación dar una fiesta y no invitar a los vecinos de al lado?

—Joder, Darleen, ¿por qué no dejas de preocuparte por esa gente?

Molesta por su falta de comprensión, Darleen se levantó para coger los polvos de talco con aroma de rosas. Tenía que estar en casa de su madre al cabo de una hora para recoger a Scooter, y ésa era la manera más rápida de absorber todo aquel olor a sudor y sexo.

—Es que no está bien. Ella cree que es mejor que yo. Y su presumida hija Marvella, también. Sólo porque son amigos de los Longstreet. —Se puso la camiseta y el pantalón corto, sin las bragas a causa del calor. Sus senos, altos, abundantes, oprimidos por la tela de algodón, deformaban la desteñida imagen de Elvis—. Y Tucker ahí abajo, coqueteando con esa Waverly. Y Edda Lou ni siquiera ha sido enterrada todavía.

—Tucker es un gilipollas. Siempre lo ha sido.

—Pero Edda Lou lo quería con locura. Él le compraba perfumes. —Envío una mirada de esperanza a Billy T., pero él estaba demasiado ocupado lanzando anillas de humo para verla. Darleen se volvió hacia la ventana, frunciendo el entrecejo—. Los odio. A todos. Si Tucker no fuese el mejor amigo de Burke Truesdale, ya lo habrían encerrado, igual que a Austin Hatinger.

—Mierda. —Billy T. se frotó la barriga, que sintió húmeda, y se preguntó si aquello daría para que echaran un polvo más—. Tucker es un gilipollas, de acuerdo, pero no un asesino. Todo el mundo sabe que lo ha hecho un negro. Los que disfrutan rajando a las mujeres blancas son los negros.

—Me da igual; él le partió el corazón. Y, de alguna manera, tendría que pagar por ello. —Darleen se volvió hacia Billy T., una lágrima cayéndole de un ojo—. Me gustaría que alguien le hiciera pagar el que haya hecho que Edda Lou lo pasara tan mal antes de que la mataran. —Las risas del jardín de al lado llegaron hasta ella. Furiosa, Darleen parpadeó varias veces, con las pestañas mojadas—. Sabes, yo haría casi cualquier cosa por la persona que tuviera las agallas de hacérselo pagar.

Billy T. aplastó el cigarrillo en el pequeño cenicero que tenía en el fondo una fotografía del monumento a Washington.

—Muy bien, muñeca, si vienes aquí y me demuestras lo mucho que lo deseas, tal vez yo haga algo para ajustarle las cuentas.

—Ay, cariño. —Darleen arrancó a Elvis de sus senos mientras se arrodillaba entre las piernas de Billy T.—. Eres tan bueno conmigo.

Mientras Darleen se afanaba en arrancar una sonrisa a Billy T., las costillas crepitaban en la parrilla del jardín de al lado. Burke dirigía la barbacoa, vistiendo un gran delantal que ostentaba la caricatura de un cocinero con la leyenda «¡BESA AL COCINERO O PREPÁRATE!». Con una mano echó un trago de cerveza y con la otra removió la salsa para las costillas. Susie llevaba de la cocina a la mesa del jardín boles y fuentes, mientras ordenaba a sus hijos que sacaran la ensalada de patatas, fueran a buscar más hielo o dejaran de comerse los huevos rellenos.

Caroline no tuvo más remedio que admirar la orquestación, tenía ritmo. Uno entraba en la cocina, otro salía. Los dos chicos mayores —Tommy y Parker, creyó recordar— se detenían de vez en cuando para darse de codazos

y empellones, pero la coreografía fluía con suavidad. El más pequeño, Sam —llamado así como homenaje al Tío Sam porque cumpliría nueve años el cuatro de julio—, estaba absorto mostrando su colección de cromos de béisbol a Tucker.

Tucker, espantado en el césped, tenía a Sam en el regazo a pesar del calor, mientras examinaban con detenimiento el álbum.

—Te cambio el mío de Rickey Henderson en el ochenta y seis, por éste de Cal Ripkin.

—Ni hablar. —Sam meneó la cabeza y su melena trigueña le tapó los ojos—. Éste es del primer año de Cal.

—Pero si el cromo está todo doblado, chico, y yo tengo mi Henderson en perfectas condiciones. Te lo daría con el de Wade Boggs, nuevo de trinca.

—Bah, eso no es nada. —Sam movió la cabeza, y Caroline advirtió una chispa en sus oscuros ojos—. Quiero el de Pete Rose en el sesenta y tres.

—Eso es un robo, chico. Tendré que decir a tu padre que te meta en la cárcel sólo por sugerirlo. Burke, este muchacho es un criminal de nacimiento. Será mejor que lo envíes a un reformatorio ahora, y así te ahorrarás problemas.

—El reconoce a un pillo cuando lo oye —dijo Burke en tono alegre.

—Todavía está cabreado conmigo porque me hice con su Mickey Mantle del sesenta y ocho —murmuró Tucker junto al oído de Sam—. Ese hombre no entiende de intercambios creativos. Venga, hablemos acerca de ese Cal Ripkin.

—Te lo doy por veinticinco dólares. —Mierda. ¿Será posible? —Le hizo una llave con el brazo alrededor de la cabeza y susurró—: ¿Ves el tipo que está allí sentado aburriendo de muerte a la señorita Waverly con su tabarra? —¿El tipo del traje?

—Sí, señor, el tipo del traje. Es un agente del FBI, y pedir veinticinco dólares por el primer año de Cal Ripkin es un delito federal.

—No, no —dijo Sam, sonriendo. —Te aseguro que sí. Y tu papá será el primero en decirte que desconocer una ley no es excusa para no cumplirla. Voy a tener que denunciarte.

Sam se quedó mirando con atención a Matthew Burns, y luego se encogió de hombros.

—Tiene pinta de mariquita.

Tucker soltó una carcajada.

—¿Dónde aprendes estas cosas? —Decidió probar otra estrategia de tortura para ver si conseguía sacar el cromo a Sam. Dio vuelta al muchacho, lo puso cabeza abajo, y empezó a hacerle cosquillas.

Caroline los contemplaba en plena refriega, y perdió el hilo de la conversación con Burns. Era algo relacionado con el Baile de la Sinfónica en el Kennedy Center. Dejó que hablara, dedicándole de vez en cuando una sonrisa o un murmullo de asentimiento. Le interesaba mucho más observar al resto de los invitados.

Un grupo de personas se hallaba apiñado bajo la sombra de un roble. Era el único árbol del jardín, y el lugar perfecto para juntar las tumbonas y

entregarse a una charla perezosa. El delgado forense de tez morena hacía reír a algunas señoras. Caroline se preguntó cómo un hombre era capaz de realizar una autopsia un día y contar chistes al día siguiente.

Josie se había encaramado al columpio hecho con un neumático, y coqueteaba con él... y con todos los hombres que tenía a tiro. Dwayne Longstreet y el doctor Shays estaban sentados en sendas mecedoras en el porche, balanceándose y bebiendo cerveza. Marvella Truesdale y Bobby Lee Fuller cruzaban largas miradas íntimas. La dueña del salón de belleza, Crystal, chismorreaba con Birdie Shays.

Después, Caroline miró alrededor. Había pequeños parterres a ambos lados de la casa. Ropa tendida en las cuerdas bajo el amarillento sol. Pequeños huertos en casi todos los parterres, con plantas cargadas de tomates, judías verdes, coles, esperando la olla.

Olió la cerveza, la carne picante, las flores calientes tostándose al sol de la tarde. Tommy metió otra cinta en su casete portátil y un blues se adueñó del aire, con un bajo penetrante, agridulce, lento y sencillo como un corazón lastimado. Caroline no reconoció la voz de Bonnie Raitt, pero pensó que era maravillosa.

Quería escucharla. Quería oír los gritos y risas de Sam, peleándose con Tucker. Quería enterarse de los chismes que se contaban Crystal y Birdie acerca de alguien que se había matado veinte años atrás en un accidente de coche.

Quería bailar con aquella música. Quería ver a Burke besando a su mujer a través del fragante humo de la parrilla, como si fuesen unos adolescentes que se amaran furtivamente entre las sombras. Y quería sentir lo mismo que Marvella cuando Bobby Lee la cogió de la mano y se la llevó adentro por la puerta de la cocina.

Quería formar parte de todo aquello, y no ser sólo una persona sentada a un lado hablando de Rachmaninov.

—Discúlpame, Matthew. —Le ofreció una rápida sonrisa mientras levantaba las piernas por encima del banco de madera para salir—. Iré a ver si Susie necesita que le eche una mano.

Tumbado en el suelo, con Sam botando sobre su espalda, Tucker admiró la manera en que el pantalón corto y apretado de Caroline hacía resaltar sus piernas. Lanzó un suspiro cuando la joven se agachó para coger un *frisbee*. Luego levantó a Sam en el aire, le hizo reír con unas cosquillas en la barriga, y se incorporó.

—Voy por una cerveza.

Caroline se detuvo junto a la parrilla.

—Qué bien huele —dijo a Burke.

—Cinco *minuets* más —prometió él, y Susie lanzó una carcajada.

—Siempre dice lo mismo. ¿Quieres que te traiga algo, Caroline?

—Nada, estoy bien. Pensé que podría echarte una mano.

—Cariño, para eso tengo cuatro hijos. Quiero que te sientes, te relajes y...

—De verdad, yo... —Caroline miró con disimulo por encima del hombro.

Burns seguía sentado frente a la mesa, la corbata correctamente anudada al cuello mientras bebía a pequeños sorbos el chardonnay con que Caroline había contribuido a la fiesta.

—Ah —se limitó a decir Susie, que había seguido su mirada, luego añadió—: Supongo que hay momentos en que una mujer necesita estar ocupada. ¿Por qué no entras un momento en la cocina y me traes los pepinillos para el pan con mantequilla? Hay un tarro sin abrir en el armario a la izquierda de la nevera.

Agradecida, Caroline se dirigió hacia la casa. En el porche, el doctor Shays se tocó el sombrero, mientras Dwayne le lanzaba la dulce y ausente sonrisa de un hombre ya medio borracho.

Caroline entró y se detuvo en seco. Bobby Lee y Marvella estaban abrazados apasionadamente, delante de la nevera. Cuando la puerta de la cocina golpeó al cerrarse, se separaron de un salto. Marvella, roja como la grana, se acomodó la blusa. Bobby Lee esbozó una sonrisa que quedó atrapada a medio camino entre el orgullo y la timidez.

—Lo siento muchísimo —empezó a decir Caroline, sin saber quién estaba más aturdido de los tres—. He entrado a coger algo para Susie. —Se habría podido freír un huevo en la cocina del calor que hacía en ella—. Luego volveré. —Al retroceder, casi chocó contra la puerta, que Tucker estaba empujando.

—Caro, no puedes dejar solos a estos dos aquí —exclamó Tucker, guiñando un ojo a Bobby Lee—. Las cocinas son lugares peligrosos. Venga, fuera de aquí, que vuestras mamas puedan vigilaros.

—Tengo dieciocho años —dijo Marvella con un destello peligroso en los ojos—. Ambos somos adultos.

Tucker sonrió y le dio un pellizco en la barbilla.

—Por eso lo digo, muñeca.

—Además —prosiguió Marvella—, nos vamos a casar.

—¡Marvella! —Las puntas de las orejas de Bobby Lee se pusieron de un rojo intenso—. ¡Ni siquiera he hablado con tu padre todavía!

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Nosotros sabemos lo que queremos, ¿verdad?

—Bien... Sí. —Bobby Lee tragó saliva bajo la silenciosa mirada de Tucker—. Claro. Pero primero he de hablar con tu padre antes de que digamos nada.

Ella lo cogió por el brazo.

—Entonces será mejor que te des prisa —dijo, arrastrándolo hacia la puerta de atrás.

Tucker se los quedó mirando mientras salían.

—Joder. —Un poco aturdido, se pasó una mano por el cabello—. No hace mucho, Marvella babeaba en mi hombro, y ahora habla de casarse.

—Por su mirada, yo diría que es algo más que hablar.

—¿Cómo diablos ha cumplido dieciocho años? —Musitó Tucker—. Si yo tenía los dieciocho hace un momento.

Con una risita, Caroline le dio una palmada en el brazo.

—No te preocupes, Tucker, tengo la impresión de que dentro de un año o dos ella te dará otro bebé para que te llene el hombro de babas.

—Cielo santo. —La sola idea le hizo farfullar—. Eso me convertiría en algo así como abuelo, ¿no? Tengo treinta y tres malditos años. Demasiado joven para ser abuelo.

—Yo me lo consideraría un título honorífico.

—No importa. —Se quedó mirando la botella de cerveza que tenía en la mano—. No quiero pensar en ello.

—Creo que será lo mejor —dijo Caroline. Luego se volvió para abrir el armario—. ¿Qué son pepinillos para el pan con mantequilla?

—¿Cómo? —Tucker se volvió hacia ella, y sus pensamientos sobre la vida y el paso de los años se desvanecieron. Cielos, qué piernas tan bonitas tenía, y qué culito tan rico—. En el estante de arriba —dijo él—. Alarga un poco el brazo. —Se quedó mirando cómo se le subía el pantalón corto por los muslos cuando se puso de puntillas para llegar a los pepinillos—. Eso, un poco más. Caroline rozó el tarro con los dedos antes de darse cuenta de qué estaba pasando. Se dejó caer sobre los talones y lo miró por encima del hombro. —Eres un hombre enfermo, Tucker. —Cierto, me está subiendo la fiebre. —Sin dejar de sonreír, se acercó más a ella—. Vamos, deja que te ayude. —Su cuerpo presionó un poco el de ella cuando se estiró para coger el frasco—. Qué bien hueles, Caro. Qué feliz sería un hombre despertándose por la mañana con ese olor.

Caroline reaccionó con un respingo tan repentino que casi se quedó sin aliento.

—¿Como el del café y el beicon? —preguntó.

Tucker soltó una risita y se permitió rozarle el cuello con la nariz.

—Como el del sexo, con ternura y sin prisas.

Estaban sucediendo demasiadas cosas en su interior.

Demasiadas, y a demasiada velocidad. Nerviosismo, hormigueo y languidez en los músculos. No se había sentido así desde... Luís.

Sus músculos se tensaron de nuevo.

—Estás acorralándome, Tucker.

—Ésa es mi intención. —Cogió el tarro y lo dejó sobre la mesa. Luego le puso las manos en las caderas e hizo que se volviera hacia él—. ¿Te ha ocurrido alguna vez que te topas con algo, como una pieza de música, por ejemplo, que continúa sonando en tu cabeza aun cuando creías que no te gustaría?

Sus manos se deslizaron hacia arriba, rozándole apenas los lados de los senos con los pulgares. Caroline sintió que la sangre se le subía a la cabeza. —Supongo que sí —susurró.

—Pues ése es el problema que yo tengo contigo. Sigues sonando en mi cabeza. Yo diría que eres como una fijación para mí.

Sus ojos se hallaban al mismo nivel que los de ella, y tan de cerca que Caroline distinguió una débil y fascinante línea verde alrededor de sus pupilas.

—Quizá debieras pensar en otra melodía.

Él inclinó la cabeza hacia su boca; pero cuando sintió que se ponía tensa, se conformó con darle un leve y rápido mordisco en el labio inferior.

—Siempre me ha costado un infierno hacer lo que debo. —Alzó una mano y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla. Esa forma de mirarlo, pensó Tucker, esa mirada directa y fija hacía que se sintiera a la defensiva, protector y con las rodillas flojas, todo a la vez—. ¿Te hizo daño o sólo te decepcionó?

—No sé a qué te refieres.

—Te veo nerviosa, como asustada, dando respingos. Supongo que tus razones tendrás.

El calor líquido que había empezado a invadirle se volvió acero.

—Los respingos los dan los caballos. Lo que yo siento es desinterés. Y la razón para ello podría ser que no te encuentro atractivo.

—Eso no es cierto. Me refiero a la falta de interés —añadió él con un asomo de malicia—. Si no hubiese gente al otro lado de la puerta, te demostraría cómo sé que mientes. Pero soy un hombre paciente, Caro, y comprendo que a una mujer le guste ser persuadida.

Una rabia ardiente le atenazó la garganta, casi escaldándole la lengua.

—No lo dudo. Y estoy segura de que habrás persuadido a muchas mujeres. Como a Edda Lou.

El entusiasmo desapareció de los ojos de Tucker y perdieron su brillo. En ellos asomó la ira, y luego algo más, un sentimiento parecido a la tristeza más honda. De tal forma que Caroline lo detuvo con una mano sobre el brazo cuando él retrocedió.

—Tucker, lo siento. Ha sido algo despreciable.

Él bebió un trago de cerveza para lavar algo de la amargura que había en su garganta.

—Pero que se ha acercado bastante a la verdad.

Ella sacudió la cabeza.

—Has cometido un error, pero eso no justifica que yo te haya dicho algo así. Lo siento.

—Olvidalo. —Dejó a un lado la botella vacía, y tanto dolor como pudo. Oyeron gritar a Burke, y aunque Tucker sonrió, ella vio que esa sonrisa no aparecía en sus ojos.

—Parece que por fin vamos a comer —dijo él—. Anda, llévate el tarro. Enseguida voy.

—De acuerdo. —Ella se detuvo junto a la puerta, deseando que hubiera algo que pudiera decirle. Pero era inútil disculparse de nuevo.

Cuando la puerta se cerró tras Caroline, Tucker apoyó la frente contra la nevera. No sabía qué le ocurría, no tenía palabras para explicárselo. Pero no le gustaba. Siempre había sabido cuáles eran sus sentimientos, incluso los malos. Pero esa marea de emociones que se agitaban en su interior, extrañas a veces, era algo nuevo, desagradable, y casi aterrador.

Incluso había soñado con Edda Lou, acercándose a él con el cuerpo

desgarrado e hinchado de muerte. El musgo y el agua fangosa le corrían por el cabello, y de su piel manaba sangre negra mientras lo apuntaba con un dedo esquelético.

No había necesitado hablar para que él supiera el significado de su gesto. Culpa suya. Ella estaba muerta y él tenía la culpa.

Por todos los santos, ¿qué podía hacer?

—¿Tucker? ¿Cariño? —Josie entró en la cocina y lo abrazó—. ¿Te sientes mal?

Peor que mal, pensó él, pero se limitó a suspirar.

—Me duele la cabeza, sólo eso. —Sonrió mientras se volvía hacia ella—. Demasiada cerveza para un estómago vacío.

Ella le acarició el cabello.

—Tengo una aspirina en el bolso. De las fuertes y de las otras.

—Prefiero comer.

—Entonces vayamos a buscarte un plato. —Sin retirar el brazo con que rodeaba la cintura de su hermano, salió con él y cruzaron el porche—. Dwayne ya está casi borracho del todo, y no quiero tener que arrastraros a los dos hasta casa. Sobre todo porque esta noche tengo una cita.

—¿Quién es el ganador?

—Ese médico del FBI. Es tan mono que me lo comería. —Soltó una risita mientras saludaba con la mano a Teddy Rubenstein—. He decidido probarlo antes que Crystal. No ha parado de ponerle ojos tiernos.

—Eres una verdadera amiga, Josie.

—Ya lo sé. —Suspiró hondo—. Vayamos por unas costillas.

Más allá de las viejas dependencias de los esclavos con su piedra recalentada al sol, más allá de los campos de algodón oliendo a fertilizante y pesticidas, estaba el oscuro estanque en forma de herradura, que había dado su nombre a la finca: Sweetwater.¹

El agua ya no era dulce, pues los venenos empleados para matar gorgojos y otras plagas del grano llevaban, generación tras generación, filtrándose en la tierra, y de ésta al lago.

Pero aunque el agua no era potable, y la gente se lo pensaba dos veces antes de comerse cualquier pez pescado allí, seguía siendo un bello lugar cuando había luna llena.

Los juncos se cimbreaban lánguidos, y las ranas cantaban y se zambullían en el estanque. Restos de árboles atravesaban la superficie como viejos huesos oscuros. La noche era bastante clara y se veían en el agua las pequeñas ondas creadas por los mosquitos y los otros animales que se alimentaban de ellos.

Dwayne había cambiado de bebida; de la cerveza que tomó en la barbacoa de Burke pasó a su Wild Turkey preferido. Sólo faltaba un cuarto de

¹ *Sweet*: dulce; *water*: agua. (*N. de la T.*)

líquido en la botella, pero él se sentía miserablemente borracho. Hubiese preferido quedarse sentado en su casa y beber hasta caer inconsciente, pero Della le habría echado la bronca. Y estaba asqueado de que las mujeres se metieran siempre con él.

La carta de Sissy había hecho que alimentara su rabia con whisky. Ella iba a casarse con el vendedor de zapatos. Lo de menos era eso, se dijo. Le importaba una jodida mierda que se casara con un gilipollas que se pasaba el día manoseando los pies de la gente. Dios sabía que no la quería —que nunca la había querido—, pero que lo mataran si iba a permitir que ella pusiera los niños delante de sus narices para sacarle más dinero.

Colegios privados caros, ropa cara... Él había cumplido, ¿no?, incluso cuando Sissy y el melenudo de su abogado le habían puesto todas las trabas posibles para que no viera a los chicos. «Visitas supervisadas limitadas», lo habían llamado. Sólo porque le gustaba echar un trago de vez en cuando.

Mirando al agua oscura con el entrecejo fruncido, Dwayne engulló otro trago de whisky. Ellos lo habían pintado como si fuese una especie de monstruo, cuando él jamás había puesto una mano encima a los niños. A Sissy tampoco, aunque un par de veces había sentido la tentación de hacerlo, sólo para que ella no olvidara cuál era su sitio.

Pero él no era un hombre violento, pensó Dwayne. No como lo había sido su propio padre. Sabía emborracharse, y lo había demostrado desde los quince años.

Y Sissy Koons no ignoraba dónde se estaba metiendo cuando se le abrió de piernas. ¿Acaso él la había culpado de quedarse embarazada? No, señor. Se casó con ella, le compró una hermosa casa y toda la ropa bonita que ella quiso.

«Le he dado más de lo que se merecía», se dijo Dwayne, cuando recordó la carta. Si ella creía que él permitiría a aquel zapatero guitarrista que adoptara a sus hijos biológicos, estaba muy equivocada. Antes la vería en el infierno. Y que lo partiera un rayo si él iba a ceder ante la velada amenaza de que lo llevaría de nuevo a los tribunales si no aumentaba la pensión mensual de los niños.

No era cuestión de dinero. Le daba igual el dinero. Tucker se ocupaba de eso. Era el principio en sí. Más dinero, había dicho ella con su traza manipuladora, o tus hijos llevarán el apellido de otro hombre.

Sus hijos, pensó de nuevo, el símbolo de su propia inmortalidad. Y les tenía cariño, por supuesto. Después de todo, eran de su sangre, su vínculo con el futuro, la cadena que lo ligaba al pasado. Por eso les enviaba regalos y golosinas. Pero todo cambiaba cuando tenía que tratar con ellos cara a cara.

Todavía se acordaba cómo se había puesto a llorar el pequeño Dwayne —que entonces tendría unos tres años— el día que entró en la sala durante una violenta borrachera de su padre, quien disfrutaba de lo lindo estrellando contra la pared las elegantes copas de Sissy.

Luego Sissy había entrado corriendo para coger al pequeño Dwayne en brazos, como si su padre estuviera lanzándolo a él/ contra la pared y no las copas de borde dorado. Entonces el niño se puso a berrear de lo lindo.

Y Dwayne se quedó parado, deseando más que nada estrellarles las cabezas, una contra otra.

«¿Quieres una razón para llorar? Por Dios que ahora mismo te la voy a dar.»

Eso habría dicho su padre, y todos se hubieran echado a temblar.

Pensó que tal vez él también lo dijo. Tal vez lo gritó. Pero Sissy no se echó a temblar, sino que se mantuvo firme, respondiéndole a gritos, con el rostro rojo y los ojos llenos de rabia y disgusto.

Él estuvo a punto de abofetearla. Dwayne recordó que faltó un pelo para que no la tumbara de un golpe. Incluso levantó el brazo con intención de sacudirla, pero vio la mano de su padre en el extremo y se contuvo.

Entonces salió de la casa, tambaleándose, y se lanzó a la carretera hasta destrozar otro coche.

Sissy tenía la puerta cerrada a cal y canto cuando Burke lo arrastró hasta la casa al día siguiente. Y eso supuso una terrible humillación para él. Ver que le impedían la entrada en su propia casa, y que su mujer le gritara por la ventana que se marchaba a Greenville a ver a un abogado...

Durante varias semanas, Innocence fue un hervidero de chismes acerca de cómo Sissy había echado a Dwayne de la casa y luego le había tirado la ropa desde la ventana de arriba. Dwayne tuvo que pasar unos días bebiendo hasta perder el sentido para conseguir tomárselo con un simple encogimiento de hombros.

Las mujeres confundían el orden natural de las cosas. Ahí estaba Sissy, que volvía a aparecer para remover todo de nuevo.

Lo peor del caso, lo que le producía más amargura, era que Sissy haría algo con su propia vida. Se había alejado de Sweetwater con la misma facilidad que una serpiente muda de piel, y seguía adelante. Mientras que él..., él estaba limitado y marcado por las obligaciones de generaciones de Longstreet. Las esperanzas que un padre depositaba en su hijo. Una mujer no estaba ligada por todo eso.

No, una mujer podía hacer lo que le diera la real gana. Era fácil odiarlas por eso.

Dwayne echó otro trago de la botella y se quedó pensativo. Contempló las oscuras aguas y, como hacía en otras ocasiones, se imaginó a sí mismo penetrando en ellas, cada vez más adentro, bebiendo un gran trago mortífero, y deslizándose hacia el fondo con el lago llenándole los pulmones.

Sin apartar los ojos de la superficie, bebió, ahogándose esta vez en whisky.

Sentada a una mesa en La Taberna de McGreedy, Josie comenzó a calentar motores. La taberna era su segundo lugar preferido en el pueblo, después del salón de belleza. Le encantaban sus paredes oscuras, empapadas de whisky, sus suelos pegajosos, sus mesas desvencijadas. Le encantaba tanto como las fiestas, igual de étlicas pero mucho más elegantes, que ella frecuentaba a menudo en Atlanta, Charlotte o Menfis.

Nunca dejaba de animarse cuando entraba en aquel ambiente cargado de humo y olor a alcohol, oyéndose la música country en la gramola, las

voces, coléricas o divertidas, de los clientes, el estallido de las bolas de billar en la sala de atrás...

Había llevado a Teddy a aquel lugar a tomar unas cuantas cervezas en su mesa preferida, bajo la cabeza del viejo y raído gamo que McGreedy cazó en los tiempos en que la gente llevaba chapas de «Yo voto por Ike» en la solapa.

Dio una fuerte palmada en la espalda a Teddy —sentado junto a ella—, soltando una estruendosa carcajada por el escandaloso chiste que él acababa de contarle, y luego encendió un cigarrillo.

—Eres genial, Teddy. ¿Estás seguro de que no tienes una esposa escondida en algún rincón?

—Dos ex. —Teddy sonrió a través de la nube de humo que exhalaba Josie. No se había divertido tanto desde el día en que hizo un apaño a un cadáver con hilo de pescar para que moviera los brazos y las piernas al ritmo de *Twist and Shout*.

—Vaya, qué coincidencia. Yo tengo también dos en mi haber. El primero fue un a-bo-ga-do —declaró, pronunciando, con una sonrisa, la palabra en cuatro largas sílabas—. Un joven elegante y con estilo de una familia elegante y con estilo de Charleston. Justo la clase de marido que mi madre quería que yo cazara. Casi me mató de aburrimiento antes de que acabara el año.

—¿Remilgado?

—Ay, cariño. —Echó la cabeza hacia atrás para que la cerveza fresca bajara mejor por su garganta—. Intenté sacudirle un poco. Organicé una fiesta, un elegante baile de máscaras para Año Nuevo. Yo me disfracé de lady Go diva. —Enarcó una ceja y se pasó la mano por su negra y salvaje melena— Yo llevaba una peluca rubia... —dijo con ojos chispeantes mientras apoyaba la barbilla en sus manos cruzadas—; nada más que la peluca. El bueno de Franklin, que así se llamaba, fue incapaz de ponerse a tono con la fiesta.

Teddy se la imaginó llevando sólo una larga melena rubia, y pensó que él sí se habría puesto a tono.

—No tenía sentido del humor —comentó él.

—Tú lo has dicho. Así pues, como era lógico, cuando decidí volver a la caza de un mando, busqué un hombre con un estilo diferente. Conocí a uno, que era el clásico vaquero duro de pelar, en un rancho para turistas, en Oklahoma. Pasamos ratos divertidos. —Suspiró, atrapada por el recuerdo—. Después supe que me ponía los cuernos. Aquello no hubiera sido demasiado grave, pero resultó que me engañaba con vaqueros, y no con vaqueras.

—¡Vaya! —exclamó Teddy en tono compasivo—. Y yo pensaba que lo mío era insufrible sólo porque mis esposas me decían que tenía un empleo asqueroso. —Guiñó un ojo a Josie—. Las mujeres no suelen pensar que mi trabajo sea un tema apropiado para una conversación.

—Yo lo encuentro fascinante. —Hizo una seña para pedir otra ronda, acercándose a él para acariciarle una pierna con el pie descalzo—. Tú eres inteligente, ¿verdad? Haces toda clase de análisis, descubres quién mató a alguien con sólo abrir el cadáver. ¿Sabes? —Sus ojos brillaron al inclinarse hacia él—. A decir verdad, Teddy, no entiendo cómo funciona eso. Quiero decir, ¿cómo es posible que sepas cosas sobre un asesino a partir de un

cuerpo muerto?

—Bueno. —Teddy sorbió un poco de cerveza—. Es bastante técnico, pero en palabras sencillas, sólo tienes que ensamblar las piezas de un rompecabezas. La causa de la muerte, hora y lugar. Fibras, quizá sangre que no pertenezca a la víctima. Muestras de piel, de cabello...

—Suenas escalofriante. —Josie se estremeció con un gesto delicado—. ¿Estás averiguando cosas sobre Edda Lou?

—Tenemos la hora, el lugar, y el método. —A diferencia de algunos de sus colegas, Teddy no se aburría hablando de su trabajo—. Cuando acabe las pruebas, compararé mis deducciones con las del juez de primera instancia del condado sobre las otras dos mujeres. —Teddy le dio una palmadita en la mano con gesto compasivo—. Supongo que conocías a las tres.

—Desde luego. Fui al colegio con Francie y Arnette. Arnette y yo incluso salíamos juntas de vez en cuando... en nuestra loca y salvaje juventud. —Sonrió, pensativa, con la mirada clavada en la cerveza—. Y supongo que he conocido a Edda Lou toda la vida. Aunque eso no quiere decir que fuéramos buenas amigas. Pero es espantoso pensar en su muerte.

Apoyó la barbilla en las manos. Tenía aire de gitana, con la melena negra, larga y rizada, los ojos dorados y la piel dorada. Aquel día, ella había explotado esa imagen poniéndose, además, unos pendientes de aro en las orejas y una blusa roja de cuello amplio que le dejaba los hombros al descubierto. A Teddy se le hacía agua la boca con sólo mirarla.

—Supongo que no puedes saber si sufrió mucho.

—Puedo decirte que casi todas las heridas le fueron infligidas cuando ya estaba muerta. —Le cogió la mano con un gesto tranquilizador—. No pienses en eso.

—No puedo evitarlo. —Desvió la mirada hacia la bebida que acababan de servirle y luego se posaron en la suya—. A decir verdad... ¿Puedo ser sincera contigo, Teddy?

—Claro.

—La muerte me fascina. —Soltó una risita, rápida y avergonzada, y se inclinó hacia él. Teddy captó el seductor aroma de su perfume, y sintió el roce de su seno en el brazo—. Supongo que puedo contártelo, ya que es tu trabajo. Cuando matan a alguien, y sale en los periódicos y en la televisión, me lo trago todo.

Él rió.

—Todo el mundo lo hace. Pero no lo reconocen.

—Tienes razón —dijo ella, acercando la silla un poco más hacia él para que su oscura melena le rozara la mejilla—. ¿Sabes cuando ponen esas cosas en la televisión, como *Misterios sin resolver*? ¿Esos programas sobre psicópatas y asesinos con hacha y todo eso? Los encuentro tan interesantes. Quiero decir que cómo son capaces de hacer esas cosas a la gente, y por qué resulta tan difícil atraparlos. Supongo que todos estamos un poco nerviosos con alguien así rondando por el pueblo, pero también es emocionante. ¿Sabes?

Teddy alzó la botella de cerveza a modo de saludo. —Por eso, los periódicos sensacionalistas venden. —Mentes curiosas, ¿verdad? —Ella soltó

otra risita y chocó su botella contra la de él—. Así la tengo yo, muy curiosa. ¿Sabes una cosa, Teddy? Nunca he visto un cuerpo muerto. Quiero decir, antes de que lo hayan embellecido y esté metido en un ataúd en la iglesia.

Teddy captó en sus ojos la sugerencia que le estaba haciendo y frunció el entrecejo.

—Venga, Josie, no necesitas ver eso.

Su pie descalzo seguía acariciándole la pantorrilla.

—Supongo que suena como algo morboso y desagradable —repuso ella—, pero creo que quizá sería... educativo.

Teddy sabía que cometía un error, pero era difícil resistirse a Josie Longstreet cuando se empeñaba en una cosa. Que ambos estuvieran medio borrachos y con la risa tonta no ayudaba. Al cabo de tres torpes intentos, consiguió meter la llave en la cerradura de la puerta trasera de la funeraria.

—¿Es ésta la entrada para la mercancía? —dijo Josie, tapándose después la boca para reprimir una risita trémula.

Teddy recordó un chiste de su niñez.

—Funeraria Palmer. Usted los mata, nosotros los congelamos.

Josie se rió con tanta fuerza que tuvo que cruzar las piernas. Juntos, entraron tambaleándose.

—¡Cielos, qué oscuro está!

—Espera que encienda las luces.

—No. —El corazón le latía con tanta fuerza que quiso mostrárselo a Teddy. Le cogió la mano y la llevó hacia su pecho—. Echaría a perder este ambiente.

Teddy la apoyó contra la puerta y se entregó a un largo y húmedo beso. Después le introdujo las manos bajo la blusa. Los senos de Josie se derramaron por encima de las delicadas medias copas que los sujetaban y llenaron las manos de Teddy. Sus pezones eran largos, y duros como piedras.

—¡Cielos! —farfulló Teddy, jadeante—. Tienes un tono muscular magnífico. —Sustituyó las manos por la boca mientras forcejeaba con el pantalón corto de Josie.

—Contente un poco, cariño. Estás más salido que la punta de una piragua. —Josie se echó a reír y lo apartó con el codo—. Déjame que busque una linterna. —Metió la mano en su bolso y hurgó en él hasta que sacó una luz del tamaño de un bolígrafo. La deslizó por las paredes, haciendo que las sombras oscilaran. Se sentía mareada de tanto miedo y emoción, como si estuviese viendo una película de terror en tres dimensiones—. ¿Por dónde es?

Para gastarle una broma, Teddy le pasó los dedos por el brazo hasta sentir que ella se estremecía.

—Ven por aquí —la invitó, y arrastrando los pies como un payaso hizo que ella emitiera una risita nerviosa.

—Eres un caso, Teddy —susurró, pero se le pegó a la espalda—. Huele a rosas muertas, y... sabe Dios a qué más.

—Es la fragancia fantasmal de las almas liberadas, querida mía. —Para qué contarle que era una mezcla de líquido embalsamador, formaldehído y detergente. Se dirigió hacia otra puerta y, aprovechando la luz de la linterna, encontró la llave.

—¿Estás segura?

Ella tragó saliva, asintiendo.

Teddy abrió la puerta y pensó que los Palmer deberían ser menos concienzudos. Un buen chirrido habría resultado perfecto. Josie respiró hondo cuando él encendió las luces.

—¡Mierda! —Se frotó las manos, húmedas de sudor, contra los muslos— Esto parece la consulta de un dentista. ¿Para qué sirven esas mangueras?

Teddy sonrió, y enarcó las cejas.

—¿De verdad lo quieres saber?

Ella se humedeció los labios.

—Quizá no. ¿Es...? —Hizo un gesto hacia la forma que se percibía bajo la sábana blanca—. ¿Es ella?

—Y la única.

Josie sintió un vuelco en el estómago.

—Quiero verla.

—Muy bien. Pero mira y no toques, ¿eh? —Teddy se acercó y echó la sábana hacia abajo.

Josie sintió que la cabeza le daba una vuelta, luego otra, y después se detenía.

—¡Cielos! —susurró—. Joder. Está gris.

—No ha habido tiempo para maquillarla.

Apretándose el estómago con una mano, Josie dio otro paso.

—Tiene la garganta...

—Esa ha sido la causa de la muerte. —Tendió una mano y presionó las nalgas a Josie, duras como manzanas—. El cuchillo tenía una hoja de unos quince centímetros, quizá dieciocho. Mira esto. —Con delicadeza sacó uno de los brazos de Edda Lou de debajo de la sábana—. ¿Ves esta zona descolorida de la muñeca? ¿Y la piel desprendiéndose en escamas? La ataron con una cuerda de tender la ropa.

—Jo.

—Se mordía las uñas. —Teddy hizo un gesto de desaprobación y tapó la mano—. Esta contusión en la base del cráneo —prosiguió al tiempo que volvía la cabeza al cadáver—, indica que la golpearon antes de matarla. Lo bastante fuerte, sin duda, para dejarla inconsciente; así pues, sacaríamos la conclusión de que fue en ese intervalo de tiempo cuando la ataron y amordazaron. Tenía restos de fibra en la boca y en la lengua que indican el uso de una tela de algodón roja.

—¿Puedes saber todo eso? —Josie se dio cuenta de que estaba pendiente de cada una de sus palabras.

—Todo eso, y más.

—¿Fue...? Ya sabes... ¿la violaron?

—Están analizándome las pruebas. Si tuviésemos la suerte de encontrar algún rastro de esperma, analizaríamos el ADN.

—Ya. —Había oído ese término en algún lugar—. El que lo hizo mató a ella y al bebé.

—Esta dama murió sola —la corrigió Teddy—. Los niveles hormonales eran bajísimos.

—¿Perdón?

—No había humo en su cocina.

—¿Ah, no? —Josie bajó la mirada hacia aquel rostro gris sin vida, y apretó los labios, pensativa—. Yo le dije que mentía.

—¿A quién?

Josie apartó aquel pensamiento. Además, no era el momento de mencionar el nombre de Tucker. Apartó la mirada del rostro de Edda Lou y la paseó por la habitación.

Lo curioso fue que en cuanto se sintió cómoda allí todo le pareció fascinante. Los frascos y tubos, los brillantes y finos instrumentos. Cogió un bisturí y, al probar el filo, se cortó en el pulgar.

—¡Mierda!

—Nena, no deberías tocar esas cosas. —Él sacó un pañuelo de bolsillo con ademán solícito, se inclinó y, suavemente, lo pasó por la delgada línea de sangre. Josie miraba por encima de la cabeza de Teddy el rostro en la mesa de embalsamar. La cerveza hacía que la cabeza le diera vueltas.

—No sabía que estaba tan afilado. —Lo bastante afilado como para cortarte a pedacitos. —Teddy chasqueó la lengua y le pasó otra vez el pañuelo por la herida hasta hacer que sonriera. La verdad es que era encantador.

—Dejará de sangrar enseguida si me lo chupas. —Le acercó el pulgar herido a la boca y se lo deslizó entre los labios. Cerró los ojos mientras él le lavaba la herida con la lengua. Había una intimidad tan intensa con él al saber que estaba saboreando su sangre que abrió de nuevo los ojos, llenos de deseo.

—Tengo algo para ti, Teddy —susurró ella. Teddy se metió el pulgar hasta el fondo de la boca mientras ella tendía el brazo por encima de la bandeja de los afilados instrumentos. Con mano vacilante, Josie encontró el bolso que había dejado sobre la mesa. Al tiempo que él le deslizaba la mano por el muslo, ella hundió la suya en el bolso. Apretó el puño con fuerza cuando Teddy le deslizó los dedos por debajo del pantalón hasta metérselos bajo el elástico de las braguitas, y la encontró enseguida.

Con un ligero suspiro, Josie sacó un condón. Sus ojos eran dorados y calientes mientras le bajaba la cremallera del pantalón.

—¿Te parece que te ponga esto?

Teddy se estremeció cuando sus pantalones le cayeron hasta los tobillos.

—Tú eres mi invitada de honor.

Cuando, a las dos de la madrugada, Josie se internó a toda velocidad en el camino que llevaba a Sweetwater, sintiéndose agotada y saciada de sexo, Billy T. Bonny estaba agachado detrás del parachoques delantero del Porsche rojo. Soltó una maldición cuando la luz de los faros rasgó la oscuridad a pocos centímetros de su cabeza. Diez minutos más tarde y él hubiera acabado ya y estaría fuera de ahí.

Su corazón latía a una velocidad casi insoportable cuando Josie frenó el coche. La gravilla salió despedida y se estrelló contra sus botas de trabajo. Sus dedos, manchados de grasa, se tensaron en torno al mango de la llave inglesa que tenía en la mano.

Cuando ella se bajó del coche, él se acurrucó como una bola y le miró los pies. Iba descalza, las uñas pintadas y una cadena de oro fina en un tobillo. Billy T. sintió un arrebató de deseo. El perfume de Josie estaba en el aire, denso y dulce, mezclado con el olor, más profundo, de sexo reciente.

Ella iba tarareando *Crazy*, una canción de Patty Cline. De repente, el bolso se le cayó, desparramándose por el suelo varios lápices de labios, monedas sueltas, cosméticos para llenar un pequeño salón de belleza, dos espejos, un puñado de condones en paquetitos individuales, un tubo de aspirinas, una pistola Derringer, muy pequeña, con las cachas de nácar, y tres cajas de pastillas para el aliento. Billy T. reprimió una palabrota al ver que ella se inclinaba para recuperar todo aquello.

Por debajo del Porsche, Billy vio el largo perfil de sus piernas doblándose al agacharse ella. Josie buscó a tientas con la mano y echó en el bolso lo que había recogido junto con un buen puñado de gravilla.

—A la mierda —masculló ella. Bostezó con ganas, se incorporó, y se encaminó hacia la casa.

Billy T. esperó treinta segundos largos después que se hubo cerrado la puerta; entonces reanudó su tarea.

9

Los domingos por la mañana la mayoría de habitantes de Innocence se repartía entre sus tres Iglesias. La Iglesia de la Redención era para los metodistas, y constituía un buen pedazo del pastel religioso. Era una cajita gris, justo en el centro del pueblo. Había sido construida en 1926 sobre los cimientos de la primera iglesia metodista, que fue arrastrada por las aguas — junto con el reverendo Scottsdale y la secretaria de la iglesia, con quien había violado más de un mandamiento— durante las inundaciones del año 25.

En el extremo sur del pueblo estaba la Iglesia Bíblica de Innocence, donde los negros se reunían para el culto religioso. No había ley, ni divina ni humana, que segregara las iglesias. Pero a menudo la tradición era más fuerte que la ley.

Cada bendito domingo, el exuberante sonido de los cánticos fluía a través de los ventanales abiertos con una claridad que los metodistas no podían igualar.

Una manzana más abajo, frente a la Iglesia de la Redención, estaba la Iglesia Luterana Trinitaria. Era famosa por sus ferias de venta de pasteles. Della Duncan, que se ocupaba de esos asuntos, presumía que los luteranos habían conseguido reunir, con la venta de galletas de chocolate y tartas de crema, el dinero necesario para comprar una vidriera de colores. Aquellas fanfarronerías de Della inspiraron a Happy Fuller, quien tuvo la idea de organizar tres cenas a base de bagre para que la Iglesia de la Redención pudiera comprar una ventana más grande.

Los de la Iglesia Bíblica estaban contentos con sus cristales transparentes y voces claras.

En Innocence, los domingos se dedicaban a los rezos, la meditación, y una competencia feroz. Desde los tres pulpitos, se predicaba la palabra de Dios, y el pecado encontraba su justo lugar. En los duros bancos de madera, los ancianos y los niños se adormecían con el calor, y las mujeres agitaban sus abanicos. Los órganos resonaban y los niños pequeños berreaban. En las bandejas de ofrendas caían las monedas duramente ganadas. Corría el sudor.

En los tres lugares santos, los predicadores inclinaron la cabeza y evocaron a Edda Lou Hatinger ante la congregación. Se pidieron oraciones por su madre, Mavis Hatinger, el esposo de ésta —en ninguna de las iglesias se refirieron a Austin por su nombre— y sus hijos. En el último banco de la Iglesia de la Redención, pálida de angustia y confusión, Mavis derramaba sus lágrimas en silencio. Tres de sus cinco hijos se encontraban con ella. Vernon, que había heredado de su padre la expresión hosca y el mal genio, estaba sentado al lado de su mujer, Loretta. Ella intentaba calmar a su bebé lo mejor que podía, con un chupete desgastado y los consabidos saltitos en la rodilla. El vestido de algodón que llevaba puesto se ceñía a su vientre de embarazada.

Sentada junto a ella estaba Ruthanne, con los ojos secos y en silencio. Tenía dieciocho años, y hacía diez días que había acabado sus estudios en el Instituto Jefferson Davis. Lamentaba la muerte de Edda Lou, a pesar de que nunca la había querido. Sentada en la sofocante iglesia, sólo pensaba en cómo

ganar el dinero suficiente, lo más rápido posible, para largarse de Innocence.

Aburrido y deseando encontrarse en cualquier otro lugar, estaba el pequeño Cy. Tenía los pies doloridos —embutidos en unos zapatos negros, muy duros, que se le habían quedado pequeños—, y el cuello irritado por el almidón que su madre le había puesto a la camisa. Se avergonzaba de su familia, pero como sólo tenía catorce años, se veía obligado a aguantarlos.

Detestaba el hecho de que el predicador hablara de ellos como si hubiese que compadecerlos y rezar por ellos. Había demasiados compañeros suyos del colegio entre la congregación, y enrojecía cada vez que uno de ellos le lanzaba una mirada por encima del hombro. Para Cy fue un alivio cuando el servicio religioso acabó y pudieron levantarse. Mientras las perfumadas mujeres se abrían paso en dirección a su madre para darle el pésame, él se escabulló por detrás del banco y salió corriendo para fumarse un cigarrillo detrás de la tienda de Larsson.

Desde el punto de vista de Cy, todo era un asco. Su hermana estaba muerta; su padre y su hermano, en la cárcel. Su madre hacía poco más que retorcerse las manos y hablar con el tipo de la asesoría legal en Greenville. Su hermano Vernon no hablaba más que de hacérselas pagar a alguien. Loretta, su cuñada, estaba de acuerdo con cada una de sus palabras. Había aprendido enseguida no ponerse en contra de él, y así evitar un puño en el ojo. Buena alumna, esa Loretta.

Cy encendió uno de los tres cigarrillos que había robado a Vernon y se aflojó la corbata.

Ruthanne tenía más cabeza que todos los demás juntos, decidió Cy. Pero siempre estaba ocupada contando su dinero, igual que el viejo Silas Marner con sus monedas. Cy sabía que ella escondía su pequeña fortuna en una caja de compresas, un lugar donde a su padre nunca se le ocurriría mirar. Como Cy tenía cierto sentido de la lealtad —le hacía feliz saber que Ruthanne lograría irse—, le guardaba el secreto.

Ya había decidido que, en el momento que tuviera el certificado del instituto en la mano, él también se iría de allí con viento fresco. No tendría la oportunidad de ir a la universidad. A Cy, con una mente aguda y despierta, le dolía mucho esa situación. Pero como también era una especie de pragmático, aceptaba lo que había.

A pesar de que aún no le encontraba el placer a eso de fumar, dio otra calada.

—Hola —dijo Jim March, doblando la esquina del edificio. Era un muchacho alto, desgarbado, con piel color de melaza. Igual que Cy, iba vestido con el traje de los domingos—. ¿Qué haces?

—Filmándome un cigarrillo. ¿Y tú?

—Nada. —Se sentían cómodos uno con el otro, y guardaron silencio—. Cómo me alegro de que las clases hayan acabado —dijo Jim al cabo de un rato.

—Sí. —Cy no quería ponerse en ridículo reconociendo que le gustaba la escuela—. Tenemos todo el verano por delante. —Para Cy, eso era interminable.

—¿Conseguirás un trabajo?

Cy se encogió de hombros.

—No hay trabajo.

Jim plegó con cuidado su corbata, de un rojo chillón, y se la guardó en un bolsillo.

—Mi padre está haciendo unos arreglos para la señorita Waverly. —Jim consideró que estaba de más mencionar que su padre había arreglado las ventanas que el padre de Cy se había cargado—. Le está pintando toda la casa. Y yo lo ayudaré.

—Me imagino que te harás rico.

—Y una mierda. —Jim sonrió y se puso a hacer dibujos en la tierra—. Pero me sacaré algún dinerillo para gastos. Ahora mismo tengo dos dólares.

—Pues ya tienes dos más que yo.

Apretando los labios, Jim miró a su amigo por el rabillo del ojo. Tenían prohibido ser amigos, al menos por parte del padre de Cy. Pero habían conseguido mantener su amistad, a escondidas.

—Me he enterado de que los Longstreet están contratando peones para el campo.

Cy soltó una carcajada y pasó el cigarrillo a Jim para que se lo acabara.

—Mi padre me despellejaría vivo si me acercase a Sweetwater.

—Supongo que sí.

Pero su padre estaba en la cárcel, recordó entonces Cy. Si consiguiese trabajo, empezaría su propia fortuna secreta, igual que Ruthanne.

—¿Estás seguro de eso?

—Yo lo he oído decir. La señorita Della está en la feria de pasteles, pregúntaselo. —Miró a Cy con una sonrisa—. Hoy venden tartas de limón. Igual me dan una por dos dólares. Estaría bien llevarse una tarta de limón al río Gooseneck y pescar unos bagres.

—Sí, estaría bien. —Cy lanzó una mirada a su amigo. Su sonrisa fue lenta y sorprendentemente hermosa—. Creo que debería ayudarte a comértela, porque te la tragarías entera como un cerdo y luego la vomitarías.

Mientras los chicos negociaban por la tarta, y las mujeres presumían de sus vestidos de domingo, Tucker estaba espatarrado en su cama, medio dormido, recreándose en ese estado tan placentero.

Le encantaban los domingos. La casa permanecía tan silenciosa como una tumba. Della estaba en el pueblo y los demás dormían o se repantigaban en algún rincón con el periódico dominical.

Cuando su madre vivía, las cosas eran muy diferentes. Entonces, todos iban a la iglesia de punta en blanco, y ocupaban su sitio en el primer banco. Su madre olía a lavanda y solía llevar las perlas de la abuela.

Después del servicio religioso intercambiaban sus opiniones sobre el sermón, hablaban del tiempo y los cultivos. Los recién nacidos eran admirados entre cloqueos varios. Los orgullosos padres presumían de sus hijos adultos que volvían a casa de visita, y los jóvenes aprovechaban la ocasión para dar

un paseo y coquetear.

Después se sentaban a la mesa para la comida del domingo. Jamón con gelatina, batatas, panecillos recién hechos, judías verdes nadando en su caldo, y quizá tarta de pacana. Y las flores, siempre había flores en la mesa. Su madre se ocupaba de que así fuera.

Por respeto a ella, el padre de Tucker no tocaba nunca una botella en domingo desde el amanecer hasta la puesta de sol. Y así, recordadas en el tiempo, aquellas tardes largas se teñían de un aire agradable y de ensoñación. Quizá sólo fuera una ilusión, pero resultaba reconfortante.

Una parte de Tucker añoraba aquellos días. Pero había que decir algo en pro de echar una cabezadita en una casa silenciosa con el agudo parloteo de los pájaros afuera, el zumbido del ventilador removiendo el aire, y la feliz seguridad de que no había lugar al que ir y nada que hacer.

Al oír el motor de un coche, dio media vuelta en la cama. El movimiento avivó algunos dolores. Tucker gruñó, esperando que la incomodidad y la intrusión pasaran.

Unos golpes en la puerta principal le hicieron abrir un ojo. El sol le dio de lleno en el rostro, y masculló algo entre dientes. Pensó hacerse el dormido para que Josie o Dwayne se ocuparan de la llamada. Pero el dormitorio de Josie estaba al otro lado de la casa, y Dwayne seguiría tan comatoso como la noche anterior cuando él se lo llevó a rastras del lago.

—Mierda. Vete al infierno —masculló.

Se había puesto la almohada sobre la cabeza y empezaba a abandonarse al sueño cuando dejaron de llamar a la puerta. Antes de que pudiera congratularse, oyó la voz de Burke elevándose al pie de su ventana.

—Tucker, levanta el culo. Tengo que hablar contigo. Maldita sea, Tuck, es importante.

—Siempre es condenadamente importante —murmuró Tucker mientras se daba impulso para salir de la cama. Sus males y dolores comenzaron a despertar. Desnudo e irritado, abrió las puertas de la terraza con un empujón.

—Joder! —Burke tiró el cigarrillo a un lado y escudriñó el cuerpo de Tucker de arriba abajo. Era una paleta de pintor: negro, azul y un amarillo nauseabundo.

—Desde luego ha sido una buena paliza, ¿eh, chico?

—¿Has hecho todo el camino hasta aquí y me has despertado con el único propósito de hacerme esa observación tan prodigiosa?

—Baja y te diré por qué he venido. Y ponte algo de ropa si no quieres que te detenga por exhibicionismo.

—Vete a tomar por culo, sheriff. —Tucker volvió al dormitorio, tambaleándose hacia atrás. Se quedó mirando las arrugadas sábanas con cierto pesar, luego cogió un pantalón de chándal y las gafas de sol. No tenía intención de vestirse más.

Como no se sentía muy bien predispuesto hacia Burke en esos momentos, se desvió hacia el cuarto de baño para aliviar la vejiga y lavarse los dientes.

—Ni siquiera me he podido tomar una maldita taza de café —gruñó al

salir al porche. Burke estaba sentado en una de las mecedoras. Por el brillo de sus zapatos y la tersura de la camisa, era evidente que llegaba directamente de la iglesia.

—Perdona que te haya levantado tan temprano. Deben de ser las doce en punto.

—Dame un cigarrillo, cabrón.

Burke se lo dio, y esperó a que Tucker terminara con su pequeño ritual.

—¿De verdad crees que cortarlos te ayudará a dejar de fumar?

—A la larga, sí. —Tucker aspiró el humo, gimió cuando le quemó por dentro, y lo expulsó. Aspiró de nuevo, sintiéndose apenas mejor, y se sentó—. Bien, Burke, ¿qué te trae por aquí?

Burke frunció el entrecejo al ver las peonías que Tucker había querido salvar.

—Hace un rato he hablado con ese doctor Rubenstein. El tipo estaba desayunando en el Chat 'N Chew, y me pidió que entrara.

—Ya. —Aquello hizo que Tucker pensara en su propio desayuno. Si pudiera convencer a Della para que le preparara unas tortitas calientes.

—Quería informarme de un par de cosas, sobre todo porque sabe que con eso fastidiará a Burns. Es un tipo estricto que procede según las reglas..., a Burns, me refiero. El maldito se ha adueñado de mi despacho. No puedo decir que eso me haya hecho mucha gracia.

—Tienes todas mis simpatías. ¿Puedo volver a la cama?

—Tucker, se trata de Edda Lou. —Burke manoseó su estrella con gesto nervioso. Sabía que no era muy profesional por su parte informar a Tucker del asunto, sobre todo considerando que, para el FBI, seguía siendo sospechoso. Pero algunas lealtades eran más profundas que la ley—. No había bebé, Tuck. —¿Cómo? Burke suspiró.

—No estaba embarazada. Salió en la autopsia. No había bebé. Pensé que tenías derecho a saberlo.

Algo como un estruendo llenó la cabeza de Tucker, que se quedó mirando fijamente la punta del cigarrillo. Cuando habló, su voz fue lenta y concentrada.

—No estaba embarazada.

—No.

—¿Seguro? —preguntó.

—Rubenstein sabe lo que hace, y él dice que no.

Con los ojos cerrados, Tucker se recostó y comenzó a mecarse. Se dio cuenta de que gran parte de su culpa y angustia se debían al niño. Pero no había niño, nunca lo había habido, y la angustia se transformó de inmediato en ira.

—Me mintió.

—Yo diría que tienes razón.

—Se plantó allí, delante de toda aquella gente, y mintió sobre algo como eso.

Sintiéndose impotente, Burke, se levantó.

—Pensé que deberías saberlo. No quise que pensaras... Bien, pensé que deberías saberlo.

Dar las gracias no le parecía apropiado; así pues, Tucker se limitó a hacer un gesto con la cabeza. Se quedó con los ojos cerrados hasta que oyó el sonido del motor y luego su zumbido suave mientras se alejaba por el largo y serpenteante camino.

Apretó los puños con rabia. Una rabia negra, que le hervía por dentro, estallando en la boca del estómago hasta sentir su repugnante sabor en la garganta. Reconoció los síntomas, y en otro momento se habría asustado.

Quería hacer daño, romper algo, destrozar y reducir a polvo cualquier cosa.

Sus ojos tenían una mirada salvaje cuando los abrió. Entró corriendo, subió por las escaleras y, una vez en su habitación, cogió las llaves y, de paso, se dio el gusto de destrozar una lámpara. Se puso una camisa que había sobre una silla y se la fue poniendo mientras salía a grandes zancadas.

—¿Tuck? —Con los ojos pesados de sueño, y envuelta en un salto de cama de seda roja, Josie se acercaba por el pasillo—. Tuck, tengo algo que decirte. —La mirada violenta que su hermano le dirigió antes de lanzarse escaleras abajo la despejó por completo. Echó a correr tras él, llamándole—. ¡Tuck! ¡Espera! —Lo alcanzó cuando él estaba abriendo la portezuela de su Porsche—. Tucker, ¿qué ocurre?

Se la sacudió de encima, mientras luchaba consigo mismo intentando controlar la bestia que se agitaba en su interior.

—Apártate de mí.

—Cariño, sólo quiero ayudarte. Eres mi hermano. —Josie hizo ademán de cogerle las llaves, pero se quedó sin aliento cuando la mano de Tucker se cerró con fuerza alrededor de su muñeca.

—Vete al infierno.

—Deja que te hable —suplicó Josie, los ojos llenos de lágrimas—. Tucker, Tucker, anoche salí con el médico. El forense del FBI. —Alzó la voz para superar el rugido del Porsche—. Edda Lou no estaba embarazada. No había bebé, Tuck. Fue una trampa, como yo te había dicho.

Tucker volvió la cabeza de repente, hiriendo a Josie con su mirada penetrante.

—Lo sé. —La gravilla salió disparada al paso del coche.

Josie masculló una imprecación y se pasó la mano por la pantorrilla, donde le había dado una de las piedrecitas. Furiosa, cogió un puñado del suelo y lo lanzó hacia el coche.

—Joder. ¿Qué es todo este follón?

Josie dio media vuelta y vio a Dwayne en el porche. Se cubría los ojos con las manos e intentaba mirar, pestañeando, por entre los dedos. Sólo llevaba puestos los calzoncillos.

—No es nada —dijo Josie con un suspiro, subiendo los escalones. Nada había que pudiera hacer por Tucker, pero sí ocuparse de Dwayne.

—Vamos a tomar un café, cariño.

El volante vibró en sus manos cuando dobló la curva en dirección al pueblo. Pero Tucker estaba demasiado furioso para darse cuenta cuando el coche coleó al coger la curva y las ruedas chirriaron.

Ella no se saldría con la suya. Ése era el único pensamiento que le giraba en su cabeza. Por sus muertos que no se saldría con la suya. Apretando los dientes, pisó a fondo el acelerador y lanzó el coche a ciento treinta.

A pesar de las curvas y revueltas de la carretera, veía a kilómetros de distancia. Las olas de calor reverberaban sobre el asfalto y convertían la distancia en un espejismo líquido. No sabía adonde iba ni qué quería hacer, pero necesitaba hacerlo. Ya.

Cerró una mano sobre la palanca de cambios, preparándose para reducir en la siguiente curva, justo antes de la casa de McNair. Pero cuando giró, el coche siguió recto como una flecha. Tuvo tiempo para maldecir, forcejear con el volante, y machacar el pedal del freno que parecía inservible.

Con uno de los sombreros de ala ancha de su abuela haciéndole sombra en el rostro, Caroline atacó las malas hierbas junto al camino. A pesar del calor y de sus doloridos brazos, se lo estaba pasando como nunca en su vida. Las tijeras de podar estaban bien afiladas, y los mangos de madera estaban gastados por el tiempo y el uso. Los guantes cortos de jardinería le protegían las manos para que no le salieran ampollas. Imaginó a su abuela llevándolos puestos para realizar esa misma tarea.

Sabía que si hubiese esperado, habría asignado el trabajo a Toby; pero quiso disfrutar del sol, el calor polvoriento, el exuberante olor de la vegetación... Disfrutar de la sencilla satisfacción de cuidar lo que era suyo. Todo cuanto la envolvía —un coro de aves, el zumbido de la tarde, la pesadez de la soledad— era precisamente lo que ella necesitaba. Tras hacer una pausa para frotarse el hombro, que sentía dolorido, cortó una enredadera tan gruesa como su pulgar.

Oyó el ruido del motor de un coche. Antes de que se protegiera los ojos del sol y mirase hacia el trozo de carretera que se veía al final de su camino, supo que era Tucker. Por la velocidad que llevaba el coche, y porque reconoció el potente bramido de su motor.

«Un día de éstos —pensó ella, con una mano en la cadera—, Tucker convertirá ese coche en un juguete y tendrán que ingresarlo en el hospital.» Y si se acercaba a su casa, se lo diría claramente. Aquel hombre era...

Sus pensamientos se cortaron de repente cuando oyó el agudo chirrido de los neumáticos sobre el asfalto. Oyó el grito y aunque éste contenía más furia que miedo, ella había echado a correr antes de que el estallido de cristales rotos y el crujido de metal aplastado resonaran en la carretera.

Las tijeras salieron volando por los aires. Lo único que oía, por encima del rugido de su corazón, eran los alegres acordes del joven Carl Perkins advirtiéndole al mundo que no le pisaran sus zapatos de gamuza azul.

—¡Ay, Dios mío! —Vio los surcos abiertos en la hierba de la ladera un instante antes de advertir el Porsche columpiándose como un borracho contra

el poste que antes había sostenido su buzón de correos. Los cristales hechos polvo titilaban como diamantes en la superficie de la carretera. Vio a Tucker desplomado sobre el volante, y aumentó la velocidad de su carrera, llamándole a voz en grito.

—¡Ay, Dios, Dios mío! ¡Tucker! ¡Tucker! Temiendo moverlo, y temiendo no hacerlo, le acarició el rostro suavemente. De sus labios brotó otro grito agudo cuando él echó la cabeza hacia atrás.

—¡Joder!

Caroline aspiró aire jadeando, temblorosa.

—¡Idiota! Pensaba que estabas muerto. Deberías estarlo por como conduces. Un hombre adulto, lanzado por la carretera como si fuese un adolescente, irresponsable y exaltado. No entiendo cómo puedes...

—¡Cállate, Caro! —Tucker se llevó una mano a la frente, que no paraba de retumbar, y descubrió que sangraba. ¿Qué tenía aquello de nuevo? Buscó a tientas el picaporte de la portezuela, pero ella la abrió de golpe.

—Si no estuvieses herido, te daría un puñetazo. —Pero se inclinó y le ayudó a salir del coche.

—Estoy de humor para devolverte el puñetazo. —Se le nubló la vista, y eso lo enfureció más. Se recostó contra el parachoques trasero, que estaba intacto—. Apaga la radio, ¿quieres? Coge las llaves.

Caroline seguía murmurando mientras sacaba la llave del contacto.

—Has matado mi buzón. Supongo que deberíamos estar agradecidos de que no fuese otro coche.

—Me ocuparé de que mañana tengas uno nuevo.

—Para ti es muy fácil sustituir las cosas, ¿verdad? —El miedo hizo que su voz sonara más aguda de lo normal. Le puso un brazo alrededor de la cintura y lo apoyó contra ella.

—La mayor parte de las cosas. —Tucker pensó que su jodida cabeza iba a caérsele a pedazos. Tal vez eso no sería tan fácil de sustituir. Ella seguía echándole la bronca mientras lo sujetaba de camino hacia la casa. Las fuertes punzadas de la gravilla le recordaron que había olvidado ponerse los zapatos. Sintió que un hilo de sangre se le deslizaba por la sien—. ¡Déjame en paz, Caroline!

Algo en su voz —que no era rabia, sino angustia—hizo que ella se calmara.

—Apóyate en mí un poco más —murmuró—. Soy más fuerte de lo que aparento.

—Con una buena brisa saldrías volando. —La casa se desdibujó ante sus ojos, y temió desmayarse. Pestañeó varias veces, y eso le hirió tanto el ojo magullado que se despejó de golpe—. Crees que tienes un aire frágil. Pero nunca me lo ha parecido.

—Seguro que esperas que me sienta halagada.

—Pero no eres frágil. Eres una mujer dura, Caro, y estás cabreada conmigo. Pero deja de gritarme por un rato.

—¿Por qué habría de gritarte? —Caroline se dio cuenta, por el sonido

hueco de su voz, que Tucker estaba a punto de perder el conocimiento. «Sigue fingiendo enfado con él, que no le baje la adrenalina», se dijo. Si Tucker caía al suelo, ella se veía incapaz de levantarlo—. La verdad es que me importa un rábano si chocas con el Porsche y acabas siendo una mancha en la carretera. Pero preferiría que lo hicieras en algún otro lugar que no sea junto al camino de mi casa.

—Hago lo que puedo. Cariño, tengo que sentarme.

—Ya casi estamos en el porche. —Como pudo, lo arrastró otro medio metro—. Y entonces te sentarás.

—Nunca me han gustado las mujeres mandonas.

—Entonces estoy a salvo. —Cuando consiguió llegar con Tucker al porche, y vio que aún se tenía en pie, lo arrastró hacia el interior.

—Me has dicho que podría sentar...

—Te he mentado.

Tucker soltó una risa débil, algo sombría.

—Las mujeres lo hacen siempre.

—Ahora sí puedes. —Lo ayudó a sentarse poco a poco en el sofá con el agujero de bala en el tapizado. Le levantó los pies para que se tumbara y le puso una almohada bajo la cabeza—. Voy a llamar al doctor Shays, y después te limpiaré la sangre.

Tucker hizo ademán de cogerle la mano, y falló. Pero aquel gesto suyo la detuvo.

—No lo llames. Es sólo un golpe, y tengo muchos más.

—Quizá tengas una conmoción cerebral.

—Quizá tenga muchas cosas. Todo lo más que hará será ponerme una inyección de algo. Y odio las agujas, ¿sabes?

Porque lo sabía, y simpatizaba con él, vaciló. Daba la sensación de que el golpe no era demasiado grave, y no había duda de que él parecía estar lúcido.

—Te limpiaré, y después ya veremos.

—Bien. ¿Qué tal un cubo de hielo con una cerveza dentro?

—Hielo, sí; cerveza, no. Estate quieto.

—Las mujeres nunca me dan cerveza —dijo Tucker en voz baja—. Estoy aquí tirado, desangrándome, ¿y qué hace ella? Putearme y quejarse.

—Te he oído —dijo Caroline desde la cocina.

—Ellas me oyen siempre. —Con un suspiro, Tucker dejó que se le cerraran los ojos. Y no los abrió hasta que Caroline le puso un paño frío sobre el corte en la frente—. ¿Por qué llevas ese sombrero tan feo?

—No es feo —repuso ella, sintiendo cierto alivio cuando le examinó la herida y vio que era poco profunda.

—Cariño, tú eres quien lo lleva, pero yo soy quien lo mira, y te digo que es feo.

—Vale. —Enojada, lo tiró a un lado, luego cogió el frasco de yodo de la mesa del café donde había dispuesto el botiquín.

Tucker miró el frasco con el entrecejo fruncido.

—No hagas eso.

—Cariño.

Sonriendo, él le cogió la muñeca.

—Tú también me gustas, muñeca.

—Eso era sólo una palabra afectuosa. —Se limitó a cambiarse el frasco de mano y le aplicó el yodo. Él aulló y soltó una palabrota—. Vamos, Tucker, contrólate.

—Al menos podrías soplar un poco, ¿no?

Ella lo hizo. Él le soltó la muñeca y le puso la mano en el muslo. Caroline sopló sobre el corte una última vez, y le dio un manotazo.

—Cielos. Un poco de respeto por los lisiados.

—Estate quieto mientras te curo la cabeza. —Cortó un poco de gasa y esparadrapo—. Y si se te vuelve a ir la mano, te haré un chichón el doble de grande que éste.

—Sí, señora —murmuró Tucker. Las manos de Caroline eran cuidadosas, y aparte del martillo que no le aporreaba el cerebro, se sentía considerablemente mejor.

—¿Tienes heridas en alguna otra parte?

Sus manos eran suaves y frescas como gotas de lluvia.

—No lo sé. ¿Por qué no lo miras tú?

Caroline ignoró la ironía en su voz y le desabrochó la camisa.

—Espero que esto te haya enseñado... ¡Ay, Dios mío, Tucker!

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Qué?

—Estás todo negro y azul.

Por un momento, Tucker agradeció que no hubiera descubierto una costilla sobresaliéndole del torso.

—Son viejos. Austin.

—Pero si es espantoso. —El horror se reflejó en su voz, tornándole los ojos verdes como esmeraldas—

Debería estar encerrado.

Tucker tuvo que sonreír.

—Y lo está, cariño. Encerrado detrás de los barrotes de la cárcel del condado. Carl lo llevó allí ayer.

Caroline le posó dulcemente los dedos sobre las costillas magulladas.

—Te ha hecho mucho daño.

Él se sintió herido en su orgullo.

—Pues él no se marchó sonriendo.

—Claro, y eso lo arregla todo. —Caroline apartó las manos bruscamente y abrió un frasco de analgésicos que el doctor Palamo le había recetado para sus dolores de cabeza—. Todos los hombres sois idiotas.

Con cuidado, Tucker se incorporó sobre los codos.

—Yo no empecé. Él vino a buscarme.

—Cállate, y tómate uno de éstos.

—¿Qué es?

—Algo que no le hará ascos a ese dolor de cabeza que debes de tener.

Él cogió una pastilla, agradecido, pero se fijó en la etiqueta del frasco. Si funcionaba, se las pediría al doctor Shays para el resto de sus dolores. Tucker se la tomó con un sorbo de agua que ella le ofreció.

—¿Me darás esa cerveza si me pongo de pie?

—No.

Tucker se recostó de nuevo contra el cojín.

—No me importa. Cariño, hazme un favor y llama a Junior Talbot. Tendrá que venir con la grúa para llevarse el coche.

—Ahora lo llamo —dijo Caroline. Se levantó, y le lanzó una mirada de advertencia—. No te duermas. No puedes dormirte si tienes una conmoción cerebral.

—¿Por qué?

La frustración agudizó el tono de su voz. —No lo sé, no soy médico. Eso es algo que se sabe.

—No me dormiré si prometes volver enseguida y cogerme la mano.

Caroline enarcó una ceja.

—Si te duermes, llamaré al doctor Shays y le diré que venga con la aguja más grande que tenga.

—Joder, qué dura eres. —Pero curvó los labios en una sonrisa mientras ella salía de la sala.

Menos de tres minutos tuvo para decidir si se quedaba dormido antes de que ella volviera con una bolsa de hielo.

—Junior me ha dicho que vendrá en cuanto pueda dejar el taller. — Tucker se limitó a gruñir, y ella le puso la bolsa de hielo sobre la cabeza. El gruñido se transformó en un largo «Ah» de agradecimiento—. No sabía si llamar a tu familia.

—Aún no. Della estará en el pueblo todavía un rato más. Había olvidado que ella montaba hoy la feria de pasteles. No creo que Josie vaya a parte alguna, sobre todo si Dwayne se despierta con su habitual cabeza dominical. —Cielos, qué cansado estaba. Y no era el cansancio agradable y perezoso de una lenta tarde de verano, sino un cansancio real hasta los huesos—. De todos modos, abollar coches es una especie de afición en mi familia.

Caroline lo miró con el entrecejo fruncido. Cuando advirtió que Tucker recuperaba color, sintió que tenía el derecho de pedir una explicación.

—Entonces deberíais dedicaros al croquet o a bordar. ¿Adonde diablos ibas con tanta prisa?

—No lo sé. A cualquier parte.

—Cualquier parte es un lugar muy estúpido para ir descalzo y a ciento cincuenta por hora.

—Di mejor a ciento treinta. Tiendes a exagerar.

—Podrías haberte matado.

—Iba con ganas de matar a alguien, así pues, supongo que era mejor así. —Tucker abrió los ojos, y ella vio que el dolor físico había desaparecido (la magia del doctor Palamo hacía maravillas), había algo más profundo y sobrecogedor en ellos.

—¿Ha ocurrido algo?

—No había bebé —se oyó decir Tucker.

—¿Perdón?

—No estaba embarazada. Me mintió. Se plantó allí, me miró directamente a los ojos, y me dijo que llevaba un hijo mío en el vientre. Y era mentira.

Caroline tardó un momento en darse cuenta de que hablaba de Edda Lou, la Edda Lou que ella había encontrado flotando en la laguna.

—Lo siento. —Juntó las manos en su regazo, sin saber qué decir ni cómo hacerlo.

Tucker no sabía por qué se lo estaba contando; pero, una vez lanzado, fue incapaz de contenerse.

—Estos últimos días... he estado muy angustiado. Pensando en cómo había muerto. Hubo una época en que ella significaba algo para mí. Casi significó algo para mí. Pensando en eso, y pensando que una parte de mí había muerto con ella... pero no había una parte de mí en Edda Lou, salvo una mentira.

—Quizá se equivocara. Tal vez pensó que estaba embarazada.

Tucker soltó una risotada breve. —Hacía unos dos meses que no me acostaba con ella. Las mujeres como Edda Lou vigilan mucho esas cosas de mujeres. Ella lo sabía. —Cerró los ojos por un instante, y cuando los abrió de nuevo, un destello de ira salvaje brillaba en ellos—. ¿Por qué estoy tan enfadado de que no hubiera un bebé? Mintió, y eso significa que no hay un bebé muerto, y yo no tengo que sufrir más pensando en ello.

Caroline le cogió una mano, y se la llevó a la mejilla para ofrecerle consuelo. No había advertido que Tucker tenía sentimientos tan hondos. La parte de ella que se enterneció por él nunca volvería a endurecerse. —A veces nos duele más lo que podría haber sido que la misma realidad.

Él giró la mano para entrelazar sus dedos con los de ella. Caroline tenía los ojos más hermosos y tristes que él había visto en su vida.

—Hablas como si supieras a qué me refiero.

Ella sonrió, y no protestó cuando él le besó los dedos.

—Así es. —Siempre prudente, Caroline retiró la mano, para que no la tuviera demasiado rato en la suya—. ¿Qué te parece si salgo a ver si Junior ha llegado ya?

Tucker no quería interrumpir aquella intimidad, todavía no. Con un esfuerzo, se incorporó.

—¿Qué te parece si salimos juntos? —La sala dio un giro, lento, luego se detuvo—. Si me ayudas un poco.

Ella bajó la vista y vio su mano tendida. Era una tontería pensar que él estaba pidiéndole algo más que un apoyo momentáneo, se dijo Caroline. Se sacudió de encima esa idea. Tendió la mano y cogió la de él.

10

Junior Talbot se bajó de la cabina de su camión grúa, metió el dedo índice bajo la gorra de béisbol, y hurgó en su mata de rojizo cabello para rascarse la cabeza. Dio una vuelta amplia y lenta alrededor del maltrecho Porsche de Tucker, aplastando los pedazos de los cristales con sus botas de trabajo. En su rostro redondo, plagado de pecas, los ojos de un azul muy claro estaban sobrios. Con gesto pensativo dio unos tironcitos a su grueso labio inferior.

Caroline pensó que se parecía a alguien lleno de tranquilizantes.

—Por lo que veo, has tenido un problemilla —murmuró Junior.

—Pequeño, sí —convino Tucker—. ¿Tienes tabaco, Junior?

—Creo que sí. —Junior sacó una cajetilla de Winston del bolsillo de su camisa de trabajo manchada de grasa. Sacudió el paquete, y apareció el cigarrillo por el filtro. Tucker lo cogió, y él devolvió el paquete al bolsillo con gesto meticuloso. Luego se agachó para mirar de cerca el parachoques destrozado. Hubo otro largo momento de silencio—. Era un coche precioso.

Tucker sabía que Junior no se reía de él. Tenía por costumbre resaltar lo obvio. Tucker se acercó, abrió la guantera y encontró una caja de cerillas.

—¿Crees que me lo arreglarán en Jackson?

Junior se quedó pensativo.

—Supongo —decidió por fin—. Aunque tal vez tenga el eje torcido. Hoy en día se puede enderezar. Antes, cuando el eje se torcía, el coche estaba listo.

Tucker sonrió a través de una nube de humo.

—No hay quien detenga el progreso.

—Eso es verdad. —Junior se lo tomó con tranquilidad. Se incorporó, luego examinó los surcos en la hierba, los restos de cristales desperdigados, y la ausencia de señales de derrape. Después de reflexionar un rato, decidió encenderse un cigarrillo—. Tucker, siempre he dicho que eres el mejor conductor que he visto en mi vida, aparte de la vez que bajé a Daytona a ver los quinientos.

Caroline soltó un bufido, que ellos ignoraron con cortesía.

—Recuerdo cómo ganaste veinte dólares a los hermanos Bonny en aquella carrera secreta en la autopista uno. Fue en julio del setenta y seis, me acuerdo bien. Su Cámaro contra tu Mustang. —Junior aceptó la cerilla que Tucker le ofrecía y la encendió con la uña del pulgar—. No había color.

Tucker se deleitó en el recuerdo de la carrera.

—Habría sido más disputada si Billy T. hubiese dejado el volante a John Thomas.

Junior asintió, animado.

—Más disputada, quizá. Pero ninguno de ellos tiene tu habilidad conduciendo.

—¡Idiotas! —masculló Caroline. Si Junior la oyó, fingió lo contrario. Llevaba más de un año casado, y sabía cuándo un hombre debía hacer oídos sordos y cuándo no.

—Tengo que hacerte una pregunta —prosiguió Junior con el mismo tono de voz, lento y tranquilo—. ¿Cómo has chocado contra ese poste?

—Pues... —Tucker aspiró el humo, pensativo—. Ha sido como si el coche se me escapara. Con el volante agarrotado...

Junior asintió y siguió fumando. Caroline estuvo a punto de preguntarles si querían que les trajera un par de sillas plegables para que estuvieran más cómodos mientras hablaban.

—Creo que ni siquiera has pisado el freno.

—Lo he hecho —dijo Tucker—. No funcionaba.

Junior aguzó los ojos al máximo. Si se hubiese tratado de otra persona, no habría hecho caso. Pero él conocía y admiraba la habilidad de Tucker al volante.

—Pues qué raro. La dirección averiada, los frenos averiados, ¿y todo al mismo tiempo en un coche como éste? No tiene más de seis meses, ¿verdad?

—Justos.

Junior asintió de nuevo.

—Tendré que echarle un vistazo.

—Te lo agradezco, Junior.

Caroline permaneció en silencio hasta que Junior se fue hacia la grúa.

—¿Qué demonios tiene que ver una carrera de coches de hace más de quince años con el hecho de que hayas chocado contra el poste de mi buzón?

Tucker sonrió.

—Fue una noche genial. Apártate del coche, cariño, por si se desvía cuando lo enganche. —Para que Caroline no dejara de compadecerse de él, Tucker le pasó un brazo por los hombros y se reclinó un poco sobre ella, para que le «ayudara» a retroceder unos metros.

—¿Te mareas?

En absoluto, pero había una inquietud tan dulce en su voz...

—Un poco quizá —dijo, y pensó que había sonado valiente—. Ya se me pasará. —Reprimió una sonrisa cuando ella le rodeó la cintura con el brazo para sostenerle.

—Vamos al coche. —Había insistido en llevarle ella hasta el camino de su casa para que no se fuera andando—. Te acompañaré a casa.

¡A casa, mierda! Justo cuando empezaba a hacer progresos con ella.

—Si pudiese tumbarme en tu sofá un rato hasta que recuperara las fuerzas...

Estaba indecisa, y él se dio cuenta. Por eso, cuando oyó el sonido de una bocina, tuvo que tragarse una palabrota. Dwayne, con un chirrido de frenos, detuvo su Cadillac blanco justo en medio de la carretera. Su hermano no se había afeitado aún, y llevaba el cabello revuelto, se le disparaba en todas direcciones. Se había embutido los pantalones y una camiseta de

tirantes.

—¡Joder, muchacho!

Dio un vistazo a Tucker, observando que se tenía en pie; entonces fijó la atención en el coche que Junior había empezado a enganchar.

—¿Has salido a dar un paseo dominguero, Dwayne? —Crystal ha llamado. —Dwayne soltó un silbido al ver la parte delantera del Porsche—. Al parecer, Singleton Fuller estaba en el taller cuando Junior ha recibido la llamada. Ha ido corriendo a la tienda de Jed Larsson, y en ese momento entraba Crystal a comprar unas coca-colas. Suerte que yo he contestado el teléfono antes que Josie, porque le habría dado un patatús. —Ya se le había pasado bastante la resaca, gracias al montón de pastillas y remedios de Josie, y decidió mostrarse compasivo con su hermano—. Mierda reconcentrada, Tuck, has matado a ese precioso juguete.

Haciendo acopio de paciencia, Caroline respiró hondo.

—Está todo lo bien que cabría esperar —disparó—. Podría haber sido peor, pero por suerte sólo se ha golpeado esa cabeza de cemento armado que tiene. Es comprensible que estés tan preocupado por tu hermano, pero permíteme tranquilizarte. Se pondrá bien.

Junior, que había interrumpido lo que estaba haciendo, se la quedó mirando, atónito, con el cigarrillo colgándole de la comisura de los labios. Dwayne parpadeó. Tucker se esforzó por no perder la dignidad echándose a reír.

Decidió que Caroline estaba loca por él.

—Sí, señora —dijo Dwayne, con meticulosa cortesía—. Ya veo que así es. Sólo he venido para llevármelo a casa.

—Una familia unida y cariñosa, como debe ser.

—Sí, solemos formar una piña —asintió Dwayne. Cuando sonrió, resultó encantador, a pesar de los ojos inyectados en sangre y de su aspecto, más propio de un turgurio.

—Jamás he conocido a una familia como la vuestra —dijo Caroline con sinceridad.

—Tuck, ya está listo —llamó Junior—. Ya te diré algo.

—De acuerdo. Gracias.—Tucker tuvo que volverse de espaldas para no ver cómo se llevaba su coche. Era casi tan espantoso como si se llevaran a un ser querido en una camilla.

—Me he alegrado de verte, Caroline —dijo Dwayne, y se dirigió hacia su coche—. Vamos, Tucker. Había empezado el partido de béisbol en la tele cuando Crystal ha llamado. Y me habré perdido el primer *inning*.

—Ya voy, un momento. —Tucker se volvió hacia Caroline—. Te agradezco los cuidados. —Le rozó apenas el cabello con la mano—. Y que me hayas escuchado. No me había dado cuenta de que necesitaba hablar con alguien.

Ella tardó un instante en comprender que era sincero. No había chispas burlonas en sus ojos, y tampoco rastros de ironía en su voz.

—Ha sido un placer.

—Me gustaría devolverte el favor —murmuró él. Cuando ella empezó a sacudir al cabeza, Tucker le cogió el mentón—. Me gustaría que vinieras a cenar esta noche, a Sweetwater.

—De verdad, Tucker, no tienes que...

—Quisiera que me vieras bajo otras circunstancias, algo mejores que hasta ahora —insistió él, dibujándole con el pulgar la línea de la mandíbula—. Y, además, me gustaría verte, punto.

Por un momento, Caroline sintió que se le aceleraba el corazón, pero su voz sonó clara.

—No me interesa iniciar algo nuevo, con nadie.

—Invitar los domingos a los vecinos a cenar es una vieja costumbre del campo.

Ella no pudo evitar una sonrisa.

—No tengo inconveniente en portarme como una buena vecina.

—Joder, Tuck, ¿quieres besarla de una vez, y venir ya? —gritó Dwayne.

Tucker le sonrió por encima del hombro, y acarició los labios de Caroline con un dedo.

—No me deja. Todavía. Pásate por casa hacia las cinco, Caro. Te mostraré Sweetwater.

—De acuerdo.

Lo siguió con la mirada mientras se alejaba hacia el Cadillac y se acomodaba con cuidado al lado de su hermano. Tucker le envió una sonrisa rápida antes de que Dwayne saliera disparado hacia Sweetwater, conduciendo por el centro de la carretera.

—De modo que salgo como una loca de la feria de pasteles para llegar a casa lo antes posible, pensando que te has roto el cráneo, y me sales con que tenemos invitados. —Della golpeó la masa de la tarta con el rodillo—. Ni siquiera sé cuánto hemos hecho de caja. He tenido que dejar a Susie Truesdale encargada de todo, y ella no tiene ni idea de vender.

Cuando ya llevaba unas buenas tres horas con la misma cantinela, Tucker decidió actuar. Sacó un billete de veinte del bolsillo y lo aplastó sobre la mesa.

—Toma. Ésta es mi contribución a la feria de pasteles de la Iglesia Luterana Trinitaria.

—Bah. —Pero los hábiles dedos de Della cogieron el billete y lo ocultaron en el fondo del enorme bolsillo de su delantal. Pero aún le quedaba mucho por decir—. Casi me desmayo cuando Earleen llega corriendo y me dice que has chocado con el coche. Ya te lo advertí cuando lo compraste, nada bueno se saca de una compra extranjera. Y encima te lanzas a toda velocidad en el día del Señor. —Puso la masa en una tartera—. Y cuando llego corriendo a casa, sin saber si estás vivo o muerto, me dices que has invitado a alguien a cenar.

Della echaba humo mientras hacía estrías en los bordes del hojaldre.

—Como si el jamón que acabo de meter en el horno fuera a cocerse solo. Además, es la nieta de Edith. Yo quería mucho a Edith. Ella me contó que su nieta había estado en París (Francia) y en Italia, que había entrado en el mismísimo palacio de Buckingham, y que incluso había cenado con el presidente de Estados Unidos en la Casa Blanca. —Empezó a amasar otra bola para el hojaldre—. Y ahora resulta que viene a cenar esta noche y yo ni siquiera he tenido tiempo para ver si hay que limpiar la cubertería de plata. Tu mamá (que en paz descanse) se revolvería en su tumba si ponemos la cubertería fina. —Se pasó el dorso de la muñeca por la frente. Su pulsera de pesados amuletos tintineó—. Es típico de los hombres pensar que la cena del domingo se prepara sola.

Tucker soltó un gruñido, mirando atentamente la patata que pelaba en ese momento.

—Te estoy ayudando, ¿no?

Ella lo miró con un bufido de superioridad.

—Menuda ayuda la que me prestas. Quitas demasiado a las patatas con la piel; y encima, estás dejándome el suelo limpio lleno de mondas.

—Por Dios...

Los ojos de Della brillaron con aquella ira fría que Tucker tanto respetaba.

—No pronuncies el nombre de Dios en vano... En mi cocina, no, y menos en domingo.

—Yo lo recogeré, Della.

—A ver si es verdad..., pero no se te ocurra hacerlo con uno de mis paños de cocina buenos.

—No, señora. —Había llegado el momento de sacar la artillería pesada, decidió Tucker. Dejó el bol con las patatas en la pila, se acercó a Della y puso los brazos alrededor de su voluminosa cintura—. Sólo quería ser amable con Caroline por haberme curado el golpe de la cabeza.

Della soltó un gruñido.

—Ya me he fijado en su aspecto. Y me imagino cuáles son tus ganas de ser amable con ella.

Tucker sonrió, hundiendo el rostro en aquellos indomables rizos rojos.

—No te diré que no se me ha pasado por la cabeza, pero...

—Que no se te haya pasado por la bragueta, más bien, diría yo —lo interrumpió ella, aunque los labios le temblaron intentando reprimir una sonrisa—. Parece un poco delgada para tu gusto.

—Pues, verás, he pensado que habrá que rellenarla un poco, sobre todo con la ayuda de tu cocina. Sabes que nadie, en todo el condado, es capaz de preparar una mesa como las tuyas. Y pensando que me gustaría impresionarla, deduje que la forma más segura de hacerlo era invitándola a saborear tu jamón asado con miel. Della soltó un bufido y se apartó, pero el rubor del orgullo apareció en sus mejillas.

—Supongo que no estará de más ofrecer un plato decente a la muchacha.

—¿Decente? —Exclamó Tucker, dándole un pellizco—.

Muñeca, nunca habrá probado nada mejor, ni siquiera en la Casa Blanca. Te lo aseguro.

Della rió por lo bajo y lo apartó de un manotazo.

—Si no termino, no habrá nada que probar. Echa las patatas con la col rizada que he puesto a fuego lento. Y después, vete. Acabaré antes si no andas por aquí olisqueándolo todo.

—Sí, señora. —Tucker le dio un beso en la mejilla y ella le respondió con un gruñido y una sonrisa. Al salir del calor de la cocina, se encontró con Dwayne, espatarrado en el salón, viendo otro partido de béisbol en la televisión—. No estaría de más que te afeitaras.

Dwayne se volvió para coger la botella de coca-cola que había dejado en el suelo.

—Es domingo. Nunca me afeito en domingo.

—Tenemos una invitada a cenar.

Dwayne dio un trago largo, y soltó una palabrota cuando el defensa de medio campo perdió la pelota.

—Si me afeito, quizá piense que soy más guapo que tú. ¿Y qué harías entonces?

—Me arriesgaré.

Dwayne soltó un bufido.

—Acabarán con el lanzador antes de que termine el inning, si tienen dos dedos de frente. Entonces, lo haré, ¿vale?

Satisfecho, Tucker subió por las escaleras. Antes de que llegara a su dormitorio, Josie lo llamó.

—¿Tucker? ¿Eres tú, cariño?

—Voy a ducharme.

—Ven un momento y échame una mano.

Miró el reloj de pie y, al ver que le quedaba media hora antes de que Caroline llegara, se dirigió hacia la habitación de Josie.

Su dormitorio parecía una tienda después de un día de rebajas. Blusas, vestidos, ropa interior, zapatos... Todo tirado sobre la cama, en las sillas, el alféizar de la ventana. Un osito de peluche negro vestido de encajes colgaba en postura indecente de la trompa de un elefante rosado que algún gilipollas olvidadizo le había regalado tras ganarlo en la feria.

Josie llevaba puesto el diminuto salto de cama rojo, y tenía la cabeza hundida en el armario mientras hurgaba entre la ropa que aún quedaba colgando.

Como siempre, el aire estaba impregnado de aquel aroma, una mezcla de perfumes, polvos y lociones. El resultado era un olor entre los grandes almacenes Bloomingdale's y un burdel de clase alta.

Tucker echó una rápida ojeada por la habitación, y llegó a una conclusión evidente.

—¿Tienes una cita?

—Teddy me lleva al cine a Greenville. Iremos a la sesión de las nueve. Le he dicho que venga a cenar, porque como ya tenemos invitados. ¿Qué tal esto? —Se volvió, sujetándose una minifalda de cuero naranja contra la cintura.

—Hace demasiado calor para llevar falda de cuero.

Josie frunció el entrecejo porque sabía que esa prenda hacía resaltar sus piernas, pero la tiró a un lado.

—Tienes razón. Ya sé lo que necesito, ese vestidito de algodón, el de color rosa. Lo llevé a una fiesta en Jackson el mes pasado, y me salieron una propuesta de matrimonio y tres proposiciones indecentes. Pero ¿dónde demonios está?

Tucker la observaba mientras ella iba echando a un lado la ropa que había descartado.

—Yo pensaba que querías probar al doctor para hacer un favor a Crystal.

—Y lo he hecho. —Ella levantó la vista y sonrió—. Pero he decidido que no es la clase de hombre que Crystal necesita. Además, dentro de un par de días volverá al norte, y eso le partiría el corazón a la pobre. No tiene dinero para ir a verlo si las cosas se pusieran serias entre ellos. Y yo sí. ¿Aún te duele la cabeza?

—No demasiado.

—Mira, fíjate —dijo, señalándose un pequeño moretón en la pantorrilla—. Arrancaste tan rápido al marcharte, que la gravilla salió disparada. Ahora tendré que disimularlo con un poco de maquillaje si quiero ponerme falda.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros y se concentró de nuevo en la búsqueda del vestido rosa.

—Es igual, no te preocupes. Estabas disgustado. Todo el mundo se enterará de que te mintió, Tucker. Incluso antes de que la entierren el martes, el pueblo entero lo sabrá.

—Eso espero. —Atisbo una tela de color rosa y se agachó para sacar el vestido de debajo del montón de ropa—. Ahora estoy más tranquilo, Josie. Pero cuando Burke me lo dijo, me encendí.

Ella le tocó el vendaje de la frente, y permanecieron así, muy juntos, envueltos en la fragancia del perfume de Josie. Compartían algo más que el rostro de su madre, algo más que el apellido Longstreet. Entre ellos había un vínculo más fuerte que la sangre. Llegaba hasta el corazón.

—Lamento que ella te haya hecho daño, Tucker.

—Ha abierto algún boquete en mi orgullo, nada más. —Dio un ligero beso a Josie en los labios—. Pero me repondré enseguida, ya lo verás.

—Eres demasiado agradable con las mujeres, Tucker. Por eso se enamoran de ti, y luego sólo te dan problemas. Si fueses un poco más duro con ellas, no esperarían tanto de ti.

—Lo tendré en cuenta. La próxima vez que salga con una mujer, le diré que es fea.

Josie se echó a reír y se sostuvo el vestido contra los hombros. Empezó a girar, meneándose con gesto coqueto delante del espejo de cuerpo entero.

—Y no andes recitándoles poemas.

—¿Quién te ha dicho que hago eso?

—Carolanne me dijo que te pusiste muy poético cuando la llevaste a Lake Village a mirar las estrellas.

Tucker hundió las manos en los bolsillos.

—¿Por qué las mujeres se cuentan los detalles íntimos de su vida mientras se hacen la manicura o una permanente?

—Igual que los hombres, que presumís del tamaño de vuestras pollas cuando estáis delante de una botella de cerveza. ¿Cómo me queda?

Tucker soltó un gruñido.

—He acabado de repartir los piropos entre las mujeres.

Josie se echó a reír, y Tucker fue a ducharse.

Caroline quedó tan impresionada al ver Sweetwater que detuvo el coche antes de llegar a la casa para contemplarla un rato. La mansión reflejaba el color nacarado del atardecer, con elegantes curvas, hierro forjado con delicadeza, esbeltas columnas y ventanas relucientes. No hacía falta mucha imaginación para figurarse a las damas, con sus faldas de miriñaque paseándose por el jardín, o a los caballeros con levita sentados en el porche, discutiendo la posibilidad de una secesión, mientras silenciosos criados negros les servían los refrescos.

Había flores por todas partes, tejiéndose con los enrejados, rebosando por encima de los parterres de ladrillo. La penetrante fragancia de gardenias, magnolias y rosas perfumaba el aire.

Una bandera confederada, desteñida y deshilachada, colgaba de un poste blanco en medio del césped delante de la casa.

Más allá de la mansión, se veía varias construcciones de piedra pequeñas. Caroline imaginó que, en otro tiempo, unas serían las dependencias de los esclavos; otra, para ahumar la carne y el pescado; también estaría entre ellas la cocina de verano... El césped se prolongaba hasta convertirse, hectárea tras hectárea, en tierra plana y fértil, campos henchidos de algodón. Vio un árbol solitario en el centro de uno de los campos, un viejo y gigantesco ciprés que había quedado allí, por pereza o por motivos sentimentales.

Por alguna razón, sintió un nudo en la garganta. Aquel árbol solitario, su sencilla majestuosidad, la resistencia que simbolizaba, la conmovieron en lo más hondo del corazón. Seguramente llevaba allí más de un siglo, vigilando el esplendor del Sur —y su derrota—; la lucha por conservar una forma de vida, el inevitable desenlace.

¿Cuántas siembras de primavera habría visto, cuántas cosechas de verano?

Miró de nuevo hacia la casa. También ella simbolizaba la continuidad y el cambio, y la majestuosa elegancia del Viejo Sur que tantas personas del

Norte tenían por indolencia. Allí habían nacido, crecido y fallecido varias generaciones. Y allí seguía el ritmo de aquel sereno rincón del delta. El lento pulso de su cultura y sus tradiciones sobrevivía en aquel lugar.

La prueba de ello la tenía delante, y también en la casa de su abuela, en las casas y granjas y los campos que bordeaban la carretera en dirección a Innocence. Y en el mismo pueblo de Innocence.

Se preguntó por qué habría empezado a comprender todo aquello justo en ese momento.

Tucker salió por la puerta principal y se detuvo en el porche. Caroline se preguntó si también empezaba a comprenderlo a él. Puso el coche en marcha de nuevo y lentamente rodeó la rotonda de peonías hasta detenerse.

—Cuando te he visto parada en medio del camino, he pensado que quizá habías cambiado de idea.

—No —dijo Caroline, abriendo la portezuela para apearse—. Sólo estaba mirando.

El también estaba mirando, y decidió no hablar hasta que los dedos que le oprimían el corazón se aflojaran un poco. Caroline llevaba un vestido blanco fino con la falda de vuelo. Tucker imaginó con qué elegancia se hincharía con una buena brisa. Dos finos tirantes le dejaban los hombros al descubierto. Un collar de piedras brillantes le rodeaba el cuello. Llevaba el cabello peinado hacia atrás para resaltar las piedras a juego que brillaban en sus pendientes. El maquillaje le daba un aire misterioso y femenino; sus ojos parecían más profundos, su boca más oscura.

Caroline ascendió los escalones hacia él, y Tucker captó el leve aroma de su tentadora fragancia.

Le cogió la mano derecha con la izquierda, e hizo que girara en círculo bajo el arco de su brazo, como si bailaran. Ella se echó a reír. Cuando vio el largo escote del vestido en la espalda, Tucker tragó saliva.

—Tengo algo que decirte, Caroline.

—Te escucho.

—Eres fea —musitó Tucker, pero sacudió la cabeza antes de que ella comentara algo—. Era algo que tenía que sacarme de dentro.

—Es una manera muy interesante de hacerlo.

—Idea de mi hermana. Se supone que eso evitará que las mujeres se enamoren de mí.

¿Por qué conseguía siempre que tuviera ganas de sonreír?

—Quizá funcione. ¿Me invitas a entrar?

Tucker cambió la mano izquierda por la derecha.

—Tengo la sensación de que llevo mucho tiempo esperando el momento de hacerlo. —La condujo hasta la puerta, y abrió. Se detuvo un momento, la contempló, para ver qué efecto hacía en el umbral de la casa, de su casa, con las flores y las magnolias a su espalda. La imagen era perfecta.

—Bienvenida a Sweetwater.

En cuanto puso el pie en la casa, Caroline oyó los gritos.

—Si has decidido invitar a alguien a mi mesa, lo menos que puedes

hacer es ponerla. —Della estaba al pie de la curvada escalera, con una mano aferrada al pasamano de caoba, y la otra puesta en su rotunda cadera.

—Ya te he dicho que lo haría, ¿no? —La voz de Josie retumbó escaleras abajo—. No sé por qué te pones tan pesada. En cuanto acabe de maquillarme, bajo.

—Se pone tan tonta con esas pinturas que no acabará hasta la semana que viene. —Della se volvió. La indignación reflejada en su rostro dio paso a cierta curiosidad cuando advirtió la presencia de Caroline—. Vaya, vaya, tú debes de ser la nieta de Edith, ¿verdad?

—Sí, supongo.

—Edith y yo lo pasábamos bien juntas, charlando en el porche de su casa. Te pareces a ella, pero eres más hermosa, sobre todo los ojos.

—Gracias.

—Esta es Della —anunció Tucker—. Cuida de nosotros.

—Hace unos buenos treinta años que lo intento, pero no ha servido de mucho. Llévala al salón y ofrécele un poco de jerez del más fino. La cena no tardará. —Con una última mirada hacia la escalera alzó el volumen de voz al añadir—: Si una que yo sé deja de pintarrajearse y baja a poner la mesa.

—Yo la pondré con mucho gusto —empezó a decir Caroline, pero Della ya la estaba conduciendo a través del vestíbulo hacia el salón.

—No señor, no harás tal cosa. Tucker ha pelado las patatas, y esa muchacha pondrá la mesa. Es lo menos que puede hacer después de invitar a cenar a ese doctor muerte. —Dio una palmadita a Caroline en el brazo y se escabulló hacia la cocina.

—¿El... doctor muerte?

Tucker la miró con una sonrisa, al tiempo que se acercaba a la vitrina antigua de nogal para servir el jerez.

—El forense.

—Ah, Teddy. Desde luego es un personaje... interesante. —Dejó vagar la mirada por la sala con sus altas ventanas, cortinas de encaje, alfombras turcas... Los sofás gemelos —como ella estaba casi segura de que ellos los llamarían— estaban tapizados en delicados matices pastel. Los colores suaves predominaban en las sutiles líneas del empapelado, en los cojines bordados a mano, en la amplia otomana. Se fundían con la voluptuosidad de las antigüedades. Sobre la repisa de la chimenea de mármol blanco había un jarrón Waterford lleno de capullos de rosas.

—Es una casa muy bella —sonrió Caroline, aceptando la copa que le ofrecía Tucker—. Gracias.

—Luego daremos una vuelta por la finca. Te contaré toda su historia.

—Me gustará escucharla. —Se dirigió hacia la ventana y desde allí contempló el jardín, y más allá, los campos y el viejo ciprés—. No me había dado cuenta de que erais granjeros.

—Somos plantadores —la corrigió él, acercándose a ella por detrás—. La familia Longstreet ha tenido plantaciones desde el siglo dieciocho, justo después que Beauregard Longstreet arrebatara a Henry van Haven más de seiscientas hectáreas de la mejor tierra de cultivo del delta. Las ganó

haciendo trampas en una partida de póquer que duró dos días, en 1796, en Natchez. Eso ocurrió en un burdel llamado la Estrella Roja.

Caroline se volvió hacia él.

—Acabas de inventártelo.

—No, señora, así fue lo que mi padre me contó, y su padre a él, y así remontándonos en mi familia hasta esa fatídica noche de abril de 1796. Claro que eso de las trampas es pura especulación. Los Larsson han añadido ese detalle; por cierto, son primos lejanos de los Van Haven.

—Aguafiestas —dijo Caroline, sonriendo.

—Tal vez, pero también es posible que sea verdad, aunque en nada cambie el resultado. —Tucker disfrutaba viendo cómo ella lo miraba, los labios apenas pintados, los ojos risueños—. En fin, Henry se enfureció tanto por haber perdido sus tierras, que intentó tender una emboscada al viejo Beau cuando éste terminó de celebrarlo con una de las mejores damas de la Estrella. Ella se llamaba Millie Jones.

Caroline tomó un sorbo y sacudió la cabeza.

—Deberías escribir cuentos cortos, Tuck.

—Estoy contándotelo tal como fue. Bien, pues resulta que a Millie le encantó la actuación de Beau... ¿Te he mencionado alguna vez que los Longstreet son conocidos desde siempre como amantes excepcionales?

—No, creo que no.

—Está documentado, en todas las generaciones —afirmó Tucker. Le encantaba cómo se le iluminaban los ojos al reír y su boca se suavizaba. Si no hubiese tenido una historia que contarle, por Dios que se la habría inventado—. Y Millie, agradecida como estaba por el vigor sexual de Beau (y por la moneda de oro de cinco dólares que le dejó como propina en la mesilla de noche), se acercó a la ventana para despedirle. Ella fue quien vio a Henry escondido entre los matorrales, con su fusil de chispa cargado y a punto. En el momento justo, Millie lo avisó con un grito. El otro disparó, chamuscando la manga de la levita de Beau, pero él era ágil de reflejos. Sacó su cuchillo y lo lanzó hacia el matorral de donde había salido el disparo. Y Henry cayó muerto en la reyerta, como mi abuelote solía decir.

—Sin duda, era tan experto lanzando cuchillos como haciendo el amor —concluyó Caroline—.

—Un hombre con muchos talentos—continuó Tucker—. Y además prudente. Por ello decidió que no se quedaría en Natchez porque se vería obligado a responder ciertas preguntas incómodas sobre un título de propiedad y un hombre muerto. Como era un romántico, se llevó a la linda y jovencita Millie de aquel burdel, y juntos viajaron hasta el delta. —Y plantaron algodón.

—Plantaron algodón, se hicieron ricos, y tuvieron hijos. Y fue su hijo precisamente quien empezó a construir esta casa, en 1825.

Caroline permaneció en silencio. Era demasiado fácil dejarse atrapar por el encanto de sus palabras, por el fácil ritmo de su voz. «Lo que haya de verdad y de inventado en su historia es lo de menos —resolvió ella—. Lo que importa es cómo lo cuenta.» Se apartó de la ventana, consciente de que él estaba a punto de tocarla y poco segura de que ella quisiera impedirselo.

—Yo no conozco gran cosa sobre la historia de mi familia. Y nada en absoluto que se remonte doscientos años.

—Aquí, en el delta, miramos más hacia el pasado. En la historia se encuentran los mejores chismes. Y el mañana... pues el mañana vendrá de cualquier forma, ¿no te parece?

Tucker creyó oír un suspiro, pero tan suave, que quizá sólo hubiese sido un silencio.

—Toda mi vida la he pasado pensando en el mañana, planificando el próximo mes y la siguiente temporada. Debe de ser el aire de esta región —dijo ella, suspirando, y en su suspiro hubo cierta melancolía—, pero apenas he pensado en la semana que viene desde que llegué a casa de mi abuela. Tampoco he tenido ganas de hacerlo —musitó, recordando cómo había evitado las llamadas telefónicas de su agente desde que decidió vivir en Misisipí.

Tucker sintió la urgente necesidad de cogerla entre sus brazos, sólo para rodearla con ellos y ofrecerle el apoyo de su hombro. Pero temió que ese gesto estropeara lo que estuviera naciendo entre los dos.

—¿Por qué eres tan infeliz, Caro?

Ella lo miró, sorprendida.

—No lo soy —exclamó. Pero supo que en su respuesta había sólo una parte de verdad. Y que aquella parte de la verdad no era cierta.

—Se me da tan bien escuchar como contar historias —ofreció Tucker, rozándole el rostro con delicadeza—. Quizá quieras comprobarlo en otra ocasión.

—Quizá. —Pero se apartó de él, marcando las distancias—. Alguien viene.

Tucker sabía que no era el momento adecuado, y se volvió para mirar por la ventana.

—Es el doctor muerte —dijo, y añadió con una sonrisa—: Veamos si Josie ha puesto la mesa.

11

En la cárcel del condado, en Greenville, con su maltrecho váter sin tabla y sus paredes llenas de graffiti, Austin Hatinger estaba sentado en un duro camastro, mirando fijamente las franjas de luz que el sol dibujaba en el suelo junto a sus pies.

Sabía por qué estaba en una celda, como un vulgar criminal, como un animal. Sabía por qué se encontraba entre barrotes, en una jaula con frases obscenas pintadas en paredes sudorosas de humedad.

Era porque Beau Longstreet había sido rico. Un plantador, rico y blasfemo, que había malgastado su sucio dinero en sus bastardos hijos.

«Son bastardos, estoy seguro», pensó Austin. Puede que Madeline llevara el anillo del traidor en el dedo; pero, a los ojos de Dios, ella había pertenecido sólo a un hombre.

Beau no había ido al infecto agujero de Corea para servir a su patria y salvar a los buenos cristianos del Peligro Amarillo. Se había quedado atrás, viviendo cómodamente en pecado mientras ganaba mucho dinero. Hacía tiempo que Austin sospechaba que Beau había engañado a Madeline para que se casara con él. Eso no justificaba la traición de ella, pero las mujeres eran débiles... Débiles de cuerpo, débiles de voluntad, débiles de mente.

Sin una fuerza estricta que las guiara —y una bofetada de vez en cuando—, eran propensas al pecado y a las conductas necias. Dios era su testigo de que él había hecho todo lo posible para que Mavis no se apartara del sendero del bien.

Se había casado con ella cegado por la desesperación, atrapado por su propio deseo rabioso. «La mujer que Vos me disteis, ella me dio del árbol, y yo comí.» Sí, Mavis lo había tentado, y —debilidad de la carne— había sucumbido.

Austin sabía que, desde Eva, Satanás se había dirigido primero a las mujeres con su suave y seductora voz. Ellas, más abiertas al pecado, caían, y, con su astuto corazón, arrastraban al hombre.

Pero él había seguido fiel a ella. Sólo una vez en treinta y cinco años se había fijado en otra mujer.

Si a veces, en el ejercicio de sus derechos conyugales, dentro de Mavis sentía, saboreaba, y olía a Madeline en la oscuridad, era sólo la manera en que el Señor le recordaba lo que había sido suyo.

Madeline fingía que él le era indiferente. El sabía, lo había sabido a lo largo de todos aquellos años, que ella se fue con Beau sólo para mortificarlo y atormentarlo, como las mujeres hacían. Ella le había pertenecido, sólo a él. Su asombrada negativa cuando él se le declaró antes de embarcar hacia la guerra no fue sino un engaño.

Si no hubiese sido por Beau, ella le habría estado esperando a su regreso. Aquello supuso el principio del fin.

¿Acaso no había trabajado hasta despellejarse las manos?, ¿no se había roto la espalda y sudado hasta partirse el alma para ofrecer una vida decente

a su familia? Y mientras él trabajaba —y fracasaba—, sudaba y perdía terreno, Beau seguía allí, sentado en su elegante casa blanca, y reía.

Y reía.

Pero Beau no se había enterado. A pesar de todo su dinero, de sus distinguidos trajes y sus coches elegantes, nunca se había enterado de que una vez, un día polvoriento de verano, cuando el aire era espeso e inmóvil, cuando el cielo ardía blanco de calor, Austin Hatinger había tomado lo que era suyo.

Recordaba aún la imagen de ella aquel día. Y el retrato en su mente era tan claro que sus manos temblaban y la sangre bombeaba, dura y caliente.

Ella se le acercó, llevándole un cesto hasta el porche, un gran cesto de paja lleno de caridad para él; para su hijo, que no paraba de berrear; para su mujer, que estaba tendida en la casa, pariendo entre sudores otro hijo.

Llevaba un vestido azul y un sombrero blanco que tenía un largo pañuelo de gasa azul atado a la copa. Madeline se ponía siempre etéreos pañuelos que ondulaban en el viento. El oscuro cabello estaba rizado bajo el sombrero de modo que enmarcaba la tersa piel de su rostro; una piel que mimaba con las lociones que el maldito dinero de Beau podía comprar.

Ella parecía una mañana de primavera cuando llegó paseando por el sendero hasta su maltrecho porche, los ojos suaves y sonrientes, como si no viese la pobreza, las grietas que rompían los escalones de cemento, la ropa hecha jirones secándose en el tendedero, las escuálidas gallinas picoteando en el polvo.

Su voz sonó con gran serenidad cuando le ofreció aquel cesto lleno de ropa de segunda mano que el dinero de Beau había comprado para los bebés que él había plantado en la mujer de Austin. Fue incapaz de escuchar otra cosa que aquella voz, para atender el débil quejido de su propia esposa diciéndole que ya era hora de que fuera en busca del médico.

Madeline quiso entrar, preocupada por la mujer que jamás habría yacido en su cama si no hubiese sido por la traición y el engaño.

—Anda, ve a buscar al médico, Austin —le dijo ella, con aquella voz tan cantarina como el agua de un manantial. La ternura que él vio en sus ojos dorados le abrió un agujero en las entrañas—. Date prisa y tráelo, yo me quedaré con ella y con tu pequeño.

No fue la locura lo que se apoderó de él. No, Austin jamás aceptaría algo así. Fue la justicia. El derecho y la cólera lo habían invadido cuando arrancó a Madeline del porche. La certeza retumbaba en su interior al empujarla sobre el polvo.

Sí, ella había fingido que no lo quería. Gritó y forcejeó, pero era mentira. El tuvo el derecho, el derecho concedido por Dios de hincarse dentro de ella. Poco importó que adoptara aquella máscara llorosa y suplicante, ella reconoció en su interior aquel derecho.

Y vació su semilla en ella. Al cabo de tantos años, todavía recordaba la potencia de aquella descarga. La manera en que su cuerpo se sacudía y estremecía al tiempo que la parte de él que era hombre fluía dentro de ella.

Madeline dejó de llorar. Él rodó por el polvo para quedarse boca arriba, mirando aquel cielo blanco. Ella se levantó y se marchó, dejándole con el

sonido del triunfo en los oídos y un sabor de amargura en la boca.

Y esperó, día tras día, noche tras noche, que Beau llegara. Su segundo hijo nació y su esposa yacía con el rostro pálido en la cama, y Austin esperaba, con el Winchester cargado y a punto. Y sufría con la necesidad de matar.

Pero Beau nunca llegó. Y supo entonces que Madeline había guardado su secreto. Y que lo había condenado.

Ahora Beau estaba muerto. También Madeline. Los habían enterrado juntos en el Cementerio de la Paz Bendita.

Ahora era el hijo, el hijo que había rodeado el círculo hasta el punto de partida. De generación en generación, pensó. El hijo de Beau había seducido y deshonrado a la hija de Austin. La muchacha estaba muerta.

La venganza era su derecho. La venganza era su espada.

Austin parpadeó y volvió a enfocar los ojos en los barrotes de luz. Barrotes que atravesaban los barrotes. Se habían ido deslizado con la caída del crepúsculo. Había estado sentado en el pasado por más de dos horas.

Había que pensar en el presente. Disgustado, miró los holgados pantalones azules que vestía. Ropas de presidiario. Se desprendería de ellas enseguida. Saldría pronto. El Señor ayudaba a quienes se ayudaban a sí mismos, y él encontraría la manera.

Volvería a Innocence y haría lo que tendría que haber hecho treinta años antes. Ahora mataría la parte de Beau que vivía en su hijo.

Y la balanza quedaría equilibrada.

Caroline salió al patio rebosante de flores y aspiró hondo el aire del verano. La luz se amansaba, avanzando con lentitud hacia el crepúsculo, y los insectos se agitaban entre la hierba. La embargaba esa deliciosa sensación de plenitud que había olvidado lo agradable que era.

La cena había sido algo más que comida servida en bandejas de plata antiguas. Había sido una lenta, casi lánguida pausa en el tiempo, plena de aromas y sabores y conversación. Teddy había hecho trucos de magia con su servilleta y los cubiertos. Dwayne, casi sobrio, había manifestado un notable talento para la imitación, encarnando a personajes cinematográficos de toda la vida como Jimmy Stewart y Jack Nicholson, y también a algunos del lugar como Junior Talbot.

Tucker y Josie hicieron que riera sin parar con enrevesadas historias, contadas con pelos y señales sobre escándalos sexuales que en su mayor parte habían ocurrido cincuenta o sesenta años atrás.

Tan diferente, pensó, de las cenas con su propia familia, en que su madre dictaba el tema de conversación apropiado y no se derramaba ni una gota en el mantel de damasco almidonado. Aquellas cenas habían sido tan sofocantes y desprovistas de vitalidad, que parecían más una reunión de empresarios que una comida en familia. Nunca habrían discutido los pecadillos de sus antepasados, y Georgia McNair Waverly no habría encontrado simpático que un invitado le sacara un tenedor para la ensalada de su corpiño.

Por supuesto que no.

Pero Caroline había disfrutado aquella noche más que cualquiera que pudiera recordar, y lamentaba que estuviera llegando a su fin.

—Pareces feliz —comentó Tucker.

—¿Y por qué no habría de estarlo?

—Lo digo porque es grato verte así, nada más. —La cogió de la mano, y lo que sintió al enlazar sus dedos con los de ella no fue tanto resistencia como inseguridad—. ¿Quieres dar un paseo?

Era un atardecer agradable, un lugar maravilloso, y sentía el ánimo sereno.

—De acuerdo.

En realidad no se trataba de un paseo, pensó ella, vagando entre los rosales y la densa fragancia de las gardenias. Era más como vagar. No había prisa, ni destino, ni problemas. Pensó que lo de vagar le iba a Tucker como anillo al dedo.

—¿Es aquello un lago? —preguntó ella al ver el brillo del agua a la luz agonizante del sol.

—Es Sweetwater —respondió Tucker. Para complacerla, cambió de dirección—. Beau se construyó la casa allí, en la orilla sur. Aún se ve parte de los cimientos.

Caroline vio algunas piedras aquí y allá.

—Qué vista tenían. Hectáreas y hectáreas de sus propias tierras. ¿Cómo se sentirá uno?

—No lo sé. Simplemente es así.

Insatisfecha, dejó vagar la mirada por la vasta llanura de campos de algodón. Ella era hija de la ciudad, donde incluso los ricos poseían sólo una pequeña propiedad y la gente se hacinaba en busca de espacio.

—Pero poseer todo esto...

—Esto te posee a ti. —Tucker se sorprendió de sus propias palabras, pero se encogió de hombros y terminó la idea—. No puedes volverle la espalda, sobre todo cuando lo has heredado. No puedes abandonarlo cuando recuerdas que los Longstreet han sido propietarios de Sweetwater desde hace casi dos siglos.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Alejarte de aquí?

—Quizá haya lugares que me gustaría conocer. —Se encogió de hombros otra vez con un gesto nervioso que Caroline reconoció y que no esperaba—. Pero bueno, viajar es complicado. Requiere un gran esfuerzo.

—No lo hagas.

La impaciencia que hubo en su voz hizo que Tucker esbozara una sonrisa.

—Todavía no he hecho nada. —Deslizó una mano por el brazo de Caroline—. Pero pienso en ello.

Se apartó de él, frustrada.

—Ya sabes a qué me refiero. De pronto actúas como si tuvieses algo en

mente que no sea decidirte por el camino más fácil. Y de repente, descartas esa posibilidad.

—Nunca he visto la ventaja de escoger el camino más difícil.

—¿Y qué me dices del camino más conveniente?

No solía encontrarse con mujeres que gustaran de discusiones filosóficas. Sacó un cigarrillo y se acomodó a la conversación.

—Bien, lo que conviene a unos no siempre es conveniente para otros. Dwayne se marchó de aquí y estudió para obtener una licenciatura que nunca le ha servido para nada, porque prefiere quedarse sentado y quejarse de cómo tendrían que haber sido las cosas. Josie se larga y se casa, dos veces, coge un avión hacia cualquier lugar con la excusa que sea, y siempre vuelve, fingiendo que las cosas están mejor de lo que pueden estar.

—Y tú, ¿qué? ¿Cuál es tu camino?

—Tomarme las cosas según vienen. Y el tuyo... —La miró de reojo—. El tuyo es pensar qué te va a venir antes de que llegue. Eso no significa que ninguno de los dos nos equivoquemos.

—Pero si consigues descifrarlo, y no es así como lo quieres, puedes cambiarlo.

—Puedes intentarlo. «Existe una divinidad que da forma a nuestro destino, aunque nos empeñemos en desfigurarlos.» —Aspiró el humo—. *Hamlet*.

Caroline lo miró largamente. Era el último hombre de quien hubiese esperado oír una cita de Shakespeare.

—Fíjate en ese campo de ahí. —Tucker le puso un brazo sobre los hombros con gesto amigable, e hizo que se volviera hacia donde señalaba—. El algodón, pongamos por caso, crecerá. La primera capa del suelo es mejor que medio metro de cualquier fertilizante. Fumigamos contra los malditos gorgojos y al final del verano cosechamos, se hacen las balas, se transportan, y se venden. Aunque yo me volviese loco, preocupándome de que todas estas cosas salgan como es debido, de nada serviría. Además, ya tengo un capataz para que se preocupe.

—Ha de haber algo más que eso... —empezó a decir ella.

—Estamos hablando en términos muy básicos, Caro. Se planta, se cosecha y, al final del proceso, todo acaba en un bonito vestido como el que ahora llevas puesto. Desde luego, podría pasarme noches enteras preocupándome por si tendremos bastante lluvia o demasiada. Por si los transportistas comenzarán una huelga, o por si los imbéciles de Washington la joderán otra vez y nos meterán hasta el cuello en una recesión. O bien darme el gustazo de una buena noche de sueño. Los resultados serían exactamente los mismos.

Con una risita, Caroline se volvió hacia él.

—¿Por qué tiene sentido lo que dices? —Preguntó, sacudiendo la cabeza—. Ha de haber algún fallo en toda esta lógica.

—Házmelo saber si lo descubres, pero creo que es sólida. Te pondré otro ejemplo: tú no me dejas que te bese porque te preocupa que pueda gustarte demasiado.

Caroline enarcó las cejas.

—Tu egocentrismo es increíble. O porque estoy segura de que no me gustará en absoluto.

—Como quieras —dijo él con tono simpático, mientras le rodeaba con el brazo la cintura—. Intentas buscar la respuesta antes de que surja el problema. Esa clase de reacciones no hace más que darte dolores de cabeza.

—¿Ah, sí? —El tono de su voz fue seco y mantuvo los brazos caídos a los lados.

—Fíate de mí, Caroline, porque lo he estudiado a fondo. Es como quedarte de pie en el borde de una piscina, preocupada por si el agua está demasiado fría. Te iría mejor que alguien te diera una patada en el culo y te tirase al agua.

—¿Es eso lo que estás haciendo?

Tucker sonrió.

—Podría decirte que lo hago por ti, para que te lances de una vez y dejes de pensar en qué pasaría si... Pero la verdad es que... —Inclinó la cabeza. Algo se retorció en el interior de Caroline cuando sintió el cálido aliento de Tucker sobre sus labios—. Desde que pienso en todo esto no puedo dormir. —Le dio un golpecito juguetón en la barbilla—. Y necesito mi sueño.

El cuerpo de Caroline estaba rígido mientras los labios de Tucker, ligeros como alas de mariposa, se posaban sobre los suyos. Seducción ensayada, se dijo ella, sintiendo el alocado latir de su corazón. No había olvidado lo astutos que eran algunos hombres a la hora de explotar las necesidades de una mujer.

—Puedes devolverme el beso si quieres —susurró Tucker contra su boca—. Si no lo haces, me daré el gusto solo.

Primero se deleitó en un paseo perezoso por el rostro de Caroline, trazando con sus labios una línea entre las sienes, por encima de los párpados cerrados, y bajando por las mejillas. La ternura estaba demasiado arraigada en él como para que pudiera ceder a su urgencia interior, que lo impulsaba a apresurarse y tomarla allí mismo. Se concentró en el primer estremecimiento de Caroline, en la gradual y gloriosa relajación del cuerpo femenino contra el suyo, en su respiración acelerada cuando él ponía de nuevo, despacio y con suavidad, su boca sobre la de ella.

Y la delicia de las delicias, sentir aquella lenta rendición femenina; oír su aliento, rápido y entrecortado; oler su perfume, que anulaba la fragancia del agua y de las sombras, mientras se besaban.

Esa vez, Caroline entreabrió los labios al primer roce. Como él aumentó la presión, aumentando su tormento por instantes, ella levantó las manos para aferrarse a sus brazos. El último pensamiento coherente de Tucker fue que el agua no estaba fría, pero que era mucho más profunda de lo esperado.

Ella era incapaz de pensar, tan fuerte era el rugido en sus oídos. Se había agarrado a él para mantener el equilibrio, pero pese a la desesperación con que se aferraba, el mundo seguía girando. Su cautela se disolvió en el aire y, con un gemido rápido y vulnerable, sucumbió al beso.

Tucker bebió de su boca. Pero aquello no bastaba. El sabor era caliente, meloso, y él anheló más. Lengua y dientes forzaron el beso a mayores

intimididades. El ansia aumentaba.

Él nunca hubiera supuesto que un beso doliera. No era normal que la cabeza le diera vueltas cuando ella se apretaba contra él de aquella manera. Ni que temblara cuando ella gemía su nombre.

Sabía qué implicaba desear a una mujer. Era una parte natural y placentera del hecho de ser hombre. No te desgarraba por dentro ni abría un agujero en las entrañas. No te temblaban las piernas de tal forma que temieras caer de rodillas y ponerte a suplicar.

Sintió que oscilaba en un saliente estrecho y elevado. El instinto de conservación hacía que agitara los brazos y se tambaleara hacia atrás antes de caer. Puso las manos sobre los hombros de Caroline con cuidado y la separó un poco de su cuerpo. Apoyó la frente contra la de ella, luchando por recuperar el aliento.

Caroline dejó sus temblorosas manos apoyadas en las caderas de Tucker. Poco a poco, envuelta en una bruma de sensaciones, forzó a sus pensamientos a salir a la superficie para retenerlos. Hacía demasiado tiempo que no experimentaba el bienestar de un abrazo, que no sentía el deseo genuino en los labios de un hombre. Esas razones bastaban para justificar que, por un momento, hubiera perdido la cabeza.

Pero volvía a ser ella misma. La sangre había dejado de latir en sus sienes. Oía el zumbido de los insectos, el croar de las ranas. El dulce canto de tres notas de un chotacabras.

La luz se ensombrecía, atrapada en ese último momento mágico entre día y noche. El día se iba perdiendo, se desvanecía, llevándose el calor de la pasión consigo.

—Supongo que los dos podríamos estar equivocados —dijo Tucker.

—¿Sobre qué?

—Tú por pensar que no te gustaría; yo por pensar que en cuanto te besara, dormiría mejor. —Respirando hondo, alzó la cabeza—. Mira, Caroline, desear a una mujer siempre ha sido placentero para mí. Desde que yo tenía quince años, y Laureen O'Hara y yo nos quitamos la ropa en el establo de su padre, eres la primera mujer que ha complicado ese placer.

Ella quería creerle; pensar que lo que él acababa de sentir era más difícil, más íntimo, más peligroso que cuanto había sentido antes en su vida. Y porque lo creyó, tuvo tanto miedo que quiso sacarse a Tucker de encima enseguida.

—Creo que sería mejor si lo dejáramos correr.

Él fijó la mirada en sus labios, hinchados y blandos del contacto con los suyos.

—¡Que te lo has creído! —repuso Tucker con tono suave.

—Lo digo en serio. —Un asomo de desesperación se intuyó en su voz—. Acabo de salir de una relación destructiva y no tengo intención de comenzar otra. Y tú... Bien, tienes demasiadas complicaciones en este momento, para añadirle una más.

—En circunstancias normales, es probable que estuviera de acuerdo contigo. ¿Sabes que tu cabello parece un halo con esta luz? Quizá quiera una

oportunidad para redimirme. El ángel y el pecador. Dios lo sabe, es una de las muchas diferencias que hay entre nosotros.

—Eso es lo más ridículo...

Tucker levantó la mano de repente, y fue tan rápido que ella se tragó el resto de sus palabras cuando sintió que la agarraba del cabello. Y cuando habló, su tono moderado tenía un matiz acerado.

—Hay algo en ti, Caroline (no sé qué diablos es), que me obsesiona en los momentos más extraños. Suele haber una buena razón para esta clase de reacciones. Imagino que ya saldrá, tarde o temprano.

—Mi tiempo no transcurre como el tuyo, Tucker. —Caroline pensó que su voz sonaba admirablemente serena, sobre todo porque sentía los desbocados latidos de su corazón en la garganta—. Dentro de unos pocos meses estaré en Europa. Y un fugaz idilio de verano no entra en mis planes.

La sombra de una sonrisa se dibujó en la boca de Tucker.

—Es cierto que haces planes. Acabo de darme cuenta. —Se inclinó y aplastó sus labios contra los de ella en un beso duro y breve, que hizo que se tambaleara sobre los tacones—. Serás mía, Caroline. Tarde o temprano seremos uno del otro. Dejaré que el momento propicio lo elijas tú.

—Ése es el comentario más escandalosamente arrogante y más ofensivamente machista que he oído en mi vida.

—Depende de tu punto de vista —dijo Tucker en tono afable—. Yo te lo he dicho como una advertencia leal. Pero no quiero que te pongas nerviosa y se te corte la digestión. —Cerró la mano sobre la suya, y tiró de ella en dirección a la casa. Las luciérnagas centelleaban y bailaban en la creciente oscuridad—. ¿Por qué no nos sentamos en el porche un rato?

—No tengo intención de sentarme contigo en parte alguna.

—Cariño, si me hablas así, pensaré que me encuentras irresistible.

Ella soltó una carcajada que le hizo sonreír.

—El día que no pueda resistirme a un don Juan del Sur profundo...

El turno de soltar la carcajada le tocó a él, que la levantó en el aire para darle una vuelta en círculo.

—Me vuelve loco que seas tan deslenguada. —Le dio un beso arrebatador—. Estoy seguro de que fuiste a uno de esos elegantes internados suizos para señoritas.

—No fui, y ahora, déjame en el suelo —dijo, retorciéndose un poco—. En serio, Tucker. Alguien viene.

No la bajó, pero miró hacia el césped. Dos faros avanzaban a una buena velocidad.

—Supongo que tendremos que conformarnos con dar un paseo hasta allí para ver quién viene de visita.

La llevó en brazos, tanto para aturullarla como por el placer de tener su cuerpo, largo y esbelto, entre los brazos. Y se le ocurrió que en cuanto a ella se le pasara la irritación, apreciaría el romanticismo que había en su gesto.

—Ha salido la primera estrella —dijo él con tono conversador, y ella emitió un ruido que sonó sospechosamente como un gruñido.

—¿Sabes que no pesas más que un saco de harina? Aunque eres mucho más agradable al tacto.

—El hombre es poeta —dijo Caroline entre dientes, y deseó no tener tanto sentido del humor.

El no pudo resistirse.

—«Bella como una estrella cuando una sola brilla en el firmamento.» — Recitó con una sonrisa—. Supongo que Wordsworth lo dijo mejor, ¿eh?

Antes de que ella tuviera tiempo de pensar una respuesta apropiada, él la dejó en el suelo, le dio una palmadita amistosa en el trasero, y saludó con la mano a Bobby Lee, que en ese momento se bajaba de su oxidado Cutlass.

—Oye, chico, ¿no tendrías que estar por ahí dándole caña a Marvella?

—Tucker. —Bobby Lee se atusó su maltrecho tupé. A la luz de los faros que había olvidado apagar, su rostro se veía pálido, de miedo o de emoción—. He venido en cuanto he podido. —Entonces hizo un gesto con la cabeza en dirección a Caroline—. Buenas noches, señorita Waverly.

—Hola, Bobby Lee. Si me disculpáis, antes de marcharme quisiera dar de nuevo las gracias a Della por la cena.

No había avanzado ni un paso cuando Tucker la cogió de la mano.

—Aún es pronto. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó a Bobby Lee.

—Junior ha llegado con tu coche esta tarde. Cielo santo, Tucker, ¡estaba hecho cisco!

Tucker frunció el entrecejo y se llevó los dedos con tiento a la cabeza vendada.

—Sí, es como para que se te parta el corazón. Apenas tenía ocho mil kilómetros. ¿Tiene el eje torcido, entonces?

—Pues sí. Torcido y hecho mierda, con perdón de la señorita. En cuanto lo hemos subido con la plataforma, lo hemos visto enseguida. Nosotros pensábamos que tendrías que llevarlo con una grúa hasta Jackson, pero en vista de que no hemos tenido un buen accidente desde que Bucky Larsson le endiño un siniestro total a su Buick en la carretera Sesenta y uno durante la tempestad de nieve en enero pasado, le hemos echado un vistazo.

Tucker acomodó la cadera contra el Cutlass.

—Ese Buick tenía pinta de haber sido arrollado por un tanque cuando lo trajo la grúa. Nunca entendí que Bucky saliera de aquello con la clavícula rota y dieciocho puntos de sutura nada más.

—De vez en cuando tiene una mirada un poco rara —añadió Bobby Lee—. Claro que, ahora que lo pienso, siempre ha sido así.

Tucker asintió.

—Su madre tropezó con un nido de víboras cuando lo llevaba en el vientre. Tal vez eso le afectó y se quedó un poco tonto.

A Caroline se le pasaron las ganas de marcharse.

Pero tuvo que reprimir el impulso de llevarse las manos a la cabeza y soltar una carcajada estruendosa.

—¿Has hecho todo el camino hasta aquí para decir a Tucker que tiene el coche hecho polvo?

Los dos hombres la miraron con idénticas expresiones de confusión. Para ellos era evidente que Bobby Lee estaba preparando el terreno para lo que hubiera ido a decir.

—No, señorita —respondió cortés—. He venido a explicarle la razón de que su coche esté hecho polvo. Este Tucker que ve aquí es un as del volante. Todo el mundo lo sabe.

—Gracias, Bobby Lee.

—Lo digo tal como es. Bien, la cuestión es que Junior me comentó que no había señales de que hubieras derrapado, ni nada por el estilo.

—Los frenos no funcionaban.

—Ya. Me lo dijo. Así que empecé a pensar en ello. Y como la vieja de Junior no paraba de llamar, quejándose de que había prometido a ella y a la pequeña que bajarían a Greenville a cenar espaguetis, le dije que yo me quedaría a cargo de la gasolinera. Los domingos está todo muy tranquilo, y decidí echar un vistazo a esos frenos.

Se sacó una pastilla de chicle del bolsillo, lo desenvolvió y se lo metió en la boca.

—Me fijé bien en los manguitos, y también en la bomba hidráulica para la dirección asistida. No lo habría visto si yo no hubiese sido tan curioso. Pero lo he visto.

—¿Visto qué? —exigió Caroline cuando Tucker pareció conformarse con dejar que el silencio se alargara. —Tiene los manguitos agujereados. No podridos ni nada por el estilo, sino agujereados con algo. Como con una lezna, o quizá con un punzón para el hielo. Es lógico que haya perdido líquido. Por eso se agarrotó la dirección, ¿entiendes? Si lo hubieses advertido, habrías podido hacer algo, pero al entrar en una curva a buena velocidad, el coche siguió recto hacia adelante. Entonces pisaste el freno, y te sirvió para menos que las tetas a un toro. Con perdón, señorita Waverly.

—¡Dios mío! —Exclamó Caroline clavando los dedos en el brazo de Tucker—. ¿Estás diciendo que alguien sabotó el coche adrede? Podría haberse matado.

—Es posible —convino Bobby Lee—. Aunque más bien se habría hecho polvo. Todo el mundo de por aquí sabe que Tucker maneja un coche tan bien como esos tipos de la Fórmula uno.

—Te agradezco que hayas venido a decírmelo. —Tucker tiró el cigarrillo, siguiendo con la mirada el arco de la colilla encendida. Estaba furioso. La ira le hacía hervir la sangre, y necesitaba sentarse un momento—. ¿Has quedado con Marvella para esta noche?

—Sí.

—Entonces ve y cuéntale al sheriff lo que acabas de decirnos. Pero sólo a él, ¿entiendes? No lo comentes con nadie más.

—Como quieras.

—Por ahora te agradecería que lo dejásemos como está. Anda, vuelve al pueblo antes de que Marvella te eche una bronca por llegar tan tarde.

—Supongo que eso haré. Hasta pronto, Tucker. Buenas noches, señorita Waverly.

Caroline no habló hasta que las luces traseras del Cutlass desaparecieron de su vista.

—Quizá se haya equivocado. Es sólo un muchacho.

—Pero también es uno de los mejores mecánicos del condado. Y todo encaja. Si no hubiese tenido la cabeza como un bombo, me habría dado cuenta yo mismo. Ahora tengo que pensar a quién molesto tanto como para crearme problemas.

—¿Problemas? —Repitió Caroline—. Tucker, me importa un rábano qué piensa Bobby Lee acerca de tu habilidad sobrehumana con un coche, podrías haberte hecho daño de verdad, incluso matarte.

—¿Te preocupas por mí, cariño? —Aunque su mente estaba trabajando en otra dirección, sonrió y le frotó los brazos con las manos—. Me gusta.

—No seas tonto.

—Caro, no te enfades. Aunque, Dios, cuánto me gustas cuando te sulfuras.

—No voy a quedarme aquí —repuso ella con tono frío—, dejando que me acaricies la cabeza y me des largas como a una fémina inútil. Te estoy ofreciendo mi ayuda.

—Qué amable de tu parte. No... —La agarró cuando ella masculó algo y giró sobre sus talones—. Lo digo en serio. Pero hasta que pueda reflexionar a fondo sobre todo esto, no hay ayuda que valga.

—Para mí resulta evidente que tuvo que ser alguien próximo a Edda Lou Hatinger. —Echó la cabeza hacia atrás—. A menos, por supuesto, que tengas una lista de mandos celosos que repasar.

—Nunca salgo con mujeres casadas. Salvo aquella vez... —empezó, y captó la mirada de Caroline—. No importa, Austin está en la cárcel, y no me imagino a la pobre Mavis metiéndose debajo de mi coche con un punzón de picar el hielo.

Caroline alzó el mentón.

—Tenía hermanos.

—Es cierto. —Tucker apretó los labios, pensativo—. Vernon no distinguiría un cigüenal de un poste de valla. Además, la malicia no es un rasgo suyo. Es más abierto, como su padre. Y el pequeño, Cy..., jamás le he visto un asomo de crueldad.

—Podrían haber contratado a alguien.

Tucker soltó un bufido.

—¿Con qué dinero? —Suavemente posó los labios en su sien—. No te inquietes. Lo consultaré con la almohada.

Mirándole fijamente, retrocedió un paso.

—Creo que lo harías. Creo que eres capaz de cerrar los ojos y dormir como un bebé, incluso después de esto.

—Ya me he cargado el coche y golpeado la cabeza —puntualizó él—. No permitiré que la persona que me ha hecho esto tenga el placer de quitarme el sueño, además. —En sus ojos asomó aquella mirada que ella empezaba a reconocer. Un fulgor que disparaba las señales de alarma en su cerebro y los

temblores en su corazón—. Lo único que me quita el sueño por las noches eres tú. Mira, si pudiésemos... —Se interrumpió al ver otro par de faros en el camino—. Cielos, esta noche las cosas están que arden.

—Yo me marcho —dijo Caroline, resuelta—. Llamaré a Della mañana y le daré las gracias.

—Espera un momento. —Estaba intentando identificar la marca del coche. Lo único que supo con certeza fue que se le había roto el silenciador. El ruido que hacía despertaría a los muertos. Era difícil creer que el lento Lincoln negro que se detuvo vacilante detrás del BMW de Caroline fuera tan estridente.

Cuando la portezuela se abrió y una mujer menuda de cabello blanco, vistiendo una camiseta teñida a colores, vaqueros azules y botas militares, se apeó del coche, Tucker soltó una carcajada, sonriendo de oreja a oreja.

—Prima Lulú.

—¿Eres tú, Tucker? —Tenía una voz como un tren de mercancías, fuerte y rasposa y llena de polvo—. ¿Qué haces aquí en la oscuridad con esta chica?

—Menos de lo que yo quisiera. —Tucker se acercó a Lulú en dos zancadas, y se dobló casi por la mitad para besarla en la empolvada mejilla, fina como el papel—. Tan bonita como siempre —declaró. Ella soltó una risita y le dio un manotazo.

—Tú sí que eres bonito. Mira, se parece a tu madre más que ella misma. Tú, sí, tú —exclamó, señalando a Caroline con un dedo huesudo—. Acércate donde yo pueda verte bien.

—No la asustes —advirtió Tucker—. Prima Lulú, ésta es Caroline Waverly.

—Waverly... Waverly. No eres de por aquí. —Miró a Caroline de arriba abajo con sus brillantes ojos de pajarillo—. No es tu tipo preferido de mujer, Tucker. No parece que le sobre mucho por arriba ni parece que tenga cabeza de mosquito.

Caroline lo pensó un momento.

—Gracias.

—¡Una yanqui! —Lulú profirió un alarido que habría hecho añicos un cristal—. Jesucristo en bicicleta, si es una yanqui.

—Sólo a medias —dijo Tucker de inmediato—. Es la nieta de la señorita Edith.

Lulú aguzó los ojos.

—¿Edith McNair? ¿George y Edith?

—Sí, señora —dijo Caroline, con tono modesto—. Estoy pasando el verano en la casa de mis abuelos.

—Han muerto, ¿verdad? Sí, han muerto, pero nacieron y se criaron en Misisipí, y eso cuenta para algo. ¿Es tuyo, niña, o es una peluca?

—Mi... —Con un gesto automático, Caroline se llevó una mano al cabello—. Es mío.

—Bien. Me fío de las calvas menos aún que de los yanquis. En fin, ya veremos. Tucker, entra mis maletas y ponme un coñac. Necesito que llames a

ese Talbot por lo de mi coche. He perdido el silenciador en algún rincón de Tennessee. O quizá fue en Arkansas. —Se detuvo al pie de los escalones—. Bien, niña, vamos.

—Yo... estaba a punto de marcharme.

—Tucker, di a esta chica que cuando yo me ofrezco a tomar un coñac con un yanqui, será mejor que ese yanqui beba.

Con esas palabras, Lulú ascendió, ruidosa, los peldaños, con sus botas militares.

—Todo un personaje, ¿eh? —comentó Tucker mientras apagaba el contacto del coche.

—Sí, todo un personaje —convino Caroline, y decidió que, en realidad, un coñac le sentaría de maravilla.

12

Cy Hatinger tenía las palmas de las manos sudorosas. El resto de su cuerpo no es que estuviera el desodorante—no—te—abandona, como decían en los anuncios. Le sudaban las axilas, a pesar de su meticulosa aplicación del desodorante en barra. Ya tenía pelo ahí, desde casi principios de año. Entre las piernas, también. Eso le emocionaba, y le avergonzaba al mismo tiempo.

Su sudor era el sudor de la juventud, limpio e inofensivo en general. Lo causaba la mezcla del pesado calor matinal y de su propio miedo y la emoción. Lo que estaba a punto de hacer provocaría los latigazos de la ira sagrada de su padre.

Pedir trabajo a los Longstreet.

Claro que con su padre en la cárcel, se sentía algo más tranquilo. Pero ese hecho le provocaba pequeños ardores de culpabilidad que le hacían sudar aún más.

«¿No te alegras de usar este desodorante? —pensó—. ¿No te gustaría que todos lo usaran?»

No sabía por qué pensaba en anuncios, a menos que fuera porque su madre tenía el viejo televisor encendido día y noche. «Me hace compañía», solía decir, retorciéndose las manos y mirándole con ojos apagados y enrojecidos. Se pasaba casi todo el día llorando, y apenas era consciente de su presencia o de la de Ruthanne.

Solía encontrársela en el maltrecho y desteñido sofá. Era mediodía —aún llevaba puesto el albornoz—, y allí estaba, sentada con un cesto de ropa sucia a los pies, sorbiendo por las narices y viendo el culebrón *Days of Our Lives*. A esas alturas, Cy no tenía la seguridad de si las lágrimas eran por ella o por las penas y desgracias de la gente en aquella mítica ciudad de Salem.

Para Cy, las familias Horton y Brady, de Salem, eran más reales que su madre, vagando cada noche por la casa como un fantasma mientras se oía el zumbido del televisor, escupiendo el monólogo de Lena o reposiciones de comedias o anuncios de novedades como el aplaudidor automático, aquel mágico adelanto de la sociedad moderna que permitía encender las luces y apagar los televisores con sólo dar unas palmadas.

Era como si felicitaras a un electrodoméstico, y para Cy tenía algo de siniestro.

Se imaginaba a su madre con uno de esos aparatos, llorando en la habitación de al lado y aplaudiendo hasta que las luces se encendían y la tele se ponía en marcha.

«Gracias, gracias —diría la polvorienta pantalla—. Y ahora, fíjense bien, aquí tenemos al reverendo Samuel Harris, que mostrará a todos los pecadores el camino para cruzar las puertas del paraíso.»

Sí, claro. Su madre tenía cariño a todos aquellos programas religiosos, con sus reverendos de voces hipnóticas censurando el pecado y negociando la salvación a golpe de cheques de caridad.

Cuando volvió el día anterior a casa, después de ir a pescar con Jim,

pasó por la cocina, siguiendo la música del órgano y los gritos de «¡aleluya!», hasta la sala, donde encontró a su madre con la mirada de sus ojos vidriosos clavada en la pantalla. Se asustó un poco, porque por un momento, sólo por un momento, el rostro del predicador de la televisión se convirtió en el de su padre, y los ojos omnipresentes de Austin lo miraron directamente a él.

«Tienes vello entre las piernas y pensamientos perversos en la cabeza —le había acusado su padre—. El siguiente paso es la fornicación. ¡*La fornicación!* Es el instrumento de Satanás lo que llevas entre las piernas, chico.»

Caminando por el polvoriento borde del camino, Cy se colocó bien el instrumento de Satanás, que parecía haberse encogido con el recuerdo de aquella voz.

Cy se dijo que su padre no podía verle, y se pasó el antebrazo por la sudorosa frente. Estaba en la cárcel, y era muy probable que permaneciera en ella por un tiempo. Lo mismo que A. J., que había pasado de birlar paquetes de cigarrillos y chokolatinas en el supermercado al robo de coches a mano armada. En el instante mismo que las puertas de la celda se cerraron tras la espalda de su hermano mayor, su padre dijo que él nunca había tenido un hijo llamado Austin Joseph. Ahora que su padre se encontraba en el mismo aprieto, Cy se preguntaba si eso significaría que ya no tenía padre.

El dulce alivio que sintió ante esa posibilidad provocó otro ataque de culpabilidad en él.

No pensaría en su padre, sino en conseguir el trabajo. Cy sabía que su madre le habría prohibido pisar Sweetwater. Su pálida mirada pastosa habría aparecido en sus ojos, la misma que ponía cuando su padre decidía que ella necesitaba un castigo.

«¿Qué pecados habrá cometido mi madre? —Se preguntó Cy, apretando los puños—. ¿Qué pecados serán esos que ella debe lavar con su propia sangre?»

Y cuando los ojos morados o los labios partidos o las costillas magulladas la habían salvado de Satanás, ella decía a los vecinos que había caído. Si el sheriff pasaba por la casa, ella lo miraba con aquella espantosa sonrisa aterrada e insistía, una y otra vez, que se había caído rodando por los escalones del porche. No importaba con cuánta brutalidad cayeran los duros puños de su padre sobre ella, su mamá permanecería siempre a su lado.

Por eso, a sabiendas de que ella le habría prohibido ir a Sweetwater, Cy no se lo había dicho.

Su madre se daba cuenta de tan pocas cosas últimamente, aparte de su mundo televisivo y las llamadas quejumbrosas al abogado, que Cy no había tenido problemas para escabullirse de la casa aquella mañana. Ni siquiera se había apresurado al salir porque sabía que si ella miraba por la ventana y lo veía bajando por el camino, su mirada se posaría en él un instante y luego volvería a la pantalla.

Después de cinco kilómetros por la carretera, cogió el camino de Gooseneck, y tuvo suerte de que pasara el viejo Hartford Pruett, que lo llevó unos kilómetros en su camioneta Chevrolet. A partir de allí, le quedaba una caminata de casi siete kilómetros hasta Sweetwater.

Tenía una sed espantosa cuando llegó al maltrecho buzón de la casa de

MacNair. Sentía el calor retumbando en su cuerpo desde las suelas de los zapatos. Tenía la garganta seca y áspera como la lija. En el silencio de la mañana, oyó la voz del padre de Jim cantando una dulce melodía negra.

La nostalgia se apoderó de él con tal fuerza que no tuvo más remedio que quedarse allí de pie, indefenso. Sabía —porque Jim se lo había contado— que su amigo había sentido en el culo el golpe de la enorme mano de su padre, endurecida por los callos. Una vez, cuando Jim contaba cuatro años y se perdió en la ciénaga, su padre lo encontró y le zurró con una ramita en las piernas, eso hizo que Jim bailara una jota todo el camino de regreso a casa.

Pero nunca se había abalanzado contra él con los puños en alto, ni lo había encerrado dos días en su habitación a pan y agua. Según Jim, su padre jamás, ni una sola vez, le había levantado la mano a su madre.

Y Cy había visto la mano de Toby posarse suavemente, y con cierto orgullo, en el hombro de Jim, y también cómo se iban de paseo, con las cañas de pescar sobre el hombro. Y aunque no se tocaran, sabías que iban juntos.

La garganta le ardía de una manera espantosa, y Cy resistió el impulso de seguir el camino para ver a Jim y su padre pintando la fachada de la casa de la señorita Edith. Sabía que Toby se volvería, le sonreiría con aquellos dientes blancos que dibujaban una luna en la oscura piel de su rostro; una piel donde aún se veían las cicatrices que el propio padre de Cy le había hecho veinte años antes.

«Mira quién viene, Jim —diría Toby—. Me da la impresión de que este muchacho tiene ganas de pintar. Hemos traído unos deliciosos emparedados de tomate para almorzar. Si coges una brocha y te pones a trabajar, tal vez guarde uno para ti.»

Cy deseó con toda el alma ir hacia ellos. Casi sentía que su cuerpo se inclinaba en aquella dirección aunque tuviera los pies plantados en la pista de tierra salpicada de matojos de hierba.

«Ningún hijo mío irá con negros. —La voz de Austin penetró en la mente de Cy como un cuchillo oxidado—. Si el Señor quisiese que anduviéramos con ellos, los habría hecho blancos.»

Pero no fue eso lo que obligó a Cy a no seguir el camino, sino saber que si pasaba la mañana pintando y comiendo emparedados de tomate con Jim y su padre, nunca reuniría el valor suficiente para caminar el último kilómetro hasta Sweetwater.

Tenía la desteñida camisa a cuadros pegada a la piel cuando cruzó la verja de hierro forjado. Había andado casi trece kilómetros bajo un calor que se intensificaba por momentos, y deseó haber desayunado antes de salir. Tan pronto le gruñía el estómago como le daban retortijones, y con el sudor frío le entraban náuseas. Cy se sacó un desteñido pañuelo del bolsillo trasero y se enjugó el rostro y el cuello. Quizá era mejor no haber desayunado, porque estaba seguro de que si tuviese algo en el estómago, lo echaría en cualquier momento. Además, no había cenado la noche anterior, medio enfermo después del atracón de tarta de limón que se dieron donde fueron a pescar.

Sólo de pensar en la tarta de limón, el estómago le dio un vuelco. Tuvo que tragar dos veces con fuerza para calmarlo. Miró con nostalgia hacia la hierba fresca y verde que bordeaba la hilera de magnolios. Le apetecía mucho tumbarse allí un momento, y hundir el ardoroso rostro en la dulce hierba.

Pero pensó que si alguien lo veía, jamás conseguiría el trabajo.

Y siguió andando.

Había estado en Sweetwater sólo en dos ocasiones. A veces pensaba que se había imaginado lo grande que era, con sus muros blancos y aquellas ventanas, altas y resplandecientes. Pero no era tan grande en su imaginación como en la realidad. A Cy le asombraba que allí vivieran, comieran y durmieran personas, él, que había estado toda su vida hacinado en una choza con un patio de tierra.

Mareado por el calor y el hambre, Cy se quedó mirando la casa, el sol bañaba sus blancas paredes y las ventanas resplandecientes. Los vapores que la gravilla desprendía en una bruma trémula hacían que la mansión pareciera encontrarse bajo el agua. Un palacio acuático, pensó, y recordó vagamente haber leído algo sobre tritones y sirenas que vivían en el mar.

Le daba la sensación de que se abría paso entre las aguas. Sus pasos eran lentos y pesados, y el aire que respiraba era como un líquido denso y caliente que le quemaba la garganta en lugar de refrescársela. Un poco nervioso, bajó la vista para mirarse los pies, y no hubiese podido decir si se sintió aliviado o decepcionado al verse los zapatos, agrietados y polvorientos, en lugar de una resplandeciente cola con escamas.

La fragancia de las flores era intensa mientras rodeaba el parterre de peonías donde su padre, pocos días antes, había dejado hecho polvo a Tucker.

Cy deseó que la señorita Della le abriera la puerta. Le gustaba la señorita Della con su salvaje cuello rojizo y su bisutería de mil colores. En una ocasión, ella le había dado una moneda de veinticinco centavos sólo por llevarle las compras del mercado al coche. Y puesto que la señorita Della tenía buenos músculos en los brazos, Cy supo que se habría ahorrado aquel dinero trasladando las bolsas ella misma.

Si le abría la puerta, quizá le pidiera que entrase por atrás. Cuando llegara a la cocina, le daría un vaso de limonada fresca y tal vez una galleta. Entonces, él se lo agradecería con mucha educación, y le preguntaría si Lucius Gunn andaba por allí, porque quería saber si el capataz tendría trabajo para él.

Un poco aturdido, se encontró en el porche, delante de la gran puerta tallada con su aldaba de bronce lustrado. Se pasó la lengua por los labios resecaos, y alzó la mano.

La puerta se abrió de golpe antes de que él alcanzara la aldaba. De pie frente a él no estaba la señorita Della, sino una anciana menuda, con los labios pintados de color naranja, y que llevaba algo parecido a una pluma de águila en el cabello. Cy no sabía que las piedras brillantes que rodeaban su arrugado cuello eran diamantes rusos. Iba descalza, y con un par de bongos bajo el brazo.

—Mi bisabuelo por parte de madre era medio chickasaw —le dijo Lulú, mientras él la miraba boquiabierto—. Quizá hubo un día en que mis antepasados arrancaron el cuero cabelludo a uno de los tuyos.

—Sí, señora —repuso Cy, a falta de algo mejor que decir.

La boca teñida de naranja de Lulú se abrió en una sonrisa.

—Qué maravillosa mata de cabello tienes, muchacho.

—Eché hacia atrás la cabeza y lanzó tal alarido de guerra que Cy se tambaleó.

—Yo sólo... yo sólo... yo sólo... —fue lo único que consiguió decir Cy.

—Prima Lulú, has dado un susto de muerte a este chaval. —Tucker apareció en la puerta. Con una sonrisa indulgente se dirigió Cy—: Sólo está bromeando. —Tardó un instante en identificarle, y su sonrisa desapareció—. ¿Qué puedo hacer por ti, Cy?

—Yo... yo he venido a buscar trabajo —dijo, y cayó hacia adelante en un desmayo fulminante.

Algo goteó por las sienes de Cy mientras recobraba el conocimiento. Por un momento de terror creyó que era su propia sangre que brotaba donde la señora loca le había arrancado la cabellera. Forcejeó débilmente contra el espeso mundo de la inconsciencia e intentó incorporarse.

—Espera un momento, muchacho.

Era la voz de Della, y Cy sintió tal alivio al escucharla que casi flotó hasta perder el sentido de nuevo. Pero ella le dio unas palmaditas en las mejillas hasta que abrió los ojos.

Llevaba pendientes de madera pintados en forma de loro. Cy contempló cómo se balanceaban mientras ella le refrescaba la frente con un paño húmedo.

—Has caído en redondo —le dijo con tono alegre—.

Si Tucker no hubiese sido lo bastante rápido para cogerte, te habrías abierto el cráneo contra el porche. —Poniéndole una mano en la nuca para alzarle un poco la cabeza, le acercó un vaso a los labios—. Yo iba bajando por las escaleras y lo he visto. Creo que Tucker no ha reaccionado a esa velocidad desde que su padre descubrió que él había roto uno de los cristales del solano.

Por encima del respaldo del sofá, Lulú se encorvó hacia él hasta detenerse a unos centímetros de su rostro. Olía como un arbusto de lilas, pensó Cy.

—Yo no quería asustarte, chico.

—No, señora. Yo sólo... Creo que me ha dado demasiado el sol.

Dándose cuenta de la humillación que había en la voz del muchacho, Tucker se acercó.

—No lo miméis tanto. No es la primera persona que se desmaya en esta casa.

Della se volvió hacia él como un resorte, pero al ver la suave advertencia en los ojos de Tucker, comprendió.

—Tengo trabajo que hacer. Prima Lulú, te agradecería que me acompañaras arriba. He pensado cambiar las cortinas en la sala rosa.

—No veo por qué. —Pero Lulú estaba lo bastante interesada como para seguirla.

Al quedarse a solas, Tucker se sentó a la mesita del café.

—La prima Lulú ha desarrollado un gran interés por su herencia india.

—Sí, señor. —Cy, que se sentía humillado más allá de cualquier redención, se puso de pie con movimientos vacilantes—. Supongo que será mejor que me vaya.

Tucker alzó la cabeza y vio su pálido rostro, con sendas manchas de vergüenza enrojeciendo los huesudos pómulos.

—Has andado un largo camino para hablar de trabajo. —«Unos quince kilómetros. ¡Qué barbaridad! ¿Lo habrá hecho todo a pie, con este calor?»—. ¿Por qué no te vienes conmigo a la cocina? Estaba a punto de tomar algo. Desayuna conmigo y así me cuentas a qué has venido.

Cy sintió una punzada de esperanza en medio de la nebulosa.

—Sí, señor. Se lo agradezco.

Hizo todo lo posible por no quedarse boquiabierto mientras seguía a Tucker por el pasillo con sus suelos resplandecientes. Había cuadros en las paredes que eran más hermosos y elegantes que cualquier cosa que hubiera visto antes. Tuvo ganas de tocarlos, pero mantuvo los brazos caídos a los lados del cuerpo.

En la cocina, con mostradores rosados y brillantes azulejos blancos, la luz era dorada y serena.

Los jugos gástricos de Cy empezaron a agitarse en el instante que Tucker abrió la puerta de la nevera y reveló un estante encima de otro repletos de comida. Cuando sacó una fuente de jamón, a Cy casi se le saltaron los ojos de las órbitas.

—Siéntate mientras frío un poco de esto.

Cy se lo habría comido frío. Cielos, se lo habría comido incluso crudo, pero reprimió un gemido y se sentó.

—Sí, señor.

—Creo que también hay unos panecillos por aquí. ¿Quieres café o una coca-cola?

Cy se frotó las manos húmedas en los muslos.

—Una coca-cola estaría bien, señor Longstreet, gracias.

—Supongo que puedes llamarme Tucker, considerando que te has desmayado en mi porche. —Tucker abrió una botella de medio litro fría y la dejó delante de Cy.

Antes de que pusiera un par de lonjas de jamón en la sartén, Cy se había engullido media botella. Soltó un eructo y su pálido rostro se tornó rojo como una rosa de verano.

—Perdón —murmuró, y Tucker reprimió una risita.

—Esas burbujas no perdonan. —El jamón chisporroteaba, atormentando a Cy con su aroma, y Tucker le lanzó un panecillo frío—. Toma, remójalas con un poco de esto. Calentaré los demás en este horno atómico. Si consigo descifrar cómo funciona.

Mientras Tucker investigaba el microondas, Cy devoró el panecillo con dos ávidos mordiscos. Tucker, que lo advirtió por el rabillo del ojo, decidió agregar huevos al jamón. Aquel muchacho comía como un lobo hambriento.

Los huevos quedaron un poco crudos en el centro y rizados en el borde,

pero los ojos de Cy se abrieron al máximo de gratitud cuando Tucker le puso el plato delante.

Mientras comían, Tucker escudriñaba el rostro del chico que engullía los huevos con jamón.

«Un muchacho guapo», pensó. Por algún motivo, Cy le recordaba una imagen del apóstol Juan que había visto en la Biblia familiar. Joven y frágil e iluminado por una luz interior. Pero era flaco como un palillo, no con la delgadez propia de los adolescentes, sino que estaba escuálido, con las articulaciones puntiagudas y las muñecas como ramitas. «¿Qué coño hace ese hijo de puta? —se preguntó—. ¿Matar de hambre a sus hijos para que ganen el cielo?»

Paciente, aguardó a que Cy terminara hasta el último rastro de huevo con el pan.

—Nos has dicho que buscas trabajo, ¿verdad? —Empezó Tucker, y Cy asintió con la cabeza, la boca aún llena—. ¿Tienes alguna idea concreta?

Cy tragó con fuerza.

—Sí, señor. He sabido que piensa contratar peones para el campo.

—En general, Lucius es el encargado de contratar a los jornaleros —dijo Tucker—. Está en Jackson ahora, y no volverá hasta dentro de dos o tres días.

Cy sintió que le abandonaban las fuerzas que aquel desayuno tan rico le habían devuelto. Había hecho todo el camino hasta allí sólo para que le dijeran que se fuera a casa y volviera otro día.

—¿Puede decirme si tiene pensado contratar gente?

Tucker sabía que sí, pero por ningún concepto permitiría que ese muchacho pálido de ojos hundidos, con los brazos finos como lápices, trabajara en un campo de algodón. Cuando iba a decir que ya tenían todos los jornaleros que precisaban, vio algo en aquellos oscuros ojos ensombrecidos que lo detuvo en seco.

Era hermano de Edda Lou, recordó. Hijo de Austin. La última cosa en el mundo que él necesitaba era contratar a un Hatinger. Cielo santo, quién le mandaba preocuparse por uno de ellos. Pero aquella mirada se clavó en él, los ojos llenos de esperanza y desesperación, y de juventud atormentada.

—¿Sabes conducir un tractor?

La esperanza se intensificó.

—Sí, señor.

—¿Eres capaz de distinguir una mala hierba de un pensamiento?

—Creo que sí.

—¿Puedes usar un martillo sin machacarte el pulgar?

Cy sintió que, de repente, le temblaban los labios.

—Casi siempre.

—Necesito algo más que un jornalero. Me hace falta una persona que se ocupe de que esto esté cuidado. Algo así como un hombre para todo.

—Yo... puedo hacer lo que usted quiera.

Tucker sacó un cigarrillo.

—Te pagaré cuatro dólares la hora —dijo, y fingió no oír el asombrado farfuleo de Cy—. Y Della te dará el almuerzo. Más o menos a esta hora. Come con tranquilidad, sin prisas, pero vigila el reloj. No te pagaré para que te pases el día atracándote de bizcochos.

—No le engañaré, señor Longstreet... señor Tucker. Se lo juro.

—Confío que no lo harás. —El muchacho se parecía a su padre como el día a la noche. Tucker se preguntó cómo era que sucedían esas cosas—. Puedes empezar ya, si quieres.

—Claro que sí —respondió Cy mientras se levantaba de la mesa—. Aquí estaré todas las mañanas, a primera hora. Y puedo... —Se interrumpió al recordar el funeral de Edda Lou al día siguiente—. Yo... esto... mañana...

—Lo sé. —Fue lo único que se le ocurrió decir a Tucker—. Hazme un pequeño trabajo hoy, y vuelve el miércoles. Tranquilo.

—Sí, señor. Aquí estaré. Se lo aseguro.

—Muy bien. Vayamos entonces. —Tucker lo condujo fuera y, juntos, cruzaron el patio, luego el césped hasta un cobertizo. Después de golpear las paredes por fuera unas cuantas veces, por si había serpientes dormitando en el interior, Tucker abrió la puerta. Los goznes chirriaron como huesos viejos.

—Los aceitarás en cualquier momento, ¿de acuerdo? —dijo Tucker, distraído. Una vez dentro le sorprendió el olor, la húmeda intensidad de la turba que le evocó recuerdos de su madre mezclándola con la tierra cuando plantaba sus flores. Encontró lo que buscaba apoyado contra la pared del cobertizo, junto a las herramientas de jardinería, las palas y las azadas y las tijeras de podar. Tucker sonrió y sacó a rastras su vieja bicicleta Schwinn de diez marchas.

Tenía las ruedas pinchadas; pero había una mancha, y parches. La cadena necesitaba aceite, aún más que los goznes de la puerta del cobertizo, y el sillín había desarrollado una bonita capa de moho.

Tucker tiró de la palanquita del timbre atornillado al manillar. Sonó un retintín. Se vio a sí mismo volando por la carretera hacia Innocence —ya entonces conducía rápido—, tragándose los kilómetros que lo separaban de los polos de cereza, los helados y las coca-colas. El sol a su espalda, y toda la vida por delante.

—Quiero que me limpies esto.

—Sí, señor. —Cy tocó, con gesto reverente, el manillar de la bicicleta. En una ocasión, él tuvo una de segunda mano, renqueante, que consiguió a cambio de una flauta que había tallado con una rama de abedul. Pero una tarde no se dio cuenta y la dejó en el camino de casa. Su padre se la aplastó con su camioneta.

«Eso te enseñará a creer en los bienes mundanos.»

—Luego quiero que la pongas en rodaje —decía Tucker, y Cy hizo un esfuerzo por concentrarse—. Una buena bici es como una buena... —Mierda, había estado a punto de decir mujer— yegua. Necesita moverse mucho, y bien. Imagino que bastará con que la llesves hasta tu casa por la tarde y vuelvas aquí con ella al día siguiente. Así todos los días.

Cy abrió y cerró la boca dos veces.

—¿Quiere que yo la monte? —Cy dejó que la mano se le deslizara del manillar—. Creo que no podré hacerlo.

—¿No sabes montar en bici?

—Sí, señor, pero... no me parece correcto.

—A mí tampoco me parece correcto que camines treinta kilómetros diarios y te desmayes en mi porche. —Apoyó las manos en los hombros del muchacho—. Yo tengo la bicicleta, y no la uso. Si quieres trabajar para mí, no protestes ante la primera cosa que te encargo.

—No, señor. —Cy se mojó los labios—. Si mi padre se entera, se pondrá furioso.

—Pareces un muchacho listo. Y un muchacho listo tiene que conocer un sitio en que dejar la bici, cerca de su casa, donde nadie le preste demasiada atención.

Cy pensó en la acequia que había debajo del camino de Dead Possum, donde él y Jim solían jugar a soldados.

—Supongo que sí.

—Bien. Encontrarás lo que necesites en el cobertizo. Si no, se lo preguntas a Della, o a mí. Cuenta las horas que trabajas. El viernes es día de pago.

Cy se quedó mirando la espalda de Tucker mientras éste se alejaba, y luego fijó la vista en las pálidas manchas de pintura azul bajo la mugre en los tubos de la Schwinn.

Tres horas después, cuando hubo acabado el trabajo que con tan poco tiempo pudo asignarle Tucker, Cy iba lanzado por la carretera. La bicicleta de diez marchas no era la veloz máquina de carreras que había sido en los tiempos de Tucker, pero para Cy era un caballo, un pura sangre, un Pegaso bailando con el viento.

Al llegar al camino que conducía a la casa de McNair, giró. Se tambaleó peligrosamente sobre la gravilla.

—Soooo, viejo —murmuró a su fiel montura, y consiguió mantenerla derecha.

Vio a Jim y a su padre subidos en las escaleras apoyadas contra el lado de la casa. La pintura fresca de color azul resplandecía. A medio camino no pudo aguantarse más y lanzó un aullido y una carcajada.

La brocha de Jim se detuvo en el aire.

—Anda que no, mira qué tiene Cy. ¿De dónde la has sacado? —Preguntó a gritos—. ¿La has robado o qué?

—Claro que no. —Paró la bicicleta, y a punto estuvo de arrollar las petunias. Le faltaba un poco de práctica—. Es como una especie de préstamo de transporte. —Se apeó y bajó el soporte con un golpe del pie—. He conseguido un trabajillo en Sweetwater.

—¡No jodas! —exclamó Jim antes de recordar qué estaba con su padre. El desliz le valió un afectuoso pescozón—. Perdón. —Pero siguió sonriendo a

Cy—. ¿Trabajarás en el campo?

—No, qué va. El señor Tucker ha dicho que voy a ser su hombre para todo, y me pagará a cuatro dólares la hora.

—¿Qué... me dices?

—Te lo juro. Y me ha dicho...

—Un momento. Paciencia de Dios. —Toby sacudió la cabeza—. ¿Pensáis pasaros el día chillándoos de esta manera? La señorita Waverly nos pondrá de patitas en la calle si...

—No, ella no hará eso. —Divertida con la escena, Caroline asomó la cabeza por la ventana entre padre e hijo—. Pero parece que es un buen momento para descansar un ratito. Llevo todo el día esperando que me ofrezca otro vaso de esa limonada que les ha preparado su mujer.

—Con mucho gusto. Jim, baja. Vigila donde pones los pies. —La verdad era que Toby también quería saber las buenas nuevas.

Nada más pisar el suelo, Jim ya estaba admirando la Schwinn. Toby fue en busca de la garrafa de ocho litros mientras Cy relataba su aventura.

—¿Te has desmayado? —exclamó Jim, impresionado—. ¿Allí mismo, en el porche?

Caroline apareció en la puerta justo a tiempo para oír lo que acababan de decir. Frunció el entrecejo. Escuchó, murmurando las gracias con expresión distraída cuando Toby le ofreció un vaso desechable lleno de limonada amarga. «Tucker ha contratado al chico —pensó, asombrada—. Para que le trabaje de hombre para todo, imagínate. Y para que se ocupe de tareas que Tucker es demasiado vago para hacer por sí mismo», decidió. El muchacho era flaco como un palillo y tenía los ojos hundidos. Ella había estado como él no hacía mucho, y sintió una punzada de compasión y rabia.

—Este muchacho no tendría que trabajar —dijo ella en voz baja.

—Bueno, supongo que le apetece tener algún dinerillo para sus gastos —comentó Toby con ligereza.

—Yo diría que le hace más falta un plato de comida caliente. —Se dispuso a llamar al muchacho con la idea de prepararle un almuerzo—. ¿Cuál es su nombre?

—Cy, señorita Waverly, Cy Hatinger.

—¿Hatinger? —repitió ella, sintiendo que se le helaba la sangre. Horrorizada, clavó la mirada en Toby, que desvió la suya.

—No se parece en nada a su padre, señorita Waverly. —Toby se pasó la punta de un dedo por la cicatriz de la mejilla con un gesto habitual en él—. Es un buen chico. Espero que no crea que me estoy excediendo, pero le tengo afecto. Es buen amigo de Jim.

Caroline se debatió con su conciencia. Al fin y al cabo, no era más que un muchacho. Ella no podía echarle a gritos de su propiedad sólo porque llevase el apellido Hatinger. Y sangre Hatinger.

Se oía el sonido del timbre mientras Cy y Jim se turnaban montando en la bicicleta.

Los pecados de los padres. Ésa fue la cita de Austin. Y su amenaza. No

podía creerlo, sobre todo al contemplar al chico de rostro enjuto que sonreía como un ángel soñador.

—Cy.

Su cabeza se alzó, no como la de un ángel sino como la de un lobo, rápido y alerta.

—¿Señora?

—Estaba a punto de hacerme algo par almorzar. ¿Quieres tomar algo?

—No, señora; gracias, señora. He desayunado en Sweetwater. El señor Tucker me ha preparado unos huevos con jamón.

—Él... ya veo. —Pero no lo veía. Junto a ella, Toby se echó a reír.

—¿Tuck ha cocinado, tú has comido de ello, y, a pesar de eso, sigues en pie? Chico, debes tener un estómago de hierro.

—Ha cocinado bien. Tiene un microondas. Metió unos panecillos en él y al cabo de un suspiro ya estaban listos, bien calentitos. —Presa de la emoción, Cy siguió hablando: cómo la señorita Della le prepararía el almuerzo todos los días, que el señor Tucker le había prestado la bici, y que ya le había dado dos dólares como anticipo.

—Y me dijo que me los gastara como me diera la gana, porque ése es el privilegio de un hombre con su primera paga, siempre y cuando no se la gaste en whisky y mujeres. —Se sonrojó un poco y miró a Caroline de reojo—. Bromeaba.

Caroline sonrió.

—Seguro que sí.

Cy pensó que era la mujer más bonita que había visto en su vida. Temía que si la miraba demasiado, su viejo instrumento de Satanás empezaría a agitarse. Bajó la mirada al suelo.

—Lamento mucho que mi padre le dejara las ventanas hechas añicos.

Caroline no soportó ver cómo se le tensaban los delgados hombros.

—Ahora ya están reparadas, Cy.

—Sí, señora. —Estaba a punto de decir algo más, quizá de ofrecerle los dos dólares para compensarle los daños, pero oyó el coche. Unos segundos antes de que los demás oyeran el ruido del motor reduciendo la velocidad, el susurro de la gravilla bajo las ruedas, él se volvió—. Es ese hombre del FBI —dijo Cy, con tono inexpresivo.

Todos se quedaron mirando en silencio a Matthew Burns que se acercaba en el coche hasta detenerse al final del camino.

Burns no se alegró mucho de encontrarse con aquella multitud. Habría preferido hallarla sola para así charlar amistosamente con ella. Pero fingió una sonrisa amable al apearse del coche.

—Buenas tardes, Caroline.

—Hola, Matthew. ¿En qué puedo servirte?

—Nada oficial. Tenía una hora libre, y pensé que podría pasarme por aquí a ver cómo estabas.

—Estoy bien. —Pero Caroline supo que con eso no bastaría—. ¿Te

apetece un poco de té frío?

—Mucho. —Se detuvo junto a la bici; Cy tenía la mirada clavada en el suelo—. Tú eres el joven Hatinger, ¿verdad?

—Sí, señor. —Cy recordaba a Burns cuando se presentó en su casa, intentando encontrar algún sentido a lo que su madre le decía entre sollozos— Ya es hora de que me vaya.

—Venga, Jim. Volvamos al trabajo.

—Debería descansar un poco más, Toby. Hace demasiado calor —dijo Caroline.

—¿Toby? —Matthew clavó la mirada en el hombre negro de anchos hombros—. ¿Toby March?

Toby asintió, tensando los músculos.

—Así es.

—Da la casualidad de que su nombre consta en mi lista para ser interrogado. Esa cicatriz del rostro, ¿se la hizo Hatinger?

—¡Matthew! —exclamó Caroline, horrorizada, con la mirada puesta en el rostro de Cy.

—Tengo que irme —volvió a decir el chico—. Quizá nos veamos mañana, Jim. —Se subió a la bicicleta de un salto y se alejó pedaleando con furia.

—Matthew, ¿hacía falta que dijeras eso delante de él?

Burns abrió las manos.

—En un pueblo como éste, estoy seguro de que el chico ya lo sabe. Bien, señor March, si tiene un momento...

—Jim, ve y rasca el borde de la ventana de atrás —le dijo su padre. — Pero, papá... —Haz lo que te digo.

Jim obedeció, con la cabeza gacha y los hombros hundidos.

—¿Quería preguntarme algo, señor Burns? —dijo Toby.

—Agente Burns. Sí. Acerca de su cicatriz.

—Hace unos veinte años que la tengo, de cuando Austin Hatinger me atacó acusándome de ladrón. —Toby se agachó, cogió una lata de pintura sin abrir y empezó a balancearla entre sus grandes manos.

—Lo acusó de robarle.

—Dijo que me había llevado un pedazo de cuerda de su casa. Pero jamás he tocado nada que no fuera mío.

—Y hay cierta hostilidad entre ustedes desde entonces.

Toby seguía balanceando la lata. Caroline oía la pintura moviéndose en su interior.

—No hemos sido demasiado cariñosos uno con el otro.

Burns sacó un bloc de notas del bolsillo. —Hay un informe de una cruz quemada en el césped de su casa hará unos seis meses, lo tiene el sheriff Truesdale. Según su declaración, usted creía que Austin Hatinger y su hijo, Vernon, eran los responsables. Algo frío y duro brilló en los ojos de Toby.

—No pude demostrarlo. Como tampoco pude hacerlo cuando una noche

salí de la tienda de Larsson y me encontré con los neumáticos de la camioneta rajados. Y vi a Vernon Hatinger al otro lado de la calle, cortándose las uñas con una navaja sin dejar de sonreír.

Incluso cuando Vernon me dijo que debería alegrarme de que hubieran sido los neumáticos y no mi rostro, no pude demostrarlo. Así pues, me limité a decir lo que yo creía. A Hatinger no le gustaba que su chico anduviera con el mío.

—Al cabo de unas semanas, usted y Austin tuvieron un altercado en la ferretería, donde él amenazó con hacer daño a su Jim si no lo mantenía alejado de Cy. ¿Es eso cierto?

—Se metió conmigo cuando yo estaba comprando unos clavos baratos. Me dijo algunas cosas.

—¿Recuerda qué fue?

Toby apretó la mandíbula.

—Me dijo: «Negro, procura que ese negrito bastardo tuyo no se acerque al mío o le arrancaré la piel a tiras.» Le respondí que si ponía una mano encima a mi hijo, yo lo mataría.

Caroline se estremeció al escuchar el tono quedo y sombrío de su voz.

—Además, citaba la Biblia y decía estupideces como que los «bichos negros» olvidábamos cuál era nuestro lugar. Después, cogió un martillo. Nos pusimos a pelear en la ferretería, y alguien avisó al sheriff, al menos eso supongo, porque llegó enseguida e interrumpió la pelea.

—¿Y le dijo usted a Hatinger algo así como... —Burns consultó otra vez su bloc de notas—: «Más valdría que te preocuparas por las muchas veces que esa muchacha tuya anda por ahí abriéndose de piernas en lugar de meterte con que Cy se vaya de pesca con mi Jim»?

—Es posible.

—¿Y la muchacha a quien usted se refería era la ahora malograda Edda Lou Hatinger?

Con lentitud, Toby dejó la lata de pintura en el suelo.

—Estaba metiéndose con mi familia. Gritaba insultos contra mi Jim y mi pequeña Lucy y mi esposa.

Hacía menos de una semana, Vernon había parado a mi mujer en la calle para decirle que cuidara más de Cy antes de que apareciera en casa con un brazo roto o una pierna. Un hombre no tiene que aguantar eso de nadie.

Y por ello, usted hizo alusión a las costumbres sexuales de la señorita Hatinger.

La piel de Toby ardía de rabia.

—Estaba enfadado. Tal vez no debiera haberme metido con su familia ya que quien se metía conmigo era él.

—Pero tengo curiosidad por saber cómo sabía usted las costumbres sexuales de la fallecida.

—Todo el mundo sabe que no costaba mucho tumbarla de espalda. —Miró a Caroline con expresión de disculpa—.

—¿Y tiene usted algún conocimiento personal sobre eso?

Un destello de rabia apareció en los ojos de Toby, deslumbrante como una espada. Asustada al verlo, Caroline dio un paso adelante y apoyó una mano sobre su brazo con un gesto de advertencia.

—Hice mis votos con una mujer hace quince años —masculó Toby, apretando los puños—. Y siempre he sido fiel a ellos.

—Bien, señor March, tengo un testigo que afirma que usted visitó a Edda Lou Hatinger tres o cuatro veces en su habitación de la pensión Innocence.

—Es una mentira repugnante. Jamás entré en su habitación estando ella.

—Pero ¿estuvo en su habitación?

Toby empezó a sentir algo parecido al nudo de una cuerda apretándole el cuello.

—La señora Koons me contrató para que le hiciera unos trabajos. Le reparé las ventanas de todas las habitaciones. También le hice algo de pintura.

—Y cuando llevaba a cabo su trabajo en la habitación de Edda Lou, ¿estaba solo?

—Así es.

—¿Jamás estuvo en la habitación con ella?

Toby clavó la mirada en Burns cinco largos segundos.

—Cuando ella entraba, yo salía —dijo simplemente—. Ahora tengo que ponerme a trabajar y ocuparme de mi chico.

Cuando Toby bajó del porche y rodeó la casa, Caroline observó que estaba temblando.

—Ha sido horrible.

—Lo siento, Caroline. —Burns guardó el bloc—. A veces, interrogar a sospechosos se convierte en una tarea difícil.

—No puedes creer que él mató a esa chica por las cosas espantosas que ha hecho su padre. —A pesar de que tenía ganas de decírselo a gritos, hizo un esfuerzo por hablar con voz queda—. Es un hombre muy familiar. Sólo tienes que ver cómo trata a su hijo para darte cuenta de la clase de persona que es.

—Créeme, Caroline, un asesino no suele tener aspecto de asesino. Sobre todo un asesino en serie. Podría darte estadísticas y cuadros psicológicos que te dejarían de una pieza.

—Por favor, no lo hagas —dijo fríamente.

—Lamento que te veas envuelta en este asunto una y otra vez. —Sonrió—. Yo había esperado pasar una hora tranquilos continuando nuestra conversación del otro día. Y, claro está, con la esperanza de que tocaras algo para mí.

Caroline respiró hondo tres veces. «Quizá no pueda evitar ser un miserable insensible y arrogante.»

—Lo siento, Matthew, pero he decidido no tocar para nadie durante un tiempo.

—Ah —musitó Burns. La desilusión se reflejó en su rostro—. Bien, tal

vez en otra ocasión. Espero tener algo de tiempo este fin de semana. He hecho unas averiguaciones, y me han dicho que hay un restaurante bastante decente en Greenville donde sirven buen pescado. Me gustaría llevarte a cenar.

—Gracias, Matthew, pero prefiero quedarme en casa estos días.

Él se puso tenso ante su rechazo.

—Lástima. Bien, el trabajo no se hace esperar, supongo. Será mejor que vuelva. —Fue hacia el coche, enfadado aunque no derrotado—. Otro día vendré a tomar el té, si no te importa.

—De acuerdo. Adiós.

En cuanto se hubo despejado el polvo del coche, ella entró a la casa. Por primera vez en muchos días, cogió el violín y tocó.

13

Por la noche había caído una lluvia lenta y triste, empapando el sediento suelo. A media mañana se había trasladado perezosa, hacia Arkansas, dejando la tierra convertida en un lodazal espeso que se secaría antes que llegase la tarde.

Junto a la tumba abierta se arremolinaba un grupo de personas. La niebla se deslizaba en jirones a la altura de los tobillos, una niebla que empezaba a disiparse con el amarillento ardor del sol. A unos metros de allí, la lluvia goteaba de una hilera de robles estrecha, produciendo un sonido monótono que distraía a Cy y le recordaba el grifo oxidado en el baño de su casa que perdía agua día y noche.

A veces, tumbado en la cama, pensaba que se volvería loco con aquel plin, plin, plin constante. Como la tortura china de la gota de agua que había leído en alguna parte. Él era Cy Hatinger, Agente Secreto, y el agua caía — plin, plin, plin— sobre su frente, pero nunca lo vencerían, ni siquiera cuando el agua le abriera un agujero en la piel, y luego en los huesos, hasta llegarle al cerebro.

No, nunca lo vencerían. Él era Bond... James Bond... Él era Rambo. Él era Indiana Jones.

Entonces volvía a ser sólo Cy, atrapado en su habitación con olor a moho, y se levantaba y ponía un paño debajo de la gotera, para que amortiguara la caída del agua y fuera un plop más soportable.

Pero esa vez no intentó bloquear el ruido, sino que, por el contrario, decidió concentrarse en él, empleándolo para que su mente olvidara el lugar en que se encontraba y qué hacía allí.

A Cy, el reverendo Slater le parecía un anciano, pese a que, en honor a la verdad, el buen hombre no contaba aún sesenta años. Pero los jóvenes ojos de Cy veían sólo el ralo cabello canoso sobre una calva quemada por el sol; las arrugas que surcaban, como un mapa de carreteras, el rostro curtido por el viento; la piel suelta del cuello, que le colgaba desde la huesuda barbilla hasta el pecho hundido.

Desde el punto de vista de Cy, el reverendo era demasiado viejo para saber mucho de la vida. Pero como aquél era un día para la muerte, y en eso seguro que tenía experiencia...

La voz del reverendo Slater subía y se apagaba, fluyendo melodiosa entre frases sobre la salvación y la vida eterna, y esa frase tan vieja y repetida de la voluntad de Dios.

Cy se preguntó qué ocurriría si daba un paso al frente y arrebatava la Biblia al reverendo Slater.

«Disculpeme —le diría—, pero eso que usted afirma es una enorme mierda de vaca. Dios nada tuvo que ver con que cosieran a Edda Lou a puñaladas. ¿Por qué tenemos que echarle la culpa de que la enterremos hoy? ¿Cómo puede decir que ha sido la voluntad de Dios cuando todos sabemos que ha sido la mano de un hombre la que sujetaba el cuchillo?»

Estaba harto de que todo lo malo se explicara de esa manera. Si caía granizo y dejaba las plantas de algodón —aún jóvenes— hechas jirones, era la voluntad de Dios.

El sabía por qué caía granizo, y todo tenía que ver con el aire caliente que se encontraba con el frío y se volvía lluvia que se convertía en pequeñas bolas duras de hielo. Cy no podía imaginarse a Dios, sentado en su trono de oro, decidiendo que era el momento de lanzar una granizada sobre el miserable algodonal de Austin Hatinger.

Igual que no podía imaginar que Dios tuviera la voluntad de que Edda Lou fuese cortada en pedacitos y arrojada a la laguna.

Quería decirlo. Las palabras casi le quemaban la lengua, debido a la necesidad que tenía de decirlas. Sabía que su madre lloraría más fuerte, aullaría y se mecería de un lado a otro. Ruthanne le haría callar, muerta de vergüenza. Vernon le daría un puñetazo tan fuerte que oiría campanas. Era probable que los demás se lo quedaran mirando fijamente. Aunque casi todos los asistentes eran señoras, envueltas en sus negros vestidos.

La señora Fuller y la señora Shays, agrupadas con la señora Larsson y la señora Koons. Darleen también estaba allí, llorando a lágrima viva de tal manera que, al final, su mamá se le acercó y le cogió el bebé que tenía en brazos.

Había otras mujeres, algunas que habían sido amigas de Edda Lou, la mayoría estaba allí cumpliendo con su deber cristiano. Pero los hombres escaseaban. El sheriff Truesdale con su esposa, cogidos de la mano. El hombre del FBI permanecía a un lado, con expresión solemne y la cabeza baja. Pero Cy sabía que sus ojos estaban vigilantes, vigilantes, vigilantes.

—«Yo soy el camino, la verdad y la luz» —salmodió Slater.

Mavis se meció con tanta violencia que chocó contra su hijo mayor, el cual, a su vez, topó con su mujer y desencadenó una reacción de dominó que recorrió la comitiva. Por un instante, todos se tambalearon mientras el reverendo proseguía, como si nada.

—«Quien crea en Mí entrará en el Reino de los Cielos.» Cy quería gritarles que Edda Lou nunca había creído en nada salvo en Edda Lou. Que todas aquellas oraciones y rollos empeoraban las cosas. Pero guardó silencio y se quedó con la cabeza gacha porque había un hombre presente en el servicio fúnebre, un hombre a quien temía más que al mismo Dios del reverendo.

Aquel hombre era su padre.

Austin Hatinger permanecía rígido en su reluciente traje de domingo, con grilletes en tobillos y muñecas, flanqueado por dos policías de rostro sombrío.

Escuchó las sagradas palabras. Vio cómo el ataúd era depositado en su oscura y húmeda morada. Él urdía su plan.

Oyó el largo alarido doliente de su mujer. Alzó los ojos y en su rostro vio los estragos causados por lágrimas interminables. Él tramaba.

Cuando los últimos jirones de niebla se disipaban sobre la hierba

húmeda, bajó la cabeza. «Dios ha provisto», pensó. Sin un pestañeo, clavó la mirada en el agujero abierto para su hija. Al poco rato, sus ojos se llenaron de lágrimas. «Dejaré que piensen que estoy hundido de dolor —decidió—. Que me vean débil e impotente.»

Esperó, y esperó hasta el final de las exequias, esperó mientras las mujeres se acercaban a su esposa para murmurarle inútiles palabras de condolencia.

Cuando los presentes se alejaban ya hacia sus coches, uno de los policías le avisó.

—Hatinger.

—Por favor. —Fijó la mirada en aquel agujero en la tierra y fingió un temblor en la voz—. Necesito... rezar. Rezar con mi esposa.

Por la manera en que los policías agitaron los pies supo que aquel acto y las lágrimas de las mujeres los habían conmovido. Ocultando lo que tenía en el corazón, levantó la cabeza. Y ellos vieron sólo impotencia en los vidriosos ojos de un padre con una hija muerta.

—Por favor —repitió—. Ella era mi hija. Mi única hija. Para un hombre, no es natural enterrar a un hijo, ¿verdad? Ya sabéis qué le hizo ese asesino. —Bajó los ojos para que no advirtieran el odio en ellos—. Necesito consolar a mi esposa. Ella no es fuerte y esto es como si la mataran. Sólo dejadme que la abrace. —Tendió las manos—. ¿Acaso un hombre no tiene derecho a abrazar a su esposa junto a la tumba de su hija?

—Mira, lo siento...

—Vamos, Lou. —El otro policía también tenía una hija—. ¿Dónde demonios quieres que vaya con las piernas encadenadas? Seamos considerados y démosle unos minutos con su mujer.

Austin permaneció inmóvil, la cabeza inclinada y el gozo en el corazón, mientras la llave abría las esposas.

—Pero tendremos que quedarnos a tu lado —dijo a regañadientes el policía llamado Lou—. Y dispones sólo de cinco minutos.

—Dios te bendiga. —Por el rabillo del ojo, Austin vio que Burke había entrado ya en su coche y se alejaba del cementerio. Algunas mujeres se habían desperdigado entre las tumbas para expresar sus respetos a familiares fallecidos. Austin dio un paso hacia adelante con los brazos abiertos. Débil, su mujer se derrumbó en ellos ciegamente.

Él la sostuvo un momento, esperando, mientras observaba a los policías que miraban hacia otro lado, avergonzados, en señal de respeto a los afectados. Por humanidad, había que ofrecer cierta intimidad a los afligidos. Las pocas personas que aún quedaban en el cementerio se fueron alejando.

Entonces, él se movió rápido, tan rápido que Cy, que jamás había visto a sus padres abrazados, se tambaleó y cayó de espaldas en la hierba mojada.

Con fuerza, Austin empujó a su mujer contra el primer policía, lanzándolos, a él y a Mavis, que gritaba despavorida, al fondo de la tumba abierta. Cuando el otro policía hizo ademán de coger el arma, Austin se abalanzó contra él, con la cabeza por delante, golpeándole en el pecho como un ariete. El forcejeo por la pistola fue breve. Mientras Lou, abajo en la tumba, intentaba zafarse de la histérica mujer, que se aferraba a él como una

lapa.

Con la culata del arma, Austin golpeó al policía en la cabeza, dejándole inconsciente; entonces, cogió por el cuello a Birdie Shays, que miraba con ojos desorbitados.

—La mataré —rugió Austin, lleno de la cólera de Dios—. La mataré, muerta como mi muchacha, ¿lo oyes? Tírame la pistola y las llaves o le abriré un agujero en la cabeza que un camión pasaría por él.

Birdie lanzaba grititos agudos y daba manotazos inútiles contra el brazo de Austin. A pocos metros, Ruthanne se echó a llorar, segura de que no sobreviviría a esa nueva humillación.

—¿Adonde irás? —rugió Lou, exasperado ante el hecho de encontrarse sobre un ataúd con una sollozante mujer que se le subía por la espalda. Cuando volviera a la comisaría, los compañeros lo joderían por aquello con la misma pasión con que un viajante jodia a una puta de veinte dólares—. Piénsalo bien, Hatinger. ¿Adonde irás?

—A donde el Señor me guíe. —Y sí, sentía que la fuerza y el calor de aquel Dios feroz lo recorrían entero. Sus ojos brillaron—. ¡Maestro, yo te seguiré! —Gritó, cortando el aliento a Birdie—. Diez segundos, y acabo con ella. Después, llenaré de plomo ese agujero donde estás, y eso será todo.

Maldiciendo y enfurecido, Lou le tiró las llaves.

—Tu arma, también.

—¡Maldita sea!

—*Cinco* segundos. —Con un gesto brusco de la cabeza, Austin hizo una señal a Vernon para que lo desencadenara.

—Tendrás que matarlos, sin más, papá —dijo Vernon entre dientes mientras giraba la llave de los grilletes. Con sólo pensarlo, se le subió la sangre al rostro—. Anda, mata a esos herejes hijos de puta, y vayámonos a México.

—Yo no me voy a ninguna parte hasta que acabe con esto.

Lou se asomó con la intención de disparar, pero tuvo que agacharse de nuevo cuando una bala del calibre 38 levantó un poco de tierra a dos centímetros de él.

—Está como una jodida cabra si se cree que voy a acabar con un agujero en la cabeza. —Lou tiró el arma.

Austin empujó a la aterrada Birdie hacia la tumba, y allí permaneció ella por un instante, balanceándose en el borde, los ojos desorbitados por la espantosa concentración, los brazos extendidos hacia adelante, como un saltador preparándose para realizar un doble salto mortal. Aterrizó encima de Lou como un águila en vuelo.

Para cuando los presentes consiguieran reaccionar, Austin Hatinger había huido en el Buick de Birdie Shays. Llevaba dos armas reglamentarias de la policía y una indigestión de odio.

Paciente, Jim March aguardó en el pasillo, silbando distraído entre

dientes, a que Caroline bajara para preguntarle si quería que le arreglara los soportes del porche trasero cuando hubieran acabado de pintar.

Su padre había bajado al pueblo por algunas cosas, y Jim había decidido quedarse. En ese momento debía estar pintando, pero había visto que el viejo porche empezaba a ceder, y pensó que su padre se alegraría si la pregunta generaba más trabajo.

Cuando llamó a la puerta, Caroline se asomó por la ventana de arriba para decirle que entrara. Tuvo cuidado de limpiarse bien los zapatos. Su mamá tenía obsesión con el calzado limpio y las manos lavadas. Entre silbidos fue avanzando con paso lento por el pasillo, procurando no hacer ruido con sus zapatos de deporte manchados de pintura. Sabía que el violín estaba en el salón, porque lo había visto a través de la ventana. Jim quería mirarlo de cerca, con el mismo interés que habría tenido por un guante nuevo de béisbol, marca Wilson, brillando en el escaparate de la tienda de Larsson.

Llegó a la puerta del salón como por casualidad, pensó él. Y allí estaba. Echó una rápida ojeada por encima del hombro hacia las escaleras, y se lanzó. Sólo quería darle un vistazo, nada más, se dijo. Una ojeada, y volvería al pasillo de un salto.

No hacía más que pensar en el violín desde que Caroline lo tocó el día anterior. Jim nunca había oído música así, jamás en su corta vida. Quería saber si había algo especial en aquel violín que lo diferenciara del viejo violín que Rupert Johnson atacaba a veces, en las noches de verano, como si manejase una sierra.

Con gesto torpe, Jim intentó abrir los cierres, y por fin consiguió levantar la tapa. Cuando lo vio, destacando contra el forro de terciopelo negro, supo que sí era diferente. Aunque tenía la forma y el tamaño iguales que el del viejo Rupert, éste brillaba como una moneda nueva. Y cuando Jim se armó de valor para tocarlo, su lustrosa superficie era suave como la seda. O lo que él imaginaba que era seda.

Olvidando por un momento su promesa de echar sólo un vistazo, rozó las cuerdas con el pulgar.

Cuando Caroline llegaba al pie de la escalera, oyó el acorde abierto. Su primera reacción fue irritarse. Nadie tocaba su instrumento. Nadie. Ella misma lo afinaba y lustraba, con bastante frecuencia, soportando las risas de los componentes de la orquesta con la que tocaba.

Luís se había quejado en más de una ocasión de que ella pasaba más tiempo acariciando al violín que acariciándolo a él. Eso hacía que ella se sintiera culpable..., hasta que descubrió que él se dedicaba, y no poco tiempo, a las caricias fuera de programa.

Se dirigió hacia el salón de inmediato, con la bronca quemándole la lengua. Pero en la puerta se detuvo. Jim, arrodillado junto al estuche del violín, pasaba el pulgar sobre las cuerdas, con tanta ternura como si estuviera acariciando la mejilla de un bebé. Pero fue su rostro lo que impidió que Caroline pronunciara las severas palabras. Parecía que acababa de descubrir un secreto maravilloso. Una sonrisa iluminaba su expresión; pero no era de alegría, sino de un gozo profundo. En sus ojos brillaba aquella emoción.

—Jim —dijo Caroline con voz queda. El se puso en pie de un salto, igual que una marioneta suspendida de una cuerda. Los ojos se le abrieron como

platos, y eran tan grandes que Caroline pensó que le engullirían el rostro.

—Yo... yo... yo estaba mirando nada más. Perdóneme, señorita Caroline, sé que no debería haberlo hecho. No despidas a mi padre.

—Está bien —dijo ella, y era verdad. Luís se quedaría muy sorprendido, pensó, si supiera que no le importaba que un muchacho negro le manoseara el violín. Ella jamás había permitido que Luís hiciera algo más que respirar encima de él.

—No tiene que pagarme por el trabajo ni nada —prosiguió Jim, atropellándose—. Ya sé que no debería haberlo tocado.

—Ya te he dicho que está bien, Jim. —Cuando le puso la mano en el hombro, la calma que había en su voz penetró al fin en su atolondrada cabeza.

—¿No está enfadada?

—No, pero habría sido mejor que me hubieses preguntado si podía verlo.

Claro que de haberlo hecho, ella le hubiera dicho que no. Entonces se habría perdido aquel atisbo de puro placer. El mismo placer que ella recordaba haber sentido, hacía ya mucho tiempo.

—Sí, señora, lo siento mucho. Lo digo de verdad. No tenía derecho a entrar en su salón de esta manera. —Casi sin creer en su buena suerte, empezó a retroceder hacia la puerta—. Yo venía a preguntarle si quería que le sujetáramos bien el porche trasero, entonces yo sólo... —Pensó que sería más inteligente dejar las cosas como estaban.

—¿Por qué querías verlo?

Joder, pensó, se lo diría a su papá, seguro. Y entonces estaría de mierda hasta el cuello.

—Yo... sólo... la escuché ayer mientras tocaba. Nunca había oído nada igual a cómo hacía usted cantar a ese violín. Y pensé... bien, quería saber si era algo especial.

—Lo es para mí. —Con gesto pensativo, sacó el violín del estuche, como había hecho demasiadas veces para contarlas. El peso, la forma, la textura... todo era tan familiar. Cuánto lo amaba. Y cuánto lo odiaba—. ¿Alguna vez has tenido uno en las manos?

Jim tragó con fuerza.

—Bueno, el viejo Rupert (que es el abuelo del policía Johnson) me enseñó un par de melodías con su violín. No es ni la mitad de precioso que el suyo. Y no hace la música como éste.

Ella dudaba que el viejo Rupert poseyera un Stradivarius. Tuvo un impulso que la sorprendió. Entonces recordó que bloquear sus impulsos la había llevado a aquel hospital de Toronto. Liberarlos la había traído a Innocence, para bien o para mal.

—¿Por qué no me enseñas qué sabes hacer? —dijo, ofreciéndole el violín. Jim puso las manos detrás de la espalda.

—No, señora. No podría. No estaría bien.

—Estará bien si yo te lo pido, ¿no crees?

Observó al muchacho y vio cómo clavaba la mirada en el violín, reflejándose en su rostro la lucha entre el deseo y lo que él consideraba buena educación. Sus manos reaparecieron lentamente para aceptarlo.

—Cielo santo —susurró—. Sí que brilla, ¿eh?

En silencio, ella sacó el arco y le puso colofonia.

—Yo no era mucho mayor que tú la primera vez que toqué este violín.

Los recuerdos de aquella noche tan lejana, cuando sus padres se lo regalaron, volvieron a ella. Ocurrió en el camerino de la Academia de Música de Filadelfia, antes de su primera actuación importante como solista. Tenía dieciséis años entonces, y acababa de vomitar en el lavabo de al lado con todo el silencio y la discreción posibles.

Entonces sus padres entraron, tan radiante de orgullo su padre y tan desesperadamente ambiciosa su madre que la náusea nada consiguió contra ellos.

Nunca había sabido con certeza si el violín fue un regalo, un chantaje o una amenaza. Pero no pudo resistirse a él.

¿Qué tocó aquella primera vez, se preguntó Caroline, allí, en el camerino impregnado del olor a flores y maquillaje?

Mozart, recordó, y esbozó una sonrisa.

—Enséñame —dijo sin más, y le entregó el arco.

Jim pensó por un momento qué sería lo mejor.

Se acomodó el violín contra el hombro, pasó el arco por encima de las cuerdas un par de veces, y se lanzó a tocar *Salty Dog*.

Al acabar, aquella mirada deslumbrada y la sonrisa de oreja a oreja que le iluminaba el rostro habían desaparecido. Sabía que jamás había tocado tan bien y, cautivado por la música, se dejó llevar por *Casey Jones*.

Caroline, sentada en el brazo del sillón, lo observaba. Sí, había algunas notas que sonaban mal, y necesitaba pulir un poco la técnica. Pero estaba impresionada, y no sólo por su manera de interpretar la melodía, con habilidad e inteligencia, sino por la expresión que brillaba en sus ojos, que le manifestaba que tocaba por placer.

Eso era algo que le habían negado —y que ella misma se había negado— durante casi veinticinco años.

Jim volvió en sí y carraspeó. La música seguía bailando y meciéndose en su cabeza, y sus dedos vibraban con ella. Pero temió estar abusando de su suerte.

—Son sólo unas tonterías que el viejo Rupert me ha enseñado. Nada tienen que ver con lo que usted tocaba ayer. Eso era... sagrado, supongo.

Ella tuvo que sonreír.

—Creo que haremos un pacto, tú y yo.

—¿Señora?

—Tú me enseñas a tocar las melodías del viejo Rupert...

—¿Quiere que yo le enseñe a tocar ésas? —preguntó él, con ojos desorbitados.

—Así es; a cambio, yo te enseñaré cómo interpretar otras.

—¿Como lo que tocaba ayer?

—Sí, de ese estilo.

Jim, notando que le sudaban las manos, se obligó a devolverle el violín antes de mancharlo y estropearlo todo.

—Tendría que preguntárselo a mi padre.

—Se lo preguntaré yo. —Caroline ladeó la cabeza—. Si te gustaría hacerlo.

—Me encantaría, de verdad.

—Entonces acércate y fíjate bien. —Se quedó sentada para ofrecerle una buena visión de sus dedos—. Esto se llama *Vals del Minuto*. Es de Federico Chopin.

—Chopin —repitió Jim, reverente.

—Ahora no lo tocaremos en un minuto. No se trata de hacer una carrera, sólo es para...

—¿Divertirnos?

—Sí. —Acomodó el violín bajo el mentón, deleitándose con aquella palabra—. Para divertirnos.

Estaban enfrascados en su primera lección cuando Carl Johnson, el ayudante del sheriff, apareció por allí para informar a Caroline que Austin Hatinger se había escapado.

En cuanto Carl Johnson se hubo marchado en dirección a Sweetwater para comunicarles la noticia, Caroline decidió hacer dos cosas: reanudar sus prácticas de tiro y comprarse un perro. Su primera reacción había sido hacer las maletas y echar a correr; pero abandonó esa idea nada más pensarla porque, en su lugar, se sintió embargada por una emoción mucho más fuerte y profunda. Aquél era su hogar, y estaba decidida a protegerlo.

Siguiendo el consejo y las instrucciones de Jim, bajó por el camino de Hog Maw hacia la casa de los Fuller. Jim le había dicho que Happy Fuller tenía una perra, *Princesa*, que había parido hacía menos de dos meses.

Happy, que ya se había cambiado el vestido que llevó en el entierro por la ropa de jardinería, la saludó con gran amabilidad. No sólo le alegró deshacerse del cachorro que le quedaba, sino que agradeció tener otro oído en que verter las últimas novedades.

—Nunca he sentido tanto terror en mi vida —decía Happy mientras ella y Caroline rodeaban la casa hasta el jardín trasero, donde toparon con un grupito de gansos de cerámica y un parterre de impatiens—. Yo estaba a cierta distancia, junto a la tumba de mi madre. Ella murió en 1985, de cáncer de ovarios. No le gustaban los médicos, y no quiso que la visitaran; así pues, el cáncer arrasó con ella como cuando el general Grant tomó la ciudad de Richmond. Yo... enseguida voy al doctor Shays y le pido que me haga una revisión cada seis meses, puntual como un reloj.

—Estoy segura de que es una sabia decisión.

—No tiene sentido huir de los problemas. —Happy se detuvo frente a un molinete con un hombre que serraba madera. El aire era tan pesado, tan quieto, que el hombrecillo descansaba inmóvil a sus anchas.

—Y bien —prosiguió Happy, agachándose para arrancar una mala hierba que se había atrevido a invadir sus zinias—. Allí estoy, de pie junto a mi madre, y oigo un gran alboroto. Gritos y chillidos y cosas por el estilo. Me vuelvo justo a tiempo para ver a uno de los policías de Greenville caer con Mavis a la tumba de Edda Lou. Entonces Austin se agarra con fuerza al otro policía, poco más que un muchacho, y le da un golpe tremendo en la cabeza con el arma del policía y lo deja tirado en el suelo. Yo me digo: Dios mío que estás en el cielo, va a disparar con esa pistola. Pero ¿qué hace él? Pues agarra a Birdie por el cuello y ordena al otro policía, el que está dentro de la tumba, que le eche las llaves para abrir los grilletes que lleva en los tobillos. Se oyen los gritos de Mavis, que aúlla como para despertar a los muertos. Jesucristo bendito, con la de almas, que en paz descansen, que hay en aquel lugar. Y allí veo a la pobre Birdie, blanca como la pared, con una pistola apuntándole a la cabeza. Pensé que se me paraba el corazón. Birdie es mi amiga más querida.

—Sí, lo sé. —Aunque ya se lo había contado Carl Johnson, Caroline se resignó a escucharlo de nuevo una vez. Y otra más.

—Cuando Austin disparó (no me da vergüenza reconocerlo), me tiré al suelo detrás de la tumba de mi madre. Es de un tamaño decente, aunque tuve que discutir con mi hermano por el precio. Dick ha sido un tacaño siempre, no suelta un penique hasta que el pobre Lincoln que hay en la moneda se pone a gritar. Bien, y entonces Vernon (que tiene los mismos ojos locos que su padre) le quitó las esposas. En un abrir y cerrar de ojos, Austin empujó al agujero a la pobre Birdie, que cayó sobre el policía de Greenville y la pobre Mavis. Aquello era un infierno, te lo digo yo. Birdie chillando, Mavis aullando, y aquel policía soltando palabrotas como un marinero borracho de permiso.

A Happy le temblaron los labios, y habría reprimido la sonrisa si no hubiese visto en la expresión de Caroline que le divertía la imagen.

Se miraron un momento, esforzándose por mantener la compostura. Caroline fue la primera —con una breve y brusca risotada que intentó convertir en tos— en claudicar. Y las dos se echaron a reír, bajo el resplandeciente sol de la tarde, hasta que Happy tuvo que sacar el pañuelo para secarse los ojos.

—Te digo, Caroline, que nunca olvidaré esa imagen aunque viva cien años. Cuando Austin desapareció en el Buick de Birdie, corrí hacia ellos. Allí estaban, enredados en una madeja de brazos y piernas sobre el ataúd. Y lo primero que pensé (que Dios me perdone) fue que aquello parecía uno de esos actos sexuales tan anormales que hay en los vídeos eróticos. —Le chispeaban los ojos—. No es que yo haya visto alguno, ¿eh?

—No —dijo Caroline, sintiéndose débil de tanto reír—. Por supuesto que no.

—Birdie tenía las faldas arremangadas casi hasta la cintura. Es un poco gordita, y juraría que dejó al policía fuera de combate cuando aterrizó sobre él, porque el pobre estaba rojo como un tomate, y Mavis, sin soltar las piernas al policía, no cesaba de gritar algo sobre la mano de Dios.

—Espantoso —consiguió decir Caroline, y se echó a reír otra vez—. Ay,

es espantoso.

Happy se sonó las narices con el pañuelo como quien toca una bocina, y sofocó otro ataque de risa.

—Entonces, mientras los que quedábamos en el cementerio intentábamos sacar a Birdie y a los demás de la tumba, el policía joven volvió en sí. El pobre chico se tambaleaba que daba pena, y si Cy no lo hubiese agarrado, habría caído en aquel agujero con los otros. Era mejor que ver *El show de Lucille Ball* en la tele.

Caroline tuvo una visión del protagonista, Ricky Ricardo, tirándose de cabeza a la tumba. «¡Luuuu-cy, ya estoy en casa!» Se sentó en el pequeño muro de piedra que rodeaba a las *impatiens*, abrazándose los costados.

Con un suspiro, Happy se acomodó a su lado.

—¡Cómo me alegro de habértelo contado! Birdie nunca me perdonará que me haya reído tanto.

—Es espantoso. Terrible.

Pasaron otros cinco minutos más hasta que consiguieron recuperar la seriedad.

—En fin. —Con el aliento aún entrecortado, Happy se guardó el pañuelo—. Déjame que llame a esa maldita perra. Mientras miras el cachorrito te prepararé un refresco. ¡*Princesa!* ¡*Princesa!* Ven aquí y trae a ese chucho contigo. Es el único que me queda —dijo Happy con tono alegre—, y es tuyo si lo quieres. Nada puedo decirte del padre, porque *Princesa* no es muy selectiva con esas cosas. Un día de éstos haré que le quiten los ovarios para que, así, no se quede preñada. Ya tenía intención de hacerlo antes.

Caroline vio un perro grande, de pelo amarillento, cuerpo ancho y expresión cansina, que cruzaba el jardín a pasos lentos. Haciendo círculos a su alrededor, corría un cachorro, del mismo color que la madre, bastante crecido. A cada momento se lanzaba debajo de ella para cogerle una de sus flácidas tetas. Era evidente que *Princesa* estaba un poco harta de la maternidad porque se apartaba suavemente.

—Vamos, ven aquí. —Happy aplaudió con las manos. Al oírla, el cachorro abandonó sus intentos de acceder a la leche de su madre y se lanzó hacia ella dando brincos—. Eres un pequeño bicho inútil, ¿verdad?

El cachorro soltó un ladrido agudo para mostrar su acuerdo, meneando la cola tan rápido y tan fuerte que casi se tocaba la nariz con la punta.

—Os dejo un momento para que os familiaricéis. —Happy se incorporó—. Traeré un té helado para las dos.

Caroline observó al cachorro con mirada dudosa. Desde luego era bonito, y simpática la manera en que apoyaba las patitas delanteras sobre sus rodillas. Pero ella buscaba un perro guardián, no un animalito doméstico. ¿De qué le serviría encariñarse con él si tendría que regalarlo al cabo de unos meses?

Y pese a que ya tenía una buena alzada, lo cierto era que no parecía demasiado feroz, con aquellas orejas, largas y caídas, y una lengua que le colgaba. Su madre le llegaba hasta la cintura a Caroline, pero se preguntó cuánto tardaría el hijo en crecer tanto.

Era un error, decidió. Tendría que haber preguntado por la perrera más próxima y llevarse de allí un dobermann de colmillos salivosos para encadenarlo cerca de la puerta trasera.

Pero el pelo del cachorro era suave y cálido. Mientras ella lo miraba con el entrecejo fruncido, él le lamía la mano y meneaba la cola con tanta fuerza que, al estar sólo a dos patas, cayó rodando cuando se empeñó en cogérsela.

Se dio un buen golpe y lanzó un aullido, luego se acercó corriendo a Caroline, sus grandes ojos marrones llenos de asombro y disgusto canino.

—Tontorrón —murmuró ella, y lo cogió en brazos. «En fin», pensó, mientras el cachorrito le dejaba la mejilla y el cuello llenos de babas.

Cuando Happy volvió con el té frío, Caroline ya le había puesto el nombre de *Inútil*. Decidió que estaría muy gracioso con un collar rojo.

Le compró uno en la tienda de Larsson, además de una bolsa de veinticinco kilos de comida para perros, una correa, una bandeja de plástico con dos boles incorporados y un cojín floreado que le serviría de cama.

El cachorro estuvo aullando en el coche todo el rato que ella permaneció en la tienda. Caroline se asomó una vez y vio que tenía las patas delanteras sobre la guantera y la miraba fijamente con sus grandes ojos marrones llenos de reproches y terror. En cuanto ella entró en el coche, *Inútil* se le subió a la falda.

Después de una pequeña batalla de voluntades enfrentadas, Caroline dejó que se quedara encima de ella durante el regreso a casa.

—No vas a servirme para nada —dijo, mientras el cachorro se estremecía, satisfecho—. Ya lo estoy viendo. Y sé cuál es el problema. Cuando yo era niña, siempre quise tener un cachorro. Pero no podía ser. Los pelos del perro en el salón y charquitos en la alfombra... Luego, a partir de los ocho años, me pasaba una buena parte del verano viajando. Así, por supuesto, no había manera de tener un perro.

Le acariciaba mientras conducía, disfrutando del cálido bulto en su regazo.

—El problema es que sólo me quedaré un mes o dos más, por ello creo que no es justo que tengamos una relación muy íntima. Aunque podamos ser amigos —prosiguió cuando *Inútil* acomodó la cabeza en el pliegue de su codo y la miró, apenado—. Quiero decir, que me parece bien que nos tengamos un poco de afecto, respeto, incluso que disfrutemos juntos mientras dure. Siempre y cuando los dos sepamos... —El cachorro se acurrucó contra su pecho y le lamió la barbilla.

—¡Mierda!

Antes de girar para coger el camino de su casa, Caroline supo que se había enamorado de él, y se lo reprochó a sí misma.

No le ayudó mucho ver a Tucker sentado en los escalones del porche, con una botella de vino junto a él y un ramo de rosas amarillas sobre las rodillas.

14

—¿Es que nunca trabajas? —le preguntó Caroline mientras luchaba con el inquieto cachorro, el bolso y las compras.

—Sólo cuando me atrapan. —Tucker dejó las rosas a un lado, y se incorporó perezosamente—. ¿Qué llevas ahí?

—Yo diría que un perro.

Tucker se echó a reír y se dirigió a paso lento hacia donde Caroline había conseguido meter su BMW junto al Oldsmobile, que ocupaba el espacio de una barca.

—Simpaticen el chuchó. —Le rascó la cabeza al cachorro, y echó un vistazo al asiento trasero del coche—. ¿Quieres que te eche una mano?

Caroline se apartó el cabello del rostro con un soplo.

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que estás contenta de verme. —Decidió aprovechar que ella tenía los brazos cargados y le dio un beso—. Aunque desearías que no fuera así. Ve y suelta todo eso. Yo te llevaré lo demás.

Y ella así lo hizo, sobre todo para ver si Tucker era capaz de hacer con las manos algo más que subir la tensión a una mujer. Caroline se sentó en los escalones y se enfrascó en la tarea de poner el collar al cachorro, que no dejaba de retozar.

—Por lo visto te has hecho con todo lo necesario —comentó Tucker. Cogió una bolsa y se echó el saco de comida de perro al hombro. Sus músculos se contrajeron en un movimiento leve y muy interesante, advirtió Caroline. Luego sacó el cojín floreado—. ¿Qué es esto?

—Necesita algo para dormir.

«Tu cama», pensó Tucker con una sonrisa. El cachorro no se volvió.

—Así... —Lo dejó todo en el porche y se sentó junto a ella—. ¿Es uno de los perros de los Fuller?

—Sí. —El cachorro la abandonó para husmear la mano de Tucker. Caroline olió la fragancia de las rosas y decidió no dejarse seducir por ellas, no preguntar por ellas, no fijarse en ellas.

—Hola, chuchó. —Tucker rascó al cachorro en un lugar del cuerpo que le hizo sonreír y golpear rítmicamente con una pata trasera sobre el escalón—. Es un buen perro, desde luego. Sí que es bonito. ¿Cómo se llama?

—*Inútil* —murmuró Caroline, mientras el perrito (su perrito, se recordó) se estiraba cariñosamente sobre el regazo de Tucker—. Lo tengo como perro guardián.

Tucker frunció el entrecejo.

—Perro guardián, ¿eh? —Hizo cosquillas al cachorro hasta que éste se puso patas arriba—. Vamos, chico, enséñame esos dientes. —*Inútil* lo complació royéndole los nudillos—. Bien, no tardarán en crecerte. Como todo lo demás. Dentro de un par de meses se habrá puesto bien fuertote.

—Dentro de un par de meses, yo... estaré en Europa —repuso Caroline—. En realidad, quizá tenga que irme antes. Hay un compromiso que tal vez deba cumplir, en septiembre, y que me obligaría a ir a Washington en agosto para prepararme.

—¿Que debas cumplir?

Ella no había querido expresarlo así.

—Hay un compromiso —dijo, callándose lo demás—. Pero supongo que encontraré un buen hogar para el cachorro antes de irme.

Tucker alzó la cabeza para mirarla, serenos ojos dorados, aunque un poco duros. De vez en cuando miraba de una manera, pensó ella, que cortaba cualquier tontería e iba directa al grano.

—Supongo que podrías llevarte el perro si quisieras. —Su voz sonó queda, apenas más que un rizo en el aire, caliente y quieto—. Eres bastante importante en lo que haces, ¿verdad?

Le disgustaba verse obligada a apartar la mirada de él, pero tenía que hacerlo para que él no advirtiera cosas que ella estaba escondiéndose de sí misma todavía.

—Las giras son complicadas —añadió, y lo dejó así.

Pero él, no.

—¿Te agradan?

—Forman parte de mi trabajo. —Hizo un gesto para coger al cachorro, cuando éste quiso bajarse de las rodillas de Tucker para explorar—. Podría perderse.

—Sólo quiere reconocer el lugar. No me has contestado, Caroline. ¿Te agradan?

—No es una cuestión de agrado o desagrado. Si eres concertista, viajas. —De aeropuerto en aeropuerto, pensó ella, de ciudad en ciudad, de hotel en hotel, de ensayo en ensayo. Sintió un tirón en el estómago, algo se estiraba y le apretaba. Le advertía que se tranquilizara, a menos que quisiera que su vieja amiga, doña Úlcera, le hiciera una visita.

Aunque él se ponía tenso en muy raras ocasiones, reconoció los síntomas enseguida. Con gesto casual, le puso una mano en la nuca y empezó a frotar.

—Nunca he entendido por qué alguien se aficiona a hacer algo que le importa un rábano.

—Yo no he dicho...

—Por supuesto que sí. No has dicho: «Oh, Tuck, no hay nada igual. Volar hasta Londres, coger un avión a París, viajar a Viena o Venecia.» En fin, yo siempre he querido conocer algunos de esos lugares. Pero no me ha parecido que tú te hayas divertido demasiado viéndolos.

«¿Ver?», pensó Caroline. ¿Qué se podía ver, en realidad, entre entrevistas, ensayos, conciertos y equipajes?

—Hay personas en este mundo que no consideran la diversión como la ambición de su vida. —Escuchó su propia voz, muy remilgada, y frunció el entrecejo, disgustada consigo misma.

—Vaya, qué lástima. —Él se echó hacia atrás para encender un cigarrillo—. ¿Ves ese cachorro? Anda por ahí husmeándolo todo, contento como un sapo con la barriga llena de moscas. Te regará la hierba, se perseguirá la cola cuando le apetezca, y luego se tumbará y echará una buena siesta. Siempre he pensado que los perros tienen la mejor idea de qué es vivir.

Caroline esbozó una sonrisa.

—Avísame cuando tengas ganas de regar mi hierba.

Pero Tucker no le devolvió la sonrisa. Por un momento, se quedó mirando la brasa de su cigarrillo y luego clavó en ella esa mirada serena, afilada como un bisturí.

—He preguntado al doctor Shays acerca de esas pastillas que me diste. ¿El percodán? Me ha dicho que son muy fuertes. Y me gustaría saber por qué las necesitas.

Caroline se encogió, tan tensa, que Tucker pensó en un erizo, hecho una bola y mostrando las espinas a cualquiera que fuera tan curioso como para pincharse.

—No es asunto tuyo.

Tucker le puso una mano en la mejilla.

—Caroline, me importas de verdad.

Ella era muy consciente (ambos lo eran) de que esas palabras se las había dicho antes a docenas de mujeres. Y los dos sabían que aquella vez no significaban lo mismo, y eso les incomodaba.

—Me dan dolores de cabeza —dijo ella, disgustada porque el tono de su voz sonaba punzante y a la defensiva.

—¿Con regularidad?

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio? A mucha gente le duele la cabeza; sobre todo si hacen algo más que sentarse en una mecedora en el porche todo el día.

—Prefiero una buena hamaca de cuerdas —dijo él, afable—. Pero estábamos hablando de ti.

La mirada de Caroline fue casi inexpresiva, y fría.

—Déjame en paz, Tucker.

En circunstancias normales, él lo habría hecho. No era de aquellos que pinchaban e insistían allí donde podía pillarse las manos.

—No me siento bien, cuando pienso que sufres.

—No sufro. —Pero el dolor de cabeza empezaba a despertarse, con la furia de un mercancías a toda velocidad.

—O que te preocupas.

—Me preocupo... Me preocupo. —Repitió dos veces, luego hundió la cabeza en el regazo y se echó a reír. Cierta histeria en su risa llamó la atención del cachorro, que se le acercó, gimiendo—. ¿Y de qué he de preocuparme? Sólo porque hay un maniático suelto por ahí apuñalando a las mujeres y dejándolas en mi laguna. ¿Por qué habría de preocuparme el hecho de que Austin Hatinger se haya fugado, y que tal vez decida volver a mi casa

a cargarse mis ventanas? Estoy convencida de que no debería perder el sueño pensando que seguramente intentará hacer algunos agujeros en tu cuerpo.

—No creo que vaya a lucir más agujeros que los míos naturales. —Le pasó la mano por la espalda, de arriba abajo, para tranquilizarla—. Nosotros, los Longstreet, tenemos buena estrella y siempre salimos ganando.

—Sí, ya lo he visto. Con un ojo morado y la cabeza partida.

Tucker frunció el entrecejo. Había pensado que su ojo ya no tenía tan mala pinta.

—La próxima semana ya no tendré cardenales, y lo más probable será que Austin esté de vuelta en la cárcel. La suerte de los Longstreet funciona así, cariño. Fíjate en el primo Jeremiah.

Caroline soltó un bufido, pero él la ignoró.

—Era un buen amigo de Davy Crockett. Un muchacho de Kentucky, ¿sabes? —Tucker cambió la voz a un tono más apropiado para contar historias—. Lucharon juntos durante la guerra de la Independencia. Desde luego, Jeremiah era sólo un muchacho en aquel tiempo, pero le volvía loco pelear. Después de la guerra fue dando tumbos de un lado a otro, sin saber demasiado bien qué hacer consigo mismo. No era capaz de sentar cabeza, como si no encontrara una razón de ser. Entonces se enteró de que había bronca en Texas, y decidió darse una vuelta por allí, a ver si encontraba a su viejo amigo Davy. Y quizá matar algunos mejicanos. Aún no había cruzado la frontera de Luisiana cuando su caballo metió una pata en una madriguera de conejo y tropezó. Jeremiah salió disparado. El caballo se rompió la pata, y Jeremiah también. Tuvo que matar al animal, lo que apenó mucho a Jeremiah, pues llevaban ocho años juntos.

»Pero, mira por dónde, un granjero pasó por allí y llevó a Jeremiah hasta su casa en la carreta. El granjero tenía una hija, como todo buen granjero debería tener, y entre los dos le arreglaron el hueso roto. La fractura era terrible, y Jeremiah estuvo en un tris de no contarle; pero al cabo de dos semanas ya andaba, aunque cojeando, con una muleta.

»Se enamoró de la hija del granjero y tuvo unos niños preciosos, que se hicieron ricos plantando algodón, o lo que se plante en Luisiana.

»Es cierto como te lo cuento, pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que Jeremiah perdió su caballo y quedó cojo para el resto de sus días. Pero nunca llegó a Texas para reunirse con Davy... en Álamo.

Caroline había vuelto la cabeza, apoyando la mejilla en sus rodillas para mirarle mientras le contaba aquella historia que, probablemente, nada tenía de cierta. Lo curioso fue que se le pasó el dolor de cabeza junto con aquellos amenazadores tirones en el estómago.

—Así que la cuestión es —dijo ella—, que un Longstreet tiene la suerte de romperse una pierna, evitándose así algo peor.

—Has dado en el clavo —exclamó Tucker—. Ahora, cariño, ¿por qué no coges el perro, y lo que creas que puedas necesitar, y te vienes a Sweetwater a pasar unos días? —Sonrió al ver la mirada recelosa de Caroline—. Tenemos una docena de habitaciones o más, así pues, no necesitarás quedarte en la mía. —Le deslizó un dedo nariz abajo—. A menos que estés dispuesta reconocer que, tarde o temprano, acabarás en ella.

—Te agradezco tu amable invitación, pero tendré que rechazarla.

Una leve sombra de impaciencia se reflejó en la expresión de Tucker.

—Caroline, tienes un montón de carabinas¹ y una sólida cerradura en la puerta de todas las habitaciones si crees que intentaré colarme entre tus sábanas.

—Estoy segura de que te meterías —dijo ella, pero después lanzó una carcajada—. Y no presumas tanto pensando que temo no ser capaz de manejarte yo sola. Tengo que quedarme aquí.

—No te propongo que te vengas allí, de manera permanente —repuso, pero le sorprendió que aquella idea no le diera escalofríos—, sino tan sólo de visita, hasta que Austin esté donde le corresponde.

—Tengo que quedarme aquí, Tucker —repitió ella—. Hasta hace un par de meses, nunca he tomado una decisión firme en ningún sentido. Me he pasado la vida haciendo lo que decían, yendo donde me indicaban y actuando como esperaban que actuara.

—Cuéntamelo.

—No, ahora no. —Dejó escapar un largo suspiro—. En otra ocasión, quizá. Pero ésta es mi casa, mi lugar, y voy a quedarme. Mi abuela pasó aquí toda su vida adulta. Mi madre nació aquí, aunque ella prefiera que no se le mencione. Y me gustaría pensar que hay suficiente McNair en mí como para estarme un verano aquí. —Decidió cambiar de ánimo y sonrió—. ¿Piensas regalarme esas flores o dejarás que se marchiten en el suelo?

Tucker consideró varios argumentos válidos, pero lo dejó correr. Cuando a las personas no se les permitía que siguieran su propio camino, tenían más probabilidades de perderse que de encontrarte.

—¿Estas que hay aquí? —Cogió las flores, fingiendo inocencia—. El pequeño embudo de plástico con agua en que están metidas las mantiene frescas. ¿Acaso las quieres tú?

Ella se encogió de hombros.

—No me gustaría que se marchitaran.

—A mí, tampoco. He tenido que ir hasta Rosedale para conseguirlas, y este vino también. Me he visto obligado a pedir el coche a Della para hacerlo —agregó, husmeando las flores con gesto displicente—. Y con Della, nada te sale gratis. Tendrías que haber visto qué lista de recados me hizo. La tintorería, el mercado y, como había visto algo anunciando un saldo en Woolworth's, me encargó que le comprara un montón de cosas allí. Y hasta ese momento aguanté; pero me negué a escoger un salto de cama para la hija de su hermana, Sarah, que está a punto de casarse y quieren darle una fiesta de soltera la próxima semana. Un hombre ha de tener ciertos valores, y yo no compro ropa interior a una mujer, a menos que esté relacionado íntimamente con ella.

—Eres un hombre de valores sólidos, Tucker.

Es cuestión de principios. —Dejó las rosas en el regazo de Caroline,

¹ Se refiere a las mujeres que antiguamente acompañaban a las señoritas cuando éstas salían a la calle. (*N. de la T.*)

donde las flores, de brotes esbeltos, resplandecieron como diminutos rayos de sol—. He pensado que las amarillas te sentarían muy bien.

—Son preciosas. —Aspiró su perfume, dulce y fuerte—. Supongo que tendré que darte las gracias por ellas, y por cuanto has tenido que hacer para conseguirlas.

—En vez de eso, podrías darme un beso. Yo lo preferiría. —Sonrió al ver que fruncía el entrecejo y alzó el rostro hacia ella—. No lo pienses, Caroline, hazlo. Es mejor que cualquier pastilla para curar dolores de cabeza.

Y así, con el fulgor de las rosas entre ambos, ella se inclinó y rozó con sus labios los de él. Aquel sabor fue tan dulce y tan fuerte como la fragancia que lo envolvía. Y, descubrió, igual de reconfortante. Con la mirada algo nublada, hizo ademán de apartarse, pero él le puso una mano en la nuca.

—Vosotros, los yanquis —murmuró Tucker—, siempre andáis con prisas. —Atrajo aquella ansiada boca hacia la suya.

La saboreaba. Caroline se dio cuenta de ello, a pesar de que su mente empezaba a llenarse de una bruma de emociones. Comprendió lo lento, lo profundo que resultaba un beso si uno podía abandonarse a él. Y, con un leve suspiro, lo hizo.

Y cuando sintió que los dedos de él se tensaban sobre su piel, ni siquiera se preocupó. Bajo la mano que apoyaba contra su pecho, el corazón de Tucker latía rápido y fuerte. Pero el ritmo la llenó de placer y no de tensión nerviosa.

Y todo el tiempo, sus labios se deslizaban sobre los de ella en un beso que era como zambullirse en un lago azul de aguas frescas salpicado de rayos de sol.

Entonces, él se apartó. No la había tocado, aparte de aquellos dedos que se habían hecho fuertes contra su nuca, no la había tocado. No se había atrevido. Él sabía que en cuanto lo hiciera, sería incapaz de detenerse.

Había algo en aquella melodía a lo que no estaba acostumbrado. Por mucho que le costara detenerse, Tucker sabía que debía meditarlo un poco más.

—Supongo que no me vas a pedir que entre.

—No —dijo ella, y respiró hondo—. Todavía no.

—Entonces será mejor que vuelva a casa. —Después de un breve tira y afloja consigo mismo entre irse o quedarse, se levantó—. He prometido a la prima Lulú una partida de parchís. Ella hace trampa. —Sonrió—. Pero yo también, y soy más rápido.

—Gracias por las flores. Y por el vino.

Tucker pasó por encima del perrito, que roncaba al pie de los escalones. Como no quedaba más de cinco centímetros de espacio entre el Oldsmobile de Della y el BMW, tuvo que meterse en el coche por el asiento del copiloto y de ahí al del conductor. Puso en marcha el motor y bajó la ventanilla.

—Mantén el vino fresco, muñeca. Volveré.

Mientras Caroline miraba cómo el coche retrocedía a toda velocidad por el camino de la casa, se preguntó por qué aquel comentario breve y presuntuoso le había sonado casi como una amenaza.

Josie y Crystal estaban sentadas en su cabina preferida del Chat 'N Chew. La excusa era cenar juntas, pero como las dos guardaban dieta eterna, la razón era el chismorreó.

Josie removía la ensalada de pollo con poco interés.

Lo que ella quería era un bistec bien grueso con un montón de patatas fritas como guarnición. Pero se preocupaba por su figura. Había superado los treinta años, y vigilaba de cerca la aparición de aflojamientos, colgajos, barriga...

Su madre había mantenido una figura esbelta y elegante hasta el día que cayó muerta entre sus rosales. Josie intentaba no ser menos que ella.

Desde el día en que descubrió que su madre era diferente a su padre, Josie entró en una competencia sutil y constante. Eso hizo que, de vez en cuando, se sintiera culpable, pero fue incapaz de resistirse a la necesidad de ser tan bonita como su madre. Y luego, más bonita aún. Ser tan deseable como ella para los hombres. Y luego, más deseable aún.

Nunca había logrado adquirir la serena dignidad de su madre; había sufrido un espantoso fracaso en su intento de imitarla durante su primer matrimonio. Así pues, había optado por hacer suya la manera de hablar de su padre, descarada y picante. Sentía que le iba bien aquel arrebatador aspecto de mujer fatal y enérgica personalidad. De niña, ya había encajado todas las piezas de su propia persona. Ahora, el rompecabezas de Josie Longstreet estaba consolidado.

Mientras Josie jugueteaba con la comida, Crystal engullía el tomate relleno de atún que había pedido. Crystal no dejaba de parlotear mientras se metía en la boca el tenedor rebosante de atún. Como había hecho toda su vida, Josie la escuchaba a ratos, conectando y desconectando el sonido a su conveniencia.

Quería mucho a Crystal, desde que tomaron la solemne decisión de ser amigas íntimas en primero, cuando eran dos niñas privilegiadas sin la más remota idea de qué forma tan radical divergerían sus vidas. Josie por un camino, con su baile de presentación en sociedad, y un matrimonio como Dios manda. Crystal por otro, cuando su padre, un abogado, se fugó con la secretaria. Tuvo que ponerse a trabajar como empleada; luego, su desgraciado matrimonio acabó en divorcio después de un segundo aborto.

Pero seguían siendo amigas. Siempre que Josie volvía a Innocence, se veía con Crystal. Josie era lo bastante sentimental como para querer una amiga de la infancia en su vida adulta. Y le gustaba que se complementaran tan bien. Crystal era menuda y redondeada, mientras que Josie era alta y delgada. Crystal tenía la piel blanca salpicada de diminutas pecas. Se había gastado una fortuna en todos los productos antipecas del mercado, hasta que decidió aceptarlas como un rasgo de su personalidad. Había aprendido a cuidarse la piel en el Instituto de Belleza de Madame Alexandra, en Lamont, saliendo tercera de su promoción, y tenía un certificado para demostrarlo.

Como resultado de ello, tenía el cutis tan lozano como una lechera, formando un perfecto contraste con la tez morena y agitanada de Josie. Se teñía el cabello cada dos o tres meses, volviéndose una especie de anuncio

andante de sus habilidades. En ese momento lo llevaba «Dorado Chispeante», de Clairol, en un peinado estilo colmena afirmado con un exceso de laca. Crystal insistía que volvía a estar de moda.

—Y entonces, mientras Bea hacía la manicura a Nancy Koons, esa Justine empezó a dar la tabarra con que Will le había dicho que el tipo del FBI había averiguado que el asesino de Edda Lou y de las otras dos era un negro. Que lo sabía por la forma de matarlas, y porque habían encontrado un vello púbico y todo eso. —Crystal escarbó en el tomate, y cogió un pedacito de atún empujándolo delicadamente con el meñique dentro del tenedor—. En fin, ignoro si fue así o no, pero me pareció muy mal que hablara de esa manera estando Bea, que es más negra que el as de picas, allí sentada limando las uñas a Nancy. Me sentí avergonzada, Josie; pero Bea se limitó a preguntar a Nancy si quería que le cortara las cutículas y siguió limando como si nada.

Josie sorbió de su pajita.

—Justine está tan loca por Will, que si él le dijese que las ranas cagan pepitas de oro, ella iría al riachuelo de Little Hope a buscarlas.

—Eso no la justifica —dijo Crystal con tono moralizador—. Quiero decir, todos sabemos que probablemente es un negro, pero nunca me verás comentándolo delante de Bea. Porque Bea es la mejor trabajadora que tengo. Así pues, di un tirón de pelo a Justine, y cuando ella soltó un chillido, le dije, con toda la gentileza que te puedes imaginar: «Cielo, ¿te he hecho daño? Cuánto lo siento. Todas estas conversaciones sobre asesinatos y todo eso me ponen muy nerviosa. Menos mal que no te he pillado el lóbulo de la oreja con las tijeras mientras te cortaba las puntas. Un corte en una oreja sangra más que un cerdo herido.» —Crystal sonrió—. Con eso se calló.

—Quizá le pida a Will que me acompañe a casa esta noche —dijo Josie echándose la melena hacia atrás—. Eso dará a Justine algo por que chillar.

Crystal soltó una de sus risitas de pajarillo.

—Josie, eres increíble. —Desvió la mirada hacia la puerta del restaurante, que acababa de abrirse. Sacando el labio inferior, se inclinó hacia Josie—. Ahí entra esa Darleen Talbot con su bebé. —Levantó la nariz con gesto desdenoso y se acabó la coca-cola de un sorbo—. Hay basura y hay gentuza, te lo digo yo.

Josie alzó la vista cuando Darleen pasó para acomodarse en una cabina.

—Billy T. Bonny, ¿no?

—Hablando de gentuza... —Crystal disfrutaba con eso—. Como te lo digo, Josie. Vi que entraba, tan tranquilo, por la puerta de la cocina de Darleen menos de diez minutos después de que Junior hubiera salido por la puerta principal, y, cuando le dejó entrar, lo único que llevaba puesto era un salto de cama transparente. Los vi por la ventana de la cocina de Susie Truesdale. Allí estaba yo, lavando la cabeza a Susie en la pila. Oye, y esa Susie, tiene siempre la cocina como una patena de, limpia, te lo digo yo, y con todos esos crios. Si no hubiese sido porque al pequeño le dolía la tripa, Susie habría ido a la peluquería para el lavado y peinado de siempre, y yo no los habría visto.

—¿Qué dijo Susie?

—Bueno, ella tenía la cabeza metida en la pila, pero cuando le estaba

arreglando el cabello, se lo mencioné, como de pasada. Y me di cuenta, por su forma de mirarme, que ya lo sabía. Pero me dijo que ella nunca se fijaba en las cosas que ocurrían en casa de la vecina.

—Así pues, Darleen está poniéndole los cuernos a Junior con Billy T. —dijo Josie sonriendo con los labios adheridos a la pajita. En sus ojos apareció aquel fulgor profundo y distante que indicó a Crystal que tramaba algo.

—¿Estás pensando, Josie?

—Exactamente, Crystal. Pensaba en que ese Junior es guapo aunque un poco tontorrón. Y en que le tengo mucho cariño.

—Cielos. —Crystal removi6 lo que le quedaba del tomate—. Que yo sepa, es casi el único hombre del pueblo entre veinte y cincuenta años que no has mirado dos veces.

—Puedo querer a un hombre sin desear montármelo con él. —Josie se quedó mirando fijamente la pajita que tenía entre las manos. Tenía una mancha roja en un extremo—. Creo que alguien debería hacerle una ligera insinuación acerca de lo que sucede en su casa cuando él no está allí para verlo.

—No sé, Josie.

—Yo sí, y eso me basta. —Metió la mano en el bolso y sacó papel y lápiz—. A ver. Le escribiré una notita, y tú se la harás llegar.

—¿Yo? —chilló Crystal. Luego miró alrededor, avergonzada—. ¿Por qué he de ser yo?

—Porque tú pasas siempre por la gasolinera de camino a casa para comprarte una chocolatina.

—Sí, bien, pero...

—Lo que has de hacer cuando entres —prosiguió Josie, escribiendo afanosa— es distraer a Junior en cuanto tenga abierta la caja registradora. Dejas caer la nota dentro y te largas. Más fácil, imposible.

—Ya sabes que me sale urticaria en las axilas cuando me pongo nerviosa. —Crystal pensó que ya sentía el picor en la piel.

—Dos segundos, y ya está. —Al ver que Crystal no dudaba, Josie sacó la artillería pesada—. ¿Te he contado ya que Darleen va diciendo por ahí que el tinte que le pusiste se le ha oxidado y que piensa ahorrarse el dinero tiñéndose ella misma con Miss Clairol? No tiene pelos en la lengua para decir que es un robo que cobres diecisiete dólares por un teñido cuando lo único que hay que hacer es comprar una caja por cinco dólares y hacérselo una misma.

—Esa mala puta no tiene derecho a hablar así a mis clientas. —Crystal estaba furiosa—. Tiene el cabello como un estropajo, y si no se lo he dicho mil veces, no se lo he dicho ninguna, que se lo haga cuidar por un profesional o acabará cayéndosele a puñados. —Aspiró hondo—. Y ojalá se le caiga.

Josie sonrió y agitó la nota delante de la nariz de Crystal. Echando fuego por los ojos, Crystal se la arrebató.

—Mírala —dijo Crystal—. Ahí está pintándose los labios mientras el crío se pone perdido de helado.

Con disimulo, Josie volvió la cabeza. Iba a comentar que Darleen estaría

más guapa si también a ella la dejaran perdida de helado de vainilla de cerezas, pero el brillo del tubo dorado del pintalabios la detuvo.

—Vaya, qué curioso —murmuró.

—¿El qué?

—Nada. Ahora vuelvo, Crystal. —Josie se levantó y, deslizando un dedo por encima del respaldo de las cabinas, se acercó a Darleen—. Hola, Darleen. Ese niño tuyo está muy grande.

—Ya tiene ocho meses. —Sorprendida y halagada de que Josie la saludara, Darleen dejó la barra de labios a un lado e intentó, aunque en vano, limpiar un poco a Scooter con una servilleta de papel. Enfurecido por la interrupción, el niño empezó a berrear. Josie miró la barra de labios por el rabillo del ojo mientras Darleen y el bebé peleaban.

No era un error, pensó. En absoluto. Ella había comprado en Jackson aquel lápiz labial, en el mostrador de los cosméticos Elizabeth Arden. Enseguida le había gustado el tubo dorado y el tono de rojo que tenía.

Además, había extraviado el suyo. Y lo echó en falta a raíz del polvazo con Teddy Rubenstein en la Funeraria Palmer. Josie recordó que volvió a casa, y que el bolso se le cayó cuando se apeó del coche, esparciéndose su contenido por el suelo.

Y al día siguiente, Tucker tuvo un accidente con el coche porque alguien le había agujereado los manguitos del aceite con un punzón.

—Qué lápiz de labios tan bonito, Darleen. Te queda muy bien.

Los ojos de Josie resplandecían con el duro brillo de un ave rapaz, pero Darleen se fijó sólo en el cumplido.

—El color rojo es muy sexy, creo yo. A un hombre le gusta ver cómo se le acercan los labios de una mujer.

—A mí también me gusta el rojo, pero nunca había visto ese tono. ¿Dónde lo has conseguido?

—Oh. —Darleen se sonrojó un poco, pero se sentía tan halagada que recogió el tubo y lo giró bajo la luz—. Fue un regalo.

La sonrisa de Josie era ferozmente jovial.

—Me encantan los regalos. ¿A ti no?

Dio media vuelta sin esperar respuesta y regresó donde su amiga Crystal la esperaba, atónita.

Quince minutos después, cuando Tucker descansaba de tres partidas de parchís ganadas con el sudor de su frente, Josie interrumpió su sueño sacudiéndolo hasta que consiguió que se despertara para contarle su historia, con pelos y señales.

El parpadeó al recibir los últimos rayos de sol en los ojos, intentando centrar su embotado cerebro en lo que ella le decía.

—Para un poco, Josie, por el amor de Dios. Ni siquiera estoy despierto todavía.

—Entonces despierta de una vez, ¡maldita sea! —Exclamó ella, dándole

un empujón que casi lo tira de la hamaca—. Estoy diciéndote que fue Billy T. Bonny quien te jodio el coche, y quiero saber qué piensas hacer al respecto.

—¿Quieres decir que usó una barra de labios para hacerme los agujeros en la bomba hidráulica y en los manguitos de los frenos?

—¡No, cabeza de chorlito! —Respiró hondo y volvió a contarle la historia de pe a pa.

—Cariño, sólo porque Darleen tenía una barra de labios como la tuya...

—Tucker. —La paciencia no era una de sus virtudes y le dio un puñetazo, bastante fuerte—. Una mujer reconoce de inmediato su lápiz de labios cuando lo ve.

El se frotó el brazo, seguro de que aquello que acababa de decirle era cierto.

—Se te puede haber caído en cualquier sitio.

—No se me ha caído en cualquier sitio, se me cayó ahí mismo, en el camino. La noche que salí con Teddy, me pinté con él, y a la mañana siguiente ya no lo tenía. Y también me falta mi espejito nácar. —Sus ojos lanzaban rayos de furia—. Seguro que también lo tiene la puta esa.

Tucker se incorporó con un suspiro. No parecía probable que le dejara dormir la siesta. Todavía no estaba enfadado, porque todo aquello se le antojaba un poco traído por los pelos.

—¿Adonde vas?

—A contárselo a Burke.

Josie puso los brazos en jarra con gesto impaciente.

—Papá habría cogido un rifle y se lo habría metido a Billy T. por el culo.

Tucker se volvió, aunque la expresión de su rostro era tranquila, sus ojos no lo estaban.

—Yo no soy papá, Josie.

Ella se arrepintió de inmediato, y se abalanzó sobre él para rodearlo con sus brazos.

—Cariño, qué espantoso lo que acabo de decirte. Pero no ha sido en serio, de verdad. Es que me pone furiosa todo esto, nada más.

—Ya lo sé. —La abrazó—. Deja que lo haga a mi manera. —Se inclinó para besarla—. La próxima vez que vaya a Jackson, te compraré una barra de labios.

—Rojo Salvaje.

—Anda, ve y relájate un poco. Me llevo tu coche.

—Muy bien. ¿Tuck? —Cuando él se volvió, ella sonreía de nuevo—. Quizá Junior le vuele las pelotas.

15

Tucker probó primero en la oficina, pero sólo encontró a la secretaria, Barb Hopkins, sentada en un rincón detrás de su pequeño escritorio, y a su hijo Mark, de seis años, jugando a presidiario en una de las dos celdas.

—Hola, Tuck. —Barb, que había engordado veinte kilos desde que se graduó con Tucker en el instituto Jefferson, acomodó su generoso trasero y dejó a un lado la novela de bolsillo que leía. Una gran sonrisa arrugó su rostro, alegre y redondo—. Vaya aventura que tenemos por aquí, ¿eh?

—Eso parece. —Siempre le había caído muy bien Barb, que se había casado con Lou Hopkins a los diecinueve años, y desde entonces se había dedicado a dar a luz a un varoncito cada dos años, hasta la llegada de Mark. Entonces fue cuando dio a Lou dos alternativas: graparse la polla o instalarse en el sofá—cama—. ¿Adonde tienes al resto de la prole, Barb?

—Andan por el pueblo armando jaleo.

Tucker se detuvo junto a la celda para saludar a Mark, un rubiales con la cara sucia.

—Así que, ¿por qué te han metido aquí, muchacho?

—Los he matado. —Mark sonrió con malicia y sacudió los barrotes—. Los he matado, a todos, pero no hay cárcel que pueda encerrarme.

—Ni que lo jures. Oye, Barb, aquí hay un criminal de lo más peligroso.

—Dímelo a mí. Cuando he bajado esta mañana, había subido el termostato del acuario, y me ha frito hasta el último pececillo. Tengo que vérmelas con un psicópata asesino de peces. —Metió la mano en una bolsa de ganchitos de queso y se llevó unos cuantos a la boca—. En fin, ¿en qué puedo servirte, Tuck?

—Estoy buscando a Burke.

—Ha reunido a unos muchachos para que le echen una mano, y se ha ido con Carl y con ellos en busca de Austin Hatinger. El sheriff del condado también ha venido, en su helicóptero. Han montado una caza a lo grande. No es tanto por disparar contra ti ni por cargarse las ventanas de Caroline Waverly —dijo Barb, complacida—, sino porque le dejó un buen chichón en la cabeza a aquel policía del condado, y humilló al otro de una manera que no quieras saber. Ahora Austin es un fugitivo de la justicia. Está metido en un buen lío.

—¿El FBI?

—Ah, ¿el agente especial Traje—y—Corbata? Bien, pues resulta que ha dejado todo el asunto en manos de nuestros muchachos. Ha salido con ellos por guardar las formas, pero está más interesado en sus entrevistas. —Cogió otro puñado de ganchitos de queso—. Por casualidad vi una de esas listas que hace. Quiere hablar con Vernon Hatinger, Toby March, Darleen Talbot y Nancy Koons. —Barb se chupó la sal de los dedos—. Contigo también, Tuck.

—Sí, ya me imaginaba que querría verme de nuevo. ¿Puedes llamar a Burke con esa cosa? —Señaló hacia la radio—. ¿Averiguar dónde está y si puede dedicarme cinco minutos?

—Claro que puedo. Se han llevado los radiotransmisores. —Barb se limpió los dedos teñidos de naranja, tocó unas clavijas, se aclaró la garganta y conectó el micrófono—. Aquí la central llamando a la unidad uno. Central llamando a unidad uno. Cambio. —Tapó el micrófono con la mano y sonrió a Tucker—. Ese Jed Larsson dice que deberíamos usar nombres en clave, como *Zorro Plateado* y *Oso Grande*. ¿Verdad que es gracioso? —Sacudiendo la cabeza, acercó de nuevo la boca al micrófono—. Central llamando a unidad uno. Burke, querido, ¿estáis ahí?

—Unidad uno a central. Perdona, Barb, tenía las manos ocupadas. Cambio.

—Tucker está aquí, en la oficina. Dice que necesita hablar contigo.

—Bien, pues ponlo.

Tucker se inclinó sobre el micrófono.

—Burke, tengo algo importante que decirte. ¿Te importa que me acerque donde estáis?

Se oyó un chillido de ruidos ambientales, una maldición de protesta, y un carraspeo de parásitos radiofónicos.

—Ahora me encuentro bastante ocupado, Tuck, pero acércate al cruce entre Dog Street y Lone Tree. Hemos puesto un control de carretera allí. Cambio.

—Voy volando. —Miró el micro con expresión vacilante—. Ejem, cambio y fuera.

Barb le sonrió.

—Yo, en tu lugar, llevaría una escopeta bajo el brazo. Austin ha robado dos armas reglamentarias esta mañana.

—Ya, gracias, Barb.

Tucker se dirigió hacia la puerta mientras Mark sacudía la jaula y chillaba alegremente:

—Los he matado. ¡Los he matado, a todos!

Tucker sintió un escalofrío. No estaba pensando en peces.

En la salida del pueblo avistó un par de helicópteros volando en círculos. Tres hombres se desplegaban en una V larga en el campo del viejo Stokey. Otro grupo hacía una barrida del criadero de bagres de Charlie O'Hara. Todos iban armados.

Tucker recordó cuando se lanzaron en busca de Francie. Antes de que le diera tiempo a impedirlo, su blanco rostro muerto apareció flotando en su mente. Soltó una imprecación mientras metía una cinta de música en el radio casete. Fue un alivio oír que no había puesto una de Tammy Wynette o de Loretta Lynn —dos de las que Josie prefería— sino Roy Orbison.

Los lastimeros y plateados acordes de *Crying* lo calmaron. No buscaban un cuerpo, se dijo para tranquilizarse. Iban a la caza de un idiota, nada más. Un idiota con un par de pistolas calibre 38.

A lo lejos, por el camino recto y largo que seguía, divisó la barricada,

unos ocho kilómetros antes de llegar a ella. Entonces pensó que si a Austin se le ocurriese coger ese camino, tendría la misma ventaja que él. Las vallas de madera estaban pintadas de un naranja chillón y resplandecían bajo el sol de la tarde. Detrás, dos coches patrulla de la policía del condado, frente a frente, parecían olfatearse como dos perros de color blanco y negro grandes.

En fila, aparcados en el arcén, había varios vehículos: la flamante camioneta Dodge que Jed Larsson acababa de comprarse —por lo visto, no le iban nada mal las cosas entre la tienda y los bagres—; el camión de Sonny Talbot, con las grandes luces redondas instaladas en el techo como un par de ojos amarillos; la patrullera de Burke, y la furgoneta Chevrolet de Lou Hopkins.

Esta última tenía un dedo de polvo encima. Alguien había garabateado las palabras «¡Lávame!» en el cristal del parabrisas trasero.

Al reducir la velocidad, Tucker observó que los tipos del condado daban un paso al frente y lo apuntaban con las escopetas cargadas, listas para disparar. Aunque ni siquiera pensó que primero dispararían y luego harían las preguntas, se sintió agradecido al ver que Burke les hacía una seña para que retrocedieran.

—Vaya operación que habéis montado aquí, ¿eh? —comentó Tucker al apearse.

—El sheriff del condado está que echa chispas —masculló Burke—. No le ha gustado nada que el FBI estuviera aquí y viera la cagada. Cree que Austin ya va de camino a México, pero no quiere decirlo.

Burke echó una bocanada de humo larga y lenta. Había sido un día de mierda agotador, y agradecía un rato de charla con Tucker.

—Creo que si un hombre conoce bien las ciénagas y los ríos de por aquí, podría esconderse el tiempo que quisiera. Sobre todo si tuviese un motivo. —Miró a Tucker detenidamente—. Apostaremos un par de policías de uniforme en Sweetwater.

—¡Y una mierda!

—Tenemos que hacerlo, Tuck. Entiéndelo. —Puso una mano en el hombro de Tucker—. Allí hay mujeres por todas partes.

Tucker miró hacia donde la vasta llanura se cubría de árboles, y desde éstos hasta la ciénaga.

—Qué jodido follón.

—Desde luego.

Algo en el tono de voz de Burke hizo que Tucker volviera la vista hacia él.

—¿En qué estás pensando?

—¿No es suficiente con esto?

—Hace demasiado tiempo que te conozco, amigo.

Burke alzó la vista hacia los policías del condado, y apartó a Tucker unos metros.

—Anoche, Bobby Lee pasó por mi casa.

—Vaya, ésa sí que es una noticia.

—Quiere casarse con Marvella —dijo con expresión triste—. Se armó de valor y pidió hablar conmigo a solas. Salimos al porche de atrás. Joder, Tuck, me dio un susto de muerte. Por un momento temí que quisiera decirme que la había dejado embarazada, y entonces habría tenido que matarlo o algo por el estilo. —Advirtió la irónica sonrisa de Tucker y se la devolvió, aunque sin ganas—. Sí, ya lo sé; ya lo sé. Pero todo cambia cuando se trata de tu propia hija. En fin... —Se llevó el cigarrillo a los labios y luego soltó una nube de humo—. No está embarazada. Supongo que los chicos de hoy en día son más listos con todo esto de protegerse. Recuerdo que yo tenía que bajar hasta Greenville para comprar preservativos cuando salía con Susie. —Su sonrisa fue más abierta—. Y luego, cuando por fin nos metimos en el asiento trasero del Chevrolet de mi padre, se me quedaron en el bolsillo. —La sonrisa se desvaneció—. Claro que si me hubiese acordado de ellos, Marvella no habría nacido.

—¿Qué le dijiste, Burke?

—Mierda, ¿qué podía decirle? —Apoyó una mano en la culata de la pistola con aire ausente—. Ella se me ha hecho mayor. Lo quiere, y eso es todo. Bobby Lee tiene un trabajo decente en lo de Talbot, y es un buen chico. Está enamorado de ella como un loco, y tengo que suponer que lo hará bien. Pero te juro que casi se me parte el corazón.

—¿Cómo se lo ha tomado Susie?

—Ha llorado a mares. —Suspirando, Burke tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie—. Y después cuando Marvella dijo que pensaban mudarse a Jackson, pensé que inundaría la casa. Luego, ella y Marvella comenzaron a llorar juntas. Al cabo de un rato se les pasó y se pusieron a hablar de vestidos de novia. Ahí las dejé.

—Estás nervioso, ¿eh, amigo?

—Es verdad. —Pero se sentía mejor ahora que lo había compartido—. No lo comentas todavía. Quieren decírselo a los Fuller esta noche.

—¿Te queda algún hueco en la cabeza para otro tema?

—Sería un placer sacarme éste de encima un rato.

Tucker se recostó contra el coche de Josie y le contó la historia del lápiz de labios y el adulterio.

—¿Darleen y Billy T.? —Burke frunció el entrecejo, pensativo—. Yo no lo sabía.

—Pregunta a Susie.

Burke suspiró y asintió con la cabeza.

—Mi mujer es de esas que sí guardan un secreto, si lo sabré yo. Llevaba tres meses embarazada de Tommy cuando me lo dijo. Temía que me sentara mal porque íbamos muy mal de dinero. Y con Marvella enamorada del hermano de Darleen, entiendo que no lo comentara. —Agitó las llaves en el bolsillo, pensativo—. La cuestión es, Tucker, que no puedo acusar a Billy T. sólo porque Darleen usa la misma clase de lápiz labial que Josie.

—Ya sé que estás ocupado con muchas cosas, Burke. Pero he pensado que deberías saberlo.

Burke asintió con un gruñido. Pronto se iría la luz, y a saber dónde se

habría ocultado Austin.

—Hablaré con Susie esta noche. Si es cierto que Billy T. está viéndose con Darleen a escondidas, veré qué puedo hacer.

—Te lo agradezco —dijo Tucker. Pero una vez que había cumplido con su deber, pensó que él también vería qué podía hacer.

A la mañana siguiente, agotado después de haber dormido apenas cinco horas, Burke engullía un tazón de cereales, preocupado porque había un fugitivo armado en su territorio. Habían encontrado el Buick, abandonado en el camino de Cottonseed, y ya nadie creía que Austin estuviera en México. Además, tenía que pensar en la necesidad de alquilarse un frac para la boda de su hija.

Susie estaba ya colgada del teléfono, parloteando con Happy Fuller. Las dos mujeres hacían planes para el casamiento con la intensidad y astucia de generales montando una importante campaña.

Estaba preguntándose cuánto tiempo tendría que soportar al sheriff del condado dándole la lata, cuando los gritos y el estruendo de la casa de al lado lo pusieron en pie de un salto.

¡Cielo santo! ¡Se había olvidado de los Talbot! Susie entró en la cocina a la carrera, pero Burke ya estaba saltando la valla que separaba los dos jardines.

—¡Lo has matado! ¡Lo has matado! —gritaba Darleen. Estaba en un rincón de la pequeña y desordenada cocina, mesándose los cabellos. El borde superior de su pequeño salto de cama se le había bajado, y lo tenía encajado debajo de un seno, blanco y saltarín.

Cortés, Burke desvió la mirada hacia la mesa volcada, los restos del desayuno desperdigados por todas partes, y la figura postrada de Billy T. Bonny, que yacía boca abajo en un charco de cereales esponjosos.

Burke sacudió la cabeza y miró a Junior Talbot, de pie al lado de Billy T. con una sartén de hierro en la mano.

—Espero por tu bien que no lo hayas matado, Junior.

—Yo diría que no. —Junior dejó la sartén a un lado con gesto tranquilo— Le he dado una vez nada más.

—Bien, echémosle un vistazo. —Burke se agachó mientras Darleen seguía chillando y estirándose del cabello. En el parquecito, Scooter levantaba el techo con sus berridos—. Sólo está atontado —dijo Burke, fijándose en el bulto, de un tamaño considerable, que empezaba a asomar en la cabeza a Billy T.—. Pero tendríamos que llevarlo a que lo viera el médico.

—Te ayudaré.

Todavía agachado, Burke levantó la vista.

—¿Quieres contarme lo que ha ocurrido, Junior?

—Pues... —Junior enderezó una silla—. Pues... Se me había olvidado decir una cosa a Darleen. Cuando he vuelto a casa, Billy T. se había colado en la cocina y estaba metiéndose con mi mujer. —Clavó la mirada en Darleen, que detuvo sus alaridos en seco—. ¿No ha sido así, Darleen?

—Yo... —Ella dio un sorbetón, y su mirada pasó de él a Burke, a Billy T., y de nuevo a Junior. —Sí. Yo... Él se me ha tirado encima tan de repente que no he sabido qué hacer. Entonces ha entrado Junior, y...

—Anda, ve a ocuparte del niño —dijo suavemente Junior. Se acercó a ella con la misma calma imperturbable y le subió el salto de cama para taparle el seno—. No te preocupes, Billy T. no te molestará más.

Ella tragó saliva y asintió varias veces con la cabeza.

—Sí, Junior.

Salió de la cocina casi a la carrera y, al cabo de un momento, los berridos del bebé se convirtieron en un hipo lloroso. Junior se volvió hacia Billy T. Empezaba a moverse un poco.

—Un hombre tiene que proteger lo que es suyo, ¿verdad, sheriff?

Burke enlazó los brazos bajo los de Billy T.

—Supongo que sí, Junior. Venga, llevémoslo al coche.

Cy era feliz. Le daba un poco de vergüenza esa felicidad, cuando acababan de enterrar a su hermana y el pueblo entero murmuraba cosas de su padre. Pero no podía evitarlo.

Casi le bastaba con estar fuera de la casa, donde su madre pasaba el día espatarrada, viendo el programa *Today* con los ojos vidriosos por unas pastillas que el doctor le había dado.

Pero era mejor aún que estar fuera de la casa, mejor que alejarse del coche patrulla que permanecía delante del patio, esperando por si a su padre se le ocurría volver a casa. Cy se iba a trabajar. Y se iba a lo grande.

Caminaba levantando polvo con los pies, silbando una melodía. La perspectiva de caminar un poco y luego recorrer unos quince kilómetros en bicicleta no le intimidaba en absoluto. Estaba embarcado en el Fondo de Liberación de Cy Hatinger. Un fondo que le compraría la salida de Innocence el día que cumpliera dieciocho años.

Los cuatro años que faltaban se prolongaban dolorosamente hacia el futuro, pero no era tan desesperante como antes de convertirse en un hombre para todo tipo de trabajos.

Le gustaba el título, y se imaginaba con una tarjeta de visita, como aquella que el vendedor de biblias de Vicksburg le había dado a su madre el mes de abril. Pondría algo así como:

CYRUS HATINGER

HOMBRE PARA TODO TIPO DE TRABAJOS.

* * *

No hay tarea demasiado grande
No hay tarea demasiado pequeña.

Sí, señor. Ya estaba encaminado. Cuando cumpliera los dieciocho años, habría ahorrado dinero suficiente para comprarse un billete hasta Jackson. Quizá incluso hasta Nueva Orleans. ¡Joder! Hasta California podría irse, si le daba la gana.

Canturreando *California, Here I Come*, abandonó la carretera para cruzar el margen del campo este de Toby March. Se preguntó si Jim estaría pintando en casa de la señorita Waverly, y si él tendría tiempo para detenerse un momento a saludarle.

Cruzó el riachuelo de Little Hope, que no era más que un chorro de meados en esa época del año, y lo siguió hasta llegar a la desembocadura de la alcantarilla.

Recordaba que él y Jim habían garabateado sus nombres con lápices de cera en el redondeado del hormigón. Y que, más recientemente, habían absorbido con detenimiento cada una de las páginas de una revista *Playboy* que Cy le había «mangado» a su hermano A. J. de debajo del colchón.

Aquellas fotografías eran demasiado. Y para Cy, que jamás había visto una mujer desnuda, resultaron ser toda una experiencia pasmosa. El pene se le puso duro como una piedra. Y aquella noche, el viejo instrumento de Satanás se liberó en su primer y fascinante sueño mojado.

Y vaya sorpresa que se llevó su madre cuando él le hizo la colada.

Esbozó una sonrisa ante el recuerdo y, preguntándose si tardaría en vivir esa experiencia otra vez, se deslizó por la suave orilla del Little Hope y bajó hasta la alcantarilla.

Una mano se cerró con dureza sobre su boca, deteniendo en seco su alegre silbido. No intentó chillar ni forcejear. Conocía aquella mano, la forma, la textura, incluso el olor. Su terror era demasiado hondo, demasiado desesperado para gritar.

—He encontrado vuestro agujero —susurró Austin—. Vuestra madriguera de pecado, con vuestra asquerosa revista y vuestros escritos de negro asqueroso. ¿Acaso venís aquí a haceros pajas uno al otro?

Cy sólo pudo sacudir la cabeza. Soltó un quejido cuando Austin lo empujó contra la pared, dura y redondeada, de la alcantarilla. Esperaba ver el brillo del cinturón, pero mientras se preparaba, observó que su padre no lo llevaba.

Te quitan el cinturón cuando te meten en la cárcel, recordó. Te lo quitan para que no te puedas ahorcar.

Tragó fuerte. Su padre permanecía agachado porque la alcantarilla era demasiado baja para que pudiera estar de pie. Pero aquella posición no lo disminuía. Si acaso, hacía que pareciera más grande, más fuerte. Con la espalda encorvada, las piernas dobladas y entreabiertas, el rostro y las manos ennegrecidos de mugre, parecía un ser espantoso esperando arrojar sobre algo.

Cy volvió a tragar fuerte, y de su garganta brotó un gemido.

—Te están buscando, papá.

—Ya sé que me están buscando. Pero no me han encontrado, ¿verdad?

—No, señor.

—¿Sabes por qué, chico? Porque tengo a Dios de mi lado. Esos hijos de puta perversos nunca me encontrarán. Estamos librando una guerra santa. — Sonrió, y Cy sintió hielo flotando en su estómago—. Me metieron en la cárcel y dejaron libre a ese asesino hijo de puta. Ella era una puta. Una puta de Babilonia —dijo suavemente—. Se vendió siendo mía.

Cy no sabía de qué le hablaba, pero asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—Serán castigados. «Caerá sobre ellos el castigo por su iniquidad.» — Sus manos empezaron a abrirse y a cerrarse lentamente—. Todos ellos. Hasta la última generación. —Se le despejó la mirada y la volvió hacia Cy—. ¿De dónde sacaste esta bici, chico?

Pensó decirle que era de Jim, pero sabía que su padre le tenía clavada la vista encima y tuvo miedo de que la mentira le quemara la lengua.

—Me la han prestado, nada más. —Empezó a temblar, convencido de que no tenía salida—. He conseguido un trabajo. En Sweetwater.

Austin puso los ojos en blanco y dio un paso al frente, arrastrando un pie. Apretaba y aflojaba los puños, grandes y sucios.

—¿Has estado en aquel lugar? ¿En aquel agujero de serpientes?

Cy sabía que había cosas peores que los cinturones: los puños. Se le saltaron las lágrimas.

—No volveré, papá. Te lo juro. Sólo pensé que... —Una mano se cerró alrededor de su cuello, cortándole las palabras y el aire.

—Incluso mi hijo me traiciona. Carne de mi carne, hueso de mi hueso. —Arrojó a Cy a un lado como un calcetín usado. El muchacho se golpeó los codos con fuerza contra el hormigón, pero no chilló. Por un buen rato sólo se oyó la respiración de ambos.

—Volverás —dijo Austin rompiendo el silencio—. Volverás allí y observarás. Me contarás lo que hace, en qué habitación duerme. Me contarás todo cuanto veas y oigas.

Cy se pasó la mano por los ojos.

—Sí, señor.

—Y me traerás comida. Comida y agua. Me lo traerás aquí, todas las mañanas y todas las noches. —Volvía a sonreír cuando se puso en cuclillas junto a su hijo. Su aliento era espantoso, con un hedor a tumba. La luz que se filtraba por la entrada a la alcantarilla le dio en los ojos y los iris se le volvieron casi blancos—. No se lo digas a tu madre, no se lo digas a Vernon, no se lo digas a nadie.

—Sí, señor. —Cy meneaba la cabeza, asintiendo con gestos desesperados—. Pero Vernon te ayudaría, papá. Te traería la camioneta y...

Austin le propinó un bofetón en la boca.

—He dicho que a nadie. Estarán vigilando a Vernon. Lo vigilarán día y noche porque saben que él está de mi parte. Pero tú... en ti nadie se fijará. Pero recuerda que estaré vigilándote. A veces estaré aquí, esperándote. A veces no. Pero siempre te vigilaré. ¿Me entiendes? Siempre estaré ahí, vigilándote y escuchándote. El Señor me ayudará a ver, me ayudará a escuchar. Si cometes un error, su ira caerá sobre ti, te partirá en dos con un

golpe todopoderoso.

—Te lo traeré. —Los dientes de Cy castañetearon por encima de las palabras—. Te lo prometo. Te lo traeré.

Austin puso las manos sobre los hombros del muchacho con una brutalidad feroz.

—Si le dices a alguien que me has visto, ni el mismo Dios te salvará.

Cy tardó casi una hora en llegar a Sweetwater. Al cabo de un buen rato, tuvo que detenerse para vomitar el desayuno. Cuando quedó vacío, se lavó el rostro, mojado de sudor, con el agua sucia de Little Hope. Las piernas le temblaban de tal manera que tenía que ir despacio en la bicicleta o corría el riesgo de caerse. De vez en cuando, miraba hacia atrás por encima del hombro, nervioso, casi seguro de que su padre lo seguía, sonriendo con aquella sonrisa suya y chasqueando el cinturón que le habían quitado en la cárcel del condado.

Cuando llegó a Sweetwater, vio que Tucker estaba en la terraza lateral, revisando el correo de la mañana. Cy aparcó la bicicleta con movimientos pausados.

—Buenos días, Cy.

—Buenos días, señor Tucker. —Su voz sonó rasposa y tosió para aclararse la garganta—. Siento haber llegado tarde. Estaba...

—Tú mismo te controlas las horas, Cy. —Tucker dio un vistazo a un informe de valores y acciones y lo dejó a un lado—. Aquí no tenemos relojes de fichar.

—Sí, señor. Si me dice por dónde empezar, me pondré a ello enseguida.

—No me metas prisas —dijo Tucker con tono alegre, y echó un trozo de beicon al siempre esperanzado *Buster*—. ¿Has desayunado?

Cy pensó en lo que había arrojado al lado de la carretera y sintió un retortijón.

—Sí, señor.

—Entonces, ven aquí mientras me acabo el mío. Luego veremos qué hay que hacer.

Sin demasiadas ganas, Cy subió los tres peldaños que conducían a la terraza. *Buster* levantó la cabeza, meneó la cola y eructó.

—Le encanta tener compañía —dijo Tucker. Puso uno de los catálogos de Josie a un lado y lanzó una sonrisa al muchacho—. Ya que vienes con tantas ganas de... ¿Qué coño te has hecho?

—¿Señor? —El pánico se apoderó de su voz—. No he hecho nada.

—Demonios, muchacho, si tienes los codos hechos mierda. —Le cogió por los brazos y se los volvió. La sangre seguía manando, aunque con lentitud, y tenía los cortes llenos de tierra.

—Me he caído con la bici. Sólo eso.

Tucker se puso tenso.

—¿Te lo ha hecho Vernon? —Él mismo había tenido alguna que otra refriega con Vernon, y estaba seguro de que al tipo no le costaría nada meterse con el chico.

«De tal palo, tal astilla», pensó.

—No, señor, le juro que Vernon no me ha tocado. —Cy se sintió aliviado de poder decir la verdad—. A veces se enfada, pero yo sé evitarlo hasta que se le pasa. No es como mi padre... —Se interrumpió, sonrojándose avergonzado—. No ha sido Vernon. Me he caído, nada más.

Tucker había enarcado una ceja durante la balbuceante explicación. No tenía sentido que presionara al chico, ni que añadiera una humillación obligándole a reconocer que su padre y su hermano lo usaban de saco de boxeo.

—Bien, tranquilo. Entra en la casa y di a Della que te lave un poco.

—No necesito...

—Muchacho. —Tucker se recostó en su asiento—. Uno de los privilegios de ser jefe es dar órdenes. Así pues, anda, entra en la casa, que te laven esas heridas, y coge una coca-cola de la nevera. Cuando estés de vuelta ya, se me habrá ocurrido algo para que hoy te ganes el pan.

—Sí, señor. —Cy se levantó, atenazado por un fuerte sentimiento de culpa. Entró en la casa sintiendo el corazón como si fuera de plomo.

Tucker lo siguió con la mirada, con el entrecejo fruncido. El muchacho tenía un aspecto penoso, ésa era la verdad. Pero ¿qué culpa tenía el pobre? Tucker echó otro pedacito de beicon al perro y pensó que lo mejor para Cy sería que tuviera mucho trabajo, para aliviarlo un poco de sus preocupaciones.

Cuando el sol ardía en el cielo hacia mediodía, Tucker tenía a Cy ocupado con la cortadora de césped. La noticia sobre el asunto Talbot había recorrido ya todo el pueblo y, gracias a que Della estaba siempre conectada con Earleen por teléfono, había llegado también a Sweetwater cuando el vendaje de Billy T. estaba recién puesto.

Como los mejores helados, la historia les llegó para todos los paladares, y la degustaron con deleite. Pero con la relación entre Darleen y Billy T. confirmada, a Tucker le interesaba sólo una historia.

Junior había encontrado a su esposa abrazada a Billy T. sobre la mesa de la cocina. Billy T. había acabado con un chichón en la cabeza, y ninguna de las partes había puesto una denuncia en el juzgado.

Hasta que ocurriera otra cosa para sustituirla, ésa sería la noticia candente en Innocence.

Tucker dedicó la tarde a meditar el asunto; luego, se sirvió un pedazo de tarta de nata con plátano que Della había preparado y meditó un poco más. Al fin y al cabo, era una cuestión de principios. Un hombre podía dejar muchas cosas de lado, pero tratándose de sus principios, ¿dónde iba a ir si renunciaba a ellos?

Sobornó a Della para que le dejara el coche con la promesa de unos pendientes nuevos y el depósito de la gasolina lleno. Pasó por delante del camino de casa de Caroline, preguntándose si sería capaz de convencerla para ir al cine esa noche. Después de recorrer un kilómetro más, en el cruce de Old Cypress Road con Longstreet, aparcó el coche.

Para llegar del pueblo a su casa, o de su casa al pueblo, Billy T. tendría que pasar por aquel lugar. Que Tucker supiera, Billy T. no dejaba de ir una noche a la taberna de McGreedy desde que era capaz de sostener un taco de billar en la mano.

Tucker sacó un cigarrillo y se acomodó para la espera.

Se encontraba sentado en el capó del coche de Della, pensando en encender otro, cuando vio a Caroline detrás del perrito, que llevaba una correa roja.

Ella estuvo a punto de interrumpir el paseo, y sus vanos intentos de enseñar al cachorro a caminar junto a ella, cuando creyó advertir un destello de rabia en los ojos de Tucker.

Pero entonces vio que él sonreía.

—Cariño —la llamó—, ¿adonde te lleva el perro?

—Hemos salido a pasear —respondió Caroline, algo jadeante cuando llegó junto al coche. Meneando la cola, *Inútil* pegó un salto para mordisquear los tobillos de Tucker.

—No estamos en la ciudad —observó Tucker, inclinándose para rascarle la cabeza a *Inútil* mientras éste saltaba sobre las patas traseras—. Aquí, los dejamos sueltos por el jardín.

—Trato de enseñarle a que respete la correa.

Para demostrar lo absurdo de esa intención, *Inútil* giró en redondo y empezó a roer la correa.

—Sí, parece que la respeta mucho —dijo él, sonriendo—. Pareces cansada, Caro. ¿Has pasado mala noche?

—Bien, *Inútil* no ha parado de llorar. —Pero incluso, cuando el cachorro se había calmado, le había costado mucho dormirse, ante la posibilidad de que Austin Hatinger llamara a su puerta.

—Una caja de cartón y un despertador de cuerda.

—¿Cómo dices?

—Añora a su mamá. Mételo en una caja, con el cojín que le compraste si quieres, y luego esconde el despertador debajo del cojín. Es como el latido de un corazón. Se quedará dormido.

—Ya. —Lo pensó un momento, y decidió no mencionar que el cachorro se había dormido al fin cuando se lo llevó a la cama con ella—. Tendré que probarlo. ¿Qué haces aquí parado?

—Sentado —dijo—. Pasando el rato.

—Un lugar bastante raro para eso, ¿no? Todavía no han atrapado a Hatinger, ¿verdad?

—Que yo sepa, no.

—Susie ha venido a verme antes y me ha hablado de Vernon Hatinger. Dice que está igual de loco que su padre.

Con gesto distraído, Tucker chasqueaba los dedos para entretener a *Inútil*.

—Creo que va por ese camino. —Y que siempre andaba buscando pelea, y...

—Se ha metido varias veces conmigo —la interrumpió él—. He de reconocer que me dejó el culo hecho mierda. Pero luego Dwayne se ensañó con el suyo. —Sonrió de oreja a oreja, recordando cómo había sido Dwayne antes de que la botella hiciera estragos en él—. De muchachito no había manera de que me salieran músculos. Aunque trabajaba en el campo, yo tenía los brazos como palillos. Pero Dwayne era una bestia. Sus brazos le sirvieron para ser el *quarterback* del equipo de fútbol americano, y todas las chicas se morían por él. Después que Vernon tratara de machacarme el rostro a base de virtud cristiana, Dwayne le destrozó el suyo con una buena dosis de pecado. —Lanzó un suspiro, largo y satisfecho—. Aquel día, la batalla la ganó el pecado, maldita sea.

—Estoy segura de que ésta es una historia muy conmovedora acerca de los lazos que unen a los machos, pero lo que yo quería decir es que no sólo has de preocuparte por Austin, sino también por Vernon.

—Carece de sentido preocuparse por ninguno de los dos.

—¿Por qué? —espetó ella—. ¿Porque tu hermano mayor les va a dar una paliza?

—Últimamente está demasiado ocupado dándosela a sí mismo. —Lanzó una ojeada a lo largo de Old Cypress Road y vio la nube de polvo que le indicaba la llegada de un coche y el brillo del Thunderbird trucado de Billy T. —Será mejor que vuelvas a casa y te olvides de eso. Si puedo, vendré un poco más tarde, a ver qué tal va la pintura.

—¿Qué ocurre? —Conocía aquella mirada. La había visto cuando lo tuvo sobre ella mientras se hacían añicos los cristales de su casa, mientras le preguntaba si tenía un arma. Tucker no necesitaba que su hermano mayor, ni nadie más, libraran sus batallas por él. Oyó el rugido del coche de Billy T. y volvió—. ¿Qué ocurre, Tucker? —repitió.

—Nada que te concierna. Vete a casa, Caroline. —Se bajó del capó justo cuando Billy T. detenía el coche con un chirrido de frenos.

Ella cogió en brazos al cachorro y se quedó donde estaba.

—Oye, cabrón... digo, Tucker. —Billy T. sonrió, con un palillo en la boca, satisfecho de su audaz saludo. No estaba de buen humor. La cabeza le dolía, y su orgullo había sufrido un golpe más fuerte que su cráneo. En realidad estaba de un humor de perros.

—Billy T. —Tucker cruzó la carretera con las manos hundidas en los bolsillos—. Me he enterado que has tenido un pequeño altercado esta mañana.

Los ojos de Billy T. eran apenas una raja.

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Es por empezar la conversación. Sabes, resulta que estaba sentado aquí, esperando a que pasaras.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Por el rabillo del ojo, Tucker vio que Caroline también había cruzado la carretera. Aunque permanecía varios metros más atrás, eso le cabreó—. Tengo una cosa sin importancia que aclarar contigo. Si tienes tiempo.

Antes de que Billy T. se percatara de sus intenciones, Tucker había

metido la cabeza por la ventanilla y quitaba las llaves del contacto. La gente olvidaba a menudo que podía ser rápido como el rayo.

—Y aunque no lo tengas —añadió Tucker, satisfecho.

—Me cago en ti —espetó Billy T. abriendo la portezuela de un empujón—. Supongo que tienes ganas de que vuelva a ponerte un ojo morado.

—Bien, ya hablaremos de eso. Caroline, si das un paso más, me enfadaré mucho contigo.

Billy T. observó a Caroline con ojos libidinosos, y su mirada le recorrió lentamente las piernas, deslizándose por su vientre hasta llegar a los senos.

—Déjala, Tuck. Tal vez cuando yo te haya machacado contra la carretera, le apetezca ir a tomarse una cerveza con un hombre de verdad.

Caroline alzó el mentón.

—Lo único que veo aquí es un par de colegiales enrabiados. Tucker, no sé qué se te ha metido en la cabeza, pero quisiera que me acompañaras a casa. Ahora mismo.

Billy T. sonrió y escupió el palillo.

—De modo que estás a las órdenes de un coño, ¿eh? ¿Mucha jodienda últimamente, Tuck?

Escandalizada, Caroline avanzó un paso, pero Tucker extendió el brazo hacia un lado como una bala, y ella se detuvo en seco.

—Esa no es manera de hablar de una dama, Billy T., pero ya llegaremos a ello. Quisiera comentarte algo acerca de mi coche.

—He sabido que lo tienes en Jackson, y que le están planchando las arrugas.

—En efecto, así es. Tú y yo nunca nos hemos llevado demasiado bien. Y me imagino que seguiremos lo mismo en el futuro, pero no puedo olvidar qué le hiciste a mi coche.

Billy T. soltó un bufido y escupió.

—Que yo sepa, fuiste tú quien chocó el coche contra un poste.

—Sí, después de que tú te colaras en Sweetwater como una rata y le metieras mano. —Tucker sabía que el cerebro no era uno de los puntos fuertes de Billy T., y le mintió, con la mirada clavada en sus ojos—. Darleen me ha soplado que tú hiciste aquellos agujeros en los manguitos. Supongo que no ha sido demasiado leal de su parte, después que tú le regalaras el lápiz labial de Josie.

—No es más que una puta mentirosa.

—Tal vez sí, pero yo juraría que en eso dice la verdad.

Billy T. se echó hacia atrás el cabello que le caía por la frente.

—¿Y qué si es así? Jamás podrás demostrarlo. —Abrió los labios, enseñando los dientes en una sonrisa socarrona—. Mira lo que hago, me planto aquí, delante de ti, y te digo que sí, que fui yo. Entré por el elegante camino de tu casa y pinché los manguitos de los frenos a tu elegante coche. Darleen estaba triste porque le habías partido el corazón a Edda Lou, entonces te hice eso para que ella se sintiera mejor. Y porque me da asco tu jodida

estampa. Pero nunca podrás demostrarlo.

Como si meditara algo, Tucker sacó un cigarrillo.

—Tal vez tengas razón, pero eso no significa que quedes limpio. —Le quitó la punta al cigarrillo, y lo encendió.

Caroline retrocedió un paso. Aquel tono le resultó familiar, y también su mirada.

—Se me ha ocurrido —prosiguió Tuck— que alguien de mi familia pudo haber cogido mi coche aquella mañana; alguien que no conduce tan bien como yo. ¿Sabes que eso me cabrea, Billy T.?

—¿Y quieres hacer algo al respecto?

Tucker se quedó mirando la punta de su cigarrillo.

—Supongo que sí. Aunque debo decir que no me gusta la idea de tener otra vez el rostro hecho cisco.

—Siempre has sido un gallina de mierda —repuso Billy T. con una sonrisa de oreja a oreja; después desplegó los brazos—. Venga, apunta bien y lanza tu mejor golpe.

—Bueno, ya que me lo pones así. —Tucker lanzó el pie contra la entrepierna.

Billy T. se dobló, y de su boca escapó un sonido como el del vapor saliendo de una olla a presión. Aún sujetándose con fuerza los testículos, cayó sobre la calzada. Cuando Tucker se puso en cuclillas a su lado y le agarró con firmeza los magullados genitales, Billy T. puso los ojos en blanco.

—No te desmayes, chico, por lo menos hasta que yo haya acabado lo que tengo que decirte. Creo que volverás a pensar en cuanto las pelotas se te bajen de la garganta, y quiero que pienses en esto. ¿Me escuchas?

—Ga. —Fue casi el único sonido que Billy T. podía emitir.

—Bien. ¿Sabes quién tiene los pagarés de las tierras que tu familia trabaja? Hace tres meses que vais atrasados en el pago. La verdad es que lamentaría verme obligado a ejecutar la hipoteca. ¿Y la fábrica de algodón donde de vez en cuando haces unas horas a la semana? Da la casualidad de que también es mía. En fin, supongo que si tomas alguna represalia, no podré impedírtelo. Pero perderéis vuestras tierras y tú trabajo, y pongo a Dios por testigo de que haré todo lo que pueda para convertirte en un eunuco soprano mientras esté en ello. —Le hundió los dedos con saña para subrayar sus palabras. Billy T. sólo podía gemir y acurrucarse como un ovillo—. Yo tenía mucho afecto al Porsche —añadió Tucker con un suspiro—. Y resulta que siento un enorme afecto por esta dama que acabas de insultar. Así pues, nunca te metas conmigo otra vez, Billy T. Ya no soy un flacucho de diez años.

—Déjame en paz —consiguió farfullar Billy T.—. Me has roto algo. Me has roto los huevos.

—No te preocupes, se recuperan enseguida. Por eso se llaman pelotas. —Al incorporarse, Tucker se dio cuenta de que Caroline había dejado en el suelo al perro, y que éste estaba aliviándose encima de los zapatos de Billy T. Sonrió, pero cogió al cachorro en brazos—. Y por si fuera poco, ahora te insultan.

Se volvió hacia donde Caroline aguardaba al borde del camino,

boquiabierta, y los ojos desorbitados. Tucker se puso al perrito debajo del brazo.

—Bien, cariño. Ahora te llevaré a casa.

—¿Piensas dejarlo así? —exclamó ella, volviéndose a mirar hacia atrás mientras él tiraba de ella encaminándose al Oldsmobile.

—Claro, eso forma parte del plan. Estaba pensando que podríamos ir al cine esta noche.

—Al cine —dijo ella, confusa—. Tucker, he visto cómo golpeabas a ese hombre en... en...

—Cuando estamos en sociedad, decimos en sus partes. Déjame pasar, a menos que quieras conducir.

Frotándose la sien con una mano, Caroline le obedeció.

—Pero eso es pelear sucio, ¿no?

—Todas las peleas son sucias, Caroline, y por eso me encanta evitarlas. —Le acercó el rostro para darle un beso rápido antes de arrancar el motor. Con gesto ausente, tiró las llaves de Billy T. por la ventanilla—. Y bien, ¿qué me dices del cine?

Caroline lanzó un largo suspiro.

—¿Qué ponen?

16

—¿Quiere un vaso de agua, señora Talbot?

Darleen miró al agente Burns a través de los párpados hinchados y enrojecidos maquillados con rimel.

—Sí, señor —dijo, dócil. En las últimas cuarenta y ocho horas había aprendido muchas cosas acerca de la docilidad—. Se lo agradezco.

Solícito, Burns se levantó y fue al lavabo a llenar un vaso desechable con agua —tibia— del grifo. Se consideraba un entrevistador experto, e incluso había dado clases sobre el tema. Como habría dicho a su clase de la Academia del FBI, la primera regla de una buena entrevista es conocer al sujeto.

Burns pensó que ya tenía calada a Darleen Talbot.

Compasión, halagos, y una autoridad amable. Ésas eran las palabras clave. Burns estimó unos treinta minutos para la entrevista, incluyendo un prólogo de cuatro minutos para ganarse la confianza de Darleen. Con el vaso, le ofreció también una sonrisa amable.

—Le agradezco que haya encontrado un momento para venir a hablar conmigo esta mañana, señora Talbot.

Recelosa, se llevó el vaso a los labios. Los llevaba sin pintar, pues le había perdido el gusto al lápiz labial rojo.

—Junior me ha dicho que debía hacerlo.

—Bien, sé lo difícil que es para una madre joven encontrar un momento libre, con las muchas obligaciones que tiene. ¿Dónde está el pequeño ahora? —Burns tachó «Preguntar por la familia» de su lista mental.

—Scooter está con mi madre. Le gusta hacer de canguro con él. —Mientras su mirada saltaba de un lado a otro en la habitación, posándose en todo salvo en el agente especial Matthew Burns, no dejaba de manosear el cuello de su blusa de flores—. Es su único nieto, sabe.

Mis dos hermanas tienen niñas.

—Un chico muy guapo, además —dijo Burns, aunque no recordaba haber visto nunca al más joven de los Talbot.

—Es guapo. Tiene el cabello rizado como un corderito. —La sombra de una sonrisa le iluminó el rostro. Creía (y estaba en lo cierto) que la única razón por la cual Junior no la había echado de casa era por el cariño que tenía a su hijo—. Además, es muy rápido. Va como un rayo cuando gatea. No sé cómo seguiré su ritmo cuando empiece a caminar.

—Estoy seguro de que la tiene bien ocupada.

Más relajada, Darleen dejó el vaso a un lado. Le pareció que, al fin y al cabo, ese tipo del FBI no era tan mala persona. Sólo que la gente no lo conocía.

—Y usted, ¿tiene hijos?

—No, no tengo. —Ni pensaba tenerlos, con su carácter quisquilloso.

Jamás—. Me temo que mi trabajo me mantiene demasiado tiempo alejado de casa.

—Buscando a criminales.

—Exactamente. —La miró con una sonrisa de oreja a oreja, como si acabara de responder a una pregunta muy compleja—. Y son los ciudadanos preocupados y responsables como usted quienes me facilitan el trabajo. —Sin dejar de sonreír, Burns sacó la mini grabadora del bolsillo—. Y esto me ayuda a recordar los detalles con exactitud.

Darleen miró la grabadora, con cierta desconfianza. Empezó a retorcerse las manos en el regazo.

—¿No debería yo tener un abogado aquí, o algo por el estilo?

—Pues, por supuesto, si así lo desea. —Burns se sentó detrás del desordenado escritorio de Burke—. Pero le aseguro que no será necesario para una charla informal como ésta. Sólo necesito que me informe un poco sobre la vida de su amiga, Edda Lou Hatinger. —Tendió una mano hacia ella con ademán amistoso—. Sé lo difícil que es para usted, Darleen. ¿Puedo llamarla Darleen?

Vaya, si era tan refinado como un camarero en un restaurante elegante. Si bien la comparación habría puesto el cabello de punta a Burns, contribuyó a que Darleen respondiera favorablemente.

—Sí, muy bien.

—La pérdida de una amiga es siempre dolorosa, pero cuando sucede de una manera tan trágica... —Dejó la frase en suspenso, para que su silencio le ofreciera algún consuelo—. Intentaré no angustiarte.

No le resultaba difícil, ni siquiera doloroso, aunque sí muy emocionante, pero Darleen sacó un pañuelo de papel arrugado y se secó los ojos.

—Cuando hablo de ella, se me parte el corazón. Pero quiero ayudar —añadió, valiente—. Era mi amiga más querida.

—Lo sé. —Satisfecho, Burns puso en marcha la grabadora—. «Agente especial Matthew Burns, entrevista con Darleen Talbot referente a Edda Lou Hatinger. Veinticinco de junio.» Pues bien, Darleen, ¿por qué no me cuentas algo sobre Edda Lou?

Darleen se sonó la nariz tan fuerte que Burns se estremeció.

—Era mi amiga más querida —repitió—. Fuimos juntas al colegio, y fue mi dama de honor el día de mi boda. Supongo que era como una hermana para mí.

—Y como hermanas, imagino que las dos compartiríais confidencias.

—No había secretos entre nosotras. ¿Mis propias hermanas, Belle y Starita? Nunca he hablado con ellas como lo hacía con Edda Lou. —Se le escapó otra lágrima, y la atrapó con un nudillo.

—Y estoy seguro de que ella sentía la misma empatía hacia ti.

Darleen frunció el entrecejo al oír la palabra.

—Supongo.

—Veo que eres una mujer comprensiva y abierta. No hay duda que Edda Lou dependía mucho de ti.

La imagen la llenó de orgullo.

—Sí, se apoyaba algo en mí. Nunca me importó.

—Siendo como eres una mujer casada, estoy seguro de que Edda Lou acudía a ti para que le dieras consejo... consejos sobre los hombres en su vida.

«¿Consejos? Y una mierda —se dijo Darleen—. A Edda Lou le gustaba presumir.» Pero pensó que no debería mencionarlo.

—Hablábamos mucho. Creo que nos hablábamos por teléfono cada día.

—Y en el momento de su muerte, ¿tenía alguna relación íntima con alguien en particular?

—Pues, claro. Todo el mundo sabía que estaba colada por Tucker. Podría haber tenido un montón de novios. Edda Lou se cuidaba mucho, siempre estaba muy guapa, ¿sabe? Se estudiaba las fotos en las revistas, buscando peinados y trucos de maquillaje y todo eso. Nunca daba un paso fuera de casa sin haberse arreglado hasta el último detalle. Pero tenía el ojo echado a Tucker. En cuanto le echara el guante, yo iba a... Quiero decir que, en cuanto fijaran una fecha, yo sería su dama de honor. Hasta fuimos a Greenville y escogimos los trajes y todo lo demás para la boda.

Qué lástima, ya no tendría la oportunidad de ponerse aquel vestido de organdí rosa tan bonito, con mangas filipinas y el lazo grande.

Mientras la alentaba con repetidos gestos de la cabeza, Burns tomaba pulcros apuntes en un bloc de notas.

—El señor Longstreet y Edda Lou, ¿iban a casarse?

Darleen se mojó los labios con la lengua y miró la grabadora. Vaciló entre la lealtad y la verdad, aunque esta última pesara más por supervivencia. Su episodio con Junior le recomendaba cautela.

—Edda Lou tenía toda la ilusión del mundo.

—¿Y el señor Longstreet?

—Bueno... ella habría acabado por convencerle. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja, Edda Lou no era de esas que abandonan.

—Así pues, usted cree que ella habría convencido al señor Longstreet para que le propusiera matrimonio.

—Podría decirse así.

—¿Lo habría presionado? —Burns seguía sonriendo con ademán benévolo—. ¿Estaba el señor Longstreet enterado, quizá, de alguna debilidad, algún problema, que lo habría obligado a, digamos, dar la cara?

Darleen se quedó pensativa unos segundos, pero decepcionó a Burns al sacudir la cabeza.

—No, Tucker no es de tener problemas. El se los saca de encima, sin más. De hecho, yo intenté decirle, a Edda Lou, que la razón de que él rompiera con ella era porque se estaba poniendo demasiado pesada. A los hombres no les gusta sentirse empujados al matrimonio.

Darleen acudió a su vasta experiencia de felicidad conyugal.

—Fíjese en mi Junior. Yo esperé, muy tranquila y sin perder mi dignidad de mujer, a que él se armara de valor para pedírmelo. Si yo le hubiese

sugerido la idea de casarnos, él habría desaparecido con la velocidad del rayo. Los hombres se resisten a sentar cabeza. Y yo se lo decía a Edda Lou —aseguró Darleen, con un gesto de complicidad—. Pero ella no quería saber nada. Era muy tozuda con esas cosas. Y se moría por vivir en Sweetwater... Quiero decir, por estar con Tucker —se corrigió—, Edda Lou se había enamorado como una loca de él.

—Estoy seguro de la profundidad de sus sentimientos —murmuró Burns, y Darleen sonrió pese al sarcasmo—. Edda Lou y el señor Longstreet tuvieron un altercado el mismo día de su muerte —prosiguió el agente. —Edda Lou vino a verme justo después. —Darleen se removió en la silla, más tranquila. «Esto es igual que *Perry Mason*», pensó—. Estaba que echaba humo, la pobre. Verá, es que Tucker había cortado las relaciones, y ella decidió estar unas semanas sin verlo, hasta que él no aguantara más y la echara de menos. Ella me lo contó así. Ella creía que siendo tan buena como era en las cuestiones del sexo y todo eso, él no tardaría en volver, olisqueándose con la lengua fuera. —Al darse cuenta de sus palabras se sonrojó—. Lo que quiero decir es que ella sabía que él la amaba.

Imperturbable, Burns asintió.

—Comprendo.

—Pero empezaba a ponerse un poco nerviosa. Y entonces Tucker salió con Chrissy Fuller, como ya está divorciada y todo eso... En fin, que Edda Lou no estaba dispuesta a permitirselo. Encontró a Tuck en el Chat 'N Chew y le cantó las cuarenta.

—Y alegó que estaba embarazada.

Darleen apretó los labios y bajó la vista para mirarse los zapatos.

—Reconozco que en eso se equivocó. Estaba tan angustiada, ¿entiende?, porque Tucker se le escapaba de las manos.

—¿Te dijo eso cuando fue a verte aquella tarde?

—Estaba tan angustiada —repitió Darleen, y empezó a retorcerse las manos—. Una mujer es capaz de decir cualquier cosa cuando le han roto el corazón. Estaba furiosa, y no dejaba de pasearse arriba y abajo por mi habitación. Dijo que Tucker no la echaría a la basura como un trapo viejo. Que él no le haría lo que el padre de Tucker le había hecho al suyo.

—¿Cómo?

Darleen se animó. Siempre era agradable ser la primera en contar un chisme..., incluso si ese chisme tenía más de treinta años.

—Hace muchos años, el padre de Edda Lou cortejaba a la señorita Madeline (la mamá de Tucker). O... bien..., no es que la cortejara exactamente, como cuenta la gente que lo recuerda. Pero la deseaba. Estaba emperrado en casarse con la señorita Madeline, a pesar de que el padre de ella era senador del estado y todo eso, y él no era más que un triste granjero. Edda Lou solía decir que era como el cuento de la *Cenicienta*, sólo que al revés. Pero la señorita Madeline estaba loca por Beau Longstreet. Cuanto más enamorada estaba ella del señor Beau, más la deseaba Austin Hatinger. Nunca le habían caído bien los Longstreet.

—Ya. —Burns la interrumpió, con la esperanza de acortar una historia demasiado larga—. Ha habido mala sangre entre las familias desde hace

tiempo.

—Muy mala. Él y el señor Beau casi se matan a golpes entre sí durante una velada social en la iglesia. Mi padre fue uno de los que intervinieron para separarlos, y a veces cuenta la historia.

Burns se aclaró la garganta.

—Eso es muy interesante, Darleen, pero...

—Lo que intento decirle es que, por todo eso, y sabiendo que Beau le había quitado a su padre lo que era suyo, Edda Lou creía que ella se merecía Sweetwater. Y fue detrás de Tuck, porque... bien, es muy guapo y no tan tacaño con el dinero como era el padre de él. Pero sobre todo supongo que le gustaba la idea de hacer rabiar a Austin, su padre. Así que estaba furiosa con él (con Tucker, quiero decir) porque, delante de todo el mundo, le había dicho que no la quería. Por eso me dijo: «Se va a comer sus palabras, Darleen. Espera y verás.»

—¿Por casualidad, te comentó algo de cómo haría que se las comiera?

—Quería verse a solas con él en algún lugar y dejar que la naturaleza siguiera su curso. —Darleen miró a Burns y le guiñó un ojo—. Edda Lou sabía cuidarse bien. Se mantenía en forma, y vestía de una forma que los hombres la miraban dos veces. —¿Algún hombre en particular? —¿Antes de Tucker? Pues, Edda Lou atacaba en todos los frentes, por decirlo así. John Thomas Bonny estuvo colado por ella el pasado invierno, y antes de él, Judson O'Hara, y Will Shiver. Y también estaba Ben Koons, Aunque siendo un hombre casado, ella nunca lo tomó en serio.

Burns anotó los nombres en mayúsculas, con letra meticulosa.

—Con una mujer tan atractiva como Edda Lou, quizá algún hombre seguía..., colado por ella cuando se decidió por el señor Longstreet.

—Edda Lou presumía siempre de que los hombres no la olvidaban en un abrir y cerrar de ojos. Ella hubiera tenido a cualquiera de ellos si hubiese querido.

—Ya veo. ¿Y qué me dices de Toby March?

—Ah. —Darleen cogió el vaso y se bebió el agua que quedaba en él—. Bien...

—¿Sí?

—No hay nada que contar, señor Burns. Nada en absoluto. A Edda Lou le gustaba coquetear. Era su forma de ser.

—¿Coqueteó con el señor March?

—Sólo era un juego. —Darleen se llevó el pulgar a la boca y empezó a morderse la uña—. Yo diría que Edda Lou no estaba interesada por los negros. Curiosidad, quizá.

—¿Sentía curiosidad por el señor March?

—Pero sólo era para hacer rabiar a su padre. Él se ensañó con Toby hace unos años. Le hizo esa cicatriz.

Y el hermano de Edda Lou, Cy, era amigo del hijo de Toby. Austin Hatinger armó un revuelo de mil demonios cuando se enteró. A Edda Lou le gustaba coquetear con Toby porque se ponía nervioso.

—¿Tuvo relaciones con él?

—No lo sé. —Darleen se mordió la uña hasta llegar a la carne—. Pero no era nada serio. Sólo coqueteaba.

Pero podría haber sido algo serio para un hombre negro, pensó Burns. Un negro casado, viviendo en un pequeño pueblo del Sur donde resultaba mortal cruzar ciertas líneas...

—¿Cuándo coqueteaba con él, Darleen?

—Sobre todo a raíz de que Tucker rompiera con ella. Entonces Toby llevaba a cabo unos trabajos en la pensión. Pero no creo que ella llegara a hacer algo, la verdad; su padre la hubiera matado. Después de colgar a Toby de un árbol, habría despellejado viva a Edda Lou.

Y en el caso de que no lo hubiese hecho él, Vernon se habría ocupado de ello. Edda Lou y Vernon no se trataban, Vernon no habría podido ir con la cabeza alta si se supiera que Edda Lou se lo... ya sabe... con uno como Toby.

Burns sonrió. Eso le daba tres sospechosos más. Tres móviles más.

—Gracias, Darleen. Me has ayudado mucho.

Mientras Toby y Jim martilleaban en el porche trasero, Caroline hacía puntería en una lata de sopa de pollo con arroz. Y falló.

—Apunta un poco más a la derecha —la aconsejó Susie—. La sacudida te desvía hacia la izquierda cuando tiras del gatillo.

—No sé por qué hago esto.

—Te tranquiliza. Coge aire. Justo antes de apretar el gatillo. —Susie apretó los labios cuando Caroline disparó y falló de nuevo—. Te saldrá mejor en cuanto aprendas a tener los dos ojos abiertos. Pero yo te daría un aprobado en el concurso de tiro del Cuatro de julio.

—Quiero acertar uno, sólo uno, antes de moverme de aquí.

—Quizá si pensaras en ese Luís que me dijiste...

—No. Ya casi lo he superado.

—Vaya, demonio, y yo que esperaba un momento de debilidad por tu parte para que me contaras los detalles escabrosos del asunto.

—Más típicos que escabrosos. Lo cogí con otra mujer.

—Ah. —Susie apretó los labios, pensativa—. Lo cogiste con ella, o lo Cogiste con C mayúscula.

—Con C mayúscula. —Caroline respiró hondo, tensó la mano y apuntó— Le sorprendí en el dormitorio, cuando una flautista de busto generoso estaba haciéndole un cambio de aceite.

—Vaya, vaya. ¿Y le cortaste la varilla?

Caroline se echó a reír y la escopeta tembló.

—No. Me temo que eso ocurrió cuando yo pasaba por una fase miedosa.

—Parece que ya lo has superado.

—¿Lo de la fase miedosa o lo de Luís? Sí, es verdad. Se me ha pasado

bastante. —Volvió a fallar, soltó una palabrota, y se cuadró—. ¡Maldita sea!, sólo quiero acertar una vez. Es cuestión de practicar, sólo eso. Nadie sabe más que un músico sobre la necesidad de practicar—. Levantó la escopeta y apuntó—. Voy a hacer que esa maldita lata cante.

Rozó un extremo, y aunque no cantó una melodía, el ligero chasquido le bastó.

—Un disparo limpio. Vaya ojo. —Susie la felicitó con una palmada en la espalda—. ¿Por qué no descansas un rato?

—Me parece muy bien. —Caroline descargó la escopeta meticulosamente. A diferencia de Susie, ella se sentía incómoda con un arma cargada—. Me ha salido mejor que ayer, que tardé más de dos horas en dar a unas estúpidas latas. Hoy me ha llevado... —miró su reloj—, sólo una hora y cuarenta y cinco minutos. —A falta de un lugar más idóneo, se metió la munición sobrante en el bolsillo—. ¿Quieres tomar algo?

—Temía que no me lo ofrecieras. —Se dirigieron hacia la casa—. Tienes a Toby y a Jim bien ocupados. Me gusta la pintura azul. Le da un aire fresco muy agradable a la casa.

—Además, me van a repasar los porches. Los pondré de blanco. ¿Podemos pasar por aquí, Toby?

—Claro, pero tengan cuidado por donde pisen. Buenas tardes, señora Truesdale.

—Hola, Toby. Cuando acabes con esto, ¿por qué no te pasas por mi casa y le echas un rapapolvo a Burke, a ver si arreglamos la puerta trasera de una vez? Sigue atrancándose.

Toby sonrió, enjugándose el rostro con el pañuelo. La mugre de debajo del porche se le había pegado a la piel, marcando sus sudorosas arrugas.

—Pero ya le dije qué se necesitaba, hará lo menos unos seis meses.

—El me dice que cualquier día se pone en ello. —Susie sorteó la caja de herramientas—. Supongo que tiene muchas cosas en la cabeza.

La sonrisa de Toby se desvaneció.

—Sí, señora. Jim, coge esa tabla con fuerza, vamos. —No apartó la mirada de las manos mientras Caroline entraba con Susie en la cocina.

—Mira por dónde, aquí está ese cachorrito del que tanto me han hablado. —Susie se agachó junto a *Inútil*, que estaba acurrucado debajo de una de las sillas de la cocina, una posición que había adoptado desde que el primer tiro había sonado.

—Sí, mi feroz perro guardián. —Caroline se lo quedó mirando mientras el cachorrito temblaba y gimoteaba, lamiendo la mano a Susie—. Debo de estar loca.

—No, sólo eres un poco blanda de corazón. Gracias. —Se puso de pie y cogió el vaso de té frío que Caroline le ofrecía—. Llevo días queriendo venir por aquí. Pero tengo mucho trajín desde que Marvella se ha prometido.

—Ya me he enterado. —Advirtió la mirada en los ojos de Susie, y buscó en los armarios algo muy dulce y poco nutritivo. Sacó las pastas que había comprado para dar a Jim a la hora del almuerzo—. Toma, Sólo llevan un poco de chocolate y conservantes.

—Gracias. —Susie sorbió con la nariz, y luego arrancó el celofán—. Te lo juro, he estado peor que un grifo averiado desde que ocurrió. Lo pienso y se me saltan las lágrimas. —Hincó el diente en la pasta—. Claro que yo sabía que el momento tenía que llegar. Llevan dos años suspirando por su amor. Y cuando no suspiran, se pelean, lo cual es una señal inequívoca.

—Pero ella sigue siendo tu niña.

—Desde luego. —Susie se secó una lágrima con la mano—. Mi chiquitita. Mi primer bebé. Cuando me enfrasco en los planes para la boda, me encuentro bien, pero si me quedo sentada y me pongo a pensar en ello, se me abre el grifo.

Caroline miró de reojo la segunda pasta y decidió que se la merecía.

—¿Han fijado ya una fecha?

—En septiembre. A Marvella siempre le han encantado los crisantemos. Quiere que la iglesia esté inundada de ellos, y que sus cinco damas de honor vayan vestidas con los colores del otoño. Tiene ideas propias, eso sí que es verdad. Tonos cobrizos y dorados, dice. —Susie se disparó, lamiéndose las migas de los dedos—. Yo digo que el tono cobrizo es como el rojo, y que no me parece el más apropiado para una boda en una iglesia, pero ella está empeñada en que sea así. No quiere ni oír hablar de tonos pastel. —Susie advirtió la mirada de Caroline y sonrió—. Sí, ya lo sé. Los colores no son importantes, sino la boda en sí. Lo que ocurre es que me resulta más fácil si pienso en eso, y en la música, y en si organizamos la recepción en el jardín de casa o si debemos alquilar Moose Hall... —Lanzó un suspiro largo—. Burke y yo nos casamos por lo civil.

—Estoy segura que tú y Marvella haréis que todo salga a la perfección.

—Me sentiría mejor si lograra convencerla en eso de los colores, tonos rosados en lugar de cobrizos. —Engulló el resto de la pasta—. Este fin de semana iremos de compras, a Jackson. Si quieres acompañarnos, serás bienvenida.

—Te lo agradezco. Pero nada tengo que comprar.

—Cuando una mujer necesita una excusa para ir de compras, algo la tiene preocupada.

Caroline se chupó un poco de relleno blanco y pegajoso de los dedos.

—Supongo que sí. Creo que nos ocurre lo mismo a todos.

—Burke no ha estado en casa más que un par de horas cada noche para dormir desde que Austin se dio a la fuga. —Ladeó la cabeza—. ¿Acaso te preocupa que vuelva por aquí a crearte problemas?

—No lo sé. —Nerviosa, Caroline se levantó—. Pero lo cierto es que no puedo sacármelo de la cabeza, aunque no existe un motivo razonable para que piense en ello. —Fue hacia la ventana, y su mirada se clavó en la hilera de árboles. Recordó lo que había encontrado detrás de ellos—. Es más que eso, Susie. Creo..., tengo la sensación de que todo ha sido tapado por la búsqueda de Austin Hatinger. No consigo olvidar que hace sólo dos semanas salí a pasear por la laguna y me topé con su hija.

—Nadie ha olvidado lo ocurrido a Edda Lou. Y a Francie y a Arnette. Pero si lo piensas demasiado, acabas por enloquecer. —Bajó la voz—. Ese agente, Burns, está hablando con todos los del pueblo. Esta mañana ha

interrogado a Darleen. Me lo ha dicho Happy. Pero lo tiene muy difícil porque no trabaja con Burke. Va de solitario por la vida. No quiere que las autoridades locales se entrometan en su caso federal, supongo, pero es un error. Burke conoce a la gente, que confía en él. Nadie se fía de un yanqui de zapatos lustrosos.

Caroline tuvo que sonreír y se fijó en sus propios zapatos.

—Hace vanas semanas que no les he sacado brillo.

—Contigo es diferente. —Susie hizo un gesto como si descartara las conexiones de Caroline con el Norte—. Tu familia era de aquí. Aunque también es cierto que tú y ese tipo, Burns, habláis el mismo lenguaje, por así decirlo.

Caroline enarcó una ceja.

—Pero no creo que sea del todo cierto.

—Me dio la impresión de que te tenía mucho respeto.

—Sí, a Caroline Waverly, la concertista. Hay una gran diferencia. —Suspiró y se sentó de nuevo—, ¿Por qué no me dices qué te ronda por la cabeza sin subirte por las ramas, Susie?

—Yo he pensado que como tú y el agente Burns os movéis en la misma clase de ambiente, quizá te escuchara si le hicieses una sugerencia.

—¿Qué sugerencia?

—No puede seguir marginando a Burke de todo este asunto —espetó Susie, y frunció el entrecejo, mientras removía con un dedo las migas de la pasta—. No te lo digo sólo como esposa de Burke, porque le quiera y sepa que lo está pasando mal con todo esto; sino como una mujer que es miembro de esta comunidad. Hay que coger al que ha matado a esas chicas, y será mucho más difícil de conseguir si Burke no prepara a nuestros convecinos, y consigue que se muestren más abiertos.

—Estoy de acuerdo contigo, Susie. Aunque, en realidad, no sé qué puedo hacer para ayudar.

—Sólo he pensado que quizá, si se te presenta la ocasión, quieras mencionárselo. Como de pasada.

—Si eso ocurre, lo intentaré. ¿De acuerdo?

—Supongo que él no te ha dicho nada —murmuró Susie—. En sentido romántico, me refiero.

Caroline soltó una risita y sacudió la cabeza.

—No, claro que no. Nunca volverá a atraerme un hombre que piense primero en mi música y luego en mí.

—Vaya. Intuyo una historia interesante. —Susie apoyó el mentón sobre las manos, expectante.

—Digamos que estuve relacionada íntimamente con un hombre que pensaba en mí más como un instrumento que como mujer. El agente Burns me mira de la misma manera.

—¿Te rompió el corazón?

Caroline esbozó una sonrisa.

—Grietas, unas pocas.

—Bueno, el mejor sistema para curarse es lanzarse a un simpático idilio con un tipo tranquilo. —Apoyó la lengua en el labio inferior—. He sabido que fuiste al cine con Tucker la otra noche.

—¿Por qué no me sorprende?

—Se lo comentó Josie a Earleen. Creo que Tucker sería una buena cura sin dolor para un corazón roto.

—Te he dicho sólo agrietado —la corrigió Caroline—. Y fuimos al cine, nada más. Eso no significa que haya idilio.

—Si un hombre regala rosas a una mujer, es que prepara el terreno para algo más. —Sonrió al ver que Caroline cerraba los ojos—. Pasó por casa, y como iba a Rosedale a comprarte las flores, se llevó a Marvella a almorzar. —Fue el gesto de un vecino amable, sólo eso.

—Ya. Una vez, Burke me trajo un ramo de violetas en plan de vecino amable. Nueve meses después nacía Parker. Ea, no te ruborices así, ni te pongas tan nerviosa —exclamó Susie agitando las manos—. Es que soy un poco cotilla. Y he pensado que si Tucker te interesa..., en plan de vecina amable..., quizá sería conveniente que supieras que el agente Burns está haciendo muchas preguntas sobre él.

—¿Qué clase de preguntas?

—Relacionadas con Edda Lou.

—Pero... —Caroline sintió que el corazón le daba un vuelco—. Pero yo había pensado que ya no lo consideraba sospechoso porque Tucker estaba en su casa la noche que la mataron.

—Es posible que el FBI quiera darle la vuelta al asunto. Aunque la verdad es que anda haciendo preguntas sobre mucha gente—. Miró con gesto intencionado hacia la puerta trasera, y de ésta al porche, donde Toby canturreaba *In the Garden*.

—¡Susie! —Caroline se mordió el labio inferior y bajó la voz—. ¡Eso es absurdo!

—Lo será para ti, y también para mí, teniendo en cuenta que conozco a Toby y a su Winnie de toda la vida, pero el agente Burns tiene otras ideas. —Se inclinó hacia ella—. Pasó a charlar con Nancy Koons. Quería saber si Edda Lou y Tucker se habían discutido en la pensión alguna vez. Si él se había mostrado violento con ella. Y también le preguntó por Toby.

—¿Y qué le contó ella?

—Casi nada, porque no le gustó su manera de hacerle las preguntas. —Susie trazó unas líneas con el dedo en el vaho del vaso—. Por eso es importante que incorpore a Burke a la investigación. Burke sabe abordar a la gente. Con él, hablarían. Me imagino que pasará otra vez por aquí, teniendo en cuenta que fuiste tú quien encontró el cuerpo.

—Nada tengo que contarle.

—Cariño, creo que quizá esté más interesado en el hecho de que Tucker venga tan a menudo por aquí.

Caroline se frotó un punto de dolor que le latía en la frente.

—Mi vida personal no es asunto suyo. Y así se lo diré.

Mucho después de que Susie se hubiese marchado, Caroline volvía, una y otra vez, preocupada, a los puntos de aquella conversación. Oyó que, al final del día, Toby y su hijo guardaban las cosas y se preocupó un poco más. Ya sola, vagó por la casa, intentando descifrar su papel en aquel asunto.

Ella era forastera. Pero sus raíces familiares estaban en Innocence. Ella no había conocido a Edda Lou, pero era quien la había encontrado. Jamás había cruzado una sola palabra con Austin Hatinger. Pero él había disparado contra ella.

No conocía a Matthew Burns. A esa clase de persona, sí, por supuesto; pero a él, no. Era cierto que se movían en los mismos ambientes, conocían los mismos lugares y hablaban el mismo idioma. Pero no entendía de qué serviría eso para resolver el crimen. Pero Susie había hecho que se sintiera responsable.

Estaba... relacionada —por emplear el mejor término— con uno de los sospechosos. Otro trabajaba para ella.

Eso hacía que se sintiera más responsable aún.

Ella sabía cualquier cosa acerca de las responsabilidades. Se metían en tu interior, adhiriéndose después como diminutas sanguijuelas sedientas, y te chupaban hasta dejarte seca.

Tenía responsabilidades para con sus padres, su música y sus profesores; para con sus directores, sus colegas concertistas y su público. Y, como él había insistido hasta el último momento, tenía una responsabilidad para con Luís.

Se había marchado a Innocence para huir de todo aquello durante un tiempo, sólo para encontrarse de nuevo cargada de responsabilidades.

Nada podía hacer. Ahora lo comprendía. Siempre había sido decisión suya, y siempre había elegido ceder en lugar de pelear.

Pero ¿no era un caso distinto? Si no hiciese algo, ¿no estaría cediendo? Aunque pensara que nada tenía que ofrecer, sabía que estaba implicada. No sólo con .Tucker, sino con Innocence. Y, por el momento, Innocence era su hogar.

—Muy bien, muy bien. —Se apretó los dedos contra las sienes—. Hablaré con él. Le haré unas cuantas sugerencias sutiles, de yanqui a yanqui.

Cogió el bolso y se dirigía hacia la puerta principal cuando el coche de Matthew Burns entró en el camino de su casa.

«Vaya —pensó Caroline con un suspiro—. Tiene que ser mi destino.»

—Te he cogido a punto de salir —dijo Burns mientras se apeaba del coche.

—No... Bien, sí —repuso Caroline con una sonrisa, y alteró sus planes—. Pero me quedan unos minutos todavía. Si quieres entrar.

—Me gustaría. Mucho. —En cuanto pisó el porche, *Inútil* se puso a gruñir detrás de la puerta.

—Sólo es un cachorro —dijo Caroline para tranquilizar a Burns—,

aunque un poco receloso con los extraños. —Abrió la puerta y cogió al perro en brazos.

—Majo —comentó Burns, pero Caroline oyó la palabra *chuchazo* como si la hubiera dicho en voz alta.

—Es una excelente compañía. —Decidió no dejar a *Inútil* en el jardín y lo llevó consigo a la sala—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un té frío, café?

—Un té frío me vendrá de maravilla. Me temo que nunca me acostumbraré a este calor.

—¿Calor? —exclamó Caroline con el mismo tono burlón que había escuchado en los lugareños—. Pero si aquí no hace calor hasta agosto. Por favor, acomódate. Enseguida vuelvo. —Chasqueó los labios para llamar al perro mientras se iba a la cocina. Al volver, vio que Burns seguía de pie, con las manos enlazadas en la espalda, observando, con el ceño fruncido, el agujero de bala en el diván.

—Excelente tema de conversación, ¿no te parece? —Dejó la bandeja de los refrescos en la mesita—. Estoy por no repararlo.

—Es espantoso. Hatinger disparando al interior de esta casa sin pensar que podría haberte herido. Ni siquiera te conocía.

—Por suerte, Tucker reaccionó con la rapidez de un rayo.

—Si hubiese pensado antes, no te habría puesto en una situación tan peligrosa.

Caroline se sentó, comprendiendo que la remilgada cortesía de Burns no le permitiría hacerlo él primero.

—La verdad es que no creo que Tucker supiera que Austin estaba allí con un rifle. Nos sorprendió a los dos. ¿Prefieres limón o azúcar?

—Sólo un poco de limón, gracias. —Se acomodó en el sofá, girándose un poco para mirarla de frente—. Caroline, como tu música me fascina desde hace tantos años, ahora siento que te conozco desde siempre.

Ella lo miró con la misma sonrisa amable.

—Es curioso que la gente cometa ese error. La verdad es que la música que toco pertenece a varios compositores y no es mía en absoluto.

Burns carraspeó.

—Quiero decir que como he admirado tanto tu talento, y he seguido tu carrera, siento cierta conexión contigo. Por ello espero que me permitas hablar con franqueza.

—Yo también —repuso ella.

—Estoy preocupado, Caroline, muy preocupado. Se comenta por el pueblo que te ves con Tucker Longstreet.

Caroline se acomodó contra el brazo del sofá.

—Eso es lo maravilloso que tienen los pueblos, ¿no te parece? Si te sientas en un lugar cinco minutos seguidos, te enteras de todo.

Burns se puso rígido y se estiró como un palo.

—Personalmente, no me gustan los rumores, chismes o indirectas.

Caroline soltó una carcajada y Burns apretó los labios.

—Discúlpame —dijo ella—. Pero has hecho que sonara a grupo de rock o bufete de abogados. —Reprimió las ganas de reír que tenía al ver que él no respondía de la misma manera. Reírse de él no sería la manera idónea de conseguir que escuchara una sugerencia—. Matthew, en lugares como éste, los chismes son el pan de cada día. Me imagino que eso incluso puede ser útil, a veces.

—Cierto. Por mucho que aborrezca tales costumbres, tengo que tomármelo profesionalmente. Tú deberías hacer lo mismo. Tucker Longstreet sigue estando bajo sospecha en relación con un asesinato brutal y salvaje.

Los nervios hacían que Caroline se pasara el vaso de una mano a otra, pero su mirada permanecía fija en Burns.

—Tengo entendido que varias personas están siendo interrogadas. Supongo que me encontraré incluida en ese grupo.

—Tu relación con todo esto es sólo casual; la de una inocente espectadora que encontró un cuerpo por mera casualidad.

—Eso nada tiene de casual, Matthew. Yo encontré el cuerpo, y soy un miembro más de esta comunidad. Tengo... —Esbozó una sonrisa al pensar en lo ciertas que eran sus palabras—. Tengo amigos aquí, y tal vez un montón de primos a distintos niveles de parentesco.

—¿Consideras amigo a Tucker Longstreet?

—No estoy muy segura de cómo lo considero. —Lo miró, imperturbable—. ¿Es una pregunta profesional?

—Estoy investigando una serie de asesinatos —dijo con un tono carente de expresión—. No he tachado al señor Longstreet de mi lista. Pienso que es alguien que debe ser vigilado, vigilado de muy cerca. Es posible que no sepas que mantuvo relaciones con las otras dos víctimas.

—Matthew, hace más de dos semanas que he llegado aquí. Estoy al corriente de muchas cosas: de que Woodrow y Sugar Pruett están pasando por momentos difíciles en su matrimonio; que al hijo de Bea Stokey, LeRoy, le pusieron una multa por exceso de velocidad... Y por eso, también sé que Tucker es incapaz de hacer cosas tan espantosas a esas pobres mujeres.

Burns aspiró hondo, con paciencia, y dejó el té frío a un lado. Nunca acabaría de asombrarse ante lo fácil que resultaba engatusar a las mujeres.

—La gente se dejó engañar por el encanto y el rostro bonito de Ted Bundy. Un asesino en serie no es alguien que puedas reconocer como tal en la vida cotidiana. Son astutos, manipuladores y, muchos de ellos, muy inteligentes. Y a menudo, sí, bastante a menudo, pasan épocas en que no recuerdan lo que han hecho. Y si algo saben, lo ocultan bajo una máscara de preocupación y amabilidad. Pero mienten, Caroline. Mienten porque la razón de su vida es matar. La expectación que despierta en ellos, y la destreza con la que rastrean, acechan y atacan lo demuestran.

Observó que Caroline palidecía y tendió una mano hacia ella.

—Estoy asustándote. Y ésa es mi intención. Alguien, es muy probable que un miembro de esta pequeña comunidad rural, está ocultándose detrás de una máscara, mientras maquina el próximo asesinato. Emplearé toda mi habilidad, todos mis conocimientos, para detenerle. Pero quizá con eso no baste. Y si es así, matará otra vez.

Caroline tuvo que dejar el té a un lado. No necesitaba algo que la refrescara, porque se le había helado la sangre en las venas.

—Si eso es cierto...

—Lo es.

—Si lo es —repitió—, ¿no deberías echar mano a toda la ayuda disponible?

—Perdón, ¿cómo dices?

—Aquí eres un forastero, Matthew. Tu placa no cambia las cosas. Si acaso, el hecho de que seas un federal te hace más forastero todavía. Si en verdad quieres ayudar a esta gente, cuenta con Burke Truesdale.

La sonrisa de Burns se tensó. Sus hombros se pusieron rígidos.

—Agradezco tu interés, Caroline, pero creo que ignoras por completo qué requiere todo esto.

—En efecto, lo ignoro. Sin embargo, sé mucho sobre política y autoridad. Nadie podría dar conciertos con infinidad de orquestas distintas bajo la batuta de infinidad de directores distintos y no entender la cadena alimentaria. Lo que quiero decir, Matthew, es que tú (como yo casi toda mi vida) eres el forastero. Burke conoce a esta gente. Tú no.

—Y parte del problema es ése precisamente. Él los conoce, simpatiza con ellos. Está emparentado con muchos de ellos o tiene viejas amistades que proteger.

—Te refieres de nuevo a Tucker.

—Vayamos al grano. El término es *camaradas*, si no me equivoco. Se toman unas cuantas cervezas juntos, cazan algún que otro conejo juntos, y se sientan juntos en el porche hablando de algodón y mujeres. —Se quitó una imaginaria mota de polvo del pantalón—. No, desde luego, no conozco a esta gente, pero sé cómo son. Lo último que necesito para resolver este caso es reclutar a Burke Truesdale para que me prepare el terreno. Creo que es un hombre honrado. Y muy leal. Precisamente su lealtad es lo que me preocupa.

—Ahora, ¿puedo hablarte *yo* con franqueza, Matthew?

Él separó las manos.

—Por favor.

—Estás comportándote como un pomposo gilipollas —dijo, y vio cómo se le caía la mandíbula—. Quizá eso te vaya bien en Washington o en Baltimore, pero aquí no funcionará. Si matan a otra persona (como por lo visto piensas), tendrás que enfrentarte contigo mismo y preguntarte si te habría sido posible evitarlo vinculándote, de alguna manera, con estas personas en lugar de quedarte a un lado, mirándolos con ese aire de suficiencia y superioridad que adoptas ante ellas. Burns se levantó, tenso.

—Lo siento, Caroline, pero no vemos el asunto de la misma manera. Con independencia de tus sentimientos, debo repetirte mi consejo de que limites tu relación con Tucker Longstreet hasta que el caso esté resuelto.

—He descubierto que tengo la terrible costumbre de ignorar los consejos que me dan.

—Eso es cosa tuya. —Inclinó la cabeza—. Tendré que pedirte que

acudas mañana a mi despacho temporal. Sobre las diez, si te parece bien.

—¿Para qué?

—Tengo que hacerte unas preguntas. Preguntas oficiales, por supuesto.

—Entonces, yo te daré mis respuestas. Respuestas oficiales, por supuesto.

No se molestó en acompañarlo hasta la puerta.

17

Caroline no tuvo que sopesar sus lealtades. Antes de que la nube de polvo levantada por el coche de Burns al salir se hubiera despejado, ella había cogido a *Inútil* en brazos y se encaminaba hacia el BMW. Las llaves colgaban del contacto, donde ella las había dejado.

Se volvió y miró la casa. No había cerrado la puerta. Ni siquiera se le había ocurrido. Una tontería, quizá, si pensaba en la reciente oleada de violencia que asediaba a Innocence. Pero cerrar las puertas y dejar las ventanas abiertas era más tonto aún. Y si lo hacía, todo el calor quedaría atrapado dentro de la casa.

En menos de un mes, ya había adquirido algunas costumbres del campo.

—No pienso tener miedo en mi propia casa —dijo a *Inútil* mientras lo dejaba en el coche a su lado. De inmediato, el cachorro puso las patas delanteras sobre la guantera; la lengua le colgaba a un lado de la boca, excitado por el inminente paseo.

—Mi casa —repitió, mirando el edificio, la pintura fresca, las ventanas relucientes, la vieja mecedora en el porche. Se metió en el coche con una sensación de satisfacción y propósito—. Vamos, *Inútil*, es hora de que tomemos parte activa en el chismorreo.

Salió del camino marcha atrás, sin advertir la figura, oculta por la hilera de árboles, que la observaba.

Los Statler Brothers daban alaridos desde el altavoz de más de un metro de alto que habían plantado en el porche de Sweetwater. Lulú y Dwayne les acompañaban. Lulú conservaba puestas todavía la pluma de águila y las botas militares. Para completar el disfraz llevaba una bata de pintor manchada encima de los Levis y un par de pendientes de rubíes con las piedras tan grandes como huevos de gallina.

Estaba de pie frente a un lienzo, las piernas separadas, el cuerpo firme. Más como un boxeador preparándose para el tercer asalto, pensó Caroline, que como una artista. Dwayne, espatarrado en la mecedora del porche, tenía un vaso lleno de Wild Turke en la mano y lucía la media sonrisa de un borracho afable en el rostro.

—Hola, Caroline. —Levantó el vaso a modo de saludo—. ¿Qué llevas ahí?

Caroline dejó a *Inútil* en el suelo y éste salió disparado para husmear los matorrales que había marcado *Buster*.

—Mi perro —respondió. Luego siguió andando—. Buenas tardes, señorita Lulú.

Lulú soltó un bufido y dio un poco de pintura en el lienzo.

—Mi abuelita echó a dos desertores yanquis de su plantación en 1863.

Caroline inclinó la cabeza. Había ido preparada.

—El abuelo de mi abuela perdió una pierna en Antietam empujando a las tropas del general Burnside desde el puente de piedra.

Lulú apretó los labios y se quedó pensativa.

—¿Y cuándo se supone que ocurrió eso?

—El diecisiete de septiembre de 1862 —respondió Caroline con una sonrisa, agradeciendo la ayuda de la Biblia familiar¹, tan meticulosamente documentada, de su abuela—. Se llamaba Silas Henry Sweeney.

—Sweeney, Sweeney. Creo que teníamos unos primos Sweeney por parte de la familia de mi marido; de mi segundo marido, Maxwell Breezeport, quiero decir.

—Lulú volvió la mirada hacia Caroline y le gustó lo que vio. La muchacha era fresca como un litro de leche recién ordeñada. Y Lulú aprobaba de todo corazón el aire perspicaz y testarudo que advirtió en sus ojos y en la firmeza de su mentón.

Tal vez la sangre yanqui se hubiera diluido ya, decidió Lulú; además, era hora de que Tucker sentara cabeza.

—Has venido a pavonearte delante de Tucker, ¿verdad?

—Por supuesto que no. —Pero Caroline fue incapaz de sentirse ofendida—. He venido a hablar con él. Si es que está.

—Sí, por supuesto que está. —Lulú miró la paleta con gesto concentrado, y hundió el pincel en un montoncito de pintura de un color verde repugnante—. Ven aquí al porche, niña, no te quedes abajo, mirándome con la boca abierta mientras pinto. Dwayne, ¿dónde está tu hermano? ¿No ves que esta chica ha venido a seducirlo?

—No he venido a... —Caroline se interrumpió y retrocedió un paso cuando Lulú se inclinó hacia ella y la olió.

—Es muy discreto por tu parte no llevar perfume.

—Lulú agitó el pincel, que goteaba pintura, en dirección a Caroline—. Cuando un hombre está acostumbrado a que las mujeres se perfumen, la sencilla fragancia del agua con jabón lo dejará tumbado.

Caroline enarcó una ceja.

—¿Es eso cierto?

—Tú sabes que lo es... No seas tan... Dwayne, ¿cuántos años tengo, maldita sea?

—Creo que son ochenta y cuatro, prima Lulú.

—¡Ochenta y cuatro! ¿Ochenta y cuatro? —La pintura goteaba sobre sus zapatos—. Estás más borracho que una cuba, Dwayne. Ninguna dama del Sur alcanzaría la desgraciada edad de ochenta y cuatro años. No estaría bien visto.

¹ Algunos colonizadores acostumbraban a escribir en la Biblia que empleaba la familia los nacimientos, defunciones y acontecimientos familiares. De generación en generación seguían haciéndolo. (*N. de la T.*)

Dwayne miró el whisky con atención. Iba camino de una buena borrachera, pero no era estúpido.

—Sesenta y ocho —decidió—. He querido decir sesenta y ocho.

—Eso está mejor. —Lulú se emborrónó la mejilla con pintura—. Una edad elegante. Vamos yanqui, entra y teje tus ardides en torno a ese pobre y desventurado muchacho. Sólo quiero que sepas que te he visto el plumero.

—Lo tendré en mente. —No lo pudo resistir y echó un vistazo al lienzo. Era Dwayne, repantigado en la mecedora, aferrado a un vaso de whisky de proporciones gigantescas. Tenía un estilo que se encontraba a medio camino entre Picasso y las caricaturas de la revista *Mad*. El rostro de Dwayne era verde, sus ojos se veían agrietados por pequeñas líneas rojas. De su cabeza sobresalían dos largas orejas de burro, color lila.

—Un concepto interesante —comentó Caroline.

—Mi padre siempre decía que quien vive para beber está destinado a ser un burro.

Caroline miró el retrato hecho por la artista. En ese único intercambio silencioso, se dio cuenta de que la prima Lulú no estaba tan loca como pretendía aparentar.

—Me pregunto qué motivos tendría alguien para vivir sólo de la bebida.

—Para algunos, la vida misma es motivo suficiente. Dwayne, ¿dónde se encuentra ese hermano tuyo? Esta chica lo busca, y yo soy incapaz de pintar si la tengo aquí, echándome el aliento en la nuca.

—Está en la biblioteca. —Tomó un largo trago de whisky—. Entra, Caroline. En el vestíbulo, la tercera puerta a la derecha.

La casa estaba tan silenciosa cuando entró que enseguida frenó su impulso de anunciar en voz alta su presencia. La luz tenía el suave matiz dorado que ella asociaba con los museos, pero el silencio era más parecido al de la elegante alcoba de una dama cuando su dueña está dormitando.

Empezó a tener dudas de que hubiese alguien en la casa. Se dio cuenta de que avanzaba de puntillas por el vestíbulo.

La puerta de la biblioteca estaba cerrada. Cuando levantó la mano para llamar, se imaginó a Tucker en el interior. Tumbado sobre la superficie plana más cómoda y acolchada que hubiera allí, las manos enlazadas detrás de la cabeza y las piernas cruzadas en los tobillos. Estaría haciendo la siesta del atardecer, después de la de mediodía y antes de acostarse para la noche.

Llamó a la puerta con los nudillos y no obtuvo respuesta. Con un encogimiento de hombros, giró el pomo y abrió dando a la puerta un empujoncito. Así lo espabilaría, se dijo. Tenía cosas que contarle, y lo menos que podía hacer era mantenerse despierto el tiempo suficiente para escucharla. Porque mientras él se dedicaba a desperdiciar su vida en siestas, las cosas se ponían...

Pero no estaba en el romántico sofá para dos bajo la ventana que daba al oeste. Ni repantigado en el sillón de orejas junto a la chimenea de piedra. Frunciendo el entrecejo, Caroline giró en redondo, recorriendo con mirada curiosa las paredes de libros, un excelente Georgia O'Keefe y un delicado trinchero Luís XV.

Entonces lo vio, detrás de una sólida mesa de roble llena de papeles y libros, con los dedos deslizándose distraídos..., no, deslizándose *con destreza*, advirtió, por el teclado de un moderno y pequeño ordenador personal.

—¿Tucker? —Todo un mundo de asombro asomó en aquella única palabra. Él respondió con un gruñido, tecleó unos datos y levantó la cabeza. La concentración que había en su expresión desapareció al instante.

—Hola, Caroline. Eres lo más agradable que he visto en todo el día.

—¿Qué haces?

—Jugando con cifras. —Se apartó de la mesa empujando el sillón hacia atrás, y se puso de pie, esbelto y relajado, en camiseta de verano y pantalón de chándal—. Nada que no pueda esperar. ¿Por qué no salimos al porche de atrás y nos sentamos a ver la puesta de sol?

—El sol no se pone hasta dentro de un par de horas al menos.

Tucker sonrió.

—Tengo tiempo.

Ella sacudió la cabeza, evitándolo cuando rodeó el escritorio para acercársele. Manteniéndolo alejado con una mano, se arrimó a la mesa para ver qué hacía.

Había libros de contabilidad, copias impresas con columnas de cifras, facturas, recibos... Caroline pasó los dedos por encima de los archivos, aguzando los ojos.

LAVANDERÍA, CHAT 'N CHEW, FERRETERÍA, GOOSENECK UNIDAD 1, PENSIÓN, CAMPING DE CARAVANAS.

Había un montón de papeles relacionados con el algodón: semillas, pesticidas, fertilizantes, precios del mercado, empresas de transporte... Otra pila de carpetas de prospectos e informes de valores y acciones.

Caroline se mezo el cabello y retrocedió un paso.

—Estás trabajando.

—Por así decirlo. ¿Vas a dejarme que te bese o no?

Ella se negó con un simple movimiento de la mano mientras intentaba buscar pies y cabeza al asunto.

—Contabilidad. ¡Estás cuadrando las cuentas!

Tucker sonrió.

—Cariño, sólo es ilegal si llevas una doble contabilidad. Algo que mi abuelo hizo, y con éxito, durante veinticinco años. Así que supongo que sería más exacto decir que es ilegal si te cogen llevando dos contabilidades, cosa que nunca le ocurrió, y vivió hasta el fin de sus días siendo un pilar de esta comunidad. —Se sentó en el borde del escritorio—. Si no quieres que salgamos al porche a besuquearnos un poco, ¿en qué puedo servirte?

—Usas ordenador.

—Ahora sí. Reconozco que al principio no me hacía mucha gracia. Pero estos malditos aparatos te ahorran un montón de tiempo en cuanto les coges el tranquillo. Y yo para eso soy un vendido.

—¿Haces todo esto?

—¿Todo el qué?

—¡Esto! —Frustrada, cogió un montón de papeles y los agitó delante de las narices de Tucker—. ¿Llevas todas estas contabilidades y estos libros? ¿Diriges todas estas empresas?

El se frotó el mentón, pensativo. Luego, tocó unas cuantas teclas y la pantalla se apagó.

—En realidad se dirigen solas. Yo me limito a introducir las cifras.

—¡Eres un fraude! —Con un gesto airado dejó los papeles sobre el escritorio—. Ese numerito que te montas de sureño vago y derrochador... «Prefiero dormir a estar sentado». ¡Es sólo una fachada!

—Lo que ves es lo que hay —la corrigió él, divertido con la manera en que Caroline se paseaba de arriba abajo por la habitación—. Yo diría que los del Norte tenéis una definición distinta de la nuestra para la palabra vagancia. Por aquí decimos que es *relajación*. —La miró, torciendo el gesto—. Cariño, cómo me gustaría que aprendieras a relajarte. Tu manera de agitar el aire aquí dentro está dejándome agotado.

—Cada vez que creo conocerte un poco, vas y te transformas. Como los virus. —Se volvió hacia él—. Eres un *hombre de negocios*.

—No creo que ésa sea una buena descripción hablando de mí, Caro. Cuando pienso en un hombre de negocios, veo a personas como Donald Trump o Lee Lacocca. Esos trajes tan vistosos, los caóticos divorcios y sus úlceras de estómago sangrantes... Claro que aquí tenemos a Jed Larsson, y él, por regla general, sólo se pone traje los domingos, y ha estado casado con su Jolette desde que tengo uso de razón. Pero sí que padece acidez.

—Estás cambiando de tema.

—No, ahora llegaba al quid de la cuestión. Se podría decir que, de vez en cuando, gestiono unas empresas. Y como tengo un don para las cifras, no me cuesta mucho esfuerzo hacerlo.

Caroline se dejó caer en el sofá y lo miró, refunfuñando.

—Eso significa que no estás desperdiciando tu vida.

—Siempre he pensado que disfruto de ella. —Se acercó para sentarse a su lado—. Pero si con eso te hago feliz, estoy dispuesto a desperdiciarla, a ver qué tal.

—¡Oh, cállate un momento! Trato de pensar con calma. —Cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Desventurado?, pensó. ¿No era ése el adjetivo que Lulú había empleado para referirse a él? ¡Menuda broma! El señor sabía muy bien qué se hacía, y era evidente que llevaba muchos años así, y empleando el tiempo como mejor le parecía. ¿Acaso no lo había comprobado ella misma? Su manera de sonreírle con ojos somnolientos y, al cabo de un instante, perforarle el cerebro con la mirada.

—El otro día, antes de ese asunto con Bonny, me dijiste que tú y Dwayne trabajabais en los campos, ¿verdad?

—Sí, eso dicen.

—Y una vez me mencionaste que Dwayne tenía una licenciatura que no usaba. Pero no me dijiste si tú la tenías también.

—No puedo decir que haya hecho una carrera universitaria. Nunca

entendí demasiado bien eso de dejarse la piel con los libros, como Dwayne hacía. Pero estudié gestión empresarial y contabilidad. —Sonrió, tranquilo—. No me costó mucho llegar a la conclusión de que es más cómodo estar detrás de una mesa que sudando en un campo de algodón. ¿Quieres que te enseñe el anuario de mi instituto?

Ella se limitó a soltar un bufido.

—Y pensar que he venido hasta aquí para protegerte.

—¿Protegerme? —Deslizó un brazo por encima de sus hombros y le olió el cabello—. Cariño, qué amable de tu parte. Cielos, qué bien hueles. Mejor que una tarta de cereza enfriándose en el alféizar de la ventana.

—Es jabón —dijo ella entre dientes—. Sólo jabón.

—Me vuelve loco. —Empezó a frotarle el cuello con la nariz—. Loco de remate. Sobre todo este huequecito de aquí.

Caroline se estremeció al sentir que le mordisqueaba en el cuello.

—He venido a hablar contigo, Tucker, no a... —Dejó las palabras en el aire mientras él le hacía maliciosas cosas seductoras detrás de la oreja.

—Sigue, sigue hablando —la invitó él—. No me molestas en absoluto.

—Si dejases de hacerme eso.

—De acuerdo.

—Abandonó la oreja, y volvió a concentrarse en el cuello—. Adelante, sigue hablando —repitió.

El buen juicio de Caroline empezaba a adormecerse, y echó la cabeza hacia atrás para que Tucker tuviera mejor acceso.

—Matthew Burns ha venido a verme. —Sintió que sus labios se detenían y se tensaban sus músculos, y que luego, poco a poco, volvían a relajarse.

—No puedo decir que me sorprenda. Te ha echado el ojo. Incluso un ciego a galope tendido se daría cuenta.

—Nada ha tenido que ver con... No ha sido nada personal. —Al diablo con aquella confusión que tenía en la mente, decidió Caroline, y volvió la cabeza para que sus labios se encontraran con los de Tucker. Dejó escapar un suspiro mientras él los deleitaba (a ambos) con besos lentos y mordiscos—. Me ha advertido que no deje que te acerques a mí.

—Vaya. Mucha de mi frustración está causada por no haberme acercado bastante.

—No, él se refería al caso... Al asesinato. —Un fogonazo se encendió en su cerebro y dio un respingo—. Al asesinato... —repitió, y se quedó boquiabierta al verse la blusa desabrochada hasta el ombligo—. Pero ¿qué haces? Tucker tuvo que respirar hondo para calmarse. —Estaba concentrado en quitarte la ropa. Tengo la impresión de que hace algún tiempo que me concentro en ello. —Se recostó en el sofá y la miró detenidamente—. Y parece ser que tendré que postergarlo una vez más.

Con manos torpes, Caroline se abrochó los botones.

—Ya te avisaré cuando quiera que me desnudes. —Pero Caroline, si me lo estabas diciendo con toda claridad. Hasta que empezaste a pensar. —Para enfriar un poco su fuego interior, se levantó a prepararse un trago—. ¿Te

apetece un poco? —preguntó, moviendo la botella.

—No.

—Pues a mí, sí. —Se sirvió dos dedos de whisky.

Ella alzó el mentón.

—Enójate cuanto quieras, pero...

—¿Enojarme? —Clavó la mirada en los ojos de Caroline antes de alzar el vaso—. Cariño, ésa es una palabra demasiado blanda para lo que despiertas en mí. Jamás una mujer me ha removido por dentro con menos esfuerzo que tú.

—He venido a advertirte, no para removerte.

—Eso mismo quería decir yo. —Se acabó el trago, pensó en servirse un segundo, pero optó por otro medio cigarrillo—. ¿Quién es Luís?

Caroline abrió y cerró la boca dos veces antes de hablar.

—¿Debo pedirte que me perdones?

—En absoluto. Lo que ocurre es que no quieres contestarme. Susie me comentó que estás cabreada con alguien que se llama Luís. —Tucker soltó un gruñido, fijando la vista en la colilla que fumaba—. Es un nombre idiota.

—Tucker tiene más distinción.

Él se relajó lo justo para sonreír.

—Eso depende de cómo lo mires, supongo. ¿Quién es, Caro?

—Alguien con quien estoy cabreada —respondió ella con tono ligero—. Ahora, si te apetece escuchar lo que he venido a...

—¿Te hizo daño?

Caroline clavó su mirada en los ojos de Tucker. Y en ellos vislumbró paciencia, compasión y, sin esperárselo, una fuerza apacible y serena.

—Sí.

—Quisiera prometerte que yo no lo haría, pero supongo que no puedo hacerlo.

Algo se agitó en el interior de Caroline. Una puerta que creía que había cerrado a cal y canto se abría de nuevo poco a poco.

—No quiero promesas —dijo ella, casi con desesperación.

—Nunca he sido de quienes las hacen. Las promesas son peligrosas —murmuró Tucker. Miró el cigarrillo, y lo aplastó en el cenicero—. Pero me importas. Supongo que podría decirse que estoy hundido hasta el cuello en este sentimiento.

—Creo que... No estoy preparada... —Se levantó y deseó tener algo que hacer con las manos—. Tú también me importas, Tucker. Y hasta aquí hemos llegado. He venido porque me importas, y porque quiero que sepas que Matthew Burns está buscando la manera de probar que tú mataste a Edda Lou Hatinger.

—Tendrá que buscar como un loco. —Sin apartar la mirada de ella, Tucker se metió las manos en los bolsillos—. Yo no la maté, Caroline.

—Ya lo sé. Quizá no te comprenda, pero eso lo sé. Matthew está buscando la conexión entre Arnette, Francie y Edda Lou, y tú eres el primero

de su lista. También dejó caer ciertas insinuaciones sobre Toby, y eso me preocupa. Sé que estamos en los años noventa, pero esto sigue siendo el Misisipí rural, y las tensiones raciales... —Se encogió de hombros.

—Casi toda la gente de por aquí respeta mucho a Toby y a Winnie. No hay muchas personas como los Hatinger o los hermanos Bonny.

—Pero hay algunas. No quiero que le ocurra algo a Toby o a su familia. —Dio un paso adelante—. Es más, no quiero que te suceda nada a ti.

—Entonces tendré que preocuparme de que así sea.

—Tendió la mano para levantar el mentón, su mirada fija y penetrante— Te duele la cabeza. —Con dedos suaves le frotó la fina arruga del estrés entre las cejas—. No quiero ni pensar que yo haya tenido que ver con ello.

—No eres tú. —Como siempre, sintió un asomo de vergüenza ante una debilidad que ella asociaba con el dolor—. Es la situación. No tú.

—Entonces, no pensemos en la situación. Nos sentaremos afuera en el porche y esperaremos la puesta del sol. —Le plantó un beso en la frente—. Y ni siquiera tendrás que hacer manitas conmigo. A menos que tú lo quieras.

Eso hizo que ella sonriera, que era lo que Tucker pretendía.

—Y tú trabajo, ¿qué?

—Cariño. —Le pasó el brazo por la cintura para guiarla hacia la puerta— Con el trabajo hay una cosa segura. No se marchará a ninguna parte.

Así pues, se sentaron en el porche, charlando sobre el tiempo, la boda de Marvella, los progresos del joven Jim con el violín... Y mientras el sol bajaba en el cielo —deslizándose rojo como la sangre sobre el horizonte—, mientras el retozón cachorro intentaba convencer al viejo *Buster* para que jugara con él, mientras los Statler Brothers cedían el altavoz a los Oak Ridge Boys, ninguno de los dos advirtió el rápido destello producido por la lente de unos prismáticos abollados.

Austin los sostenía delante de los ojos con manos tensas y observaba. Su boca se movía en silencio, rezando una oración, ferviente y mortal, mientras su mente se retorció hacia las profundidades de la locura. Llevaba dos pistolas de la policía embutidas en la pretina de su pantalón de los domingos.

Cuando Cy llegó a la alcantarilla a la mañana siguiente, su padre le esperaba. Cogió al muchacho por la camisa mientras se asomaba a la blanca luz matinal.

—¿Se lo has dicho a alguien? Lo sabré si me mientes.

—No, papá. —Era la misma pregunta, con idéntica respuesta, de cada mañana—. Te juro que no. Te he traído un poco de pollo, y un bocadillo de salchichas.

Austin le arrebató la bolsa de papel.

—¿Me has traído lo demás?

—Sí, señor. —Cy le entregó una botella de plástico con agua, esperando que su padre se contentara con aquello, aun sabiendo que no sería así.

Austin la destapó y bebió tres largos tragos antes de secarse la boca con la mano.

—Lo demás.

A Cy le temblaron las manos. Su garganta estaba demasiado llena de miedo para que le salieran las palabras. Abrió la funda de cuero que le colgaba del cinturón y le dio un cuchillo de caza.

—Papá, la policía sigue junto a la casa, pero han quitado las vallas de la carretera Uno. Si quisieras llegarías hasta Arkansas directo.

—Te veo muy ansioso por que me vaya, chico. —Despegó los labios en una sonrisa de oreja a oreja, y desenfundó el cuchillo, que captó el haz de luz y brilló.

—No, señor, yo sólo...

—Sí, te gustaría que echara a correr, ¿o no? —Movi6 la hoja, atrayendo los ojos aterrados de Cy hacia el resplandor—. Te gustaría que me fuera, que te dejara libre el camino hacia el pecado y la lujuria. Para que te codees con los negros y beses su rosado culo al señor Tucker Longstreet.

—No, señor. Yo sólo... Yo sólo... —Cy miró el cuchillo. Un golpe, un golpe rápido y descuidado de aquél, y estaría muerto—. Sólo quería decirte que siguen allí, rastreando tus pasos. No como antes, pero siguen buscando.

—El Señor es mi pastor, muchacho. Él proveerá. —Sin dejar de sonreír, Austin pasó el pulgar por el filo del cuchillo. Una fina línea roja brotó de su piel—. Y afilada es Su espada. Ahora deja que te diga lo que vas a hacer.

Austin giró el cuchillo hacia su hijo. Este, por un instante vertiginoso, mientras las tripas se le convertían en hielo, estuvo casi seguro de que la punta se le hundiría en la garganta. Pero se detuvo a un susurro.

—¿Me escuchas, muchacho? ¿Me escuchas?

Cy asintió con la cabeza. Tenía miedo de tragar. Miedo de que el filo le pinchara la nuez si ésta se movía.

—Y harás exactamente cuanto yo te diga, ¿verdad?

Cy miró por encima del cuchillo y clavó la mirada en los ojos de su padre.

—Sí, señor.

Cy trabajó sin descanso para sudar aquel miedo que llevaba dentro. Por todo el jardín cargó carretas rebosantes de mantillo. Cavó agujeros para las nuevas matas de peonías que Tucker había comprado para reemplazar a las que habían sido aplastadas. Rascó pintura vieja y dio una capa fresca. Arrancó malas hierbas hasta agarrotársele los dedos, pero el miedo permanecía, duro e inflexible, quemándole el est6mago como un almuerzo malo que se resistía a la digestión.

No comió el plato que Della le ofreció, ni siquiera la mitad que acostumbraba servirse. Pero guardó los gruesos emparedados de carne de cerdo y un generoso pedazo de tarta de limón en la mochila.

No se atrevía ni a mirarlos, pero imaginó que su padre cenaría bien esa

noche.

El apetito se le abriría de forma singular cuando acabara con Tucker.

Cy se secó el sudor de los ojos e intentó no pensar en el bien y en mal o en lo bueno y lo malo. Sólo debía pensar en sobrevivir. En pasar un día y luego el siguiente hasta que acabaran los días que conformaban cuatro años.

Miró a su alrededor, Sweetwater, los campos verdes rebosando algodón, el agua quieta y oscura, los colores de las flores. Quizá lo que su papá decía era verdad. Quizá sólo la gente como los Longstreet podían permitirse plantar flores para contemplarlas en lugar de algo para comer.

Quizá era cierto que merecían la casa grande y elegante, y toda la tierra y la vida fácil que llevaban. Quizá era culpa suya que su propia familia fuera pobre como las ratas y tuviera que dejarse la piel por cada moneda que sacaba.

Y Edda Lou había sido su hermana, llevaba su misma sangre. La familia tenía que agruparse. Su papá decía que era culpa de Tucker que ella estuviera muerta.

Si creía eso, si conseguía creer eso, lo que tenía que hacer no le costaría tanto.

No importaba que le costara mucho o poco, se dijo Cy mientras iba a lavarse las manos y la cara con la manguera del jardín. Era algo que tenía que hacer porque de no ser así, su padre iría a por él. Lo encontraría dondequiera que se escondiera. Y lo buscaría llevando algo más que un cinturón, algo más que los puños.

—Si tu ojo te ofende, arráncatelo —había dicho su padre—. Tú eres mi ojo, chico. Tú eres mis dos ojos.

Y le acercó tanto la afilada punta plateada, se la puso tan cerca del ojo izquierdo, que Cy no se atrevió a parpadear.

—No me ofendas en esto. Tráemelo hasta aquí, que yo estaré esperando.

—¿Has acabado por hoy, hijo?

Al oír la voz de Tucker, Cy dio un respingo y se empapó los zapatos. Tucker sonrió y encendió medio cigarrillo con la llama de una cerilla.

—Della me ha dicho que hoy has estado nervioso. Será mejor que cierres la manguera antes de ahogarte.

—Sí, señor. Ya lo he acabado todo. —Cy se miró la mano, contempló sus dedos, que apretaban el metal y se retorcían.

—Bien, porque sólo de verte trabajar me dejas agotado. ¿Quieres una coca-cola, otro pedazo de tarta?

—No, señor. —Cy mantuvo la cabeza gacha mientras enrollaba la manguera. Sintió algo peligrosamente cercano a las lágrimas anudándose en su garganta. Quizá no funcionara, pensó desesperado. Era posible que Tucker le dijera sólo que se fuera para casa. Apretó los labios y se acercó, renqueando, a la bicicleta.

—¿Qué te ha ocurrido en la pierna?

Cy se detuvo de espaldas a la casa, mirando al frente.

«Consigue que te tenga lástima, chico. Hazlo de tal manera que se vea obligado a acompañarte en uno de esos coches elegantes. Y tráemelo hasta aquí.»

—No es nada, señor Tucker. Creo que me he torcido algo. —Dio un par de pasos más, cojeando, rezando para que Tucker se limitara a encogerse de hombros y se marchara.

—¿Por qué no entras en la casa, para que Della te eche un vistazo?

Cy cerró los dedos en torno al manillar de la bicicleta y desvió la mirada hacia la casa.

—No, señor, será mejor que me vaya.

Tucker, advirtiendo el brillo de lágrimas en los ojos del muchacho, frunció el entrecejo. El orgullo de los adolescentes era algo muy delicado.

—Bien, tengo que acercarme al pueblo para hacer unos recados. —Bajó del porche, y empezó a improvisar a medida que caminaba—. Esa mujer me agota, enviándome por esto y por aquello. ¿Por qué las mujeres no piden lo que necesitan de una sola vez?

Cy clavó los ojos en el plateado manillar, concentrándose en las manchas de óxido.

—No lo sé.

—Ése es uno de los misterios del universo. —Con gesto amable, puso una mano sobre el hombro de Cy, y sintió que el muchacho se encogía. Con un asomo de culpa, pensó de nuevo en lo delgado que estaba, y en lo duro que trabajaba—. ¿Por qué no cargas la bici en el Oldsmobile, Cy? Así te acompañaré casi todo el camino hasta casa.

Al agarrarse Cy con fuerza al manillar, sus nudillos se pusieron blancos.

—No quiero molestarle, señor Tucker.

—Tengo que pasar justo por delante del desvío que coges. Vamonos, no sea que se le ocurra pedirme otra cosa.

—Sí, señor. —Con la cabeza gacha, Cy llevó la bicicleta andando hasta el camino. La cabeza le resonaba como un yunque mientras Tucker quitaba las llaves del contacto y abría el maletero.

—Dios sabe por qué conduce este viejo barco —murmuró Tucker—. Caben tres cadáveres aquí dentro. —Apartó algunos cachivaches de Della. Una caja de cartón llena de ropa vieja para la iglesia. Tres pares de zapatos para arreglar cuando pasara por Greenville. Una caja de frascos herméticos. Un Winchester de repetición...

Cy fijó la mirada en el arma, y saltó hacia atrás. Tucker se dio cuenta de ello mientras levantaba la Schwinn y la metía en el maletero.

—Hace meses que carga con él. Dice que quizá tenga que disparar a un violador loco si el coche se le estropea en algún rincón. —Tucker sacó un pedazo de cuerda y lo enrolló al parachoques, manteniendo así cerrada la puerta del maletero—. No me imagino a Della sentada en el capó con un rifle entre las manos, a la caza de violadores locos, pero ahí lo tienes.

Cy nada dijo, nada en absoluto, y se metió en el coche. Tucker sacó una de sus cintas de la guantera.

—Las escondo aquí dentro —dijo—. Las mujeres no miran en las guanteras. ¿Qué te parece un poco de Elvis Presley?

Cy juntó los dedos tiesos sobre las piernas.

—Bien.

—Muchacho, no digas «bien», Elvis es el rey. —Tucker metió la cinta y luego puso en marcha el motor al son de *Heartbreak Hotel*. Acompañó al *Rey* en los primeros compases mientras se dirigían hacia la carretera—. ¿Os arregláis bien?

—¿En casa?

—¿Está mejor tu mamá?

—Ella... va tirando.

—Si precisas algo (dinero o lo que sea), pídemelo. No necesitas decirle de dónde lo has sacado.

Cy tuvo que mirar por la ventanilla. Era incapaz de encararse con aquella preocupación por él, con una amabilidad tan sencilla.

—Nos arreglamos. —Vio la furgoneta de Toby al final del camino de Caroline y sintió ganas de echarse a llorar. ¿Cómo podría acercarse a Jim silbando? Después de ese día, él sería igual que un asesino.

—¿Quieres contarme qué tienes en la cabeza, Cy?

—¿Señor? —Cy volvió la cabeza. El corazón le saltó hasta la garganta—. Nada, señor Tucker. No tengo nada en la cabeza.

—Hace tiempo que cumplí catorce años —dijo Tucker con tono ligero—. Pero me acuerdo de cómo era aquella época. Recuerdo lo que fue tener un padre con una mano pesada y un genio desbocado. —Tucker lo miró de reojo, y sus ojos estaban tan llenos de comprensión que Cy se volvió a mirar por la ventanilla—. No cojeabas cuando te has subido al coche, Cy. La bola de miedo se abrió en su estómago. —Supongo que... supongo que ya no me duele tanto la pierna.

Tucker permaneció un rato sin hablar y luego se encogió de hombros. — Si lo quieres así...

Circulaban a lo largo del delgado riachuelo de Little Hope. Cy sabía que sólo quedaban unos dos kilómetros para llegar a la alcantarilla.

—Guardo la... la bici... cerca del riachuelo. En la alcantarilla.

—De acuerdo. Te dejaré allí si quieres. —Si pudiera... —«Ayudarme a bajarla», prosiguió Cy para sí. «Ayudarme a llevarla desde el camino hasta la alcantarilla donde mi padre lo está esperando. ¿Me ayudará a bajarla porque siempre está dispuesto a ayudar cuando se lo piden?» —Si pudiera, ¿qué?

Estaban a punto de llegar. Casi se encontraban allí. Cy se pasó el dorso de la mano por los labios, reseco. Ya no era el miedo lo que le helaba el estómago; era un puño, verde y nauseabundo, de terror. «Sólo tengo que pedirselo, y lo hará.» Entonces advirtió un resplandor de luz: el reflejo del sol en las lentes de unos prismáticos. O tal vez en un cuchillo.

—¡Pare! ¡Pare el coche! —Presa del pánico, se aferró al volante y casi los lanzó al riachuelo.

—¡Qué coño...! —Tucker logró hacerse con la dirección y frenó el coche

en diagonal sobre el camino—. ¿Has perdido el juicio?

—¡Dé la vuelta! Dé la vuelta, señor Tucker. ¡Dios santo, vuelva! —Sollozando, Cy se inclinó hacia un lado e intentó girar el volante—. Dios mío, por favor, déle la vuelta antes de que venga a matarnos. Ahora, nos matará a los dos.

—Espera un momento.

El Oldsmobile giró como un barco que abandonara el puerto, y salió disparado por el camino. Cy se acurrucó de rodillas, sollozando contra las manos cerradas puestas bajo su barbilla, mirando por la ventanilla trasera mientras el *Rey* muerto cantaba acerca de un puñado de amor ardiente.

—¡Vendrá! ¡Sé que vendrá! ¡Los ojos..., me arrancará los ojos! —De pronto se dobló sobre sí mismo, cogiéndose con fuerza el estómago. Fuese o no un ataque de histeria, Tucker frenó y se detuvo en la orilla del camino; de un tirón sacó al muchacho del coche y le sostuvo la cabeza mientras le temblaba el cuerpo.

Cuando el llanto de Cy se calmó hasta no ser más que un hipo, Tucker sacó un pañuelo y le secó las lágrimas.

—Respira poco a poco. ¿Estás mejor?

Cy asintió, pero se echó a llorar otra vez. No eran sollozos salvajes, ni como alaridos, sino tan suaves y quedos que partían el corazón. Atónito, Tucker se sentó en el coche abierto, acariciando la cabeza de Cy.

—Sácatelos de encima. Te sentirás mejor.

—No he podido hacerlo. Es que no he podido. ¡Ahora me matará!

—¿Quién quiere matarte?

Cy alzó el rostro, enrojecido y triste, y miró a Tucker. Éste pensó que parecía un perro, al que casi han matado a palos, que espera el golpe final.

—Es mi padre. Me dijo que lo trajera hasta aquí. Me dijo que yo tenía que hacerlo por lo de Edda Lou, y que si un ojo te ofende, tienes que arrancártelo. Le he traído comida todos los días. Y el cinturón, una camisa limpia, los prismáticos... Me obligó a hacerlo. Y hoy he tenido que traerle el cuchillo.

Tucker agarró a Cy por el pecho de la camisa y lo sacudió para hacer que se le pasara un poco la histeria.

—¿Está tu padre en la alcantarilla?

—Está esperando que usted llegue. Yo tenía que traérselo. Pero no he podido. —Cy volvió los ojos hacia atrás con gesto brusco—. Quizá esté de camino hacia aquí ahora mismo. Quizá esté de camino. Además, tiene dos pistolas.

—Métete en el coche.

Cy pensó que iba de cabeza a la cárcel, seguro. Había ayudado a un fugitivo, y era cómplice o encubridor de un delito, o algo por el estilo. Pero la cárcel era preferible a dejar que aquel cuchillo le sacara los ojos.

—¿Qué va a hacer, señor Tucker?

—Llévate de vuelta a Sweetwater.

—¿Llévarme de vuelta? Pero... pero...

—Quiero que entres en la casa, llames al sheriff Truesdale y se lo cuentes todo. —Clavó la mirada con dureza en Cy—. ¿Lo harás?

—Sí, señor. —Cy se secó las lágrimas de las mejillas—. Juro que lo haré. Le diré dónde está mi padre. Se lo contaré todo.

—Y dile que venga de inmediato, rápido, volando y a toda prisa. —Giró en la verja de Sweetwater.

—Se lo diré. Lo siento, señor Tucker. Tenía tanto miedo.

—De eso hablaremos luego. —La gravilla salió disparada cuando frenó el coche de golpe—. Vamos, entra rápido. Si Burke no está en el despacho, llámalo a su casa. Della tiene el número. Si no lo encuentras, avisa a Carl.

—Sí, señor. Y usted ¿qué va a hacer? —Se lo quedó mirando con ojos desorbitados al ver que Tucker abría el maletero, sacaba la bicicleta, y cogía el rifle—. ¿Va en su busca? ¿Va en su busca, señor Tucker?

Tucker abrió el arma, y comprobó la carga. Alzó la mirada y la fijó en Cy.

—Eso es lo que voy a hacer. Cuando hables con Burke, dile que acabo de convertirme en un ayudante de la ley.

Cy dio media vuelta y echó a correr hacia la casa.

18

A Tucker no le gustaba la idea de encontrarse involucrado en un tiroteo. Esa clase de cosas no le sentaba bien. Iba a toda velocidad hacia Dead Possum Road, y pensó que ésa era la segunda vez que Austin le ponía en la incómoda situación de verse obligado a llevar un arma.

Eso le ponía furioso.

Pero no podía volver y sentarse en el porche mientras esperaba que Burke y Carl se ocuparan del asunto. Sobre todo en ese momento que estaba obsesionado por la imagen del aterrado muchacho. Sobre todo en ese momento que el coche seguía impregnado del miedo de Cy.

¡Me sacará los ojos!

¿De dónde coño habría sacado el chico una idea como ésa?

De su padre, aquel viejo loco, concluyó Tucker.

Su rostro permanecía impasible, los ojos teñidos de bronce bruñido, cuando frenó de repente y se detuvo en el arcén. Cargó con el rifle y luego, usando el coche como escudo, se acercó al asiento trasero para coger los prismáticos que Della, como casi todo el mundo en Innocence, tenía siempre a mano.

Cuando los enfocó, ante su vista apareció el montecillo formado por el tubo de hormigón de la alcantarilla. Lo escudriñó a conciencia, pero nada vio en la entrada, ni un solo movimiento por el declive hacia el río Little Hope. Nada en el campo más allá.

Divisó el plateado brillo de los tejados de las caravanas en el cámping a cuatro kilómetros de allí. Bajó los prismáticos un poco, y vio con claridad a la hermana de Earleen, Laurile, que salía de su caravana, tomaba un trago de una lata de tónica y gritaba algo.

«Estará llamando a sus hijos para que acudan a cenar», pensó Tucker distraído, y, poco a poco, desvió los prismáticos del campamento. Vio los cerdos hozando en el corral de Stokey y la colada en el tendedero de los March, y una nube de polvo desde el pueblo que podría ser el coche de Burke en dirección a él.

Pero en los campos y en los llanos, nada se movía. Y el silencio era pesado, interrumpido sólo por el sonido del riachuelo abriéndose camino sobre las rocas y el fango, y unos cuantos pájaros que cantaban indiferentes en el brumoso calor del atardecer.

Si Austin los esperaba, lo hacía oculto entre las sombras, tenues y sucias, de la alcantarilla. Sólo había una manera de averiguarlo.

Tucker hizo una pausa para meterse unas cuantas balas más en el bolsillo, aunque deseaba con toda el alma no verse obligado a usarlas. Reptando por el suelo, la mirada fija en la estrecha entrada, rodeó la alcantarilla. Cuando estuvo a unos metros, se estiró boca abajo, y se acomodó la escopeta contra el hombro.

—Dios mío, si quieres hacerme un solo favor en esta vida, no me obligues a disparar este trasto.

Aspiró hondo, y exhaló lentamente.

—¡Agustín! Me imagino que ya sabes que estoy aquí. —Hasta más tarde no se dio cuenta de que tenía la piel reseca y las manos firmes como una roca—. Por lo visto, te has tomado mucho trabajo para invitarme a visitarte. —A rastras, se acercó a la pendiente de la orilla—. ¿Por qué no sales y hablamos como personas razonables? O quizá prefieres esperar un rato a que Burke llegue.

Sólo oyó el silencio en la alcantarilla, y el graznido de un cuervo en lo alto.

—Estás poniéndomelo difícil, Austin. Me obligarás a entrar, por tu forma de atormentar a ese chico. Es algo que jamás consentiré. Si nos disparamos entre tú y yo, lo más probable es que uno de los dos acabe muerto. —Con un pequeño suspiro Tucker tendió la mano y cogió una piedra—. Y, con sinceridad, no quiero ser yo.

Dejó rodar la piedra hacia abajo y esperó la atronadora respuesta de una pistola.

Silencio.

—¡Mierda reconcentrada! —masculló Tucker, y se deslizó pendiente abajo hacia el escaso hilo de agua que era el Little Hope. Sentía un rugido en la cabeza, una dura pared de sonido que su corazón y su ira formaban. Cogió el rifle con fuerza y se abalanzó hacia la entrada, preparado para esquivar las balas.

Pero la alcantarilla estaba vacía. Tucker se quedó allí, inmóvil, avergonzado de verse como un idiota, con el arma a punto y el corazón retumbando como una banda de trompetas. Sus rápidos jadeos resonaban al rebotar contra el hormigón.

—Tranquilo —se dijo en voz baja—. Tranquilo, nadie te ha visto hacer el gilipollas. —Se volvió para dirigirse hacia la salida de la alcantarilla, pero se detuvo en seco.

¿Estaría Austin escondido fuera? ¿Habría encontrado algún agujero lo bastante grande para ocultarse? ¿Estaría esperando a que Tucker apareciera para tumbarlo de un disparo?

Qué tontería, se dijo Tucker para calmarse. Dio otro paso, se detuvo y soltó una palabrota.

«Es mejor ser tonto que estar muerto», pensó, y se preguntó qué coño podía hacer.

De pronto recordó la última escena de *Dos hombres y un destino*, cuando Newman y Redford caían en una emboscada, en el desesperado tiroteo final. Aquella imagen era absurda.

El airoso desenlace no engañó a Tucker, hijo de Beau Longstreet. No, señor. Él sabía muy bien qué había pasado. Las balas silbaron y los dos protagonistas volaron en pedazos camino de la gloria.

Se quedó en la alcantarilla, pensando que él no era un forajido, pero tampoco un héroe, aunque resultaba muy duro para su orgullo quedarse allí acurrucado, esperando.

Antes de que tuviera que tomar una decisión, oyó el rugido del motor

de un coche, luego un par de portazos rápidos y bruscos.

—¡Tucker! Tuck, ¿te encuentras bien?

—Aquí, Burke, aquí abajo. —Tucker apoyó el rifle contra la pared—. No está aquí.

Oyó que Burke ordenaba a Carl que diera un vistazo por los alrededores. Luego, la luz en la entrada quedó bloqueada por los enormes hombros del sheriff.

—¿Qué coño haces aquí?

—Muchacho, ahora te cuento la historia —dijo Tucker, y eso hizo.

—No entendía casi nada de cuanto el chico me decía. —Burke le ofreció una cerilla a Tucker para que encendiera su medio cigarrillo—. Pero él estaba convencido de que tú y su padre ibais a mataros aquí abajo.

—No sé si siento decepción o alivio de no haber tenido la oportunidad de comprobarlo. Cy es buen chico, Burke. Aunque Austin lo ha amenazado con algo de lo más perverso, él ha hecho lo que debía. —Aspiró el humo y soltó una bocanada lenta—. He pensado si no sería mejor que se quedara un tiempo en Sweetwater con nosotros. No debería ir a su casa. Si Austin no consigue atraparlo, Vernon se lo hará pagar caro. Te juro que no entiendo cómo es posible que ese chico tenga algún parentesco con esos dos.

—Con suerte, Vernon no se enterará hasta dentro de un par de días. Ahora tenemos que concentrarnos en encontrar a su padre. —Hizo un gesto con la cabeza, mirando a Tucker—. Supongo que puedo considerarte oficialmente mi ayudante.

—Yo preferiría que no lo hicieras. —Tucker tendió la mano para coger el rifle. Entonces se fijó en un garabato que había en la pared.

—¿Qué coño es esto? —Se inclinó un poco, aguzando la vista—. Estás tapándome la luz, Burke —dijo, y luego soltó una imprecación al descifrar las letras.

OJO POR OJO.

—¡Joder! —exclamó Burke al frotar el pulgar contra la primera o—. Parece escrito con sangre. Llamaré a unos cuantos hombres e iremos de casa en casa. Nos patearemos el condado centímetro a centímetro, pero esta noche ese loco hijo de puta será nuestro.

¡Me sacará los ojos!

Tucker se llevó las manos a los ojos mientras la aterrada voz de Cy resonaba en su cabeza.

—Iré contigo. ¿Tengo que llevar una de esas estrellitas de latón baratas?

En cuestión de una hora, Burke reunió a quince hombres robustos, dispuestos a ayudar. Le inquietaba ver a Billy T. Bonny y a Junior Talbot esperando también, armados con sendos rifles. Pero confió en que la emoción de perseguir a un fugitivo haría que aplazaran sus rencillas personales. Para mayor seguridad, los separó; asignó a Junior al grupo de Carl y él se quedó con Billy T. Decidió arriesgarse, y puso a Jed Larsson, algo lento pero de fiar, a la cabeza de un tercer grupo.

Con un mapa del condado delante, repartió los territorios.

—No quiero héroes —advirtió a sus hombres—. Austin lleva dos armas y, a menos que se haya dedicado a practicar su puntería contra los conejos, ha gastado sólo una bala. No quisiera acabar el día haciendo una visita a la esposa, o la novia, de cualquiera de vosotros para decirle que a su hombre le han disparado por ser un idiota.

—Nosotros tenemos más cabeza que esos mantecosos policías del condado. —Billy T. estaba emocionado ante la perspectiva de disparar a algo.

Entre chillidos y alaridos para darse ánimos, los hombres aliviaron algo los nervios, y Burke esperó a que se calmaran.

—Austin fue visto por última vez aquí, en la alcantarilla. Ya nos lleva al menos una hora de ventaja, aunque vaya a pie. Pero un hombre, que se conoce este terreno como la palma de su mano, sabe de un montón de sitios donde esconderse. Lo queremos vivo y de una pieza. Si lo veis, avisad por radio. Lleváis las armas sólo para defenderos.

Varios hombres se miraron de soslayo. Austin no era un tipo muy querido.

—Si acaba muerto, alguien tendrá que responder a un montón de preguntas, y no creo que eso os guste. —Escudriñó los rostros, fijando la mirada en cada uno para dar más energía a sus palabras—. No vais a cazar ciervos, chicos; en este momento sois representantes de la ley. Vamos, en marcha, y tened cuidado. —Se volvió para reunir a su propio grupo—. Y que Dios nos ayude.

Cinco hombres se amontonaron en el coche patrulla. Burke, Tucker, Billy T., Singleton Fuller, y Bucky Koons. Enseguida, Singleton encendió uno de los puros que Happy no le dejaba fumar en casa.

—¿Has llamado a los chicos del condado, Burke? —preguntó Bucky con aire despreocupado.

Burke flexionó los dedos en torno al volante.

—No. Éste es nuestro pueblo.

Un murmullo de asentimiento se filtró a través de la apestosa cortina de humo.

Cuando llegaron a la intersección de Old Cypress y Longstreet, que Burke había designado como Base A, detuvo el coche en el arcén. El lugar representaba algo para Tucker, que echó un vistazo por el retrovisor al asiento trasero. Billy T. lo miró malhumorado.

Allí se separaron. Tres irían hacia el este —con el prudente Singleton a la cabeza—, y Burke y Tucker hacia el oeste.

—¿Quieres decirme qué se cocina entre tú y Billy T.? —preguntó Burke

mientras empezaban a recorrer el ancho círculo que los llevaría de vuelta como grupo junto a la laguna de McNair.

—Las cosas se pusieron feas, pero ya pasó todo. —Tucker lanzó una mirada inquieta en dirección a la casa de Caroline—. ¿Crees de verdad que habrá llegado tan lejos?

—No lo sé. Austin puede haber ido en cualquier dirección, y yo estar cometiendo un error por no llamar al condado.

—No nos sirvieron de una mierda la última vez.

—Bueno —musitó Burke, y lo dejó así—. Tal vez se haya dirigido a su casa. —Se intranquilizó por Carl y su grupo—. El condado aún le tiene la casa bajo vigilancia, y seguro que él lo sabe, pero no me parece a mí que el viejo ése esté en sus cabales.

Tucker calculó la distancia con cierta satisfacción.

—Cómo me gustaría que fuera hacia allí. Que lo cogieran ellos y nos lo quitaran así de encima. —Tucker volvió la cabeza y se quedó pensativo, mirando el brillo en las ventanas de la segunda planta de casa de Caroline—. Además de que no está en sus cabales, Burke, es como si tuviese la rabia o algo parecido. ¿Recuerdas aquel día que él y yo nos peleamos? Pues llegó a creer que yo era mi padre. No quería matarme ni la mitad de lo que quería matar al viejo Beau.

Tuvo ganas de fumar y luchó contra ellas.

—Te diré lo que pienso. No era a mí a quien él quería que Cy le llevara a la alcantarilla.

Burke frunció el entrecejo. Él sabía una mierda de psicología, a menos que creyeras que era lo mismo que la naturaleza humana. Pero sabía que un hombre hacía cosas desesperadas cuando una mujer lo empujaba al abismo. Como ahorcarse en su propio establo.

—Es mucho tiempo para guardar rencor a alguien por una mujer.

—Si algo nos sobra en Innocence es tiempo. Mi madre se levantaba y se iba del lugar donde estuviese cada vez que alguien mencionaba su nombre. Lo hizo así hasta el último día de su vida. —Tucker se interrumpió mientras Burke escudriñaba el paisaje con los prismáticos—. Aquello me hacía pensar. En cierta ocasión pregunté a Edda Lou si Austin se comportaba de forma extraña con ella. Se echó a reír. —Tucker no soportó más y sacó un cigarrillo—. Me dijo que a veces llamaba a su madre con el nombre de la mía cuando le pegaba. —Un estremecimiento le corrió la espalda—. ¿Ves algo?

—Ni una mierda. —Burke sacó el *walkie-talkie* para comunicarse con los demás grupos.

Tucker volvió a sentir aquel escalofrío por la espalda. Aspiró el humo del cigarrillo y se dijo que era natural sentirse intranquilo cuando se iba a la caza de un hombre. Sin embargo, no miraba por encima del hombro, ni aguzaba la vista a su alrededor, sino que tenía la mirada clavada en el reflejo del sol contra la ventana del dormitorio de Caroline.

Algo no marchaba bien. Casi podía olerlo, como un rastro de ozono en el aire después de la caída de un rayo. Tenía la maldita seguridad de que algo no iba bien.

—Burke, quiero acercarme a casa de Caroline.

—Si ya te he dicho que Susie la ha llamado y le ha pedido que baje al pueblo. Seguro que ahora están sentadas en la cocina, hablando de adornos florales y pasteles de boda.

—Lo sé. —Tucker movió los hombros como si le picase la espalda—. A pesar de eso quiero acercarme allí.

Cuando sonaron los disparos, él ya había echado a correr.

Caroline tenía un pan de maíz metido en el horno. Receta familiar de Happy Fuller. Estaba acabando la masa cuando Susie la llamó. No se dejó engañar por su invitación a cenar, ni cuando le suplicó que fuera para ayudarla a convencer a Marvella de las combinaciones de colores. Austin Hatinger había sido visto a menos de quince kilómetros de allí, y Susie no quería que estuviera sola.

Agradeció la atención, y desde que había empezado a sobresaltarse con cada crujido y cada sombra desde la llamada, Caroline se veía más que dispuesta a aceptarla. No creía que Austin fuera capaz de aparecer en la puerta de su casa. Por supuesto que no. Pero a medida que el sol iba cayendo, le gustó la idea de pasar un rato en la segura y ruidosa cocina de Susie.

Olió el aire y sonrió. El pan de maíz estaba casi listo. Lo metería en una caja y se lo llevaría junto con *Inútil* al pueblo.

Miró el reloj del horno. Vio que faltaban poco más de cinco minutos, y salió por la puerta de la cocina para llamar al perro.

—*Inútil*. Ven, precioso. —Dio unas palmadas, como había visto hacer a Happy, y luego probó con un silbido—. *Inútil*, venga, que nos vamos de paseo. —Oyó el gemido bajo sus pies, y se puso de rodillas para mirar debajo de los tablones del porche. Y allí estaba, agazapado contra el poste nuevo, gimoteando.

—Tontorrón. Sal ahora mismo. ¿Por qué estás tan asustado?

El cachorro soltó un par de pequeños alaridos y se apretó más contra el poste. Caroline se sentó, apoyándose en los talones.

—Habrà visto una culebrilla —murmuró. Decidió atraerlo con una galleta para perros, porque *Inútil* había demostrado ya que no tenía fuerza de voluntad cuando se trataba de esas galletas. Estaba incorporándose cuando vio a Austin Hatinger.

Por un instante lo creyó producto de su imaginación. Era imposible que un hombre estuviera cruzando su jardín en ese momento, con dos pistolas enfundadas en el cinturón y un cuchillo en la mano. Era imposible que allí hubiera un hombre, aplastándole con las botas los pensamientos que acababa de plantar, sonriendo a través de unos labios pétreos, sonriendo con enrojecidos ojos de demente.

Caroline estaba aún de rodillas cuando él habló.

—Dios me ha guiado hasta ti. —La sonrisa parecía rasgarle el rostro, como un jirón de arpillera deshinchada—. He comprendido Su voluntad. Tú estabas con él, yo te he visto con él, y serás sacrificada. —La luz del sol se

reflejó en la hoja del cuchillo cuando Austin lo movió en sus manos, acercándose al porche—. Como Edda Lou. Tiene que ser como Edda Lou.

Como una corredora de velocidad que sale disparada de su marca, Caroline se dio un impulso hacia adelante para incorporarse y se abalanzó hacia la puerta trasera. Se arrojó contra ella para después cerrarla de golpe y echar el cerrojo. El reloj del horno sonó con un zumbido que la hizo gritar. Austin cargó contra la puerta con todo su peso, y con ello las piernas de Caroline despertaron.

No pensó. Empujada por el instinto, cogió el Colt de su abuelo al salir volando de la cocina. Tenía que llegar al coche, pero mientras corría por la casa, oyó cómo cedía la vieja puerta de la cocina con un crujido de madera hecha astillas.

Y se acordó de que el revólver que llevaba en la mano, resbaladiza de sudor, estaba descargado.

Sollozando, se lanzó por la puerta principal al tiempo que se hurgaba en los bolsillos. Las balas resbalaron de sus sudados dedos, y a punto estuvo de perder el equilibrio en los escalones. Tropezó, se enderezó, y vio rajados los cuatro neumáticos de su coche.

Austin abrió de par en par la puerta por donde ella acababa de salir.

—No podrás huir de la voluntad de Dios. Tú eres Su instrumento. Ojo por ojo, dice el Señor.

Pero Caroline corría ya hacia la ciénaga. Otra bala se escurrió como jabón mojado entre sus dedos y quedó perdida en la hierba. Sus gritos eran sólo ásperos jadeos.

—¡Parad! ¡Parad! —ordenó a sus temblorosas manos mientras intentaba meter una bala, luego otra en el tambor del revólver—. Dios mío, por favor. —Ya estaba cerca de los árboles, a unos pasos; detrás se hallaba el refugio, y el terror. Una mirada desesperada por encima del hombro, y le vio a un par de metros de distancia. Con las lágrimas nublándole la vista, se dio vuelta y disparó. Se oyó un clic, y la bala no salió. El sonrió. —Hoy eres el cordero de Dios —masculó Austin. El cuchillo que enarbolaba brilló con un plateado destello de muerte. Caroline vio algo más que locura en aquellos ojos. Vio una gloria espantosa.

Entonces *Inútil* salió disparado como una pequeña bala de oro y enterró sus dientes de cachorro en la pantorrilla de Austin. Éste aulló, más furioso que herido. De una sola patada suya, el perro quedó tendido, inerte, en la hierba.

—Dios mío —rezó Caroline, mientras alzaba el revólver, que sostenía con fuerza en ambas manos. Disparó de nuevo. Y su cuerpo flácido se tambaleó hacia atrás con el retroceso del arma. Tumbada en el suelo, estupefacta, vio la terrible mancha roja que florecía en la sucia camisa blanca de Austin.

Él recobró la sonrisa, una mueca en sus labios entreabiertos. Dio otro paso hacia ella con el cuchillo en alto.

—Por favor, por favor, por favor —gimió Caroline, y el revólver se sacudió otra vez entre sus manos. Petrificada de terror, vio desaparecer el rostro de Austin. Su cuerpo, grande y musculoso, tembló. En la mente de Caroline, sobrecogida por el miedo, le pareció que él proseguía su avance,

caminando implacable hacia ella. Tambaleándose fue retrocediendo de espaldas, con los gritos atascados en la garganta, los tacones abriendo surcos en la hierba.

El cuchillo cayó, y Austin se desplomó detrás de él.

Tucker se detuvo en seco al llegar al camino de gravilla. El corazón se le subió a la garganta cuando vio a Caroline cruzando el césped a la carrera con el cachorro en los brazos. Detrás de ella, Austin yacía espatarrado boca abajo, mientras la sangre manchaba la hierba. —Ha dado una patada a mi perro —murmuró Caroline. Era lo único que podía decir. Pasó por su lado y entró en la casa.

—¡Joder, Burke!

—Yo me ocuparé de esto de aquí fuera. —Burke enfundó la pistola y sacó el *walkie-talkie*—. Anda, ve con ella. Procura que no salga hasta que hayamos acabado con todo.

Tucker la encontró en el salón, sentada en la mecedora, tenía al perro aturdido sobre su regazo.

—Cariño. —Se agachó junto a ella, acariciándole el rostro, el cabello—. Cariño, ¿te ha hecho daño?

—Quería matarme. —Siguió meciéndose, por miedo a volverse loca si se detenía—. Con el cuchillo. Podría haber disparado contra mí, pero tenía que hacerlo con el cuchillo. Como Edda Lou, dijo. —El cachorro se movió, gimoteando, en su regazo. Caroline lo levantó sobre su pecho como un bebé— Ya está, bonito. Ya ha pasado todo.

—Caroline, Caroline, mírame, cariño. —Tucker esperó a que ella volviera la cabeza. Tenía las pupilas tan dilatadas que el iris era poco más que una fina línea verde que los envolvía—. Iremos arriba. Ven conmigo, te acompañaré y luego llamaré al médico.

—No. —Caroline lanzó un hondo suspiro mientras *Inútil* le lamía el mentón—. No voy a ponerme histérica. Tampoco me derrumbaré. Me derrumbé en Toronto. Y me hice pedazos. Nunca más. —Tragó con fuerza, apretando la mejilla contra el peludo lomo del cachorro—. Estaba haciendo pan de maíz. Nunca lo había hecho. Happy me dio su receta, y yo quería llevarlo a casa de Susie. Me gusta tanto sentir que formo parte de este lugar— *Inútil* le lamió una lágrima que se deslizaba por su mejilla—. Verás, yo había pensado que venía aquí en busca de soledad, pero no sabía lo mucho que necesitaba sentirme parte de algo.

—Todo se arreglará —dijo él—. Te prometo que todo se arreglará.

—Estaba haciendo pan de maíz en el horno de mi abuela. He disparado a Austin Hatinger con el revólver de mi abuelo. ¿No te parece extraño?

—Caroline. —Tucker le cogió el rostro con ambas manos. Ella vio un fulgor de violencia y furia en sus ojos, que él tuvo cuidado de no dejar que asomara en su voz—. Voy a abrazarte así, un rato, ¿estás bien?

—Muy bien.

Ella apoyó la cabeza contra su hombro cuando él la levantó en brazos.

Sin decir nada, la llevó con el cachorro hasta el diván y los tuvo sobre su regazo. Ignoraron el teléfono cuando éste sonó.

—Me quedaré esta noche aquí—dijo él—. Abajo, en el diván.

—No voy a derrumbarme, Tucker.

—Lo sé, cariño.

Ella suspiró.

—El reloj del horno sigue sonando. —Se mordió el labio en un intento por afirmar la voz—. Creo que se me ha quemado el pan de maíz.

Volvió la cara para hundirla en el hombro de Tucker, y se echó a llorar.

19

Caroline bajó por la escalera, aturdida todavía por el incidente, y por las pastillas de dormir. No tenía ni idea de qué hora era, sólo sabía que el sol brillaba con fuerza y que en su casa reinaba el silencio como en una tumba.

Hacía bochorno. La bata de algodón fino le pesaba y la sentía caliente sobre la piel. Decidió tomar un café con hielo..., con el aire acondicionado en marcha.

Había matado a un hombre.

Ese solo pensamiento brutal la detuvo en seco al pie de la escalera, el puño apretado contra el corazón como una atleta cogiendo aire después de un duro *sprint*. Y como a una atleta, las piernas se le volvieron de algodón y tuvo que sentarse en el primer escalón con la cabeza entre las manos.

Ella había metido dos balazos en la carne viva, y con ello había intercambiado su vida por la de otro ser. Sabía que se trataba de un caso de defensa personal. Incluso antes de las suaves preguntas y el discreto apoyo de Burke, lo sabía. Algún circuito en el cerebro de Austin se había fundido, y por eso se volvió contra ella.

Pero las circunstancias no cambiaban el resultado. Había quitado una vida. Ella —cuyo acto más violento había sido abrir una botella de champán contra una pared del hotel Hilton, en Baltimore— había aniquilado con dos balas de un Colt 45 a un hombre con quien jamás había mantenido siquiera una conversación.

Vaya salto, pensó, frotándose el rostro con las manos. Quizá tuviera las piernas un poco temblorosas después del aterrizaje, pero había descubierto algo nuevo sobre sí misma.

Podía vivir con aquello.

No buscaría la manera de sentirse culpable. No se angustiaría pensando si habría podido evitarlo, previniendo los acontecimientos o cambiándolos. Ésa era la debilidad de la antigua Caroline, ese engreimiento ilusorio de creer que tenía el derecho, la responsabilidad, el *poder* de sobrellevar todas las cargas, ya fuera un concierto, las necesidades de su madre, los engaños de un amante... O la violenta muerte de un demente.

No, Caroline Waverly no escucharía esa vocecita embustera que se metía en su mente y susurraba ideas acerca de la culpa, las flaquezas y los errores.

Se levantó y se volvió hacia la cocina décimas de segundo antes de que los arañazos en la puerta principal le dispararan el corazón. Con el grito temblando en su garganta, reconoció el gimoteo de *Inútil*. El grito se disipó en un soplo de aire cuando se acercó para abrirle.

El cachorro entró a la carrera, agradecido y febril, y empezó a dar saltos desesperados alrededor de ella, cortando el aire con la cola de tanta alegría y alivio.

—¿Qué hacías afuera? —Se agachó para rascarle entre las orejas y aceptar sus lametazos, fieles y afectuosos—. ¿Cómo has conseguido salir?

Inútil lanzó un pequeño ladrido de felicidad, retozando en torno a las piernas de ella, resbalando sobre la madera pulida del suelo antes de salir disparado hacia el salón.

—¿Se trata de un numerito como los de *Lassie*? —preguntó Caroline, siguiéndolo—. Espero que no me lleves hasta donde Timmy se ha caído en el pozo o... —Se interrumpió al ver que *Inútil* se sentaba, satisfecho, en el suelo junto al sofá. Y allí estaba acostado Tucker, espatarrado, con el torso desnudo y los pies descalzos.

No parecía inocente en su sueño, advirtió ella. Había demasiada astucia y malicia en su rostro para eso. Por su aspecto, estaba claro que se sentía incómodo. Los pies le colgaban a un extremo del sofá de dos plazas, y tenía el cuello muy doblado para acomodar la curva entre el cojín y el brazo. Dormía con los brazos plegados sobre el vientre, más por el hecho de que no había podido encontrarles un hueco que por tener una postura más digna, pensó Caroline. A pesar de su incomodidad y del rayo de sol que le daba en los ojos, su pecho subía y bajaba rítmicamente, con una respiración profunda y regular.

Caroline había olvidado que se había quedado allí, y lo sucedido acudió a su mente en una gran ola. Lo cariñoso que había sido con ella, la ternura de su abrazo mientras ella lloraba el terror acumulado. Y la fuerza silenciosa que le había transmitido al cogerla de la mano mientras Burke la interrogaba.

Tucker la llevó hasta la cama y soportó sus protestas con la paciencia de un padre acompañando a una niña demasiado cansada. Permaneció sentado con ella mientras la pastilla para dormir le hacía efecto. Y para espantar esas últimas sombras de miedo, se quedó al lado de su cama, sosteniéndole la mano, y le contó la estúpida historia de su primo Ham que era concesionario de venta de coches usados en Oxford.

Lo último que recordaba era algo sobre un modelo Pinto de 1972 que había perdido la transmisión a dos metros de la tienda, y un cliente disgustado, con un arma calibre 5.

Caroline sintió que se abría apenas el cerrojo de su corazón, y suspiró.

—Estás tan lleno de sorpresas, ¿eh, Tucker? —susurró.

Inútil reaccionó al escuchar el nombre, se levantó de un salto y se puso a lamer la mejilla del joven, que gruñó y se removió.

—Vale, cariño. Un momento.

Divertida, Caroline se acercó a él.

—Espero que merezca la pena esperar.

Tucker curvó los labios en una sonrisa y tendió el brazo para acurrucar al perro contra su cuerpo.

—Siempre merece... —Deslizó la mano hacia abajo por la espalda del perro hasta tocarle la cola, que se movía alegre. Con un parpadeo lento, abrió los ojos y vio la peluda cara que le miraba a dos pasos—. No eres exactamente lo que yo tenía en mente.

Sin desanimarse por eso, *Inútil* consiguió subir las patas traseras y se afirmó bien sobre el torso de Tucker. Éste le rascó la cabeza, distraído, y cerró los ojos otra vez.

—¿No te he dejado salir ya?

—Quería entrar de nuevo.

Tucker abrió los ojos, y apartó un poco la cabeza de *Inútil* y enfocó la vista en Caroline. Su mirada somnolienta desapareció de inmediato y ella se dio cuenta de que la examinaba con detenimiento.

—Hola.

—Buenos días. —Se movió para apartar la cadera y ella aceptó la invitación, y se sentó—. Lamento haberte despertado.

—De todos modos, yo tenía previsto levantarme en algún momento del día. —Tendió la mano para pasarle la punta de los dedos por la mejilla—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien. De verdad. Quiero darte las gracias por quedarte.

Tucker lanzó un quejido cuando enderezó el cuello. —Puedo dormir en cualquier sitio.

—Ya lo veo. —Conmovida, le apartó el cabello de la frente—. Has sido muy amable, Tucker. Te lo agradezco muchísimo.

—Supongo que debo decirte que ha sido sólo un gesto de buen vecino. —La cogió de la mano justo cuando ella empezaba a levantarse—. Pero la verdad es que estaba enfermo de preocupación por ti. Te vi tan pálida cuando por fin te dormiste...

—Ya me siento más fuerte. —Deseó haberse mirado en el espejo para ver si era así—. Podrías haber usado la otra cama, arriba.

—Lo pensé. —Pero cuando entró a ver cómo estaba, por cuarta o quinta vez durante la noche, también tuvo la idea de meterse en la cama con ella. Sólo para abrazarla, para apretarla contra él y convencerse de que estaba a salvo. Le sacudió tanto este sentimiento que había decidido que, antes, las cosas debían quedar claras entre ellos. Y necesitaba la sencillez de su proximidad.

—Acércate más.

Caroline vaciló, pero cedió al impulso de acurrucarse a su lado. Con la cabeza sobre el hombro de él, y el perro tumbado sobre las piernas de ambos, ella suspiró.

—Me alegro de que estés aquí.

—Perdóname por no haber sido lo bastante rápido.

—Tucker...

Él le rozó el cabello con los labios.

—Tengo que quitarme este peso de encima, Caroline. Ha hecho que pasara una noche muy mala pensando en ello. De no haber sido por mí, él no te habría buscado. Él me quería coger a mí, y yo te metí en medio.

Caroline puso la mano sobre el corazón de Tucker, preguntándose si alguna vez se había sentido más consolada, más segura que en ese momento.

—Yo solía pensar de esa forma. Yo estaba en el centro y, cuando las cosas iban mal, yo era la culpable. Es una forma de arrogancia caprichosa. De esas que te abren agujeros por dentro que luego necesitas llenar con pastillas y terapias. No cambies, Tucker. Empiezo a pensar que tu forma de vivir el presente, de tomarte las cosas según te van viniendo, es de lo más atractiva.

—Tuve miedo. —Cuando Tucker apretó los brazos en torno a su cuerpo, Caroline se acomodó contra él para darle consuelo, y para recibirlo ella misma—. Nada me ha asustado más en mi vida que oír aquellos disparos y saberme demasiado lejos.

—Yo he tenido miedo en tantas ocasiones. Por terrible que haya sido, ésta es la primera vez que he hecho algo con mi miedo. —Apretó el puño y, con lenta deliberación, volvió a relajarlo—. No me alegro de lo sucedido, Tucker, y supongo que siempre recordaré la sensación de apretar ese gatillo. Pero ahora sé enfrentarme a ello.

Tucker se quedó mirando las motas de polvo que bailaban en un rayo de sol. Había cosas que él tampoco olvidaría. El terror ciego de correr por un campo sin cultivar con el eco de los disparos resonando en su cabeza. La expresión consternada de Caroline y sus ojos vidriosos cuando pasó por su lado para entrar el perro herido en la casa.

—No soy un héroe, Caroline. Dios sabe que no quiero serlo, pero me ocuparé de que nada malo vuelva a sucederte nunca.

Ella sonrió.

—Es una ambición muy grande y atrevida —empezó a decir, y echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. En los ojos de Tucker no asomaba una respuesta sonriente, y cuando él la sujetó por la barbilla, tenía los dedos tensos.

—Para mí eres importante. —Dijo las palabras con mucha lentitud, como si se las explicara a sí mismo—. Para mí, nunca ha habido nadie tan importante como tú, y eso resulta difícil.

Caroline sentía que el aire se le atascaba en los pulmones, como le sucedía casi siempre cuando aguardaba, sobre un escenario a oscuras, el momento en que el foco la encontrara.

—Lo sé. Supongo que es difícil para los dos.

Tucker advirtió una sombra de miedo en su mirada, a pesar de que ella la mantuvo firme y clavada en sus ojos. Y porque ella era importante, porque lo que se relacionaba con ella se había vuelto de repente de vital importancia para él, él hizo un esfuerzo por aligerar el tono.

—Todo esto es nuevo para mí. —Relajó sus dedos tensos para acariciarle la mandíbula—. Aquí me ves, loco perdido por una mujer, y ni siquiera he conseguido aún quitarle la ropa. Si se corre la voz, mi reputación se verá afectada.

—¿Por qué no lo intentas ahora?

Se le helaron los dedos sobre la mejilla femenina.

—¿Qué has dicho?

—He dicho, ¿por qué no lo intentas ahora? —Con la mirada reflejando aún miedos y necesidades y dudas, levantó los labios hacia los de él.

Tucker sintió que se hundía en ella, y eso, también, fue un cambio. Aquel lento y delicioso deslizarse en la dulzura. No hubo el caliente golpe de lujuria que había aceptado siempre con tanta facilidad. En cambio, hubo un suave cambio de sensación, tan sutil como el cielo iluminándose hacia el amanecer.

Mientras el cuerpo de Caroline cedía contra el suyo, y su aliento resbalaba íntimamente de su boca a la de él, Tucker comprendió que ella le ofrecía algo más que pasión. Estaba dándole su confianza. Aquello lo humilló. Lo inquietó. Ella no era la clase de mujer que ofrecía algo a un hombre de manera despreocupada. Y él... siempre había tomado, con una sonrisa fácil y sin mirar por encima del hombro, lo que quisiera darle una mujer.

—Caroline. —Pasó los dedos por sus mejillas y luego por el cabello—. Te deseo.

Su corazón latía con fuerza contra el de ella. La tranquila seriedad de su declaración hizo que Caroline sonriera mientras él paseaba los labios por sus mejillas.

—Lo sé.

—No, quiero decir que te deseo de verdad. —La bata de algodón se le había caído de un hombro, y él dejó que sus labios vagaran hacia esa curva, caliente y dulce—. Supongo que llevo esperando que me des entrada desde unos treinta segundos después de conocerte.

Caroline tembló y arqueó su cuerpo para estrecharse contra él. ¿Por qué hablaban? ¿Por qué había palabras entre ellos cuando lo único que ella quería era sentir?

—Eso también lo sé.

—Es que... —Ella tenía un cuello tan blanco, tan suave. Y él carecía de lo que hacía falta para resistirse—. La verdad es que no he sido precisamente discreto cuando de mujeres se trataba.

Ella pasó la mano por la espalda de Tucker, desnuda, explorando aquella intrigante musculosidad.

—Cuéntame algo que yo no sepa ya.

—No quiero que te arrepientas de esto. —Rozó su mejilla contra la de ella antes de apartarse. Sus ojos estaban ensombrecidos por emociones que ella temía conocer—. Creo que no lo soportaría si lo hicieras.

—Pensé que serías el último en complicar todo esto.

—Yo también estoy sorprendido, maldita sea. —Enredó los dedos con fuerza en el cabello de Caroline—. No resulta fácil contigo, cariño. Yo quería explicártelo bien.

No necesitaba decirle lo que ella veía con tanta claridad en sus ojos, y los pequeños lengüetazos de miedo saltaron con fuerza.

—No quiero explicaciones. —Desesperada, lo atrajo hacia su boca—. Estoy viva. Es lo único que necesito, sentirme viva.

Las necesidades de Caroline lo engulleron, lo hundieron, lo sorbieron entero. Ella deseaba de él lo que él siempre había buscado en otras mujeres, un simple placer mutuo. Si había un asomo de arrepentimiento, él lo ignoró. Respondiendo a su urgencia, él le abrió la bata de un tirón y se deleitó con su cuerpo. Era esbelta, blanca y suave como el terciopelo. Y si ella no era tan sólo cualquier mujer, si no era tan sólo otra mujer, él bloqueó esos pensamientos inquietantes y se dejó tomar.

Caroline se dejó llevar sin pensar por el calor que había en su interior, engullendo con avidez su deseo de Tucker como una mujer hambrienta

devoraría un mendrugo de pan. Su cuerpo buscaba placer en otro cuerpo nada más. Sin pensar, se prometió. Sin emociones. Ella necesitaba esas sensaciones, la liberación de sexo bueno y purificador. Su grito de liberación cuando él la llevó a un orgasmo duro, afilado como un cuchillo, la dejó temblando.

Oyó la respiración áspera y esforzada de Tucker y sintió sus manos moviéndose más lentas y más suaves por su cuerpo. El murmuró algo, y aunque Caroline no entendió sus palabras, la dulzura de aquella voz despertó en ella el impulso de abrazarse a él y echarse a llorar. Intentó resistirse.

Las emociones aterradoras intentaban colarse en su interior. Pero como nada quería con ellas, actuó con rapidez, incluso de manera brusca, para bloquearlas. Él le susurraba con sus labios sobre los de ella mientras Caroline le bajaba los téjanos por las caderas. El cuerpo de Tucker se puso rígido cuando ella rodeó su pene con una mano caliente y ávida. La habitación osciló, y mientras él se debatía por mantener la calma, ella se le abrazó con fuerza.

—Caroline. Espera.

Pero ella, que lo tenía bien agarrado, lo conducía hacia las profundidades de su gloriosa vaina de terciopelo, y luego lo incitaba a que acompañara con ella aquel ritmo desenfrenado.

Tucker estaba atrapado en el cálido interior de Caroline, y también en las exigencias de su propio cuerpo. Y fluyó con ella hacia una liberación que — lo sabía de antemano— no lo sería para él.

Caroline se quedó muy quieta, con la bata arrugada bajo las caderas. Sí, se sentía viva. Dolorida e inflamada y temblorosa y viva. Si al menos no sintiera ese vacío.

Si él le dijera algo. Si levantase la cabeza con una sonrisa y le dijera algo gracioso para que la torpeza entre los dos quedara atrás.

Pero el silencio se prolongaba. El ritmo del corazón de Tucker fue acompasándose hasta latir con normalidad junto al de ella, y el silencio se prolongaba.

Aunque él sabía que pesaba, continuó sobre el cuerpo de Caroline, retrasando el momento en que tendría que encararse con ella. Y consigo mismo.

Buen sexo, pensó. Sí, había sido bueno, básico, sin emociones insidiosas y desconcertantes. Sexo inteligente, pensó con cierto disgusto. No había motivos para que sintiera que..., se habían aprovechado de él, se dio cuenta de que ésa era la idea, y deseó poder reírse de ello.

Quizá por eso Edda Lou había estado tan amargada, pensó. Con un suspiro, abrió los ojos y se quedó mirando la habitación vacía. No, él nunca había importado a Edda Lou. Sólo le importaba su dinero, su nombre, su posición social, pero no él como persona. Para ella, el sexo había sido un medio para alcanzar un fin.

Y eso era algo que ambos tenían en común.

Pero seguro que había habido alguien, una mujer, que entre su primer revolcón adolescente y este último asalto —tan mecánico— con Caroline, sintió afecto por él.

Alguien que deseó más y se conformó con menos. Alguien que había yacido en doloroso silencio después de la tormenta.

Y ahí tenía su merecido, pensó. La primera vez que él había querido más, se había topado con una mujer que se negaba a darlo, o a tomarlo.

Bien, aún le quedaba el orgullo. Por muy frío que resultara ese consuelo, era mejor que arrastrarse.

Entonces se movió, para subirse los pantalones y sentarse.

—Me has cogido desprevenido, muñeca. —La sonrisa se dibujó en sus labios, pero su mirada era inexpresiva—. No me has dado tiempo para..., bueno, vestirme como es debido para la fiesta.

Caroline tardó un momento en comprender que se refería al preservativo. Se obligó a encogerse de hombros.

—Supongo que ha sido una fiesta sorpresa. —Evitando su mirada, se incorporó y se ajustó la bata—. Tomo anticonceptivos.

—Bien, entonces. —Tucker tuvo ganas de tender la mano para acariciarle el enmarañado cabello, pero se levantó—. Tu cachorro se aburría tanto con nosotros que se ha dormido —dijo, señalando el rincón donde *Inútil* roncaba acurrucado debajo de una silla. Tucker hundió las manos en los bolsillos—. Caroline...

—Voy a preparar un poco de café. —Se levantó del sofá de un salto, como si la voz de Tucker hubiese activado un dispositivo de urgencia—. Y el desayuno. Te lo debo.

Él la escudriñó, observando cómo se mordisqueaba el labio inferior, y cómo su mirada, ensombrecida por la tensión, se desviaba por encima de su cabeza—. Si así lo quieres. ¿Te importa que me duche?

—No, adelante. —Caroline no sabía si su suspiro era de alivio o de decepción, así pues, lo ocultó bajo un torrente de palabras—. Arriba, segunda puerta a la derecha. Tienes toallas limpias en una de las estanterías. El agua tarda un poco en calentarse.

—No tengo prisa —repuso él, y salió con paso lento de la habitación.

Duchándose con el jabón de Caroline mejoró su estado de ánimo. Su cepillo de dientes —no encontró uno extra— le dejó sabor a ella en la boca.

Cosas físicas. Resultaba mucho más cómodo concentrarse en cosas físicas. No le convenía demasiado meditar sobre el sentido más profundo de una agradable sesión de sexo matinal sin ataduras.

Estaba poniéndose la camisa cuando llegó al pie de la escalera. Olfateó el aroma del café y el beicon frito. Aromas cotidianos que no deberían hacer que temblara de deseo por ella. Cruzaba el vestíbulo hacia la cocina cuando oyó el motor de un coche en el camino.

Con la camisa abierta y los pulgares metidos en los bolsillos, se acercó

a la puerta y vio al agente especial Matthew Burns aparcando delante. Se miraron fijamente, uno con traje negro y corbata de seda, el otro sin afeitarse y apenas vestido. La antipatía surgió entre ellos como un gran perro rabioso.

Tucker abrió la puerta de un tirón y se apoyó contra el quicio.

—Un poco pronto para venir de visita, ¿no? Burns cerró el coche con llave y se la guardó en el bolsillo.

—Asuntos profesionales. —Recorrió con la mirada el torso desnudo de Tucker y su cabello húmedo. Y apretó los labios cuando hasta él llegaron los aromas domésticos del desayuno—. La interrupción es del todo necesaria.

—Llega demasiado tarde para interrumpir —dijo Tucker, con una plácida sonrisa—. ¿En qué podemos servirle?

—Está muy orgulloso de todo esto, ¿eh, Longstreet?

Tucker enarcó una ceja.

—¿De qué?

—De su recalcitrante vena de mujeriego sureño, por ejemplo.

—¿Y ha venido por eso? ¿Buscando pistas? —Su sonrisa cambió de encantadora a maliciosa—. Si es así, nos llevará algún tiempo. Hay que trabajarle mucho, Burns.

Este apretó la mandíbula. El simple hecho de que una mujer como Caroline prefiriera a Tucker antes que a él hacía que se sintiera como si tuviera una úlcera en el estómago.

—Encuentro que usted tiene un estilo... (Supongo que podríamos llamarlo) patético.

—Si lo ha dicho como un insulto, ha errado el tiro. No busco impresionarle.

—No, las mujeres desvalidas son más su estilo.

—¿Sabe? —Tucker se frotó las mejillas con barba de dos días—. En toda mi vida he conocido a una mujer que yo considerara desvalida. Caroline no lo es, téngalo por seguro. Es posible que en este momento se sienta un poco sacudida. Tal vez necesite una persona en quien apoyarse hasta que vuelva a asentar los pies en el suelo. Y para eso me tiene a mí tanto tiempo como ella quiera. Será mejor que entienda esto.

—Lo que yo entiendo es que no tiene ninguna clase de escrúpulos a la hora de aprovecharse de las debilidades de una mujer para sus propios fines. Usted es un aprovechado, Longstreet, y tiene la madurez emocional de un champiñón. Edda Lou Hatinger fue tan sólo la última en su larga lista de desechos. En cuanto a Caroline...

—Caroline es muy capaz de hablar por sí misma. —Se acercó a ellos y puso una mano sobre el brazo de Tucker. A ninguno de los dos le quedó claro si aquello fue un gesto de apoyo o una forma de aplacarlo—. ¿Querías hablar conmigo, Matthew?

Burns se debatió contra una ola negra de ira irrazonable. Caroline llevaba puesta sólo una bata ligera, y la manera en que permanecía junto a Tucker hablaba no sólo de preferencia, sino de intimidación. Aquello le corroyó por dentro, y destruyó la imagen elegante que tenía de ella. A pesar de la brillantez de su talento, de lo delicado de su belleza, ella se había rebajado a

puta por propia elección.

—Pensé que resultaría más cómodo para ti que te tomara declaración en tu casa, en lugar de que bajaras al pueblo.

—Sí, y te lo agradezco. —Le habría ofrecido una taza de café en el salón, pero no tenía intención de dejarlo a solas con Tucker—. Si me acompañáis a la cocina... Tengo el desayuno a punto.

—Mi intención era tomar declaración al señor Longstreet más tarde —dijo Burns con tono frío.

—Así ahorrarás tiempo. —Caroline los seguía con la mirada vigilante mientras los tres cruzaban el vestíbulo—. ¿Te apetecen unos huevos, Matthew?

—Gracias, ya he desayunado. —Se sentó a la mesa, tan fuera de lugar en aquella cocina rural como un frac en un algodonal—. Pero te agradecería un café, si no te importa. Caroline puso la cafetera en la mesa, sobre un salvamanteles de hierro en forma de gallo. Qué extraño, pensó mientras servía el beicon y los huevos, hasta ese momento no había recordado cómo cruzó la cocina a toda velocidad, agarrando el rifle de encima del mostrador y gritando a voz en cuello, mientras los puños de Austin golpeaban la puerta.

Miró hacia allí. Sólo estaba la puerta con mosquitera. La rota se la habría llevado Burke o Tucker, pero aún quedaban algunas astillas esparcidas por el suelo.

—Si quieres una declaración acerca de lo sucedido ayer aquí —dijo Caroline concentrándose en la cantidad de leche que agregaba a su café—, ya se la di a Burke.

—Sí, la he leído.

Tucker advirtió que las manos de Caroline estaban firmes, pero observó que su mirada se volvía hacia la puerta una y otra vez. Levantó una mano y la apoyó en su hombro, dándole un suave masaje.

—Yo no sé mucho de leyes —empezó a decir—, pero lo ocurrido aquí ayer, ¿no es un problema local?

—Normalmente. Si me hicieses el favor, Caroline, te agradecería mucho que repasaras lo que sucedió. —Puso en marcha la grabadora—. Para mis archivos.

No le resultó muy difícil. Especialmente porque todo estaba teñido con cierto aire de ensoñación, como algo distante. Lo rebobinó, igual que si fuera una cinta en su cabeza. Burns la dejó hablar, sin interrumpirla, limitándose a tomar unas notas rápidas en su bloc.

—¿No te parece curioso que Hatinger no usara ninguna de las pistolas que llevaba? —Preguntó con tono coloquial mientras se servía otra taza de café—. Las dos estaban cargadas, y, según mis informes, tenía una puntería excelente. Cuando describes tu huida, desde el porche de atrás, cruzando esta habitación, y luego saliendo por delante, da la sensación de que él hubiese podido dispararte en cualquier momento. Pero ni siquiera desenfundó las armas.

—Tenía el cuchillo —repuso ella, sin advertir que su voz había sonado entrecortada. Tucker, sí.

—No le veo el sentido a todo esto, Burns —intervino Tucker—. Se había vuelto loco, evidentemente. Tal vez ni siquiera recordara que llevaba las pistolas.

—Es posible. —Se sirvió un ínfimo chorro de leche en el café—. ¿Dirías, Caroline, que era consciente de que tú tenías un arma? —Levantó la taza, bebió, y luego prosiguió sin esperar la respuesta—. Dijiste que cogiste el rifle a la carrera cuando él estaba fuera todavía.

—Sí. Yo había estado practicando la puntería. Siempre lo descargo al acabar. A veces me meto las balas en los bolsillos. Recuerdo que en una ocasión pensé que era una mala costumbre, y que no debería hacerlo. —Dejó el tenedor ruidosamente en el plato. El olor de los huevos y el beicon se le hizo insoportable—. Supongo que fue una suerte para mí no cambiar de hábitos. —Fue una suerte que tuvieras la suficiente presencia de ánimo como para cargar el arma.

Caroline miró a Burns, en sus labios una sonrisa triste.

—Yo diría que estoy acostumbrada a actuar bajo presión.

Él se limitó a asentir con la cabeza.

—Si recreamos esos últimos momentos ahí fuera, cuando te volviste y disparaste, ¿te atreverías a dar una opinión acerca de si él se había dado cuenta de que ibas armada? ¿Hizo algún gesto para sacar una de las pistolas que llevaba?

—Todo sucedió tan de prisa.

Pero no le había parecido así. Su sensación había sido que corría por un mar de melaza. No le resultó difícil recordar la escena, aquella película de pesadillas y fantasías oscuras tomada a cámara lenta. La pared de calor que le hacía luchar por cada aliento jadeante. La aterradora sensación de que la hierba se había vuelto lodo y tiraba de ella hacia abajo. El destello del cuchillo bajo el implacable sol. Y su sonrisa..., aquella sonrisa ancha y hambrienta.

—Yo... —Caroline apretó los labios y aplastó los últimos restos repugnantes del miedo—. Yo apreté el gatillo pero no funcionó. Él proseguía su avance, con el cuchillo en la mano, sonriendo. Sólo sonreía. Creo que yo lloraba o gritaba o rezaba, no lo recuerdo, pero él seguía avanzando, y sonriendo. Yo sostenía el rifle delante de mí, y él me decía que yo era el cordero de Dios, un sacrificio. Que iba a ser como con Edda Lou. Que tenía que ser como con Edda Lou.

—¿Estás segura de eso? —Burns sostuvo la taza a cinco centímetros del plato—. ¿Estás segura de que dijo que tenía que ser como Edda Lou?

—Sí. —Caroline sintió un estremecimiento, luego apartó el desayuno que no había tocado—. Jamás olvidaré nada de cuanto dijo.

—¡Espera un momento! —Tucker puso una mano sobre el brazo de Caroline, los dedos tensos como alambre. Había estado haciendo algo más que escuchar, había estado observando. Burns parecía el atleta que acababa de coger la última recta hacia la meta—. Usted no está aquí para tomarle declaración sobre su disparo a muerte contra un lunático fugado. Eso es sólo mierdecilla, la clase de basura local que no interesaría a un agente federal. Hijo de puta.

—Tucker, por favor.

—No. —Su mirada estaba llena de ferocidad cuando se volvió hacia Caroline—. ¿No te das cuenta? Tiene que ver con Edda Lou, con Edda Lou y las demás. Nada contigo, excepto que conseguiste no ser la siguiente víctima.

—¿La siguiente...? —se interrumpió en seco. La sangre huyó de su rostro—. ¡Dios mío, el cuchillo! No me disparó porque... porque tenía que ser como con Edda Lou. Tenía que ser con el cuchillo.

—Sí, con el cuchillo. —Tucker le cogió la mano y se la puso sobre su brazo para que ella se agarrase a él—. Hay aprovechados y aprovechados, ¿eh, Burns? —Tucker había perdido su habla lenta y perezosa. Su voz era afilada y fría—. Está aprovechándose de Caroline para que le ayude a recoger pruebas contra Hatinger. Aprovechándose de ella para resolver este caso, pero no se molesta en hacérselo saber.

Burns dejó la taza en el platillo con gesto meticuloso.

—Llevo una investigación federal sobre una serie de asesinatos. No estoy obligado a dar a conocer mis puntos de vista.

—¡Y una mierda! Sabe por lo que Caroline acaba de pasar. No le habría costado nada decirle que quizá el caso esté resuelto, y eso la habría tranquilizado. —Normas de procedimiento —replicó Burns. Caroline apretó la mano de Tucker antes de hablar.

—Puedo hablar por mí misma. —Aspiró hondo y exhaló un par de veces, lentamente—. Yo ni siquiera conocía a Edda Lou, pero la veré flotando en la laguna el resto de mi vida. Jamás he realizado un acto violento en mi vida. No es verdad, una vez tiré una copa de champán a la cabeza de alguien, pero fallé, así que eso apenas cuenta. Ayer maté a un hombre. —Se llevó una mano temblorosa al estómago y apretó con fuerza para detener aquel escozor lento, tan familiar—. A ti no te parecerá tan espantoso, Matthew, si consideramos tu profesión y tenemos en cuenta que con ello salvaba mi vida. Pero he matado a un hombre. Y ahora vienes y me pides que recuerde todo lo ocurrido, sin siquiera concederme la cortesía de la verdad.

—Es mera especulación, Caroline, y por tu propio bien... —Burns farfulló, pero se interrumpió cuando vio la brusquedad con que ella levantaba la cabeza.

—Una vez amenacé a un hombre con matarle —dijo ella lentamente— si alguna vez en su vida me repetía esas mismas palabras. En aquel momento, no lo dije en el sentido literal de la frase, sino como uno de esos típicos comentarios que hace la gente antes de darse cuenta de su significado real, como el de matar. Pero debo advertirte que desde este momento, no emplees esa frase conmigo. Suele ponerme muy nerviosa.

Tucker se recostó en la silla y sonrió, encantado.

—Tiene una vena caliente. Para mí es un placer auténtico ver que, por una vez, apunta contra otra persona.

—Discúlpame si te he molestado —dijo Burns, con tono helado—. Pero hago mi trabajo como creo que es mejor. No se trata de una conclusión firme que Austin Hatinger haya sido el responsable de las tres muertes en esta comunidad y de otra en Nashville. Sin embargo, dado el incidente de ayer, hemos decidido centrar nuestras investigaciones en él.

—¿Sabréis determinar si era su cuchillo? —preguntó Caroline.

—Con todos los análisis en la mano, deberíamos ser capaces de determinar si era esa clase de cuchillo. Te diré, de manera extraoficial —prosiguió Burns a regañadientes—, que Hatinger encaja en determinados aspectos psicológicos de este estilo de asesino. Sentía un odio profundo hacia las mujeres, como se evidencia en los malos tratos dados a su esposa. Una fijación religiosa que, desde su punto de vista, lo absolvía de toda culpa o le encomendaba una misión. Podríamos especular que el uso que hacía del agua para desembarazarse de los cuerpos era algo más que un intento de eliminar las pruebas, algo así como una especie de bautismo. Por desgracia, es imposible interrogarlo acerca de sus motivos. Tal como están las cosas ahora, rastrearé sus actividades en el pasado, para situar su paradero en el momento en que fueron cometidos los tres asesinatos. Y aunque centre mi investigación en él, también seguiré otras vías.

Posó la mirada en Tucker, que se limitó a sonreír.

—Así pues, ya lo tiene todo muy claro en cuanto a su trabajo, ¿verdad? No quisiéramos entretenerle más.

—Tengo que hablar con el muchacho, Cy Hatinger.

A Tucker se le borró la sonrisa.

—Está en Sweetwater.

—Bien. —Burns se levantó, pero no resistió el impulso de despedirse con un último golpe de efecto—. Es curioso que Hatinger pasara de perseguirle a usted a balazos y se metiera con Caroline, ¿no le parece? Hay personas que tienen el don de ser gafes para los demás. —Era un experto en reconocer la culpa cuando asomaba. Y sintió un gran placer al ver cómo ensombrecía el rostro de Tucker—. Si se te ocurre alguna otra cosa que me sirva de ayuda, Caroline, sabes dónde encontrarme. Gracias por el café. No hace falta que me acompañes hasta la puerta.

—Tucker... —empezó a decir ella cuando se quedaron a solas, pero él sacudió la cabeza y se levantó.

—Tengo que pensar. —Se pasó una mano por el cabello; y, aunque ya lo tenía seco, captó la fragancia del champú de Caroline. Incluso algo tan insignificante le retorció las entrañas—. ¿Estarás bien? ¿Quieres que llame a Josie, a Susie o a alguna otra persona?

—No, no, estaré bien. —Pero se preguntó si a él le ocurriría lo mismo—. Matthew es un hombre inflexible, Tucker. La clase de hombre que ve sólo la lógica de la calificación de las culpas.

—Pues hay bastantes. Oye, tengo que volver. No quiero que Cy esté solo cuando hable con él. —Se metió de nuevo las manos en los bolsillos—. Es sólo un crío.

—Anda, ve. —Prefería quedarse sola. Postergar la conversación acerca de lo que había ocurrido entre ellos esa mañana—. Estaré bien, de verdad. —Recogió los platos, pensando que *Inútil* iba a desayunar como un rey.

Tucker le puso una mano sobre el hombro cuando ella se volvió hacia la pila.

—Vendré otra vez.

—Lo sé. —Ella esperó a que él estuviera junto a la puerta para hablar de nuevo—. Tucker. Gracias por decir delante de Matthew que no soy una mujer

desvalida. Cuando estás acostumbrada a que la gente te vea bajo ese prisma, eso se agradece mucho.

Ella le daba la espalda en ese momento con los hombros rectos. Él supo que miraba por la ventana hacia el lugar en que se había secado la sangre en la hierba.

—Tendremos que hablar, tú y yo. De muchas cosas.

Cuando ella no respondió, él la dejó sola.

20

Su padre estaba muerto. Se lo había dicho la señorita Della.

Su padre estaba muerto. Ya no habría más chasquidos de cinturón, ni puños implacables, ni invocaciones a un Dios de ojos febriles para que castigara a los pecadores por sus transgresiones, su pereza, sus sucios pensamientos...

En la cocina entraba el sol con fuerza cuando la señorita Della le pidió, con mirada dulce, que se sentara para contárselo todo.

Cy tenía miedo. Temía que el único final para él fuera el infierno. Aquel horrible pozo negro de fuego y gritos que su padre le había descrito con júbilo tantas veces. ¿Cómo esperar el perdón, o un lugar en la mesa del Señor, cuando en el alma albergaba un secreto tan diabólico? El secreto le susurraba en la cabeza con la oxidada risita del diablo.

Su padre estaba muerto. Y él se alegraba.

Cuando las lágrimas llegaron, unas lágrimas que la señorita Della le había dejado derramar para luego secárselas, no eran de tristeza ni de duelo, sino lágrimas de alivio. Un río de gozo y gratitud y esperanza.

Y era eso, pensó Cy mientras regaba el huerto, lo que le condenaría al infierno para toda la eternidad. Él había sido el responsable de la muerte de su padre. Y no lo lamentaba.

La señorita Della le había asegurado que podía quedarse en Sweetwater todo el tiempo que quisiera. Así lo había dicho el señor Tucker. No tenía que ir a casa, no tenía que volver a aquel lugar de temor y desesperanza. No tenía que encararse con Vernon, ver a su padre en los ojos de su hermano, sentir la cólera de su padre en los puños de su hermano.

Con un único acto de cobardía, había borrado cuatro años de espera.

Su padre estaba muerto, y él era libre. Cy se puso en cuclillas, con la manguera inundando la hierba hasta borbotear en un charco, y, frotándose los ojos con los nudillos, sollozó de alegría por su vida, y de terror por su alma.

—Cy.

El muchacho dio un respingo y se levantó al oír su nombre. Burns, que tenía buenos reflejos, saltó para esquivar el chorro de la manguera. Por unos segundos permanecieron de pie, mirándose, con el agua brotando entre ellos. Un muchacho de rostro hinchado y ojos asustadizos frente a un hombre que quería demostrar que el padre de Cy había apuñalado a unas mujeres en su tiempo libre.

Burns le dedicó una sonrisa para congraciarse con él y Cy se puso nervioso enseguida.

—Me gustaría hablar contigo.

—Tengo que regar las plantas.

Burns miró la vegetación inundada.

—Me parece que ya lo has hecho.

—Tengo otras tareas.

Burns se agachó para cerrar el agua. La autoridad era algo que ostentaba con la misma naturalidad que su corbata.

—No nos llevará mucho tiempo. ¿Quieres que entremos? —Así evitarían aquel calor tan insoportable.

—No, señor. No puedo manchar el suelo limpio a la señorita Della.

Burns bajó la mirada. El calzado de deporte blanco de Cy estaba manchado de hierba y barro.

—No, supongo que no. Bien, entonces iremos a la terraza del otro lado. —Antes de que Cy pudiera protestar, Burns lo cogió de un brazo y lo condujo entre los parterres de flores—. ¿Te gusta trabajar en Sweetwater?

—Sí, señor. Y no quisiera perder mi empleo si me sorprenden charlando.

Burns subió a la terraza de pizarra e indicó con un gesto una de las sillas bajo un parasol rayado.

—¿Tan duro es el señor Longstreet como jefe?

—No, qué va, señor. —Cy se sentó a desgana—. En mi opinión, nunca se le ocurren bastantes cosas que yo pueda hacer. Y siempre me dice que lo tome con tranquilidad, que vaya más lento. Es muy considerado. A veces, si está por aquí a última hora de la tarde, cuando estoy a punto de acabar, me trae una coca-cola él mismo.

—Un jefe liberal. —Burns sacó el bloc y la grabadora—. Entonces, seguro que no le importará si descansas un poco para responder a unas preguntas.

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? —sugirió Tucker. Apareció en la puerta de la cocina con una botella de coca-cola fría—. Aquí tienes, Cy. —Dejó la bebida delante del chico—. Refréscate la garganta.

—El señor Burns... me ha dicho que tenía que sentarme aquí y hablar con él —empezó a decir Cy. Su expresión era de miedo, con los ojos muy abiertos, como un conejo atrapado bajo la luz blanca de los faros de un coche.

—No te preocupes, tranquilo. —Tucker le puso una mano sobre el hombro antes de arrastrar un sillón de jardín hacia la mesa—. Nadie esperaba que trabajaras hoy, Cy.

Apretando los labios, el muchacho clavó la mirada en la blanca mesa.

—No sabía qué hacer.

—Por unos días, haz lo que te apetezca. —Tucker sacó el tabaco. Con su método, fumaba sólo medio paquete al día, pensó, y cortó la mitad de un pitillo con gesto brusco—. Verás, el agente Burns está muy ocupado esta mañana. —Fijó los ojos en Burns por encima de la llama de la cerilla. En ellos brillaba una advertencia, clara como el mensaje que Hatinger había escrito en sangre—. Así pues, cuéntale lo que puedas. Luego, cuando hayas terminado, iremos a pescar una o dos horas.

Burns saludó con una mueca la idea de llevarse al muchacho de pesca el día después de la muerte de su padre.

—Le avisaré cuando hayamos acabado, si quiere ir atando las moscas.

Tucker engulló un trago de coca-cola de Cy.

—No. Tal como yo lo veo, puesto que el muchacho trabaja aquí, y estará viviendo un tiempo con nosotros, soy una especie de guardián suyo. Me quedaré, a menos que Cy quiera que me vaya.

Éste levantó sus ojos nublados de pánico y miró a Tucker.

—Le agradecería mucho que se quedara, señor Tucker, por si me equivoco en algo.

—Lo único que tienes que hacer es decir la verdad.

¿No es así, agente Burns?

—Exactamente. Ahora... —Se interrumpió al ver a Josie, que salía vistiendo un traje rosa con una blusa muy fina, casi transparente.

—Vaya, vaya. No suele ocurrir que una mujer se asome a la puerta de su casa y encuentre a tres hombres esperándola. —Se acercó para acariciar la cabeza a Cy, pero no apartó los ojos de Burns—. Agente especial, empezaba a pensar que no le caigo muy bien. Ha venido a verme sólo una vez. —Acomodó una cadera en el brazo del sillón de hierro de Tucker. Al inclinarse para coger uno de los cigarrillos de Tucker, ofreció a Burns la mejor vista que había en la casa—. Estaba a punto de inventarme algo sólo para que usted me investigara.

Era remilgado, pero no estaba muerto. Burns sintió la garganta atascada y la corbata demasiado apretada.

—Me temo que dedico poco tiempo a las visitas sociales cuando trabajo en un caso, señorita Longstreet.

—Vaya, qué lástima. —Su voz sonó intensa y embriagadora, como la fragancia de las magnolias. Con un batir de las pestañas, dio la caja de cerillas a Burns para que éste le ofreciera fuego y cogió la mano de él con la suya cuando él le acercó la llama a la punta del cigarrillo—. Y aquí estoy yo, lamentándome, deseando que encuentre tiempo para que me hable de sus aventuras.

Apuesto a que las tiene a montones.

—La verdad es que sí, he tenido momentos interesantes.

—Tendrá que contármelos con pelos y señales o reventaré de curiosidad. —Se pasó un dedo por el cuello y hacia abajo, donde la fina blusa se cerraba con holgura sobre sus senos. Si los ojos de Burns hubieran estado atados a su mano con una cuerda, el agente no habría seguido el movimiento más de cerca—. Teddy me ha asegurado que usted es el mejor.

Burns tragó saliva.

—¿Teddy?

—El doctor Rubenstein. —Le lanzó una mirada provocativa entre los párpados entornados—. Me ha dicho que usted es el mayor experto en el tema de los asesinatos en serie. Me encanta hablar con hombres inteligentes que tienen profesiones peligrosas.

—Josie. —Tucker la miró con malicia—. ¿No pensabas ir esta mañana a que te arreglaran las uñas o algo así? —Pues, sí, cariño, a eso iba. —Se movió para mirarse las manos. La blusa se le subió unos centímetros—. Creo que una mujer nunca resulta atractiva si no se cuida las manos. —Se levantó, satisfecha de haber desconcentrado a Burns—. Quizá nos veamos más tarde

en el pueblo, agente especial. Me gusta tomar un refresco en el Chat 'N Chew después de hacerme la manicura.

Lo dejó con aquella imagen —que distraía la atención— de sus caderas meneándose bajo la primorosa blusa de color rosa.

Tucker echó la colilla en un cubo de latón lleno de arena.

—¿No pone en marcha la grabadora?

Burns lo miró casi sin expresión, aunque enseguida recuperó la compostura.

—Quiero hacer unas preguntas a Cy —empezó, pero su mirada vagó hacia la puerta de la cocina—. No me opongo a que esté presente, pero no permitiré que lo ayude.

Tucker abrió los brazos y se recostó en su asiento.

Burns conectó la grabadora, introdujo los datos necesarios y se volvió hacia Cy con una sonrisa solemne.

—Sé que es un momento difícil para ti, Cy, y lamento tu reciente pérdida.

Cy iba a darle las gracias, cuando cayó en la cuenta de que no se refería a Edda Lou, sino a su padre. Entonces buscó refugio fijando la mirada otra vez en la mesa.

—Estoy al corriente de que anoche hablaste con el sheriff Truesdale, y tu información nos ha sido muy útil. Hablaremos de todo ello de nuevo, pero ahora empezaremos con otras cosas. ¿En alguna ocasión mencionó tu padre el nombre de la señorita Caroline Waverly?

—Él casi no la conocía.

—¿Así pues nunca habló de ella contigo, ni tú le oíste decir nada?

Cy miró a Tucker de reojo.

—Tal vez me dijera algo uno de los días que le llevé el desayuno. Algunos días decía muchas cosas, cuando le daba la manía.

—¿Manía? —repitió Burns.

—Sí, unas manías duras que le daban y decía que Dios le hablaba.

—¿Y le daban esas manías con regularidad?

—Bastante. —Cy bebió un trago de coca-cola para aliviar su garganta reseca—. A. J. solía decir que sólo le gustaba pegarse con la gente y que utilizaba a Dios como excusa.

—¿Solía ser violento contigo y con otros miembros de tu familia?

—Él... —Cy recordó la frase de Tucker—. Tenía la mano pesada. —Por algún motivo, aquello no le sonó tan mal. Era casi como si hubiese dicho que tenía la gripe—.

No permitía que le faltaras el respeto. La Biblia dice que tienes que honrar a tu padre.

Tucker nada dijo, pero advirtió que Cy había dicho sólo padre, no padre y madre. Pensó que Austin habría machacado a su hijo con esa parte de la Biblia.

—¿Y empleaba su mano pesada cuando le daban esas manías ?

Cy encogió los delgados hombros.

—Empleaba las manos casi siempre. Sólo que era peor cuando las manías.

—Ya veo. —Incluso Burns se sintió afectado por la naturalidad con que el muchacho describía aquella brutalidad—. Y cuando tú le llevabas a la alcantarilla la comida y las cosas que necesitaba, ¿tenía una de estas rachas?

—Tuve que hacerlo. —Cy cogió la botella de coca cola con tal fuerza que sus nudillos blanquearon—. Me habría matado si no hubiese hecho lo que me pedía.

Tuve que hacerlo.

—El agente Burns no está culpándote de nada, Cy. —De nuevo, Tucker le puso una mano, aquella mano tranquilizadora, sobre el hombro—. Nadie te culpa, porque no hiciste nada malo.

—No. No estoy echándote la culpa. —La voz de Burns se tornó áspera, y tosió para aclararla. El miedo brutal que había en la expresión del muchacho le horrorizaba—. Nadie lo haría. Sólo quiero que me digas si tu padre habló de la señorita Waverly.

—Dijo algunas cosas. —Cy parpadeó para detener las lágrimas—. Que estaba llena de pecado. Que todas las mujeres lo estaban, como la esposa de Lot. La convirtieron en una estatua de sal.

—Sí. Lo sé. —Burns entrelazó las manos—. ¿Te dijo por qué estaba llena de pecado la señorita Waverly? —Dijo que... —Miró a Tucker con ojos tristes— ¿Tengo que contárselo?

—Será lo mejor —le respondió Tucker—. Tómate el tiempo que necesites.

Cy se lo tomó bebiendo la coca-cola, secándose la boca con el dorso de la mano y removiéndose en su asiento—. Dijo que ella se abría de piernas para el señor Tucker. —Su rostro enrojeció al máximo—. Y que ella no era mejor que una puta. Que había llegado la hora de tirar la primera piedra. Lo siento, señor Tucker.

—No es culpa tuya, Cy.

—Yo no sabía que con eso quería decir que pensaba hacerle daño. Juro que no lo sabía. Se pasaba el rato diciendo tonterías. Por eso yo no le prestaba mucha atención, siempre y cuando no me pegara. Yo no sabía que iría por ella, señor Burns. Le juro que no lo sabía.

—Estoy seguro de que no. Tu padre golpeaba a tu madre, ¿verdad?

El color desapareció de las mejillas de Cy.

—No tenía solución. Ella nunca hacía nada. Y tampoco dejaba que el sheriff lo hiciera, porque se supone que una mujer tiene que estar al lado de su marido.

A veces, el sheriff se pasaba por casa y ella le decía que se había caído del porche y cosas así. —Bajó la cabeza. La vergüenza le pesaba casi tanto como el miedo—. Ruthanne dice que a mi madre le gusta... Que le gusta que la peguen. Pero yo no creo que sea así.

Burns decidió que de nada serviría explicarle la psicología y el círculo vicioso de los malos tratos. Eso correspondía a los trabajadores sociales y a

los psiquiatras.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿También golpeaba a Ruthanne?

Cy esbozó una sonrisa socarrona, como suelen hacer los chicos cuando hablan de sus hermanas.

—Siempre ha sido muy hábil para esquivarlo.

—¿Y con Vernon?

—A veces llegaban a las manos. —Cy hizo un movimiento de indiferencia con los hombros—. En general, se unían. Vernon era el preferido de mi padre. El que más se parecía a él. Por dentro y por fuera, decía mi madre. Eran iguales por dentro y por fuera.

—¿Y Edda Lou? ¿La golpeaba tu padre?

—Ella siempre se metía con él, como si lo desafiara. Y le devolvía los golpes. Una vez le abrió la cabeza con una botella cuando él le dio con la correa. Y entonces fue cuando Edda Lou se mudó de casa. Alquiló una habitación y nunca más volvió a la casa.

—¿También decía tu padre cosas sobre Edda Lou, como hacía con la señorita Waverly?

Un abejorro rondaba la coca-cola de Cy y él le dio un manotazo.

—Teníamos prohibido mencionar su nombre. A veces, mi padre se ponía hecho una furia y decía que ella era una puta de Babilonia. Vernon intentaba que mi padre se pusiera como un loco con ella. Quería ir a buscarla al pueblo y traerla de vuelta a casa para que nuestro padre la castigara. Vernon decía que aquél era nuestro deber, como familia y como cristianos, pero supongo que no creía en ello como mi padre. A Vernon le gusta golpear a la gente. —Lo comentó con sencillez, como si acabara de comunicar que a su hermano le gustaban los helados—. Luego, mi padre supo que Edda Lou se veía con el señor Tucker y dijo que más le valdría estar muerta. Y la emprendió a bofetadas con mi madre.

Tucker se apretó los ojos con los dedos mientras se preguntaba si algún día desaparecería la culpa.

—Cy, ¿recuerdas cuando tu padre y el señor Longstreet discutieron?

Tucker dejó caer las manos, y casi se echó a reír. El eufemismo de la «discusión» aún se veía en los tenues cardenales de sus costillas.

—Supongo que sí. Mi padre llegó a casa con el rostro machacado.

—¿Y dos noches antes de eso? —siguió preguntando Burns. (La noche que asesinaron a Edda Lou)—. ¿Recuerdas si tenía una de sus rachas?

Aquella fue la primera pregunta que Cy tuvo que pensar. Sus ojos perdieron algo del vidrioso temor mientras reflexionaba. Con gesto distraído, dio otro manotazo al persistente abejorro.

—No estoy seguro. Cuando se enteró de que Edda Lou estaba embarazada, se puso hecho una fiera. Pero no recuerdo qué noche ocurrió.

Burns insistió un rato más, intentando sacudir la memoria del muchacho sin que éste advirtiera el motivo. Al final, lo dejó. Todavía estaban Ruthanne y Mavis Hatinger. Quizá tuvieran la memoria más afinada. —Bueno, Cy, sólo quedan unas pocas preguntas y acabamos. El cuchillo que trajiste a tu padre,

¿solía llevarlo consigo?

—Sólo cuando salía a cazar. Un cuchillo de caza es demasiado grande para llevarlo por ahí.

—¿Sabrías decirme cuántas veces se lo habrá llevado, digamos... en los últimos seis o siete meses?

—Cuatro o cinco veces. Quizá más. Le gustaba la carne de ardilla.

—¿En alguna ocasión os amenazó, a ti o algún otro miembro de tu familia, con el cuchillo? ¿Le oíste que se jactara de haberlo usado para castigar a alguien?

—Dijo que destriparía al señor Tucker. —Cy se tapó el rostro con las manos, lo que amortiguó su voz—. Me ordenó que llevara al señor Tucker hasta el canal, y me dijo que le sacaría las tripas como a un conejo. Quería cortarle sus partes. Porque era cuestión de justicia divina. Iba a apuñalarlo como a Edda Lou. Y si yo me ponía en contra de él, si no honraba a mi padre, me arrancaría los ojos porque el ojo le ofendía. Y el Señor dice que se debe hacer eso. Por favor, señor Tucker. —No lloraba, pero siguió tapándose el rostro con las manos como el niño que, viendo una película de terror, intenta que el monstruo desaparezca así—. Por favor, no quiero pensar más en todo eso.

—Tranquilo, Cy. —Tucker se levantó y se puso detrás de él—. Déjelo ya, Burns.

Éste apagó la grabadora, y se la guardó, junto con el bloc, en el bolsillo.

—No crea que no tengo corazón, Longstreet. —Se levantó de la mesa y pasó su mirada del tembloroso muchacho al hombre que permanecía detrás de él, con ademán protector—. Soy consciente de que en todo esto hay más víctimas, y no sólo las que yacen enterradas en el cementerio. —Por un instante fugaz deseó dar una palmada al chico, expresarle su compasión con la misma facilidad con que Tucker lo hacía. Sin embargo, hizo un gesto con la cabeza en dirección al muchacho y, aunque su voz sonó rígida, sus palabras fueron sinceras—. Todo lo que hiciste, Cy, estuvo bien. Nadie habría podido hacer otra cosa. Recuérdalo.

Tucker apoyó las manos en los hombros del muchacho y siguió a Burns con la mirada mientras éste se alejaba. Por primera vez desde que conoció al agente del FBI, Tucker sintió un asomo de respeto.

—Voy por dos cañas de pescar, Cy. Hoy nos tomaremos el resto del día libre.

—Verás, Cy, la pesca —dijo Tucker mientras balanceaba la caña entre las rodillas y se recostaba contra el tocón de un ciprés— es el deporte del hombre que piensa.

—Nunca había usado esta cosa como cebo. —Cy olisqueó otra vez el paquete envuelto en papel de aluminio que Tucker llevaba en su caja de cebos—. ¿Cómo dice que se llama?

—Paté. —Tucker sonrió y tiró de la visera de su gorra para taparse un poco los ojos—. Hígado de pato en este caso. —Y qué furiosa se pondría Della

en cuanto viese que había desaparecido.

—Hígado de pato, puag. —Cy torció la boca y su rostro fue el típico de chico de catorce años—. ¡Qué asco!

—Un gusto adquirido, hombrecito. Los bares se vuelven locos por él. —Tucker se untó un poco en una galleta salada, se la metió en la boca, y la hizo bajar con limonada.

Se habían colocado en el extremo más apartado del estanque de Sweetwater, bajo la sombra de un sauce que la madre de Tucker había plantado antes de que él naciera.

—El algodón tiene buen aspecto, señor Tucker.

—Sí. —Por debajo de la sombra de su gorra, Tucker miró hacia los campos. Vio cómo su capataz y varios peones seguían las hileras en busca de malas hierbas y de gorgojos—. Tendremos una buena cosecha este año. El algodón es dueño y señor en este lugar —dijo suspirando—. Y el algodón ha echado a perder el agua del estanque; así pues, nos vemos obligados a devolverle los peces que atrapemos. Tendré que conseguir unos bichos de esos.

—¿Bichos, señor Tucker?

—Los científicos han descubierto unos bichos que se comen el veneno, los contaminantes y todo lo que se filtra en el agua y la estropea.

—¿Bichos que comen veneno? —Cy soltó un bufido a modo de risa—. Me está tomando el pelo, señor Tucker.

Y aquella risa del muchacho, con todo lo débil que había sonado, aligeró el ánimo de Tucker.

—Lo que acabo de decirte es verdad. Echaron esos bichos al río Potomac y se comieron todo lo que contaminaba el agua hasta dejarla limpia. —Miró con ojos melancólicos hacia la superficie, oscura y muerta, del lago—. Me gustaría tanto, Cy, que esta agua volviera a ser potable. Mi madre solía decir que le gustaría construir un puente que lo cruzara por encima. Uno de esos puentes tan bonitos en forma de arco, como los que tienen en Japón. Nunca llegamos a hacerlo. Y lo siento mucho porque a ella le habría gustado.

Cy nada sabía de Japón ni de puentes en forma de arco, pero le gustaba escuchar a Tucker cuando hablaba. Por él, ya podía hablar de cualquier cosa, que siempre le parecía bien.

Pescaron un rato, perezosamente, con la voz de Tucker suavizando el aire como una brisa. Cy cogió un pez, le dejó dar unas vueltas en el aire y lo devolvió al agua.

—Siempre he querido visitar otros lugares —dijo Tucker mientras Cy cebaba el anzuelo con el exquisito paté de Della—. Cuando tenía tu edad, me regalaron un álbum que luego llené con fotografías que encontraba en las revistas. Lugares como Roma, París, Moscú... Es una pena que nunca reuniera el ánimo necesario para conocerlos por mí mismo. —Esperó un momento—. ¿Tienes algún deseo, Cy? ¿Algo que te gustaría hacer?

—Ojalá pudiera ir a la universidad. —Se ruborizó, esperando la carcajada. Cuando ésta no llegó, el resto le salió como una catarata—. Me gusta el colegio. Y voy muy bien en los estudios. El señor Baker (mi profesor de historia) dice que tengo una mente curiosa y buenos hábitos de estudio.

—¿Sí?

—Me da vergüenza cuando lo comenta delante de la clase. Pero también me sienta bien. Incluso me ha aconsejado que solicite beca para una universidad estatal, pero mi padre decía que tenía que dejar los estudios en cuanto la ley me lo permitiera para trabajar en la granja porque, según él, en las universidades enseñan sólo maldades, y que yo no debía... —Se interrumpió al recordar que su padre ya no estaba.

En silencio, Tucker dio un tirón y sacó un pez del agua. Lo sostuvo en el aire un momento, contemplando cómo se retorció en lucha contra lo inevitable. Un muchacho también podía sentirse así, pensó mientras atraía el pez hacia sí y le quitaba suavemente el anzuelo. Lo lanzó al agua con un chapoteo. No era muy corriente que a un pez, o a un muchachito, se le diera una segunda oportunidad. Y tampoco era corriente que a un hombre se le diera la posibilidad de ofrecer esa segunda oportunidad.

Cy se matricularía en la universidad, decidió Tucker. Él se ocuparía de que así fuera, maldición.

—¿Señor Tucker? —Las lágrimas brotaban de nuevo, y cómo las odiaba. Se sentía como una niña llorona.

—¿Sí?

—¿Cree usted que yo lo maté?

Tucker reprimió un no rotundo. Aspiró lentamente, y sacó un cigarrillo.

—¿Cómo se te ha ocurrido pensar eso?

—No hice lo que él me dijo. No lo hice, y él se fue de allí. Es probable que enloqueciera de furia contra mí, y entonces fuese en busca de la señorita Waverly. Ahora está muerto. No he honrado a mi padre, y ahora está muerto.

Tucker prendió una cerilla, como si meditara.

—Tal vez ése sea el cómo y el porqué de lo ocurrido, y tal vez no. Pero tú debes hacerte la siguiente pregunta: ¿crees que ese mandamiento significa que honrarías a tu padre si lo ayudases a matar a un hombre desarmado?

—No, señor, pero...

—Ayer me salvaste la vida, Cy. —Esperó a que el muchacho levantara los ojos para mirarlo—. Eso está muy claro. Si hubieses hecho lo que tu padre te pidió, quizá él estuviese vivo ahora, o quizá hubiese ido en busca de Caroline de todos modos. Lo que sí es seguro es que yo estaría muerto. No habría manera de cambiarlo, ¿verdad?

—No, señor, supongo que no.

—Austin se mató él mismo. Tampoco eso se puede cambiar.

Cy deseaba creer aquello con auténtica desesperación. Hizo un esfuerzo para que su voz sonara firme.

—No lamento que esté muerto. No lo lamento. Por eso iré al infierno y me quemaré en el fuego eterno. Además, cuando el sheriff me dijo que mi padre estaba muerto, me alegré.

«Cielos —pensó Tucker aspirando el humo del cigarrillo—. Esto se pone delicado.»

Y cuando se trataba del reino de los cielos y del infierno, él no servía

como maestro. Pero el chico necesitaba algo más que perogrulladas.

—No estoy muy ducho en eso de la religión. Fui una gran decepción para mi madre. Es posible que, al fin y al cabo, haya un infierno. Hay mucha gente que merecería estar en él por un tiempo. Pero cuando pienso sobre ello, cuando me siento con tranquilidad y lo pienso muy en serio, no encuentro razones por las cuales la gente deba ir al infierno por sentimientos que son inevitables. Porque su forma de actuar, la manera que tienen de comportarse con otras personas, hace que sean como son. Todo eso vale mucho más, creo yo. —Pero los pensamientos pecaminosos... Esta vez Tucker se echó a reír y se levantó la visera de la gorra.

—Muchacho —dijo sonriendo—, si fueses al infierno por tus pensamientos, el cielo sería un lugar muy solitario donde pasar la eternidad. —Se puso serio y le acarició la cabeza—. Yo ignoro qué motivos tuvo tu padre para hacer lo que hizo. Pero sé que se equivocó. Haceros daño a ti y a tu madre, son cosas que no estaban bien, Cy, por mucho que él citara la Biblia cuando las hacía. No es un pecado que te alegres de que todo eso haya quedado atrás.

El áspero nudo en el estómago de Cy empezó a darle tirones.

—Mi madre no se alegrará.

—No está en tu mano cambiar sus sentimientos. Tú tienes los tuyos. A propósito, hay algo que deseo comentarte, algo que quiero que medites.

—Sí, señor.

—Sé que Della te ha dicho que puedes quedarte todo el tiempo que te parezca bien.

Los ojos de Cy se abrieron, llenos de pánico.

—No le causaré problemas, señor Tucker. No comeré mucho, lo prometo, y trabajaré duro. Puedo...

—Espera, espera, que nadie te echa de aquí. —Tucker apagó el cigarrillo, pensando en la mejor forma de plantearlo—. Imagino que Vernon se ocupará de la granja y cuidará de las necesidades de tu madre. Ruthanne es casi mayor ya.

—Está ahorrando para irse de casa. —Cy se mordió el labio—. Era un secreto.

—Nada me gusta más que guardar los secretos a una dama. Bien, he pensado que sigas trabajando para mí, a tiempo parcial, cuando el colé empiece de nuevo. Parte de lo que yo te pague se lo darías a tu madre para echarle una mano. Y aquí tendrías alojamiento y comida.

Algo empezó a crecer en su garganta. Ni siquiera reconoció que era la esperanza.

—¿Quiere decir que me mudaría a Sweetwater? ¿Para siempre?

—Hasta que quieras vivir en otro lugar. Si tú lo deseas, Cy, yo haré cuanto esté en mi mano para que eso sea posible. Tu madre tendría que dar su consentimiento, y es probable que necesitemos firmar ciertos documentos legales en los cuales yo conste como tu tutor. Pero tú tendrías que estar de acuerdo.

Cy se lo quedó mirando, absorto, temeroso de desear tanto.

—Haría cualquier cosa que usted me dijera. Nunca le causaría problemas.

—Ya veremos cómo lo solucionamos. Supongo que debería marcar unas normas para que sepas dónde te estás metiendo. —Para darle tiempo a reaccionar, untó más paté en una galleta. Si no había hecho nada bien ese día, al menos habría conseguido distraer al chico de su desgracia.

—Nada de bebidas alcohólicas hasta que seas mayor de edad.

—No, señor.

—Nada de fiestas salvajes, a menos que me invites.

A Cy se le escapó una risita, y el sonido le hizo parpadear.

—No, señor.

—Nada de ligar con mi mujer. —*Mujeres*, se corrigió en silencio. Había querido decir mujeres. ¿O no? Pero estaba pensando en Caroline.

Cy se ruborizó de nuevo.

—No, señor.

—Y yo no ligaré con las tuyas. —Miró al muchacho guiñándole un ojo, y sonrió—. ¿Tienes una chica, Cy?

—No, señor. No exactamente. Sólo miro, a veces, nada más.

—Tienes tiempo de sobras para hacer más que mirar. ¿Alguna chica en particular?

Cy se humedeció los labios. No podía mentir a Tucker. Se dio cuenta de que no era por miedo, como con su padre, era por amor.

—Yo... bien... miro a LeeAnne Hardesty. Le crecieron los pechos el año pasado. Qué diferencia.

Tucker se atragantó con el paté.

—Cielo santo, ya lo creo —convino con él. Entraban en terreno pantanoso—. ¿Y no haces más que mirar?

—Bueno... —El rostro le ardía y agachó la cabeza—. Una vez, ella estaba detrás de mí en la cola del almuerzo y alguien la empujó. Sus pechos tocaron con mi espalda. Qué blandos eran. Y ella me rodeó la cintura con los brazos por un instante, para recobrar el equilibrio. Y yo... —Tragó saliva, y su vergüenza con ella—. No pude evitarlo, señor Tucker. Fui incapaz de pararlo por mucho que lo intenté.

Tucker tuvo una imagen de Cy derribando a LeeAnne Hardesty en el suelo del comedor del colegio y cabalgándola con ganas.

—¿Qué fuiste incapaz de parar?

—Bien, ya sabe. A veces me ocurre, por mucho que intento pararlo. Es que se me pone... ya sabe. El instrumento de Satanás.

—¿El instrumento de Satanás? —repitió Tucker. Se habría echado a reír. En realidad se habría revolcado por el suelo, riéndose como un loco, si no hubiese sido por la mirada de culpabilidad de Cy.

«Austin Hatinger ataca de nuevo», pensó Tucker, y suspiró con fuerza.

—Nunca he oído que nadie lo llamara así. —Para ocultar su sonrisa, Tucker pasó un buen rato frotándose la barbilla—. Yo más bien diría que si el

buen Dios lo ha puesto entre tus piernas, tendrá que ver más con El que con el otro.

—Los pensamientos perversos y las mujeres malas lo ponen duro.

—Y gracias a Dios por ello. —Tucker se sirvió más limonada y deseó que fuera bourbon—. Escúchame, hijo, no hay ni un solo hombre al que no se le haya puesto duro el pito en un momento inoportuno. Es natural. —Tomó un trago y dijo una breve oración—. Sabes... esto..., cómo nacen los bebés y todo eso, ¿verdad?

—Sí. —Jim se lo había contado y él lo sabía por su padre—. Ella tiene el huevo y yo tengo el esperma. Es mejor si estás enamorado.

—Correcto. —Tucker sintió una dulce oleada de alivio—. También es mejor que esperes a ser responsable. —¿Acaso no era el más adecuado para hablar de ello?—Que mires a LeeAnne y pienses en sus pechos y hagas algo al respecto son cosas bien distintas.

—Supongo que ya lo sé. —Cy estaba fascinado. Podía hablar de cosas prohibidas en voz alta sin que le dieran palos por ello. Decidió avanzar un poco más—. Pero a veces, sobre todo de noche... Incluso repito de memoria los estados y sus capitales para sacármelo de la cabeza, pero no siempre funciona. Y se me pone..., ya sabe.

Y entonces tengo la impresión de que si no hago algo, me explotará. —Lanzó una mirada rápida hacia Tucker—.

Y a veces lo hago. ¿Es malo, verdad, «trabajarse» de esa manera?

Tucker se rascó la cabeza.

—Yo diría que un hombre ha de tener sus asuntos bien cogidos con la mano, por así decirlo, de vez en cuando. No sé si lo recomendaría como hábito; pero cuando te pica mucho algo, tiene sentido rascarse.

—¿No te pasan cosas si lo haces?

—No te quedas ciego ni te crecen pelos en la palma de la mano, si te refieres a eso.

—¿Está seguro?

Tucker se echó a reír. Levantó las manos y se examinó las palmas con detenimiento.

—Seguro —dijo, y se alegró al ver que Cy lo miraba con una sonrisa.

Considerando los lugares donde solía alojarse, la habitación de Burns en Innocence, pequeña y espartana, era adecuada para él. Además, le alegraba que Nancy Koons la tuviera impecable. Y puesto que siempre dejaba algunos efectos personales en la habitación, estaba satisfecho de que nadie entrara a hurgar entre sus cosas. Todo lo concerniente al caso se encontraba guardado bajo llave en su maletín, a menos que estuviera trabajando con ello.

Tenía una cama doble, una cómoda y un armario. Había tardado tres días en convencer a Nancy Koons para que le proporcionara un escritorio y una silla fuerte. El ventilador del techo apenas daba aire. Ese sistema tan poco adecuado impulsó a Burns a procurarse un ventilador eléctrico en la

tienda de Larsson. Puesto que, por fortuna, había recibido una de las dos habitaciones con baño, decidió que tenía todo lo necesario para su estancia allí.

El premio le había llegado de manera inesperada. Tendida debajo de él en la cama de hierro tenía a Josie Longstreet. Burns temblaba aún tras el segundo asalto. Por mucho que lo intentara, no hubiera podido decir cómo habían pasado de compartir una limonada en el restaurante a botar juntos sobre el ruidoso colchón. Pero no se quejaba de ello.

No había tenido esa clase de sexo, tan salvaje y penetrante, desde... En realidad, supuso que nunca lo había tenido así. Las mujeres con quienes salía eran distantes y sosegadas, dentro de la cama y fuera de ella. Cinco segundos después de que Josie subiera corriendo las escaleras de la parte trasera delante de él, ya le estaba manoseando la ropa.

Por encima de la cabeza de Burns, Josie se miraba las uñas recién pintadas. En esa ocasión, el color era Rojo Pecaminoso. Le parecía de lo más apropiado. Para ver el efecto, deslizó las uñas por la espalda de Burns, contemplando cómo resaltaba el esmalte rojo sobre su piel blanca, igual que sangre.

—Cariño —dijo ella—, me has dejado hecha polvo. Ya sabía yo que había un tigre dentro de ese traje.

—Has estado fabulosa. —Burns sabía que las mujeres esperaban cumplidos en momentos como aquél, pero casi le fallaron—. Increíble.

—Te había echado el ojo, agente especial. Los hombres con estrellita tienen algo que me pone como una fiera. —Pensó en Burke y frunció el entrecejo, mirando al techo—. ¿Me encuentras sexy?

—Creo que... —Levantó la cabeza—. Eres la mujer más sexy del mundo.

Eso hizo que sonriera y le concedió un beso y un ligero mordisco.

—¿También bonita?

—No, bonita no —dijo él, demasiado ocupado jugueteando con su melena para ver aquel destello en sus ojos—. Hermosa, como una gitana salvaje.

El destello se convirtió en placer.

—Lo dices sólo porque estoy desnuda y te tiembla la polla.

En situaciones normales, se habría sentido ofendido ante aquella falta de delicadeza, pero Josie tenía toda la razón sobre el estado de su instrumento de Satanás. —Lo digo porque es verdad. Eres arrebatadora. —Cómo me gusta tu forma de hablar. Suspiró cuando él le frotó la nariz entre los senos. El sudor y el acto sexual le dejaban la piel pegajosa, aunque tenían el ventilador frente a la cama. Josie había pensado siempre que la mejor manera de vencer el calor era acostarse desnuda. Y si iba a tumbarse desnuda, más le valía hacer algo con ello.

—No todos los hombres saben decir las frases que a las mujeres les gusta oír. Fíjate, si no, en mi primer marido, Franklin. Cuando sólo llevábamos dos meses casados, el fuego se había apagado ya. Se corría enseguida, soltaba un gruñido y se ponía a roncar. Muchos hombres son así. Cogen lo que desean, y después pasan a otra cosa.

Su respuesta quedó amortiguada contra los senos de Josie. Ella dejó que se deleitara.

—Una mujer tiene derecho a que le digan palabras bonitas. Aunque no todas las mujeres dan importancia a esos detalles. La capacidad de apreciar las palabras bonitas es lo que diferencia a una puta de una dama, creo yo.

—Eres una dama increíble.

—Y tú, un caballero de verdad —repuso Josie con una sonrisa resplandeciente—. Listo, también. Me encanta escucharte cuando hablas de tus casos. —Con gesto perezoso, le acarició las nalgas—. Pero supongo que pronto habrás vuelto al Norte. —Se escurrió hacia abajo para encontrar los labios de Burns con los suyos—. Me da mucha pena que nos hayamos encontrado justo antes de que tengas que irte.

—Parece que las cosas empiezan a resolverse.

—Lo sabía. La primera vez que te vi supe que tú lo solucionarías todo. Para mí resultó evidente lo inteligente que eras. Me dije, ahora que ha llegado él, las mujeres viviremos de nuevo en paz. —Enroscó su lengua con la de él—. Eres un héroe, Matthew —susurró después.

—Sólo hago mi trabajo. —Se hinchó de orgullo mientras ella se colocaba sobre él—. Ha sido un caso bastante corriente, la verdad.

—¿Atrapar a un asesino? —Josie deslizó los labios por su torso desnudo. Aunque era blanco como la leche, pensó que tenía una buena constitución física—. ¿Por qué nadie había descubierto nada hasta que tú llegaste?

—Es sólo cuestión de experiencia, el material necesario.

—Pues me encanta tu material —ronroneó, rodeándole el sexo con los dedos—. Cuéntame cómo lo has hecho, Matthew. Me pone los pelos de punta.

Burns empezó a jadear cuando ella movió sus expertos dedos por su pene.

—Primero hay que entender la psicología de un asesino en serie. Sus patrones de conducta, las etapas. Estadísticas. Casi todos los asesinatos se cometen bajo un impulso, y por motivos muy típicos.

—Cuéntamelo. —Josie apretó los labios contra el vientre masculino—. Hace que me ponga caliente.

—La pasión —logró decir él, mientras una bruma rojiza le dificultaba la visión—, la codicia, la venganza..., no son los motivos de un asesino en serie. Para él es cuestión de control, de poder, la caza... La matanza en sí no es tan importante como la expectación, el estar al acecho.

—Sí. —Le lamió la cara interna del muslo. Ella también estaba al acecho, y su expectación crecía como un río cálido en una inundación de verano—. Continúa.

—El asesino planea, se nutre de la idea. Selecciona, y caza. Y es posible que durante todo ese tiempo, lleve una vida normal. Tiene familia, profesión, amigos... Pero se ve dominado por la necesidad de matar. Des pues de destruir a su víctima, esa necesidad se hace imperiosa. Y el deseo de controlar, por supuesto. —La cogió del cabello cuando ella se metió el pene en la boca—. Provoca a las autoridades, las utiliza incluso... —Burns empezó a jadear mientras ella se lo chupaba a fondo—. Tal vez quiera que lo cojan, y

quizá sufra porque se siente culpable, pero su hambre sobrepasa todo lo demás.

Josie se deslizó hacia arriba por su cuerpo, y se montó a horcajadas sobre él.

—Y vuelve a matar —dijo ella—. Hasta que tú lo detienes.

—Sí.

—Y esta vez, ¿también lo detendrás?

—Ya está detenido.

Ella levantó las manos para echarse el cabello hacia atrás, arqueando los senos hacia él.

—¿Cómo es eso?

—A menos que otros datos salgan a la superficie, el informe de la muerte de Austin Hatinger cerrará este caso.

Josie se estremeció cuando levantó las caderas para que él se hundiera en su interior.

—Eres un héroe, agente especial. Mi héroe. —Echó la cabeza hacia atrás y se lanzó en dura cabalgada hacia el paraíso.

21

Se avecinaba una tormenta. El atardecer empezó a refrescar con su proximidad y, por primera vez en muchos días, una auténtica brisa movía las hojas y llenaba el aire del dulce olor a lluvia. El crepúsculo llegó pronto, cuando densas nubes grises ocultaron el sol. Hacia el oeste, el resplandor de los relámpagos de verano se encendía y se apagaba.

Incluso sabiendo que la tormenta sería dura, que tumbaría cables de alta tensión y desbordaría algunos ríos, el delta suspiró, aliviado.

Darleen Fuller Talbot abandonó la casa de su madre con un humor de perros. Happy había sonreído, mientras acunaba a Scooter en sus brazos, al tiempo que se ensañaba con Darleen por lo de Billy T. Su padre no había estado mejor, pensó ella mientras cerraba la portezuela de golpe. Lo único que hizo fue sacudir la cabeza y abandonar la habitación. Durante veinte minutos, Darleen había aguantado el rollo de su madre diciéndole que un hombre decente como Junior no merecía ser traicionado en su propia casa.

Bueno, la casa también era de ella, así como la firma que aparecía en la hipoteca. Frunció los labios, secándose las lágrimas de rabia antes de arrancar el coche. Nadie pensaba en eso. No, todo era pobre Junior esto, y pobre Junior lo otro. A nadie le importaba que el pobre Junior la tratara peor que el polvo que se barría bajo la alfombra.

¿Acaso sorprendería a alguien que empezara a añorar de nuevo a Billy T., hasta la locura? Su propio marido no quería dormir ya con ella en la misma cama. No es que hiciera con ella mucho más que *dormir*, incluso antes de que los problemas empezaran. Pero ahora se acostaba todas las noches tan seca y frustrada como una vieja tía solterona.

Eso había que arreglarlo enseguida, se dijo. Los primeros goterones de lluvia salpicaron el parabrisas, y ella apretó las mandíbulas. Happy habría reconocido ese gesto y aunque eso hubiese sorprendido a Darleen, la hubiera aprobado de todo corazón.

Scooter pasaría la noche en casa de su abuela Happy. Y Darleen iría a ocuparse de que su marido cumpliera con su deber para con ella.

Pensó que si las cosas no cambiaban pronto, más le valdría hacerse monja e ingresar en un convento.

Tanta abstinencia estaba enfermándola de los nervios, se dijo Darleen poniendo en marcha el limpiaparabrisas ante la tromba de agua que empezaba a caer. Junior había interrumpido a Billy T. antes de que ella se corriera. Según sus cálculos, llevaba más de una semana de abstinencia.

Y eso no era sano.

Por eso estaba tan nerviosa e irritable, seguro. Hacía días que tenía la extraña sensación de que alguien la vigilaba. Era algo más que aquellas miradas de superioridad que le dirigían las viejas brujas del pueblo cuando supieron toda la historia. Era como si alguien la tuviera bajo su punto de mira. Además, estaba lo de las llamadas telefónicas... Nadie hablaba cuando ella levantaba el auricular.

Sería Junior que la espiaba, pensó. Incluso era probable que hubiese pedido a uno de sus colegas que vigilara la casa, por si Billy T. aparecía.

Como si Billy T. quisiera hablar con ella.

No le parecía justo que, después de haber perdido a su novio y a su marido, tuviera que escuchar los discursos de su madre, sólo porque le había apetecido divertirse un poco.

Las ruedas patinaron sobre el asfalto mojado de la carretera, y redujo la velocidad, avanzando a paso de tortuga.

No estaba dispuesta a aguantar más esa situación. De nada le había servido llorar —y lo había hecho a mares—, ni tener la casa ordenada y poner una cena caliente en la mesa cada noche. Junior se limitaba a comer lo que ella le ponía delante y luego jugaba con Scooter.

Esa noche jugaría con su mujer.

Ella sabía muy bien cómo preparar la escena. Tenía sin estrenar aquel camión que había comprado por correo (para beneficio de Billy T., aunque eso era lo de menos). Se había pasado casi toda la tarde en la peluquería, lavándose y arreglándose el cabello; incluso había sufrido que le quitaran con cera caliente el entrecejo y la pelusilla que le crecía en el labio superior.

Sólo le faltaba preparar la escena.

Tenía aquella vela con aroma de laurel que le había sobrado la pasada Navidad, un disco de Randy Travis, y una botella de vino. Junior se ponía romántico al máximo después de tomar un par de copas de aquel vino barato.

En cuanto lo tuviera en la cama, él se olvidaría por completo de Billy T. y de su orgullo de marido ofendido. Ella sería una esposa devota. Y si alguna vez tenía otro amiguito, maldita sea, pondría más cuidado.

Casi no frenó a tiempo. La cortina de agua tapaba de tal modo la carretera que no vio el coche atravesado en ella hasta que casi fue demasiado tarde. Los neumáticos patinaron con un chirrido. Soltó un agudo chillido cuando notó que el coche derrapaba. Los parachoques quedaron a un palmo uno del otro, y ella se recostó en el asiento, con una mano sobre su acelerado corazón.

—Joder! —Miró a través del parabrisas, pero no vio a nadie, sólo el coche cruzado en diagonal en medio de la carretera—. Pues sí que estamos apañados —exclamó. Aún temblando, abrió la portezuela y salió a la tormenta. Al instante, el cabello se le aplastó sobre los ojos y tuvo que echárselo hacia atrás—. ¡Me cago en la mar salada, joder! —Gritó a la lluvia—. ¡Mierda! ¿Cómo voy a ligarme a mi marido si vuelvo a casa con esta pinta de gato ahogado?

Lo pensó por un momento y decidió que tal vez eso la beneficiara, por la simpatía que despertaría en él. Pero si quería que Junior le hiciera carantoñas y estuviera pendiente de ella porque se había visto sorprendida por la lluvia, primero tendría que llegar a casa. Con las manos en las caderas, dio un puntapié a un neumático del coche que bloqueaba el camino.

—¿Cómo coño voy a pasar por aquí? —La perspectiva de dar marcha atrás y volver a casa de su madre le resultaba tan desagradable que, ignorando la cortina de agua, rodeó el vehículo en busca de una solución.

Estaba mirando el interior del coche por la ventanilla, con la esperanza

de ver las llaves en el contacto, cuando oyó un ruido a su espalda. El corazón le dio un vuelco; pero se tranquilizó cuando, al volverse, reconoció la figura familiar que se le acercaba bajo la lluvia.

—Me ha parecido que era tu coche —chilló Darleen—. La carretera está tan mojada que he estado a punto de chocar. Junior me habría despellejado viva si me hubiese cargado el coche.

—Yo le ahorraré ese trabajo.

Darleen nunca vio la barra de hierro que caía sobre su cabeza.

Las luces vacilaron de vez en cuando antes de apagarse por completo con el fuerte estallido de un trueno. Caroline había dejado velas y quinqués en todas las habitaciones, por si hicieran falta. Y había acertado.

No le molestaba la oscuridad, ni la tormenta. En realidad, ambas cosas le encantaban. Le hubiera gustado que también se cortara la línea telefónica, para no verse obligada a contestar más llamadas solidarias y de curiosos que llevaban acosándola todo el día. Pero si la luz no volvía durante la noche, no quería andar a trompicones por la casa, corriendo el riesgo de encontrarse con el sonriente fantasma de Austin Hatinger.

Contemplaba la lluvia y el viento desde el porche cubierto mientras *Inútil* se ocultaba en el interior, gimoteando. Era un espectáculo estremecedor. Sin árboles que lo detuvieran, el viento rugía por la llanura, sacudía las tejas de las casas, hacía temblar las ventanas, y aullaba entre la hierba.

No sabía si aquel viento tan fuerte sería beneficioso o no para las cosechas, aunque estaba segura de que se lo contarían con pelos y señales cuando bajara al pueblo. En ese momento, le bastaba con mirar y dejarse impresionar, sabiendo que a su espalda había una casa seca, iluminada por las velas y los quinqués, que la aguardaba para ofrecerle santuario.

Refugio, se corrigió, y sonrió. ¿Qué habría opinado el bueno del doctor Palamo sobre su uso de la palabra santuario? Una reacción refleja, decidió ella. Ya no huía ni se escondía. Por primera vez en su vida, sólo se dedicaba a vivir.

O lo intentaba al menos.

Desde luego, esa mañana se había ocultado de Tucker. Había aceptado el sexo pero rechazado la intimidad. Porque necesitaba demostrarse a sí misma que estaba viva, y porque había tenido miedo de sentir.

Sorprendida por el estremecimiento, se frotó los brazos. Para los dos había sido suficiente. Él la deseaba, y ella a él. No merecía la pena preocuparse más. Cerró los ojos y aspiró hondo. Un rastro de ozono permanecía en el aire después del último relámpago.

Emocionante. El cachorro lanzó un alarido con el estallido del trueno, y ella se echó a reír.

—Muy bien, *Inútil*, yo te salvaré.

Lo encontró en el salón, con la nariz asomando, por debajo del sofá. Murmuró algo al cogerlo en brazos, y se paseó con él por la habitación, como

si fuese un bebé, mientras el cachorro temblaba.

—No durará mucho. Siempre ocurre lo mismo con las tormentas. Llegan para sacudirnos y hacernos apreciar los momentos de quietud. ¿Qué tal un poco de música? Ahora me apetece tocar un poco el violín. —Caroline dejó al perro en una silla y cogió el violín—. Algo que sea apasionado. —Pasó el arco por las cuerdas en un primer intento, y se detuvo para afinarlas—. Algo apasionado, que esté a tono con el ambiente.

Empezó con Tchaikovski, y de ahí fluyó hacia un movimiento de la *Novena Sinfonía* de Beethoven. Luego probó con una de las melodías que Jim le había enseñado antes de acabar con su propia interpretación de *Lady Madonna*, tan llena de vigor.

El crepúsculo se había convertido en una oscuridad total cuando terminó. Una llamada a la puerta principal hizo que diera un respingo, pero *Inútil* salió disparado de la habitación, subió por las escaleras y se metió debajo de la cama.

—Tal vez debería enviarlo a un entrenamiento de combate —musitó Caroline. Dejó el violín a un lado y salió al vestíbulo para abrir la puerta. Tucker estaba en la entrada.

Ella se dio cuenta de que sus manos, tan diestras con el violín, se volvían inquietas y las entrelazó para calmarlas.

—Es una noche espantosa para estar ahí fuera.

—Lo sé.

—¿No entras?

—Todavía no.

Caroline se le acercó. Tucker tenía el cabello empapado. Ella se acordó de su aspecto después de la ducha aquella mañana.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—He llegado justo antes de que pasaras de esa música para personas cultas a *Salty Dog*. Porque eso era *Salty Dog*, ¿verdad?

Caroline sonrió y se puso seria casi al instante.

—Me lo ha enseñado Jim. Intercambiamos técnicas.

—Ya me he enterado de ello. Toby está muy contento. Tratará de conseguir un violín de segunda mano para el chico.

—Tiene talento —dijo ella, y se sintió estúpida. ¿Por qué estaban hablando de Jim en la puerta?— Se..., se ha ido la luz.

—Lo sé. Sal un momento, Caroline.

Ella titubeó. Lo veía tan serio, tan concentrado.

—¿Ha ocurrido algo?

—Que yo sepa, no —respondió Tucker—. Ven afuera.

—De acuerdo. —Caroline salió con los nervios a flor de piel—. Hace un momento me preguntaba si la tormenta sería buena o mala. Para la cosecha, quiero decir.

—No he venido a hablar del campo, ni de la música —murmuró Tucker, hundiendo las manos en los bolsillos. Juntos contemplaron el zigzaguear de

los relámpagos en el cielo—. Quiero preguntarte algo sobre esta mañana.

—¿Por qué no me dejas que vaya por una cerveza? —Sugirió Caroline, y retrocedió un paso, tendiendo la mano hacia la puerta—. Compré unas cuantas el otro día.

—Caroline. —Los ojos de Tucker resplandecían en la oscuridad, y la detuvieron en seco—. ¿Por qué no me dejaste que te tocara?

—No sé a qué te refieres. —Se pasó una mano por el cabello, nerviosa—. Sí que te dejé. Hicimos el amor en el sofá.

—Dejaste que te poseyera, pero no que te tocara. Hay una diferencia. Una gran diferencia.

Ella se puso tensa. Tucker estuvo a punto de sonreír al ver su majestuosa mirada.

—Si has venido a criticar mi actuación... —empezó a decir.

—No te critico. Sólo te pregunto. —Tucker se acercó más a ella, mas no hizo ademán de tocarla—. Pero creo que ya has respondido. Fue una actuación. Quizá necesitabas representar algo que te dijera que estás viva. Tus motivos tendrías. Yo estoy preguntándote si es eso lo único que buscas. Yo tengo más, y necesito darte más.

Si deseas tomarlo.

—No lo sé. No sólo si lo deseo, sino si me es posible.

— Si quieres, te dejo a solas para que lo pienses. Si no, dime que entre. —Le acarició una mejilla—. Sólo dime que entre, Caroline.

No pedía sólo entrar en la casa, comprendió ella. Pedía entrar en ella, física y emocionalmente. Cerró los ojos por un instante. Cuando los abrió de nuevo, él seguía esperando.

—No soy un buen partido —susurró ella.

Una sonrisa suavizó la expresión de Tucker.

—¿Sabes, tesoro? Yo tampoco.

Ella aspiró hondo, y se apartó.

—Me gustaría que entraras.

Él dejó escapar el aire que había estado conteniendo en los pulmones. En cuanto cruzó el umbral, se volvió y la levantó en brazos con un gesto dramático.

—Tucker...

—A Rhett Butler le quedó muy bien en *Lo que el viento se llevó* —dijo él con una sonrisa. La besó hasta silenciarla antes de dirigirse hacia las escaleras. Pensó que no tendría que preocuparse por Ashley, el rival de Rhett Butler, pero esa noche no dejaría que ella pensara en Luís. Ni en nadie más.

—Estás mojado —dijo ella, y descansó la cabeza en su hombro.

—Te daré la oportunidad de quitarme la ropa.

Caroline se echó a reír. Qué fácil resultaban las cosas, pensó ella. Si dejabas que todo fluyera.

—Eres tan bueno conmigo.

—Puedo ser mejor. —Tucker se detuvo en el umbral de la alcoba para

deleitarse en otro beso, largo y pausado.

—Estoy deseando ver de qué forma.

—Esta vez tendrás que esperar.

Las sombras y la luz de las velas danzaban en las paredes. El calor atrapado durante el día se había instalado en la habitación como un viejo amigo, ganando la batalla al viento que agitaba las viejas cortinas de encaje. Había olor a cera de velas, a lavanda, a la lluvia que humedecía las mosquiteras, golpeando a intervalos sobre el tejado de cinc.

Con su boca contra la de ella, Tucker la tendió en la cama. Dibujó las líneas de su rostro con la punta de los dedos, y luego los siguió con los labios, disolviendo así la tensión. Sólo se oía el sonido de la lluvia, los suspiros de Caroline, el retumbar de los truenos acompañando a la tormenta a su paso hacia el este. Ella levantó los brazos para recibirlo.

El se entretuvo allí, boca contra boca, el roce de los dientes, la apasionada cópula de sus lenguas, hasta que ella se hundió en la profundidad de la paz y el placer que él le ofrecía.

Ya no había otra alternativa que sentir. Sutilmente, con lentitud, Tucker extraía sus emociones hacia la superficie. La golpeaban, hacían que su pulso temblara, los músculos se volvían flácidos, el corazón balbuceaba. Apartó la cabeza, estremecida por una repentina ráfaga de pánico. Tucker se entretuvo con la suavidad de su garganta. Mientras sus manos, hábiles como las de un músico, comenzaban a recorrer su cuerpo.

Sosiego y tentación. Tucker sentía la batalla, entre necesidad y duda, que se libraba dentro de ella. Y veía ese mismo conflicto en su rostro. Conteniendo acorralado el propio deseo, con paciencia, compasivo incluso, la sedujo. Largos besos arrebatadores, lánguidas caricias perezosas... Cuando Tucker sintió que el cuerpo de ella se disolvía contra el suyo, y escuchó cómo brotaba su nombre de aquellos maravillosos labios, se dio cuenta de que él no estaba reprimiendo su deseo en absoluto, de que aquello era justamente lo que él quería.

Sus miradas se encontraron, se sostuvieron, mientras él la desvestía con lentitud. Desnuda. Vulnerable. Los dos entendían que las dos palabras eran intercambiables, y que ese único acto había llevado lo que sucedía entre ellos más allá de la agitada cópula semidesnuda en el sofá. Con manos vacilantes, ella le despojó de la húmeda camisa. Deslizó la punta de los dedos por el torso desnudo, bajando hacia el vientre. Sintió el cálido sabor del triunfo cuando los músculos de Tucker temblaron bajo aquel roce titubeante. Después de un suspiro áspero, ella le desabrochó los vaqueros, incorporándose para bajárselos por las caderas y quitárselos.

Estaban arrodillados en el centro de la cama. El colchón cedía bajo su peso con un gruñido, y el calor los acosó, implacable, al tiempo que el viento se calmaba y la lluvia se convertía en un suave tamborileo. Ella le rodeó la cintura con los brazos. Él hundió el rostro en su cabello. Sorpresa y un punto de miedo apareció en sus ojos cuando él le echó la cabeza hacia atrás. Su mirada se oscureció de pasión mientras él aplastaba sus labios contra los de ella.

Ésa era la bestia que se ocultaba detrás de aquella fachada de perezosa afabilidad. Caroline creyó sentir su rugido recorriéndola por entero, tirando de

su correa, amenazando con devorarlos de un solo bocado salvaje.

Hundió los dedos en sus caderas, que se volvieron flácidos cuando Tucker moldeó el suave cuerpo con el suyo. Él decía algo pero aquel áspero susurro se perdió en el latir de su pulso.

Sí, eso era lo que él quería. Todo cuanto deseaba. Sentirla dúctil de placer. Saborear la caliente necesidad en su boca. Escuchar ese sonido, suave e impotente, que brotaba de lo más hondo de su garganta al perderse en él. Saber que ella no pensaba en nada ni en nadie que no fuese él.

—Caroline —dijo Tucker. Se afirmó presionando los labios contra el hombro de ella, dejando que sus dientes se deslizaran por aquella curva perfumada—. Hay algo que necesito hacer.

—Sí. —Ella tendió la mano hacia el miembro viril, pero él la atrapó por la muñeca.

—No, eso no. Todavía no. —Con la mirada fija en ella, la presionó hacia atrás y la cubrió con su cuerpo. Le mordisqueó los labios, atormentándola más que satisfaciéndola—. Lo que necesito hacer ahora... —Le cogió el mentón con suavidad entre los dientes y luego, delicado pero con firmeza, le agarró las manos—. Es volverte loca.

—Tucker.

—Si dejas que me acaricies ahora, todo esto se acabará demasiado pronto. —Tucker se deslizó hacia abajo por su cuerpo, haciendo círculos en torno a sus senos con besos lentos dados con la boca abierta—. Existe una vieja tradición sureña —dijo, haciendo vibrar después la lengua sobre un pezón y viendo cómo se le nublaban los ojos—: Que si algo merece la pena, hay que tomárselo con toda la calma del mundo.

Caroline flexionó las manos en las de Tucker, desesperada, mientras él pasaba a su otro pezón.

—No puedo.

—Por supuesto que sí, cariño. —Descendió por su cuerpo y la atrajo hacia su boca hasta que la oyó chillar; entonces la soltó con dulzura—. Voy a demostrarte que puedes. Luego, si decides que no te gusta, probaremos de nuevo.

Ella se retorció, agitando la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, nerviosa, cuando la ola de sensaciones empezó a crecer. Tucker saboreaba con labios y dientes y lengua. El aire era demasiado denso para respirar. Caroline tuvo que luchar para llenarse los pulmones de aire y luego lo expulsó con un sonido sibilante a través de sus temblorosos labios. Pero aun cuando su mente se resistía al sometimiento total, su cuerpo la traicionaba. Se regocijaba en la gloria ardiente y primigenia de la posesión. Se estremecía y pugnaba por alcanzar la salvaje liberación que él sostenía fuera de su alcance.

Eran carne húmeda resbalando sobre carne húmeda mientras Tucker se deslizaba hacia abajo sobre ella, tan prisionero él como ella. Un gemido se arrastró desde su interior y surgió, seductor, al aire cargado de pasión. Tucker frotó la mejilla contra el vientre femenino, la anticipación de la intimidad subiéndosele a la cabeza, como si se tratara de un vino excelente. Antes habría dicho que sabía cuanto se necesitaba saber acerca del placer. Antes habría negado que el placer variara de una mujer a otra.

Pero era la fragancia de Caroline la que jugaba con sus sentidos, su aliento sollozante el que aceleraba los latidos de su corazón, su tierna piel pálida la que vibraba bajo sus labios.

Y todo era diferente.

Ella arqueó el cuerpo al máximo cuando Tucker le lamió el botón sensible de su clítoris. Se entretuvo a escasos centímetros del núcleo del calor, torturándolos a ambos hasta que él sintió que el cuerpo de Caroline se ponía tenso, inmóvil, y luego se relajaba.

El primer orgasmo le llegó a borbotones y dejó su cuerpo flácido, haciendo que flotara, ingravida, sin percibir la habitación ni el calor, sólo aquel alivio sobrecogedor. Curvó los labios. Con las manos ya libres, se acarició el cuerpo, aturdida, rozando su piel bañada en sudor hasta llegar abajo y mesar el cabello de Tucker.

—Supongo que al final me ha gustado —logró decir.

—Todavía no hemos terminado —gruñó Tucker entre sus muslos. Ahuecó las manos bajó las nalgas de Caroline, la levantó hacia su boca y engulló su sexo.

De la placidez, la lanzó a la tormenta con tal rapidez que se le atragantó el aliento. Sus manos dejaron de acariciarlo, se deslizaron de sus hombros, húmedos de sudor, para aferrarse, desesperadas, a las sábanas. Oleada tras oleada de titánicas sensaciones la asaltaron hasta quedar presa sólo de la codicia. La de él y la suya. Tucker abandonó los mimos tiernos, y sus manos, que se habían deslizado por su cuerpo como seda sobre terciopelo, buscaron y exigieron con una rudeza tan excitante como inesperada.

Los placeres oscuros empezaban a despertar, los placeres oscuros y secretos que nacían en las cálidas noches de verano. Se revolcaron por la cama, agitándose entre las sábanas con la misma libertad que los animales copulando entre la hierba.

Tucker luchó contra la marea una última vez, arrastrándola consigo con manos que temblaban.

—¡Mírame! —rugió. Su pecho se sacudía con cada aliento, y encajó su cuerpo sobre el de ella—. Caroline, mírame.

Ella abrió los ojos con un pestañeo, y él vio que sus iris eran negros como la noche.

—Esto es más. —Tucker bajó la boca para encontrarse con la de Caroline, y las palabras quedaron amortiguadas contra sus labios al tiempo que la penetraba, sumergiéndose en ella—. Esto es más.

Extenuada, Caroline permaneció tendida, somnolienta, a gusto con el peso de Tucker sobre su cuerpo. Algunos dolores empezaron a manifestarse, pero incluso eso la hizo sonreír. Siempre había considerado que era la amante idónea, aunque al final Luís no estuviera en absoluto de acuerdo, pero nunca se había sentido tan orgullosa.

Lanzó un leve suspiro y se estiró. Con un gruñido, Tucker rodó sobre sí mismo para invertir la posición.

—¿Mejor? —preguntó cuando ella quedó sobre él, la cabeza apoyada en su pecho.

—Antes estaba bien. —Volvió a sonreír—. Muy bien. —Otro suspiro y abrió los pesados párpados. Tras un instante de perplejidad, se dio cuenta de que estaban, espatarrados, a los pies de la cama—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Destreza. Concédeme unos minutos y haremos el trayecto de vuelta hasta el otro lado.

Ella apretó los labios contra su torso.

—Ha dejado de llover. Pero ahora hace más calor que antes.

—Tal vez hayamos tenido algo que ver con ello.

Caroline se reanimó para levantar la cabeza.

—¿Sabes qué me apetece ahora?

—Cariño, cuando recupere mis energías, haré cuanto pueda para darte lo que necesites.

—Lo recordaré. Pero... —Bajó la boca para encontrarse con la de él—. Lo que me apetece en este mismo instante, y lo que necesito ahora mismo, es un helado. —Le sonrió, picara—. ¿Quieres un poco de helado, Tucker?

—Creo que haré un esfuerzo, ahora que lo mencionas. —Tenía la divertida fantasía de lamer ciertas zonas interesantes de su cuerpo después de haberlas embadurnado con helado de fresa—. ¿Vas a traerlo a la cama?

—Eso había pensado. —Tras concederse la satisfacción de otro beso, Caroline se deslizó de la cama para dirigirse hacia el armario y hurgar en su interior en busca de una bata—. ¿Una bola o dos?

Tucker sonrió de oreja a oreja al ver que ella se cubría los senos con la bata.

—Soy un hombre de dos bolas. ¿Quieres que te ayude?

—Creo que me apañaré sola.

—Bien —murmuró Tucker, entrelazando las manos detrás de la cabeza y cerrando los ojos. Caroline salió de la habitación, segura de que Tucker aprovecharía aquella pausa para dormir una siesta.

En la cocina, sirvió el helado a la luz de un quinqué. Se le ocurrió pensar que aquel momento perduraría en su memoria para siempre: la cocina caliente, el olor de la lluvia y del quinqué, la fuerte y sana languidez después del amor, servir helado para tomárselo en la cama...

Tarareaba para sí mientras llevaba los tazones por el pasillo. Ni siquiera la brusca interrupción del teléfono pudo aguarle el ánimo. Dejó uno de los tazones sobre la mesilla, se puso el auricular entre el hombro y la oreja, y metió la cuchara en el otro tazón.

—Diga.

—Caroline. Menos mal.

La cuchara se detuvo a medio camino entre el tazón y su boca. Caroline la metió de nuevo en el tazón, y dejó éste sobre la mesilla. Por lo visto, todavía había algo capaz de aguarle el ánimo. La voz de su madre.

—Hola, madre.

—Hace más de una hora que trato de hablar contigo. Han debido de tener un problema con los cables. Algo que no me sorprende además, si tenemos en cuenta el tipo de servicio que hay por allá abajo.

—Hemos tenido tormenta. ¿Cómo estáis, papá y tú?

—Muy bien. Tu padre ha tenido que ir unos días a Nueva York, pero yo había adquirido ya varios compromisos y no he podido acompañarlo.

Georgia Waverly hablaba deprisa, sin rastro de su pasado sureño que tanto se había esforzado para eliminar, de su voz y de su corazón.

—Estoy preocupada por ti —prosiguió su madre, y Caroline se la imaginó sentada tras el escritorio de palisandro, en el immaculado y exquisito saloncito, tachando el nombre de su hija de una de sus incontables listas.

Pedir las flores. Asistir al almuerzo de beneficencia.

Preocuparme por Caroline.

La imagen despertó en ella una desagradable sensación de culpa.

—Nada hay por lo que tengas que preocuparte.

—¡Nada! ¡Esta noche he asistido a una cena en casa de los Fullbright, y he tenido que enterarme por Cárter de que mi hija ha sido atacada!

—No me hicieron daño —dijo Caroline rápidamente.

—Ya lo sé —replicó Georgia, irritada por la interrupción—. Cárter me lo ha explicado todo, que es más de lo que te has molestado en hacer tú. Ya te dije desde el principio que nada se te había perdido por allá abajo; pero, por supuesto, te negaste a escucharme. Ahora me cuentan (¡y por cierto, que no agradezco el hecho de enterarme de todo eso mientras me tomo la sopa!) de que estás implicada en una especie de investigación de un asesinato.

—Lo siento. —Caroline cerró los ojos. Las disculpas eran el pan de cada día cuando hablaba con su madre—. Todo ocurrió muy deprisa. Pero ha terminado ya.

Un movimiento en lo alto de la escalera hizo que mirara hacia arriba. Vio a Tucker y se volvió con gesto cansino.

—Cárter me ha dejado bien claro que eso no es cierto. Ya sabes que es el dueño de la cadena local de la NBC aquí en Filadelfia. Me ha dicho que la historia es del dominio público, y que varios equipos de periodistas han cogido el avión para cubrir la noticia en el lugar de los hechos. Por supuesto, al filtrarse tu nombre, se ha convertido en una noticia de primera plana.

—¡Dios mío!

—¿Qué has dicho?

—Nada. —«Sé razonable —se dijo con tono de advertencia—. Has de hallar la manera de ser razonable»—

Lamento que te hayas enterado de esto por otra persona. Y sé que la publicidad te irritará. Nada puedo hacer contra la prensa, madre, de la misma manera que tampoco me es posible cambiar lo que ha ocurrido. Siento mucho que esto te haya afligido.

—Por supuesto que me ha afligido. Y no es la primera vez. Por ejemplo, cuando tuvimos que aplacar el escándalo que se produjo por tu hospitalización, de la anulación de tus compromisos de verano, de tu

alejamiento de Luís.

—Sí —dijo Caroline con voz seca—. Debe de haber resultado muy difícil para ti. Fue muy desconsiderado por mi parte derrumbarme de aquella manera.

—No emplees ese tono conmigo. Si no te hubieses alterado tanto por una pequeña desavenencia con Luís, nada de eso habría sucedido. Y ahora todo este asunto de tu estancia allá abajo, enterrándote en aquel lugar...

—No estoy enterrada.

—Desperdiciando tu talento. —Georgia arrasó por encima de las protestas de Caroline como un arado surcando tierra blanda—. Humillándote a ti misma y a tu familia. ¿Crees que he dormido tranquila una sola noche sabiéndote allí, sola y desprotegida?

Caroline se frotó el punto donde empezaba a dolerle la sien.

—Hace años que estoy sola.

Georgia no oyó el comentario, ni captó la melancolía que se percibía en él.

—Y ahora..., bueno. Podrían haberte matado, o violado.

—Sí, claro, y la publicidad habría sido espantosa.

Hubo una breve pausa.

—Ese comentario ha estado fuera de lugar, Caroline.

—Sí, tienes razón. —Se apretó los ojos con el pulgar y el índice y repitió la letanía de siempre—. Lo siento. Es posible que todavía esté un poco nerviosa por lo ocurrido.

«¿No me preguntas qué pasó, madre, ni cómo me siento, si necesito algo, o cómo me he comportado?»

—Te entiendo. Y espero que tú también entiendas mis sentimientos. Insisto que vuelvas a casa de inmediato.

—Estoy en casa.

—¡No seas ridícula! Tú no pintas más allí que yo misma. Te hemos criado para algo mucho mejor que eso, Caroline. Tu padre y yo te hemos dado todas las oportunidades. No permitiré que lo tires todo al traste por un capricho.

—¿Capricho? Vaya, ésa es una forma muy interesante de definirlo, madre. Bien, siento mucho decirte que no puedo hacer lo que tú quieres. Ni ser lo que tú deseas.

—No sé de quién has sacado esa vena de testarudez, pero es muy poco atractiva. No me cabe duda de que Luís también lo considera así, pero él es más tolerante que yo. Tiene una preocupación tremenda.

—Eso... ¿estás diciéndome que, contraviniendo mis deseos, has llamado a Luís?

—No siempre los deseos de una niña son lo que mejor le conviene. En cualquier caso, quería hablar con él acerca de tu concierto en la Casa Blanca este mes de septiembre.

Caroline se oprimió el estómago con una mano, donde sentía que comenzaba a formarse el nudo.

—Dejé de ser una niña la primera vez que me obligaste a salir a un escenario. Y no necesito para nada saber la opinión de Luís sobre mi concierto.

—No me sorprende tu actitud. Hace tiempo que esperaba esta clase de ingratitud. —La voz de Georgia sonó más tensa. Caroline se la imaginaba, tamborileando sus uñas manicuradas sobre la brillante superficie del escritorio—. Sólo me cabe esperar que cuando Luís se ponga en contacto contigo, lo trates con mejores modales que a mí. Tú y yo somos bien conscientes de que él es lo mejor que te ha ocurrido en tu vida. Él comprendió enseguida tu temperamento artístico.

—Él se dio cuenta enseguida de mi miserable ingenuidad. Supongo que no te importa lo más mínimo que lo encontrara en el camerino jodiendo con la flautista.

—Tu lenguaje es tan vulgar como tu entorno.

—Y puede ser más vulgar aún —replicó Caroline.

—Ya he oído bastantes tonterías. Insisto que vuelvas a casa. Sólo nos quedan unas pocas semanas, a partir de ahora, para preparar tu actuación en la Casa Blanca. Y, claro está, ni siquiera habrás pensado en tu vestido. He tenido que sacar tiempo de donde no tenía para consultarlo con tu diseñadora. Y ahora toda esta publicidad..., es muy perjudicial.

«Así pues, esto será un cuchillo en tu corazón», pensó Caroline.

—No hace falta que te ocupes de nada —dijo, cautelosa—. He hablado con Frances y hemos ultimado los detalles. Llegaré en avión a Washington para el concierto, y me volveré al día siguiente. En cuanto al traje, con el vestuario que tengo es más que suficiente.

—¿Has perdido el juicio? Ése es uno de los pasos más importantes de tu carrera. Ya he concertado entrevistas, sesiones de fotos...

—Entonces tendrás que anularlas —repuso Caroline, y añadió con ironía—: Y déjame que aplaque tu enorme preocupación por mí, madre. Estoy viva y me encuentro bien. El hombre que me atacó está muerto. Yo misma lo maté, por eso lo sé con tanta seguridad.

—Caroline...

—Por favor, da mis cariños a papá. Buenas noches —dijo Caroline, y colgó el auricular con movimientos lentos y suaves. Esperó un minuto largo, queriendo asegurarse de que sería capaz de hablar sin gritar—. Se ha derretido el helado.

Cogió los tazones y volvió a la cocina para dejarlos en la pila.

22

Pensó que aquél era su día para calmar angustias y atenuar culpas. Tucker se preguntó cómo un hombre podía pasar casi toda su vida cabalgando justo por encima de la superficie de aguas tormentosas, y encontrarse de pronto hundido hasta el cuello en la borrasca.

Las emociones de Caroline crepitaban aún en el aire. Era como si alguien hubiese metido un cable electrificado en aquellas aguas revueltas, donde chasquearía y echaría chispas.

Le apetecía fumar, pero tenía el paquete de cigarrillos en la camisa, probablemente tan empapado como el resto de su ropa.

Miró hacia arriba por las escaleras en sombras, anhelando la paz y soledad del dormitorio, y luego se volvió hacia la cocina, donde parpadeaba la luz del quinqué y se mascaba la tensión.

Cuando entró, Caroline estaba de pie delante de la pila, mirando por la ventana, como había hecho la mañana que Burns la visitó. Sólo que en ese momento sólo podía contemplar la oscuridad.

Tucker no quería que la contemplara sola. Se le acercó por detrás, y una ola de frustración lo invadió cuando sus hombros se pusieron rígidos al tocarla.

—Antes, cuando me encontraba con una mujer afligida tenía por norma contarle un chiste y acababa convenciéndola de que volviéramos a la cama. Cuando eso no funcionaba, cogía el portante y me iba. —A pesar de la resistencia de Caroline, empezó a darle masaje en los rígidos hombros—. Pero lo normal no parece que tenga mucho que ver contigo.

—Pues ahora te agradecería un chiste.

Tucker apoyó la frente en la nuca de Caroline. ¿No era mala suerte que no recordara ninguno? En ese momento sólo pensaba en que no quería que ella sufriera.

—Dime algo, Caroline.

Con un gesto nervioso, ella abrió el grifo para aclarar la pila.

—No hay nada que decir.

Tucker levantó la cabeza y vio el fantasma de su reflejo en el cristal de la ventana, con la negrura detrás. Sabía que ella también podía verlo, pero se preguntó si sabría lo frágil que era, y qué fácil sería borrarlo.

—Cuando has salido de la habitación hace un rato, todavía se notaba que habías estado allí, tendida a mi lado. Toda suave y tranquila. Ahora pareces muy tensa. No me gusta verte así.

—Esto nada tiene que ver contigo —murmuró Caroline.

La rapidez con que Tucker hizo que se volviera hacia él los sorprendió a los dos, así como la violencia apenas reprimida, que había en su voz.

—Si me quieres usar sólo para el sexo, dejando fuera todo lo demás, habla claro. Si lo que ha sucedido entre nosotros arriba no ha sido más que un revolcón entre sábanas calientes, dímelo y llevaremos este juego a tu manera.

Pero para mí ha sido más. —Le dio una rápida sacudida, como si quisiese derrumbar la pared que ella misma había levantado—. Maldita sea, nunca ha sido así.

—No me presiones —dijo Caroline con expresión de furia, poniendo una mano contra el pecho de Tucker—. Toda mi vida he tenido que soportar que otras personas me presionaran. Y eso se acabó.

—Conmigo no has acabado —repuso Tucker—. Si crees que con darme unos manotazos me echas a la calle, te equivocas. Yo estoy contigo. —Y para demostrárselo, apretó sus labios contra los de ella en un beso duro y posesivo—. Los dos nos acostumbraremos a ello.

—Yo no me tengo que acostumbrar a nada. Puedo decir sí, o puedo decir no, o puedo... —Se interrumpió, cerrando los ojos con fuerza—. Ay, ¿por qué me peleo contigo? No eres tú. —Aspiró hondo, zafándose con suavidad de su abrazo—. No eres tú, Tucker. Soy yo. Y nada consigo gritándote.

—No me molesta... demasiado, si con ello te sientes mejor.

Caroline sonrió, frotándose la sien con gesto distraído.

—Creo que una de las pastillas milagrosas del doctor Palamo haría mejor ese trabajo.

—Probemos de otra manera. —La cogió de las manos y la condujo hasta una silla—. Siéntate aquí mientras sirvo dos copas de ese vino que traje hace algún tiempo. Luego, si quieres, me cuentas por qué te ha dejado hecha polvo esa llamada.

—Hecha polvo. —Se sentó, y cerró los ojos—. Esta expresión es muy amplia, ¿verdad? Mi madre habría dicho alterada, pero me gusta hecha polvo. —Cuando abrió los ojos había un levísimo asomo de socarronería en ellos—. Llevo varios meses hecha polvo. Era mi madre quien llamaba.

—Eso me ha parecido. —Descorchó la botella—. Y que estaba... alterada por el suceso de ayer.

—Sí, por supuesto. Sobre todo porque fue el tema de conversación en una cena a la que asistió. El cotilleo también es una costumbre de los yanquis, aunque en el círculo de mi madre dirían que eso es sociabilidad. Ella está muy afligida porque la prensa se ha enterado del asunto, y yo tengo un importante compromiso pendiente. Teme que el presidente y el premier soviético no deseen escuchar el *Concierto Número Cinco para Violín* de Mozart, interpretado por una mujer que acaba de reventarle el rostro a un hombre de un disparo. —Aceptó la copa que Tucker le entregaba y la alzó en un rápido brindis—. Caroline, la hija de Georgia Waverly, no debe tener una publicidad de tan mal gusto. ¿Qué pensará la Liga de Mujeres?

—Tal vez tema por ti.

—Quizá. Aunque en honor a la verdad, ella no quiere que me ocurra nada. Yo sé que me quiere, pero a su manera. Y es tan difícil estar a su altura. —Bebió un sorbo de vino, y lo sintió frío, áspero y peleón—. Siempre ha querido lo mejor para mí, su idea de lo mejor. Y yo me he pasado la vida tratando de conseguírselo. Después de analizarlo todo a fondo, he llegado a la conclusión de que nunca más podré dárselo.

—La gente se acomoda a sus circunstancias —comentó Tucker, sentándose junto a ella. El quinqué parpadeaba entre ambos sobre la mesa—.

Quizá tarde un tiempo en aceptar que has cambiado las normas.

—O quizá nunca lo acepte. Eso es algo que necesito entender. —
Meciendo la copa con ambas manos, Caroline recorrió la habitación con la mirada. La vieja nevera retumbó, luego reanudó su zumbido quejumbroso. La lluvia goteaba rítmicamente por el desagüe.

Linóleo desgastado y cortinas desteñidas, pensó. La luz del quinqué era amable con la habitación, como hubiera sido con una mujer cansada. Caroline encontró esa idea increíblemente reconfortante.

—Amo este lugar —murmuró—. A pesar de lo que ha ocurrido, me siento bien aquí. Y necesito...

—¿Qué?

—Necesito pertenecer a un lugar. Necesito la sencillez, la continuidad.

—No creo que debas disculparte por eso —dijo Tucker.

Así pues, él se había dado cuenta ya, pensó ella con una sonrisa vaga, ceñuda. El consabido tono apologético seguía allí, siempre que ella se apropiaba de algo para sí misma.

—No, eso es cierto —musitó Caroline—. Intento superarlo. Pero ella nunca entendería esto que te estoy diciendo, lo que siento. Y, por supuesto, es incapaz de entender que lo necesito.

—Entonces se trata de complacerla a ella, o de complacerte a ti misma —sugirió Tucker.

—Yo he llegado a la misma conclusión. Pero es difícil, porque se siente insultada cuando hago lo que me apetece. Ella creció en esta casa, Tucker. Eso la avergüenza. Y también la avergüenza el que su padre cortara algodón para ganarse la vida y que su madre preparara mermeladas. Está avergonzada del lugar en que nació, y de las dos personas que le dieron la vida y que hicieron todo lo posible para que esa vida fuera buena.

—Ese es su problema, nunca el tuyo.

—Pero esa vergüenza suya es la causa de que yo esté aquí. Y eso nos conecta. Supongo que las familias son así, y la verdad es que nadie puede elegir su eslabón en la cadena.

—Tal vez, pero sí puedes elegir el que viene después.

—Y el que viene después sigue ligado al que vino antes. Nunca me dio la oportunidad de conocer a mis abuelos. Ellos se privaron de muchas cosas para que ella fuese a la universidad en Filadelfia. Jamás se lo he oído comentar a mi madre —añadió, y hubo un amargo resentimiento en su voz—. Lo he sabido por Happy Fuller. Mi abuela hacía trabajos para otros. Lavaba ropa, cosía, hacía lo que las mujeres de aquí llaman labores de fantasía para vender y todo eso para poder pagarle las matrículas. No tuvieron que hacerlo por mucho tiempo, lo cual fue una bendición para ellos, me imagino. Conoció a mi padre durante el primer trimestre. A menudo, él me cuenta la historia de cómo intentó zafarse de la cita a ciegas que su compañero de habitación le había arreglado. Y de cómo se enamoró de mi madre, en el instante mismo que posó sus ojos en ella. ¿Alguna vez te imaginas a tus padres así? ¿Enamorándose en su primera cita?

—Mi padre le echó el ojo a mi madre cuando ella apenas contaba doce

años. Luego le hizo esperar seis años.

—Los míos fueron más rápidos. Se casaron antes de que mi madre acabara su primer año de universidad. Los Waverly eran una familia antigua, de gran prestigio en Filadelfia. Mi padre tenía ya su futuro en el campo del derecho empresarial. Sé que debió de resultar difícil para ella encajar en ese sector de la sociedad. Pero siempre ha sido más esnob que cualquiera de los Waverly. Una casa en la mejor zona de la ciudad, ropa de los modistas más exclusivos, vacaciones apropiadas en lugares de veraneo apropiados en la temporada apropiada.

—Muchas personas tienden a exagerar cuando tienen algo que demostrar.

—Uf, ella tenía muchas cosas que demostrar. Y sin perder el tiempo, produjo una niña para que la ayudara en eso. Tuve una niñera que se ocupaba de los aspectos más engorrosos de la crianza de un niño, pero mi madre tomó las riendas del decoro, la conducta, las actitudes... Solía enviar por mí, y yo entraba en su saloncito. Allí olía siempre a rosas de invernáculo y a Chanel. Entonces me instruía, con paciencia, sobre lo que cabía esperar de una Waverly.

Tucker se acercó para acariciarle el cabello.

—¿Y qué cabía esperar de una Waverly?

—La perfección.

—Esa sí que es dura. Siendo un Longstreet, lo único que mi padre esperaba era que yo fuese «un hombre». Claro que eso estaba escrito en grandes letras mayúsculas, y sus ideas y las mías se fueron apartando al cabo de un tiempo. Y tampoco usaba el salón —evocó Tucker—. El cobertizo se aproximaba más a su estilo.

—No, mi madre nunca me levantó la mano. No tenía necesidad de ello. Fue idea suya que yo comenzase a tocar el violín. Para ella, aquél era un signo de clase. Y yo tendría que estarle agradecida —dijo Caroline con un suspiro—. Pero después no bastó con que tocara bien. Debía ser la mejor. Por suerte para mí, yo tenía talento. Un prodigio, me decían. Con diez años, esa palabra me ponía la piel de gallina. Ella seleccionaba mi música, mis instructores, mi ropa para los recitales, de la misma manera que escogía mis amigos. Entonces empecé a hacer giras, esporádicas al principio, por mi edad. Tuve tutores, y las giras aumentaron. A los dieciséis años, mi camino estaba ya trazado. Y por casi doce años más, lo seguí.

—¿Por qué?

—Quería que ella me amara. —Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero las detuvo con un parpadeo—. Yo temía que no fuera así. Estaba segura de que no me amaría si yo no era perfecta. —Avergonzada, hizo ademán de apartar una lágrima que había atravesado sus defensas—.

Suena patético.

—No. —Él mismo secó la lágrima—. Sólo triste, por tu madre.

Ella inspiró, temblorosa, como una nadadora luchando por llegar a la orilla.

—Hace unos tres años conocí a Luís en Londres. Era el director de orquesta más brillante con quien he trabajado. Era joven, treinta y dos años,

cuando lo conocí, y se había granjeado una reputación espectacular en Europa. Dirigía una orquesta igual que el *matador*¹ domina una plaza de toros. Decidido, arrogante, sexual. Físicamente arrebatador, y magnético.

—Ya, me imagino el retrato.

Ella rió un poco.

—Yo tenía veinticinco años. Y nunca había estado con un hombre.

Tucker, que había empezado a beber, dejó la copa.

—¿Nunca habías...?

—¿Que si alguna vez me había pegado un revolcón? —Caroline esbozó una media sonrisa al ver la expresión de Tucker atónita. Pero la sonrisa duró poco—. No.

Mientras crecía, mi madre me llevaba con la correa bien corta, y yo no tenía suficientes agallas para tirar de ella demasiado a menudo. Cuando yo necesitaba un acompañante para algún acontecimiento, mi madre lo elegía. Y yo diría que su gusto y el mío no encajaban demasiado. Los hombres que ella encontraba adecuados para mí no me interesaban.

—Por eso te gusto yo —dijo Tucker, inclinándose para darle un beso—. Se le pondría el cabello blanco sólo con verme.

—Fíjate que ni siquiera había pensado en ello. Otro triunfo para mí. —Complacida con la idea, Caroline chocó otra vez su copa contra la de Tucker—. Después, cuando empecé a salir de gira sola, el programa me resultaba muy duro, y yo era una... Reprimida, ésa es la palabra.

Tucker pensó en la mujer que acababa de revolcarse en la cama con él.

—Ya.

Ella no sabía que el sarcasmo pudiera resultar así de tranquilizador.

—Mi sexualidad estaba atada a mi música. Y, desde luego, yo no me consideraba la clase de mujer que se metería en la cama con el primer hombre atractivo que le hiciera una seña con el dedo. —Cogió la botella de vino—. Treinta y seis horas después de mi primer ensayo con Luís, se vio claro que yo estaba equivocada.

Caroline se encogió de hombros y tomó un sorbo de vino.

—Me colmó de atenciones. Flores, miradas melancólicas, desesperadas promesas de un amor eterno. No podía vivir sin mí. Su existencia había carecido de sentido hasta que me conoció... Me hizo todo el numerito. Debería añadir que mi madre lo adoraba. Sus antepasados habían pertenecido a la aristocracia española.

—Muy conveniente —dijo Tucker.

—Uf, sobre todo eso. Cuando tuve que dejar Londres para ir a París, todos los días me llamaba por teléfono, me enviaba pequeños regalos encantadores, flores hermosas. Fue a Berlín para estar un fin de semana conmigo. Y así por más de un año; y si me llegaban rumores de que tenía un romance con alguna actriz, o de que se mostraba cariñoso con una conocida dama de la alta sociedad, yo los ignoraba. Pensaba que eran chismorreos

¹ En español en el original.

maliciosos. Sí, es posible que sospechara algo, pero si yo intentaba comentarle lo que había oído, Luís montaba en cólera y me reprochaba mis celos gratuitos, lo posesivo de mi actitud, mi falta de autoestima. El trabajo me mantenía muy ocupada. Acababa de firmar un contrato para una durísima gira de seis meses.

Permaneció en silencio, recordando: aeropuertos, hoteles, ensayos, conciertos... La gripe que había pillado en Sidney, que la había acompañado hasta Tokio. Las tensas conversaciones con Luís. Las promesas. Las decepciones. Y el recorte de periódico que alguien había dejado en la mesa de su camerino. Con la foto de Luís abrazando a una bella actriz francesa.

—No tiene sentido que te cuente todos los detalles escabrosos del asunto, pero la gira fue implacable, mi relación con Luís iba de mal en peor, y mi confianza (la confianza en mí misma como persona) empezó a vacilar. Luís y yo acabamos con una horrible escena llena de acusaciones y lágrimas (sus acusaciones y mis lágrimas). En aquella época de mi vida, yo no había aprendido aún a pelear bien.

Tucker puso una mano sobre la de ella.

—Pero aprendiste rápido.

—Cuando he decidido hacer algo, soy buena alumna —suspiró Caroline—. Lástima que tardara casi veintiocho años en decidirme. Al separarnos Luís y yo me habría gustado descansar un tiempo, pero ya estaba comprometida para todas aquellas interpretaciones como solista y también para un programa especial en la televisión por cable. Mi salud... —le resultaba difícil admitirlo, incluso en ese momento. Por muy ilógico que fuera, aún se avergonzaba de la enfermedad—, se iba deteriorando. Y yo... —Espera. ¿Qué significa eso de deteriorando? —preguntó Tucker.

Incómoda, Caroline se removió en su silla y empezó a jugar con el pie de la copa.

—Los dolores de cabeza... Yo estaba acostumbrada a que me doliera, pero se volvieron más frecuentes y agudos. Perdí algo de peso. Mi apetito se vio afectado porque nada parecía sentarme bien. Insomnio, y la fatiga resultante de todo ello.

—¿Por qué no te cuidabas?

—Pensaba que sólo eran caprichos de niña mimada y temperamental —reconoció Caroline—. Además, yo tenía responsabilidades. Había gente que dependía de mis conciertos, y éstos de mí para que salieran bien. —Se interrumpió con una risita—. Excusas, como el sabio doctor Palamo solía decir. En verdad me estaba ocultando. Utilizaba mi trabajo para escapar. La represión no era sólo sexual. Había sido enseñada a comportarme con propiedad, para presentar una determinada imagen y estar a la altura de mis posibilidades. Y, como mi madre decía, encontrarse mal no es razón para que una dama demuestre que se siente indispuesta. Me resulta mucho más fácil ignorar los síntomas que afrontarlos. Cuando estaba grabando el especial para televisión en Nueva York, se presentó allí mi madre. Junto con Luís. Me enfadé tanto, y me sentí tan herida, que abandoné el plato. —Caroline esbozó una ligera sonrisa, que se convirtió en carcajada—. Jamás había hecho algo así en toda mi vida. Debajo de la rabia y el dolor estaba aquel pequeño tesoro de mi triunfo. Yo había tomado el control. Había actuado por impulso, por pura

emoción, y el mundo no había dado un estrepitoso frenazo. Fueron cinco minutos muy intensos.

Ya no podía seguir quieta, sin moverse, y se apartó de la mesa para vagar por la cocina.

—Fue el tiempo que tardó mi madre en entrar en mi camerino como un huracán a leerme bien la cartilla. Mi comportamiento era el de una niña mimada, una artista insufrible, una diva. Traté de explicarle que me sentía traicionada porque ella se había presentado allí con él, pero me avasalló. Yo era grosera, estúpida, desagradecida... Luís estaba dispuesto a perdonarme por ser tan impetuosa, por tener excesiva sensibilidad, por mostrar unos celos tan absurdos, y por atreverme a plantarle cara. Como es lógico, me disculpé.

—¿De qué? —preguntó Tucker, sorprendido.

—De lo que ella quisiera que me disculpara —dijo Caroline haciendo un gesto con la mano—. Al fin y al cabo, sólo quería lo que más me convenía. Ella se había preocupado de que yo tuviera lo mejor. Había trabajado, sacrificándose al máximo, para que yo tuviera una carrera brillante.

—Supongo que tu talento no contaba para nada —comentó Tucker.

Caroline lanzó un prolongado suspiro, intentando expulsar con el aire un poco de amargura.

—No puede evitarlo, Tucker. Hace tiempo que trato de aceptarlo, y creo que estoy a punto de conseguirlo. Hubo un tiempo en que yo tampoco podía evitarlo. Aquella noche Luís vino a verme a la suite del hotel. Estuvo encantador, dulce, lleno de arrepentimiento, y dándome explicaciones. Me habló de la tensión por que había pasado al estar alejado tanto tiempo de mí, aunque se apresuró a decirme que eso no excusaba su infidelidad. Pero se había sentido tan solo, tan vulnerable..., y mis dudas y preguntas no habían hecho más que agravar la tensión. Las demás mujeres..., habían sido sólo sustitutas para él.

Caroline cogió la copa de la mesa con gesto brusco.

—¿Crees que una mujer sería capaz de tragarse algo así, aunque no le funcionara más que una neurona en el cerebro?

Tucker decidió arriesgarse y le lanzó una sonrisa.

—Sí.

Ella detuvo en seco sus paseos por la cocina, se lo quedó mirando y se echó a reír.

—Claro, tú sí. Y yo. Era el único hombre que me había hecho el amor. Es posible que si yo hubiese tenido antes otros ligues, no me hubiera mostrado tan dispuesta a caer en la misma rutina. Puede que si yo hubiese tenido la misma confianza en mí misma como mujer que tenía como concertista, le hubiera dado con la puerta en las narices. Pero acepté que todos los errores quedaran atrás y empezar de nuevo. Incluso hablamos de casarnos. Claro que de una manera muy vaga, difusa. Cuando llegase el momento adecuado, solía decirme él. Cuando las cosas nos fueran bien. Y porque él me lo pidió, me comprometí en hacer otra gira.

Un poco sorprendida, Caroline miró su copa de vino.

—Estoy emborrachándome.

—No importa, yo conduciré —sonrió Tucker—.

Cuéntame el resto.

Ella se recostó contra uno de los mostradores.

—Luís dirigiría la orquesta, yo sería la artista estrella. La gira iba a ser muy dura, pero estaríamos juntos. ¿Y acaso no era eso lo que nos importaba? El doctor Palamo, a quien yo había empezado a ver, me dijo que hiciera todo lo contrario. Lo que yo necesitaba era descanso, tranquilidad... Es que yo tenía una úlcera un poco fea, ¿sabes? Y los dolores de cabeza, el insomnio, la fatiga. Todo era producido por el estrés, y el médico me dejó bien claro que si yo emprendía otra gira, empeoraría las cosas. Pero no le hice caso.

—Tendría que haberte ingresado en un hospital y encadenarte a una cama —gruñó Tucker.

—Le habría gustado hacerlo. —Caroline bebió más vino, entretenida con su relato—. Mi madre dio una fiesta la noche antes de marcharnos. Estaba en su elemento, y disfrutó en grande insinuando que aquello en realidad era una fiesta de compromiso. Luís la respondió con muchos guiños y carcajadas alegres. Y nos fuimos. Como ya te he dicho, Luís es un gran director, exigente, temperamental, y absolutamente brillante. Empezamos la gira por Europa. Triunfal. Después de la primera semana, él se mudó a su propia suite, alegando que mi insomnio apenas lo dejaba descansar.

—Hijo de puta rastrero —masculló Tucker. —Rastrero no —lo corrigió Caroline meticulosamente—. Hábil, muy hábil. Con lo otro, estoy de acuerdo. A nivel profesional, Luís supuso una enorme suerte para mí. Me estimulaba en el terreno musical. Decía que yo era la artista más grande con quien él había trabajado en su vida, pero que podía ser mejor. El me creaba, me esculpía.

—¿Y por qué no se compró un poco de plastilina? —preguntó Tucker, asombrado.

Ella soltó una risita.

—Me gustaría habérselo preguntado. Para ser justa con él, debo decir que nunca, ni una sola vez, escatimó en su dedicación a mejorar mi rendimiento como artista. Pero cuando tenía que tratarme sólo como mujer, patinaba que daba pena. Empecé a sentirme como un instrumento suyo, él lo afinaba, lustraba, le cambiaba las cuerdas; estaba tan cansada, enferma e insegura, que Luís se ponía hecho una fiera cuando yo aparecía en un ensayo, exhausta y frágil. A mí también me daba rabia. Me irritaba ver las miradas de compasión que me lanzaban los músicos y los montadores.

»Toqué bien, muy bien. En general, la gira no es más que una bruma de teatros y habitaciones de hotel, pero sé que toqué como en mis mejores momentos, quizá mejor de lo que jamás tocaré en el futuro. Cogí una especie de virus por el camino, y sobrevivía a base de antibióticos, zumos de fruta y música. No volvimos a acostarnos juntos. Él me decía que yo no le daba lo mejor de mí. Y tenía razón. Luego me aseguró que cuando terminásemos la gira, nos iríamos juntos. Y yo viví de eso. El final de la gira, los dos tumbados en una playa de arenas calientes, juntos.

»Pero no acabé la gira. Estábamos en Toronto, y ya habíamos hecho las tres cuartas partes de ella. Me encontraba fatal, y me veía incapaz de llegar al final del concierto. Me desmayé en mi camerino, y me asusté mucho cuando recuperé la conciencia y me vi tendida en el suelo.

—¡Santo cielo, Caroline! —susurró Tucker. Se disponía a levantarse, cuando ella sacudió la cabeza.

—Suenan peor de lo que fue en realidad —dijo ella sonriendo—. No estaba inválida, pero me sentía demasiado cansada. Además, yo tenía un dolor de cabeza espantoso, de esos que hacen que te encojas y te eches a llorar. Yo me repetía, una y otra vez, que no era más que una actuación, sólo una, y que si se lo explicaba, Luís lo entendería. Así que fui, pero él también estaba en el suelo de su camerino. Sólo que con la flautista debajo de él. No me vieron —dijo Caroline casi para sí, y luego se encogió de hombros—. Mejor. Yo no tenía fuerzas para discutirme con nadie. Y esa noche subí al escenario. Una actuación estelar. Tres bises, y al final, el público en pie, aplaudiendo, me obligó a salir seis veces para recibir su homenaje. Quizá hubieran seguido, pero cuando cayó la sexta vez, yo caí con él. No recuerdo nada más hasta que desperté en el hospital.

—Alguien tendría que haberle enviado a él al hospital —espetó Tucker.

—No fue culpa suya. Él era un síntoma más. Todo fue culpa mía, de mi penosa necesidad de hacer siempre aquello que se esperaba de mí. Luís no fue el causante de que me pusiera enferma. Me lo había buscado yo. Diagnóstico: agotamiento —dijo Caroline en voz baja. Con un movimiento nervioso de los hombros, volvió junto a la mesa para servirse un poco de vino, y escancié las últimas gotas de la botella—. Para mí fue humillante. No sé por qué, pero no me habría parecido tan terrible tener un tumor o una enfermedad exótica. Me hicieron un sinfín de pruebas, hurgaron, comprobaron, me analizaron por dentro; pero al final resultó que sólo era un estúpido agotamiento agudizado por el estrés. El doctor Palamo cogió un avión y se presentó en el hospital para tratarme él mismo. Nada hubo en su actitud de aquel «ya te lo decía yo». Sólo competencia y compasión en sus atenciones. Una vez, incluso echó a Luís de la habitación.

Tucker alzó la copa.

—Brindo por el doctor Palamo.

—Fue bueno conmigo, me ayudó mucho. Si yo necesitaba llorar, me dejaba llorar. Y cuando necesitaba hablar, él me escuchaba. No es psiquiatra, y aunque me recomendó uno, me sentía muy cómoda hablando con él. Cuando creyó que había llegado el momento propicio, hizo que me trasladaran a un hospital de Filadelfia. En realidad, aquello era más bien una casa de reposo. Mi madre dijo a todo el mundo que estaba recuperándome en una villa de la Riviera. Mucho más sofisticado.

—Caroline, debo decirte algo: creo que tu madre no me gusta —suspiró Tucker.

—Tranquilo, tú tampoco le gustarías a ella —sonrió Caroline—. De todos modos, mi madre cumplió con su deber. Me visitaba tres veces por semana. Mi padre me llamaba por teléfono todas las noches, incluso los días que me visitaba. La gira siguió sin mí, y la prensa prestó especial atención a mi derrumbamiento, y al hecho de que Luís se acurrucaba en los brazos de la flautista. Me envió flores, junto con notitas románticas. No tenía ni idea de que yo le había visto con ella.

«Pasaron unos tres meses antes de que yo estuviera lo bastante bien para volver a casa. Supongo que aún seguía un poco frágil, pero nunca me

había sentido tan fuerte en toda mi vida como entonces. Empecé a darme cuenta de que yo había dejado que me trataran como a una víctima. Que había permitido que explotaran lo que yo tendría que haber atesorado como un regalo. Mi talento era mío, mi vida era mía. Mis sentimientos eran míos. Cielo santo, no puedo expresar con palabras la fiesta que fue para mí entender todo eso. Cuando los abogados contactaron conmigo por el asunto de mi abuela, supe de inmediato lo que quería hacer. Lo que iba a hacer.

»Cuando se lo dije, mi madre se puso furiosa. Pero yo no me limité a enfrentarme a ella, Tucker, que en realidad era a lo único que yo aspiraba. Entré en aquel maldito saloncito tan cursi que tiene, y grité, rabié, exigí. Por supuesto, luego me disculpé. Las viejas costumbres tardan en morir, pero yo defendí a capa y espada lo que creía que necesitaba. Y me vine al Sur.

—A Innocence.

—Pasando por Baltimore. Yo sabía que Luís estaba allí, dando unos conciertos. Llamé de antemano, para que supiese que iría a visitarle. Estaba ilusionadísimo, encantado. Cuando llegué a su suite, me tenía preparada una cena íntima. Le arrojé una copa de champán al rostro, y luego le solté todo cuanto llevaba dentro. Me sentó de maravilla. Se enfureció tanto que incluso me siguió hasta el pasillo cuando me marché. El señor de la habitación de enfrente (nunca supe cómo se llamaba) salió y vio que Luís intentaba arrastrarme hacia su habitación. Lo dejó allí tumbado. —Con los ojos entreabiertos, Caroline imitó un gancho con la derecha—. Un golpe directo a aquella mandíbula tan perfectamente esculpida, y Luís cayó al suelo, fuera de combate. —Ese hombre se merecía una copa —rió Tucker. —Habría sido lo más apropiado, supongo, pero yo todavía iba a cien, dominada por mis impulsos. Hice algo que jamás había hecho en mi vida. Cogí a aquel hombre, un desconocido, y le di un beso en plena boca. Luego me marché.

—¿Y cómo te sentías?

—Libre —suspiró Caroline, sentándose. De pronto cayó en la cuenta de que no había rastro de su dolor de cabeza. No tenía el estómago hecho un nudo, ni los músculos tensos—. Aún hay momentos, como con esta llamada, en que pierdo esa sensación. No se desprende uno de su pasado así, sin más, todo de una vez. Pero sé que nunca volverá a ser como antes.

—Qué bien. —Tucker le cogió una mano para besarle los dedos—. Me gusta cómo eres ahora.

—A mí también, en general. —Su copa había dejado un círculo de vaho en la mesa. Caroline dibujó unas líneas en la mancha de humedad—. Tal vez la distancia que me separa de mi madre nunca se acorte, y eso me duele. Pero aquí he encontrado algo.

—¿Paz y tranquilidad? —inquirió él, y ella se vio obligada a sonreír.

—Claro. Lo mejor es tener unos cuantos asesinatos para calmar los nervios. Raíces —dijo ella, levantando la vista—. Sé que te parecerá una tontería porque sólo pasé unos días en esta casa cuando yo era pequeña. Pero más valen raíces superficiales que ninguna.

—No son superficiales —murmuró Tucker—. Las cosas crecen rápido y calan hondo en el delta. Incluso cuando la gente se marcha, resulta difícil arrancarse esas raíces.

—Mi madre lo hizo.

—No, ella las plantó en ti, Caroline. —Tucker dijo su nombre con dulzura y se inclinó sobre la mesa para enmarcarle el rostro con las manos—. Me parece odioso lo que has tenido que pasar. No, mírame —insistió cuando ella bajó los ojos—. Una parte de ti quiere seguir avergonzada por todo eso. Y no quieres que ni yo ni nadie sienta lástima por ti. Pero yo no tengo la costumbre de reprimir mis sentimientos, así que tendrás que aceptarlos tal como vengan. No me gusta pensar que te han hecho daño, que has estado enferma, que has sido infeliz..., pero si todo eso te trajo hasta aquí (donde tú y yo estamos sentados), no puedo lamentarlo demasiado.

«Aquí, aquí mismo», pensó ella, y sonrió.

—Yo tampoco —susurró.

Tenía un aspecto tan frágil: huesos finos, piel delicada... Frágil, hasta que se veía qué había en sus ojos. Una profundidad, una fuerza que ella ni siquiera intuía todavía. Y él supo que deseaba estar a su lado, acompañándola en aquel descubrimiento íntimo.

—Hay cosas que quiero decirte, y no sé cómo hacerlo —aventuró Tucker.

Ella posó las manos sobre las suyas.

—Quizá, cuando me sienta más tranquila, me guste escucharlas. Ahora creo que tal vez sea mejor dejar las cosas como están.

Siempre había sido un hombre paciente, se recordó Tucker con tono de advertencia. Pero era difícil tener paciencia cuando se sentía el suelo abriéndose bajo los pies.

—De acuerdo. —Se inclinó para rozar los labios de Caroline con los suyos—. Deja que me quede contigo esta noche.

Ella sonrió bajo sus labios.

—Creía que nunca me lo pedirías. —Se levantó y le cogió las manos—. ¿Verdad que me has dicho que si no me gustaba a tu manera probaríamos de nuevo?

—¿No te ha gustado?

—Bien... no estoy muy segura. Quizá si me lo enseñases otra vez, me haría una idea más clara.

—Me parece justo. —Tucker miró hacia la mesa de la cocina y sonrió—. ¿Por qué no empezamos aquí mismo? —Le desató el cinturón de la bata—. Y luego pasaremos a... ¡Mierda! —exclamó al sonar el timbre del teléfono. Caroline dejó caer la cabeza sobre su hombro.

—Yo no contestaría, pero ella no parará de llamar.

—Me pondré yo.

—No, es que...

Tucker le cogió las manos antes de que pudiera atarse el cinturón de la bata.

—Deja que conteste yo. Si no consigo convencerla de que lo deje por esta noche, te pones tú.

Caroline vaciló por un segundo, pero decidió que la idea tenía cierto sentido.

—¿Por qué no?

Tucker le dio un beso ligero.

—Recoge la mesa —dijo por encima del hombro, y ella se echó a reír.

—Abuela —murmuró Caroline cogiendo el salvamanteles—, espero que no te importe. —Llevó las copas vacías y la botella a la pila y decidió que a su abuela quizá le hubiese gustado la idea de hacer el amor en su cocina.

—Qué rapidez —dijo al oír que entraba Tucker—. Me extraña que haya cedido con tanta facilidad. ¿Qué le... ? —Se interrumpió cuando se volvió y vio su expresión—. ¿Qué? ¿Qué ha ocurrido?

—No era tu madre. Era Burke. —Tucker se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, para darse valor e infundírselo a ella—. Darleen Talbot ha desaparecido. —Otra vez miró el reflejo de sus cuerpos perfilados en la ventana. A través de un cristal negro, pensó, y cerró los ojos—. Empezaremos la búsqueda en cuanto amanezca.

23

—¿Por qué no intentas dormir un poco? —suplicó Tucker, frustrado. Estaba de pie junto a Caroline, que disimulaba con maquillaje los estragos de una larga noche de insomnio e intranquilidad.

—No podría —replicó ella, aplicándose más crema bajo los ojos y extendiéndosela—. Me quedaría aquí sentada, esperando a que sonara el teléfono.

—Ve a Sweetwater —sugirió Tucker, detrás de ella, contemplándola en el pequeño espejo del lavabo. A pesar de las circunstancias, sentía una extraña y fuerte sensación de intimidad compartiendo aquel espacio privado, y siendo testigo de ese antiguo ritual de las mujeres—. Y te echas una siesta en mi hamaca.

—Tucker, no te preocupes por mí. Es Darleen quien debe centrar nuestro interés. Y los Fuller... Junior. Y el bebé, pobrecito. ¡Dios mío! —Caroline metía y sacaba el cepillito del rimel en el tubo, luchando por mantener la tranquilidad—. ¿Qué habrá ocurrido?

—Aún no estamos seguros de que le haya sucedido algo. Puede que se haya largado. Billy T. asegura que no la ha visto, pero después de la paliza que Junior le sacudió, mentiría si la hubiese visto.

—Entonces, ¿por qué ha dejado Darleen el coche a un lado de la carretera?

Ya lo habían hablado varias veces.

—Quizá iba a encontrarse con alguien. Ese tramo es bastante solitario. Tal vez ha dejado el coche allí para irse con alguno, sólo para dar una mala noche a Junior.

—Espero que tengas razón —dijo Caroline, mientras se peinaba. Entonces se volvió—. Ojalá tengas razón, porque si no, podría ser como con las otras. Y si es así, eso significaría que...

—No pienses en ello hasta que sea necesario —dijo Tucker, cogiéndola por los antebrazos con ternura—. Día a día, ¿recuerdas?

—Lo intento —suspiró Caroline apoyándose contra él un instante. La pequeña habitación seguía llena del vapor de la ducha que habían tomado juntos. Por la única ventana alta, asomaba la primera luz del día—. Si mi madre decía la verdad, los periodistas no tardarán en llegar. Sabré enfrentarme a ellos. —Respiró hondo, y se apartó de él—. Me siento capaz. Pero creo que debo ir a casa de los Fuller para ofrecer apoyo a Happy. No estoy segura de que pueda enfrentarme a eso.

—Habrá mucha gente con ella. No necesitas ir.

—Sí, tengo que ir —acotó ella—. Puedo ser una forastera o pertenecer a esto. En el fondo, lo que importa es cómo tratas a los demás, ¿verdad?

¿No le había dicho él algo parecido a Cy el día anterior? Era difícil discutir con uno mismo.

—Pasaré a verte en cuanto pueda. Si puedo.

Ella asintió con la cabeza, y miró hacia la puerta cuando se oyó la bocina.

—Será Burke. Está a punto de amanecer.

—Será mejor que me vaya entonces.

—Tucker. —Caroline lo agarró por la manga de la camisa cuando él se disponía a salir, y lo besó. Fue un beso suave, pausado, reconfortante—. Eso es todo.

Él descansó su mejilla contra la de ella por unos segundos.

—Eso basta.

Aunque todavía no eran las ocho de la mañana cuando Caroline llegó a casa de los Fuller, Happy no se encontraba sola. Amigos y familia habían cerrado filas a su alrededor. Estaban preparando café para reemplazar las cafeteras ya consumidas. Aunque nadie pensaba en la comida, las mujeres estaban reunidas en la cocina, aquel eterno espacio de bienestar.

Caroline titubeó delante de la puerta. Al otro lado se tejía el murmullo de la conversación, el círculo de apoyo y preocupación, los gestos tranquilizadores. Reconoció los rostros: Susie mecía a Scooter en su regazo; Josie de pie, nerviosa, junto a la puerta trasera; Winnie, la esposa de Toby, fregaba tazas en la pila; la fiel Birdie Shays ocupando su lugar junto a Happy; Marvella, en silencio, despedazando una servilleta de papel.

La sensación de ser una intrusa fue tan grande que Caroline estaba a punto de dar media vuelta y marcharse cuando Josie la vio, y le ofreció una sonrisa, cansada y comprensiva.

—Caroline. Pareces un perro apaleado. Vamos, entra, que te daremos una buena taza de café.

—Yo sólo... —Impotente, recorrió con la mirada los rostros de las mujeres—. He venido a echar una mano, por si puedo hacer algo...

—Nada salvo esperar. —Happy le tendió una mano. Caroline se la estrechó y entró en el círculo.

Así esperaron, en una mezcolanza de perfumes y voces suaves, conversaciones sobre niños y hombres, y el llanto inquieto del bebé. Della se les unió hacia media mañana, con el tintineo de su bisutería y una canasta llena de sándwiches. Avasalló a Happy para que se comiera medio al menos, riñó a Josie por hacer el café demasiado fuerte, y tranquilizó a Scooter dándole una de sus brillantes pulseras de plástico para que mordiera.

—Este niño tiene los pañales sucios —declaró—. Huele a un kilómetro.

—Yo le cambiaré —se ofreció Susie, cogiendo en brazos al niño, que estaba en el suelo muy ocupado golpeando la pulsera de Della contra las baldosas—. Además está cansado. ¿A que estás cansado, hombrecito? Lo pondré en el parque, Happy.

—Le gusta el osito amarillo —le dijo Happy, apretando los temblorosos labios—. Se lo trajo Darleen ayer.

—¿Por qué no lo traes, Happy? —Della lanzó una mirada de advertencia

a Birdie antes de que ésta empezara a protestar—. Necesita ocuparse en algo —dijo Della en voz baja cuando hubo salido Happy—. Los nervios la devoran. Todas necesitamos hacer alguna cosa. Birdie, mira a ver si encuentras los ingredientes para prepararnos uno de tus exquisitos helados con gelatina. Nos sentará bien con el calor que va a hacer esta tarde. Marvella, deja de retorcerte las manos y empléalas para exprimir unos limones. Tomaremos limonada en lugar de este maldito café tan fuerte. Winnie, creo que deberías preparar uno de tus brebajes para dárselo a Happy. A ver si se duerme un rato.

—Ya lo había pensado, señorita Della —respondió Winnie—. Pero pensé que no lo querría. Della sonrió con firmeza.

—Se lo tomará si yo se lo digo. Esa mujer es testaruda donde las haya, y hasta ahora he dejado que me mangoneara a su gusto durante años, pero ahora no la dejaré. Josie, tú y Caroline, lavad los platos.

—Una mujer tan mandona como tú debería tener una compañía de *marines* a sus órdenes —se quejó Josie, mientras amontonaba los platos.

Ahora había acción en la cocina, además de un sentido de unidad. Caroline sonrió a Della.

—¿Qué debo hacer para ser como tú cuando sea mayor?

Encantada, Della jugueteó con los grandes botones dorados de su blusa.

—Pues, niña, sólo tienes que echar mano de tu mala leche. Todos la tenemos, pero no todo el mundo sabe cómo usarla de una manera constructiva.

—Las hijas de Happy ya podían estar aquí —dijo Birdie, cerrando las puertas del armario con gesto irritado—. Tendrían que estar aquí.

—Ya sabes que vendrán si es necesario. Marvella, ¿es así como te ha enseñado tu mamá a exprimir los limones? Dale con más energía, chiquilla. —Satisfecha, Della empezó a sacar los emparedados—. Esas muchachas tienen familia, Birdie. Trabajan fuera de casa y se ocupan de sus hogares. ¿No crees que sería una tontería que hicieran el viaje hasta aquí para que luego resulte que Darleen está echando una cana al aire en algún rincón?

—¿Señorita Della? —Winnie puso al fuego un pote con hierbas. Sus manos eran pequeñas y delicadas. Era una mujer callada, más dada a actuar que a charlar. Pero cuando hablaba, su voz era refrescante y suave, como la nata—. Le prepararé una infusión que parece té. No la haré fuerte, tan sólo lo justo para que se relaje.

—Déjame que le eche un vistazo. —Della se acercó a ella, y las dos se quedaron junto a la cocina, murmurando y oliendo las hierbas. Birdie ignoró su conversación. Como esposa del médico, no le parecía correcto aprobar los remedios populares.

—Ya nada tengo que hacer aquí. —Josie se secó las manos con un paño de cocina—. Voy a hacer mi propia investigación.

—Hay más de una docena de hombres ocupándose de eso —dijo Birdie. El tono de su voz sonó tan áspero que Josie enarcó una ceja, pero Birdie tuvo que meterse su frustración donde le cupiera.

—Los hombres no siempre saben dónde hay que buscar a una mujer —le espetó Josie, antes de salir a coger el bolso—. Della, primero iré a ver cómo

está la prima Lulú, y luego me acercaré a hablar con Billy T. Si él sabe algo, me lo dirá a mí antes que a un hombre.

—No me parece que sea algo de que pavonearse —murmuró Della.

Josie se encogió de hombros.

—Un hecho es un hecho. Además, más vale que Happy sepa lo que haya que saber lo antes posible. Acabará poniéndose enferma si esto se alarga mucho.

A nadie se le ocurrió un argumento contra eso, y Josie salió por la puerta de atrás. Al cabo de unos instantes, se oyó el rugido del motor al ponerse en marcha. —Si ese Billy T. sabe dónde ha ido Darleen... —empezó a decir Birdie.

—Si sabe algo —la interrumpió Della—, te aseguro, como me llamo Della, que Josie se lo sacará. —Dio una taza a Winnie para que echara la infusión sedante que acababa de preparar.

—Se ha dormido como un angelito —dijo Happy, entrando de nuevo en la cocina. Su famosa sonrisa se desgajaba en la comisura de los labios—. No se parece a su madre, que se resistía al sueño como si temiera que Satanás fuera a robarle el alma. No habré hecho kilómetros paseando con ella en... — Se le apagó la voz, mientras se frotaba los ojos.

—Siéntate aquí, Priscilla —le ordenó Della, empleando el verdadero nombre de Happy para que reaccionara—. Lo que ocurre es que todo esto te tiene trastornada. —Con sus grandes manos anchas, condujo a Happy hacia una silla—. Ahora deja que nos preocupemos nosotras un rato. Todo funciona bien en una habitación llena de mujeres. Winnie, tráeme esa taza.

—Está muy caliente, señora Fuller. Sople un poco antes de beber. — Winnie le puso la taza delante, y se quedó a su lado, con una mano apoyada contra el respaldo de la silla. Winnie había ido al colegio con la hija mayor de Happy, y Belle Fuller fue la primera niña blanca que la invitó a su casa para jugar con las muñecas.

—¿Qué es? —inquirió Happy.

—Algo que te sentará bien —respondió Della, e hizo un gesto con la mano para que Winnie se apartara un poco.

—No quiero una de las pociones mágicas de Winnie —dijo, malhumorada—. No estoy enferma, sólo me siento...

—Asustada y angustiada —terminó Della—. Por tu aspecto, yo aseguraría que anoche no pegaste ojo. Ya sabes que Winnie no te daría algo que te sentara mal. Vamos, bébetelo y descansa un poco.

—Lo que yo necesito es café. —Happy hizo ademán de levantarse, pero Della la sentó de golpe.

—Ahora escúchame bien. No te pongas cabezota porque nada cambiará si lo haces. Si Dios quiere, Darleen no tardaré en volver presumiendo del revuelo que se ha armado por su culpa. Pero en este momento tienes un niño durmiendo arriba que te va a necesitar, pase lo que pase. ¿De qué le servirás si estás agotada?

—Sólo quiero que vuelva —sollozó Happy. Las lágrimas brotaron, y apoyó la cabeza contra el acogedor pecho de Della—. Sólo quiero que vuelva

mi niña. He sido demasiado dura con ella, Della.

—Nunca le has dado nada que no necesitara.

—Ha sido tan inquieta siempre. Incluso de pequeña, cuando había conseguido algo, ya quería otra cosa. Yo deseaba lo mejor para ella, pero nunca he sido capaz de saber qué era.

Caroline, que necesitaba ayudar, dio un paso hacia ella.

—Toma, Happy —dijo, levantando la taza—. Bebe un poco.

Happy tomó un sorbo, luego otro, antes de agarrar la mano a Caroline.

—Darleen cree que no la quiero, pero se equivoca. No sé por qué, pero es como si una siempre amara más al hijo que la hace sufrir. No dejo de pensar en cuando estuvo aquí ayer. Quería que yo la apoyara por lo ocurrido entre Junior y ese chico, Bonny. Pero yo sentí que no podía. Ella estaba equivocada. A Darleen le ha costado siempre entender la diferencia entre el bien y el mal, pero ayer vino buscando que su mamá la apoyara. Y no lo hice. Acabamos discutiendo, como siempre, y ella se marchó furiosa. Ni siquiera la acompañé hasta la puerta.

Comenzó a sollozar, y Della la meció, acariciándole el cabello. Susie entró a la cocina y rodeó a Marvella con su brazo.

—Las otras chicas... —gimió Happy, apretando los dedos de Caroline—. Dios santo, no paro de pensar en las otras chicas.

—Vamos, tranquilízate. —Della le acercó la taza a los labios—. ¿Acaso no han dicho que fue Austin? Y él está más muerto que mi abuela. Caroline le voló la cabeza, y todas las mujeres de Innocence le estamos agradecidas por ello. Todas salvo Mavis Hatinger quizá, y ella también se lo agradecería si tuviese un dedo de frente. Ahora ven conmigo, querida, te voy a llevar a que te eches y hagas una buena siestecita.

—Sólo un rato. —La infusión de Winnie empezaba a cerrarle los ojos, y Happy abandonó la cocina, dejando que Della la guiara.

—¡Mamá! —Marvella hundió la cabeza en el hombro de Susie y se echó a llorar.

—Chist, tranquila, no empieces tú ahora. —Pero le dio unas cariñosas palmaditas en la espalda—. Aún no sabemos que haya ocurrido algo.

—Debemos tener fe —agregó Winnie—. Y mientras nos aferramos a ella, iré preparando algo de comer por si pasa más gente por aquí. Freiré un poco de pollo.

—Muy bien —dijo Susie, dando una última palmadita a su hija—. Cariño, pela unas patatas y ponías a hervir, que haremos una ensaladilla. De nada nos servirá pasar hambre. Quién sabe cuánto tiempo tendremos que esperar.

Tucker se detuvo junto a la orilla del río Gooseneck para secarse el sudor del rostro con un pañuelo. La temperatura había subido a treinta y nueve grados, y el aire estaba tan denso que daba la sensación de poder atraparlo con la mano y escurrirlo. El cielo era azul, desteñido por un sol que ardía blanco e implacable.

Para aliviarse, Tucker imaginó que se daba un chapuzón. La imagen le ayudó un poco, pero se conformó con empapar el pañuelo en el riachuelo y refrescarse el rostro y el cuello.

Recordó que Arnette había sido encontrada en aquel mismo lugar, y que había sido el hermano de Darleen quien la había descubierto. De cuclillas junto al río, Tucker hizo una pausa para rezar.

«Por favor, Dios mío, no permitas que la encuentre yo.»

Alguien lo haría, de eso estaba seguro. Había desechado la esperanzadora teoría de que Darleen se hubiera largado con otro hombre, porque carecía de sentido. No había tenido tiempo de ligarse a otro que no fuera Billy T., y él, junto con todas sus amigas, insistía en que nada sabía de su paradero.

Y Tucker lo creía porque sabía que Billy T. se jugaba su orgullo masculino. No era lógico que se escapara con una mujer cuyo marido acababa de tumbarlo de un sartenazo. Además, no sentía un cariño especial por Darleen. Para él, todas las mujeres eran iguales.

La inevitable comparación consigo mismo le dejó un amargo sabor de boca.

Darleen no había dejado el coche a un lado de la carretera durante una tormenta para meterse en otro vehículo con algún amante o amigo nuevo. Sobre todo porque Junior afirmaba que no faltaba ni una prenda de su ropa, y que el dinero de la casa estaba intacto en el frasco donde ella lo guardaba.

«Alguien la encontrará», pensó Tucker otra vez. Y rezó para que fuera otro.

Se incorporó y avanzó entre los juncos. Su grupo de rescate recorría ambas orillas, abriéndose paso a través de la vegetación y el lodo. Tucker estaba seguro de que ninguno deseaba encontrar algo que no fuera viejas botellas de cerveza y quizá un condón usado.

Todos iban armados, y eso le ponía un poco nervioso. Junior se había cargado ya una culebrilla de agua de un disparo. Como parecía que le había sentado bien, nadie dijo nada.

De hecho, hablaban muy poco. Los hombres se movían en silencio, como soldados preparando una emboscada. O cayendo en otra que alguien les había tendido. De vez en cuando, un helicóptero de la policía del condado sobrevolaba la zona segando el aire caliente con sus aspas, y las dos radios que colgaban del cinturón de los jefes de grupo soltaban graznidos y zumbidos entre mensajes y parásitos. El FBI no se había hecho cargo del asunto; no conocían Innocence ni sus habitantes. Además, Burns estaba convencido de que Darleen era una esposa insatisfecha más que se había marchado en busca de pastos más verdes.

Tucker se figuró que Burns nunca admitiría que otro asesinato había sido cometido estando él encargado del caso.

Dio unos manotazos al aire para apartar a los mosquitos y, nervioso como estaba, le dieron ganas de disparar a los malditos chupasangres, con aquel insoportable zumbido, en lugar de matarlos aplastándolos con la mano. Cuando oyó el largo silbato del tren, repetido por el eco, pensó en lo agradable que sería seguirlo, y viajar a cualquier parte.

Cuando terminó con la zona que le había sido asignada, se reunió con Burke, Toby y los demás hombres que habían rastreado aquella margen del riachuelo.

—Los de la otra orilla casi han terminado ya —dijo Burke, sin quitar la vista de encima a Junior, dispuesto a moverse con rapidez si al marido de Darleen le daba por aliviar su angustia disparando a otra cosa que no fuera una serpiente—. Singleton y Carl me han llamado desde la ciénaga de McNair. Por ahora, nada.

Toby March dejó el rifle en el suelo de la furgoneta. Pensó en su propia esposa y en su hija, y, a pesar de avergonzarse por ello, en lo más profundo de su corazón se alegró de que el asesino eligiera sólo carne blanca.

—Todavía nos quedan unas seis horas de buena luz —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. He pensado que quizá valdría la pena que unos cuantos de nosotros bajáramos a Rosedale, Greenville y por ahí, y preguntáramos si saben algo.

—He pedido a Barb Hopkins que llame a pensiones y hospitales, y a la policía local. —Burke cogió la escopeta de Junior y la dejó en la furgoneta con la suya—. Las autoridades del condado publicarán su fotografía.

—Ya lo verás —dijo Will Shiver dando una enérgica palmada en la espalda a Junior—. La encontrarán en algún motel, sentada en la cama, pintándose las uñas de los pies y viendo la televisión.

Junior no le respondió. Apartó la mano de Shiver y se alejó del grupo.

—Dejémosle un rato —murmuró Burke.

Los hombres desviaron la vista por cortesía. Toby aguzó la mirada, ajustando el ala del sombrero para defender sus ojos del fuerte brillo del sol.

—Alguien viene.

Los demás tardaron varios segundos en distinguir la nube de polvo o el débil destello del metal a través de las olas de calor que se elevaban del asfalto.

—Los negros tenéis ojos de halcón —dijo Will Shiver, con tono de admiración—. Ese coche debe de estar a unos tres kilómetros de aquí, como mínimo.

—Los ojos son órganos —replicó Toby con un sarcasmo tan sutil y suave que Tucker tuvo que morderse el interior de la mejilla para no sonreír—. Ya sabes lo que dicen acerca de nuestros órganos.

Will levantó la cabeza, interesado.

—Yo creía que eso era un cuento de la abuela.

—Sí, señor —dijo Toby dulcemente—. Hay muchas abuelas que darían fe de ello.

Tucker tosió y se volvió de espaldas para encender un cigarrillo. No le parecía muy correcto echarse a reír en voz alta cuando Junior estaba sufriendo tanto. Pero qué bien sentaba sonreír un poco.

Al cabo de un instante, reconoció el coche, por el color y la velocidad que llevaba.

—Es Josie —anunció, lanzando una mirada a Burke—.

Al parecer se llevará otra multa por exceso de velocidad.

Josie se detuvo con un frenazo y la gravilla salió volando por todas partes. Ella saludó con la mano por la ventanilla.

—Barb nos ha dicho que os encontraríamos por aquí. Earleen y yo os hemos traído algo para comer, chicos. Abrió la portezuela y se deslizó fuera del asiento. Se la veía fresca y coqueta con su pantaloncito corto, la camiseta ceñida a los senos y el vientre desnudo. Llevaba el cabello recogido con un pañuelo de gasa, y Tucker pensó en lo mucho que se parecía a su madre. —Qué detalle más amable, chicas.

—Will resbaló la mirada por el cuerpo de Josie con una sonrisa que le habría merecido una buena bofetada de su novia.

—Nos gusta cuidar a nuestros hombres, ¿verdad, Earleen? —Josie sonrió a Will, y se volvió hacia Burke—. Querido, qué cansado se te ve. Toma un buen vaso de este té frío que os hemos traído. Tenemos dos garrafas llenas.

—Y un montón de emparedados de jamón —dijo Earleen sacando una cesta del asiento de atrás. La puso en el arcén y abrió la tapa—. Con este calor hay que recuperar fuerzas, chicos.

—Sí, señor, servicio a domicilio. —Josie siguió con su alegre parloteo mientras metía las manos en la canasta—. Earleen y yo lo hemos preparado todo con tanta prisa, y nos ha salido tan bien, que se nos ha ocurrido meternos en el negocio del *catering*. Vamos, Junior, coge un emparedado de éstos o me ofenderé.

Al ver que Junior ni siquiera se volvía, Josie hizo un gesto hacia su hermano.

—Tucker, sírreme un vaso de ese té. —Mientras esperaba, sacó un emparedado y lo puso sobre una servilleta de papel—. Earleen, vigila que los muchachos dejen algo para la siguiente parada, ¿me oyes? —Se levantó, cogió el vaso que Tucker le ofrecía, y rodeó la furgoneta.

Junior, cabizbajo, miraba el asfalto. Josie advirtió el temblor de un músculo en su mejilla. Dejó el emparedado sobre el capó de la furgoneta, y le puso el vaso de té entre las manos.

—Vamos, bébete eso, Junior. Este calor te dejará sin líquido en el cuerpo. Si un hombre bebiera cuatro litros, no mearía ni un quinto. Venga.

—Con movimientos suaves, le pasó la mano por la espalda una y otra vez—.

Coger una insolación no te ayudará en nada.

—No la hemos encontrado.

—Ya lo sé, cariño. Bebe un poco —insistió Josie, empujando el vaso para que se lo acercara a los labios—. Antes he ido a casa de tu suegra. Cuando me he ido, tu pequeño dormía como un ángel. Es un niño de lo más dulce, y juraría que tiene tus mismos ojos.

Se interrumpió mientras Junior tomaba dos tragos largos de té. Le cogió el vaso y le ofreció el emparedado. Él comió con movimientos mecánicos, los ojos vidriosos de fatiga y angustia. Josie lo rodeó con un brazo, sabiendo que había pocas cosas que confortaran más que el contacto humano.

—Todo se arreglará, Junior. Te lo prometo. Todo se arreglará. Espera y verás.

A Junior se le llenaron los ojos de lágrimas que resbalaron en finos hilos por el sudor y el polvo de su rostro. Pero siguió comiendo.

—Yo pensaba que ya no estaba enamorado de ella por haberla encontrado en la cocina con Billy T. Fue como si se me hubiera cerrado el corazón. Pero ya no me siento así.

Conmovida por su dolor, Josie le dio un beso en la mejilla.

—Todo saldrá bien, cariño. Tú confía en Josie.

Junior hizo un esfuerzo por recobrar la compostura.

—No quiero que mi hijo crezca sin una madre.

—No tendrá que hacerlo. —Los ojos de Josie se ensombrecieron mientras le secaba las lágrimas con una servilleta de papel—. Créeme, Junior, todo se arreglará.

Continuaron la búsqueda hasta que oscureció, cuando los helicópteros no podían volar ni los hombres ver. Tucker entró en casa, y fue recibido por un *Buster* extenuado a causa de sus inútiles esfuerzos para desprenderse del cachorro a lo largo del día.

—Yo me ocuparé de él —dijo Tucker, acariciando a *Buster* con gesto distraído antes de coger a *Inútil* en brazos. El cachorro se retorció y lo lamió entre ladridos mientras Tucker lo entraba en la casa—. Si has estado todo el día así, me sorprende que a mi viejo perro no le haya cogido un patatús.

Se dirigió a la cocina, soñando con una cerveza, una ducha fría y Caroline. Della cortaba un rosbif y la prima Lulú hacía un solitario.

—¿Acaso has pensado que puedes entrar en mi cocina con ese perro? —exclamó Della.

—Deja que *Buster* descanse un poco. —Tucker soltó al perro en el suelo, e *Inútil* se refugió debajo de la silla de Lulú—. ¿Habéis sabido algo de Caroline?

—Ha llamado hace unos diez minutos. Quería quedarse con Happy hasta que Singleton o Bobby Lee llegara. —Della dispuso otra lonja de rosbif sobre la fuente. Vio lo que el cansado rostro de Tucker reflejaba y decidió no darle un manotazo cuando él tendió la mano para apoderarse del pedazo de carne—. Se pasará por aquí para recoger a ese saco de pulgas.

Tucker soltó un gruñido con la boca llena, y sacó una cerveza de la nevera.

—Yo también quiero una —dijo Lulú sin levantar la vista—. El jugar a las cartas me da sed.

Tucker destapó la segunda botella, y echó un vistazo a las cartas que Lulú tenía sobre la mesa.

—No puedes poner un tres negro encima de un cinco negro. Tienes que poner el cuatro rojo entre las dos.

—Ya lo pondré cuando me salga. —Lulú bebió de la botella mientras lo

miraba—. Oye, tienes aspecto de haberte arrastrado por un pantano.

—Sí, supongo que sí.

—¿Sigue desaparecida la hija más joven de los Fuller? —Lulú buscó un diez rojo en el mazo de cartas y lo puso sobre la mesa—. Della se ha pasado medio día en casa de Happy. Yo he tenido que conformarme con el solitario.

—Yo tenía un deber... —empezó a decir Della, pero Lulú le hizo un gesto para que callara.

—Nadie te está criticando. Yo también habría ido, pero como a nadie se le ha ocurrido pedirme que fuera... —Yo dije que pensaba ir —gruñó Della, y asestó un golpe fuerte con el cuchillo contra la tabla de madera.

—No es lo mismo que cuando te lo piden —continuó Lulú, sin interrumpir sus creativas trampas—. En esta casa, la gente va y viene de una manera que se me fatiga la sangre. Josie entra y sale a cualquier hora del día o de la noche. A Tucker no se le ve el pelo en todo el día. Hace cinco minutos que Dwayne ha vuelto y ya ha cogido una botella de Wild Turkey y ha salido por esa puerta.

Della, que se disponía a defender a su carnada, la miró, con el entrecejo fruncido. —¿Cuándo ha vuelto Dwayne? —Hace media hora. Y ha llegado tan agotado y sucio de barro como Tucker. Luego se ha ido otra vez, y con la misma pinta.

—¿Se ha llevado el coche?

—Yo diría que no ha podido. —Lulú se metió una mano en el bolsillo y sacó un manojito de llaves—. Él cogió la botella, y yo le cogí las llaves. Della hizo un gesto de aprobación. —¿Adonde crees que vas ahora? —preguntó a Tucker cuando vio que éste intentaba escabullirse de la cocina. —Necesito una ducha.

—Llevas todo el día sudado, o sea, que podrás aguantarte un rato más. Anda, ve a ver si Dwayne ha bajado a la laguna.

—Joder, Della. He recorrido ciento cincuenta kilómetros en lo que va de día.

—Entonces te costará poco andar uno más. No quiero que se caiga al agua y se ahogue. Tráetelo para casa, que se asee un poco, y cene con nosotros. Mañana lo necesitarán de nuevo para la búsqueda, igual que a ti.

Tucker se bebió la media cerveza que le quedaba y salió mascullando por la puerta trasera.

—Maldita sea, espero que todavía no haya tenido tiempo de emborracharse.

Dwayne estaba sólo medio borracho, y ése era el punto que más le gustaba. La fatiga del día se había disipado en una agradable sensación de bienestar. Atravesar la ciénaga de McNair con Bobby Lee, Carl y los demás había sido una manera horrible de pasar el día.

Los había acompañado porque quiso hacerlo, y volvería a la mañana siguiente. Si él no se quejaba del tiempo ni del esfuerzo, y no veía por qué alguien habría de quejarse sí pasaba un rato con la botella para aliviarse del

día.

Él lo había sentido sobre todo por Bobby Lee. Cada vez que lo miraba, veía en el rostro del muchacho la tensión y el miedo, y se preguntaba cómo se sentiría él si estuviese buscando a Josie.

Ese pensamiento hizo que se quemara la garganta con más whisky.

Ahora quería pensar en cosas agradables: el canto de los grillos en contrapunto con el zumbido de sus oídos, en la suavidad de la hierba bajo sus pies descalzos. Pensó que podría pasar ahí la noche, viendo cómo salía la luna y aparecían las estrellas.

Cuando Tucker se sentó a su lado, Dwayne le pasó la botella, pero por cortesía. Tucker la cogió, pero no bebió.

—Esta porquería acabará matándote, muchacho.

Dwayne sólo sonrió.

—Pero se toma su dulce tiempo para hacerlo.

—Ya sabes que Della se preocupa cuando te pones así.

—Pues mi intención no es preocuparla.

—¿Por qué lo haces, Dwayne? —Tucker, que no esperaba una respuesta, prosiguió. Calculó el estado en que se encontraba su hermano y supo que estaba lo bastante sobrio para ser coherente, lo suficientemente borracho para hablar—. «La borrachera es una locura voluntaria.» No recuerdo quién dijo eso, pero creo que es verdad.

—Todavía no estoy borracho, ni loco —dijo Dwayne con la mayor placidez—. Pero estoy en ello.

Tucker, que quería elegir sus palabras cuidadosamente, se tomó tiempo para encender medio cigarrillo.

—Las cosas se están poniendo feas. En los últimos dos años se han ido degradando cada vez más. Al principio pensé que eso era porque habían ocurrido demasiadas cosas desagradables, una tras otra. La muerte de papá, luego la de mamá. Sissy, que se separó de ti. Después pensé que eso era debido a que papá bebía mucho, que tú habías heredado no sé qué genes suyos, y que por eso eras como él.

Irritado, y no queriendo estarlo, Dwayne recuperó la botella.

—Tú tampoco te cortas a la hora de beber.

—Ya. Pero no lo hago como oficio.

—Cada uno hace lo que mejor le sale. —Dwayne levantó la botella y bebió—. De todo cuanto he probado, he descubierto que emborracharme es la única cosa que no será un fracaso.

—¡Qué jodida mentira! —La rabia brotó tan deprisa y con tanta fuerza que asombró a los dos. Tucker nunca hubiera supuesto cómo le obsesionaba, ni de qué manera le estaba comiendo por dentro, aquella realidad en que su hermano mayor se había convertido, y que degradaba la imagen de alguien que Tucker, en una época, admiró y envidió—. ¡Es una jodida mentira! —repitió Tucker cogiendo la botella. Entonces se puso en pie de un salto y la arrojó al agua—. Estoy cansado de esto, maldita sea. Estoy hasta los huevos de llevarte borracho a casa, de inventarme excusas para ti, de ver cómo, al

mismo tiempo, te vas matando con una botella. El hizo lo mismo. Pilotó aquella maldita avioneta cuando estaba borracho como una cuba. El viejo se mató igual que si se hubiera metido una pistola en la boca, apretando luego el gatillo.

Dwayne se puso de pie, tembloroso. Se balanceó apenas, pero su mirada era fija.

—No tienes motivos para hablarme así. Y tampoco tienes derecho a hablar así de él.

Tucker cogió a Dwayne por la pechera de la camisa, rasgándole las costuras.

—¿Quién coño tiene ese derecho si no yo, que he vivido amándoos a ambos, sufriendo por los dos?

Un músculo empezó a vibrar en la mejilla de Dwayne.

—Yo no soy papá.

—No, eso ya lo sé. Pero él fue un jodido borracho, y tú, también. La única diferencia que existe entre vosotros es que él se ponía agresivo, y tú te vuelves patético.

—¿Quién coño te crees que eres? —La boca de Dwayne se torció en un rugido mientras tendía la mano para agarrar, a su vez, de la camisa a Tucker—. Con eso de ser yo el mayor, siempre se metía primero conmigo. Era yo, supuestamente, quien tenía que ocuparse de las cosas, yo el que debía llevar adelante el jodido legado de los Longstreet. A mí me enviaron a una universidad privada, a mí me encargaba de los campos. A ti, no. Nunca, Tuck. Yo no quería nada con todo eso, pero él no me dejaba elegir mi propio camino. Ahora que está muerto puedo hacer lo que yo quiera.

—Pues lo único que haces es deslizarte dentro de una botella. Tienes dos hijos por ahí. Al menos, él estuvo aquí. Y, al menos, se comportó como un padre.

Dwayne chilló, y luego se enzarzaron en una lucha sobre la hierba, gruñendo como un par de perros en busca de carne blanca donde hincar los colmillos. Tucker recibió un puñetazo en las costillas, aún magulladas. El repentino dolor hizo hervir su sangre con una explosión de furia salvaje. Incluso cuando cayeron juntos a la laguna, Tucker seguía golpeando a su hermano, y le hizo sangre en el labio.

Se hundieron, luchando a brazo partido, y volvieron a salir escupiendo agua y diciendo palabrotas. Se patearon y empujaron mutuamente, pero el agua suavizaba los golpes. De pronto, se vieron como dos idiotas.

Tucker abrió las piernas sin soltar a Dwayne, y le agarró de la camisa —rota—; levantando el puño. Dwayne adoptó la misma posición, y los dos se miraron, jadeando.

—¡Mierda! —Exclamó Tucker, sin apartar la vista de su hermano mientras bajaba el puño—. Antes pegabas más fuerte.

Con gesto vacilante, Dwayne se llevó el dorso de la mano al labio partido.

—Antes eras más lento.

Se soltaron y permanecieron dentro del agua.

—Yo quería una ducha, pero esto no está mal —sonrió Tucker, apartándose un mechón de cabello de los ojos—. Aunque quién sabe qué habrá en esta agua.

—Medio litro de whisky, seguro —dijo Dwayne, y sonrió—. ¿Te acuerdas que veníamos aquí a nadar, cuando éramos pequeños?

—Sí. ¿Todavía te crees capaz de ganarme de aquí a la otra orilla?

—Joder. —La sonrisa de Dwayne le llegaba de oreja a oreja. Dio una voltereta en el agua y empezó a nadar. Sus brazadas eran lentas, después de tantos años dándole a la botella. Tucker lo adelantó, veloz como una anguila. De común acuerdo siguieron la carrera de vuelta, y luego flotaron bajo la luna, que empezaba a salir.

—Sí —dijo Dwayne cuando dejaron de jadear—. Tú eras más lento. Supongo que las cosas han cambiado.

—Muchas cosas.

—Y supongo que hay cosas en que he metido la pata.

—Algunas cosas.

—Me da miedo, Tuck. —Dwayne cerró el puño en el agua, pero no había dónde agarrarse—. La bebida..., yo ya sé cuándo debería parar, pero a veces me parece que carece de sentido que lo haga. Hay ocasiones en que no puedo recordar qué he estado haciendo. Me despierto enfermo, con dolor de cabeza, y me da la sensación de que lo he soñado. No consigo recordar nada.

—Buscaremos una solución, Dwayne —dijo Tucker en voz baja—. Hay sitios donde se ocupan de ese problema.

—Me gusta cómo me siento ahora mismo. —Por entre los párpados medio cerrados, Dwayne contemplaba las estrellas que se encendían con un fulgor repentino—. Esta sensación de bienestar, ese punto exacto en que nada parece demasiado importante. Lo que debo hacer es pararme justo aquí, donde más me gusta.

—Así no funciona.

—A veces me gustaría volver atrás, ver dónde se me pusieron las cosas feas e intentar arreglarlas.

—Siempre has podido hacerlo, Dwayne —murmuró Tucker—. ¿Recuerdas aquel modelo de avión que me regalaron por mi cumpleaños? Me lo cargué la segunda vez que lo usé. Sabía que papá me despellejaría vivo cuando lo viera, pero tú me lo arreglaste. Mamá afirmaba siempre que tenías un don especial para arreglar las cosas.

—Hubo un tiempo en que quería ser ingeniero.

Sorprendido, Tucker se irguió en el agua.

—Nunca me lo habías comentado.

Dwayne se quedó observando el cielo.

—¿Para qué? Los Longstreet son plantadores y hombres de negocios. Tú, quizá, si hubieses querido, podrías haber hecho otra cosa. Pero yo era el primogénito.

Nunca me dejaron elegir.

—Ahora nada hay que te impida ser lo que tú quieras. —Joder, Tuck.

Tengo treinta y cinco años. Ésa no es la edad ideal para volver a la universidad y aprender una profesión.

—Hay gente que lo consigue, si quiere hacerlo.

—Yo quería, hace unos diez o quince años. Pero eso quedó atrás. —Dwayne suspiró. Intentaba distinguir las estrellas, pero sólo veía una borrosa mancha de luz—. Sissy piensa casarse con ese vendedor de zapatos.

—Supongo que era de esperar..., con él o con cualquier otro.

—Dice que él quiere adoptar a mis hijos. Darles su apellido. Aunque estoy seguro de que lo olvidaría si yo le subiera la pensión.

—No tienes necesidad de aguantar eso, Dwayne —exclamó Tucker—. Esos crios son tuyos. Siempre lo han sido, mal que le pese a ella con sus tretas.

—Tienes razón, Tucker —dijo Dwayne con voz perezosa—. Y no lo aguantaré. Enseñaré a Sissy que un hombre tiene sus límites. Que incluso yo los tengo. —Suspiró, dejando vagar la mirada por el cielo y el agua—. He optado por la vida fácil, Tucker. —Por el rabillo del ojo, Dwayne vio algo que flotaba en el agua. Una botella vacía, pensó, para una vida vacía—. La bebida hace que las cosas sean así.

—Pero si sigues bebiendo tanto, eres hombre muerto.

—No empieces otra vez, ¿vale?

—Joder, Dwayne. —Tucker avanzó un poco para acercarse más a su hermano, y sus piernas rozaron algo blando y resbaladizo que le hizo soltar una exclamación—. ¡Malditos bagres! Me he llevado un susto de muerte. —Dio varias patadas en el agua, mirando por encima del hombro.

Y entonces él también advirtió algo que flotaba en el agua. Pero no lo confundió con una botella. La saliva se le secó en la boca, y sintió que la sangre se le helaba en las venas cuando vio aquella mano blanca que se deslizaba lentamente.

—¡Santo cielo!

—No te asustes. Los bagres no harán más que mordisquearte un poco —dijo Dwayne con tono plácido. Cuando Tucker lo agarró del brazo, soltó un taco—: ¿Qué coño sucede?

—Creo que hemos encontrado a Darleen —balbuceó Tucker, y cerró los ojos.

Algunas plegarias, pensó, nunca eran atendidas.

24

Aturdido, aunque sobrio, Dwayne se arrastró fuera del agua y se quedó agazapado de pies y manos sobre la hierba, intentando contener las náuseas.

—¡Joder, Tuck! ¡Me cago en la leche! ¿Qué vamos a hacer?

Tucker no respondió. Estaba tumbado de espaldas, la mirada fija en las estrellas. Todos sus esfuerzos se concentraban en respirar. Se sentía helado, amargamente helado.

—En la laguna —gimió Dwayne, y se atragantó con la saliva—. Alguien la ha dejado en nuestra laguna. Y nosotros ahí dentro, con ella. Joder, hemos estado *nadando* con ella.

—Seguro que ya no le importa. —Tucker hubiese querido taparse los ojos con el brazo, por si le servía para bloquear la imagen de aquella mano sobresaliendo del agua oscura, con los dedos agarrotados. Como si se tendiera hacia él. Como si intentara aferrarse a él y arrastrarlo hasta el fondo.

Lo peor fue que se sintió obligado a confirmarlo. Quiso tener la certeza de que era Darleen Talbot, y asegurarse de que nada se podía hacer por ella.

Apretando los dientes, cogió la mano rígida, muerta, y tiró de ella, luchando contra el peso que hundía el cuerpo. Y entonces, cuando la cabeza apareció bamboleándose sobre el agua, vio... Cielo santo... Vio lo que el cuchillo había empezado y que los peces estaban por acabar. El ser humano era tan frágil, pensaba ahora. Tan vulnerable. Reducido poco a poco, y con tanta facilidad, a algo monstruoso.

—No podemos dejarla ahí dentro, Tuck. —A pesar de sus palabras, Dwayne se estremeció ante la perspectiva de volver al agua y tocar lo que había sido Darleen Talbot—. No estaría bien.

—Pienso que tenemos que dejarla. —Tucker lamentó haber tirado la botella. Unos tragos de whisky le habrían sentado bien en ese momento—. Al menos hasta que Burke llegue. Anda, ve a casa y avísale, Dwayne. Alguien tiene que quedarse aquí. Dile lo que hemos encontrado. Y que será mejor que traiga al agente Burns con él. —Tucker se incorporó para quitarse la camisa—. Tráeme una camisa y unos cigarrillos secos, ¿quieres? Y no la rechazaría si me trajeras una cerveza... ¡mierda! —Su interrupción se debió a que había visto a Caroline, que se dirigía hacia ellos. Tucker se levantó con dificultad y la interceptó en tres largas zancadas.

—¿Te alegras de verme? —Caroline se echó a reír y le dio un rápido y fuerte abrazo—. ¿Habéis decidido daros un chapuzón? Della me ha enviado para...

—Vuelve a la casa con Dwayne. —Tucker quería alejarla todo lo posible de la muerte y la desgracia—. Anda, ve y espérame allí.

—Te esperaré. —Caroline hizo ademán de retroceder, pero por su expresión se dio cuenta de que algo había ocurrido. Pasó su mirada de Tucker a Dwayne. A éste se le había abierto de nuevo la herida del labio, y la sangre era oscura contra la palidez de su rostro—. ¿Os habéis peleado? Dwayne, tienes el labio partido.

El bajó la cabeza. Della le echaría una bronca por eso.

—Llamaré a Burke.

—¿Burke? —Caroline cogió a Tucker del brazo cuando él intentó alejarla con suaves empujones—. ¿Por qué necesitáis a Burke? —El corazón le dio un vuelco en el pecho—. ¿Tucker?

Tarde o temprano se enteraría; así pues, más valía que fuese por él.

—La hemos encontrado, Caroline —dijo Tucker en voz baja—. En la laguna.

—¡Dios mío! —Instintivamente, Caroline miró hacia el agua, pero Tucker se interpuso entre ella y la laguna para bloquearle la visión.

—Dwayne va a llamar a Burke. Ve con él.

—Me quedo contigo —declaró ella, sacudiendo la cabeza antes de que Tucker protestara—. Me quedo, Tucker.

Cuando Tucker se limitó a encogerse de hombros, Dwayne se alejó medio corriendo. Se oyó el canto de un chotacabras, dulce e insistente, que llamaba a su pareja.

—¿Estás seguro? —Nada más preguntárselo, Caroline supo que esa duda era absurda.

—Sí —respondió Tucker, expulsando lentamente el aire—. Estoy seguro.

—Dios mío, pobre Happy —balbuceó. Tenía que preguntarle otra cosa, pero tardó un momento en conseguir que las palabras salieran por su boca. ¿Ha sido... como con las otras? —Caroline le cogió una mano y se la oprimió con fuerza hasta que él fijó su mirada en ella—. Quiero saberlo.

—Ha sido como con las otras —repitió él. Entonces hizo que se volviera de cara hacia él, para que diera la espalda al lago, y la rodeó con sus brazos. Juntos escucharon el canto del chotacabras y contemplaron el resplandor de las luces de Sweetwater en la oscuridad.

El procedimiento oficial se desarrolló con fría eficiencia. Los hombres se arremolinaron en torno a la laguna, sus rostros blanquecinos por los potentes focos enganchados a la camioneta de Burke. Se tomaron fotografías del lugar para el informe.

—De acuerdo. —Burns indicó el agua con un gesto de la cabeza—. Saquémosla.

Por un momento, nadie habló. Burke apretó los labios y se desabrochó el cinturón.

—Yo lo haré. —Sorprendiéndose a sí mismo, Tucker avanzó unos pasos—. Ya estoy mojado.

Burke dejó el cinturón —con las balas y el arma— a un lado.

—No es tu trabajo, Tuck.

—Estamos en mi propiedad. —Se volvió y cogió a Caroline por los hombros—. Ve a la casa.

—Iremos juntos cuando todo esto haya acabado —dijo ella, y le besó en

la mejilla—. Eres un hombre bueno, Tucker.

No sabía si era bueno; pero, mientras se deslizaba por el agua, estaba seguro de que era un estúpido. Burke tenía razón, aquello no era trabajo suyo. No le pagaban para que se ocupara de esa clase de horrores.

Se abrió paso por el agua fría y oscura en dirección a la mano, blanca como el hueso, de dedos curvados. ¿Por qué sentía que era responsabilidad suya sacar del agua el cadáver de una mujer? Ella no había significado nada para él en vida, ¿acaso no significaría menos aún muerta?

Porque la laguna era Sweetwater, dedujo. Y él era un Longstreet.

Por segunda vez, rodeó con los dedos la muñeca inerte. La cabeza surgió del agua, y vio cómo flotaba el cabello y se extendía por la superficie. El estómago le dio un vuelco. Un sabor ácido ascendió por su garganta y, tragando bruscamente, lo empujó hacia abajo. Agitando los pies para mantenerse en el agua, Tucker rodeó el torso con un brazo.

En la orilla había un silencio tan profundo que Tucker oía el latido de su propio corazón. Un silencio de cementerio, pensó mientras luchaba contra el peso que trataba de arrastrarlos, a él y al cadáver, hacia el fondo.

Cuando se le escapó de las manos, cambió de posición para sujetarlo con más fuerza, y la cabeza se bamboleó hacia atrás hasta apoyarse contra su hombro. Tucker se quedó rígido, pero no fue repugnancia, sino compasión, lo que sintió.

Miró hacia la orilla. Rostros blancos le devolvieron la mirada. Vio a Dwayne, rodeando a Josie con un brazo. Sus ojos se veían enormes, inundados de luz. Burke y Carl ya estaban agachados, listos para coger la carga que Tucker arrastraba hacia ellos. Caroline, con el rostro bañado en lágrimas, apoyaba una mano en el hombro de Cy. Burns, a un lado, observaba en silencio, como si aquello fuera una obra de teatro moderadamente interesante.

—Algo le sujeta las piernas —gritó Tucker—. Necesito un cuchillo.

—Longstreet, eso es una prueba —advirtió Burns, avanzando unos pasos—. La quiero intacta.

—Hijo de puta. —Tucker arrastró el cadáver apenas un palmo—. ¿Por qué no se mete en el agua y saca usted mismo su maldita prueba?

—Yo le ayudaré, señor Tucker. —Antes de que nadie pudiera detenerlo, Cy corrió hacia la orilla y se metió en el agua.

—Por Dios, chico, aléjate de aquí —ordenó Tucker.

—Puedo ayudarle —dijo Cy, nadando hacia él con la habilidad de una nutria—. Soy bastante fuerte. —Su rostro estaba pálido cuando llegó junto a Tucker y se quedó inmóvil. Pero hizo fuerza para coger una parte del peso—. Nosotros lo conseguiremos.

—Mantén la vista en la orilla —le ordenó Tucker—.

Y trata de no pensar.

—Estoy pensando en lo gilipollas que es ese tío del FBI —dijo Cy, dando a sus piernas movimiento de tijeras.

—Mejor.

Fue un trayecto corto y espeluznante. Cuando alcanzaron la orilla, Carl y Burke encajaron las manos bajo los brazos de Darleen.

—Mira hacia el otro lado —ordenó Tucker a Cy—. No te dé vergüenza. —Él habría hecho lo mismo, pero el ángulo en que estaba se lo impedía. Y vio qué le habían hecho al cuerpo. Mientras lo sacaban con dificultad del agua y lo dejaban sobre la hierba, vio el resto—. Cy, ahora vuelve a casa con Caroline. No. —Antes de que el muchacho pudiera volver la cabeza, él lo sujetó—. No mires hacia aquí. Vete con Caroline. Lo has hecho muy bien.

—Sí, señor.

Tucker salió pesadamente a la orilla. Se quedó sentado un momento, con los pies dentro del agua.

—Dwayne, dame un cigarrillo.

Fue Josie quien se lo llevó, ya encendido.

—Después de esto, supongo que te mereces uno entero. —Apoyó la mejilla contra la de su hermano—. Siento tanto que hayas tenido que ser tú, Tuck.

—Yo también. —Aspiró el humo con ganas—. Burke, ¿no tienes una manta para cubrirla? No está bien tenerla así.

—Si aquellos que no pertenecen a la policía se van a casa —dijo Burns— cerraremos el acceso a esta zona hasta que la investigación haya terminado.

—Maldita sea, nosotros la conocíamos —dijo Tucker con voz cansina—. Usted, no. Lo menos que podría hacer por ella es cubrirla.

—Vamos, Tuck. —Burke se inclinó para ayudar a Tucker a ponerse de pie—. Hay cosas que tenemos que hacer. Es mejor que te vayas a la casa para que nos pongamos a ello. Lo haremos lo más rápido posible.

—He visto cómo la han dejado —dijo Tucker con voz descarnada—. No podrás darte mucha prisa.

—Esté disponible —intervino Burns—. Usted y su hermano. Tendré que interrogarles.

Tucker no respondió y se volvió para dirigirse, con Caroline y Cy, hacia su casa.

Aunque Caroline no era una gran cocinera, preparó sopa para acompañar el rosbif que Della había cortado. Para ella, la sopa era un plato que calmaba los nervios, y por la manera en que Cy se tomó la suya, decidió que había sido una buena idea.

Dwayne dejó el plato limpio, y luego pareció avergonzado de su apetito.

—Qué sabrosa te ha salido la sopa, Caroline. Te agradezco que nos hayas preparado la cena.

—Della lo hizo casi todo antes de irse a casa de los Fuller.

—De verdad, te lo agradecemos —añadió Josie—. Aunque no sé cómo puedes comer con ese labio hinchado, Dwayne. ¿Has chocado contra una puerta, cariño?

—Tucker y yo nos hemos peleado —musitó Dwayne, cogiendo el vaso de

té frío. No sentía muchas ganas de emborracharse esa noche.

—¿Te ha pegado Tucker? —Con una leve sonrisa, Josie apoyó la barbilla en una mano—. Este hombre ha usado los puños en estos últimos días más que en toda su vida. Venga, ¿por qué os peleabais? ¿No me digas que Caroline te hace también tilín?

Josie guiñó un ojo a Caroline, incluyéndola en la broma.

—Nada de eso. —Incómodo, Dwayne se removió en su silla—. Hemos discutido por algo, nada más. Así sucedió todo. Llegamos a las manos y acabamos en la laguna. Supongo que agitamos el agua entre la pelea y la carrera de ida y vuelta que echamos hasta la otra orilla. Entonces Tucker... casi chocó con ella.

—No pienses en eso. —Josie se levantó, se puso detrás de él y le rodeó el cuello con los brazos—. Sólo ha sido una cuestión de mala suerte. Mala suerte, desde el principio.

—Qué manera tan fría de expresarlo —dijo Tucker entrando en la cocina.

Josie apoyó la mejilla contra el cabello de Dwayne.

—Es la verdad. Y la verdad es fría a veces. Si no os hubieseis peleado en la laguna, no la habríais encontrado. Ella seguiría muerta lo mismo, pero quizá habría quedado sumergida. Y vosotros no tendríais ese aspecto tan espantoso.

Tucker se dejó caer en una silla. Sabía que tenía los nervios de punta, pero el inoportuno comentario de Josie pulsó un delicado punto en su interior.

—Éste aspecto tan «espantoso» no nos durará mucho. Pero Darleen estará muerta para siempre.

—Eso es lo que quiero decir. El hecho de encontrarla así ha sido una desgracia sólo para vosotros.

—Joder, Josie, tienes la sensibilidad de un bacalao.

Ella se puso tensa, los ojos echando chispas y las mejillas pálidas.

—Tengo toda la sensibilidad del mundo cuando se trata de mi familia.

Quizá me importe un rábano lo ocurrido a esa putita...

—¡Josie! —Con un gemido, Dwayne tendió la mano para cogerla del brazo, pero su hermana lo apartó.

—Ella era así, es la verdad, y el hecho de que esté muerta no cambiará las cosas. Lo siento por Happy y los demás, pero me pongo enferma cuando pienso cómo tú y Dwayne os habéis visto involucrados en todo esto. Y si crees que por eso soy una persona fría, Tucker Longstreet, allá tú. Me guardaré mis sensibilidades para quienes sepan apreciarlas.

Abandonó la cocina dando un portazo, y en el aire quedó flotando la furia de su arrebató.

—Será mejor que vaya a buscarla... —murmuró Dwayne, levantándose torpemente—, para calmarla un poco.

—Dile que lo siento, si crees que eso te ayudará. —Resignado, Tucker se pasó las manos por el rostro—. De nada sirve que me meta con ella por su manera de ser.

—Señor Tucker, ¿quiere una cerveza?

Tucker se apartó las manos del rostro y miró a Cy con una sonrisa vaga.

—Tanto como querría respirar con tranquilidad en este momento. Pero creo que me sentaría mejor un café.

—Yo te lo traigo. —Caroline abrió el armario para coger una taza—. Todos estamos nerviosos, Tucker. Josie se preocupa por vosotros.

—Ya lo sé. ¿Ha ido Della a casa de los Fuller?

—Sí, ella y Birdie se han quedado esta noche con Happy. Querían ayudarla con el bebé. La prima Lulú está arriba, viendo una película.

No añadió que la anciana dama había comentado que los asesinatos resultaban mucho más interesantes en la televisión que en la vida real, y que se había recostado en el sillón con un bol lleno de palomitas de maíz y una botella de cerveza.

—¿Por qué no subes y te quedas un rato con ella, Cy? —Sugirió Tucker al muchachito—. Le gusta tener compañía.

—¿Puedo llevarme al cachorro? —preguntó Cy, sacando a *Inútil* a rastras de su rincón preferido debajo de la mesa.

—Claro que sí —sonrió Caroline—. No dejes que la prima Lulú le dé demasiada cerveza.

—No, señora. Buenas noches, señor Tucker.

—Buenas noches, Cy. —Puso una mano sobre el brazo del chico—. Gracias por ayudarme.

—Haría cualquier cosa por usted, señor Tucker. —Las palabras salieron como un torrente. Cy se puso rojo como un tomate y se precipitó fuera de la cocina.

—Una devoción como ésta es un valioso regalo —dijo Caroline, mientras le servía la sopa—. Cuidarás de él, ¿verdad?

—Al menos lo intentaré. —Tucker se frotó la áspera barbilla con una mano. No se había afeitado, a pesar de que se había duchado dos veces—. Aunque preferiría que no me mirara como si yo fuese Hércules, Platón y Clark Kent, todos en uno.

Caroline dejó el tazón de sopa delante de Tucker, y le acarició la cabeza.

—Resulta duro ser un héroe.

—Es más duro tratar de serlo cuando no se tiene lo que hace falta para ello.

—Ah, yo creo que te sorprenderías —sonrió Caroline, sentándose a su lado—. Te he hecho sopa.

—Ya lo veo. —La cogió de la mano—. Eres tan amable con todos, Caroline.

—Yo misma estoy sorprendida de mí misma. Me alegro de que no me conocieras antes, Tucker.

—El pasado carece de importancia.

—¿Y esto lo dice un hombre que, a las primeras de cambio, es capaz de

contarme historias de gente que lleva muerta más de cien años?

—Eso es distinto. —Empezó a comer, más para complacerla que por apetito. Después de las primeras cucharadas descubrió que tenía un hambre voraz—. Lo que ha sucedido antes es importante porque configura las cosas. Pero la persona que eras hace un año no importa tanto como la que eres ahora.

—Me gusta tu manera de pensar —dijo Caroline en voz baja—. ¿Tucker?

—¿Sí?

—¿Quieres que me quede esta noche? —preguntó.

Su mirada se volvió hacia ella, y Caroline vio en sus ojos una expresión llena de sentimiento y necesidad.

—Quiero que te quedes.

Caroline asintió con la cabeza, y se levantó.

—Te prepararé un sándwich.

Teddy había vuelto. Josie sabía que lo esperaban porque acababa de pasar la noche en la cama de Burns, y éste se lo había contado. La idea de hacer malabarismos con un forense y un agente especial del FBI aliviaba algo el dolor y la rabia que sentía por las palabras de Tucker. Había decidido no dirigir la palabra a su hermano por dos o tres días, al menos hasta que se disculpara en persona en lugar de enviar a Dwayne de intermediario.

A la siguiente tarde aún le duraba el enfado. Mientras el resto de Innocence reaccionaba con estupor ante el último asesinato, Josie estaba sentada frente al mostrador del Chat 'N Chew, con su espejito nuevo delante, retocándose el carmín de los labios. Teddy había prometido reunirse con ella para almorzar en cuanto acabara su examen preliminar del cuerpo.

—Earleen. —Josie alzó un poco el espejo para arreglarse el cabello, luego miró a su amiga frunciendo el entrecejo—. ¿Crees que soy una mujer de corazón frío?

—¿De corazón frío? —Exclamó Earleen, apoyándose en el mostrador y flexionando los doloridos pies—. Es un poco difícil tener la sangre caliente y el corazón frío, todo al mismo tiempo.

Josie sonrió, complacida.

—Eso es verdad. El hecho de que yo sea sincera y de que nunca finja no significa que sea fría. Simplemente se trata de ser fiel a una misma, ¿no te parece?

—Tienes razón.

Usando el espejo, Josie recorrió el restaurante con la mirada sin volver la cabeza. Había varias cabinas ocupadas. Todas las conversaciones, amortiguadas por la voz melódica de Reba McIntire en la máquina de discos, giraban en torno al tema de Darleen.

—Mira, la mitad de la gente que hay aquí no dedicaron ni un instante de su tiempo a Darleen cuando estaba viva. —Josie cerró el espejo—. Y ahora que está muerta, no paran de hablar de ella.

—Así es la naturaleza humana —declaró Earleen—. Es como esos artistas que pintan cuadros que no valen una mierda mientras están vivos; pero cuando se suicidan o son atropellados por un camión, la gente se da de bofetadas para conseguir esos mismos cuadros a cambio de una fortuna. La naturaleza humana.

A Josie le gustó la analogía.

—Así pues, Darleen vale más muerta que cuando estaba viva.

Aunque hubiese estado de acuerdo, Earleen era lo bastante supersticiosa como para no hablar mal de los muertos.

—Yo lo siento por Junior. Y por ese niño tan precioso. —Con un suspiro, Earleen se apartó para coger otro pedido del estante—. Y también por Happy y por Singleton. Los vivos son los que sufren.

Mientras Earleen iba a atender a un cliente, Josie murmuró algo que expresaba su acuerdo. Hurgó en su bolso, sacó un pequeño atomizador y se perfumó generosamente las muñecas y el cuello.

Cuando Carl entró, las voces se apagaron para continuar después, pero convertidas en murmullos. Josie dio una palmadita en el taburete que tenía a su lado.

—Ven, siéntate aquí. Pareces agotado.

—Gracias, Josie, pero no puedo. Sólo vengo a buscar algo para comer y llevármelo de vuelta al despacho.

—¿En qué puedo servirte, Carl? —preguntó Earleen, saliendo de detrás del mostrador, con la esperanza de intercambiar comida por noticias.

—Necesito media docena de hamburguesas. Ponme también ensaladilla y un poco de ensalada de col. Y cinco litros de té frío.

—¿Cómo quieres las hamburguesas?

—En su punto, Earleen, y échales de todo por encima.

Josie levantó su refresco *light*.

—Cielo santo, qué ocupados debéis de estar, metidos en aquel despacho, para ni siquiera tomaros un descanso para comer.

—Así es, Josie —suspiró Carl. Estaba tan cansado que podría quedarse dormido de pie. Se acordó, un poco tarde, de quitarse el sombrero—. El sheriff del condado ha venido con dos de sus muchachos. El agente Burns lleva toda la mañana dándole al fax. Hace un calor tan exagerado en aquel despacho que podríamos asar un pollo.

—Con tanta gente trabajando sin parar, ya tendréis algunas pistas, ¿no?

—Hemos encontrado un par de cosas —dijo Carl, mirando alrededor de ellos cuando Earleen regresó de la parrilla con rostro expectante—. Ahora no puedo contaros de manera oficial lo que hay. Pero ya sabéis que a Darleen la mataron como a las demás. Por eso pensamos que tiene que haber sido la misma persona usando la misma arma.

—Eso es grave —dijo Earleen—. Tenemos un asesino psicópata corriendo por ahí, y no hay mujer en el condado que se sienta a salvo.

—Sí, tienes razón. Pero lo atraparemos. Puedes estar segura de ello.

—Matthew dice que los asesinos en serie no son como los demás —

explicó Josie, después de sorber con la pajita—. Dice que parecen y actúan como la gente normal. Por eso atraparlos resulta tan difícil.

—A éste lo atraparemos —insistió Carl, inclinándose hacia ellas—. Supongo que puedo decírtelo, Josie, ya que no tardarás en enterarte. Por lo visto mataron a Darleen allí mismo, junto a la laguna.

—¡Cielos! —Earleen se debatía entre la emoción y el terror—. ¿Quieres decir que lo hizo en Sweetwater?

—Tenemos razones para pensar que sí. No quiero asustarte, Josie, pero será mejor que vayas con mucho cuidado.

Josie, con un ligero temblor en las manos, cogió un cigarrillo del paquete que había dejado en el mostrador.

—Puedes estar seguro de que lo haré. —Lanzó una lenta bocanada de humo mientras pensaba en que se enteraría de todo lo que sabían en cuanto estuviera a solas con Teddy.

Los periodistas habían acampado en el jardín. Caroline no contestaba el teléfono. Cada llamada era igual que la anterior: un representante de la prensa estaba al otro lado de la línea. Para distraerse, sacó el álbum familiar que había encontrado en el baúl de su abuela.

Caroline encontró que, a través de sus páginas, podía seguir los principales acontecimientos de su propia vida. La boda de sus padres, anunciada en los periódicos de Filadelfia y Greenville. Las fotografías formales de la ceremonia, tomadas por algún profesional, en las cuales se veía a su madre vestida con el hermoso traje de novia, una reliquia de la familia Waverly. La tarjeta que anunciaba el nacimiento de Caroline Louisa Waverly. Le habían puesto ese nombre como homenaje a su abuela paterna.

Unas cuantas fotos, también realizadas por un profesional, de los orgullosos padres con la niñita de sus ojos. Luego, de Caroline sola, una fotografía de estudio por cada año de su vida.

Se dio cuenta de que no había fotos corrientes ni desenfocadas ni tomadas por sorpresa, sólo unas cuantas que sus abuelos le habían hecho durante aquella visita tan breve, años atrás.

Recortes de diario que marcaban su carrera musical: Caroline a los seis años, a los doce, a los veinte.

Era una de las pocas cosas que sus abuelos habían tenido de ella, pensó Caroline, guardando el libro dentro del baúl. Y una de las pocas cosas que ella tenía de sus abuelos.

—Lo siento tanto —murmuró, y aspiró profundamente la fragancia de lavanda y cedro que surgía del baúl—. Desearía haberos conocido mejor.

Miró de nuevo en el interior y sacó una caja de cartón. Dentro, envuelto en papel de seda, había un diminuto vestido de bautizo, ribeteado con cintas blancas y delicados encajes que empezaban a amarillear.

Quizá lo había llevado su abuela o su abuelo, pensó Caroline, pasando las manos por la suave tela blanca. Y, sin duda, también su madre.

—Lo guardasteis para mí —susurró, acercándose a la mejilla,

conmovida—. No me lo pusieron cuando mi turno llegó, pero lo guardasteis para mí.

Con delicadeza, lo devolvió a su lecho de papel de seda. Algún día, juró, lo llevaría su hijo.

Inútil, que había salido de la habitación para detenerse en lo alto de las escaleras, regresó corriendo al oír que alguien golpeaba la puerta. Caroline puso la caja en el baúl, y sacó unos zapatitos de bebé recubiertos de polvillo de bronce. Sonrió al verlos.

—No te molestes, *Inútil*. Será uno de esos reporteros imbéciles.

—¡Caroline! Maldita sea, ábreme antes de que mate a uno de estos gilipollas.

—¡Tucker! —Se levantó de un salto, y bajó por las escaleras a todo correr, con el cachorro pisándole los talones—. Perdón —dijo cuando, al abrir la puerta, vio a un montón de periodistas detrás de él, enarbolando sus micrófonos, tomándole fotos y gritando preguntas. Cogió a Tucker de un brazo y tiró de él para que pudiera entrar. Luego se plantó delante de la puerta.

—¡Fuera de mi porche! —bramó Caroline.

—Señorita Waverly, ¿cómo se siente viviendo una auténtica aventura de asesinatos y misterio?

—Señorita Waverly, ¿es cierto que ha venido a Misisipí para recuperarse de un fracaso sentimental?

—¿Es cierto que se derrumbó en...?

—¿Es cierto que mató...?

—¿Conocía usted a...?

—¡Fuera de mi porche! —vociferó—. Y váyanse de mi finca. Muchos de ustedes están violando mi propiedad, y aquí, en el Sur, tenemos leyes para eso. Y si uno solo de ustedes traspasa con un pie el límite de mi finca, sin que yo le haya invitado, juro que se lo volaré de un disparo. —Cerró con un portazo y echó el cerrojo. En ese momento, Tucker la levantó en el aire y dio unas vueltas con ella en brazos.

—Cariño, mi madre hablaba igual que tú cuando la sacaban de sus casillas. —La besó antes de dejarla en el suelo—. Además, estás perdiendo el acento yanqui. Dentro de poco, tendrás todos esos giros, tan típicos, del habla sureña.

Caroline se echó a reír, pero sacudió la cabeza.

—No, no lo haré. —Le acarició las mejillas. No se había afeitado, pero la fatiga había desaparecido casi por completo de sus ojos—. Tienes mejor pinta que esta mañana.

—Que no es decir poco, puesto que esta mañana tenía aspecto de moribundo. Y era como me sentía también.

—No has dormido.

—Esta tarde me he permitido una siestecita de una hora en la hamaca. Como en los viejos tiempos —sonrió Tucker. La atrajo contra su cuerpo, y la besó con lentitud y ternura— Y como esto. Anoche me hubiera gustado que te hubieses mostrado menos respetable, compartiendo la cama conmigo.

Tampoco habría dormido, pero al menos me hubiera sentido mejor estando despierto.

—No me pareció correcto, tenías la casa llena de familiares, y...

—Y la policía merodeando por la laguna a media noche —terminó él. Se volvió y miró por la ventana—. Hazme un favor, Caroline.

—Lo intentaré.

—Sube, coge lo que necesites y vente conmigo a Sweetwater.

—Tucker, ya te dije... —suplicó Caroline.

—Anoche te quedaste.

—Me necesitabas.

—Todavía te necesito —insistió Tucker.

—No es momento para poesías y romances —dijo al ver que ella no contestaba—. Y no te lo pido porque quiera que te metas en mi cama. Me quedaría aquí contigo si fuera sólo por eso.

—Entonces, quédate —sugirió ella.

—No puedo. No me pidas que elija entre tú y mi familia, Caroline, porque eso es imposible —le rogó Tucker.

—No entiendo qué quieres decir.

—Si me voy a casa solo, me preocuparé por ti. Si me quedo, me preocuparé por Josie y Della y los demás. —Tiró de ella y la apretó con fuerza contra su cuerpo. Luego, nervioso, la soltó y empezó a pasearse por el salón— Anda suelto por ahí, Caroline, en alguna parte.

Y ha estado en Sweetwater.

—Ya comprendo, Tucker —dijo Caroline—. Sé que dejó el cuerpo allí.

—La mató allí —puntualizó él. Sus ojos se llenaron de angustia, y se volvió hacia ella—. La mató allí, a la vista de mi casa, junto a los árboles donde yo había estado pescando con Cy sólo unos días antes. Un árbol que mi madre había plantado. Burke me ha contado muchas cosas, quizá demasiadas. Y te las voy a contar. No quisiera hacerlo, pero necesito que entiendas el porqué debo volver allí, y que no iré sin ti.

Respiró hondo, armándose de valor.

—La clavó al suelo, de manos y pies, con estacas, debajo del árbol. Han encontrado los agujeros donde le hundió las estacas en las manos y los pies. Y la sangre que la lluvia no ha lavado. Yo vi anoche el resultado de eso. Jamás olvidaré su aspecto cuando ayudé a sacarla del agua. Jamás olvidaré que lo hizo donde mi madre plantó aquel sauce, donde yo jugaba con mis hermanos, al otro lado del lago donde te besé por primera vez...

Creo que jamás olvidaré todo eso. No tocará nada más de lo que es importante para mí. Ahora te pido de nuevo que cojas lo que necesites y vengas conmigo.

Caroline dio un paso hacia adelante para cogerle los puños, que Tucker apretaba con desesperación.

—No necesito gran cosa.

25

Caroline estaba acostumbrada a pasar malas noches. Con el paso del tiempo, había desarrollado una humillante envidia de las personas que se metían en la cama, cerraban los ojos y se dormían sin mayores problemas. A raíz de su llegada a Innocence, empezó a sentir que pronto engrosaría las filas de aquellos privilegiados. Pero en ese momento pensó que volvía a estar como al principio, acosada por largas y oscuras horas de frustrada persecución del sueño.

Los trucos del insomne eran pura rutina para ella. Baños calientes, coñac tibio, libros aburridos. Los dos primeros la relajaban físicamente, pero cuando intentaba leer su mente se alejaba de las palabras impresas en el papel. Había una televisión hábilmente disimulada en un armario de madera de cerezo, pero no encontró un programa de madrugada que despertara su interés, o no la aburría lo suficiente para quedarse dormida.

No era problema de calor, en aquel agradable frescor de su dormitorio en Sweetwater. Y estaba acostumbrada a dormir en habitaciones desconocidas, en camas extrañas. La que tenía allí era tan elegante como cualquiera de los grandes hoteles de lujo europeos. La cama era delicada y femenina, con dosel acortinado y varios almohadones de encaje. Por si aquello no la inducía al sueño, había un cómodo diván de satén azul, formando ángulo con la puerta vidriera, desde donde se veía la luna.

Los jarrones, con flores recogidas en el jardín, endulzaban el aire. De las paredes de un cálido color rosa colgaban acuarelas encantadoras. Sobre el tocador, varios frascos, antiguos y elegantes, titilaban en la tenue luz. Había un pequeño hogar de piedra azul que en las noches de invierno ofrecería calor y sosiego. Se imaginaba en una noche de febrero de mucho viento, acurrucada bajo gruesos edredones hechos a mano, oyendo el crepitar de los troncos ardiendo, y viendo las sombras bailando por las paredes al compás de las llamas. Con Tucker.

Le pareció que era cruel aquel pensamiento de estar abrazada a él, sumidos en una paz absoluta, cuando se encontraban rodeados de tanta desgracia y tristeza. Otra mujer había muerto, y su cuerpo reposaba en una fría y oscura habitación mientras a su familia le quedaba sólo el estupor y el llanto.

Seguro que no estaba bien sentir ese suave resplandor de felicidad, esa insistente fuente de esperanza, en unos momentos en que la muerte rondaba tan cerca. Pero ella estaba enamorada.

Suspiró, acurrucada en el antepecho de la ventana, desde donde veía la luz de la luna brillando en el jardín. Una pátina plateada recubría las flores que, como en un sueño mágico, parecían aguardar en su inmovilidad que alguien las acariciara. Más allá, mucho más allá, percibió el destello de la laguna de Sweetwater. No distinguió los sauces, y se alegró de ello. Si aquello era huir del dolor, por una noche quería permitírselo. En ese momento, la laguna era sólo un hermoso rincón iluminado por la luz de la luna.

Y ella estaba enamorada.

Era un error enamorarse justo cuando empezaba a comprender sus propias necesidades y capacidades. Cuando comenzaba a aprender que podía ser independiente, dueña de su vida. Era una tontería enamorarse allí, en un lugar desgarrado por la tragedia y por una violencia absurda; un lugar que se vería obligada a abandonar al cabo de unas semanas.

Era ridículo enamorarse de un hombre que había hecho un estudio profundo del romance y la seducción. Un mujeriego, perezoso y encantador. Un sospechoso de asesinato. Un vividor amante de la poesía.

¿Acaso no se había dicho en varias ocasiones que Tucker era otro Luís pero con acento sureño? ¿No se había repetido que, enamorándose de él, demostraba ser la clase de mujer que siempre se equivocaba al elegir y luego se arrepentía de las consecuencias?

Pero Caroline no podía creer ya que él fuese así, por mucho que lo intentara. Había en él mucho más que todo eso, mucho más de cuanto él mismo fuera capaz de reconocer. Lo percibió en tantos detalles: la manera de cuidar de Cy, su fidelidad a la familia, aquella manera tan discreta de dirigir en Sweetwater y una docena de empresas, sin alardear de su poder ni exigir la gratitud de nadie.

Tucker no se mostraba falsamente modesto, aquélla era su manera de ser. Un hombre que hacía lo que se tenía que hacer, y que cumplía con su deber sin dudarlo. Y todo aquello sin aspavientos ni exigencias ni preocupaciones ni angustias pensando en el futuro.

No, en torno a Tucker Longstreet giraba la plácida calma de las siestas que tanto le gustaba tomar a la sombra, en el verano. Tan tranquilo como un largo cuento perezoso relatado con su acento sureño arrastrado al ritmo de una mecedora en el porche. Y tan suave como una cerveza fría saboreada en una noche calurosa.

Eso era lo que ella necesitaba, pensó Caroline apoyando la cabeza contra el cristal de la ventana. Ese reconocimiento básico de que la vida era casi siempre una broma, y que una persona debería ser capaz de vivirla sin perder la sonrisa.

Y ella necesitaba sonreír, pensó Caroline. Necesitaba esa isla de serenidad que él llevaba consigo con tan poco esfuerzo.

Lo necesitaba a él.

Entonces, ¿por qué seguía sentada, persiguiendo el sueño, cuando lo que quería estaba a su alcance?

Siguiendo un impulso, se bajó del antepecho de la ventana. De camino hacia la puerta vidriera que conducía a la terraza, cogió una ramita de fresa de un jarrón. Se detuvo unos segundos ante el alto espejo de marco dorado para arreglarse el cabello. Justo cuando tendía la mano hacia el pomo de la puerta, ésta se abrió al calor de la noche. Y a Tucker.

El corazón le dio un vuelco que la hizo retroceder.

—¡Ay, me has sorprendido!

—He visto la luz encendida —dijo Tucker. Vestía pantalones de algodón anchos y llevaba una flor de guisantes de olor en la mano—. Me he figurado que tú tampoco lograrías dormir.

—No, no puedo. —Caroline bajó los ojos. Se fijó en la fresa que tenía en

la mano, sonrió y se la ofreció.

—Iba a buscarte.

El dorado de los ojos de Tucker se intensificó, cogió la flor y ofreció la suya a Caroline.

—Vaya, vaya. Yo pensaba que tu idea de la decencia no te permitiría acudir a mi habitación, así pues venía yo a la tuya. —Le acarició dulcemente el cabello, y le rodeó el cuello con las manos, que Caroline sintió cálidas y firmes contra su piel fresca—. El deseo nunca descansa.

Ella avanzó un paso, y se apretó contra él.

—No quiero descansar.

Tucker entró con ella y cerró la puerta.

—Entonces no te lo daré.

La estrechó con fuerza entre sus brazos, y el primer beso fue hambriento, como si hubiesen estado años, y no horas, sin que sus labios se tocaran. El sabor del deseo era potente y creaba dependencia. Se nutrieron de él, despertando sus apetitos con murmullos y suspiros.

Ella fue deslizándose los labios hacia el fuerte cuello, jadeando, aferrada a su cuerpo cuando tropezaron camino de la cama. Tendió la mano hacia la lámpara, pero Tucker se la atrapó antes de que llegara a apagarla y se la llevó a la boca para mordisquearle los dedos y chupárselos.

—No necesitamos la oscuridad —dijo sonriendo, y la cubrió con su cuerpo.

Mientras ellos hacían el amor con la luz encendida, y casi todo Innocence dormía intranquilo, el bar de McGreedy estaba a rebosar. Comenzaba el largo fin de semana que culminaría con la celebración del Cuatro de Julio. El ayuntamiento, formado por Jed Larsson, Sonny Talbot, Nancy Koons y Dwayne, había decidido —después de un acalorado debate— no cancelar las festividades anuales: desfile, la feria y fuegos artificiales.

El patriotismo y la economía habían decantado el voto. La empresa FunTime, Inc. había recibido ya un generoso depósito para la instalación de la feria por dos noches y los fuegos artificiales; celebraciones que costarían al erario municipal una buena suma. Como Nancy había señalado, la banda de música del instituto Jefferson Davis y las famosas *majorettes* del pueblo, las Twinkling Batons, llevaban ensayando varias semanas. Anular esos actos en unas fechas tan avanzadas sería decepcionante para los jóvenes, además de un golpe para la moral de todo el pueblo.

Alguien señaló que supondría una falta de delicadeza montar el parque de atracciones en la feria y celebrar concursos de comer pasteles, cuando Darleen Talbot llevaba muerta apenas unos días. Pero hubo quien argumentó que el Cuatro de Julio era una fiesta nacional, y que Innocence organizaba su patriótica celebración desde hacía más de cien años.

Al final decidieron que alguien subiría al quiosco de música y pronunciaría un pequeño discurso de homenaje a Darleen y las demás víctimas. A continuación se guardaría un minuto de silencio.

Así pues, el pueblo se llenó de banderitas y guirnaldas mientras Teddy hacía la autopsia a Darleen en la sala de embalsamamiento de la Funeraria Palmer.

En la taberna de McGreedy, algunos clientes habían empezado ya la celebración. Si las risas se volvían un poco salvajes o forzadas, si los nervios estaban a flor de piel, McGreedy no se preocupaba porque sabía que, detrás de la barra, tenía a mano su Louisville Slugger.¹

Vigilaba a Dwayne, que no cesaba de beber, aunque en silencio, al final de la barra. Pero esa noche sólo tomaba cerveza, así pues, McGreedy no se preocupaba demasiado por él. Era el whisky lo que sentaba mal a Dwayne, y en ese momento parecía más infeliz que borracho.

Sabía que, probablemente, antes de que terminara el fin de semana, se vería obligado a agitar el bate de béisbol y echar a la calle a más de uno de una patada en el culo. Esa noche la taberna tenía buen ambiente, aunque había varios tipos duros reunidos en un rincón, bebiendo como cosacos y hablando entre ellos en voz baja. No sabía qué tramaban, pero procuraría que se fueran a otra parte.

Billy T. Bonny tomó un trago de whisky de la casa. Le cabreaba que McGreedy lo aguara, pero esa noche tenía otras cosas en la mente. Todos, en aquel maldito pueblo, sabían que había estado viéndose con Darleen a escondidas, y para él era una cuestión de orgullo hacer algo sobre su asesinato.

Cuanto más bebía, más le parecía que Darleen y él estaban enamorados.

Se encontraba entre amigos —media docena de hombres, además de su hermano— que pensaban como él, y que, como él, estaban hinchándose de alcohol y de odio. Hablaban en voz baja, para que ninguna palabra se oyera fuera del grupo que formaban.

—No está bien —masculló Billy T. de nuevo—. Por lo visto, nosotros aquí sentados, con el dedo en el culo, mientras un gilipollas del FBI se ocupa de todo. Pues ya veis cómo la ha jodido con Darleen.

Hubo un murmullo de asentimiento general. Encendieron sendos cigarrillos y meditaron ideas profundas.

—¿De qué coño le ha servido a ella ese polizone yanqui? —Inquirió Billy T.—. Él y Burke y todos los demás no hacen más que dar vueltas en círculo mientras alguien se carga a nuestras mujeres. Parece ser que nosotros servimos sólo para buscar cadáveres, pero que no tenemos derecho a hacer algo para proteger lo que es nuestro.

—Y es probable que las haya violado —susurró Will a su cerveza—. Seguro que las ha violado como un animal antes de rajarlas de arriba abajo. Sería lo lógico.

Wood Palmer, primo de los Palmer de la funeraria, asintió reflexivo.

—Los psicópatas siempre lo hacen, porque odian a su madre y quieren follársela, y como no pueden, la toman con otras tías.

¹ Famosa marca de bates de béisbol. (*N. de la T.*)

—Eso es una gilipollada. —Billy T. se acabó el whisky e hizo una seña a la camarera para que le sirviera otro. Tenía ya tanto alcohol en la sangre, que si se hubiese abierto una vena habría llenado su depósito de la gasolina—. Es porque odian a las mujeres. A las mujeres blancas.

—No han matado ni a una sola negra, ¿verdad que no? —añadió su hermano. John Thomas llevaba casi dos horas tomando chupitos y tenía ganas de bronca—. Cuatro mujeres muertas y ni una de ellas es de color.

—Eso es un hecho —dijo Billy T., que cogió el vaso de whisky en cuanto se lo sirvieron—. Y con eso está todo dicho.

Wood se rascó la media barba mientras los demás emitían gruñidos de asentimiento. Lo que decía Billy T. tenía sentido para él, sobre todo filtrado a través de una bruma de tequila—. He oído decir que les arrancó la cabeza casi de cuajo y que les rajó los órganos sexuales.

Eso es obra de un psicópata.

—Los polizontes quieren que pensemos eso —gruñó Billy T. Prendió una cerilla y miró cómo ardía. Tenía fuego en la sangre esa noche, y necesitaba propagarlo por alguna parte—. También querían que pensáramos que Austin Hatinger había sido el asesino de su propia hija. Pero sabemos que no fue él.

—Cuando la cerilla se le apagó con un chisporroteo entre el pulgar y el índice, fue mirando cada uno de los rostros que lo rodeaban. Y se sintió satisfecho de lo que veía—. Sabemos que fue un negrata.¹ Pero tenemos que conformarnos con un agente yanqui del FBI, un ayudante de sheriff negrata y un sheriff que prefieren encerrar a un blanco antes que a uno de color.

Will abrió un cacahuete. Estaba bebiendo cerveza y la bebía despacio. Justine lo agobiaba bastante por gastarse una buena parte del sueldo en la bebida y los billares.

—Venga, Billy T., que el sheriff Truesdale es legal —dijo Will.

—Si es legal —replicó Willy T.—, ¿por qué tenemos cuatro mujeres muertas y nadie que pague por ello?

Todas las miradas se posaron en él, y Will, que estaba lo bastante sobrio para ser prudente, decidió no dar su opinión.

—Yo os diré por qué —prosiguió Billy T.—. Porque saben quién lo hizo, tan seguro como que estamos aquí. Lo saben, pero no quieren tener problemas con esas asociaciones de chupapollas defensores de los negros. Los negratos y los jodidos liberales de toda la vida son los responsables.

—Además, no han interrogado a los negros, que yo sepa —musitó Wood—. Y eso no me parece bien.

—Porque no está bien —exclamó Billy T. rabioso—. Pero yo sé de buena tinta que les interesa uno de ellos. —Prendió fuego a otra cerilla por el placer de ver cómo se quemaba—. Han interrogado a Toby March. Ese jodido agente especial ha estado haciendo un montón de preguntas sobre él.

—Sólo hace eso, hablar —murmuró Wood—. Y entretanto nos matan a

¹ La autora no emplea la palabra negro (black), sino otra (nigger) que, aunque también significa negro, tiene connotaciones muy despectivas, de ahí la traducción. (N. de la T.)

otra mujer.

—Y seguirán igual. —Billy T. asintió con la cabeza mientras los demás se removían, nerviosos, en sus sillas. Se percibía el odio, el miedo, la frustración..., todo revuelto en una olla que hervía con el calor del verano y la fuerza del whisky—. Seguirán hablando y haciendo preguntas, y el asesino matará otra vez. Puede que su próxima víctima sea una de nuestras mujeres.

—Tenemos derecho a proteger a nuestra gente.

—Es hora de que alguien acabe con todo esto. De una manera u otra.

—Tienes razón. —Billy T. se mojó los labios con la lengua, inclinándose hacia ellos—. Y creo que sabemos qué debemos hacer. Ese hijo de puta de March es el asesino. Ellos lo han averiguado, pero se han echado atrás. Incluso saben que le gusta la carne blanca.

—Estuvo husmeando alrededor de Edda Lou, eso seguro —añadió John Thomas—. Alguien tendría que haberle sacudido entonces. Bien fuerte.

—¿Y sabéis qué hace ahora? —Todos se volvieron para escuchar a Billy T.—. Se ríe de ellos. Y se ríe de nosotros. Él sabe que aquí, en Misisipí, las autoridades no quieren que haya problemas raciales, porque los periódicos yanquis los convertirían en un escándalo. Está seguro de que harán la vista gorda, a menos que lo pesquen con un cuchillo clavado en la garganta de una blanca.

—Es él, seguro —insistió su hermano—. ¿Acaso no lo vi yo delante de la ventana de Edda Lou?

—Tenía trabajo en la pensión y... —empezó a decir Will.

—Es verdad —lo interrumpió Billy T., con tono socarrón—. Trabajo para ver cómo llevarse a Edda Lou al pantano para violarla y matarla. También le hizo un trabajito a Darleen. Ella me contó que le había arreglado el tejado.

—Y estuvo trabajando en el campamento de caravanas donde Arnette y Francie vivían —añadió Wood—. Yo lo he visto tomando un refresco con Francie, riéndose con ella.

—¿Veis como todo encaja? —Billy T. dio una última chupada a su cigarrillo—. Se movía entre mujeres, y entonces pensó que le gustaría hacérselo con ella. Las odiaba por ser mujeres. Mujeres blancas. Los polis no quieren enterarse, pero yo lo sé. Lo veo muy claro, y no voy a dar a, ese hijo de puta negro la oportunidad de matar a otra de nuestras mujeres. —Se inclinó, intuyendo que el momento había llegado—. En el coche llevo un buen pedazo de cuerda resistente. Tenemos un arma cada uno, y sabemos usarla. Yo digo que inauguraremos el día de la Independencia liberando a Innocence de un asesino.

Billy T. se apartó de la mesa con un empujón a su silla y se puso de pie.

—El que esté conmigo que vaya a coger su rifle. Quedamos en mi casa. Tenemos un asesino y hay que colgarlo.

Las sillas rascaron el suelo de madera desgastada. Los hombres desfilaron hacia la salida, sintiendo una mezcla de resolución y venganza. La sed de justicia les latía en el pulso desbocado, endulzado por la emoción de la violencia.

Uno tras otro salieron a una noche de calor y bochorno. McGreedy se

dio cuenta, por su aspecto, que buscaban bronca. Pero como iban a buscarla a otra parte, volvió su atención al barril y siguió llenando jarras de cerveza.

Junto a la puerta, Wood miró hacia atrás por encima del hombro y vio a Will, de pie ante la mesa vacía.

—¿Vienes, chico?

—Claro. —Will levantó la jarra y engulló parte de la cerveza que le quedaba para aliviar su garganta reseca—. Ahora mismo voy.

Con un gesto de la cabeza, que tuvo tanto de advertencia como de asentimiento, Wood se fue a coger su Remington.

—¡Cielo santo! —Will tragó más cerveza. No quería que los otros pensarán que era un mariquita acojonado. Eso era lo peor que podían decir de un hombre. Pero pensó que tal vez hubiera algo mucho peor que eso.

Ahorcar a una persona.

Todavía no estaba lo bastante borracho para tomárselo como un acto de justicia. Pero tampoco lo suficientemente sobrio para verlo como un asesinato. Sólo pensaba en Toby March, sacudiéndose al final de una sogá, los ojos en blanco y desorbitados, el rostro amoratado, los pies agitándose en el aire...

La triste verdad era que no tenía agallas para verlo. Y si no las tenía, perdería el respeto de los hombres con quienes bebía casi todas las semanas. Desde su punto de vista, sólo había una manera de resolver el problema: parar aquello antes de que sucediera.

Secándose la boca, se acercó a Dwayne. —Dwayne, tienes que escucharme. —Déjame, Will. Ya te he dicho que esperaré una semana más a que me pagues el alquiler.

—No se trata de eso. ¿Has visto a esos tíos que acaban de salir?

Irritado por aquella interrupción, Dwayne soltó una palabrota y clavó la mirada en la cerveza.

—Estoy haciendo un esfuerzo por no ver nada.

—Van a casa de March. Llevan una sogá. Dwayne levantó la cabeza con lentitud y lo miró.

—¿Para qué?

—Quieren colgar a Toby March. Piensan ahorcarlo, Dwayne, allí mismo, por haber matado a esas mujeres. —Joder, chico. Toby no ha matado nada en toda su vida, a no ser alguna asquerosa rata.

—Tal vez sí, o tal vez no, pero han ido a coger sus armas. Billy T. jura que Toby lo hizo, y se ha emperrado en ponerle la sogá al cuello.

—¡Joder! —Dwayne se frotó el rostro con ambas manos—. Entonces supongo que tendríamos que pararlos.

—Yo no puedo. —Sacudiendo la cabeza, Will retrocedió—. Me las harán pagar de aquí al año que viene si creen que me he acojonado. Ya he hecho cuanto podía hacer.

La gente estaba acostumbrada a los arrebatos repentinos de Dwayne cuando tenía una botella al lado. Por eso nadie prestó mayor atención que echarles una ojeada cuando apartó la mesa de un empujón y agarró a Will por la pechera de la camisa.

—¡Y una jodida mierda! Si esta noche hacen daño a Toby, yo me encargaré de que pagues por ello, igual que los otros.

—Joder, Dwayne. Yo no puedo ir en contra de mis amigos más de lo que ya he hecho.

—Si quieres conservar aquel techo encima de tu cabeza, y el trabajo que te permite pagarlo... —Dwayne levantó a Will del suelo y lo sacudió—, entonces será mejor que pierdas el culo de tanto correr hasta la oficina del sheriff. Si no encuentras a Burke o Carl allí, los buscas en su casa, y cuéntales lo mismo que a mí.

—Dwayne, si Billy T. se entera de que le he hecho esto, me matará.

—Billy T. Bonny no matará a nadie —rugió Dwayne, y lanzó a Will en dirección a la puerta—. Vamos, date prisa.

Caroline se acurrucó contra Tucker, medio dormida y con el cuerpo flácido de placer. Se incorporó apenas para trazar una línea de besos perezosos por el torso hasta la barbilla.

—Siempre había pensado que la decencia es supervalorada por la gente —susurró ella.

—Tú no te separes de mí, muñeca —dijo Tucker, curvando una mano alrededor de su cadera—. Olvidarás que alguna vez existiera algo así.

—Creo que ya lo he olvidado —sonrió Caroline, rozando el hombro de Tucker con los labios antes de apoyar la mejilla contra él—. ¿Podremos dormir así?

—Como bebés —le prometió Tucker, acariciándole la espalda con gesto distraído. No prestó demasiada atención al rugido del coche que llegaba por el camino, ni a los portazos —tanto en el vehículo como en la casa—, ni a las fuertes pisadas de alguien que subía por las escaleras. Si Dwayne estaba borracho, o si Josie se había cabreado con quien se hubiese acostado con ella, esperaría hasta el siguiente día.

Pero Caroline se incorporó y empezó a hablar justo cuando oyeron a Dwayne gritando el nombre de Tucker.

—¡Mierda! Desde luego escoge bien los momentos —gruñó Tucker. Besó a Caroline en el hombro, rodó hasta los pies de la cama y cogió el pantalón—. Espérame, iré a calmarlo un poco.

Tucker oyó cómo su hermano llamaba en todas las habitaciones, y soltó una palabrota. Abrió la puerta de la habitación de par en par y salió al pasillo.

—Por todos los santos, Dwayne, vas a despertar a toda la casa.

—Ya lo ha hecho —dijo la prima Lulú desde la puerta de su habitación. Llevaba puesta una camiseta de fútbol de los Redskins y el cabello recogido en rulos de color lila—. Y yo que estaba soñando tan feliz con Mel Gibson y Frank Sinatra.

—Vuelve a la cama, prima Lulú. Yo me ocuparé de él.

Con ojos desorbitados y mirada salvaje, Dwayne salió con un estruendo del dormitorio de Tucker.

—¿Es que nadie duerme ya en su propia habitación?

Coge el rifle, muchacho. Tenemos problemas.

—El único problema que hay aquí es la cerveza que te has tomado en el bar de McGreedy —vociferó Della, agarrando a Dwayne por el brazo para arrastrarlo hasta la habitación—. Lo único que necesitas es un poco de hielo en la cabeza, a ver si te enfría un poco el cerebro.

Dwayne se la sacudió de encima y se acercó a Tucker.

—No sé si nos queda mucho tiempo. Van a linchar a Toby March.

—¿De qué coño me hablas? —gritó Tucker.

—Te hablo de que los hermanos Bonny y esos gilipollas amigos suyos van en busca de Toby con una soga, maldita sea. Ahora mismo.

—¡Joder! —Tucker vio que Caroline se les acercaba, cerrándose la bata en torno al cuello—. Espérame.

—Yo voy contigo. —Della se encontraba ya en la escalera, a medio camino entre el rellano y el vestíbulo, con su bata adornada de plumas rojas, antes de que Tucker pudiera detenerla.

—Tú te quedas aquí. No tengo tiempo de discutir contigo. Llama a Burke. Dile que los fuegos artificiales han empezado antes de lo previsto.

Della se quedó inmóvil mientras los dos hermanos bajaban corriendo por las escaleras. Estaba tan rabiosa que hasta las plumas se pusieron de punta.

—Sólo son dos —comentó Caroline a su espalda—. Si Burke no llega a tiempo para ayudarlos, Tucker y Dwayne estarán solos.

La prima Lulú se examinó las uñas.

—Yo todavía agujereo un penique de un tiro y machaco la cara a Lincoln, cuando lo tengo a cinco metros.

Della se volvió hacia arriba e hizo un gesto con la cabeza.

—Poneos unos pantalones.

Toby se removió en la cama cuando su viejo perro *Custer* empezó a ladrar.

—Maldito chucho —masculló.

—Te toca a ti —dijo Winnie con voz somnolienta.

—¿Y cómo lo calculas?

—Yo estuve mucho tiempo levantándome todas las noches para dar de mamar a dos bebés. —Abrió los ojos y le sonrió a la luz de la luna—. Y volveré a levántame de la misma manera dentro de unos seis meses, cuando llegue el siguiente.

Toby deslizó una mano por encima del vientre, aún plano, de su mujer.

—Es justo que yo me ocupe del perro. —Tráeme un vaso de naranjada, ya que te levantas. —Le dio una palmadita en el culo antes de que se pusiera los calzoncillos—. Una mujer embarazada tiene sus antojos.

—Ya lo creo. Como hace un par de horas, ¿no? Winnie soltó una risita y le dio otra palmada. Toby tropezó, bostezando, al salir de la habitación.

El fuego se reflejaba en la ventana del cuarto que daba a la calle. Cuando vio el brillo dorado y rojo en el cristal le dio un vuelco al corazón y sintió que la sangre le hervía.

Reprimiendo una palabrota, sólo pensó en deshacerse de aquella obscenidad que ardía en su césped, antes de que alguien de su familia se sintiera herido. Era un hombre de fe profunda, y hacía todo lo posible por amar a su prójimo. Pero en ese momento, sentía un frío odio en su corazón hacia la persona que había prendido fuego a la cruz en su jardín.

Abrió la puerta de golpe y salió al porche. Un rifle se le clavó en el vientre, desnudo.

—Es el día del Juicio Final, negrata. —Los labios de Billy T. se dilataron en una sonrisa de oreja a oreja—. Hemos venido sólo para enviarte al infierno. —Disfrutando de su poder, lo empujó con el cañón del rifle—. Toby March, has sido juzgado, y encontrado culpable, por la violación y el asesinato de Darleen Talbot, Edda Lou Hatinger, Francie Logan y Arnette Gantry.

—¡Estás loco! —Toby apenas pudo pronunciar las palabras. El perro no ladraba ya; entonces vio al viejo *Custer*, hecho un amasijo sobre el césped, muerto o inconsciente. La rabia se apoderó de él al instante. Pero cuando su mirada tropezó con la cuerda que John Thomas Bonny y Wood Palmer colgaban de la rama de un viejo roble, lo que sintió fue un miedo atroz—. Jamás he matado a nadie.

—¿Habéis oído, chicos? —Billy soltó una carcajada áspera, sin apartar la mirada, fría y oscura, de los ojos de Toby—. Dice que no ha sido él.

Pese al terror que sentía, Toby se dio cuenta de que estaban borrachos como cubas. Y eso significaba que eran más peligrosos aún.

Uno de los hombres se apoyó en su arma y se llevó una botella de Black Velvet a los labios.

—Pues lo colgaremos también por mentiroso.

—El cuello se le estirará igual. Vosotros, los negratas, sabéis bailar, ¿no? —Billy T. sonrió hasta que los ojos no fueron sino dos rendijas en el rostro—. Esta noche vas a bailar un poco para nosotros. Con los pies en el aire, sin tocar el suelo. Cuando te canses de bailar, quemaremos tu casa hasta que no queden más que cenizas.

El pánico se tornó hielo en el estómago de Toby. Iban a matarlo. Lo veía en sus ojos. Pelearía contra ellos, y perdería. Pero no podía perder también a su familia.

Dio un empujón al rifle, y sintió que la bala le rozaba el costado al pasar.

—¡Winnie! —Gritó, presa de la desesperación y el terror—, ¡Corre! ¡Coge a los niños y corre! —Se apretó el costado herido con las manos, y Billy T. le golpeó el rostro con la culata del rifle.

—Podría haberte matado. —Con una risilla nerviosa, Billy T. se pasó el dorso de la mano por la boca—. Podría haberle abierto un agujero en la tripa, pero no lo haremos así. Lo ahorcaremos. —Entonces gritó a los otros—: Arrastradlo hasta ahí.

Vio a la mujer que salía corriendo y los fogonazos del rifle mientras ella, aterrada, soltaba balas por doquier. Billy T. la cogió de un brazo y se lo retorció a la espalda. El arma saltó de las manos de Winnie.

—Mirad aquí. —Agarró por la cintura a la mujer, que forcejeaba con todas sus fuerzas—. Ha salido a proteger a su hombre. —Ella le clavó las uñas en una mejilla, y él la golpeó tan fuerte en el rostro que cayó, semiinconsciente, en el suelo del porche—. Agárrala con fuerza, Woody. Átala bien. Cuando este chupapollas despierte, le enseñaremos qué se siente cuando le violan a la mujer.

—Yo no pienso violar a ninguna mujer —musitó Wood, que empezaba a tener sus dudas sobre la faena de esa noche.

—Entonces tú también mirarás. —Billy T. se agachó, cogió a Winnie del cabello y la arrastró por las escaleras—. Agárrala bien, y no la sueltes, maldita sea. John Thomas, entra en la casa y saca a los pequeños negratos de ahí. Les daremos una buena lección.

Winnie se puso a gritar, lanzando un alarido salvaje tras otro. Pateó y mordió y clavó las uñas hasta que Wood le ató las manos a la espalda.

En la casa sonó un chillido, una palabrota y un estruendo. John Thomas salió tambaleándose, con la sangre cayéndole a borbotones del hombro.

—Me ha cortado —chilló, mostrando una mano llena de sangre, tropezó y cayó de rodillas—. Ese niño hijo de puta me ha cortado dos veces.

—Joder, tío, no puedes ni con un chaval —lo increpó Billy T., acercándose a su hermano para examinarle la herida—. Estás sangrando como un cerdo en el matadero. Que uno de vosotros le ponga algo para que no sangre más. Vigilad la casa. Si el niño sale, ya sabéis qué hacer. —Al pie de la cruz en llamas, Toby empezó a gemir y a moverse—. Esto lo haré yo mismo. Por Darleen.

—Se agachó. Toby tenía un ojo cerrado por la hinchazón, pero en el otro brillaba el terror. Billy T. lo vio y se sintió fuerte.

Era el poder. Lo probó y lo encontró excitante.

Toda su vida había sido un don nadie. Pero estaba a punto de hacer algo importante, algo heroico incluso. Nadie volvería a mirarlo de la misma manera.

—Observa esto, negro de mierda. Voy a poner esta cuerda alrededor de tu cuello. —Billy T. levantó los brazos a Toby y lo ató. Tiró de él hasta ponerlo de rodillas, y le ajustó el nudo corredizo al cuello—. Te lo apretaré bien fuerte. —Deslizó el nudo hacia abajo hasta empujarlo con rabia contra la piel—. Pero todavía no te colgaremos. Primero voy a hacer con tu esposa lo que tú hiciste a esas mujeres blancas. —Miró a Toby con una sonrisa socarrona, mientras éste se retorció atragantándose con el nudo corredizo—. Y haré que le dé gusto. Y cuando chille pidiéndome más, te ahorcaremos.

—Yo no violaré a ninguna mujer —declaró Wood, con más firmeza que antes. Billy T. giró sobre sus talones y soltó un rugido, el rifle en alto.

—Cierra el jodido pico entonces, gilipollas. Esto no es violación, sino justicia.

—No hay manera de parar la sangre.

Billy T. miró hacia donde uno de los hombres intentaba cerrar la herida del hombro a su hermano.

—Pues entonces, déjale que sangre un momento. De ésta no se morirá.

Estaba perdiéndolos. Lo intuyó por la manera en que agitaban los pies, desviando la mirada de la mujer que yacía en el suelo, sangrando.

Dejó el rifle y se desabrochó el cinturón. La tenía dura con sólo pensar en tomarla a la fuerza. En cuanto sus amigos lo vieran en acción, cuando se dieran cuenta de la clase de hombre que era, volverían a estar con él.

—Alguien viene, Billy.

—Será Will. Siempre llega tarde y sin un duro.

Anduvo hacia Winnie, y se sentó a horcajadas sobre ella. Metió una mano en el corpiño del camión justo cuando el coche dio un frenazo, derrapando sobre la gravilla y levantando una nube de polvo mientras el disparo de un rifle rasgaba el aire.

—Estoy apuntándote justo a los huevos, Billy T.

—Tucker salió del coche, con el vello erizado pensando en las armas que lo estarían encañonando—. Es mucho más rápido que yo, te lo aseguro.

—Esto no es asunto tuyo —vociferó Billy T. Se incorporó maldiciéndose por haber dejado el rifle a un lado—. Hemos venido aquí para hacer lo que ya debería estar hecho hace mucho tiempo.

—Ya, y quemar cruces es tu estilo. Como matar a un hombre desarmado. —Vio la sangre en el rostro de Winnie y sintió náuseas—. Pegar a mujeres. Se necesitan muchos huevos para venir hasta aquí a eso. ¿Cuántos sois? Seis contra un hombre, una mujer y dos niños.

—Este negrata ha matado a nuestras mujeres.

Tucker se limitó a enarcar una ceja.

—Que yo sepa, quizá has sido tú.

—Esta noche colgaremos a un asesino. ¿Acaso crees que podrás impedirlo? ¿Tú y el borracho de tu hermano? —Billy T. arrastró a Winnie hasta tenerla como escudo y retrocedió un par de pasos para alcanzar el rifle—. Me parece que nosotros somos seis y vosotros sólo dos.

Otro par de faros rasgaron la oscuridad, y el Oldsmobile se detuvo con un frenazo. De él se apearon tres mujeres con rifles.

—Recuérdame que luego les eche la bronca —susurró Tucker a Dwayne—. Ahora las cosas han cambiado —dijo a Billy T.—. La balanza está más equilibrada.

—¿Piensas que tenemos miedo a tres mujeres?

Para demostrarle sus sentimientos acerca de su comentario, Della disparó y la bala levantó un surtidor de tierra entre los pies de Wood.

—Ahora ya sabéis que puedo disparar —gritó—. Y estas dos señoras de aquí... bien, quizá tengan suerte con sus rifles. Caroline, apunta con tu Winchester a ese imbécil que está sangrando junto al porche. No parece que vaya a moverse mucho, así pues, el tiro será limpio.

Caroline tragó saliva, y se echó el rifle al hombro.

—¡A la mierda con esto! —Wood bajó la escopeta—. Yo no voy a

disparar contra ninguna mujer, como tampoco pensaba violarla.

—Entonces quizá quieras salirte de la línea de fuego —le aconsejó Tucker—. Bien, somos cinco contra cinco. —Sus labios se curvaron en una sonrisa cuando oyó la sirena—. Y hasta eso está a punto de cambiar. Ahora, Billy T., yo de ti dejaría esa mujer en el suelo, con mucha lentitud y suavidad. Si no, puede que se me resbale el dedo y le abra un boquete a tu hermano en el cuerpo.

—¡Joder, Billy, suéltala! —John Thomas se incorporó torpemente contra los escalones.

Billy T. se pasó la lengua por los labios.

—Quizá te lo abra yo, el agujero.

—Serías capaz —repuso Tucker—. Pero como no sabes manejar el rifle con una sola mano, tendrás que soltarla. Entonces veremos quién se arriesga más.

—Déjala, Billy —dijo Wood en voz baja—. El rifle también. Esto es una locura. —Se volvió hacia los otros—. Es una locura.

Dejaron caer las armas, al unísono.

—Ahora estás solo —señaló Tucker—. También puedes morir solo. Eso carece de importancia para mí.

Disgustado, Billy T. soltó a Winnie. Ésta cayó al suelo y empezó a sollozar mientras se arrastraba hacia su marido. Billy T. arrojó el rifle a un lado y echó a andar dirigiéndose donde estaba su coche.

—Yo me detendría ahí mismo —dijo Tucker con voz contenida.

—No me dispararás por la espalda.

Tucker soltó una andanada de balas que destrozó el parabrisas.

—Y una mierda que no.

—Anímate y hazlo, Tucker —sugirió la prima Lulú—. Así ahorrarías dinero al contribuyente.

—Ya basta. —Caroline se secó las manos sudadas en los téjanos y echó a correr hacia Winnie—. Ya ha pasado todo. No tienes que preocuparte por nada.

—Mis niños.

—Ahora iré a ver cómo están —dijo Caroline, mientras tironeaba de la cuerda que ataba las muñecas de Winnie con la esperanza de liberarla antes de que sus hijos lo vieran. Pero ya éstos salían corriendo de la casa, Jim con el cuchillo de carnicero manchado con la sangre de John Thomas, y la niña pisándose y tropezando con el camisón.

—Ya está. —Caroline sacó la soga por encima de la cabeza. Las lágrimas le nublaron la visión cuando cogió el ensangrentado cuchillo para cortar las ataduras—. Estás herido. —Sus dedos quedaron mojados al tocarle el costado—. Que alguien llame al médico.

—Lo llevaremos al hospital. —Tucker se arrodilló junto a ellos, mientras Burke y Carl leían sus derechos a Billy T. y los demás—. ¿Qué me dices? ¿Tienes ánimo para dar una vuelta en coche, Toby?

Éste abrazó a su familia. Las lágrimas le brotaban del ojo que tenía

bien. Apretó a los tres contra sí.

—Creo que podré menearme un poco. —Intentó esbozar una vaga sonrisa mientras Winnie sollozaba contra su pecho—. ¿Conduces tú?

—Apuéstate algo.

—Llegaremos rápido igual.

—Entonces vámonos. Dwayne, échame una mano aquí. Della, llévate los niños a Sweetwater. Caroline... —Tucker se volvió cuando ella se alejaba de allí—.

¿Adonde vas?

—Necesito una manguera para apagar esta obscenidad —contestó Caroline sin volverse.

26

Los gritos vibraban en el aire caliente. Se propagaba el eco de agudos alaridos perseguidos por el sonido de risas salvajes. Las luces de colores brillaban y titilaban y giraban, convirtiendo el Campo Eustis en una fantasía en movimiento.

La feria había llegado a Innocence.

La gente, ilusionada, hurgaba en sus bolsillos, en busca de monedas sueltas para dejarse atrapar por el Pulpo, voltear por la Cremallera, y agitar por la Rueda Loca.

Los niños pasaban a la carrera, sus clamores y berridos elevándose por encima de la aflautada música de un calíope, con los dedos pegajosos de algodón dulce y las mejillas hinchadas de rosquillas o de fritangas. Los adolescentes se daban de empujones para impresionarse unos a otros echando abajo botellas, haciendo sonar timbres y campanas o —en palabras de un temerario—subiendo a la Montaña Rusa hasta que vomitaban.

Muchos de los adultos se conformaban con un bingo a veinticinco centavos la tarjeta. Otros, tocados por la fiebre del juego, perdían el sueldo del mes intentando vencer a la Rueda de la Fortuna.

Cualquiera que viajara por el viejo puente Longstreet hubiera creído que aquélla era una feria de verano normal y corriente en las afueras de un pequeño pueblo sureño normal y corriente. Las luces y el eco del calíope al pasar despertarían quizá un arranque de nostalgia en los viajeros.

Pero para Caroline la magia no funcionaba.

—¿Por qué habré dejado que me convencieras de venir contigo?

Tucker le puso el brazo sobre los hombros.

—Porque no puedes resistirte a mi arrebatador encanto sureño.

Caroline se detuvo a contemplar a unos ingenuos, empeñados en hacer puntería con sus monedas en objetos de cristalería que podrían comprar, a mitad de precio, en cualquier venta respetable de artículos de segunda mano.

—No me parece bien, con lo que ha ocurrido.

—Yo no veo que una noche de feria vaya a cambiar nada. A menos que te haga sonreír un poco.

—El martes entierran a Darleen —insistió Caroline. —La enterrarán el martes, con independencia de que estés aquí esta noche o no.

—Lo que sucedió anoche...

—Ya está resuelto —terminó él—. Billy T. y los gilipollas de sus amigos se encuentran encerrados en la cárcel. El doctor Shays dice que Toby y Winnie se pondrán bien. Y fíjate en eso. —Señaló hacia donde Cy y Jim se apretujaban en un vagón de la Montaña Rusa, los ojos desorbitados, las bocas abiertas lanzando alaridos y carcajadas mientras daban vueltas en círculos salvajes—. Esos dos son lo bastante listos para aprovechar un poco de diversión cuando se la ofrecen.

Tucker le rozó el cabello con un beso y siguió caminando.

—¿Sabes por qué lo llamamos Campo Eustis?

—No. —El amago de sonrisa apareció en sus labios—. Pero estoy segura de que vas a contármelo.

—Pues, el primo Eustis..., en realidad, habría sido tío, pero es mi tío tatarabuelo, y siempre me confundo... Bien, pues el primo Eustis no era lo que uno entiende por hombre tolerante. Fue el mandamás de Sweetwater desde 1842 hasta 1856, y lo hizo prosperar. Y no sólo el algodón. Tuvo seis hijos, legítimos, y una docena más fuera de las sábanas conyugales. Se rumoreaba que le gustaba probar a las esclavas cuando tenían edad ideal. Esa edad era alrededor de los trece, catorce años.

—Qué despreciable. ¿Y le pusisteis su nombre a un campo?

—Aún no he terminado. —Tucker hizo una pausa para encender la mitad de un cigarrillo—. Eustis no era lo que se dice un hombre admirable. No le importaba en lo más mínimo vender a sus propios hijos..., los de piel oscura, por supuesto. Su esposa, que era papista muy devota, solía decirle que se arrepintiera de sus pecados y salvara su alma del fuego eterno. Pero Eustis seguía haciendo lo que era natural en él.

—¿Natural? —exclamó Caroline.

—Para su manera de ser. —Detrás de ellos, una campana sonó con estruendo. Un «chuleta» había demostrado su fuerza e impresionado a su chica, que se deshacía en grititos delirantes—. Un día —prosiguió Tucker—, una esclava joven se escapó. Huyó con el bebé que Eustis había engendrado con ella. Eustis no toleraba las fugas. Nunca. Puso a hombres y perros tras la pista de la joven, y él mismo salió a caballo para darle caza. Cruzaba este campo cuando gritó que la había avistado. Ella habría tenido muy pocas posibilidades yendo él a caballo, con un látigo en la mano. De pronto, el animal se encabritó. Nadie sabe el porqué... quizá lo asustó una serpiente o un conejo. O tal vez fuese aquel fuego eterno que tendía el brazo para atrapar al viejo Eustis. Pero se rompió el cuello. —Tucker dio una última chupada al cigarrillo y lo lanzó lejos—. Allí, más o menos, donde han plantado la nona. Está bien, ¿no te parece?, que toda esta gente, negros y blancos (quizá los haya con alguna que otra gota de sangre de Eustis Longstreet) esté aquí, pasándolo en grande en el campo donde él conoció a su Creador.

Caroline apoyó la cabeza contra el hombro de Tucker.

—¿Qué ocurrió con la chica y su bebé?

—Fue algo muy extraño. Nadie más los vio. Ni aquel día ni nunca.

Ella aspiró con fruición el aire con olor a caramelo.

—Me gustaría subir a la noria.

—A mí tampoco me importaría. ¿Qué te parece si después te gano uno de esos carteles de Elvis en terciopelo negro?

Riéndose, Caroline le rodeó la cintura con el brazo.

—Qué emoción, me faltan las palabras.

—¿No te gustaría jugar un bingo, prima Lulú? —dijo Dwayne esperanzado, encogiéndose y con una mano apretándose el estómago.

—¿Para qué demonios querría yo sentarme a colocar fichitas en un cartón? —En dos grandes zancadas, Lulú se plantó delante de la taquilla y pidió otro rollo de entradas—. Sólo hemos subido una vez a la Rueda Loca; la Montaña Rusa, ni la he visto, y el Látigo se merece otra vuelta, o dos. —Se embutió las entradas en el bolsillo de su pantalón de campaña—. Oye, estás un poco verde, muchacho. ¿Indigestión?

Dwayne tragó con fuerza.

—Podríamos llamarlo así.

—Tendrías que haber comido menos fritanga antes de dar esas vueltas. Lo mejor sería que te lo sacaras, que vaciaras el estómago. —La prima Lulú sonrió—. Un paseo en la Montaña Rusa se ocupará de ello.

Y eso era justamente lo que Dwayne temía.

—Prima Lulú, ¿por qué no damos una vuelta por las casetas y ganamos unos premios?

—Son juegos para imbéciles.

—¿Quién es un imbécil? —Preguntó Josie acercándose a ellos con un enorme elefante lila bajo el brazo—. Yo he disparado a doce patos, diez conejos, cuatro alces y un oso pardo feroz para ganar este gran premio.

—No me imagino qué puede hacer una mujer adulta con un elefante de felpa —gruñó Lulú, pero le hizo gracia el collar de bisutería que el paquidermo lucía alrededor del cuello.

—Es un recuerdo —dijo ella, y lo dejó en los brazos de Teddy Rubenstein para encender un cigarrillo—. ¿Qué te ocurre, Dwayne? Tienes mala cara.

—El estómago revuelto —anunció Lulú, clavándole a Dwayne un dedo en ese mismo lugar—. Rosquillas y toda clase de fritos. Tanta grasa flotándole por dentro..., pobre chico. —Aguzó la mirada al ver a Teddy—. Yo te conozco. Eres ese doctor yanqui que se gana la vida cortando a los muertos. Oye, ¿guardas las tripas en frascos?

Con un gemido estrangulado, Dwayne se alejó, arrastrando los pies y con una mano tapándose la boca.

—Es lo que mejor le sentará —declaró Lulú.

—Debería acompañarlo, sostenerle la frente... —Con un suspiro, Josie se volvió hacia Teddy—. Cariño, ¿por qué no te subes a una atracción con la prima Lulú? Vuelvo en un minuto.

—Será un placer. —Teddy le ofreció el brazo—. ¿Cuál es su vicio preferido, prima Lulú?

Ella, feliz, enlazó su brazo con el de Teddy.

—Me apetece mucho una vuelta en la Montaña Rusa.

—Permítame que la acompañe.

—¿Cuál es tu nombre de pila, joven? —preguntó ella mientras se abrían paso entre la multitud—. Digo yo que más vale saberlo, ya que te estás acostando con mi sobrina.

El forense tosió para aclararse la garganta.

—Teodoro, señora. Mis amigos me llaman Teddy.

—Muy bien, Teddy. Ahora nos daremos un buen paseo por el lado salvaje de las cosas, y tú me contarás cuanto sepas acerca de esos asesinatos. —En un alarde de generosidad, le entregó las entradas para acceder a la atracción.

—Esa señorita Lulú... —Jim ladeaba la cabeza con un gesto respetuoso mientras sorbía un batido de fruta—. Es algo fuera de serie.

Cy se limpió el jugo morado de la boca y miró a Lulú, sentada con gracia imperial en un vagón de la Montaña Rusa, que no paraba de girar y sacudirse.

—La he visto haciendo el pino en su habitación.

—¿Y por qué hace eso?

—No lo sé, con exactitud. Para que la sangre le baje al cerebro y no se vuelva senil, o algo por el estilo. Una vez la encontré tendida en el césped. Te juro que pensé que le había dado un ataque o que estaba muerta o algo así. Me dijo que intentaba ser un gato ese día y me echó una bronca de aúpa por molestarla mientras dormía la siesta.

Jim sonrió y machacó el hielo.

—Mi abuela se pasa casi todo el día sentada en la mecedora, tejiendo.

Echaron a andar, a paso tranquilo, deteniéndose de vez en cuando para ver cómo la gente tiraba las pelotas, acertaba con los dardos y giraba las ruedas. Se gastaron veinticinco centavos cada uno en el Estanque de los Patos. Jim ganó una araña de goma y Cy un silbato de plástico.

Debatieron la posibilidad de pedirle a Madame Mystique que les leyera el porvenir, pero al final optaron por echar una ojeada a la Admirable Voltura, que absorbía mil voltios de electricidad mientras diminutas bombillas de luz se apagaban y encendían encima de su cuerpo, lleno de curvas.

—Bastante cutre —decidió Cy, y sopló su silbato.

—Sí, me juego algo a que funciona con pilas o algo así.

Cy agitó la tierra con el pie.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Estaba pensando... Bien, ¿cómo te sentiste cuando apuñalaste a John Thomas Bonny?

Frunciendo el entrecejo, Jim hizo botar la araña de goma suspendida de la cuerda. Pensó que al menos a la pequeña Lucy le haría lanzar un buen chillido con aquel bicho.

—La verdad es que no sentí nada, supongo. Tenía el cuerpo entumecido y me zumbaban los oídos. Lucy estaba escondida en el armario, como mamá me había dicho, pero yo tenía miedo de que la encontraran. Y no sabía qué harían a mis padres.

—¿Iban a...? —Cy se pasó la lengua por los labios—. ¿De verdad iban a colgarlo?

—Tenían una soga, y armas... —Jim nada dijo de la cruz a la que habían

prendido fuego. Por algún motivo, eso era lo peor de todo—. Decían que él había matado a esas mujeres. Pero él no lo hizo.

—También decían que las había matado mi padre.

—Cy se agachó al ver algo que brillaba, pero era sólo un pedazo de papel de aluminio de un paquete de cigarrillos—. Supongo que él tampoco fue.

—Alguien lo hizo —dijo Jim, y los dos muchachos se quedaron mirando en silencio la riada de personas que pasaban junto a ellos—. Incluso tal vez sea alguien que conocemos.

—Es que, si lo piensas bien, tiene que ser así —murmuró Cy.

—¿Cy?

—¿Sí?

—Cuando le clavé ese cuchillo a John Thomas Bonny, sentí náuseas en el estómago viendo cómo le entraba. No entiendo que alguien sea capaz de apuñalar una y otra vez. A menos que esté loco.

—Supongo que sí, que lo está. —Cy recordó los ojos de su padre, y pensó que él sabía cualquier cosa sobre los locos. Sacudiéndose de encima aquella sensación de miedo, se metió las manos en los bolsillos—. Aún me quedan tres entradas.

Con una sonrisa, Jim también buscó en los suyos.

—La Rueda Loca.

—El último pega una vomitona.

Con un grito de guerra salieron disparados en línea recta, hacia las luces giratorias de la Rueda Loca. Cy, embriagado como estaba por su inocente placer, se detuvo en seco cuando Vernon salió de entre la multitud y se le plantó delante.

—Te lo estás pasando en grande, ¿eh, chico? Cy alzó la mirada y la clavó en su hermano, en aquel rostro que era la imagen fantasmagórica de su padre, ojos vidriosos con una rabia tan dura y fría como el hielo de una laguna. No había visto más a Vernon desde el entierro de Austin. Allí, su hermano no le había dirigido la palabra, sólo le había mirado fijamente por encima del agujero en que su padre pasaría la eternidad.

Las luces de las casetas parecieron intensificarse de repente, ardiendo como el fuego en el rostro de Cy mientras el resto de Innocence jugaba en la oscuridad.

—No estoy haciendo nada.

—Siempre estás haciendo algo. —Vernon avanzó un paso. Detrás de ellos, Loretta acogió a un hijo en su regazo, donde ya se había refugiado el otro, y soltó un grito angustiado que todos los demás ignoraron—.

Consigues un trabajo en Sweetwater a escondidas. Te pasas todo el día con esta gentuza. —Y señaló a Jim con un gesto brusco de la cabeza—. A ti no te importa que estos negros se confabulen contra los cristianos blancos, que maten a mujeres blancas, y a tu propia hermana entre ellas. Tú tienes algo mejor que hacer.

—Jim es mi amigo —declaró Cy sin apartar la mirada del rostro de su hermano. Pero sabía que aquellas manos grandes estaban cerradas en duros

puños, y que lo aporrearían hasta dejarlo tumbado en el suelo. Y como los dos eran familia, sabía que muchos de los presentes preferirían volver la vista hacia otro lado en lugar de interferir—. No estábamos haciendo nada.

—Tú tienes tus amigos negros. —Vernon torció la boca cuando lo agarró por el cuello de la camisa—. Es posible que tú lo ayudaras a llevar a Edda Lou hasta la laguna para que ellos la violaran y mataran. Es posible que tú mismo tuvieras el cuchillo en la mano y la asesinaras, igual que asesinaste a papá.

—Yo no he matado a nadie. —Cy agarró la mano de Vernon mientras éste lo levantaba en el aire—. Yo no. Papá quería hacer daño a la señorita Caroline, y ella tuvo que disparar contra él.

—Eso es una jodida mentira —rugió Vernon, y descargó su mano libre contra la cabeza de Cy. Ante los ojos del muchacho estalló una nube de estrellas blancas—. Lo enviaste a matar y ellos le dieron caza como a un perro rabioso. Usaron su asqueroso dinero para encubrirlo todo. ¿Acaso creías que yo no sabía lo ocurrido? ¿Crees que no sé que arreglaste las cosas para irte a vivir a aquella casa, grande y elegante, entregando la vida de tu padre a cambio de una cama blanda y una vida llena de pecado? —Sus ojos se quedaron sin expresión, planos como los de una serpiente. Levantó a Cy del suelo y empezó a abofetearlo—. El mal habita en ti, muchacho. Ahora que papá no está, yo me encargaré de aplastarlo.

Vernon echó el brazo hacia atrás cuando Cy se cubrió tapándose el rostro para defenderse. Jim saltó de repente, se aferró al brazo de Vernon con ambas manos y, sin soltarse, empezó a darle patadas. Los dos juntos pesaban unos veinticinco kilos menos que Vernon, pero el miedo y la lealtad les daban fuerzas. Vernon tiró a Cy a un lado para quitarse a Jim de encima. Luego se volvió para levantar a su hermano, pero Jim, ágil como un mono, se tiró otra vez sobre él. Y se le enganchó a la espalda, con un brazo alrededor de su grueso cuello.

—¡Corre, Cy! —Jim se había pegado a Vernon como una sanguijuela y éste volvía a forcejear con él para quitárselo de encima—. ¡Corre! ¡Ya lo tengo!

Pero Cy no quería ir a ninguna parte. Sacudió la cabeza para despejársela y se levantó, la nariz le sangraba de la última caída, y se pasó por debajo el dorso de la mano para limpiarla. En ese momento comprendió a Jim cuando éste le contó que sentía todo el cuerpo entumecido. Cy tenía el cuerpo entumecido. Le zumbaban los oídos, del golpe o de la adrenalina. Dentro de su escuálido pecho, el corazón batía contra las costillas como si lo tuviera suelto.

Las luces estaban sobre él. Más allá del círculo formado por ellos tres, sólo veía sombras. La música del calíope era ahora una lenta marcha fúnebre.

Se limpió de nuevo la sangre con la mano, y apretó los manchados puños.

—No quiero correr. —Había huido de su padre. Toda su vida no había hecho otra cosa que huir. Y era el momento de mantenerse firme. Lo que quedaba de su inocencia había desaparecido, y ya era un hombre—. No quiero correr —repitió, y levantó los ensangrentados puños.

Con una sacudida, Vernon se quitó a Jim de encima y sonrió de oreja a oreja.

—¿Crees que podrás conmigo, pequeña mierda?

—No quiero correr —dijo otra vez con voz queda— Y tú no volverás a abusar de mí jamás en tu vida.

Sin perder la sonrisa, Vernon abrió los brazos.

—Apunta bien, que éste será tu último puñetazo.

El puño de Cy salió disparado como una flecha. Más tarde pensaría que había sido como si no lo controlara en absoluto. Su brazo, su puño y el fuego que lo impulsaba, todo aquello había sido algo aparte. Y su puntería fue mortífera.

La sangre salió a borbotones de la nariz de Vernon. Hubo un rugido de la multitud que se había congregado en torno a ellos, ese rugido henchido del deseo de sangre que los seres humanos parecen incapaces de evitar cuando uno de los suyos lucha con otro. Cy percibió en él como una oleada de satisfacción, a pesar del dolor que le subía hacia el hombro por la potencia del golpe.

—Vaya, vaya. —Tucker surgió de entre las sombras que nublaban la vista de Cy y se detuvo entre los dos hermanos—. ¿Ya estáis haciendo el numerito? ¿Cuánto cuesta una entrada?

Con la sangre cayéndole por el rostro, Vernon enseñó los dientes.

—Maldita sea, Longstreet, quitate de en medio si no quieres que te atraviere de un puñetazo sin pensarlo dos veces.

—Eso tendrás que hacer, si quieres golpear a Cy. —Un asomo de furia encendía también los ojos de Tucker. Las luces de las casetas se reflejaron en ellos, volviéndolos dorados como los ojos de un gato—. Siguiendo los pasos de tu padre, ¿eh, Vernon? ¿Pegándote con alguien más débil que tú?

—Es mi hermano.

—Ese detalle será siempre un misterio para mí. —El brazo de Tucker se disparó como un rayo cuando Cy hizo un movimiento para rodearlo—. Contrólate, hijo. No te lo voy a decir dos veces. —Sintió vibrar el aire entre él y Cy. No era miedo. El miedo tenía un pulso diferente. Aquello era pura energía. «El muchacho ha debido de encajar algunos golpes buenos —pensó Tucker—. Antes de que Vernon lo rompiera en pedazos.» No pienso decírtelo dos veces: nunca más vuelvas a ponerle la mano encima, Vernon.

—¿Y quién va a impedírmelo? —vociferó Vernon.

Tucker suspiró ante la idea de que le machacaran otra vez. Las últimas magulladuras apenas empezaban a sanar.

—Tendré que ser yo.

—Y yo. —Sudoroso, y manteniendo apenas el equilibrio, Dwayne se plantó junto a su hermano.

Uno tras otro, empezaron a surgir hombres de la multitud, y fueron alineándose junto a los Longstreet. Cy se había equivocado. Eran bastantes más de unos pocos los que darían la cara por él, y así lo hicieron en ese momento. Negros y blancos formaron un muro silencioso que hablaba con elocuencia de qué era la justicia.

Vernon flexionó los puños, frustrado.

—No podrá esconderse toda la vida.

—Ya no se esconde —repuso Tucker—. Creo que te lo ha demostrado. Tal vez sea la mitad de grande que tú, Vernon, pero tiene el doble de hombría. Y está bajo mi protección. Tu madre firmó un documento que lo certifica. Será mejor que lo dejes correr.

—Por mucho dinero que hayas pagado a mi madre por entregártelo, él todavía es de mi sangre —insistió Vernon—. Tú tienes las manos demasiado manchadas con la sangre de mi familia.

Tucker avanzó un paso y bajó la voz para que sólo Vernon lo oyera.

—Cy te importa un rábano. Tú y yo lo sabemos. Y esgrimes tu condición de hermano, pero sólo como excusa para hacerle daño y decir que son asuntos de familia. Nadie está contigo en esto, Vernon. Nadie. Si no lo dejas en paz, te encontrarás con muchos problemas por aquí. Tu familia ha sufrido ya bastante.

—Y tú eres el responsable —replicó Vernon con su rostro casi rozando el de Tucker—. Esto no quedará así.

—Me lo imagino. Pero sí por esta noche. —Tucker se volvió y se abrió paso entre la gente hacia donde Caroline atendía con serenidad la ensangrentada nariz de Cy—. Cómo me gustan las ferias —dijo. El apretón que dio a Cy en el hombro transmitía aprobación y seguridad.

—Iba a pelearme con él, señor Tucker.

—Has hecho lo que tenías que hacer.

Furiosa, Caroline retorció en sus manos los pañuelos de papel ensangrentados.

—¡Hombres! Siempre pensáis que la forma de resolver los problemas es con los puños.

—Y las mujeres preferís eliminarlos hablando de ellos. —Tucker guiñó un ojo a Cy, y tiró del brazo de Caroline hacia sí para darle un beso rápido—. Aunque yo, personalmente, prefiero curarlos con amor. Como ves, hay para todos los gustos.

—Qué razón tienes —lo interrumpió Josie, acercándose al grupo mientras cerraba su bolso. Dentro, entre los demás enseres, llevaba su elegante Derringer con las cachas de nácar. No había tenido ocasión de usarla y se sentía casi decepcionada. Se detuvo ante ellos, de espaldas a Tucker, pues todavía no lo había perdonado—. Cy, cariño, vas a ser la estrella de la Feria Anual del Cuatro de Julio en Innocence. —Lo besó en la mejilla, y Cy se sonrojó—. ¿Te has hecho sangre, Jim?

—No, señorita. He caído de culo, nada más —aseguró Jim, sacudiéndose el polvo de la ropa con manos que le temblaban de la emoción—. Cy y yo le habríamos dado duro, entre los dos, claro.

—¿Qué te apuestas a que sí? —Josie comprobó los bíceps de Jim con una mano y entornó los ojos con expresión admirativa—. Fíjate, Caroline, qué dos jóvenes tan fornidos tenemos aquí. Me pregunto si me atrevería a pedirles que me acompañen al puesto de refrescos. Creo que mi acompañante me ha abandonado por otra mujer. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la Montaña Rusa, hombres son tan volubles.

Jim hinchó el pecho.

—Nosotros la acompañaremos, señorita Josie. ¿Verdad, Cy?

—¿Le parece bien, señor Tucker? —preguntó Cy.

—Me parece bien —sonrió Tucker, revolviendo el cabello al muchacho. Dejó la mano por un instante sobre su cabeza—. Lo has hecho muy bien, Cy.

Este respiró hondo y expulsó el aire lentamente.

—Lo sé. No he echado a correr. Ya no huiré, de él ni de nadie. Nunca más.

Tucker acarició el hombro de Cy al soltarlo. Pensó que era una lástima que la juventud y su sencillez se perdieran tan pronto y de forma tan permanente.

—Echar a correr y andar son dos cosas distintas. Aunque te mantengas alejado de Vernon, lo que has hecho por ti mismo esta noche no cambiará. Pero es posible que le ahorre más sufrimientos a tu madre. Piénsalo.

—Supongo que lo haré —dijo Cy.

—Anda, ve con Josie. —Tucker los contempló mientras se alejaban. Y, de repente, sintió cierto pesar, y también algo más frío, era una sospecha.

—Será mejor que me vaya a casa —dijo Dwayne, entornando los ojos ante las luces giratorias.

—¿Estás lo bastante sobrio para encontrar el camino? —preguntó Tucker.

—No he bebido mucho, y lo poco que he tomado lo he vomitado. —Dwayne esbozó una débil sonrisa—.

Nunca he tenido agallas para subir a esas atracciones.

—Ni estómago —convino Tucker—. Todos los años te pones enfermo.

—No me gusta esto de las tradiciones. Della y la prima Lulú han venido conmigo, pero creo que aún no están listas para irse.

—Caro y yo las llevaremos a casa —ofreció Tucker.

—De acuerdo. Buenas noches, Caroline. —Dwayne se alejó a paso lento, solo, dejando atrás las luces y la música, y adentrándose en las sombras. Tucker estuvo a punto de llamarlo para que volviera. No le gustaba ver a su hermano tan solo. Pero Dwayne había desaparecido ya, y el momento pasó.

—En fin... —Caroline tiró los pañuelos de papel ensangrentados a una papelera—. Desde luego sabes mostrar una velada interesante a una mujer.

—Hago lo que puedo —declaró Tucker, pero dándose cuenta de la tensión en la voz de Caroline, le rodeó los hombros con un brazo—. ¿Te sientes mal?

—¿Mal? —replicó ella—. Algo así. Ver que ese muchacho tiene que pelearse con su propio hermano hace que me sienta mal. Ha perdido a dos miembros de su familia y es como un extraño para los demás sólo porque es diferente. Me duele ver que tiene que enfrentarse a tantas exigencias y presiones, a decisiones como ésta, cuando sólo es un adolescente.

Tucker hizo que Caroline se volviera para mirarla a los ojos.

—¿De quién estamos hablando, Caro? ¿De ti o de Cy?

—Nada tiene que ver conmigo —se quejó ella.

—Es posible que estés mezclando las cosas. Lo miras y te ves a ti misma a su edad, enfrentándote a cosas con las cuales no podías pelear a puñetazos.

—No levanté ni un solo dedo para evitarlo.

—Pero has conseguido poner las cosas en su sitio, aunque de otra manera. No te creas que es más difícil cuando te enfrentas a tu propia familia. —Tucker la llevó un poco más atrás, donde podían contemplar las luces y los colores y el enjambre de gente—. Quieres hacer las paces con tu madre. —Fue más una certeza que una pregunta.

—No hay nada... —aventuró Caroline.

—Quieres hacer las paces —repitió Tucker con una seguridad en su voz que hizo que Caroline no intentara discutir más—. Sé lo que digo. Yo nunca hice las paces con mi padre. Jamás le dije lo que pensaba, lo que sentía o lo que quería. Ignoro si le hubiese importado una mierda. Y de eso se trata. Lo ignoro porque nunca me armé del suficiente valor para decírselo a la cara.

—Ella sabe cómo me siento —insistió Caroline.

—Entonces empieza a partir de ahí. A tu manera. No me gusta verte triste, cariño. Y sé cómo tira la familia.

—Lo pensaré —murmuró, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo con atención. El miraba más allá del paseo de las casetas, hacia las luces. Caroline vio algo en sus ojos que le impulsó a acercarse más a él—. ¿En qué piensas?

—En la familia —musitó Tucker—. Y en cuanto se hereda con la sangre. —Esbozó una sonrisa tranquila, pero conservó aquel brillo en los ojos—. Venga, probemos la noria.

Tucker volvió a tirar de Caroline y juntos se adentraron en la muchedumbre y el ruido. Pero él no dejó de pensar. Si Austin había sido capaz de asesinar, quizá el hijo de Austin también fuera capaz de hacerlo.

«Los pecados del padre», pensó. Era una cita que a Austin le habría ido como anillo al dedo. Quizá Vernon tuviera el mismo gen violento y retorcido.

Mientras la noria comenzaba su lento arco hacia atrás, Tucker puso un brazo alrededor de los hombros de Caroline.

De una cosa estaba seguro. Entre las risas y las luces de la feria acechaba un asesino.

27

—En la cocina tienes café, Tuck. —Burke bostezó por encima de su tazón de cereales—. Juraría que, en más de veinte años, es la primera vez que te veo levantado tan temprano andando por ahí.

—Quería cogerte antes de que fueras a tu despacho.

—Mi despacho. —Los labios de Burke se torcieron en una mueca. Levantó su taza para que Tucker le echara café caliente—. ¿No te referirás al despacho de Burns?

Hace más de tres días que no siento el culo en *mi* silla.

—¿Avanza algo el agente, o es sólo un fantasma?

—Ha generado más papeleo que el Banco de Inglaterra. Faxes, envíos urgentes, largas conferencias telefónicas a Washington. Tenemos un mural con fotografías de todas las víctimas. Estadística vital, hora y lugar de la muerte... Tiene las cosas tan relacionadas y contra relacionadas que siento la cabeza a punto de estallar.

Tucker se sentó.

—No estás contándome nada, Burke.

Éste clavó la mirada en los ojos de Tucker.

—No tengo libertad para contarte gran cosa. Hay una lista de sospechosos.

Tucker asintió con la cabeza y tomó un sorbo de café.

—¿Sigo estando en ella?

—Tienes una coartada para Edda Lou. —Burke tomó una cucharada de cereales, titubeó, y la dejó otra vez en el tazón—. Supongo que ya sabes la antipatía que Burns siente hacia ti. No le merece mucha credibilidad la afirmación de tu hermana de que pasaste media noche jugando a las cartas con ella.

—No estoy preocupado por eso.

—Pues deberías estarlo... —Burke se interrumpió al oír que alguien entraba en la sala. Al cabo de un momento se oyó la sintonía de los dibujos animados en la televisión—. Son las ocho —dijo con una sonrisa—. Para estas cosas, mi hijo tiene una puntualidad científica. —Cogió su taza de café—. Te diré esto, Tuck. Nada le gustaría más a Burns que colgarte todo este asunto. Todo cuanto haga será limpio y legal, pero si encuentra la manera de implicarte, lo hará con mucho placer.

—Se trata de un conflicto de personalidades —dijo Tucker con una sonrisa breve—. ¿Saben ya a qué hora murió Darleen?

—Teddy dice que entre las nueve y la doce de la noche.

—Y como yo estuve con Caroline a partir de las nueve (más o menos) la noche que mataron a Darleen, eso debería eliminarme de su lista.

—Con los asesinatos en serie (como éstos) no sólo hay motivos y oportunidades. Burns ha pedido a un médico que elabore un perfil

psiquiátrico. Buscamos a alguien que odia a las mujeres, sobre todo a aquellas que reparten sus favores un poco libremente. Alguien a quien todas las víctimas conocían lo bastante bien como para dejar que se quedara a solas con ellas.

Los cereales de Burke estaban demasiado esponjosos. Se los tomó más para alimentarse que por gusto.

—El asesinato de Darleen es un rompecabezas —prosiguió—. Quizá fue una casualidad que el asesino se encontrara con ella en la carretera. Podría haber sido un impulso. Pero casualidades e impulsos no se hallan incluidos en el patrón.

Tucker rumió lo que acababa de decirle.

—Hay un patrón —musitó—, pero nadie ha conseguido empalmar los hilos todavía. Me interesa volver al tema psiquiátrico. Buscáis a alguien que tiene rencor a las mujeres, quizá porque odia a su madre o porque una mujer lo ha decepcionado en algún momento.

—Ésa es la idea —dijo Burke.

—Antes de morir Darleen, estabais bastante convencidos de que había sido Agustín.

—Encajaba con el perfil —convino el sheriff—. Y después de su frustrado ataque a Caroline con un cuchillo de caza, la hipótesis parecía sólida.

—Pero a menos que Agustín haya regresado de su tumba, no puede ser el asesino de Darleen. —Tucker se removió en su asiento—. ¿Qué opinas de la herencia, Burke? ¿Sobre sangre y genes y malas semillas?

—Cualquier persona con hijos lo piensa a veces. Cualquier persona con padres, debería decir —añadió Burke, y apartó el tazón a un lado—. Por muchos años me he preguntado si yo no había cometido los mismos errores que mi padre, arrinconándome a mí mismo o dejando que otros me empujaran, como él.

—Perdón. Tendría que haberlo pensado antes de preguntarte.

—No, de eso hace ya mucho tiempo. Casi veinte años. Es mejor fijarse en nuestros propios hijos. Como ése de ahí. —Señaló con la cuchara hacia la sala de estar, donde su hijo menor seguía las peripecias de Bugs Bunny contra Elmer Fudd—. Se parece a mí. Guardo fotografías de cuando yo tenía su edad, y casi da miedo lo idénticos que somos.

—Vernon se parece a su padre —dijo Tucker. Esperó mientras Burke dejaba la cuchara a un lado—. Es algo que nada tiene que ver con el color de la piel o la forma de la nariz, Burke. Abarca personalidad, tendencias, gestos y hábitos de cada uno. He tenido motivos para pensar en ello a raíz de mi familia. —No le gustaba hablar de eso, ni siquiera con Burke—. Dwayne tiene la misma enfermedad que mató a nuestro padre. Quizá su temperamento sea mejor, pero está ahí, arraigado en él. Sólo tengo que mirarme al espejo, o mirar a Dwayne y a Josie, para ver a nuestra madre. La llevamos estampada en el rostro. Y ella amaba los libros, sobre todo los poemas. Yo, también. No hice nada para que fuera así, pero lo llevo dentro.

—Yo no estoy en desacuerdo con eso —respondió Burke—. Marvella ladea la cabeza igual que Susie, formando el mismo ángulo. Y tiene idéntica tozudez que Susie... «Yo quiero esto, y encontraré la manera de conseguirlo.»

Transmitimos cosas, buenas y malas, con independencia de nuestras intenciones.

—Vernon no es amable con su mujer, igual que Agustín no lo era con la suya.

—¿A qué viene esto, Tucker? —inquirió Burke.

—¿Te has enterado del follón que se armó anoche en la feria?

—¿Eso de que el pequeño Cy dejó la nariz bañada en sangre a su hermano? Marvella y Bobby Lee estuvieron ahí. Nadie pensó que aquello fuera una vergüenza.

—Vernon no es un hombre muy querido —explicó Tucker—. Su padre tampoco lo fue. Tienen la misma mirada, los mismos ojos, Burke. —Tucker se recostó en la silla para estirar las piernas—. Una vez, mi madre me enseñó un libro con dibujos. Un libro de historias de la Biblia. Recuerdo sobre todo un dibujo. Era Isaías o Ezequiel, o alguien por el estilo. Uno de esos profetas que se tiraban cuarenta días en el desierto, para ayunar y encontrarse con Dios. Aquel dibujo representaba al profeta cuando regresaba, balbuceando profecías y hablando todas las lenguas. Eso que hacían cuando se tostaban el cerebro en el desierto. Tenía una mirada salvaje, descontrolada, como una comadreja cuando huele plumas de gallina. Nunca entendí que el Señor eligiera comunicarse a través de los locos. Me imagino que quizá fuese porque ellos no dudarían de la voz que escuchaban dentro de su cabeza. Y yo diría que es posible que también escucharan otras cosas. Algo que no estuviera tan lleno de luz y de buena voluntad.

Burke no respondió, y se levantó para servir más café. Burns le había comentado algo sobre las voces, de que algunos asesinos en serie afirmaban que alguien les había dicho qué debían hacer, y cómo. El *Hijo de Sam* juró y perjuró que el perro de su vecino le había ordenado matar.

Burke no se inclinaba por lo místico. En su opinión, David Berkowitz había hecho verdaderos malabarismos para contraponer la psiquiatría a la ley, y conseguir así un veredicto de demencia. Pero la teoría de Tucker le inquietaba.

—¿Acaso pretendes decirme que Vernon oye voces?

—Ignoro qué tiene en la cabeza, pero sé lo que vi en sus ojos anoche. Y es lo mismo que había en los de Austin mientras me estrangulaba, llamándome por el nombre de mi padre. Esa mirada de profeta, de iluminado. Si hubiese podido destrozar a Cy, lo habría hecho. Y me jugaría todo Sweetwater contra el hecho de que él lo habría considerado una misión sagrada.

—Yo no he sabido que tuviera más que una relación de meros conocidos con las víctimas, aparte de Edda Lou, por supuesto —dijo Burke.

—Esto es Innocence —sentenció Tucker—. Nadie vive su vida sin enterarse de cuanto hay que saber sobre los demás. ¿Cuál es ese dicho, el de la manzana que no cae lejos del árbol? Si Austin llevaba dentro lo necesario para matar, es posible que su hijo también lo lleve.

—Hablaré con él —prometió Burke.

Tucker asintió, satisfecho. Cuando el teléfono sonó, los dos lo ignoraron. Desde arriba, Susie respondió al segundo timbrado.

—¿Irás a Sweetwater esta noche, para ver los fuegos artificiales?

—Si no voy, mi mujer y mis hijos me abandonarán.

—¿Carl también?

—No veo razón alguna para que se quede en el pueblo cuando todo el mundo irá a tu finca. ¿Por qué lo preguntas?

Tucker movió los hombros con un gesto nervioso.

—Es que habrá mucha gente, ruido y confusión. Estoy preocupado, sobre todo por Josie y Caroline. Me sentiría más tranquilo si supiese que tú y Carl estáis cerca.

Susie entró en ese momento. Todavía estaba en bata, impregnada del perfume a claveles del jabón de baño. Burke la miró con atención y pensó que no representaba más de veinte años.

—¿Era del despacho? —le preguntó Burke.

—No, era Della. —Puso una mano sobre el hombro de Tucker—. Matthew Burns se ha llevado a Dwayne para interrogarlo.

Si no se hubiera sentido tan furioso, Tucker se habría reído con la noticia. La idea de que Dwayne, corazón blando y ojos vidriosos, fuera sospechoso de asesinato era risible. El hecho de que lo hubiesen arrancado de la cama para llevárselo al pueblo y que un arrogante agente del FBI lo interrogara no lo era en absoluto.

Haciendo un esfuerzo por aplacar su furia, Tucker entró con Burke en la oficina de éste. No perdería los estribos, se prometió. A Burns le vendría muy bien que eso ocurriera para echarlo a patadas de allí. Dio un cigarrillo a su hermano y él se encendió otro.

—Vaya, sí que ha empezado temprano, Burns —dijo Tucker con voz seca—. Supongo que ha olvidado que hoy es fiesta nacional.

—Soy consciente de la fecha. —Burns estiró las piernas detrás del escritorio de Burke, y puso las manos enlazadas sobre él—. También soy consciente de que tienen ustedes previsto un desfile para este mediodía. Mi trabajo no interferirá con las celebraciones del pueblo.

Sheriff, me han informado que la calle principal será cerrada al tráfico a partir de las diez.

—Así es —dijo Burke.

—Quiero que dejen mi coche en el lugar adecuado para que yo entre y salga del pueblo cuando sea necesario —ordenó Burns—. Sacó las llaves y las dejó al borde del escritorio.

Carl, viendo un destello de rabia en los ojos de Burke, se acercó a la mesa.

—Lo dejaré en la calle Magnolia. —Haciendo sonar las llaves en la mano, se detuvo junto a Tucker—. Lo siento, Tuck. Me han ordenado que lo traiga.

—No te preocupes, Cari. Tardaremos muy poco en aclarar este asunto. Me he enterado de que tu hija desfila hoy con las *majorettes*.

—Ha estado ensayando día y noche. Su abuelito se ha comprado una de esas cámaras de vídeo para grabar a la nieta todo el numerito en el desfile y...

—Estoy seguro de que es un tema fascinante, ayudante —lo interrumpió Burns—, pero ahora tenemos que ocuparnos del trabajo —desvió la mirada hacia Tucker—, de asuntos oficiales.

—Procuraré verla cuando llegue, Carl —dijo Tucker. Esperó a que el ayudante saliera antes de dar otra chupada al cigarrillo—. Dwayne, ¿te han leído tus derechos?

—El señor Longstreet no está detenido, todavía —intervino Burns—. Sólo quiero interrogarlo.

—Tiene derecho a un abogado, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. —Burns abrió los brazos—. Si le preocupa que se abuse de sus derechos, señor Longstreet, o que pueda autoinculparse, está usted en su derecho de llamar a su abogado. Será un placer esperar.

—Yo prefiero acabar rápido con el tema —dijo Dwayne, lanzando después una mirada angustiada a Tucker—.

Aunque agradecería un café y un tubo de aspirinas.

—Nosotros te pondremos bien. —Burke le dio una palmada en el hombro cuando pasó junto a él para ir al lavabo.

—Se trata de un asunto oficial, Longstreet —dijo Burns, con un gesto de despedida—. Nada tiene que hacer aquí.

—Burke me ha nombrado ayudante suyo temporal.

—Los labios de Tucker se entreabrieron en una sonrisa lenta. Burke se detuvo, enarcando las cejas, al oír aquello cuando regresaba con las aspirinas, pero no contradijo la declaración—. Siempre cuenta con la ayuda de alguien para las celebraciones del Cuatro de Julio.

—Eso es verdad —comentó Burke, sacudiendo el tubo de plástico para sacar los comprimidos—. Y como, además, hoy es el cumpleaños de mi hijo menor, te agradecería mucho que empezáramos con la tarea enseguida.

—Muy bien. —Burns puso en marcha la grabadora—. Señor Longstreet, ¿reside usted en la propiedad conocida como Sweetwater, en el condado de Bolívar, Misisipí?

—Así es. —Dwayne aceptó la taza de café y las aspirinas—. Los Longstreet llevan en Sweetwater casi doscientos años.

—Ya. —La historia y las herencias familiares no interesaban a Burns—. Vive allí con su hermano y su hermana.

—Y con Della. Es el ama de llaves de Sweetwater, desde hace más de treinta años. Y ahora está la prima Lulú, de visita. —Dwayne se quemó la lengua con el café, pero se tomó la aspirina—. Es nuestra prima por parte de madre. Nunca nos dice cuánto tiempo piensa quedarse. La prima Lulú se pasa la vida yendo y viniendo a su antojo. Recuerdo una vez...

—Ahórreme los detalles de su vida familiar —lo interrumpió Burns—. Me gustaría terminar antes de que lleguen las trompetas y las *majorettes*.

Dwayne advirtió la sonrisa de Tucker y se encogió de hombros.

—Sólo respondía a su pregunta. Ah, y ahora también están Cy y Caroline con nosotros. ¿Era eso lo que quería saber?

—¿Su estado civil?

—Divorciado. En octubre hará dos años. Entonces fue cuando se firmaron los papeles, ¿verdad, Tucker?

—Así es.

—¿Y dónde vive su ex esposa? —preguntó Burns.

—En Nashville. Avenida Rosebank. Tiene una casa bonita, lo bastante cerca del colegio para que los chicos vayan a pie.

—¿Es Adalaide Koons su nombre de soltera?

—Sissy —lo corrigió Dwayne—. Cuando eran pequeñas, su hermanita no podía decir Adalaide, y se quedó con Sissy.

—La señora Longstreet, ¿estaba embarazada de su primer hijo cuando ustedes se casaron?

Dwayne frunció el entrecejo, mirando el café.

—No creo que eso sea asunto suyo; de todas formas no es un secreto, supongo.

—Usted se casó con ella para dar su apellido al niño.

—Nos casamos porque decidimos que eso era lo mejor —afirmó Dwayne.

Con un murmullo de aprobación, Burns juntó las manos.

—Y al poco tiempo de nacer su segundo hijo, su mujer se separó de usted.

Dwayne se acabó el café. Por encima de la taza, sus ojos, inyectados en sangre, se endurecieron.

—Eso tampoco es un secreto.

—¿Está usted de acuerdo en que fue una escena desagradable? —Burns se inclinó para leer unas notas—.

Después de una violenta discusión su esposa le echó de la casa (tengo entendido que usted iba bastante bebido), y le tiró su ropa por la ventana de arriba. Luego se llevó los niños a Nashville, donde se instaló con un vendedor de zapatos que de noche trabaja como músico. Dwayne escudriñó el cigarrillo que Tucker acababa de lanzarle.

—Supongo que es así, más o menos.

—¿Cómo se sintió, señor Longstreet, cuando la mujer con quien usted se había casado por compromiso lo abandonó, llevándose a sus hijos, y se puso a vivir con un guitarrista de segunda categoría?

Dwayne se tomó su tiempo para encender el cigarrillo.

—Pensé que había hecho lo que le parecía mejor.

—Así pues, ¿se mostró abierto a la situación? —indagó Burns.

—No intenté detenerla, si se refiere a eso. De todas formas, eso de estar casado no se me daba demasiado bien, al menos eso parece.

—En la demanda de divorcio que ella presentó, además de acusarlo de

crueldad mental, violencia, conducta errática e inestable, declaraba que usted suponía un riesgo físico para ella y para sus hijos. ¿Le pareció excesiva la acusación?

Dwayne aspiró hondo el humo del cigarrillo, y deseó tomarse un whisky desesperadamente.

—Me imagino que estaba resentida. No puedo decir que yo lo llevara demasiado bien con ellos.

—No tienes que hacer esto, Dwayne —lo interrumpió Tucker, que ya no pudo controlarse más. Avanzó un paso para coger a su hermano del brazo—. No tienes obligación de contestar a las jodidas preguntas de este gilipollas acerca de un matrimonio que ya no existe o de tus sentimientos al respecto.

Burns inclinó la cabeza.

—¿Existe alguna razón que impida a su hermano confirmar lo que ya sé?

Tucker soltó a Dwayne y puso las manos de golpe sobre el escritorio inclinándose hacia Burns.

—No se me ocurre ninguna. Como tampoco se me ocurre una razón para no enviarlo de vuelta a Washington de una patada en el culo.

—Eso podemos discutirlo en nuestro propio tiempo, Longstreet. En este momento está interfiriendo en una investigación federal. Si persiste, tendrá que formular sus quejas desde una de esas celdas.

Tucker agarró a Burns por la corbata mil rayas y tiró de él hacia arriba.

—¿Por qué no le enseño cómo nos ocupamos nosotros de las cosas, aquí en el Sur, en el delta?

—Déjalo. —Dwayne se levantó para coger a su hermano de la muñeca.

—Y una mierda que lo voy a dejar —gruñó Tucker.

—He dicho que lo dejes. —Dwayne acercó su rostro al de Tucker—. Nada tengo que esconder. Este yanqui hijo de puta puede hacerme preguntas desde ahora hasta el día del juicio final, y eso no cambiará las cosas. Déjalo en paz para que acabemos de una vez.

De mala gana, Tucker soltó a Burns.

—Esto tendremos que solucionarlo usted y yo.

Con expresión pétrea, Burns se arregló la corbata.

—Será un placer. —Permaneció de pie, y se volvió hacia el tablón de anuncios que tenía a su espalda—. Señor Longstreet, ¿conocía usted a Arnette Gantry? —Burns golpeó un dedo contra el espacio que había entre la fotografía de una mujer rubia sonriente y otra policial en blanco y negro tomada en el río Gooseneck.

—Conocía a Arnette —murmuró Dwayne—. Fuimos juntos al colegio. Salimos varias veces.

—¿Y a Francie Logan? —Burns deslizó el dedo hasta las dos fotos de al lado.

—Conocía a Francie. —Dwayne desvió los ojos—.

Todo el mundo conocía a Francie. Ella se crió aquí.

Vivió un tiempo en Jackson, pero volvió después de divorciarse.

—¿Y también conocía a Edda Lou Hatinger?

Dwayne se obligó a mirar, pero enfocó los ojos en la punta del dedo de Burns.

—Sí. Y también a Darleen, si ésa es su siguiente pregunta.

—¿Conocía a una mujer llamada Bárbara Kinsdale?

—Creo que no. —Dwayne frunció el entrecejo, intentando situar aquél nombre en su memoria—. No hay nadie por aquí con ese apellido, Kinsdale.

—¿Está seguro? —Burns desclavó una fotografía del tablón—. Échele un vistazo.

Dwayne cogió la foto del escritorio, aliviado de que perteneciera a una mujer viva. Era morena, bonita, de unos treinta años, con el cabello liso hasta los hombros, delgada.

—Nunca la he visto.

—¿No? —Burns cogió su bloc de notas—. Bárbara Kinsdale, metro cincuenta y cinco, cuarenta y siete kilos, cabello moreno, ojos azules. Edad, treinta y un años. ¿Le resulta familiar esta descripción?

—No sabría decirle.

—Pues tendría que saberlo —prosiguió Burns—. Es casi una descripción perfecta de su ex esposa. La señora Kinsdale trabajaba como camarera en el club Barras y Estrellas de Nashville, en el número 3043 de la avenida Eastland. Eso queda a tres manzanas de la casa de su ex esposa. Emmett Cotrain, el actual compañero de su ex esposa, actuaba allí los fines de semana. Una interesante coincidencia, ¿no le parece?

Un fino hilo de sudor se deslizó por la espalda de Dwayne.

—Supongo que sí.

—Pues es más interesante aún el hecho de que la señorita Kinsdale fuese hallada flotando en el lago Percy Priest, en las afueras de Nashville, esta primavera pasada. Estaba desnuda, la habían degollado y mutilado.

Burns echó otra fotografía sobre el escritorio, pero en ésa, Bárbara Kinsdale estaba muerta.

—¿Dónde se encontraba usted la noche del veintidós de mayo de este año, señor Longstreet?

—Cielo santo. —Dwayne cerró los ojos. En la foto de la policía el cuerpo no estaba cubierto, sino que aparecía expuesto, gris y torturado, ante la fría lente de la cámara.

—Según mis informes, usted se hallaba en Nashville los días veintiuno, veintidós y veintitrés de mayo —declaró el agente.

—Llevé a mis hijos al zoo. —Dwayne se frotó los ojos con manos temblorosas. Se parecía tanto a Sissy. ¡Cielo santo!, sobre todo muerta, se parecía tanto a ella—. Los llevé al zoológico y a una pizzería. Se quedaron conmigo en el hotel.

—La noche del veintidós de mayo usted fue visto en el bar del hotel hacia las diez y media, más o menos. Sus hijos no se encontraban con usted.

—Estaban durmiendo. Los dejé en la habitación y bajé a tomar un trago. Un par de tragos —reconoció, con un suspiro—. Sissy no hacía más que

agobiarme con que tenía que hacer más por los chicos, y que quería una casa más grande para cuando ella y el tipo con el que vivía se casaran. Sólo tomé un par de tragos porque no quería olvidarme de que tenía a los chicos durmiendo arriba.

—¿Y acaso no llamó por teléfono a su esposa desde el bar, justo antes de medianoche, discutió con ella y la amenazó?

—La llamé. Yo estaba sentado allí, en la habitación, mientras los chicos dormían. Mis chicos. No me parecía justo que tuviera que ayudarla a comprar una casa nueva para que viviera en ella con otro hombre a quien mis hijos mirarían como su padre. —Pálido, aturdido, Dwayne miró a Tucker—. No era por el dinero.

—Era por la humillación —sugirió Burns—. La humillación a manos de una mujer. Ella le había convertido ya en el hazmerreír del pueblo cuando lo echó de su propia casa y lo abandonó por otro hombre. Y encima le exigía más dinero para llevar una vida mejor al lado de aquel hombre.

—No me importaba con quién viviera. Pero no parecía justo...

—No, no le parecía justo —convino Burns—. Y por eso le dijo que no le daría un céntimo, y que la llevaría ante los tribunales si no se andaba con cuidado. Que se lo haría pagar.

—No sé qué dije exactamente —contestó Dwayne.

—Ella sí lo sabe. A pesar de lo distanciados que están ustedes, ella es lo bastante leal para declarar que usted tiene la costumbre de lanzar bravatas cuando bebe. No se tomó en serio nada de cuanto usted le dijo, y volvió al bar a escuchar la siguiente actuación. Incluso se quedó hasta que cerraron, ya que no tenía a sus hijos en casa. Pero Bárbara Kinsdale salió a las dos y se dirigió hacia el aparcamiento. Un aparcamiento desierto, oscuro, donde la dejaron inconsciente de un golpe y la arrastraron a un coche que aguardaba. De allí la llevaron al lago, y le hicieron una carnicería.

Burns esperó un instante.

—¿Posee usted un cuchillo, señor Longstreet? ¿Un cuchillo de caza de hoja larga?

—¡Esto es una locura! —Dwayne dejó caer las manos en el regazo—. ¡Yo no he matado a nadie!

—¿Dónde estaba usted la noche del trece de junio, entre las nueve y las doce de la noche?

—¡Por el amor de Dios! —Dwayne se levantó tambaleándose—. Burke, por el amor de Dios.

—Creo que su abogado debería estar aquí. —La tensión dibujaba arrugas en torno a la boca de Burke cuando éste se dirigió a Burns—. No creo que deba responder a más preguntas sin la presencia de su abogado.

Satisfecho, Burns extendió las manos.

—Está en su derecho, por supuesto.

—Daba vueltas con el coche —farfulló Dwayne—. Llovía y no quería volver a casa. Tenía una petaca de whisky en el coche y daba vueltas, nada más.

—¿Y la noche del doce de junio? —preguntó Burns, queriendo llevar el

interrogatorio a la noche del asesinato de Edda Lou.

—No lo sé. ¿ Por qué coño un hombre tiene que acordarse de dónde ha estado las noches (cada una) del año?

—No digas nada más. —Tucker se acercó para coger a Dwayne por los brazos—. No digas nada más —repitió con energía—. ¿Me oyes?

—Tucker, yo no lo hice... Tú sabes que no lo hice yo.

—Lo sé. Cállate. —Se volvió para interponerse entre Burns y su hermano—. ¿Es esto una acusación formal ?

El fin de semana festivo había retrasado todo el papeleo. Había poca gente tan dedicada a la justicia como Matthew Burns.

—Tendré una orden de detención en cuestión de veinticuatro horas.

—Bien —dijo Tucker—. Entretanto, que le den mucho por culo, hijo de puta. Vamos a casa, Dwayne.

—Señor Longstreet —Burns se levantó y miró a ambos hermanos—, les aconsejo que ninguno de ustedes dos abandone la zona. El gobierno federal tiene el brazo muy largo.

—Necesito un trago.

—Necesitas mantener la cabeza despejada —le contradijo Tucker, y puso el coche de Josie a ciento veinte por hora—. No te acerques a la botella, Dwayne. —Apartó la vista de la carretera justo el tiempo necesario para clavar una mirada de advertencia a su hermano—. No te acerques a ella hasta que arreglemos este follón. Lo digo en serio.

—Crean que fui yo. —Dwayne se frotó el rostro con las manos hasta que temió despellejarse vivo—. Crean que yo maté a todas esas mujeres, Tuck. Incluso a esa que yo no conocía. Se parecía a Sissy. Joder, cómo se parecía a Sissy.

—Ahora llamaremos a nuestro abogado —dijo Tucker con voz serena, pero los nudillos se le pusieron blancos de apretar el volante—. Y tú mantendrás la cabeza despejada para que no se te escape nada. Recuerda lo que hiciste con mucho detalle, averigua dónde estabas, y con quién, cuando mataron a Arnette, a Francie y a Edda Lou. Sólo necesitas una noche. Una de esas tres noches tuviste que estar en algún lugar con alguien. Y no podrán acusarte. Saben que la misma persona mató a todas. Sólo tienes que pensar.

—¿Acaso crees que no quiero? ¿No ves que estoy intentándolo? —Rechinando los dientes, Dwayne golpeó los puños contra la guantera—. ¡Maldita sea!, no sabes cómo me pongo cuando bebo. Ya te he comentado que me olvido de todo. Me quedo en blanco, maldita sea.

—Soltó un aullido, bajó la cabeza y la hundió entre las manos—. Me quedo en blanco, Tucker. Cielo santo, no sé qué hago cuando me ocurre eso. Podría haber sido yo. —Aterrado, se apretó los ojos con fuerza—. ¡Dios mío, ayúdame! Quizá yo las haya matado, a todas, y no lo sepa.

—¡Eso es una gilipollada! —Furioso, Tucker dio un giro repentino al volante. Dwayne abrió los ojos llorosos cuando el coche se detuvo con un frenazo y él cayó al suelo del coche. Y allí se quedó, mirando fijamente al

vacío hasta que Tucker lo levantó de un tirón—. Es una gilipollada y no quiero oírte decir eso nunca más. —Empujó a Dwayne hacia atrás y se encaró con él, el rostro lívido de rabia. Su hermano lo miró, pálido—. Tú no has matado a nadie, y métetelo en la cabeza desde ahora mismo. Yo sospecho quién ha sido.

Dwayne tragó con fuerza. La cabeza le daba vueltas, igual que el estómago, pero hizo un esfuerzo para aferrarse a esa frase.

—¿Lo sabes?

—Sólo lo sospecho. Haré mis propias investigaciones tan pronto como hayamos llamado al abogado y consigamos que se ponga a hacer lo que sea que hacen los abogados, maldita sea. —Su mano apretaba con fuerza la camisa de Dwayne—. Ahora, escúchame bien. No quiero que llegues a casa y angusties a Della y a Josie y a todo el mundo con esta historia. Vas a controlarte, ¿me entiendes? Te mantendrás firme hasta que todo se arregle. Si había una cosa, en toda su asquerosa y miserable vida, en que el viejo tenía razón era en nuestra responsabilidad para con la familia. Vamos a estar unidos, Dwayne.

—Para con la familia —repitió Dwayne, y se estremeció—. No te decepcionaré.

—Muy bien. —Tucker soltó a Dwayne, y se recostó un momento en el asiento para calmar los nervios que le destrozaban el estómago—. Demostraremos a ese yanqui hijo de puta de qué somos capaces los Longstreet cuando nos provocan. Llamaré al gobernador. Eso proporcionará un buen susto a Burns. Ya veremos cuánta prisa se dan en entregarle su orden de detención.

—Quiero ir a casa. —Dwayne volvió a cerrar los ojos cuando Tucker puso el coche en marcha—. Me sentiré mejor cuando llegue a casa.

Al cabo de unos minutos cruzaron la verja de Sweetwater.

—Diles que Burns te ha hecho un montón de preguntas estúpidas, y ya está —le aconsejó Tucker—. No comentes nada de Sissy ni de la historia de Nashville.

—De acuerdo. —Dwayne miró la casa, blanca, hermosa y elegante como una mujer, iluminada por el sol de la mañana—. Yo lo aclararé todo, Tucker. Yo lo arreglaré, como en los viejos tiempos.

—Esta vez déjame a mí.

Tucker aparcó junto a las escaleras, y Josie salió. Todavía no se había quitado la bata y llevaba el cabello alborotado caído por los hombros. Tucker no tardó ni diez segundos en darse cuenta de que estaba de un humor de perros. Josie bajó por los escalones en dos zancadas, y los recibió golpeándose la palma de la mano con un cepillo de pelo.

—Por lo visto tendré que cerrar el coche y llevarme las llaves, a partir de ahora.

Con un encogimiento de hombros, Tucker sacó las llaves del contacto y se las tiró.

—Tenía cosas que hacer en el pueblo. Y tú estabas durmiendo.

—Habrás observado, señor Longstreet, que mi nombre es el que figura

en los papeles de este vehículo. No me gusta que te apropiés de él cuando te dé la gana —vociferó, dándole golpes con el cepillo en el pecho—. Es un gesto de cortesía normal pedir las cosas cuando se quieren usar.

—Te he dicho que estabas dormida.

Josie pestañeó y miró el camino.

—Mi coche no es el único que hay en casa.

—Ha sido el primero que he visto. —Tucker hizo un esfuerzo por calmarse e intentó sonreír—. Vaya, parece que te has levantado con el pie izquierdo esta mañana, cariño.

Ella recibió su humor con una mirada airada.

—Te sugiero que consideres la conveniencia de conseguirte un medio de transporte alternativo hasta que hayan reparado tu juguete.

—Sí, señora. —La besó en la mejilla—. Hablas como mamá.

Josie soltó un bufido y retrocedió.

—¿Y tú qué miras, Dwayne? —Con un gesto automático, se alisó el cabello y cambió de actitud—. Pero, cariño, tienes un aspecto espantoso. ¿Qué teníais que hacer tan temprano, chicos?

—Nada, varias cosas sin importancia en el pueblo —repitió Tucker antes de que Dwayne contestara—. Será mejor que te arregles si piensas ir al desfile.

—Por supuesto que sí. Los Longstreet jamás se han perdido un desfile del Cuatro de Julio. Dwayne, ven conmigo, será mejor que comas algo. Tienes muy mal aspecto.

—Aún no se ha recuperado de la feria.

—Pobre. —Con repentina amabilidad, Josie cogió a Dwayne del brazo—. Vamos a que Della te prepare algo de comer. La prima Lulú no debería haberte enredado para que te subieras a la Rueda Loca.

—Estoy bien —murmuró Dwayne. La rodeó con un brazo, y la sujetó con fuerza—. Josie. Todo saldrá bien.

—Claro que sí, cariño. —Le dio una palmadita en la espalda—. Hace un día excelente para el desfile, y será una noche aún mejor para los fuegos artificiales. Anda, ve, que aún tengo que pintarme. —Hizo un gesto para que Dwayne entrara, pero levantó una mano para detener a Tucker. Había olvidado su enfado con él—. ¿Qué le ocurre a Dwayne?

—Se lo han llevado esta mañana para interrogarlo.

—¿A Dwayne?

—Lo harán con todos nosotros, supongo. Cuestión de procedimiento.

Ella volvió a golpear el cepillo contra la palma de su mano.

—Tengo un par de cosas guardadas para ese Matthew Burns.

—Déjalo, Josie. No hay de qué preocuparse. Dwayne se sentirá mejor en cuanto empiecen las celebraciones.

—Bien, pero estaré pendiente de él. —Sacudió las llaves en el bolsillo al volverse hacia la casa—. La próxima vez, me las pides, ¿me oyes? —Pasó junto a Caroline que se encontraba en el umbral de la puerta—. Ten cuidado

con ése, Caro. Es un canalla.

—Ya lo sé. —Caroline salió al porche, y dio una vuelta como si estuviese en un desfile de modas. Al girar, el vuelo de su vestido celeste la rodeó, y luego se envolvió suavemente alrededor de las piernas cuando se paró.

Tucker, en el peldaño de abajo, le cogió las manos. El vestido tenía el escote ribeteado de encaje y un corte en la espalda que le llegaba hasta la cintura.

—¡Qué fotografía!

—Me he enterado de que vamos a una merienda después del desfile.

—Así es. —Tucker le besó la palma de la mano, y luego se la llevó a su mejilla. La gente le decía a veces: «No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.» Tucker pensó que había descubierto algo que era igual de cierto. «No sabes lo que falta en tu vida hasta que lo encuentras»—. ¿Caroline?

Ella volvió las manos para enlazar sus dedos con los de él.

—¿Sí?

—Tengo muchas cosas que contarte. —Subió por los escalones hasta que sus bocas estuvieron a la misma altura. El beso fue dulce—. Espero, con toda mi alma, que estés preparada para escucharlas cuando hablemos de ellas. Ahora mismo he de ocuparme de unos asuntos. ¿Te importa ir al desfile con Della en su coche? Nos encontraremos allí.

—Puedo esperarte.

El sacudió la cabeza y la besó de nuevo.

—Preferiría que fueses con ella.

—De acuerdo, entonces. Iré con Della y Cy y la prima Lulú, que va a ser la atracción del día. Lleva unos pantalones con la bandera confederada en una pierna y la bandera estadounidense en la otra. La bandera de la Revolución, debería decir.

—Siempre se puede contar con la prima Lulú.

—Tucker. —Caroline le cogió el rostro entre las manos—. Si tienes problemas, me gustaría que los compartieras conmigo.

—Pronto lo haré. Estás tan perfecta aquí, Caroline.

De pie en el porche con tu vestido azul, la puerta abierta a tu espalda y mientras las abejas zumban entre las flores. Estás perfecta. —La envolvió en sus brazos y la sostuvo así un momento, deseando que la vida se detuviera, bonita y tranquila, tan apacible como una mujer hermosa vestida de azul.

—Prepárate para los fuegos artificiales de esta noche —dijo él—. Y para lo que quiero contarte después. —Se le tensaron los brazos—. Caroline, yo...

—Por todos los santos —murmuró Lulú desde la puerta—, Tucker, ¿piensas pasarte todo el día morreándote con esa yanqui? Deberíamos irnos ya si queremos encontrar un buen sitio para ver el desfile.

—Todavía hay tiempo. —Pero Tucker soltó a Caroline—. Tú cuida de esta yanqui hasta que yo llegue...

—Se interrumpió, y una sonrisa iluminó su rostro—. Prima Lulú, estás tan bien que podrían ponerte a ti de bandera. ¿Dónde has conseguido esos pantalones?

—Me los han hecho para la ocasión. —Estiró sus flacas piernas envueltas en banderas—. Tengo una chaqueta formando conjunto con ellos, pero hace demasiado calor para ponérsela. —Se metió una pluma de águila entre el cabello, que le cayó sobre una oreja—. Ya estoy lista.

—Entonces será mejor que os marchéis. —Dio un ligero beso a Caroline antes de entrar en la casa—. Diré a los demás que salgan. Prima Lulú, procura que Caroline no se nos vaya con un zalamero cualquiera.

Lulú soltó un bufido.

—No creo que quiera ir muy lejos.

Caroline sonrió.

—Tienes mucha razón.

28

—Así pues, dime, ¿cuántos de estos lunáticos crees que aguantarán hasta las dos de la tarde sin que les coja una insolación? —La prima Lulú planteaba la pregunta desde la comodidad de su silla de director de cine. En el respaldo llevaba enganchada una vistosa sombrilla roja, blanca y azul, y entre los pies guardaba celosamente un termo lleno de julepe de menta.

—Nunca se nos desmayan más de cinco o seis —sonrió Della desde la silla plegable a su lado. Sabía que jamás estaría a la altura de los pantalones de Lulú, pero estaba satisfecha con la diminuta bandera estadounidense que llevaba en el cabello—. Casi todos son jóvenes.

Una banda de música desfiló ante ellas a paso lento, tocando un famoso tema de Sousa, y Lulú los acompañó con su cítara de plástico. Disfrutaba con la pared de sonido, y con el brillo de los instrumentos de metal bajo el ardiente sol, pero no hacía más que pensar lo divertido que sería si se desmayara alguno de los que tocaban el flautín.

—Aquel de allí que toca la tuba, el grandullón con granos en la cara, tiene los ojos un poco vidriosos —aventuró Lulú—. Van diez pavos a que se desploma en la siguiente manzana.

Della sintió el cosquilleo de su instinto competitivo y se fijó en el muchacho. El chico sudaba copiosamente, y Della pensó que su elegante uniforme soltaría hedor a cabra remojada antes de que acabara la mañana. Pero se le veía fuerte.

—Me los juego.

—Cómo me gustan los desfiles. —Lulú se metió la cítara detrás de la oreja, como si fuese un lápiz, y se sirvió otro trago—. Después de las bodas, los entierros y las partidas de póquer, no se me ocurre nada más entretenido.

Della soltó un bufido y se refrescó el rostro con un pequeño ventilador a pilas.

—Mañana mismo, si quieres, puedes asistir a uno. Vaya plaga de entierros que tenemos de un tiempo a esta parte. —Con un suspiro, Della se sirvió un poco del contenido del termo de Lulú—. Si mal no recuerdo, es la primera vez en quince años que Happy no ha desfilado con las Damas del Club de Jardinería.

—¿Y por qué no desfila?

—Mañana entierran a su hija.

Lulú contempló a las niñas del instituto Jefferson Davis que pasaban agitando sus pompones al ritmo de *It's a Grand Old Flag*.

—Un buen funeral la pondrá a tono —predijo Lulú—.

¿Qué vas a preparar para después del entierro?

—Mi ambrosía de coco. —Con la mano se protegió los ojos del sol y sonrió—. Mira, prima Lulú. Si es la pequeña de Carl Johnson, fíjate en las piruetas que hace con el bastón. Es una *majorette* de armas tomar, cómo gira y mueve el bastón.

—Toda una estrella, sí señora. —Lulú soltó una carcajada y sorbió un poco más de whisky—. Sabes, Della, la vida es como uno de esos bastones. Puedes girarlo entre los dedos si tienes talento para ello. Puedes lanzarlo al aire y atraparlo de nuevo si eres rápida. O puedes dejar que salga volando y dé a alguien en la cabeza. —Sonrió y sacó la cítara de detrás de la oreja—. Cómo me gustan los desfiles.

Caroline, que seguía el espectáculo con ellas, se quedó pensando en la analogía. Sacudió la cabeza. Lo que Lulú decía tenía sentido, aunque fuese un sentido algo siniestro. No estaba segura de si ella había golpeado a alguien con el bastón de la vida, pero sabía que se le había caído varias veces. No obstante estaba segura de que, en esos momentos, lo giraba entre los dedos con toda el alma.

—Los que vienen ahora son la Princesa del Algodón y su corte —explicó Cy a Caroline—. Todos los años hacemos una votación en el instituto. Estaba previsto que la princesa desfilara en el asiento trasero del coche del señor Tucker, pero como lo tiene estropeado, han alquilado ese descapotable de la casa Avis en Greenville.

—Es guapísima. —Caroline sonrió al ver a la muchacha con su vestido blanco con mangas filipinas, y el rostro bañado en sudor.

—Es Kerry Sue Hardesty —dijo Cy. Contemplando a la joven se acordó de LeeAnne, la hermana menor de Kerry. Ella, la de los pechos suaves y fascinantes. Al pasar el coche, Cy escudriñó entre la multitud con la esperanza de verla. No la encontró, pero descubrió a Jim, y agitó desesperadamente la mano.

—¿Por qué no vas a ver a tu amigo, Cy? Nos encontrarás en el coche, cuando el desfile haya terminado.

Estaba loco por ir, pero sacudió la cabeza y no se movió de su sitio. El señor Tucker contaba con que permaneciera junto a la señorita Caroline. Habían hablado de ello de hombre a hombre.

—No, señorita. Estoy muy bien aquí. Allí está la señorita Josie con ese médico del FBI. Él lleva una de esas flores en la solapa que te echa un chorro de agua cuando la hueles. Es un tipo de cuidado.

—Ya lo creo. —Caroline también escudriñaba la multitud—. Me pregunto cuánto tardará Tucker.

—Nada —dijo él a su espalda, deslizándole los brazos por la cintura desde atrás—. ¿Acaso pensabas que me perdería un desfile con una mujer bonita?

Caroline se recostó contra él, contenta.

—No.

—Señor Tucker, ¿quiere que les traiga, a usted y a la señorita Caroline, algo frío para beber? —Se ofreció Cy—.

He ahorrado algo de dinero.

—No hace falta, Cy, gracias. Creo que ahí, en ese termo, la prima Lulú tiene un jugo que el médico nos ha recetado.

Cy dio un salto para coger el vaso que Lulú acababa de llenar y lo pasó hacia atrás.

—Ese señor del FBI nos está mirando desde la oficina del sheriff.

—Así es. —Tucker dio un sorbo, saboreó el trago y pasó el vaso a Caroline.

Ella probó por primera vez el famoso julepe de menta y dejó que se deslizara, dulce, por su garganta. —No parece que le guste mucho el desfile. —Más bien da la sensación de que sospecha de todo y de todos —comentó Cy.

—Es que no entiende nada de esto. —Tucker tenía a Caroline cogida por la cintura con un brazo, y puso la otra mano en el hombro de Cy—. Ahí vienen Jed Larsson y sus chicos.

Cuando la banda de flautas y tambores, encabezada por Larsson, desfiló por delante del público al son de Dixie, la multitud los aclamó con un rugido. Y los que tenían asiento se pusieron de pie y aplaudieron.

Caroline sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de Tucker. Ella sí lo entendía.

Pollo frito, ensaladilla de patatas, barbacoas humeantes... Eso era el Cuatro de Julio. Un día para agitar banderas, comer tartas y beber cerveza fresca a la sombra. Las familias de duelo estaban unidas en su desgracia, y la ley seguía su implacable persecución. Pero ese hermoso día de verano, Innocence cubrió los asesinatos bajo un tupido velo rojo, blanco y azul, y se entregó a la celebración.

Después del desfile comenzaron concursos de todas clases a lo largo de Market Street y en la plaza del pueblo: comer tarta, tiro al blanco, carreras, lanzamientos de huevos, y escupir pepitas de sandía, una de las competiciones más populares.

Muda de asombro, Caroline miraba boquiabierta el certamen juvenil de comer tarta. Chicos y chicas de entre siete y catorce años hundían el rostro en los arándanos, sorbiendo y tragando al ritmo de los espectadores. Consumían una tarta tras otra, y las tarteras, con su apetitoso contenido aún sin tocar, no paraban de aparecer ante los rostros manchados por la fruta. Se sucedían los aplausos y los consejos gastronómicos al tiempo que los jóvenes participantes iban cayendo, uno tras otro, quejándose de empacho.

—Fíjate en Cy. —Caroline se apretó el estómago con una mano en un gesto compasivo—. Debe de llevar una buena docena por lo menos.

—Nueve y medio —la corrigió Tucker—. Pero va en cabeza. Ánimo, chaval, no la mastiques. Trágate la sin más.

—No entiendo cómo puede respirar —murmuró ella al ver que Cy hundía el rostro en la décima tarta. Se pondrá malo.

—Claro que sí. ¡Ánimo, Cy, así se hace! No pares. Sigue. Lleva un buen ritmo —dijo Tucker a Caroline—. No es de los que mete el rostro a lo bestia y hace lo que puede; él va con tranquilidad, comiéndoselo en círculo desde afuera hacia adentro.

Caroline no entendía cómo Tucker lo conocía. Ella veía sólo a un muchacho con la cabeza enterrada en arándanos hasta el cuello mientras la multitud lo aclamaba con gritos y aplausos. Pensó que era un juego tonto,

sucio y poco distinguido. Pero no dejaba de balancearse sobre los talones, contagiada de aquel entusiasmo ingenuo.

—¡Venga, Cy! Trágate la entera. ¡Machácalos! —Gritó Caroline—. ¡Fíjate! Ya lleva doce. ¡Dios mío, que va a ganar! Sólo... —Alzó la vista para mirar a Tucker y vio que sonreía—. ¿Qué?

—Estoy loco por ti. —La besó largo rato, con fuerza, mientras Cy, un poco verde debajo de las manchas lilas, era aclamado como campeón—. Loco de remate.

—Qué bien. —Ella le acarició las mejillas—. Eso me parece muy bien. Ahora quizá debería ayudar al ganador y limpiarle el jugo de los arándanos.

—Deja que busque a su propia chica —decidió Tucker, y tiró de ella para que presenciara el siguiente concurso.

Habían despejado el aparcamiento de la Iglesia Luterana para la competición de tiro al blanco. McGreedy había suministrado las botellas de cerveza, y la munición había corrido a cargo de la tienda Amigo de los Cazadores. Las rondas eliminatorias se sucedían rápidamente, y los que no las habían pasado, quedando frustrados por ello, descargaban sus armas y se acomodaban en los laterales.

Tucker se alegró cuando vio que Dwayne se preparaba para la segunda ronda. Le había costado trabajo convencerle para que participara en las celebraciones del día. No quería que se desataran las habladurías hasta que fuera inevitable. Y quería que Dwayne actuara con normalidad. En la mente de Tucker, normalidad era igual a inocencia.

—Participan los dos, Dwayne y Josie —comentó Caroline.

—Todos aprendimos a disparar desde muy jóvenes. El viejo Beau insistía en ello.

—¿Y tú? ¿No te apetece llevarte el gran premio de un jamón ahumado y una cinta azul?

Tucker se encogió de hombros.

—Nunca me han gustado las armas. Mira, ahora va Susie. —Esperó a que la mujer volara tres botellas de tres disparos—. Cielos, qué firmeza de mano. Menos mal que se casó con un sheriff. Con esa puntería quizá hubiese llevado vida de criminal.

—¡Prima Lulú! —Caroline puso una mano en el brazo de Tucker con gesto preocupado. Allí estaba Lulú, caminando a paso lento, un par de Colts enfundados en una pistolera de cuero que le colgaba de sus huesudas caderas—. ¿De verdad crees que Lulú debería...? —Se interrumpió al ver que la anciana desenfundaba y disparaba. Las tres botellas estallaron como si fueran una sola—. ¡Madre mía!

—Maneja cualquier arma, desde un calibre veintidós a un AK-47.

—Tucker contemplaba a Lulú, entretenido, mientras ésta hacía girar un Colt alrededor de su índice derecho en tres rápidos círculos y lo hundía en la pistolera—. Pero si te pide que te pongas ahí con una manzana sobre la cabeza, yo que tú no me arriesgaría.

Ya no es tan joven como antes.

La competición terminó con Lulú superando por los pelos a Susie y a un

enojadísimo Will Shiver. Luego, los espectadores se dirigieron a paso lento hacia la calle para seguir las carreras.

—En Sweetwater saben pasárselo bien. —Caroline aceptó la botella de refresco frío que Tucker le ofrecía—. ¿Vas a correr?

—¿Correr? —Tucker encendió un cigarrillo y tiró la cerilla—. Cariño, ¿por qué querría agotarme y sudar sólo para ir de un lugar a otro?

—Claro. —Caroline sonrió—. ¿En qué estaría pensando yo? —Suspiró y se recostó contra el pecho de Tucker mientras los corredores ocupaban sus puestos de salida—. ¿Así que no participas en ningún concurso?

—Pues mira, sí. Hay uno al que suelo presentarme.

Ella volvió la cabeza y lo miró.

—¿Cuál?

—Espera y verás.

¿Cerdos engrasados? Cuando Caroline creía que había empezado a coger el ritmo a la fiesta, y se encontró detrás del corral montado para la ocasión en la plaza del pueblo, escuchando los chillidos de los animales, se dio cuenta de que aún estaba muy lejos de ello.

Tucker no había comido tartas, ni tirado al blanco, y había bostezado sólo de pensar en echar una carrera. Pero allí estaba, dentro del corral, desnudo de cintura para arriba, esperando la señal para lanzarse en pos de un cerdo embadurnado de grasa.

Caroline, atónita, miró a Cy, que se encontraba junto a ella, y apoyó un codo en su hombro.

—¿Cómo te sientes?

—Muy bien —aseguró él—. Lo he vomitado casi todo, y el resto me está sentando de maravilla. —Con gesto orgulloso, manoseó la cinta azul que llevaba en la camiseta—. El señor Tucker será el campeón.

—¿^{Si?}

—Siempre gana. Es muy rápido cuando se lo propone. —De pronto, soltó un alarido entusiasmado junto con el resto de la multitud—. ¡Ahí van!

Los gritos y las risas de los espectadores eran tan salvajes como los chillidos de los cerdos y las palabrotas de los hombres que los perseguían. Como un incentivo extraordinario, para animar un poco la fiesta, habían regado el suelo a conciencia hasta convertirlo en un gran charco de barro. Los hombres resbalaban y chapoteaban en él, se pegaban barrigazos y saltaban en el aire dando vueltas de campana mientras los cerdos se escurrían de entre sus ansiosas manos.

—¡Qué pena no haberme traído la cámara! —Caroline soltó una carcajada cuando Tucker pasó frente a ellos patinando sobre el trasero.

—¡Ese doctor del FBI es bueno! —Gritó Cy, y soltó un alarido de entusiasmo cuando vio que Teddy agarraba a un cerdo y lo sujetaba un buen rato—. Oh, ya lo tenía, hasta que Bobby Lee se le ha caído encima. ¡Mire! El señor Tucker va por el más grande. ¡Vamos, señor Tucker! ¡Levántelo con

fuerza!

—Un concurso interesante —dijo Burns, que se había detenido junto a ellos—. Supongo que aquí se sacrifica la dignidad por la emoción de la caza.

Caroline estuvo a punto de clavarlo con una mirada impaciente, pero no quería perderse ni un segundo de la persecución.

—Veo que tú conservas la dignidad.

—Me temo que no le encuentro la gracia a esto de chapotear en el barro persiguiendo cerdos.

—Es evidente —replicó ella, con tono seco—. Sólo se trata de divertirse.

—Sí, claro —respondió Burns—. La verdad es que nunca me he entretenido tanto. —Miró a Tucker con una irónica sonrisa al verlo despatarrado en el suelo con el rostro hundido en el barro—. Longstreet está en su salsa, ¿no te parece?

—¿Quieres que te diga qué me parece? —empezó a decir Caroline, pero Cy la cogió del brazo.

—¡Mire! ¡Ya lo tiene! ¡Ya es suyo, señorita Caroline!

Y allí estaba Tucker, rebozado en barro y grasa, levantando por encima de la cabeza un cerdo que no paraba de retorcerse. Cuando miró a Caroline con una sonrisa de oreja a oreja, ésta deseó haber tenido en ese momento una docena de rosas para lanzárselas.

Ni un *matador*¹ vestido de luces se había visto jamás tan encantador.

—Y los despojos son para el vencedor —señaló Burns—. Dime, ¿le toca quedarse con el cerdo?

Caroline se mordió el labio inferior.

—Hasta el invierno que viene, cuando se hace la matanza del cerdo y la gran cena para celebrarlo. Si me disculpas, quiero felicitar al ganador.

—Un momento. —Burns le bloqueó el paso—. ¿Todavía estás en Sweetwater?

—Por el momento.

—Quizá quieras reconsiderarlo. No te conviene dormir allí, con un asesino bajo el mismo techo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Caroline.

Burns miró hacia donde Dwayne y Tucker se tomaban una cerveza, plantados en medio del barro.

—Quizá debas preguntárselo a tu anfitrión. Mañana detendré a alguien, y los Longstreet no van a celebrarlo, desde luego. Que disfrutes del resto del día.

Caroline no replicó, cogió a Cy del brazo y, apartando a Burns de su camino, se alejó.

—¿Qué ha querido decir con eso, señorita Caroline? —inquirió Cy.

—No lo sé, pero ya lo averiguaré. —Tardaron un buen rato en abrirse

¹ En español en el original.

paso entre la multitud; cuando llegaron, Tucker ya no estaba—. ¿Dónde habrá ido? —dijo Caroline.

—Con los demás, a la taberna de McGreedy para lavarse un poco con la manguera. La gente se dispone a ir a Sweetwater donde comeremos al aire libre antes de los fuegos artificiales. Además, la feria estará abierta ya. Frustrada, Caroline se detuvo. No podría hablar con Tucker en medio de un montón de hombres mojados y entusiasmados por su victoria. Necesitaba estar a solas con él. Se puso de puntillas para mirar los rostros de los espectadores—. Allí está Della. ¿Por qué no te vas a Sweetwater con ella? Yo esperaré a Tucker.

—No, señorita. El señor Tucker me ha pedido que me quede con usted si él no está —contestó el muchacho.

—No hace falta, Cy. No creo... —Pero cuando Caroline vio que Cy apretaba la mandíbula con gesto resuelto, reprimió un suspiro—. Bueno, de acuerdo. Busquemos un buen sitio para descansar mientras aguardamos.

Se sentaron en el pórtico, frente a la tienda de Larsson, y contemplaron el éxodo de los lugareños hacia Sweetwater.

—Señorita Caroline, no deje que ese hombre del FBI la ponga nerviosa —dijo Cy.

—No me pone nerviosa, Cy; pero estoy preocupada.

Él volvió a su cinta azul para leerla de nuevo.

—Es como Vernon.

Sorprendida, Caroline lo miró con atención.

—¿El agente Burns es como tu hermano?

—No quiero decir que vaya por ahí peleándose con la gente o pegando a las mujeres —aclaró el chico—. Pero se cree más listo y mejor que los demás. Piensa que su manera de hacer las cosas es la mejor. Y le gusta tener a la gente cogida por el cuello.

Caroline se sujetó el mentón con la mano y se quedó pensativa. A Burns no le haría gracia aquella comparación; pero, en realidad, le iba como anillo al dedo. En el caso de Vernon era la Biblia. Su interpretación. En el de Burns, la ley. Su interpretación. Ambos se aprovechaban de algo bueno y justo para conseguir poder personal.

—Y al final son ellos quienes salen perdiendo —dijo Caroline pensando en su madre, una gran manipuladora del poder y experta en imponer su voluntad—. Porque nadie tiene la obligación de estar de acuerdo con ellos. Resulta muy triste. Es mejor que la gente te quiera, aunque no seas el más listo y no siempre estés seguro de tener la razón. —Se puso de pie, Tucker bajaba por la calle con paso tranquilo, la camisa al hombro, el cabello mojado y los téjanos empapados—. Parece que ya es hora de irnos a casa.

Cruzó la calle y rodeó a Tucker con los brazos. Éste se echó a reír, intentando apartarla un poco.

—Cariño, no estoy demasiado limpio en este momento.

—Qué importa. —Volvió la cabeza hacia él—. Necesito hablar contigo —le susurró al oído—. A solas.

A Tucker le hubiese gustado interpretar la demanda como una invitación

romántica, pero intuyó la tensión en su voz y percibió la rigidez de su cuerpo.

—De acuerdo. En cuanto nos sea posible. —Tucker no retiró el brazo con que la rodeaba y echaron a andar juntos—. Venga, Cy, vámonos. Me he enterado de que Della nos ha preparado un banquete impresionante. Creo que también habrá tarta.

Cy sonrió de buena gana.

—No pienso acercarme a otra tarta hasta el Cuatro de Julio del año que viene.

—No hay que perder la práctica, chico. —Tucker cogió la cinta azul del muchacho y la miró, pensativo—. ¿Sabes por qué me sale tan bien atrapar a esos cerdos resbaladizos? —preguntó a Cy. De pronto levantó a Caroline en brazos—. Porque siempre que puedo pillo a una mujer retozona.

Caroline se relajó y se permitió una sonrisa.

—¿Estás comparándome con una cerda?

—Por supuesto que no, cariño. Sólo digo que cuando un hombre se lo propone, nada hay que se le escape de las manos.

En Sweetwater, el césped estaba cubierto de mantas extendidas, y se oía la aguda musiquita del calíope desde el Campo Eustis. Junto al estanque donde días antes había flotado la muerte, un violín, un banjo y una guitarra entonaban una canción.

Los niños, agotados de tanta fiesta, dormían la siesta aquí y allá, muchos de ellos tumbados allí donde habían caído. Se jugaba un partido de béisbol improvisado, y, de vez en cuando, el chasquido de un bate provocaba gritos de entusiasmo entre el puñado de espectadores. Los viejos, sentados en sillas plegables, animaban el partido y sentían la nostalgia de un par de piernas fuertes y jóvenes que les permitieran echar una carrera con los demás jugadores. Los adolescentes se habían ido a la feria, donde las atracciones iban a mitad de precio hasta las seis de la tarde.

—¿Todos los años es así? —preguntó Caroline. Estaba lo bastante cerca de la música para disfrutarla y lo bastante alejada de la feria para no dejarse impresionar por su aspecto vulgar a la luz del día.

—Más o menos. —Tucker, tumbado de espaldas, pensaba si aún le quedaba sitio para otro muslo de pollo—.

¿Qué sueles hacer el Cuatro de Julio?

—Depende. Si estoy fuera del país, el día transcurre como cualquier otro. Cuando me encuentro en Estados Unidos, el concierto suele ir ligado a algún espectáculo pirotécnico. —El violinista empezó la melodía de *Little Brown Jug*, y Caroline siguió el ritmo en su cabeza—. Tucker, tengo que hacerte una pregunta acerca de algo que Matthew me ha dicho hace un rato.

Cuando oyó el nombre de Burns, a Tucker se le pasaron las ganas de seguir comiendo muslo.

—Tendría que haber previsto que encontraría la manera de aguarnos la fiesta.

—Me ha dicho que detendrá a alguien mañana. —Caroline le apretó la mano—. Tucker, ¿estás metido en un lío?

El parpadeó, se dio la vuelta y se sentó sobre las piernas.

—Se trata de Dwayne, Caro.

—¿Dwayne? —Caroline sacudió la cabeza, atónita—.

¿Quiere detener a Dwayne?

—Ignoro si puede hacerlo —dijo Tucker—. El abogado cree que Burns se está marcando un farol, que quizá intentaba hacer que Dwayne dijera algo que no debía. Sólo tiene especulaciones, no pruebas materiales.

—¿Qué clase de especulaciones?

—Puede situar a Dwayne en la zona en que se cometieron los crímenes, sin que él tenga una coartada por ahora. Y utiliza como móvil los problemas que Dwayne ha tenido con Sissy.

—¿El divorcio como móvil para asesinar a otras mujeres? —Caroline enarcó las cejas—. Eso significaría que la mitad de la población adulta masculina de este país tiene un móvil.

—No parece demasiado sólido, ¿verdad? —Entonces, ¿por qué estás tan preocupado?

—Porque tal vez Burns sea un gilipollas de primera categoría, pero no es tonto. Sabe que Dwayne bebe. Sabe que Sissy lo humilló en público. Sabe que Dwayne conocía a las víctimas. La de Nashville le ha dado la pista.

—¿Nashville? —Caroline expulsó el aire lentamente, y asintió con la cabeza—. Cuéntame.

Tucker se lo habría ocultado, al menos un día más. Pero en cuanto empezó, las palabras le salieron como un torrente imparable. Y Caroline percibió rabia y un miedo muy real en ellas.

—¿Qué os ha aconsejado el abogado?

—Que sigamos como siempre. Que esperemos a ver qué ocurre. Claro que si Dwayne encontrase una coartada para una de esas noches, las cosas se calmarían. —Abrió una botella de cerveza, y la miró, frunciendo el entrecejo—. Me he puesto en contacto con el despacho del gobernador. Será difícil localizarlo hoy, pero espero que mañana me devuelva la llamada.

Ella esbozó una sonrisa, con el deseo de provocar una en Tucker.

—Seguro que es primo tuyo.

—¿El gobernador? —La sonrisa de Tucker fue fugaz—.

No. Pero su mujer, sí. Lo más probable es que Burns necesite mucho más para detener a Dwayne.

—Puedo hablar con mi padre si quieres. Él es abogado mercantil, pero conoce excelentes criminalistas.

Tucker bebió un trago de cerveza.

—Esperemos que no sea necesario recurrir a él. Lo peor de todo, Caro, es que Dwayne tiene tanto miedo que ha empezado a dudar de sí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Está preocupado porque piensa que tal vez estando borracho, cuando no se encontraba en sus cabales, podría haber...

Caroline sintió que se le encogía el corazón.

—Por dios, Tucker, ¿no pensarás...?

—No, por supuesto que no —dijo con una rabia apenas reprimida—. Cielos, Caroline, Dwayne es tan inofensivo como un cachorrito. Quizá se comporte como un gilipollas y se meta en broncas cuando va borracho, pero sólo se hace daño a sí mismo. Y si lo piensas —añadió, porque él no había parado de pensar en ello, de pensarlo muy a fondo—, la manera en que mataron a esas mujeres fue brutal. Algo primitivo y salvaje, pero también muy bien planeado. Todo pensado hasta el más mínimo detalle, con una gran astucia. Un hombre no puede ser astuto cuando tiene la cabeza llena de whisky. Él se pone torpe y estúpido.

—A mí no tienes que convencerme, Tucker —susurró ella. Pero se le ocurrió que tal vez estuviera intentando convencerse a sí mismo.

—Es mi hermano. —Para Tucker, eso lo decía todo. Miró a Dwayne, sentado con el viejo O'Hara. Pensó que estarían compartiendo una jarra del famoso brebaje de O'Hara, y sabía que no era limonada—. Antes de que anochezca estará borracho como una cuba. No tengo corazón para cortarle el rollo.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo, ¿no? —Dijo Caroline, acariciándole la mejilla—. Si no, sería como si ya lo dieras por perdido. He pensado mucho en aquello que me dijiste sobre la familia. No sólo en cuanto a la importancia de afirmarse, sino de dejar las cosas bien claras. Hablaré por teléfono con mi madre.

—¿Estás diciéndome que si mi consejo es válido para ti, también debería serlo para mí?

Ella sonrió.

—Algo por el estilo.

Con un gesto de la cabeza, Tucker miró a Dwayne otra vez.

—En Menfis hay un centro. Allí ayudan a gente que quiere dejar la bebida, y tiene muy buena fama. Creo que si se lo plantease bien, lo convencería para que lo intente.

—Cariño —dijo ella, impostando el acento arrastrado del delta—, tienes tanta mano izquierda que persuadirías a un muerto de hambre para que te diese su último mendrugo de pan.

—¿Sí? ¿Es eso cierto?

—Es cierto.

Él se inclinó hacia ella para besarla.

—Si es así, quizá pueda convencerte para que me hagas un favor. Es algo que me apetece mucho.

Caroline pensó en la casa fresca y vacía detrás de ellos, en aquella cama grande.

—Me imagino que podrías conseguirlo. —Llena de deseo, se sintió derretir en el beso—. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Pues, verás, hace rato que tengo un antojo —dijo Tucker, mordisqueándole la oreja.

—Cómo me gusta que me lo digas —susurró Caroline.

—No quiero ofenderte.

Ella soltó una risita que vibró contra el cuello de Tucker.

—Por favor, oféndeme.

—Se me ha ocurrido que quizá te dé un poco de vergüenza hacerlo aquí, delante de toda esta gente.

—Puedo... ¿Cómo? —Con una media sonrisa, Caroline se apartó de él—. ¿Hacer qué delante de toda esta gente?

—Tocar unas cuantas melodías, cariño —dijo Tucker, con una picara sonrisa—. ¿Qué has pensado que te pediría? —Ensanchó la sonrisa y enarcó una ceja—. Vamos, Caroline, que empezaré a creer que sólo piensas en eso.

—La verdad es que tú tampoco diversificas mucho tus pensamientos. —Expulsó el aire con lentitud—

¿Quieres que toque?

—Yo diría que casi tanto como a ti tocar —afirmó Tucker.

Caroline hizo ademán de hablar, pero se detuvo y sacudió la cabeza.

—Tienes razón. Me apetecería mucho.

Tucker le dio un beso rápido.

—Te traeré el violín.

29

Fue bien recibida por la banda de música, aunque con cierto recelo. La gente se acomodó alrededor, todos formales —casi demasiado, en opinión de Caroline—, como haría una clase preparándose para escuchar a un conferenciante, aburrido pero respetado.

Pensó que quizá estaba acostumbrada a que la recibieran con grandes aplausos cuando subía a un escenario. Demasiado acostumbrada, pensó cuando se le tensaron los nervios. Aquel pedazo de césped junto a la laguna de Sweetwater no era el Carnegie Hall, por supuesto, pero sí una especie de escenario. Y el público no se le había entregado de entrada.

Se sintió ridícula, algo grotesca y fuera de lugar, con su magnífico Stradivarius y su formación musical de la gran escuela de Julliard. Estaba a punto de farfullar una excusa y escabullirse entre la multitud cuando vio la sonrisa del pequeño Jim.

—Bien, jovencita. —El viejo Koons rozó las cuerdas de su banjo con el pulgar y sonaron con un tono cálido y agudo. Ya no veía más allá de sus narices, pero aún tocaba como el mejor—. ¿Qué te gustaría interpretar?

—¿Qué le parece *Whisky for Breakfast*? —aventuró Caroline.

—Venga, pues. —Koons empezó a marcar el ritmo con el pie—. Nosotros te la preparamos y tú entras cuando tengas ganas.

Caroline dejó pasar los primeros compases. Sonaba bien, henchido y exuberante. Cuando se le pegó el ritmo, se acomodó el violín en el hombro, respiró hondo y se lanzó.

Y la sensación fue deliciosa, henchida y exuberante. Como siempre que se lo pasaba bien. El público seguía el ritmo con brías palmas. Se oían gritos alegres, y cuando alguien cantaba, los demás lo aclamaban con entusiasmo.

—Yo diría que ya está saliendo humo de tu violín —le dijo Koons cuando terminaron la pieza y se detuvo un instante para escupir un poco de tabaco—. Venga, que no decaiga.

—Sólo conozco unas cuantas... —empezó a decir Caroline, pero Koons rechazó su protesta con un gesto de la mano.

—Ya le cogerás el ritmo. Probemos con *Rolling in My Sweet Baby's Arms*.

Y, en efecto, ella le cogió el ritmo. Su oído y su instinto estaban bien afilados. Sin detenerse, el trío pasó a un blues, y luego se animó de nuevo con una versión estridente de *The Orange Blossom Special*. Caroline se pegó a ellos y no los perdió ni por un instante.

Aunque se dejó llevar por el placer de la música, se dio cuenta de que Burns la observaba, y que no perdía de vista a Dwayne. Vio a Bobby Lee, que bailaba arrimado a Marvella mientras tocaban el lento ritmo de *The Tennessee Waltz*. La música fluía a través de ella, pero se fijó en que Tucker estaba enfrascado en lo que parecía una conversación personal y muy privada con Burke. Y vio a Dwayne sentado con expresión melancólica, una botella a los pies y la mirada clavada en el suelo. Estaban sucediendo cosas, caviló

Caroline. Se ponía el sol, giraban las atracciones de la feria, se alargaban las sombras y, con todo, estaban sucediendo cosas. Debajo de los silbidos y las risas, los nervios vibraban a la velocidad de las cuerdas del banjo de Koons.

Y ella era, al fin y al cabo, sólo una más. Una participante más en aquel juego, extraño e inquietante. El destino la había lanzado a aquel confuso caldo de calor, muerte y locura. Y ella sobrevivía a él. Más que eso, actuaba. Estaban a mediados del verano y se sentía entera. Incluso empezaba a creer que se había curado.

Si se marchase de Innocence con sólo eso, sería suficiente. Miró a Tucker. Sería suficiente, se repitió con una sonrisa lenta. Pero nada perdía deseando más.

—Vaya, que me pateen la cabeza y me llamen viejo loco —rió Koons entre jadeos, dejando el banjo en su regazo—. Tocas ese violín de maravilla, jovencita. Y no eres nada cursi.

—Pues se agradece, señor Koons —respondió Caroline.

—Va siendo hora de tomar una cerveza. —El viejo se puso de pie, y le crujieron las articulaciones—. ¿Estás segura de que eres yanqui?

Ella sonrió al entenderlo como un halago.

—No, señor, en absoluto.

Koons se dio una palmada en la rodilla, y se alejó de ella renqueando y llamando a su hija para que le llevara una cerveza.

—Qué bonito cómo toca, señorita Caroline —suspiró Jim. Y echó un vistazo al violín antes que ella lo guardara en el estuche.

—Eso tendré que agradeceré a mi maestro —sonrió ella.

Él se la quedó mirando, y de pronto bajó la vista. Pero incluso con la cabeza gacha, Caroline vio su sonrisa de oreja a oreja.

—Jo, señorita, yo no he hecho nada —dijo el muchacho.

—Somos nosotros quienes queremos darle las gracias —dijo Toby, con un brazo rodeando el hombro de su mujer. Se mantenía muy erguido, rígido, protegiéndose con el otro brazo las costillas vendadas—. Usted nos socorrió la otra noche. Y sé que ayudó mucho a Winnie.

—Me da vergüenza no haberle dado las gracias todavía, Caroline —añadió Winnie—. Me habría vuelto loca si no hubiese sido porque usted y Della han cuidado de los niños mientras Toby se encontraba en el hospital.

Estoy en deuda con usted.

—Olvídelo —dijo Caroline—. Me han dicho que para eso estamos los vecinos.

—Señorita Caroline —dijo la pequeña Lucy, tirando del vestido de Caroline—. Mi papá va a cantar el himno nacional antes de los fuegos artificiales. El señor Tucker se lo ha pedido especialmente.

—Es maravilloso —exclamó Caroline—. Tengo ganas de escucharlo.

—Vamos. —Toby levantó a su hija y la acomodó en su cadera buena—. Conociendo a Tuck, seguro que estará buscando a su dama por ahí, y nosotros tenemos que encontrar un buen sitio para ver los fuegos artificiales. Empieza a oscurecer.

—¿Cuánto falta? —preguntó Lucy.

—Pues una media hora, como máximo —contestó su padre.

—Es que llevo esperando todo el día...

Caroline se echó a reír al oír aquella queja universal infantil mientras Toby y Winnie se alejaban con Lucy.

—Es una pequeña —dijo Jim, con una mueca de superioridad.

El tono despectivo de su voz hizo que Caroline lanzara un hondo suspiro. Sabía que Jim había defendido a su hermana arriesgando su propia vida, pero todo eso estaba olvidado.

—¿Sabes qué me ocurre, Jim?

—No, señorita.

—Que soy hija única. —Ella se echó a reír al darse cuenta de que Jim la miraba, confuso—. Anda, ve con tu familia. Si ves a Tucker, dile que vuelvo en un momento.

—Si quiere, le llevo el violín a la casa, señorita Caroline. No me cuesta nada —se ofreció el muchacho.

—Gracias, pero tengo que hacer una rápida llamada antes de que oscurezca —dijo Caroline.

Y qué sorpresa se llevaría su madre, pensó Caroline mientras cruzaba el césped a través de las sombras verdosas en dirección a las blancas columnas de la casa. Quería desearle un feliz día de la Independencia. Para las dos.

«Me he liberado de ti, madre, y tú también puedes liberarte de mí. Quizá, si nos miramos a los ojos, sin la tensión de todo cuanto nos ata, encontremos algo entre las dos.»

Caroline se volvió hacia los campos de Sweetwater. El crepúsculo no había llegado aún; pero, a lo lejos, titilaban las luces de las casetas y las atracciones. Ya no tenían aquel aire tan vulgar. De ellos emanaba algo esperanzador. Si prestaba atención, oía la musiquilla alegre y las risas mientras el Látigo hacía volar a sus últimos pasajeros.

La noche no tardaría en caer, y miles de luces de colores estallarían en el cielo, y el aire retumbaría con el tronar de los cohetes. Se volvió hacia la mansión y aceleró el paso. No quería perderse ni un momento del espectáculo.

Iba tan enfrascada en sus pensamientos que no prestó demasiada atención a las voces, hasta que percibió la rabia que había en ellas y entonces se detuvo, preguntándose cómo pasaría hacia la casa sin interrumpir la discusión.

Pero cuando vio que eran Josie y Dwayne quienes hablaban junto al coche de aquélla, retrocedió automáticamente, pensando escabullirse por la terraza lateral. Su vacilación hizo que viera el cuchillo que Dwayne sostenía en su mano.

Se quedó fría e inmóvil donde estaba, junto a la última columna que formaba la esquina del elegante porche de la entrada, observando, atónita, cómo hermana y hermano se enfrentaban, con un cuchillo entre los dos. Al otro lado del césped, más allá del campo de algodón, los que festejaban esperaban impacientes la oscuridad y la celebración. Delante de ella, donde

los grillos iniciaban su canto entre la hierba y un chotacabras se posaba en una magnolia llamando a su pareja, los hermanos no eran conscientes de que estaban siendo observados.

—No puedes hacerlo. Es que no puedes —decía Josie, furiosa—. Tienes que darte cuenta de ello, Dwayne.

—Sólo me doy cuenta del cuchillo. ¡Joder, Josie! —Dwayne dio vueltas al cuchillo, mirando su brillo mate con tanta atención como si estuviese hipnotizado.

—Dámelo. —Josie contenía su tono de voz para que sonara tranquila y regular—. Dámelo, y yo me ocuparé de todo.

—No puedo. Dios mío, Josie, tienes que entender que no puedo. Esto ha ido demasiado lejos. Dulce Jesús, Arnette... Francie. Las veo. Las veo, Josie. Parece una pesadilla espantosa; sin embargo, no se trata de un sueño.

—¡Basta! —gritó Josie. Acercó su rostro al de su hermano, mientras cogía con fuerza la muñeca de la mano con que Dwayne sostenía el cuchillo—. Basta ya. Es una locura eso que quieres hacer, una locura. Y no te lo permitiré.

—Tengo que... —balbuceó Dwayne.

—Tienes que escucharme —lo interrumpió ella—. Y eso es lo único, maldita sea, que harás. Mírame, Dwayne. Quiero que me mires.

—Cuando él fijó la mirada en ella, Josie le habló con voz queda—. Somos una familia, Dwayne. Eso significa que nos mantenemos unidos, que cerramos filas.

Dwayne aflojó los sudorosos dedos que sujetaban el mango del cuchillo.

—Haría cualquier cosa por ti, Josie. Lo sabes. Pero esto...

—Muy bien. —Con una vaga sonrisa, Josie le quitó el cuchillo muy despacio. Desde su lugar de observación junto a la columna, Caroline estuvo a punto de lanzar un gemido de alivio—. Ahora vas a hacerme un favor.

Quiero que confíes en mí, yo me ocuparé de todo.

Dwayne sacudió la cabeza, tapándose el rostro con las manos.

—¿Qué harás?

—Tú déjame, que yo me ocupo. Confía en Josie, Dwayne. Vuelve al campo, y mira los fuegos artificiales. Pero, antes, sácate todo eso de la cabeza. Es lo más importante. Olvídate de todo, y yo me ocuparé del cuchillo.

Dwayne dejó caer las manos. Su rostro estaba grisáceo y su expresión era afligida.

—Jamás te haría daño, Josie. Tú lo sabes. Pero tengo miedo. Si sucediera de nuevo...

—No sucederá. —Metió el cuchillo en su voluminoso bolso y alzó los ojos para mirarlo—. Nunca más. —Le puso las manos sobre los hombros—. Todo esto quedará en el pasado para nosotros.

—Quiero creerte. Pero si se lo contásemos a Tucker, él podría...

—¡No! —Impaciente, Josie lo sacudió con fuerza—. No quiero que él lo sepa. Y aunque se lo digas, no te quedarás con la conciencia tranquila, Dwayne; así pues, olvídale. Sólo olvídale —repitió ella—. Ahora ve al campo, y

yo haré lo que tenga que hacer.

Él se apretó las palmas de las manos contra los ojos, como si quisiera cegarse ante alguna atrocidad.

—No consigo centrarme. No puedo pensar con claridad.

—Entonces no pienses. Limitate a hacer lo que te he dicho. Anda, ve al campo. Yo llegaré en cuanto pueda.

Dwayne empezó a moverse, pero cuando sólo había dado dos pasos se detuvo y se volvió, con la cabeza gacha y los hombros encogidos.

—Josie, ¿por qué ha sucedido todo esto?

Ella tendió el brazo hacia él, pero su mano se detuvo antes de tocarlo.

—Ya hablaremos, Dwayne. No te preocupes más.

Dwayne no vio a Caroline cuando se alejó, pero ella percibió la desolación y la angustia reflejadas en su rostro antes de ser engullido por las sombras.

Caroline permaneció allí largo rato, como una estatua. Sentía los latidos del corazón, duros y lentos, en la garganta, mientras el aroma de las rosas se mezclaba con el miedo en su cabeza.

Dwayne era el responsable de la brutal muerte de cinco mujeres. El hermano del hombre a quien amaba era un asesino. Y Caroline sabía que Tucker sentía una profunda devoción por él.

Y ella sufría por los dos; por todos ellos. A causa del dolor que ya soportaban, y por el que estaba a punto de llegarles. Deseó con toda el alma volver sobre sus pasos, alejarse de allí, pretendiendo que nada había oído, ni visto. Que nunca se había enterado de nada.

Pero Josie estaba equivocada. Tucker tenía que saberlo. Por muy fuertes y profundos que fueran los lazos familiares, eso era algo que una hermana comprensiva no podía manejar. Tucker tenía que saberlo, y así se prepararía para lo que vendría después. Josie tendría que estar allí. Todos tendrían que estar.

En silencio, Caroline subió al porche, cruzó el umbral de la puerta y entró en la casa. El silencio era opresivo mientras subía por la escalera hasta la primera planta. Intentaba encontrar las palabras adecuadas, pero no lo conseguía. Se detuvo ante la puerta de la habitación de Josie y miró hacia el interior.

El desorden que había allí contrastaba con la inmovilidad de la mujer delante de la puertaventana abierta. La alegre mezcla de aromas y colores que había allí era apagada por la creciente oscuridad y la sensación de pesimismo.

—Josie. —Caroline habló con voz queda, pero advirtió que la joven se tensaba antes de volverse hacia ella. Las sombras daban a su rostro un tinte fantasmagórico.

—Dentro de un momento, los cohetes empezarán a estallar, Caroline. No querrás perdértelos.

—Lo siento —murmuró Caroline. Se dio cuenta de que aún llevaba el estuche con el violín, y lo dejó a un lado, haciendo después un gesto desesperado con las manos—. Josie, lo siento tanto. No sé si puedo ayudarte,

pero haré lo que sea preciso.

—¿Qué sientes, Caroline?

—Os he oído. A ti y a Dwayne. —Respiró hondo, y entró en la habitación, temblando—. He escuchado lo que hablabais. Y he visto el cuchillo en sus manos, Josie.

—¡Cielo santo! —Con un gemido desesperado, Josie se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro con las manos—. Cielo santo, ¿por qué?

—Lo siento. —Caroline cruzó la habitación para ponerse en cuclillas a los pies de Josie—. No puedo ni imaginarme cómo te sientes en estos momentos, pero quiero ayudar.

—No te metas en esto. —Con la voz temblorosa, Josie dejó caer las manos en su regazo. Tenía los ojos húmedos, pero el fuego que ardía en ellos no tardaría en secar las lágrimas—. Si de verdad quieres ayudar, no te metas en esto.

—Sabes que no puedo —imploró Caroline—. No se trata sólo de Tucker y mis sentimientos hacia él.

—Por eso te digo que no te metas. —Josie le cogió las manos, atenazándolas con sus dedos, largos y delgados, tensos como alambres—. Sé que lo amas mucho, y que no quieres que sufra. Pero tienes que dejar que yo me ocupe de esto.

—Y si lo hiciera, ¿qué sucedería entonces?

—Entonces todo habrá terminado. Será olvidado para siempre.

—Josie, esas mujeres han sido asesinadas. Por muy enfermo que esté Dwayne, ese hecho no puede ser ignorado. Y tampoco olvidado.

—Contarlo todo y destrozar a la familia no hará que estén menos muertas.

—Se trata de hacer lo que es debido —insistió Caroline—. Y también de ayudar a Dwayne.

—¿Ayudarlo? —Josie elevó la voz mientras se levantaba de la silla con esfuerzo—. En nada lo ayudará ir a la cárcel.

—Su cabeza no está bien. —Con gesto cansino, Caroline se puso de pie. Había demasiada oscuridad en el dormitorio de Josie. Encendió la lámpara de la mesilla de noche, que ahuyentó las sombras con una tenue luz rosácea—. Amarlo es importante, pero necesita ayuda profesional. Y no sólo para averiguar por qué lo ha hecho, sino para evitar que repita sus crímenes.

—Es posible que merecieran morir —repuso Josie, en tanto se paseaba de un lado a otro de la habitación, frotándose con fuerza las palpitantes sienes—. Hay gente así, y no es una crueldad decirlo. No las conocías como yo, así pues, ¿quién eres tú para juzgar?

—No estoy juzgando a nada ni a nadie, pero creo que no te has parado a pensar que ninguna persona merece morir de esa manera. Si no se hace algo, es posible que muera alguien más. Tú sola no lo detendrás, Josie.

—Creo que tienes razón sobre eso. —Josie suspiró y se pasó una mano por los ojos—. Yo había esperado que, estando Dwayne tan mal..., pero supongo que lo supe desde el principio. Es la sangre —murmuró, levantando la cabeza para observarse con mucha atención en el espejo—. Como un perro

salvaje, una vez la has saboreado, ya no hay manera de volver atrás. No hay manera de volver atrás, Caro —repitió.

Caroline anduvo hacia ella hasta que sus miradas se encontraron en el espejo.

—Le buscaremos buenos médicos. Yo conozco a uno que le ayudará.

—¡Médicos! —Josie se arrancó el pañuelo de gasa que le sujetaba el cabello y lanzó una corta carcajada—. Eso es una gilipollada. ¿Odiaste a tu madre? ¿Estuviste enamorada de tu padre?

—Nunca es tan sencillo.

—A veces, sí. Escucha eso. —Josie esbozó una sonrisa y cerró los ojos— Toby March está cantando. Le habrán puesto un micrófono en la feria. Es un dulce sonido que se propaga en esta calurosa noche de verano.

—Josie, tenemos que decírselo a Tucker, y conseguir que Dwayne se entregue. Lo siento. Es la única manera de hacerlo.

—Sé que lo sientes. —Con un suspiro, Josie metió la mano en el bolso— Yo también lo siento. Lo siento más de cuanto soy capaz de expresar. —Giró sobre sus talones y apuntó a Caroline con su Derringer—. Eres tú o mi familia, Caroline. Tú o los Longstreet. Así pues, tienes razón: sólo hay una manera.

—Josie... —balbuceó Caroline.

—¿Ves esta pistola? —La interrumpió Josie—. Mi papá me la regaló cuando cumplí los dieciséis años. Dulces dieciséis, decía él. Mi papá creía con fervor en lo importante que era cuidar de los suyos. Yo lo amaba mucho, con toda el alma. Odiaba a mi padre, pero amaba a mi papá.

Caroline se humedeció los labios. Aún no tenía miedo. Su cerebro estaba demasiado espeso por el sobresalto para que el miedo se apoderase de ella.

—Josie, deja la pistola. Así no ayudarás a Dwayne. —No se trata sólo de Dwayne, somos todos. Todos y cada uno de los miembros de la virtuosa y honorable familia Longstreet.

—¿Señorita Caroline? —El eco de la voz de Cy subió por la escalera y llegó hasta ellas, que dieron un respingo—. Señorita Caroline, ¿está usted ahí?

Caroline vio un pánico repentino en los ojos de Josie.

—Dile que se vaya —susurró—. Díselo, Caro. Consigue que salga de la casa. No quiero hacer daño a ese chico.

—Estoy aquí arriba, Cy —respondió Caroline en voz alta al muchacho, pero no apartó la mirada del corto y brillante cañón de la pistola—. Ve saliendo, yo iré dentro de un momento.

—El señor Tucker me ha dicho que me quedara con usted —repuso Cy.

Caroline se lo imaginó, vacilante al pie de la escalera, dudando entre la obediencia a los buenos modales y la lealtad.

—Te he dicho que bajo enseguida —repitió, el tono de voz agudizado por los primeros atisbos de miedo—. Anda, márchate.

—Sí, señorita. Los fuegos artificiales están a punto de comenzar.

—De acuerdo. Anda, no te los pierdas. Esperó, sin apenas respirar, hasta que oyó el ruido producido por la puerta al cerrarse.

—No querría hacer daño a ese chico —repitió Josie—. Le tengo mucho cariño. —Se le torcieron los labios en una sonrisa fingida—. Un verdadero sentimiento familiar. —Josie... —Caroline se obligó a que su voz sonara serena—. Sabes que así no resolverás nada. Y también sabes que yo no quiero que Dwayne sufra.

—No, pero harás lo que es debido. Igual que yo. —Metió otra vez la mano en el bolso, y sacó el cuchillo—. Esto era de mi papá. Le encantaba la caza. Él mismo destripaba sus presas. No tenía miedo de mancharse las manos con la sangre y las vísceras. No, señora. Yo le acompañaba cuando me dejaba. Y eso despertó en mí el amor por la caza también.

—Josie, por favor, guarda ese cuchillo.

—Pero Tucker... —prosiguió Josie, apretando los labios al girar el cuchillo a la luz—. Nunca le gustó eso de matar, y casi siempre fallaba... adrede. —Como si le disgustase aquel desperdicio, sacudió la cabeza—. Cielo santo, las broncas que le echaba papá por eso. A Dwayne no le costaba nada cargarse un ciervo o un conejo, pero cuando llegaba el momento de sacarle las tripas, se ponía verde. Cursi. Eso solía decirle papá. Y luego añadía: «Josie, anda, ven aquí y enseña a este chico cómo se hace.» —Soltó una risita—. Y yo lo hacía. La sangre nunca me ha dado asco. Me gusta su olor. Algo así como salvaje y dulce.

Con la piel pegajosa por el sudor, Caroline retrocedió unos centímetros.

—Josie... —El nombre brotó en un susurro entrecortado, y su mirada se encontró de nuevo con la de ella.

—Cuando papá murió, yo heredé su cuchillo. —Lo levantó para que brillara a la luz de la lámpara—. Yo heredé su cuchillo.

Caroline se quedó mirando aquel fulgor plateado. Detrás de ella, las primeras luces de fuego estallaron en el cielo, ya negro.

30

La pistolita le pareció una broma. Al lado del cuchillo, con una hoja tan larga, resultaba más una molestia, algo que había que apartar de un manotazo, igual que a una mosca. Pero Caroline no tenía la intención de acercarse a ella. Estaba concentrada, con toda su atención y todo su miedo puestos en el plateado fulgor del cuchillo.

—Josie, así no protegerás a Dwayne.

—No me crees. —Josie estaba a punto de echarse a reír. Una parte de ella, la que ya no había sido capaz de seguir controlando, brincaba de alegría—. ¿Quién me creería? Nadie ha pensado en una mujer, ni siquiera nuestro flamante agente especial. «Busca a alguien que odie a las mujeres», le dije. Pero no me entendió. Tú y yo sabemos que nadie es capaz de odiar como odia una mujer.

Caroline dio un respingo con el estallido de los fuegos artificiales.

—¿Por qué las odias?

—Tengo motivos. Cantidades ingentes de motivos.

—Josie se acercó a Caroline, y su silueta quedó enmarcada en el umbral de la puerta de la terraza. Sus ojos eran tan brillantes como las luces que, a su espalda, iluminaban el cielo—. Yo debía proteger a mi familia, y a mí misma. Y eso tendré que hacer ahora también. Pero contigo es distinto, Caroline. Contigo no disfrutaré, porque me gustas, y te respeto. Además sé cuánto le dolerá a Tucker. Mucho... No lo hagas —dijo Josie cuando vio que Caroline retrocedía—. No me obligues a usar la pistola, pero si es necesario la utilizaré. Nadie lo oirá.

No, nadie lo oiría. Aunque se desgañitara gritando, como habría gritado Edda Lou, nadie se daría cuenta. La Derringer apuntaba a su cuello. «Una diminuta bala —pensó—. Una muerte pequeña.»

—No quiero que sufras como las demás. Tú no eres como ellas.

«¡Piensa! —Se ordenó Caroline—. ¡Tienes que pensar!» La clave de todo aquello estaba en la familia, si encontrase la manera de utilizarla.

—Tucker y Dwayne sufrirán, Josie.

—Lo sé. Pero yo me las arreglaré para que acaben perdonándome. — Josie desvió la mirada por un instante al estallar el resplandor dorado de luces en el cielo y luego desvanecerse—. ¡Qué bonito espectáculo!, ¿verdad? Hace más de cien años que los Longstreet celebran esta fiesta con fuegos artificiales aquí, en Sweetwater. Todo esto tiene un sentido. Recuerdo que mi papá me llevaba a hombros para que estuviera más cerca del cielo. Yo era su cohete, me decía. Mamá miraba, y no hablaba. Ella no me quería, ¿sabes?

—Cuéntamelo, Josie —dijo Caroline en voz baja. ¿Durarían mucho los fuegos artificiales? ¿Cuánto tiempo tardaría Tucker, o quien fuera, en ir a buscarlas?—. Cuéntame lo ocurrido, Josie, así yo entenderé tus razones para hacerlo.

—Contigo puedo hablar. Hay tiempo. Será más fácil si lo entiendes, Caro. Quizá lo sea para las dos. —Josie hizo una honda y larga aspiración—.

Austin Hatinger era mi padre. —Sus labios se torcieron en un amago de sonrisa al ver la sorpresa reflejada en el rostro de Caroline—. Es cierto. Aquel hijo de puta fanático de la Biblia, cruel como una serpiente, era mi padre biológico. Violó a mi madre, y mientras la violaba me plantó en su vientre. Ella no me quería, pero cuando descubrió que estaba embarazada, tuvo que cargar con ello hasta el final.

—¿Cómo estás tan segura de eso? —preguntó Caroline.

—Ella estaba segura. Porque la oí, un día que hablaba de ello en la cocina con Della. Della lo sabía. Sólo Della. —Satisfecha con el cuchillo, Josie se metió la Derringer en el bolsillo—. No comentó nada del asunto con papá. Supongo que tenía miedo de hacerlo. Creo que quiso protegerlo, y a la familia, y a Sweetwater. Así pues, me dejó nacer. Me soportaba, y me vigilaba para ver hasta qué punto acabaría pareciéndome a él.

—Josie.

—Yo era ya mayor cuando lo supe. Ella me mintió toda su vida. Mi hermosa madre, aquella gran dama, la mujer a quien yo quería parecerme más que a nadie en el mundo, no era más que una embustera.

—Sólo quiso ahorrarte el sufrimiento de...

—¡Me odiaba! —la interrumpió Josie con voz desgarrada, y cortando el aire con el cuchillo—. Cada vez que me miraba, recordaba de qué manera me había concebido. Sobre el polvo, acostada en el suelo mientras ella pedía ayuda a gritos. ¿Acaso no se preguntaría alguna vez hasta qué punto tenía ella la culpa? ¿Por qué fue hasta allí? ¿Tanto le importaban Austin y su desgraciada esposa?

—No puedes acusar a tu madre de eso, Josie.

—Puedo acusarla por haberme dado una mentira con que vivir. Por mirarme por el rabillo del ojo y pensar que yo era menos que ella o que cualquier otra mujer. Aquel día le dijo a Della que quizá yo no merecía ser feliz, ni tener un hogar propio y una familia, a causa de la sangre que corría por mis venas. Mi sangre corrompida.

Josie escupía las palabras. Afuera, el cielo se encendía con miles de colores.

—Cuando volví a casa después de mi segundo divorcio, ella me recibió con esa mirada. Una mirada que me echaba la culpa de lo sucedido en mi matrimonio. Y le dijo a Della que quizá yo no merecía tener un hogar ni hijos. Que tal vez el Señor había querido castigarla así por mantenerlo en secreto, por albergar aquella mentira en su interior. Mi madre estaba enferma, hacía tiempo que se sentía mal. Un día salió a trabajar en sus rosales y yo la seguí. Quería hablar con ella cara a cara. Tuvimos una discusión espantosa, y yo la dejé allí, de pie junto a las rosas, llorando. Tucker salió al cabo de un rato y la encontró muerta. Por eso creo que yo la maté.

—No —titubeó Caroline—, por supuesto que no. Nadie tuvo la culpa, Josie, ni tú ni ella.

—Eso no cambia las cosas. Yo notaba que algo crecía en mi interior. No era un hijo, porque los médicos me habían asegurado que jamás los tendría. Pero lo que crecía en mí era real, y me ardía por dentro. Todo empezó con Arnette. Ella quería cazar a Dwayne, igual que había hecho Sissy. Decidió

utilizarme para ello, y yo le seguí la corriente. Lo pensé mucho, sin cesar. Me pasaba noches enteras en la cama, meditando, reflexionando. Mamá había guardado el secreto de dar vida. Yo guardaría el secreto de quitarla.

Afuera estallaron, con gran estruendo, un cohete tras otro en lo que debía de ser la traca final.

—Pero tenía que haber una razón, pensé —prosiguió Josie—. Yo no era un animal. Debía hallar un sentido a aquello. Así pues, decidí que sería la vida de esas mujeres que provocan a un hombre, se le insinúan y le mienten para conseguirlo. Yo he tenido un buen puñado de hombres —dijo con una sonrisa—. Pero jamás he mentado para conseguirlos.

—Arnette..., yo la creía tu amiga.

—Era una zorra. —Josie se encogió de hombros con un gesto de indiferencia—. No fue mi primera elección. Pensé en Susie. Siempre he creído que si Burke y yo hubiésemos estado juntos... Pero, en fin, Susie no encajaba. Nunca se ha fijado en un hombre que no sea Burke; por ello no habría sido justo matarla. Tenía que ser un acto de justicia —murmuró Josie, y una sensación gélida se enroscó en el estómago de Caroline—. Pero estaba Arnette. Me resultó muy fácil hacer que se emborrachara y llevarla después en mi coche hasta el río Gooseneck. Una vez allí, la golpeé con una roca, la desnudé y la até. Hacía frío. ¡Cielo santo, qué frío! Pero aguardé que recobrara el conocimiento. Entonces simulé que yo era mi padre y ella mi madre. Le hice... cosas, hasta que dejé de sentir frío.

»Por un tiempo me sentí mejor —dijo, como si soñase—, mucho mejor. Luego aquello volvió a crecerme por dentro. Tenía a Francie. Estaba colada por Tucker, y yo lo sabía. Luego le tocó el turno a Sissy, aunque ahí me equivoqué. Pero cada vez me sentía mejor. Cuando llamaron al FBI, me entraron ganas de echarme a reír, y seguir riendo sin parar. Nadie se fijaría en mí. Teddy me llevó al depósito de cadáveres para que viera a Edda Lou. Al principio fue horrible, hasta que caí en la cuenta de que aquello había sido obra mía. Yo lo había hecho y nadie lo sabría, jamás. Era mi secreto, igual que mamá. Y quise repetirlo, una vez más, cuando todos estaban enfrascados en la búsqueda. Darleen me resultó perfecta, tal como tenía que ser.

—Fuiste a casa de Happy, y te quedaste allí con ella, mientras todos la buscaban.

—Sentí mucho que Happy tuviera que sufrir. Y pensé que era justo consolarla un poco. Darleen no merecía que su madre llorara por ella. Ninguna de las tres merecía una sola lágrima. Pero tú, sí. Ojalá no te hubieras metido en esto. Pensaba hacer un esfuerzo para cumplir mi promesa a Dwayne y pararme, ya que para él parece tan importante. Pero ahora tengo que romper esa promesa, al menos esta última vez.

—Pero ahora se enterarán.

—Quizá. Y si lo descubren sé qué hacer. Siempre he pensado que algún día tendría que acabar con todo esto, pero a mi manera. —Los últimos cohetes salieron disparados como balas de metralleta—. No quiero ir a la cárcel, ni a uno de esos lugares donde meten a las personas que hacen cosas que la gente no entiende. —Hizo un gesto con la pistola—. Ahora, vuélvete de espaldas a mí. Primero tendré que atarte. Será rápido, te lo prometo.

Tucker se abría paso, nervioso, entre la multitud mientras las bombas de colores estallaban por encima de su cabeza. Hacía media hora que no veía a Caroline. ¡Mujeres! Como si no tuviese bastante con ocuparse de Dwayne y del FBI para que ella eligiera ese momento y se fuera a dar una vuelta.

Rehusó con un movimiento de cabeza cuando le ofrecieron una cerveza, y siguió su camino entre la gente arremolinada en el césped.

—Un buen espectáculo —comentó la prima Lulú sentada en su silla de directora de cine.

—Sí.

—¿Y qué sabrás tú? —lo amonestó—. Casi no has visto nada.

Para complacerla, Tucker alzó la mirada hacia el cielo y admiró un paraguas de luces rojas, blancas y azules.

—¿Sabes dónde está Caroline?

—¿Has perdido a tu yanqui? —Lulú soltó una carcajada socarrona y encendió una bengala.

—Eso parece. —Tucker alzó la voz para que le oyera por encima de los gritos de júbilo de la multitud—. No la he visto desde que dejó de tocar, hace ya un buen rato.

—Toca de maravilla, ¿verdad? —Lulú escribió su nombre en el aire con la bengala—. Supongo que pronto se marchará de aquí para ir a deleitar a las testas coronadas de Europa.

—Supongo que sí. —Con las manos en los bolsillos, Tucker escudriñaba los rostros de la muchedumbre—. No veo cómo es posible encontrar a alguien en esta oscuridad.

—No hace falta que mires porque aquí no la encontrarás. —Lulú frunció los labios al ver que se le apagaba la bengala. Quería esperar a que la cosa se calmara un poco antes de tirar el puñado de petardos potentes que guardaba en el bolsillo—. He visto que se dirigía hacia la casa cuando empezaba a oscurecer.

—Pero ¿por qué...? —Tucker se interrumpió—. Ah, seguro que iría a guardar el violín. Pero tendría que haber vuelto hace rato. —Se volvió para mirar la fantasmagórica silueta de la casa a lo lejos. Siempre había pensado que la mejor manera de entender a una mujer era no entenderla en absoluto—. Echaré un vistazo.

—Te perderás la traca final —dijo Lulú.

—Ahora vuelvo.

Tucker se alejó a paso rápido, molesto por verse obligado a ir con prisas. Por mucho que lo pensaba, no se le ocurría qué estaría haciendo Caroline sola en la casa. Le preocupaba que ella se hubiese sentido presionada por él para que tocara. Tal vez estuviese enfadada, o quizá todo aquel ajetreo le había provocado uno de sus dolores de cabeza. Mascullando una palabrota, aceleró el paso, y a punto estuvo de chocar contra Dwayne.

—Joder, ¿qué haces aquí, sentado en la oscuridad? —le increpó Tucker.

—No sé qué hacer. —Dwayne estaba con la cabeza apoyada contra las

rodillas, meciéndose—. Tengo que aclarar mis ideas y decidir qué hacer.

—Ya te he dicho que yo me ocuparé de todo —suspiró Tucker—. Burns no es más que un fantasma.

—Podría decir que lo he hecho yo —murmuró Dwayne—. Eso sería lo mejor para todos.

—¡Maldita sea! —Tucker se inclinó, agarró a su hermano por los hombros y lo sacudió—. No me jodas con eso ahora. Ya hablaremos de ello luego, en cuanto tenga un momento. He de ir a la casa, a ver si encuentro a Caroline. Venga, acompáñame. Será mejor que esta noche no hables con nadie.

—Le dije a ella que no lo haría. —Dwayne se levantó con esfuerzo—. Pero algo hay que hacer, Tuck. Algo hay que hacer.

—Claro que sí. —Resignado, Tucker abrazó a Dwayne y dejó que apoyara todo su peso contra él—. Algo haremos, de verdad. Ya sé qué ha ocurrido.

—¿Lo sabes? —Dwayne se detuvo, tambaleándose.

Tucker tiró de él, mascullando una imprecación—. Ella me dijo que no lo sabías —balbuceó—. Cuando le pedí que te lo contáramos, ella me dijo que no.

—¿Contarme qué? —preguntó Tucker.

—Lo del cuchillo —exclamó Dwayne—. El viejo cuchillo de caza de papá. Lo vi debajo del asiento de su coche. Mierda, Tuck, ¿cómo ha podido hacer eso? ¿Cómo ha podido hacer todas esas cosas? ¿Y qué le ocurrirá ahora?

Tucker sintió que su sangre perdía velocidad y se detenía en sus venas con una especie de zumbido.

—¿De qué coño me estás hablando?

—Josie. Ay, Dios mío, Josie. —Dwayne empezó a sollozar, abrumado por el peso de cuanto estaba sucediendo—. Ella las mató, Tuck. Ella las mató, a todas. No sé si seré capaz de entregarla a la policía.

Lentamente, Tucker retrocedió un paso, y dejó que Dwayne se tambaleara, sin apoyo.

—Estás como una jodida cabra, maldita sea.

—Tenemos que hacerlo. Sé que tenemos que hacerlo. Por... ¡Mierda, Sissy iba a ser una de sus víctimas!

—¡Cállate! —Cegado por la rabia y el miedo, Tucker arremetió contra Dwayne y le lanzó un directo a la mandíbula—. Estás borracho, y no sabes lo que dices. Si pronuncias una palabra más, te...

—Señor Tucker. —Con los ojos desorbitados, Cy los miraba desde el camino. Los había oído. Había oído lo que se decían, pero no sabía a quién creer.

—¿Qué coño haces tú aquí? —Le espetó Tucker—. ¿Por qué no estás con los demás, mirando los fuegos artificiales?

—Yo... Usted me dijo que no me separase de ella. —Cy sintió que temblaba por dentro, presa de aquel pánico que creía olvidado para siempre— Ella ha entrado en la casa hace mucho rato, pero me ha dicho que me quedara

fuera, que no subiera a la primera planta.

—¿Caroline? —dijo Tucker, anonadado.

El impacto del puñetazo fue de tal magnitud que Dwayne recobró la cordura al instante, y las palabras de Cy penetraron con toda claridad en su mente, entonces agarró a Tucker por la pechera de la camisa.

—Josie... Lleva el cuchillo consigo. Lo ha cogido y ha entrado en la casa.

Tucker empezó a jadear. Quería pelear, golpear hasta destruir aquel pavor que iba apoderándose de él. Pero cuando apretaba los puños vio la verdad en los ojos de Dwayne.

—¡Suéltame! —rugió. Con una fuerza nacida del pánico empujó a Dwayne, que cayó de rodillas—. ¡Caroline está en la casa!

Tucker echó a correr hacia Sweetwater, perseguido por los gritos de la multitud y el frío aliento del terror.

—No te pondré las cosas fáciles, Josie —advirtió Caroline. No tenía miedo de la pistola, no quería tenérselo. Pero sentía un pánico profundo, primitivo, ante la afilada hoja de acero—. Sabes que esto ha de acabar. Lo que sientes, lo que tu madre hizo, no lo arreglarás matando.

—Yo quería ser como ella, pero la gente decía siempre que yo era como mi padre, y tenían razón. —La voz de Josie adquirió un extraño tono sereno, casi musical—. No saben hasta qué punto tenían razón... y nunca lo sabrán. Es mi secreto, Caroline. Y te mataré para protegerlo.

—Lo sé. Y cuando lo hayas hecho, Dwayne y Tucker sufrirán por ello. Dwayne, porque sabrá que has sido tú, y esa idea se lo comerá vivo. Tucker, porque siente algo por mí. Y tú también sufrirás, porque los amas a ellos.

—No hay elección, Caroline. Vuélvete de espaldas ahora mismo. Vuélvete o será mucho peor.

Con los últimos ecos de la celebración resonando en sus oídos, Caroline hizo el ademán de girar sobre sus talones. No se atrevió a cerrar los ojos, pero rezó una breve oración llena de fervor. Con el cuerpo casi girado del todo, sacó el brazo como un látigo y estrelló la lámpara contra el suelo. Aprovechando la oscuridad, encogió las piernas, se tiró encima de la cama, y rodó sobre ella para caer al otro lado.

—Será igual. —La excitación agudizó la voz de Josie. Allí había caza, y con la caza llegaba el hambre—. Pero ahora me será más fácil. No te veré el rostro, no te miraré, y podré pensar en ti como en las demás.

Sus pies se deslizaron sobre la alfombra, y Caroline aguzó la vista buscándola, agazapada junto a la cama.

Si consiguiese llegar a la puerta... Rápida y silenciosa...

—Me gusta la oscuridad —susurró Josie.

Caroline contuvo la respiración mientras retrocedía desde la cama, despacio, a tientas.

—No me importaba cazar en la oscuridad. Papá solía decir que yo tenía ojos de gato. Oigo el latido de tu corazón, Caroline.

—Rápida como una serpiente, saltó hacia el rincón donde, segundos antes, Caroline había estado oculta.

Caroline se mordió el labio inferior para ahogar un grito. Se quedó inmóvil, probando el sabor de su propia sangre. Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la oscuridad, y a la pálida luz de la luna vio la silueta de Josie, y el mortífero filo que sostenía en la mano. Sólo un ligero movimiento de la cabeza hacia donde ella se escondía y estarían cara a cara.

Y Josie la movió, lentamente. La luna resplandecía en sus ojos. Curvó los labios. A Caroline le recordó el rostro de Austin cuando se detuvo y la miró, lleno de muerte y locura.

—No tardaré mucho —prometió Josie al tiempo que alzaba el cuchillo.

En una última pirueta para engañar a la muerte, Caroline se lanzó al suelo y rodó sobre sí. El cuchillo le traspasó la falda del vestido dejando la tela clavada en el suelo. Chillo, aterrada, mientras se arrancaba el vestido, y se incorporaba tambaleándose. Echó a correr hacia la puerta. Esperaba oír el silbido del acero en el aire, y el calor de la hoja al entrarle por la espalda.

La luz del pasillo se encendió con una claridad cegadora después de aquella oscuridad.

—¡Caroline! —gritó Tucker, corriendo como enloquecido por el pasillo. Justo cuando ella caía al salir de la habitación, él la cogió entre sus brazos—. ¿Estás bien? Dime que estás bien. —La apretó con fuerza contra su pecho, al tiempo que clavaba la mirada en su hermana.

Ella tenía el cuchillo en una mano y una expresión de salvaje locura en sus ojos, que miraban a Tucker con horror.

—Josie. Dios mío, Josie, ¿qué has hecho?

La mirada salvaje en los ojos de Josie se desvaneció cuando se echó a llorar.

—No he podido evitarlo. —Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se volvió, y se abalanzó hacia la terraza.

—Detenla, Tucker —gritó Dwayne—, no dejes que se vaya. —Vio que su hermano vacilaba en lo alto de la escalera.

—Cuida de ella —le ordenó Tucker, empujando a Caroline hacia él, antes de echar a correr detrás de Josie.

Él la llamó a gritos. Algunos de los espectadores que regresaban a sus casas se detuvieron al oír los gritos, y alzaron la mirada hacia la casa con la misma curiosidad e ilusión con que habían contemplado los fuegos artificiales. Tucker corría a lo largo de la terraza, abriendo puertas, ventanas, encendiendo luces. Cuando intentó abrir las puertas ventanas que conducían al dormitorio de sus padres, descubrió que estaban cerradas por dentro.

—¡Josie! —Frenético, tiró varias veces de las puertas. Luego, desesperado, empezó a golpearlas con fuerza—. ¡Josie, abre! Déjame entrar. Sabes que tiraré abajo las puertas si me obligas, que soy capaz de hacerlo.

Apoyó la frente contra el cristal, buscando una explicación a algo que su mente era incapaz de concebir. Su hermana se había encerrado dentro. Y su hermana estaba loca.

Volvió a golpear la puerta ventana. El cristal se rompió, y las manos

empezaron a sangrarle.

—¡Abre esta maldita puerta! —Oyó un ruido a su espalda y se volvió en redondo. Cuando vio a Burke que se le acercaba, sacudió la cabeza—. Vete. Lárgate de aquí. Es mi hermana.

—Tuck, Cy no ha querido decirme qué sucede, pero...

—¡Lárgate de aquí de una puta vez! —Con un alarido de rabia, Tucker se lanzó con todo su peso contra la puerta. El tintineo del cristal hecho añicos se perdió en el estallido de un único disparo de pistola.

—¡No! —Tucker, con el impulso, cayó de rodillas. Josie estaba tendida en la cama que sus padres habían compartido. La sangre se derramaba por el edredón de satén blanco—. ¡Ay, Josie, no! —Anonadado por el dolor, Tucker se incorporó con esfuerzo. Se sentó en la cama, cogió a su hermana entre los brazos y permaneció así largo rato, meciéndola.

—Estoy muy contenta de que hayas venido a verme.

—Caroline llenó de café dos tazas antes de sentarse a la mesa de su cocina, frente a Della—. Yo quería hablar contigo, pero pensé que sería mejor esperar hasta después del entierro.

—El reverendo dijo que ahora descansa en paz.

—Della apretó los labios con fuerza y levantó la taza—.

Espero que tenga razón. Son los vivos quienes sufren, Caroline. Tucker y Dwayne tardarán en recuperarse de todo esto. Y también los demás, Happy y Junior, los familiares de Arnette y Francie...

—Y tú. —Caroline tendió la mano para coger la de Della—. Sé que la querías.

—La quería. —Su voz sonó áspera por las lágrimas que intentaba contener—. Siempre la querré, y no importa qué haya hecho. Estaba enferma por dentro. Al final hizo lo único que sabía que la curaría. Si te hubiese hecho daño a ti... —Le temblaron las manos, pero logró controlarlas—. Doy gracias a Dios por que no fuera así.

Tucker no habría sido capaz de sobreponerse. He venido para decirte eso, y para pedirte que no des la espalda al hermano por culpa de la hermana.

—Tucker y yo arreglaremos las cosas a nuestra manera. Della, creo que tienes derecho a saberlo. Josie me habló de su madre, y de cómo había sido concebida.

La mano de Della se tensó debajo de la suya.

—¿Josie lo sabía?

—Sí.

—Pero ¿cómo...?

—Se enteró por un descuido de su madre. Sé que tiene que haber sido muy duro, para ti y para la señora Longstreet, guardar ese secreto.

—Pensamos que era lo mejor. Aquel día, ella llegó a casa después de que él le hiciera daño. Llevaba el vestido desgarrado y sucio de tierra, y su

rostro estaba tan pálido y frío como el agua de una fuente. Y sus ojos..., sus ojos, Caroline, eran como los de una sonámbula, vidriosos, idos, sin vida. Subió directamente a su habitación y se metió en la bañera. Cambió el agua varias veces, y no paraba de frotarse y frotarse hasta que se dejó la piel en carne viva. Yo vi las magulladuras. Y lo supe. Sin más, lo supe. Y como yo estaba enterada de dónde había ido, también supe quién se lo había hecho.

—No tienes que hablar de ello —dijo Caroline, pero Della sacudió la cabeza.

—Quise ir a su casa y golpearle con un látigo yo misma, pero no podía dejarla sola en esos momentos. La abracé, y ella, sentada en la bañera, lloraba y lloraba y lloraba. Cuando ya no pudo llorar más, me ordenó que no le dijera nada al señor Beau, ni a nadie más. Tenía miedo de que Austin y su marido se mataran entre ellos, y supongo que tenía razón. Nada de cuanto yo le dije sirvió para que se quitara de la cabeza la idea de que ella era la responsable de lo sucedido. Para ella sólo existía el señor Beau, Caroline. Era una muchacha bonita, y joven, y se había visto algunas veces con Austin. Pero ella jamás le prometió casarse con él. Esa fue una idea que él mismo se metió en su enloquecida cabeza, ¡el muy canalla!

—Él no tenía ningún derecho a hacer lo que hizo, Della. Nadie pensaría nunca lo contrario.

—Ella, sí —gimió Della, secándose una lágrima con la mano—. No pensaba que él tuviera el derecho a hacer lo que hizo, sino que ella le había provocado, de alguna manera. Luego descubrió que estaba embarazada. Como el señor Beau se había quedado en Richmond por dos semanas, las mismas de su período fértil, tuvo que aceptar que Austin la había dejado encinta. Ya no era cuestión de contárselo a nadie. Y no quería que su hijo (hija en este caso) sufriera más tarde. Así pues, hizo cuanto pudo por olvidar, pero estaba obsesionada. Y cuando Josie hacía una de sus locuras, se preocupaba aún más. Josie se parecía a su madre, como sus hermanos. Pero supongo que, porque lo sabíamos, siempre veíamos algo de Austin en ella.

También ella, pensó Caroline, pero se lo calló.

—Josie no tenía que saberlo. Nunca. Pero cuando lo averiguó se lo guardó para sí. Ojalá hubiese acudido a mí, y yo le habría dicho lo mucho que su madre intentó protegerla. —Della suspiró y se enjugó los ojos. Luego se quedó muy quieta—. Pero ella lo sabía. Dios se apiade de nosotros, ella lo sabía. ¿Acaso fue por eso que...? Ay, mi niña, mi pobre niña.

—No, por favor. —Caroline cogió la mano de Della entre las suyas y se inclinó para consolarla. En la penumbra del dormitorio de Josie, ella había sabido muchas cosas que nunca saldrían de aquel lugar. Permanecerían para siempre en la oscuridad—. Estaba enferma, Della. Es lo único que sabemos. Ahora todos están muertos: Josie, su madre, el señor Beau, Austin... Nadie queda a quien culpar de lo ocurrido. Creo que, por los vivos, por aquellos a quienes tanto amamos, deberíamos enterrar el secreto con ellos.

Della hizo un esfuerzo para controlarse, y asintió con la cabeza.

—Tal vez así Josie descanse mejor.

—Tal vez así todos descansemos mejor.

Caroline deseaba que Tucker la visitara, si no más que eso. Ella le había dado tiempo, pero ya hacía una semana del entierro de Josie, y apenas lo había visto. Nunca a solas.

Innocence procuraba recuperarse de sus heridas y reanudar la vida cotidiana. Por Susie, Caroline sabía que Tucker había visitado a los familiares de cada una de las víctimas. Lo que se había dicho detrás de aquellas puertas cerradas permanecía en secreto, pero ella esperaba que hubiese servido de bálsamo para todos.

El verano llegaba a su fin. La temperatura había descendido a veintiséis grados, dando un corto respiro al delta. La tregua del calor no duraría mucho, pero Caroline había aprendido a disfrutar de cada momento.

Enganchó la correa al collar rojo del cachorro, y echó a andar por el camino. Las flores que su abuela había plantado años atrás brotaban por doquier. Sólo necesitaban un poco de atención y paciencia.

Inútil tiraba de la correa y ella aceleró el paso. Quizá se acercaran caminando hasta Sweetwater. Tal vez la hora de intentarlo había llegado.

Cuando dobló al final del camino de entrada a su casa, enseguida vio el coche de Tucker. Estaba tan vistoso y arrogante como el primer día que se le echó encima por la carretera. Sonrió al verlo. Sanar un corazón herido no era tan sencillo como arreglar la carrocería de un coche, pero se podía intentar, y con ganas y paciencia...

Chasqueó la lengua y tiró de *Inútil* para cruzar el césped. Sabía dónde encontrar a Tucker.

Siempre le había gustado el agua, el agua quieta y silenciosa. Había pensado que quizá no sería capaz de sentarse otra vez en aquel lugar. Volver allí había sido una especie de prueba para él. Pero las verdosas sombras y el oscuro y plácido estanque lo envolvieron con su magia. Aunque todavía no había alcanzado la serenidad que buscaba, había aceptado enfrentarse a los problemas ocasionados por aquel estado de cosas.

El perro saltó por encima de los matorrales, ladrando, echó a correr hacia Tucker y le plantó las patas delanteras en las rodillas.

—¿Qué hay, muchacho? Hola, pequeño. No paras de crecer, ¿eh?

—Discúlpeme, señor, pero esto es propiedad privada —dijo Caroline apareciendo en el claro del bosque.

Tucker le dirigió una vaga sonrisa mientras rascaba las orejas al perro.

—Su abuela me dejaba venir y sentarme aquí a pasar el rato de vez en cuando.

—Está bien entonces —dijo Caroline, sentándose a su lado en el tronco—. ¿Quién soy yo para romper las tradiciones? —Se quedó mirando el perro, que lamía las manos a Tucker—. Yo también te he echado de menos.

—No he sido... una compañía muy agradable últimamente —murmuró Tucker mientras lanzaba una rama para que el perro la buscara—. Hoy no hace tanto calor —comentó sin ganas.

—Me he dado cuenta.

—Supongo que no tardará en atacar de nuevo.

Ella entrelazó las manos en el regazo.

—Supongo.

Tucker contempló el agua por un rato, y no apartó la mirada del estanque cuando habló.

—Caroline, no hemos hablado de aquella noche.

—Tampoco tenemos necesidad de hacerlo.

Tucker sacudió la cabeza cuando intentó cogerle la mano y se levantó para apartarse.

—Josie era mi hermana —dijo con voz tensa. Su mirada seguía fija en el agua, y Caroline advirtió la fatiga en su rostro. Se preguntó si alguna vez vería de nuevo aquella sonrisa despreocupada. Lo deseaba tanto.

—Estaba enferma, Tucker.

—Y así trato de verlo. Como si hubiese tenido cáncer. Yo la quería mucho, Caroline. También ahora. Y me resulta muy duro recordarla, tan llena de vida y energía. Y es duro recordar todas esas muertes de las que fue responsable. Pero es más duro aún cuando cierro los ojos y veo que sales corriendo de aquella habitación, y Josie, detrás de ti, persiguiéndote, con un cuchillo en la mano.

—No te diré que todo eso acabará por desaparecer, para ninguno de nosotros. Pero he aprendido a no mirar al pasado.

Tucker se agachó, cogió una piedrecita y la lanzó al agua.

—No estaba seguro de que quisieras verme.

—Pues tendrías que haberlo estado. —Caroline se levantó, tan agitada como el cachorro que corría en círculos con la rama en la boca—. Tú empezaste esto entre nosotros, Tucker. No abandonaste. No quisiste escucharme cuando te dije que yo no deseaba comenzar una relación.

Tucker lanzó otra piedra.

—Supongo que es verdad. He estado considerando si no sería mejor que te deje que sigas tu camino, que retomes las cosas donde las dejaste cuando yo me entrometí en tu vida.

Caroline contempló la caída de la piedra, y los tornasolados anillos que se formaban en el estanque. «A veces se consigue más removiendo las cosas que dejando que sigan su curso», decidió.

—¡Eso me parece perfecto! —exclamó ella—. Es muy típico en ti, ¿verdad? Coges la puerta y te largas cuando las cosas se te ponen complicadas con una mujer. —Le agarró del brazo y tiró de él con brusquedad para que la mirase de frente—. Pues yo no soy como las otras.

—No he querido decir...

—Yo sé qué quieres decir —le espetó, dándole un golpe tan fuerte en el pecho que Tucker, sorprendido, la miró boquiabierto—. «Ha sido un placer, Caro. Ya nos veremos.» Pues, olvídalo. No permitiré que entres en mi vida para cambiarlo todo, y luego te marches tan tranquilo. Estoy enamorada de ti, y quiero saber qué piensas hacer al respecto.

—Es que yo no... —Tucker se interrumpió. Cerró los ojos, como si algo

le doliese; luego puso las manos sobre los hombros de Caroline, y apoyó su frente contra la de ella—. Ay, Dios, Caro.

—Quiero que me...

—Chist. No digas nada. Necesito abrazarte. —La atrajo hacia sí, apretándola contra su cuerpo hasta que los músculos le temblaron—. He necesitado tanto abrazarte estos días. Temía que me rechazaras.

—Pues te equivocabas.

—He intentado ser noble y dejar que te marcharas. —Hundió el rostro en el cabello de Caroline—. No se me da muy bien eso de ser noble.

—Gracias a Dios por ello. —Caroline sonrió, echando la cabeza hacia atrás—. No me has contestado.

—No, tienes razón. Es que pensaba que tengo ganas de besarte.

—Ni hablar. —Caroline le puso una mano en el pecho para separarse un poco—. Quiero una respuesta. Y la quiero ahora. Te he dicho que te amo, y que necesito saber qué piensas hacer al respecto.

—Pues... —Tucker la soltó con suavidad. Encontró que lo mejor que podía hacer con las manos era metérselas en los bolsillos—. Yo lo tenía bastante claro, antes... antes de que ocurriera todo.

Ella sacudió la cabeza.

—No hay un antes. Prueba con el ahora.

—Supongo que estaba pensando en tu próxima gira.

¿De verdad quieres ir?

—Esta vez, sí. Por mí.

—Ya. Eso había pensado yo. Y se me ocurrió que quizá no te molestara tener compañía.

Caroline esbozó una lenta sonrisa.

—Quizá no.

—Me gustaría ir contigo, cuando eso sea posible. No puedo pasarme semanas lejos de aquí, porque tengo que ocuparme de Cy, y de Sweetwater (sobre todo mientras Dwayne esté en esa clínica por un tiempo), pero de vez en cuando...

—¿Aquí y allá?

—Eso es. Y había pensado que cuando no anduvieras de gira o tocando en algún lugar, vinieras aquí y te estuvieras conmigo.

Ella frunció los labios con expresión reflexiva.

—Defíneme eso de estar contigo.

Tucker lanzó un profundo y tembloroso suspiro. Qué duro era expresarlo, descubrió de pronto, cuando se había pasado casi toda la vida guardándolo celosamente en su interior.

—Quiero que te cases conmigo, que tengas una familia conmigo. Aquí. Eso es algo que deseo más que cualquier cosa en toda mi vida.

—Te veo un poco pálido, Tucker.

—Debe de ser porque estoy muerto de miedo.

Y esto que acabas de decir es una canallada para un hombre justo cuando acaba de pedirte que te cases con él.

—Tienes razón —sonrió Caroline—. Tienes derecho a que te diga un sencillo sí o no.

—Oye, un momento. Esto no es tan sencillo como parece. —Aterrado, Tucker la agarró con fuerza y la atrajo hacia sí—. Espera, y escúchame bien. No digo que no tengamos muchas cosas que aclarar.

—Hay una cosa que no me has dicho. Una cosa muy importante.

Tucker abrió la boca y la volvió a cerrar. La serena paciencia que vio en los ojos de Caroline le dio valor para probar de nuevo.

—Te amo, Caroline. ¡Cielo santo! —Vaciló un instante mientras recobraba la compostura—. Te amo —repitió, y esa segunda vez le resultó más fácil decirlo. En realidad, le resultó bien, muy bien—. Nunca he dicho esto a una mujer. Y supongo que no creerás esto último, pero nunca lo he dicho.

—Te creo. —Caroline alzó sus labios hacia los de Tucker—. Tiene más valor por el esfuerzo que has tenido que hacer para expresarlo.

—Supongo que con el tiempo me será más fácil.

—Supongo que sí. ¿Por qué no vamos a la casa para que allí practiques un poco?

—Me parece una idea razonable. —Tucker llamó al perro con un silbido y deslizó un brazo por la cintura de Caroline—. Esta vez, tú no me has contestado a mí.

Ella se echó a reír.

—¿Ah, no? ¿Qué te parece un sencillo sí?

—Lo acepto. —Tucker la levantó en sus brazos y la llevó hasta donde daba el sol—. ¿Te he contado alguna vez la historia de una tía abuela mía? O tal vez fuese mi tía—tía—tía abuela. En fin, se llamaba Amelia. Un nombre dulce y bonito, ¿verdad? Bien, pues allá por 1857 se escapó de casa con un McNair, para casarse con él a escondidas...

—No, no me la habías contado. —Caroline le rodeó el cuello con un brazo—. Pero estoy segura de que lo harás.